

Colección:
Clásicos del Pensamiento
Fundada por Antonio Truyol y Serra

Director:
Eloy García

Carl von Clausewitz

De la guerra (edición abreviada)

Estudio preliminar y guía para la lectura de la obra
BERNARD BRODIE

Traducción de
CELER PAWLOWSKY

tecnos

Diseño de cubierta:
JV, Diseño gráfico, S.L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la edición completa de la obra en lengua española:
Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa,
Secretaría General Técnica, Madrid, 1999

© De la traducción: Celer Pawlowsky, 1999

© Del estudio preliminar y de la guía para la lectura de la obra:
Bernard Brodie por gentileza de Princeton University Press, 1976

© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S.A.), 2010

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid

ISBN: 978-84-309-5118-5

Depósito Legal: M-41.199-2010

Printed in Spain. Impreso en España por Closas Orcoyen

ÍNDICE

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN ABREVIADA.....	Pág.	XI
APUNTE BIOGRÁFICO: CARL VON CLAUSEWITZ Y <i>DE LA GUERRA</i>		XV
1. LOS AÑOS DE FORMACIÓN		XV
2. LA INFLUENCIA DE SCHARNHORST		XVI
3. VICTORIAS MILITARES Y DERROTAS POLÍTICAS		XVIII
4. EL MANUSCRITO INACABADO		XIX
5. INFLUENCIA, MANIPULACIÓN Y POLÉMICA DE UNA GRAN OBRA...		XX
ESTUDIO PRELIMINAR: LA PERMANENTE IMPORTANCIA DE <i>DE LA GUERRA</i> , por Bernard Brodie		XXIII
UNA GUÍA PARA LA LECTURA por Bernard Brodie		XLI
LIBRO I: SOBRE LA NATURALEZA DE LA GUERRA		XLIII
LIBRO II: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA		LII
LIBRO III: SOBRE LA ESTRATEGIA EN GENERAL		LX
LIBRO IV: EL COMBATE		LXXIV
LIBRO V: LAS FUERZAS MILITARES		LXXIX
LIBRO VI: LA DEFENSA		LXXXVI
LIBRO VII: EL ATAQUE		CV
LIBRO VIII: PLANES DE GUERRA		CXIII

DE LA GUERRA

LIBRO I: SOBRE LA NATURALEZA DE LA GUERRA	3
CAPÍTULO UNO: ¿QUÉ ES LA GUERRA?	5
CAPÍTULO DOS: FINES Y MEDIOS EN LA GUERRA	26
CAPÍTULO TRES: SOBRE EL GENIO MILITAR	40
CAPÍTULO CUATRO: SOBRE EL PELIGRO EN LA GUERRA	59

CAPÍTULO CINCO: SOBRE EL ESFUERZO FÍSICO EN LA GUERRA	61	LIBRO VI: LA DEFENSA	289
CAPÍTULO SEIS: LA INTELIGENCIA EN LA GUERRA.....	63	CAPÍTULO UNO: ATAQUE Y DEFENSA	291
CAPÍTULO SIETE: EL DESGASTE EN LA GUERRA.....	65	CAPÍTULO DOS: LA RELACIÓN ENTRE EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA TÁCTICA.....	296
CAPÍTULO OCHO: OBSERVACIONES FINALES SOBRE EL LIBRO I.....	69	CAPÍTULO TRES: LA RELACIÓN ENTRE EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA ESTRATEGIA	300
LIBRO II: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA	71	CAPÍTULO SEIS: EL ÁMBITO DE LOS RECURSOS DE DEFENSA	305
CAPÍTULO UNO: CLASIFICACIONES DEL ARTE DE LA GUERRA.....	73	CAPÍTULO SIETE: LA INTERACCIÓN ENTRE ATAQUE Y DEFENSA	312
CAPÍTULO DOS: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA.....	82	CAPÍTULO QUINCE: LA GUERRA DEFENSIVA EN MONTAÑA	315
CAPÍTULO TRES: ARTE DE LA GUERRA O CIENCIA DE LA GUERRA ..	103	CAPÍTULO DIECISÉIS: LA GUERRA DEFENSIVA EN LA MONTAÑA (CONTINUACIÓN).....	324
CAPÍTULO CUATRO: MÉTODO Y RUTINA.....	107	CAPÍTULO DIECISIETE: LA GUERRA DEFENSIVA EN MONTAÑA (CONCLUSIÓN).....	333
CAPÍTULO CINCO: ANÁLISIS CRÍTICO.....	114	CAPÍTULO DIECIOCHO: LA DEFENSA DE RÍOS.....	339
LIBRO III: SOBRE LA ESTRATEGIA EN GENERAL	141	CAPÍTULO DIECINUEVE: LA DEFENSA DE RÍOS (CONTINUACIÓN)	357
CAPÍTULO UNO: ESTRATEGIA	143	CAPÍTULO VEINTIUNO: LA DEFENSA DE BOSQUES	360
CAPÍTULO DOS: ELEMENTOS DE ESTRATEGIA.....	152	CAPÍTULO VEINTIDÓS: EL CORDÓN.....	362
CAPÍTULO TRES: FACTORES MORALES	154	CAPÍTULO VEINTITRÉS: LA LLAVE DEL PAÍS	367
CAPÍTULO CUATRO: LOS PRINCIPALES ELEMENTOS MORALES.....	157	CAPÍTULO VEINTICUATRO: LAS OPERACIONES EN UN FLANCO	372
CAPÍTULO CINCO: VIRTUDES MILITARES DEL EJÉRCITO.....	159	CAPÍTULO VEINTICINCO: LA RETIRADA HACIA EL INTERIOR DEL PAÍS...	385
CAPÍTULO SEIS: AUDACIA	164	CAPÍTULO VEINTISÉIS: EL PUEBLO EN ARMAS.....	399
CAPÍTULO SIETE: PERSEVERANCIA.....	169	LIBRO VII: EL ATAQUE.....	407
CAPÍTULO OCHO: SUPERIORIDAD NUMÉRICA.....	171	CAPÍTULO UNO: EL ATAQUE EN RELACIÓN CON LA DEFENSA.....	409
CAPÍTULO NUEVE: SORPRESA	177	CAPÍTULO SEIS: LA DESTRUCCIÓN DE LAS FUERZAS DEL ENEMIGO	411
CAPÍTULO DIEZ: ASTUCIA	182	CAPÍTULO SIETE: LA BATALLA OFENSIVA.....	413
CAPÍTULO ONCE: CONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN EL ESPACIO.....	185	CAPÍTULO TRECE: LA MANIOBRA	415
CAPÍTULO DOCE: UNIFICACIÓN DE FUERZAS EN EL TIEMPO.....	187	CAPÍTULO QUINCE: EL ATAQUE A UN TEATRO DE OPERACIONES: EN BUSCA DE UN RESULTADO	419
CAPÍTULO TRECE: LA RESERVA ESTRATÉGICA.....	194	CAPÍTULO DIECISÉIS: EL ATAQUE A UN TEATRO DE OPERACIONES: CUANDO NO SE BUSCA UN RESULTADO	423
CAPÍTULO CATORCE: ECONOMÍA DE FUERZAS	198	CAPÍTULO DIECISIETE: EL ATAQUE A PLAZAS FUERTES	428
CAPÍTULO QUINCE: EL FACTOR GEOMÉTRICO.....	200	CAPÍTULO DIECIOCHO: EL ATAQUE A CONVOYES.....	434
CAPÍTULO DIECISÉIS: LA SUSPENSIÓN DE LA ACCIÓN EN LA GUERRA.....	203	CAPÍTULO VEINTE: LAS MANIOBRAS DE DIVERSIÓN	437
CAPÍTULO DIECISIETE: NATURALEZA DE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA.....	209	CAPÍTULO VEINTIDÓS: EL PUNTO CULMINANTE DE LA VICTORIA	441
CAPÍTULO DIECIOCHO: TENSIÓN Y DESCANSO.....	211	LIBRO VIII: PLANES DE GUERRA	453
LIBRO IV: EL COMBATE	215	CAPÍTULO UNO: INTRODUCCIÓN.....	455
CAPÍTULO UNO: INTRODUCCIÓN.....	217	CAPÍTULO DOS: GUERRA ABSOLUTA Y GUERRA REAL.....	458
CAPÍTULO DOS: NATURALEZA DE LA BATALLA MODERNA	218	CAPÍTULO TRES: A) LA INTERDEPENDENCIA DE LOS ELEMENTOS DE LA GUERRA; B) GRADUACIÓN DEL OBJETIVO MILITAR Y DEL ESFUERZO A REALIZAR	462
CAPÍTULO TRES: EL COMBATE EN GENERAL	220	CAPÍTULO CUATRO: UNA DEFINICIÓN MÁS PRECISA DEL OBJETIVO MILITAR: LA DERROTA DEL ENEMIGO	479
CAPÍTULO CUATRO: EL COMBATE EN GENERAL (CONTINUACIÓN) ...	225	CAPÍTULO CINCO: UNA DEFINICIÓN MÁS PRECISA DEL OBJETIVO MILITAR (CONTINUACIÓN): OBJETIVOS LIMITADOS.....	488
CAPÍTULO ONCE: LA BATALLA (CONTINUACIÓN): EMPLEO DE LA BATALLA	233	CAPÍTULO SEIS: A) EL EFECTO DEL FIN POLÍTICO SOBRE EL OBJETIVO MILITAR; B) LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA.	491
CAPÍTULO DOCE: MEDIOS ESTRATÉGICOS DE EXPLOTACIÓN DEL ÉXITO...	240		
LIBRO V: LAS FUERZAS MILITARES.....	251		
CAPÍTULO CUATRO: RELACIONES ENTRE LAS ARMAS DE UN EJÉRCITO.	253		
CAPÍTULO CATORCE: MANTENIMIENTO Y ABASTECIMIENTO	263		
CAPÍTULO QUINCE: LA BASE DE OPERACIONES	279		
CAPÍTULO DIECISÉIS: LÍNEAS DE COMUNICACIÓN	284		

CAPÍTULO NUEVE: EL PLAN DE UNA GUERRA DISEÑADA PARA DE-
RROTAR TOTALMENTE AL ENEMIGO..... 502PRESENTACIÓN
A LA EDICIÓN ABREVIADA

Desde hace varios años Editorial Tecnos ambicionaba la publicación en nuestra colección Clásicos del Pensamiento de *De la guerra* de Carl Von Clausewitz obra considerada por la práctica totalidad de los especialistas como un verdadero referente doctrinal entre la bibliografía de temática militar de todos los tiempos.

Pese a ello, nuestro interés por incorporar este libro al catálogo de la colección encontraba varias dificultades.

La primera se refería a la calidad de la traducción, pues a pesar de existir diferentes versiones en español de esta obra no eran trabajos que cumplieran los requisitos de calidad imprescindibles en nuestra colección.

El segundo gran obstáculo tenía que ver con nuestro interés en publicar una edición abreviada de un libro que, pese a su estilo directo y hasta lacónico en más de una ocasión, nunca ha sido de fácil lectura, y no tanto por su considerable extensión, sino más bien por su carácter de compleja obra inacabada a la que la prematura muerte del autor, en plena tarea de ordenación

de sus textos, privó de una revisión en profundidad que, con toda seguridad, hubiera reducido la extensión del original que su esforzada e inexperta viuda entregó a la imprenta en 1832.

Era pues imprescindible lograr una selección de páginas que no eliminara de la obra sus partes esenciales, tan brillantes como inéditas a lo largo de todo el libro, y evitar con ello pasajes reiterativos capaces de desconcertar y hasta de distraer la atención del lector.

Evidentemente este trabajo, selectivo y riguroso, sólo estaba al alcance de grandes especialistas en historia militar y con especial dedicación a la obra cumbre de Clausewitz, y sólo firmas de primer nivel podían, con el esfuerzo de años de investigación, facilitarnos al máximo la tarea de extracción de una antología coherente y a la vez respetuosa con el trabajo iniciado por Clausewitz, sin riesgo de mutilaciones arbitrarias.

Curiosamente esta difícil tarea académica y editorial, capaz de aunar una traducción de primer nivel con un análisis completo de la obra reflejado en unos excelentes estudios preliminares ya existía en España desde que en 1999 el Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa del Gobierno de España incorporó a su colección de *Clásicos* la traducción española de Celer Pawloswky obtenida de la prestigiosa versión inglesa de esta obra editada en Estados Unidos en 1976 por Princeton University Press.

No exageramos cuando afirmamos resultaba inútil intentar superar este trabajo, puesto que la edición de Princeton, es el resultado del más completo análisis efectuado hasta la fecha de la totalidad del texto original de Clausewitz, tal y como se refleja en los tres ensayos introductorios firmados por Peter Paret, Michael Howard y Bernard Brodie junto con el comentario de este último titulado *Una guía para la lectura de De la guerra* que, junto con su «Introducción a la obra», reproducimos en esta edición.

Si nos hemos decidido únicamente por la Introducción y el comentario de Brodie no es porque los textos anteriores no posean gran calidad, sino porque con esta Introducción y su *guía*... el lector obtiene, además de un excelente estudio preliminar, la explicación razonada de nuestra selección de las partes de la obra que se han incluido en esta edición, efectuada siguiendo los juicios y opiniones que el profesor Brodie aporta en sus páginas introductorias.

Creemos pues que con esta edición abreviada hemos logrado poner a disposición de un lector del siglo XXI, no necesariamente experto en cuestiones bélicas y con las consabidas limitaciones de tiempo que rigen nuestras vidas, lo esencial de la obra cumbre de Clausewitz, y que de esa lectura obtenga, tal y como pretendía el militar prusiano, una información a veces técnica y otras filosófica, sujeta a una dualidad inseparable: la que une los condicionantes históricos y políticos que provocan la aparición de la guerra, y los factores casuísticos, no siempre específicamente militares, que determinan su resultado.

No queremos cerrar esta breve Presentación sin dejar constancia de nuestro más sincero agradecimiento al Ministerio de Defensa del Gobierno de España por las facilidades otorgadas para la publicación de esta edición abreviada y asimismo expresar nuestro reconocimiento a Princeton University Press por su gentileza en la cesión de los derechos de los textos del profesor Brodie.

*Editorial Tecnos
Primavera de 2010*

APUNTE BIOGRÁFICO

CARL VON CLAUSEWITZ
Y DE LA GUERRA

1. LOS AÑOS DE FORMACIÓN

Nacido en Burg cerca de Magdeburgo en 1780 su vinculación con la milicia le llegó a través de su padre, antiguo teniente del ejército reconvertido en funcionario de Hacienda de la Administración prusiana, quien le introdujo como soldado de primera clase en 1793 durante la primera fase de la guerra que Prusia y otros reinos centroeuropeos libraron durante veintitrés años contra los ejércitos inicialmente republicanos y más tarde imperiales de Francia.

A lo largo de los dos años que duró el primer asalto de este largo conflicto el adolescente Clausewitz fue testigo de las victorias prusianas y austriacas en Alsacia y Sarre conseguidas con un elevado coste de vidas y padecimientos tanto para los combatientes como para la población civil, y sin embargo, con muy pocas consecuencias políticas para los contendientes.

De estas primeras experiencias con los conflictos armados el joven soldado obtuvo interesantes consideraciones acerca de la

distinta naturaleza de ambos ejércitos, para apreciar sagazmente que el entusiasmo revolucionario de los voluntarios franceses, a los que se sumaban mercenarios y tropas de leva, mandados por oficiales de procedencia aristocrática no fue suficiente para arrollar a las disciplinadas y profesionalizadas fuerzas combinadas de los ejércitos del Antiguo Régimen.

Pese a su escasa experiencia militar, y al entusiasmo patriótico que despertaban estas victorias entre sus compañeros de armas, Clausewitz advirtió que las monarquías centroeuropeas no habían logrado mermar la capacidad de movilización y combate de los revolucionarios franceses. Más bien al contrario, y como él mismo anotaría años más tarde, la joven República aprendió de estos primeros reveses la necesidad de profesionalizar su maquinaria de guerra sin por ello reducir la moral de combate de sus ejércitos y de su población, y en muy poco tiempo estaría en condiciones de devolver con creces los golpes recibidos.

En los años siguientes a 1790 estas incipientes reflexiones sobre el carácter político de este conflicto armado se hicieron presentes en sus primeros escritos sistemáticos cuando recluido en una guarnición tranquila del interior de Prusia, en Neuruppin, con el grado de segundo teniente, comenzó a ampliar sus conocimientos tácticos a través de numerosas lecturas especializadas y a elaborar sus propias teorías en las que se aprecia, junto con su respeto por la tradición militar, una aguda claridad de juicio capaz de integrar sus opiniones tácticas y estratégicas dentro de un análisis global sobre la situación política y social que explica toda guerra.

Es en estos primeros escritos cuando aparecen sus primeras reflexiones filosóficas acerca del empleo inevitable de la violencia en la guerra como medio exclusivo de alcanzar los objetivos políticos y militares y, a pesar de su juventud, podemos advertir en sus opiniones una independencia de criterio muy alejada de las consignas doctrinales de los militares de su tiempo.

2. LA INFLUENCIA DE SCHARNHOST

En 1801, Clausewitz logró ingresar en la Escuela de Guerra de Berlín bajo la dirección del general Scharnhorst a quien él siempre consideró su maestro. En dos años lograría graduarse

como oficial de Estado Mayor con el número uno de su promoción y conseguiría un destino en la capital que le permitió profundizar en sus estudios siempre bajo la supervisión de Scharnhorst, a quien apreciaba y admiraba no sólo por su talento como estratega, sino también por su impecable espíritu profesional claramente reformista y contrario a los privilegios de casta que imperaban en la oficialidad prusiana.

El carácter reformador de su maestro despojaría la formación teórica de Clausewitz de prejuicios emocionales o dogmáticos hasta el punto de permitirse ridiculizar el apego a la tradición prusiana que privilegiaba la táctica militar aprehendida de la historia menospreciando otros factores innovadores y desconocidos hasta ese momento sin los cuales, en opinión de Scharnhorst y del propio Clausewitz, era imposible contrarrestar la revolucionaria forma de hacer la guerra que estaba aplicando Napoleón Bonaparte.

Su abierta admiración por el más encarnizado enemigo de su país se concentraba en lo específicamente militar aunque también elogiaba sin reparos innovaciones políticas tan conocidas en nuestros días como el reclutamiento masivo de la población, o la ambiciosa estrategia continental de las campañas francesas capaces de sorprender al estamento militar prusiano, que no quería, o no podía, ver estas transformaciones como signos inequívocos de los cambios históricos que alterarían el futuro de las guerras.

Después de escribir en 1805 la historia militar de Gustavo Adolfo de Suecia en la Guerra de los Treinta Años, la derrota prusiana de 1806 a causa de la cual permaneció prisionero casi dos años en Francia y Suiza, le daría la oportunidad de sumarse a la nómina de los analistas militares alemanes que se apresuraron a estudiar el huracán militar francés que les había arrasado en los campos de batalla. Y como el resto de sus colegas en teoría militar advirtió con notable agudeza la revolución táctica que se estaba produciendo en Europa.

Sin embargo, Clausewitz no podía compartir, por incompleto y poco realista, el análisis global realizado por autores como Von Bülow o Jomini de las causas de las victorias de Napoleón, y en 1808 estableció por escrito un elaborado estudio sobre los factores morales, económicos y psicológicos que influyeron en el victorioso desarrollo de las campañas militares del emperador francés, para determinar que la mente y el espíritu son tan im-

portantes como los medios materiales y humanos a lo largo de un conflicto militar de grandes proporciones, puesto que las reglas de la estrategia son a menudo sobrepasadas por el carácter cambiante de los factores casuales de la batalla, y sólo con talento y una moral de combate consciente y fuerte es posible sobreponerse a los estragos de la violencia militar enemiga, y a las consecuencias devastadoras sobre el espíritu individual y colectivo que provocan los horrores y miserias de las guerras.

El reconocimiento oficial a este trabajo le permitió permanecer bajo las órdenes de su maestro Scharnhorst hasta 1812 colaborando en el proceso de modernización del ejército prusiano, y desde su puesto de profesor en la Escuela de Guerra de Berlín profundizar en su concepción teórica, práctica e histórica de la guerra.

En esos años en Berlín contrajo matrimonio con quien además de amada esposa se convertiría en compañera y colaboradora intelectual durante el resto de su vida.

También en Berlín tuvo la oportunidad de tratar con el otro gran reformador prusiano de su generación, el general Gneisenau, antes de verse en el trance de alistarse en el ejército ruso para no combatir a favor de Napoleón, quien gracias a las condiciones del Tratado de Paz de 1806 obligó a Prusia ayudarle en su invasión del Imperio ruso de 1812.

3. VICTORIAS MILITARES Y DERROTAS POLÍTICAS

Como oficial del Estado Mayor del zar, Clausewitz, mantuvo un papel secundario durante la primera fase de la campaña rusa hasta que los reveses militares sufridos por el emperador francés permitieron a sus reticentes aliados prusianos desgajarse en 1813 de la *Grande Armée*. Este cambio de bando le permitiría vestir de nuevo el uniforme de su patria a las órdenes de sus maestros Scharnhorst y Gneisenau.

Pero este reencuentro con sus mentores duró muy poco ya que la muerte Scharnhorst ese mismo año, le obligó a asumir el cargo de Jefe del Estado Mayor del ejército aliado del Báltico, no sin despertar agrios recelos de los altos oficiales prusianos que no le perdonaban lo que ellos consideraban «arrogancia patriótica».

Pese a estas reticencias Gneisenau le confiaría el mando de uno de los cuatro cuerpos de ejército prusianos que contribui-

rían decisivamente en la derrota final de Napoleón en Waterloo bloqueando, en una maniobra táctica de gran eficacia y con un número de efectivos muy reducido, el avance del ejército del mariscal Grouchy obligado, para superar la resistencia prusiana, a pedir ayuda al grueso del ejército imperial que acabaría sacrificando parte de sus reservas en este frente en lugar de emplearlas durante la crucial batalla que decidiría el futuro de Europa.

Con la llegada de la paz entre 1816 y 1818, Gneisenau le mantuvo como Jefe del Estado Mayor del ejército del Rin en Coblenza, y todo apuntaba a que podría rentabilizar su brillante hoja de servicios mediante una carrera política a través de diferentes misiones diplomáticas, pero una vez más, las reticencias oficiales a su carácter reformista le impidieron esta pretensión y tuvo que conformarse, de bastante buen grado, con el cargo de superintendente de la Academia Militar de Berlín, puesto en el que permaneció doce años dedicado a sus quehaceres profesionales y a la confección de la que sería su gran obra teórica.

4. EL MANUSCRITO INACABADO

En torno a 1825, Clausewitz comenzó la ordenación de los materiales que conformarían el manuscrito de *De la guerra*. Para entonces había modificado en parte su tesis de 1817 acerca de la distinta intensidad del esfuerzo de guerra como consecuencia del desgaste producido por la contienda para formular una teoría más flexible sobre la distinta intensidad de las acciones de guerra, lo que equivalía a la adopción de una filosofía gradualista en la que los objetivos limitados de un conflicto armado también pueden formar parte del principio general de guerra absoluta, puesto que los fines políticos perseguidos para la derrota del enemigo, a veces, exigen una graduación del esfuerzo militar prolongado en el tiempo y ajustado a las capacidades operativas de los actores que deciden su ejecución.

De esta forma su visión dual de la guerra se ampliaba con la dimensión variable de los objetivos al establecer que la victoria sobre las fuerzas enemigas puede lograrse tanto por la aniquilación de su identidad política, para ser sustituida por el vencedor, como la aceptación por parte del vencido de las reglas de una paz dictadas a conveniencia del bando victorioso.

Esta forma gradualista de entender la guerra absoluta era consecuencia directa de su mayor conocimiento de la historia entendida ahora como un modelo de interpretación de la realidad en cada época. Clausewitz había asimilado, tras analizar en profundidad las campañas napoleónicas, que el resultado de cada acción militar dentro de unas coordenadas espacio temporales determinadas no tiene por qué repetirse en el presente si no se reproducen todos y cada uno de los factores que intervinieron en el pasado. Se podría decir que entre 1827 a 1830 llegó a obsesionarse con esta teoría que arrinconaba la tradicional utilización generalista de la historia para analizar cualquier supuesto bélico del presente.

Cuando en 1830 reinicia la elaboración definitiva del libro él cree que está preparado para abordar una teorización más realista del carácter dual de la guerra, pero una vez más, el destino y sus obligaciones militares se cruzan en su propósito de terminar su libro y tiene que posponer su trabajo al ser destinado a la frontera francesa como Jefe del Estado Mayor del ejército prusiano al mando de Gneisenau. Un año después y casi sin tiempo a pasar por Berlín tiene que trasladar su cuartel general a la frontera polaca agitada por la revuelta nacionalista contra Rusia y con el riesgo de extensión de una epidemia de cólera que acabaría con la vida de su superior en el mando.

Entristecido por esta pérdida y posiblemente contagiado levemente de esta enfermedad fallece repentinamente en 1831 de un fallo cardíaco en su nuevo destino de Inspector General de Artillería de Silesia dejando inacabada, y sin publicar, la obra que le otorgaría con el paso de los años el reconocimiento universal como uno de los mayores teóricos militares de todos los tiempos.

5. INFLUENCIA, MANIPULACIÓN Y POLÉMICA DE UNA GRAN OBRA

Un año después de su muerte su viuda entregó a la imprenta el original ordenado por ella misma de *De la guerra*, y aunque la práctica totalidad de sus contemporáneos alabaron el libro, posiblemente movidos más por el respeto a la figura de su autor que por su lectura, muy pocos tuvieron la franqueza de admitir que ni siquiera lo habían comprado, ya que veinte años después aún quedaba buena parte de la tirada inicial de 1.500 ejemplares.

No obstante, algunos esforzados lectores reconocieron sus aciertos como grandes ideas envueltas en toda una hojarasca de anotaciones deslavazadas y oscuras que confirmaban la modestia de la apuesta editorial. Pese a estos prolegómenos nada halagüeños la edición de 1852 revisada por el conde Von Brühl, y sobre todo la de 1876, fueron saludadas por las nuevas generaciones de analistas militares como un vivero de ideas con las que elaborar sus más o menos brillantes teorías, a veces manipulando el sentido original de las afirmaciones del autor.

El curso de los años permitió que algunas de esas teorías saltaran de las páginas impresas a las órdenes y planes de batalla. El prestigio logrado por el general prusiano Von Moltke en las campañas de 1866 y 1870 no le impidió reconocer su deuda con Clausewitz a pesar de que para Moltke los aspectos políticos de la confrontación armada no eran determinantes en los objetivos de la guerra ya que él siempre contemplaba, a diferencia de Clausewitz, sus acciones subordinadas a las capacidades militares propias y de sus oponentes sin ninguna interferencia o consideración política.

Desde 1880 las ediciones y traducciones de *De la guerra* se sucedieron y el carácter dual «guerra-política» fue casi unánimemente aceptado no sólo por los militares alemanes sino por la práctica totalidad de los estudiosos y estrategas militares con gran variedad de matices, es cierto, pero admitiendo en todos los casos que la independencia del jefe militar está condicionada por el carácter político de los fines a los que sirve el ejército de un Estado moderno. Con el comienzo del siglo XX el prestigio de *De la guerra* aumentó considerablemente cuando los oficiales del Estado Mayor japonés que acababan de lograr la espectacular victoria japonesa de 1904 sobre Rusia se reconocieron discípulos aplicados de Clausewitz.

Las dos grandes guerras del siglo XX fueron bancos de pruebas de las teorías de Clausewitz con valoraciones dispares según las interpretaciones que de las teorías del militar prusiano hicieron militares y políticos. Frente a los que preconizaban la obsolescencia de los fundamentos teóricos del libro y su autor acusándole de un intelectualismo arrogante que escondía una gran simpleza militarista carente del sentido de la maniobra y provocadora de espantosas y sanguinarias batallas de desgaste, aparecían los defensores del espíritu más genuino y original de esta obra que defendían la necesidad de entender la ineludible com-

binación de la acción militar y política sustentada por una recia moral de combate como fórmula indispensable para que el pueblo y el ejército, con los medios humanos y materiales precisos, pudieran superar los padecimientos que la guerra comporta y alcanzar los beneficios últimos que la derrota del enemigo debe suponer para el bando vencedor.

Las consecuencias de la victoria aliada de 1945 ejemplifican magníficamente ese afán por la victoria política, a través de las armas, que animó a los líderes políticos que movilizaron a millones de combatientes y civiles a costa de pagar un altísimo precio por esa victoria. Destruído el poder militar de las potencias del Eje, los vencedores impusieron sus condiciones sobre los vencidos bajo unos principios que conformaron renovadas sociedades fundamentadas en firmes alianzas económicas y militares con sus antiguos enemigos.

Sin embargo, la paz no llegaría al mundo tras esta segunda gran confrontación y la guerra ha sido y sigue siendo una constante de nuestro tiempo. Por eso Clausewitz y su obra siguen vivos y es oportuno que se lea y se interprete este gran libro sin perder de vista que fue escrito en los inicios del siglo XIX cuando no existían armas de destrucción masiva, ni otras variables sociales, políticas, económicas y militares contemporáneas como el terrorismo, las redes de información o desinformación o las grandes corporaciones armamentísticas. Aclarada esta obviedad, sólo para aquellos que olvidan interesadamente las circunstancias que imponen las constantes del espacio y del tiempo, parece oportuno empezar la lectura de *De la guerra* y su estudio preliminar.

Los editores de Clásicos del Pensamiento

ESTUDIO PRELIMINAR

LA PERMANENTE IMPORTANCIA DE DE LA GUERRA

por Bernard Brodie

El fallecido Herbert Rosinski, en su clásico estudio *The German Army*, declaraba a *De la guerra* como «el examen más profundo, extenso y sistemático de la guerra que ha aparecido hasta el día de hoy». Sin embargo, también mostraba ciertas dudas en cuanto a su eficacia, por cuanto en otro lugar escribió: «El hecho de que destaque sobre el resto de la literatura militar y naval, entrando en terrenos a los que ningún otro pensador militar se ha acercado nunca, ha sido la causa de que sea mal interpretado¹.»

En efecto, a menudo ha sido mal interpretado, aunque la explicación precedente no sea acertada. Rosinski fue un estudioso muy minucioso de Clausewitz y de la guerra, y su interpretación del libro es bastante buena, pero si *De la guerra* es mal

¹ La primera de las dos citas de Rosinski proviene de la edición revisada de *The German Army* (Washington, 1944), p. 73, y la segunda de su edición original (Londres, 1940), p. 122.

interpretada no es por ninguna dificultad inherente a la comprensión de sus ideas. Las ideas de Clausewitz, aunque densamente presentadas, son por lo general sencillas y en su mayor parte expresadas con claridad en lenguaje inteligible, tanto en el original como en la presente traducción. Sin embargo, estas cualidades pueden defraudar al lector ocasional haciéndole creer que está leyendo meros tópicos. Esto es lo que le pudo haber sucedido a un oficial británico de elevada graduación, ya retirado, al que desde luego no le faltaba inteligencia y que hace algunos años comentó a este autor: «Una vez intenté leer a Clausewitz, pero no saqué nada en claro». Si hubiera encontrado nuevas ideas extrañas que requirieran algún esfuerzo para ser comprendidas (tal como algunos recientes ensayos estratégicos que hacen uso de las matemáticas, la teoría de juegos y similares), bien podría haber hecho ese esfuerzo y quizás entusiasmarse con una sensación de estar siendo apropiadamente recompensado. En su lugar, se encontró con sabidurías y pensamientos que no eran nada novedosos. Quizás también encontró que algunas ideas no se articulaban, y las ideas no articuladas son una razón común de su mala interpretación.

Como quiera que un ensayo introductorio debería tener un fin que justificara su interposición entre el lector y su objeto, el propósito de éste es principalmente ayudar al lector a evitar la experiencia de mi distinguido y conocido militar. Una forma de lograrlo es, naturalmente, no leer a Clausewitz, que ha sido la forma elegida por una proporción no pequeña de personas instruidas, incluida la gran mayoría de quienes no han vacilado en mencionarlo o citarlo. Los civiles no han leído su obra porque han considerado de forma equivocada que su campo era restringido o quizás demasiado ajeno a sus intereses; los militares, salvo algunos pocos, han tenido otros motivos para ignorarlo. Sin embargo, el lector actual que tiene este libro en sus manos alberga, lógicamente, las mejores intenciones. Permítaseme, por tanto, asegurarle enseguida que no será obstaculizado por un lenguaje oscuro o por ideas difíciles de entender. De todos modos, los libros sobre estrategia a menudo no son así. Pueden ser monótonos o disparatados, pero rara vez son difíciles.

Existen, en efecto, ciertos problemas al leer a Clausewitz que intentaremos explorar, toda vez que enfrentarse directamente a ellos ayuda a reducirlos. En primer lugar, amplias partes de la obra están ciertamente anticuadas y otras, también amplias, pa-

recen más anticuadas de lo que en realidad están, ya que los ejemplos históricos que traen a colación para ilustrarlas pertenecen, inevitablemente, a épocas antiguas. Asimismo, *De la guerra* es una obra en la que uno puede perderse fácilmente, como los árboles impiden ver el bosque. Su gran extensión, alargada por las innumerables digresiones que introduce con matizaciones a sus proposiciones, contribuye a esta cualidad, si bien no es algo que se produce a lo largo de toda la obra.

El propio Clausewitz señaló en la «Nota», que dejó con su manuscrito que la revisión de la obra, que había planeado fuera drástica y «eliminaría de los seis primeros libros una buena cantidad de material superfluo, colmaría diversas lagunas, grandes y pequeñas, y haría más precisas una serie de generalizaciones tanto en el pensamiento como en la forma». Al poner de manifiesto esta insatisfacción respecto del manuscrito tal como estaba, pensaba lo que decía, aunque muchos de sus más devotos exégetas parecen olvidarlo. Resulta considerable el contraste entre el capítulo uno, que él consideraba revisado y completado a su satisfacción y que es el inicial de la obra, y muchos otros capítulos. Debemos, en resumen, estar preparados para una obra inacabada y, por lo tanto, imperfectamente organizada en conjunto, a menudo repetitiva y a veces laberíntica. Por otra parte, de vez en cuando resulta demasiado sobria. En ocasiones, el significado exacto de uno o más puntos resulta oscuro, y no por causa de una intrínseca dificultad de comprensión, sino porque el autor no establece claramente su significado. ¿Qué significa exactamente, por ejemplo, su importante concepto del «punto culminante de la victoria», del que parece excluir como ejemplo y no por accidente, la marcha sobre Moscú de Napoleón? En realidad, su omisión es un indicio de su significado, aunque el lector ocasional no lo advierta.

Aunque sostengamos que Clausewitz es digno de ser leído en la actualidad porque es esencialmente eterno, cada uno es hijo de su tiempo y su cultura, y él, cuya mente asimilaba nuevas ideas, lo fue en una forma bastante especial. Ya hemos hablado, y más que lo haremos, sobre la vigencia de muchos de los escritos de Clausewitz, pero también nos encontramos con un estilo especial, no sólo de lenguaje, sino también, en ocasiones, de pensamiento. Un joven alemán de comienzos del siglo XIX (y cuya vida se desarrollara antes de que hubiera transcurrido un tercio del siglo) que tuviera un espíritu intensamente intelectual

pero una limitada educación formal, que fuera profundamente sensible y apasionado, y además viviera una época y una profesión que a la vez le sometieran a una extraordinaria experiencia en la guerra y que, como todos nosotros, tuviera su propia personalidad y carácter, escribiría de una forma que de un modo u otro reflejaría todas estas circunstancias. Con Clausewitz, más que con ningún otro gran pensador y escritor, nos enfrentamos a un intelecto incorpóreo.

Ocuparía demasiado espacio, probablemente resultaría fatigoso y, en todo caso, queda más allá de nuestro fin intentar la siempre arriesgada empresa de ligar algunas ideas especiales expuestas por Clausewitz con lo que sabemos de su experiencia o creemos poder adivinar de su carácter, pero a veces es inevitable hacerlo. Muchos lectores, por ejemplo, ya en el mismo principio de *De la guerra* se han visto confundidos por la noción de «guerra absoluta» (término menos utilizado en esta traducción que en otras) y por la metamorfosis que tiene lugar en el curso de unas pocas páginas desde la concentración en los requisitos y propiedades del «concepto puro» o absoluto de guerra al tratamiento de algo mucho más práctico. Pero ¿qué sería más natural para un autor que viviera en la misma época y país que Kant y Hegel y que estuviera decidido a escribir lo que los lectores deberían considerar como el más profundamente penetrante y completo tratado de la guerra que jamás hubiera sido escrito? En realidad, la ligerísima infusión de metafísica de Clausewitz en su obra no plantea dificultades que no puedan ser explicadas en unas pocas palabras y desaparece prácticamente a partir de estas primeras páginas. La mayor desgracia que se ha derivado de ello ha sido la reputación que se ha atribuido a Clausewitz, incluso por parte de quienes supuestamente le conocían bien, como de alguien profundamente filosófico, en el sentido metafísico del término. Su coetáneo y rival Antoine Henri Jomini ya hizo comentarios parecidos sobre él, calificando también su obra de «excesiva y arrogante», valoraciones que han continuado hasta nuestros días.

El modo de aproximarnos a Clausewitz puede acusar el efecto de todas las extravagancias que se han escrito sobre él y su principal obra. Rosinski, a quien ya hemos mencionado, llegó a decir lo siguiente: «A partir de la herencia fragmentaria y aforística de Scharnhorst, desarrolló una teoría sistemática, tupidamente tejida, perfectamente equilibrada, en la que cada fac-

tor, cada aspecto, cada argumento tenía su sitio, del que no podía ser movido sin poner en peligro fatalmente el delicado equilibrio del conjunto. A partir de la profunda valoración de la revolución en el arte de la guerra introducida por Napoleón, llegó a una concepción infinitamente más amplia que abarcaba, dentro de su elástico marco y su majestuosa amplitud, cada forma imaginable de guerra y estrategia².» Esta hipérbole queda claramente negada por el propio Clausewitz. Una obra que no dice literalmente nada acerca de la guerra naval apenas puede cubrir «cada forma imaginable de guerra y estrategia» incluso para su propia época. Además, como ya hemos apuntado, la revisión planeada por Clausewitz claramente habría eliminado algunos «factores» y «argumentos».

Un estudioso francés perteneciente a una generación anterior que escribió un libro sobre Clausewitz habla de él como de *le plus Allemand des Allemands... A tout instant chez lui on a la sensation d'être dans le brouillard métaphysique* («el más alemán de los alemanes... Al leerlo se tiene constantemente la sensación de estar en la bruma metafísica»)³. Esto es, sencillamente, una tontería. Citas así pueden ser acumuladas, y lo son, por la gente que conoce o declara conocer en profundidad la obra de Clausewitz, como Rosinski ciertamente hizo. El temor reverencial puede ser una actitud apropiada en algunas ocasiones, especialmente en el ámbito religioso, pero no conduce a un estudio sosegado, perspicaz y, por tanto, crítico.

Ya hemos dicho algo acerca de los lectores que no comulgan del todo con las ideas clausewitzianas. Tanto militares como civiles han mostrado aversión hacia algunas de ellas, a menudo por razones opuestas. El militar, entrenado para venerar el espíritu ofensivo, no se siente cómodo con el argumento de que la defensiva es, obviamente, la forma de guerra más fuerte y, sobre todo, no le gusta que se diga que la finalidad militar siempre debe subordinarse a los objetivos políticos, como afirman los dirigentes civiles. Entre los civiles puede haber quienes sientan que hay más de una sombra de excesiva crueldad en Clausewitz, aunque esta actitud resulta más apropiada para caracterizar a

² *The German Army*, 2.^a ed., 1944, p. 73.

³ Hubert CAMON, *Clausewitz*, París, 1911, p. vii, citado por H. Rothfels en «Clausewitz», *Makers of Modern Strategy*, E. M. Earle (dir.), Princeton University Press, Princeton, 1943, p. 93.

quienes no le han leído y han formado sus opiniones a base de rumores, que a los que realmente han leído el libro. Clausewitz sabía que la guerra no es un asunto placentero y se lo deja desde un principio claro al lector para que puedan avanzar conjuntamente en la consideración del asunto en cuestión (que es el de comprender en esencia en qué consiste la guerra en sus diversos niveles de ejecución y violencia). La finalidad de tal comprensión es incrementar las oportunidades de éxito en esta muy exigente búsqueda.

Por aquel entonces ya era antigua la idea de que la guerra era intrínsecamente mala y a menudo insensata. Su compatriota y contemporáneo de más edad Immanuel Kant; cuya obra conocía y respetaba, escribió un opúsculo, *La paz perpetua* (1795)⁴ reafirmando esta idea dentro del marco del nuevo conocimiento de su época. Pero este punto de vista gozó de una aceptación incomparablemente menor entonces que hoy, lo cual no significa que ahora no tenga importancia. De cualquier forma, Clausewitz fue un hombre cuya carrera militar comenzó cuando tenía doce años, en un ejército aún imbuido de las tradiciones de Federico el Grande y en un momento que señalaba el comienzo de casi un cuarto de siglo de guerras con la Francia revolucionaria y napoleónica. Además, por los indicios de la naturaleza de su vida íntima que se desprenden de sus cartas y su conducta personal, parece haber sentido algo más que la normal necesidad psicológica de reconocimiento, que para él sólo podía provenir de una cierta forma de prestigio en la profesión a la que se dedicaba. Por ello, no hay ninguna razón para extrañarse de su dedicación a su macabra temática. Fue lo bastante sensible a los elevados costes y riesgos de la guerra, en los cuales no le faltaba experiencia personal, como para otorgar un alto valor a la capacidad para dirigirla de manera experta con una posibilidad óptima de éxito. De igual forma, lo cual es mucho más raro, concedió una importancia similar a comprender sus motivos.

Pero el lector puede tener otro interés más insistente. ¿Acaso, se preguntará, un libro escrito hace casi dos siglos sobre cualquier tipo de guerra de todas clases puede merecer la pena hoy en día? Tal cuestión podría haberse planteado si las armas nucleares jamás se hubieran inventado, pero parece que tales ar-

mas han hecho surgir un universo totalmente nuevo. ¿Realmente lo han hecho? Ha habido muchos acuerdos para combatir sin armas nucleares desde que se utilizaron dos de ellas en Japón en 1945, incluidas guerras que para algunos de los participantes representaban una implicación total. Sin embargo, aunque todavía no sea un hecho consumado, existe como mínimo una firme posibilidad que, al menos entre las grandes potencias que poseen armas nucleares, el carácter global de la guerra como medio de liquidar las diferencias se haya transformado hasta lo irreconocible. ¿Por qué leer entonces a Clausewitz?

En nuestros tiempos tan multitudinarios no basta con aducir que un libro tiene un mérito excepcional. No tenemos tiempo de leer demasiados libros. El compromiso de leer un libro esencial como éste representa en cierto modo lo que el economista denomina «coste de oportunidad» (objeto o beneficio al que se renuncia y que podía haberse obtenido por la misma unidad de valor). El tiempo de lectura, incluso para los más favorecidos, es un bien claramente escaso. La lectura de un libro serio es siempre, pues, una empresa seria que puede ser racionalmente considerada por medio de la siguiente cuestión: ¿me merece la pena la lectura de este libro en este momento más que la lectura de cualesquiera otras obras que yo pueda leer en el mismo momento?

Ciertamente, no deberíamos tener esta cuestión en el primer plano de nuestra mente o de lo contrario nos preocuparíamos tanto cada vez que ejerciéramos el supremo derecho a elegir, que no lograríamos leer nada. No obstante, salvo en algunas circunstancias en las que la elección nos viene dada, como en los estudios de licenciatura, debemos, de hecho, mantener esta cuestión en alguna parte de nuestra mente. Seleccionamos los libros que vamos a leer y dejamos muchos de ellos sin acabar. Entre los libros de los que prescindimos, normalmente se encuentran los clásicos, en especial aquellos que no son puramente literarios, porque tenemos tendencia a suponer, en primer lugar, que por muy importantes que hubieran sido en su tiempo, no son particularmente pertinentes para el nuestro. En segundo lugar, porque cualquier sabiduría que contenga importancia para nuestra época, sin duda ha sido asimilada y aprovechada por autores posteriores.

De la guerra de Clausewitz no se adapta a ningún postulado. En ocasiones, merece la pena leer otros clásicos porque tienen un sabor característico no completamente representado o captado incluso por aquellos autores posteriores que han asimilado

⁴ Edición de Tecnos.

totalmente su pensamiento y lo han perfeccionado (me viene a la memoria *El origen de las especies* de Darwin, aunque hay otros). Pero la obra de Clausewitz sobresale entre estos escasos viejos libros que han ofrecido ideas profundas y originales que no han sido adecuadamente asimiladas por la literatura posterior. Por supuesto que sólo será leída por aquellos que tengan un gran interés, profesional o de otro tipo, en la materia que indica su título, para los cuales es totalmente indispensable. Desde luego que existen otros libros en este campo que merece la pena leer además del de Clausewitz, incluidos naturalmente algunos que tratan de las cuestiones actuales y en especial del armamento nuclear, pero ninguno puede igualarlo en importancia o reemplazarlo en su perennidad.

La obra de Clausewitz, por ejemplo, fue mucho más pertinente para los problemas y cuestiones de la Primera Guerra Mundial que los *Principios de la guerra* de Ferdinand Foch publicado en 1903, sólo once años antes de que empezara la guerra. Para Foch y sus seguidores, la idea de la supremacía del objetivo político, a la que Clausewitz dio tanta importancia, simplemente no era aplicable a los tiempos modernos. Por añadidura, idealizaron el papel del comandante y glorificaron la ofensiva hasta un grado en el que también se reveló como desmesuradamente costosa en el caso de que fuera puesta en práctica. Foch hizo un flaco favor al nombre de Clausewitz, cuya obra se preciaba de haber leído y asimilado, si bien sus propios escritos presentan un carácter completamente distinto.

En efecto, Clausewitz concedió mucha importancia al papel y al talento del comandante general, pero en conjunto lo hizo con más sensatez que Foch. Sopesó con más cuidado la relación de la ofensiva y la defensiva, concluyendo que esta última era la forma más fuerte de la guerra. Si fue así en su época, mucho más en la de Foch, aunque éste sostuviera el punto de vista contrario. Para la guerra de 1914-1918, el muy influyente libro de Foch no estaba obsoleto, pero sí terriblemente equivocado y costó un auténtico mar de sangre comprobarlo. No resulta útil leer hoy a Foch, excepto para observar los extremos aberrantes a los que puede llegar el pensamiento en este campo y lo imprudentes que pueden ser los lemas que guían las políticas militares de las grandes naciones. Y, por supuesto, leerlo ayuda a entender la formidable catástrofe que fue la Primera Guerra Mundial.

Otra obra escrita tras la guerra que alcanzó una enorme influencia, sobre todo en la organización de las fuerzas americanas y en la realización de grandes campañas durante la Segunda Guerra Mundial, es la de Giulio Dohuet, que hoy es también una pieza de museo. Sus diversos ensayos normalmente reunidos bajo el nombre del más famoso de ellos (*Command of the Air*) son brillantes, pero también estrechos de miras, dogmáticos y, como demostró la Segunda Guerra Mundial, completamente equivocados en sus recetas específicas. Los entusiastas del poder aéreo se refieren con reverencia a Dohuet como el «profeta del poder aéreo» y, por tanto, rechazarán esta valoración quizás con indignación. Pero lo que todos ellos necesitan es leerlo cuidadosamente, confrontando sus detalladas predicciones con la experiencia de la Segunda Guerra Mundial que, según él, fue la «guerra del futuro». Argumentaba que las líneas de combate terrestres permanecerían estacionarias y que la solución favorable sería, de cualquier forma, alcanzada por los bombarderos en sólo unos pocos días. No hay duda que sus ideas serían más apropiadas para las armas nucleares de lo que fueron para las bombas que tenía *in mente*, pero es también cierto que la era nuclear apenas necesita un Dohuet para revelar los estragos y el terror que pueden lograrse mediante estas armas. En cualquier caso, sus fórmulas específicas ahora estarían anticuadas. Como el libro de Foch, de nuevo estamos ante un conjunto de trabajos que hoy carecen de utilidad.

Para nuestra propia época, Clausewitz probablemente alcanzada más pertinente que la mayoría de la literatura específicamente escrita sobre la guerra nuclear. Entre los trabajos de este último género existe una buena cantidad de útiles obras tecnológicas, pero, a la vez, es perceptible la falta de esa profundidad y alcance que constituyen el sello particular de Clausewitz. En especial se echa en falta su rigurosa búsqueda de la idea de que la guerra en todas sus fases debe ser racionalmente guiada por fines políticos significativos. Esta idea desaparece completamente de la mayoría de los libros contemporáneos, incluyendo uno que lleva un título que invita descaradamente a la comparación con los primeros clásicos: *Sobre la guerra termonuclear*, de Herman Kahn. Por cierto que Kahn basa su principal argumento (que los Estados Unidos podrían sobrevivir a una guerra termonuclear contra su principal rival y por lo tanto no debían temerla demasiado) en premisas técnicas que hoy han quedado clara-

mente obsoletas, por mucho que fueran realistas cuando fue publicado su libro en el no tan lejano año de 1960. A diferencia del libro de Clausewitz, el de Kahn tampoco tiene mucho que decir de importante para la guerra del Vietnam que por aquel entonces se estaba desarrollando y que tanta introspección y dolor causó en Estados Unidos, aunque el dolor de este último es mucho menor que el soportado por la nación a la que se quería salvar. Kahn puede ser útil como complemento de Clausewitz, sólo de forma limitada resulta más oportuno que él y en ningún caso contribuye a sustituirlo.

De todo esto deducimos que debe haber algo en el campo del pensamiento y la literatura estratégicos que lo diferencian de otros campos de esfuerzo intelectual. En la mayoría de los demás campos, las obras de los autores antiguos tienden a quedar anticuadas porque son asimiladas o son refutadas. A veces resultan interesantes de leer por razones históricas y a menudo también por diversas cualidades intrínsecas, pero son fácilmente obviadas sin consecuencias importantes. He citado el nombre de Darwin, que viene a representar (como Freud en otro campo) al gran descubridor cuya contribución no ha sido nunca totalmente igualada por ningún sucesor. Pero también está el gran innovador, más que el descubridor, como es el caso de Adam Smith, cuya vida coincidió parcialmente con la de Clausewitz y que escribió en un campo notablemente similar en varios aspectos al de la estrategia, incluyendo una preocupación por la eficiencia en el uso de los recursos para alcanzar metas específicas y con soluciones que al menos son prácticas, confirmen o no leyes que describen un comportamiento invariable.

Su gran obra fundamental, *La riqueza de las naciones* (1776)⁵, generalmente reconocida como la fuente de la economía moderna, que, aun debiendo algo a otros, marca una clara ruptura con la tradición mercantilista precedente, a la que ningún economista digno de tal nombre volvería a partir de entonces. Pero esta gran obra tuvo muchísimos seguidores en los dos siglos que siguieron a su publicación y hoy el trabajo en este campo sigue siendo un negocio muy floreciente, y atrae fácilmente a su correspondiente proporción de mentes dotadas. La totalidad de la esencial contribución de Smith fue completamente asimilada y luego desarrollada por autores posteriores que reconocen su

deuda con él. Clausewitz, que creo que puede compararse en talento e innovación a Adam Smith, no tuvo una cabalgata comparable de brillantes sucesores.

Así, en los escritos más notables sobre estrategia, hay una discontinuidad que no se observa en otros campos, en parte porque estos campos están mucho más densamente poblados de grandes autores, y en parte por la propia discontinuidad de la guerra. De igual modo, mientras que la genialidad tiene un escaso valor para todos los ámbitos del esfuerzo humano, en el campo de la literatura estratégica es algo especialmente raro. La razón es que con escasa frecuencia los militares son eruditos y los civiles raramente son estudiosos de la estrategia. El genio de Clausewitz es indiscutible y, asimismo, único en su campo.

Por lo tanto, encontramos al menos dos razones por las que Clausewitz sigue siendo merecedor del estudio más atento: primera, que siempre procuró, con un éxito derivado de sus grandes dotes, así como de su enorme capacidad de trabajo, llegar a los fundamentos de cada cuestión que examinaba, empezando por la naturaleza fundamental de la propia guerra; y segundo, que es el único que lo ha conseguido. Su libro no es simplemente el más grande, sino el único verdaderamente grande sobre la guerra. Allí donde otros autores que se ocuparon de esta temática intentaron ser analíticos más que simplemente históricos, pudieron alcanzarse logros muy respetables, pero, en comparación con Clausewitz, la conclusión invariable ha de ser que no se le acercan.

Así puede juzgarse, por ejemplo, la obra de Alfred Thayer Mahan, quien, por supuesto, se autolimitó a la vertiente naval de la guerra y cuya obra es sobre todo histórica. Sus dimensiones y características como pensador se reflejan en su gran deuda hacia Jomini, admitida por él mismo, pero apenas respecto al más grande contemporáneo de éste: Clausewitz. Otro historiador y analista naval, contemporáneo de Mahan, Julian S. Corbett, sí prestó verdadera atención a la obra de Clausewitz para gran beneficio suyo. En la medida en que estamos reflexionando sobre libros que tuvieron vigencia, podemos por cierto advertir que, aunque Mahan y Corbett vivieron y escribieron en una época de modernos buques de guerra de vapor, sus escritos, tan extraordinariamente influyentes, en especial en el caso de Mahan, desarrollan doctrinas que derivan casi exclusivamente de la guerra naval de los días de los veleros.

⁵ Ed. Tecnos, colección «Los Esenciales de la Filosofía», Madrid, 2009.

En todo caso, podemos abordar la cuestión de la vigencia de las obras y considerar hasta qué punto este factor disminuye la utilidad de leer hoy a Clausewitz. Para el historiador militar, obviamente, no la reduciría del todo, sino que, por el contrario, haría ventajosa y realmente necesaria esa lectura. Si se pregunta, por ejemplo, por qué los ejércitos de Wellington y Blücher se desplegaron sobre un territorio tan extenso cuando Napoleón se presentó para luchar contra ellos en junio de 1815, obtendrá alguna aclaración en el capítulo trece del libro V, que da la casualidad de que trata el tema de los alojamientos y la descripción que allí se hace de esta situación adquiere autoridad y claridad por el hecho de que Clausewitz estuviera entonces en el ejército prusiano y combatiera en dos de las batallas que siguieron. Pero además, Clausewitz fue él mismo un historiador militar agudo (*De la guerra* constituye menos de una cuarta parte de toda su obra que finalmente se llegó a imprimir, siendo el resto en su mayor parte de naturaleza histórica) y estuvo sumamente atento a los cambios en las prácticas militares que separaron a su propia época de las generaciones precedentes. Gran parte de su perspicaz observación sobre estas cuestiones se plasma en forma sumamente condensada en la presente obra.

Naturalmente, los historiadores militares son una muy pequeña proporción de la raza humana e incluso una pequeña proporción de quienes podrían desear leer a Clausewitz. Sin embargo, quienquiera que esté lo bastante interesado en lo que Clausewitz representa como para querer leer su libro, seguramente no debería desistir de ello por el hecho de que en el proceso se obtengan algunas ideas sobre cómo se hacía la guerra en aquel tiempo. Nuestra generación es única, si bien lamentablemente, en la producción de una escuela de pensadores que son supuestos expertos en estrategia militar y que ciertamente son especialistas en estudios militares pero que no saben prácticamente nada de historia militar, incluida la historia de nuestras guerras más recientes, y no parecen estar preocupados por su ignorancia. Su capacidad para el análisis de sistemas y otras esotéricas disciplinas relacionadas son, sin duda, de enorme valor para ayudarles a transitar entre las pretensiones contrapuestas de los vendedores y defensores de nuestro extraordinariamente complicado armamento moderno. Sin embargo, los únicos datos empíricos que tenemos acerca de cómo la gente dirige la guerra y se comporta bajo sus tensiones es nuestra ex-

periencia del pasado, por muchos ajustes que tengamos que efectuar para tener en cuenta los posteriores cambios de las circunstancias.

Hasta el desarrollo de esta nueva escuela tras la Segunda Guerra Mundial, fue axiomática la necesidad de un profundo conocimiento de su historia para comprender la guerra. Clausewitz lo creyó devotamente. «Sin duda, el conocimiento en que se basa el arte de la guerra», decía (en el capítulo seis, libro II) «es empírico». Y también «los ejemplos históricos lo aclaran todo y aportan la mejor prueba a las ciencias empíricas». No se dio por contento con tales generalizaciones, y en su lugar entra en un cuidadoso y característicamente penetrante análisis de las formas en que la historia militar podría ser utilizada para forjar la teoría.

Con todo, no podemos soslayar los inconvenientes derivados del hecho de que Clausewitz muriera casi un siglo y medio antes de que las presentes líneas fueran escritas. Este hecho afecta a la utilidad actual de su obra en diversas formas, la más obvia de las cuales es la que ya hemos mencionado. El propio Clausewitz asegura que la utilidad de un ejemplo histórico es, por lo general, inversamente proporcional a su edad, declarando que eludiría en su obra los ejemplos anteriores a la Guerra de Sucesión austríaca, cuyo comienzo en 1740 coincide con el inicio de la primera guerra silesia y, lo que es más importante, con la subida al Trono de Federico II, posteriormente conocido como el Grande, al trono de Prusia. Así, a lo largo de *De la guerra* apenas se pueden encontrar más que menciones a otros indudables genios de la guerra, el Duque de Marlborough y su colega el Príncipe Eugenio de Saboya, que colaboraron en la brillante campaña que se cerró con Blenheim sólo treinta y seis años antes de la subida al Trono de Federico.

De esta forma, Clausewitz, de quien Peter Paret señala que escribió también un estudio sobre Gustavo Adolfo, se limita en su obra, con raras excepciones, a los ejemplos históricos procedentes de los setenta y cinco años que finalizan con Waterloo, que fue la última batalla que conoció y que aconteció dieciséis años antes de su muerte. Así, hizo hincapié en los cambios extraordinariamente importantes que tuvieron lugar en el arte de la guerra durante este período y nosotros no podemos dejar de observar que estos cambios han de ser comparados con los que a partir de entonces se sucedieron a causa de la inmensa revolución tecnológica en la guerra que comenzó más o menos cuan-

do él murió. Al fin y al cabo, el armamento utilizado en la época de Federico sólo difiere ligeramente del empleado en la de Napoleón, resultando admirable para nosotros que en la práctica se pudieran producir estos importantísimos cambios a pesar de los insignificantes cambios que experimentaron las armas, por no hablar de los transportes o las comunicaciones.

De todos modos, el ilustrativo material histórico que utiliza Clausewitz tiene una doble desventaja para nosotros: primera, que incluso el más reciente resulta tan alejado de nuestra época y condición que Clausewitz, con sus propios criterios de aceptación, no lo hubiera contemplado, y, segunda, que en gran parte por causa de esta lejanía muy pocos de sus lectores tendrán un conocimiento previo de muchas de las campañas o batallas a las que se refiere. Se puede suponer que cualquiera sabe algo de la invasión de Rusia por Napoleón en 1812. Tchaikovsky escribió una conocida obertura sobre ello y Tolstoi una importantísima novela que, además, ha dado pie a muchas películas y una serie de televisión. ¿Pero quién, salvo unos pocos especialistas, sabe hoy algo de las campañas de Federico o, si se quiere, de la mayoría de las demás campañas de Napoleón?

Afortunadamente, al usar un ejemplo histórico, Clausewitz lo reconstruye en medida suficiente para darnos una adecuada imagen de lo que pasó y de su relevancia para lo que está tratando. Claro está que a menudo no lo hace. Debemos, por tanto, admitir que, simplemente desde el punto de vista de la exposición, nos perdemos una gran cantidad de la riqueza de su análisis, que estaba más al alcance de sus coetáneos. Naturalmente que podemos intentar corregir este defecto aprendiendo algo acerca de la historia que él utiliza (una prueba bastante menos dura que, por ejemplo, aprender griego para disfrutar de los poemas de Safo), pero en el fondo tenemos que anotar este factor en el débe.

Hay, efectivamente, una contrapartida de esta cuestión. La guerra, como asegura Clausewitz en cierto lugar, es *diferente de cualquier otra cosa*. Así, aunque puedan producirse en ella muchos cambios de una época a otra, su carácter esencial sigue siendo distinto al de cualquier otra actividad humana. Por la misma razón, no en vano buscamos ciertas cualidades elementales que cambien muy poco, si es que cambian. No estamos hablando de los «principios invariables» de Jomini, sino de algo más fundamental. Este elemento tiene básicamente que ver con

el por qué leemos a Clausewitz, quien está más cerca que ningún otro de desvelarnos esos fundamentos, pero también afecta al problema de sus ejemplos históricos.

El propio lector puede entresacar de cualquier depósito de conocimientos históricos y experiencias personales que él posea un ejemplo para comprobar si el aspecto en cuestión sigue siendo válido o, al menos, si es aún aplicable a una época muy posterior a la de Clausewitz. Así, en este caso, al extraer ejemplos de las campañas de Federico y de Napoleón, admite que hay excepciones al principio de la concentración (que, en lo demás, apoya muy fuertemente) y sugiere que hay ocasiones en que un comandante *debería* dividir sus fuerzas en presencia del enemigo, pudiéndose pensar en lo brillantemente que lo llevó a cabo Lee en Chancellorsville o en el modo insensato en que el almirante William F. Halsey dejó de hacerlo en el golfo de Leyte. Y se produce una sensación de descubrimiento al ver aparecer de pronto, en el último capítulo de la obra, un modelo de ideas que seguramente aportaron la inspiración conceptual para los aspectos militares del famoso Plan Schlieffen. Cabe recordar, asimismo, que el conde Von Schlieffen fue un buen estudioso de Clausewitz y había asimilado las repetidas máximas de éste sobre la conveniencia de no permitir que el fin político fuera dominado por el objetivo militar, hasta el punto de que dejó escrito que, si su Plan fallaba, como en efecto sucedió en 1914, Alemania debería buscar enseguida una paz negociada. Desgraciadamente para Alemania y para el mundo, ésta, la más básica de las ideas clausewitzianas, fue rechazada por los sucesores de Schlieffen y por Von Moltke el joven. El Plan Schlieffen, por lo demás, tenía un enorme defecto intrínseco que era en sí fundamentalmente anticlausewitziano: la necesidad de invadir Bélgica (y originariamente también los Países Bajos) que obligaba a Gran Bretaña a entrar en la guerra.

Examinar algunos de los viejos problemas y el modo en que fueron tratados, para cualquier estudioso de la guerra o de la política resulta un ejercicio interminable su adaptación a las épocas posteriores. Pero pronto llega a ser algo automático, ya que, en realidad, esto ofrece dificultades intelectuales poco serias. De inmediato se pueden reconocer como todavía pertinentes en la actualidad algunas ideas y advertencias, en tanto que otras son sólo útiles de cara a un mejor conocimiento de la historia política o militar.

Hay que reconocer que más problemáticos que la cuestión de los simples ejemplos son esos dilatados pasajes en los que Clausewitz trata de los métodos de marcha, aprovisionamiento y cosas por el estilo, que pertenecen a un pasado desaparecido. Esto no es aplicable a la totalidad de los libros IV a VII, ambos inclusive, pero sí a la mayoría de lo que contienen. En estos pasajes, la lectura puede acelerarse algo (quizás una pequeña advertencia ayudará a llevar a cabo la aceleración) pero habría que tener mucha prisa para saltárselos completamente. En estos pasajes, el autor comparte con nosotros su gran conocimiento de la conducción de campañas en su propia época y trata por algún medio de llamar nuestra atención sobre ciertos cambios importantes operados con relación a épocas anteriores. Diversas ediciones abreviadas han omitido algunas de estas partes, pero sin duda es mejor dejar decidir al lector por sí mismo si desea o no acompañar a tan gran maestro en estas áreas. Muy poco de lo que escribió Clausewitz ha sido publicado en la traducción inglesa y pocos de nosotros desearían ver truncada su obra maestra. Además, el lector encontrará incluso en las páginas más insospechadas con algunas sabias y penetrantes observaciones característicamente clausewitzianas aplicables tanto a nuestra época como a la suya.

Aparte de la cuestión de la obsolescencia o falta de vigencia, existen otras características de Clausewitz que, aunque puedan constituir más virtudes que defectos, inciden negativamente en el reconocimiento de su genialidad y sus éxitos. La principal de ellas es su acentuada resistencia a ofrecer fórmulas o axiomas como guías de la acción. A menudo parece decidido a demostrar los riesgos de tales axiomas, característica que más le distingue de Jomini, así como de prácticamente todos sus sucesores. Esta es una de las grandes razones por las que los militares están tan decepcionados con Clausewitz, ya que están acostumbrados en su formación a asimilar en un apretado programa de tiempo reglas específicas de conducta, práctica que se refleja en el amplio uso que hacen del término «adocctrinamiento». Clausewitz, por el contrario, invita a sus lectores a meditar con él sobre la compleja naturaleza de la guerra, donde ninguna regla que no admita excepciones es, por lo general, demasiado obvia para dar pie a muchas disertaciones.

Esta cualidad puede apreciarse sobre todo en su actitud ante las nociones que en su época habían empezado a ser de-

nominadas «principios de la guerra». Aunque apenas pudo evitar establecer ciertas generalizaciones, lo cual es inevitablemente el resultado y el fin del estudio analítico, rechazó de forma expresa y vehemente la noción de que la conducción de la guerra pueda guiarse razonablemente por medio de un reducido número de concisos axiomas. Fue Jomini, no Clausewitz, el responsable de la conocida afirmación de que «los métodos cambian pero los principios son inalterables», en gran parte porque Jomini tuvo mucha mayor influencia en el pensamiento militar de su época y las posteriores, al menos entre los no alemanes. En él se inspiraron ambos bandos en la Guerra Civil Americana, que vio concluir dentro de su dilatada vida. Y, como hemos visto, fue a Jomini a quien Mahan llamó «mi mejor amigo militar».

Sólo tras la Primera Guerra Mundial varios manuales de campaña (inicialmente americanos) comenzaron a intentar compendiar siglos de experiencia y páginas y páginas de reflexiones en unos pocos «principios de la guerra» lacónicamente expresados y usualmente numerados, como el «principio de la concentración», el «principio de la economía de fuerzas», «el principio de la sorpresa» y otros. Aunque estos libros se escribieron con el fin de explicar y elaborar estos principios, se insistió en mantenerlos en forma escueta y rígida (a fin de hacerlos más fácilmente transmisibles en los pocos días que dura un curso en una academia militar impartido por quienquiera que a tales efectos haya sido asignado como instructor, así como para que se pueda cumplir más fácilmente con ellos en situaciones de combate). Clausewitz se hubiera horrorizado de las espantosas meteduras de pata que se han cometido en nombre de estos principios. A quienes en su época intentaron cosas parecidas los denominó «escritorzuelos de sistemas y compendios».

El precio de la admisión de esta alternativa clausewitziana de intensa reflexión, algunas veces desarrollada en páginas muy densamente presentadas con agudas percepciones, es un compromiso de receptividad. Esto requiere un tipo de lectura diferente al que estamos acostumbrados. En nuestros días se imparten cursos para aumentar la velocidad de lectura y nadie duda de los beneficios de la lectura rápida ante las grandes masas de materias que casi todo profesional ha de abarcar. Con Clausewitz, sin embargo, se debería estar dispuesto a detenerse, a hacer pausas con frecuencia a fin de reflexionar. El deseo básico

de Clausewitz en cuanto a su libro, aunque no modesto, era recompensar a cualquiera que así lo hiciera.

«Mi ambición era», decía en una nota hallada entre sus papeles, «escribir un libro que no fuera olvidado al cabo de dos o tres años, y que, si fuera posible, pudiera ser retomado más de una vez por quienes estuvieran interesados en el tema».

UNA GUÍA PARA LA LECTURA

por Bernard Brodie

En mi ensayo introductorio hice notar que muchos encuentran que Clausewitz es difícil de leer de una manera comprensible, aun cuando las ideas que presenta no resultan intrínsecamente difíciles. Las razones son diversas, siendo la más importante que, bien por la riqueza de ejemplos y matizaciones, bien por la a veces imperfecta organización, se pierde con frecuencia el hilo principal del discurso. De igual forma, Clausewitz resulta ocasionalmente metafísico, aunque no a menudo, y esto molesta a los lectores más de lo necesario. Por añadidura, algunas partes extensas tienen un valor puramente histórico o, como alguno sostendría, obsoleto, en tanto que otras aparecen cargadas de la mayor importancia para nuestra época. De ahí que pueda ayudar al lector el ser avisado con antelación ante cuál estamos. Por último, un lector no familiarizado con el tema no tendrá medios para saber cuán característicos son algunos de los puntos destacados por el autor y puede beneficiarse de que esta circunstancia sea señalada en los lugares apropiados. No quiero rizar el rizo y si en ocasiones soy culpable de elogios innecesarios, lo repararé llamando la atención sobre partes cuya lectura es relativamente poco gratificante.

En síntesis, el propósito principal de esta guía es mejorar la comprensión del texto por parte de los lectores en la primera lectura. Si éstos encuentran que fracasan en tal propósito o que no lo consiguen en un grado suficiente para perder su tiempo, harían bien en dejar su lectura en la siguiente coma o el siguiente punto.

Al utilizar esta guía, el lector encontrará la forma que mejor se adapta a él. Alguno que otro puede desear leerla completamente antes de pasar al texto. Quizás la mayoría querrán utilizarla libro a libro o incluso en dosis más pequeñas junto con el texto. También puede servir de rápida recapitulación tras haber leído el texto o para encontrar fragmentos de los que uno se acuerda pero cuya localización exacta no consigue recordar.

Ya que esta guía no es una sinopsis, somos libres de explicarnos en los detalles de algunos capítulos o fragmentos y tratar otros con mayor ligereza o saltárnoslos totalmente sin indicar necesariamente que así lo estamos haciendo. No se trata sólo de que algunas partes sean, en efecto, más importantes o llamativas que otras, sino de que algunos excelentes capítulos no ofrecen dificultades especiales.

La «Nota» de 10 de julio de 1827 que dejó el autor con su manuscrito y que aparece junto a la nota no fechada, que es claramente la última, habla de sus frustrados planes de revisión. En el intervalo que medió entre la redacción de ambos documentos reescribió completamente el capítulo uno del libro I que es el único que consideró finalizado. Sus planes para una ulterior revisión principalmente tratarían de resaltar dos ideas de forma muy marcada a lo largo de toda la obra. Estas son: 1) la importancia de distinguir siempre entre los respectivos requisitos de la guerra general y de la limitada (empleando la terminología moderna) y 2) la esencial y omnipresente necesidad de reconocer que «la guerra es simplemente la continuación de la política por otros medios» (la cursiva es de Clausewitz). Uno sospecha que esta última idea, aunque ya planteada en los principios de la trayectoria del autor, aún no estaba cristalizada en su mente, dado que sólo es desarrollada en las últimas partes en las que trabajó, esto es, en el capítulo seis del libro VIII y en el finalmente revisado capítulo uno del libro I, y dado además que él mismo confiesa que esperaba que la reelaboración del libro VIII le ayudara a clarificar sus propias ideas sobre el particular. Posiblemente el libro VIII, tal como nos ha llegado, fue objeto

de cierta reelaboración después de que fuera escrita la «Nota» de 1827, pero aún no estaba en su forma final cuando el autor partió para Silesia en 1830, donde moriría un año después y desde luego para entonces no había acabado de desplegar la idea a lo largo de toda la obra.

LIBRO I: SOBRE LA NATURALEZA DE LA GUERRA

Sin efectuar comentario alguno sobre el Prefacio del autor, pasamos al libro I, capítulo uno, el único capítulo completado a satisfacción del autor. De toda la obra, es uno de los más densos en ideas y su contenido e importancia hacen de este capítulo una introducción muy amplia. Para algunos lectores puede resultar también un tanto confuso si no cuentan con la clave apropiada, que intentaré proporcionar aquí con un mayor detalle de lo que haré con otros capítulos.

El *objeto* de la guerra, decía Clausewitz en una triple exposición gradual, es *a) imponer nuestra voluntad al enemigo, para lo cual b) usaremos como medio la máxima fuerza disponible con c) la finalidad* privarlo de su poder. Así, de entrada, hacemos notar la distinción entre fin militar y objetivo político.

La angustia por la brutalidad de la guerra no puede ser aducida para inhibir el uso de los medios, por cuanto «la guerra es un asunto tan peligroso que los errores debidos a la benevolencia son los más graves de todos». Las naciones civilizadas pueden hacer uso de inhibiciones, pero esto se debe a fuerzas sociales que «no forman parte de la guerra». Así, «introducir el principio de la moderación en la teoría de la guerra siempre conduce al absurdo lógico» (la cursiva es mía).

El significado quedará un poco más claro si se observa que en estas páginas iniciales Clausewitz emplea términos puestos de moda por los grandes filósofos alemanes de la época, en especial Kant y Hegel. Ellos revivieron con fuerza la antigua escuela metafísica englobada bajo el un tanto engañoso nombre de «idealismo». Así, en el lenguaje de esta escuela, la guerra es simplemente otra forma de ser que, como cualquier otra forma de ser, deriva de un esquema esencial o «idea» en la que encuentra su verdadera realidad. Para comprender debidamente la guerra, primero ha de contemplarse en su forma «absoluta» o «ideal», lo que Clausewitz denomina el «concepto puro de la

guerra». Es en este sentido en el que hace referencia a «la teoría de la guerra [en] sí misma» que recuerda a la famosa frase de Kant, «*Das Ding an sich*» («la cosa en sí misma»). Afortunadamente, Clausewitz tenía un temperamento demasiado pragmático para ensimismarse profundamente o durante mucho tiempo con esta etiqueta de idealismo, pero aquí, al levantarse el telón de su obra maestra, este hombre, que jamás se graduó en una universidad, entra llevando la vestimenta académica.

Sin embargo, al mismo tiempo, es realista en el sentido ordinario de la palabra. Sin duda cree totalmente en lo que está diciendo. Fue testigo de algunos de los peores horrores de la larga y cruda historia de la guerra, incluyendo el desastroso paso del río Beresina por los franceses en su retirada de Moscú, que vio con sus propios ojos desde el bando ruso y que describió con la angustia más honda y estremecedora en una carta a su esposa. Más tarde, sin embargo, también escribiría, en una crítica a Wittgenstein, el general ruso más próximo a la escena, que si hubiera atacado más directamente «podría haber infligido pérdidas mucho más grandes a los franceses». Clausewitz, por descontado un hombre sensible, hacía tiempo que había tenido que aceptar, al menos intelectualmente, las duras exigencias de su profesión. Era completamente consciente de que tenía que armarse de valor desde el punto de vista emocional para cumplir con estas exigencias, no de una vez por todas, sino repetidamente, y en su obra no pierde el tiempo en imponer al lector una obligación similar. Es de destacar que sintiera la necesidad de mencionar estos aspectos desagradables y molestos, cosa que no hacen otros autores sobre estrategia.

En estas páginas iniciales también trata de manera perspicaz el papel del apasionamiento en la guerra, que inevitablemente distorsiona la concepción clara del objetivo. «Si la guerra es un acto de fuerza, las emociones no pueden faltar». Como quiera que la tendencia del argumento principal de la obra irá en dirección opuesta, es preciso dejar claras estas cuestiones al comienzo.

Dada su inclinación a los «extremos» de la guerra, donde no dejó de establecer algunas importantes ideas prácticas, efectúa un viraje espectacular hacia el ámbito que le ocupará durante prácticamente todo el resto de la obra. Titula la sección 6 «Modificaciones prácticas». Cuando pasamos del mundo abstracto al real, «toda la situación se ve de manera muy distinta». La

guerra en su forma abstracta o «perfecta» podría darse en el mundo real sólo si coincidieran determinadas condiciones, la más importante de las cuales es que la guerra fuera «un acto totalmente aislado y repentino que no obedeciese a acontecimientos previos en la esfera política». Pero, dice, «la guerra nunca es un acto aislado». También advierte que «ni siquiera el resultado final de una guerra puede considerarse siempre como definitivo» (su propia Prusia fue prácticamente aniquilada como potencia militar en la campaña de Jena de 1806 y sólo volvió a ser fuerte en las campañas de 1813 y 1814 y en Waterloo en 1815, y Clausewitz estuvo profundamente implicado en estos acontecimientos).

A medida que avanza, la finalidad política empieza a ocupar el primer plano. Es el motivo originario de la guerra, acaso ahora modificado por operar en un contexto bélico. En algunos casos los objetivos políticos y militares son los mismos, como la conquista de una provincia con el fin de mantenerla; en otros casos «es preciso adoptar otro objetivo militar que esté al servicio de la finalidad política y la simbolice en las negociaciones de paz». Aquí pensaba Clausewitz, por ejemplo, en apoderarse y mantener un territorio sólo con fines de negociación. Pero en estas ocasiones se debe andar con cuidado; «hay que prestar atención al carácter de los Estados que intervienen». Lo que induce a una nación a rendirse puede llevar a otra a resistir más ferozmente.

Sigue una disertación sobre los factores que contribuyen a la interrupción de la actividad en la guerra, desarrollando aquí un concepto que denomina «principio de polaridad» pero que resulta ser exactamente la misma idea para la que hoy emplearíamos el término de «juego de suma cero» (esto es, una pugna en la que lo que uno gana es directamente proporcional a lo que el otro pierde). Muchas situaciones bélicas, señala, no siguen esta pauta; las pérdidas de uno no siempre son las ganancias del otro. Introduce la idea, que más tarde desarrollará, de que «la defensa es una forma de lucha más fuerte que el ataque». Clausewitz aún efectúa referencias ocasionales a «lo absoluto», es decir, a la forma perfecta o pura de guerra, pero subraya y se detiene en aquellas características que sustraen a la guerra de este ámbito.

Da entonces un paso hacia una definición más precisa de la guerra. Si fuese una manifestación de violencia completa, desen-

frenada y absoluta (como exigiría el propio concepto), la guerra usurparía por su propia voluntad autónoma el lugar de la política a partir del mismo momento en que la política la hubiera puesto en juego». En la actualidad, esto es exactamente lo que muchos, si no la mayor parte, de los generales modernos han sentido que debería ocurrir. Hay algo más que un tufo de esta idea en la frase del general MacArthur: «Nada puede sustituir a la victoria». Este es también el punto de vista que Clausewitz observó en su época y que muy estoicamente lo califica de «totalmente equivocado». Prepara así el terreno para su gran y famosa fórmula con las siguientes palabras: «Si tenemos en cuenta que la guerra surge de un propósito de orden político, es natural que la causa primera de su existencia continúe siendo la consideración suprema para dirigirla... Debe adaptarse a sus medios elegidos, en un proceso que pueda alterarla de manera radical; no obstante, la finalidad política sigue siendo la consideración primera. Por tanto, la política impregnará todas las operaciones militares y, en la medida en que lo admite su naturaleza violenta, ejercerá una influencia continua sobre ellas». Esto, lógicamente, le lleva a la afirmación que da título al siguiente apartado: «La guerra no es sino la continuación de la política por otros medios».

Así, ya antes de estrenar esta gran sentencia, Clausewitz nos ha precisado lo que significa. Es un significado específico cuyo sentido no es probable que sea correctamente captado por la persona que sólo ha oído citar la frase. La noción es vieja y, sin embargo, una y otra vez olvidada o rechazada. Y esto sucede por una serie de razones: una es que la guerra levanta pasiones, por lo general muy fuertes, y otra que los generales quieren vencer de forma contundente en cualesquiera contiendas en las que se vean involucrados y no quieren ser condicionados por una autoridad política que les imponga consideraciones que puedan modificar ese objetivo.

Clausewitz reconoce que el general tiene derecho a exigir que las directrices de la política sean consecuentes con los medios que han de usarse. No es una exigencia menor, añade, pero no es admisible que modifique los objetivos políticos. Así, de nuevo dice: «El fin político es el objetivo, la guerra es el medio para alcanzarlo; y los medios nunca pueden considerarse aislados de su finalidad».

Dentro de lo que ahora denominaríamos una guerra general, señala entonces Clausewitz que la tensión entre el propósito político y el objetivo militar es mínima. «Cuanto más poderosos y es-

timulantes sean los motivos que llevan a la guerra... tanto más se aproximará la guerra a su concepción abstracta... con tanta mayor exactitud coincidirán los objetivos militares y el objeto político de la guerra y, en definitiva, tanto más militar y menos político parecerá el conflicto». Por otro lado, cuando los motivos son menos intensos, como en la guerra limitada, «el objeto político será cada vez más incompatible con el objetivo de la guerra ideal, y el carácter del conflicto se percibirá como más político». Sin embargo, «aun cuando la política parece ausente en un tipo de guerra y claramente manifiesta en otro, ambos tipos son igualmente políticos». La razón es que «una de las contingencias para las que el Estado ha de estar preparado es una guerra en la cual todo contribuye a que la política sea eclipsada por la violencia». Con ello se está describiendo la guerra absoluta, que hoy podría ser nuclear, si bien la aceptación de tal situación es de todos modos política.

Clausewitz parece decidido no sólo a informarnos de lo que es la guerra, sino asimismo a obligarnos a tenerlo continuamente presente. Insiste y reitera que la guerra es siempre *un instrumento de la política* porque sabe, como nosotros sabemos hoy, que más bien la práctica normal es dejar que la guerra sustituya a la política nacional.

* *Libro I, capítulo dos:* En este capítulo considera Clausewitz por qué algunas guerras son y deberían ser limitadas, tanto en su duración y objeto como en su intensidad y medios. Al leerlo (y también los capítulos posteriores) uno recuerda irónicamente que Clausewitz a menudo ha sido llamado el «apóstol de la guerra». Es una opinión que parece más propia de quienes nunca han tocado su libro. Sin embargo, incluso el difunto coronel Joseph I. Greene, al escribir un prólogo a una traducción anterior de *De la guerra*, atribuye a Clausewitz la tesis central de que el objetivo de la guerra es destruir la potencia de resistencia del enemigo y, así, añade: «Había sido testigo de toda la trayectoria de las campañas de Napoleón y había visto que Napoleón libraba sus guerras para ganarlas. Pudo haber hombres o naciones que entraran en las guerras con otras intenciones algo menores. Pero la guerra en su globalidad no podía ser seriamente tratada desde una base parcial como ésta⁶.» O el coronel Greene nunca

⁶ Coronel Joseph I. GREENE, «Foreword» a la obra de Karl Von Clausewitz, *On War*, trad. O. J. Matthijs Jolles, Modern Library, Nueva York, 1943, p. xiii.

llegó al segundo capítulo del libro para el cual escribió un prólogo (en realidad Clausewitz ya había expuesto sus puntos de vista sobre la cuestión en el primer capítulo) o, más probablemente, una lectura despreocupada (aunque advirtiera de tal despreocupación) no cambiaron sus prejuicios.

Tras abrir el capítulo con una breve exposición sobre las guerras que *no* se encuentran limitadas en su objetivo, en la que el autor nos recuerda otra vez que incluso alcanzar tales objetivos no es necesariamente decisivo (las victorias de Napoleón son aquí pertinentes, como las de Hitler), pasa a considerar ejemplos en los que uno o ambos bandos pretenden algo menos que desarmar por completo del enemigo.

Si bien este tipo de conflicto no se ajusta a la teoría pura de la guerra, tanto peor para la teoría pura. «Bajo ninguna circunstancia», dice «debe elevarse la teoría [el objetivo de desarmar al enemigo] al grado de ley».

De todos modos, el objetivo de desarmar totalmente al enemigo es, obviamente, poco realista en todos aquellos casos en los que es sustancialmente más fuerte. Incluso cuando es posible seguir luchando, hay motivos para hacer la paz, primero cuando la victoria es improbable, y, segundo, cuando es inaceptablemente costosa. Todo depende no sólo de la fuerza, sino de la motivación. «Como la guerra no es un acto de apasionamiento insensato, sino que está controlado por su objetivo político, el valor de este objetivo determina los sacrificios que deben hacerse, tanto en *magnitud* como en *duración*. En cuanto el esfuerzo sobrepasa el valor del objetivo político, es preciso renunciar a éste y firmar la paz.»

Clausewitz es, por supuesto, consciente de que «durante el conflicto los objetivos políticos iniciales pueden modificarse hasta el extremo de cambiar por completo, pues influyen en ellos los acontecimientos y sus probables consecuencias». Parece, sin embargo, que rechaza claramente cualquier sensación de inevitabilidad respecto de tales cambios básicos, en especial si surgen de la propia guerra. Admitir incluso una alta probabilidad tal retroalimentación sería destruir su tesis básica de que la guerra es el instrumento de la política y no al revés. Con toda evidencia está presuponiendo la necesidad de controlar tanto las pasiones como las veleidades de prestigio.

«En la guerra», dice nuestro autor, «son muchos los caminos que conducen a la victoria, y [...] no todos ellos consisten

en derrotar por completo al enemigo». Examina cuáles son estos muchos caminos, incluyendo el desgaste y la «mera espera pasiva del ataque del enemigo», que pueden menoscabar la voluntad de un enemigo que no tiene un gran interés en comenzar, y hace notar que es importante tener siempre presentes las circunstancias *ad hominem*. «Las personalidades de estadistas y soldados son factores tan importantes que, en la guerra más que en ninguna otra ocasión, es vital no infravalorarlas».

Aunque el objetivo político de la guerra puede variar infinitamente, desde la voluntad de aniquilación al cumplimiento de una obligación derivada de una alianza, el medio de la guerra es siempre el mismo: el combate. Sin embargo, las formas combates son también muy diversas, desde la que busca la destrucción de las fuerzas enemigas hasta la simple resistencia pasiva. Pero el general que prefiera otra estrategia distinta a la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, «debe ante todo cerciorarse de que su adversario no recurrirá al supremo tribunal... o perderá el pleito si lo hace».

Libro I, capítulo tres: Ya que el autor va a conceder posteriormente una gran importancia al talento o genialidad del comandante, dedica este temprano capítulo a analizar el genio militar. Es bastante distinto de lo que nosotros llamamos genio en otras profesiones. En primer lugar, el puro valor físico «es el primer requisito del soldado». Sin duda importaba más en su tiempo que en el nuestro (uno piensa en Wellington constantemente en peligro en Waterloo o en el viejo Blücher herido dos días antes en Ligny al caer muerto su caballo sobre él), pero incluso en nuestros días el comandante supremo está a la altura de su puesto mostrando su entereza en combate. De manera similar, el comandante debe hacerse indiferente al esfuerzo físico y sufrimiento de los demás.

Pero la dificultad reside en describir las cualidades intelectuales que se requieren. Clausewitz considera el asunto cuidadosamente y concluye que, dado que el juicio intuitivo rápido y la determinación son mucho más necesarios que un gran poder de reflexión, lo que se precisa es «una mente más enérgica que brillante». La respuesta a lo inesperado no necesita ser excepcional, «siempre que se adapte a la situación». Pero las cualidades de temperamento, como aquellas que contribuyen a la fuerza de

voluntad y la energía en la acción, son igualmente integrantes del genio del comandante.

Asimismo puede resultar algo reveladora su insistencia en que «de todas las pasiones que inspiran al hombre en la batalla» (que coloca por encima de la necesaria energía en la acción), «ninguna es tan poderosa y constante como el anhelo de honores y fama». Otras emociones, dice, pueden ser más comunes y más veneradas, «pero no reemplazan a la sed de fama y honor». En cuanto a esto, la introspección podía haber sacado lo mejor de su juicio objetivo, porque no hay duda que Clausewitz estaba describiendo una sed que le afectaba a él profundamente. Con todo, deberíamos también darnos cuenta que al ocuparse de este motivo provocador y escurridizo nunca cayó en el romanticismo en el que tantos otros lo hicieron.

Es curiosamente negativo en cuanto a la cualidad que llamamos «imaginación». Después de hacer hincapié en la importancia de lo que denomina sentido del terreno y de la orientación, dice: «Atribuimos esta cualidad a la imaginación, y éste es probablemente el único servicio que la guerra puede pedir a tan frívola diosa, que en casi todos los asuntos militares causa más daño que bien.» Deja la comprensión de esta afirmación un tanto críptica a la imaginación del lector, pero al recapitular las cualidades del genio verdadero en el comandante supremo (justo después de mencionar el nombre de Bonaparte) dice: «Lo que esta tarea exige en cuanto a dotes intelectuales superiores es un sentido de unidad y una capacidad de juicio elevadas a la altura de visión prodigiosa que recoge y descarta fácilmente miles de posibilidades remotas que una mente ordinaria identificaría sólo trabajosamente y agotándose en esa labor. Pero incluso esa soberbia exhibición de capacidad adivinatoria, el ojo soberano del propio genio, carecería de trascendencia histórica sin las cualidades del carácter y el temperamento que se han descrito.» Tampoco deja de llamar la atención sobre la importancia de que el comandante tenga un completo conocimiento de la política nacional. «A ese nivel, la estrategia y la política se confunden, y el comandante supremo es al mismo tiempo un estadista.» Así, al final, identifica el genio militar con «la mente inquisitiva más que la creativa, la globalizadora más que la propensa a la especialización, la tranquila más que la apasionada».

Libro I, capítulos cuatro a ocho: Estos breves pero brillantes capítulos forman una unidad, en cuanto que su preocupación central se refiere a esa característica de la guerra que Clausewitz denomina «desgaste» y que aclara principalmente en el capítulo siete. El desgaste es lo que tan frecuentemente convierte en difícil, y por lo tanto precario, realizar lo que parece tan simple y fácil sobre el papel; es lo que les hace depender tanto de la voluntad y del intelecto del comandante.

El capítulo cuatro, «Sobre el peligro en la guerra», sugiere en unos pocos párrafos los obstáculos a la mente que resultan del sonido de las batos silbando alrededor de la cabeza de uno y la visión de hombres muertos y mutilados. En una atmósfera así, «la luz de la razón se refracta de manera muy distinta a la normal en la especulación académica».

El capítulo cinco trata del desgaste que deriva del frecuente esfuerzo físico en la guerra. Se refiere tanto a los esfuerzos que un general puede exigir a sus tropas, que en las marchas forzadas o en la batalla son normalmente acosados por muchas formas de sufrimiento, como a los efectos del cansancio sobre uno mismo y sus sensibilidades.

El capítulo seis introduce el elemento que otros han denominado «la confusión de la guerra», las perennes insuficiencias y errores de la inteligencia. Clausewitz nos dice que «como norma, conviene creer más en las malas noticias que en las buenas», y que si un comandante no es de ánimo enérgico, «más le valdría adoptar la norma de prescindir de sus convicciones personales y conceder el beneficio de la duda a sus esperanzas, no a sus temores». Cabe preguntarse otra vez si Clausewitz no habla aquí de sí mismo. Él no era de «ánimo enérgico» y quizás por esta razón fue siempre un alto oficial de Estado Mayor, en vez de un mando operativo.

El capítulo siete trata directamente de la materia que en los tres capítulos precedentes ha venido perfilando: «El desgaste en la guerra». Es uno de sus capítulos más expresivos e inspirados. En la guerra, dice, todo es simple, «las opciones estratégicas son tan obvias que a su lado hasta el problema matemático más trivial adquiere una impresionante dignidad científica». Sin embargo, lo que es simple es también difícil. «La acción en la guerra es como el movimiento de un elemento resistente. Así como el más sencillo y natural de los movimientos, caminar, resulta muy difícil en el agua, es difícil en la guerra obtener resultados

sólo moderados cuando se realizan esfuerzos normales. De igual forma, «todas las guerras son ricas en episodios únicos. Cada una de ellas es un mar no cartografiado y lleno de arrecifes. El capitán puede sospechar la presencia de arrecifes sin haberlos visto y tiene que gobernar el barco en la oscuridad sin encallar contra ellos.» Aunque su progreso puede deberse sólo a la superación de grandes dificultades «mirado desde cierta distancia podría pensarse que el buque navega automáticamente». La resistencia es «una fuerza que la teoría jamás podrá definir con claridad» y que hace irrelevante toda teoría exacta. El autor promete volver con frecuencia sobre este asunto.

En el capítulo ocho, con el que acaba el libro I, se ocupa de los problemas de la obtención de experiencia en tiempo de paz por parte de todas las tropas, pero sobre todo de los oficiales al mando. «Es de la mayor importancia que ningún soldado [...] tenga que esperar a la guerra para verse expuesto a estos aspectos del servicio activo que le asombran y confunden la primera vez que se topa con ellos.»

Resulta difícil adivinar si Clausewitz, en la revisión planeada, habría ampliado considerablemente los últimos cinco capítulos del libro I. Cada uno de ellos tan sólo ocupa unos pocos párrafos, pero cada uno, salvo quizás el capítulo ocho final, parece decir todo lo que se debe decir sobre el tema. Queda por añadir que otros pocos autores sobre estrategia incluso han mencionado los «desgastes» provocados por el peligro y privaciones personales, aunque muchos se hayan obsesionado con las dificultades ocasionadas por la inteligencia imperfecta. El capítulo directamente dedicado al tema de los desgastes es una auténtica joya, que explica, entre otras cosas, por qué Clausewitz era tan reacio a la composición de máximas y axiomas y hacia la gente que se dedicaba a ello.

LIBRO II: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

Cuando Clausewitz, en la «Nota» de 10 de junio de 1827 encontrada con su manuscrito después de su muerte, describía los seis primeros libros tal como entonces estaban como «una masa informe que de nuevo ha de ser revisada a fondo», no estaba cayendo en una falsa modestia. El rasero por el que se medía a sí mismo era sin duda alto, pero no poco realista, como

vemos en la mayor parte del libro I y, en especial, en el único capítulo que consideraba finalizado. En este capítulo, y en una medida razonablemente menor en el resto del libro I, la estructura es firme, las ideas son claras pero están densamente expresadas sin un exceso de verborrea, y fluyen entre sí con la mayor coherencia lógica. No hay en estos fragmentos el «mucho material superfluo» al que se refiere en la Nota. En el libro II, sin embargo, como en varios de los libros subsiguientes, apreciamos un estilo diferente de escritura. Estamos decididamente tratando con un Clausewitz que ha puesto por escrito «el fruto de años de reflexión sobre la guerra y un concienzudo estudio de la misma»; pero también estamos ante un manuscrito inacabado. No es la «masa informe» de la que hablaba, sino que está peor organizado de lo que podría estar y de vez en cuando lo encontramos repetitivo. Sin duda estas características han contribuido a la dificultad que algunos han encontrado para leer o comprender a Clausewitz, superándose mejor esta dificultad si nos enfrentamos honestamente a la razón de ello.

Libro II, capítulo uno: Este capítulo, por ejemplo, se dedica a algunas definiciones y distinciones que no anticipan precisamente el argumento. Hay algunas frases memorables y muy citables, como una en el primer párrafo que dice «la lucha es una prueba de fuerza moral y física que se dirime por medio de la segunda». De igual modo, apunta dos veces, en similar lenguaje aunque diferente, la distinción entre táctica y estrategia. En la primera ocasión denomina táctica al «estudio del empleo de las fuerzas armadas en el combate» y describe la estrategia como «el estudio del empleo de los combates para alcanzar el objetivo de la guerra» (la cursiva es de Clausewitz).

Libro II, capítulo dos: Este capítulo resulta enseguida del mayor interés. Describe en términos amplios y generales la insatisfactoria naturaleza de los estudios estratégicos anteriores a los suyos. Aunque no menciona nombres, en diferentes momentos parece estar refiriéndose al gran maestro de los asedios y mariscal de Luis XIV, el Marqués de Vauban; al mariscal de Luis XV, Mauricio de Sajonia; a Federico el Grande; al inmediato predecesor de Clausewitz, el conde Dietrich Von Bülow; y a su contemporáneo Jomini. Entre ellos y otros aprecia diferencias e incluso adelantos, pero en general encuentra sus ideas limitadas,

en cuanto que no tienen en cuenta las «innumerables dificultades» que conlleva la guerra, y parecen sólo referidas a «los aspectos físicos y la actividad unilateral». Resulta particularmente importante, dice, tener en cuenta que en la guerra «todo es incierto y los cálculos deben hacerse con cantidades variables», que «toda acción militar está penetrada por fuerzas y efectos psicológicos o morales» y que la guerra es «una continua interacción entre adversarios» (adversarios que, por otro lado, representan muy distintos grados de talento).

Hay que evitar, insiste, doctrinas que se atrevan a proporcionar un manual para la acción. Hasta cree en la teoría, pero sólo en cuanto proviene de un amplio estudio de la historia de la guerra. La teoría existe, dice, para «separar lo que a primera vista parece unido». Con la buena teoría se absorbe «material nuevo y experiencia sin tener que partir de cero cada vez». Es, en otras palabras, una vía para suscitar ideas organizando la experiencia en la mente. Esta clase de teoría sirve al futuro comandante para guiarle en su proceso autodidacta, pero no es apta para acompañarle durante la batalla. En síntesis, es más una cuestión de entrenar la mente que de llenarla con doctrina.

Si todo esto resulta nebuloso y poco práctico, debería bastar con hacer notar que Clausewitz está describiendo realmente una experiencia que muchos tienen pero pocos perciben (los sutiles efectos de la educación sobre la mente). La educación, casi con independencia del campo de especialización, mejora sin duda nuestras sensibilidades intelectuales y una de las formas en que lo hace es aumentando nuestra conciencia de conexiones entre hechos o ideas alejados entre sí en el tiempo y las circunstancias. En cualquier campo, la teoría es valiosa en la medida en que suscita esta conciencia en una forma especializada y evita que caigamos en la pedantería o el dogma. Clausewitz afirma casi esto mismo: un maestro sensato es el que «guía y estimula el desarrollo intelectual del joven pero se cuida mucho de llevarle de la mano el resto de su vida». Esto no es enemigo de principios y reglas si «la verdad cristaliza espontáneamente en estas formas». Lo que le alarma es la cristalización impuesta.

Propone comenzar una teoría de la guerra estudiando la relación entre medios y fines, primero en la táctica y luego en la estrategia. La finalidad de tal procedimiento es, ante todo, excluir irrelevancias. La conducción de la guerra, por ejemplo, tiene que ver con el uso de armas, pero no con cómo se fabrican.

De igual forma «la estrategia se vale de mapas, pero no se interesa por su levantamiento ni por las operaciones trigonométricas necesarias para elaborarlos». Esta simplificación de las áreas relevantes casualmente explica, en opinión de Clausewitz, «por qué en la guerra aparecen con tanta frecuencia en los niveles de mando más elevados, e incluso en el mando supremo, hombres que antes habían servido en destinos totalmente distintos». Aunque el autor no nos ofrece nombres, podía estar pensando en Cromwell, en su almirante Blake y en toda una serie de reyes guerreros desde Alejandro Magno hasta el gran monarca de su Prusia, Federico II. Este último, hasta el momento de su ascenso al trono había estado más interesado en la música y en la literatura francesa que en las cuestiones militares. Tal exaltación de hombres que llegaron a ser grandes comandantes con el mínimo de preparación coloca a Clausewitz peligrosamente cerca de llegar a negar, o al menos así parece, el valor de cualquier clase de preparación intelectual. Como cierto autor dijo acerca de su obra: «El objetivo expreso de estos centenares de páginas de vasta erudición es estampar en la mente del lector la inutilidad de todas las enseñanzas de los libros⁷». No es así del todo. Antes de concluir el capítulo, Clausewitz insiste, primero, en que «ningún gran comandante ha sido hombre de inteligencia limitada» y, segundo, que el talento natural, cuando existe, debe desarrollar la capacidad de adoptar decisiones apropiadas, lo cual significa que debe ser «formado y educado por medio de la reflexión y el estudio».

Libro II, capítulo tres: Clausewitz se ocupa aquí de la ya conocida cuestión de si la dirección de la guerra es un arte o una ciencia, y concluye que, aunque es más lo primero que lo segundo, en realidad no es ninguna. Es, dice, un choque de intereses, comparándola, así, curiosamente, con el comercio, el cual asimismo califica de «conflicto de intereses y actividades humanas». Está, por supuesto, expresando un puro sentimiento mercantilista. No había llegado a leer la gran obra de Adam Smith, publicada cuatro años antes de su nacimiento. No obstante, su punto esencial resulta válido: la guerra no es un ejercicio de voluntad dirigido hacia una materia inanimada (lo cual es presumiblemente su definición de arte), sino que más bien es una voluntad dirigida

⁷ JOLLES, «Introduction», *On War*, p. xxiii.

da «hacia un objeto animado que *reacciona*». El mismo principio básico es lo que distingue la moderna teoría de juegos de la simple teoría de probabilidades.

Libro II, capítulo cuatro: Tras definir brevemente algunos términos, Clausewitz señala que en la teoría de la guerra «no hay ninguna fórmula lo bastante universal como para merecer el hombre de ley». Sin embargo, han de aplicarse principios y reglas, si bien más a la táctica que a la estrategia. Resulta útil tenerlos en cuenta como apoyos, pero no tienen que ser dogmáticamente aplicados a cada situación. La rutina también puede ser útil, en especial con relación a los oficiales de rangos inferiores, ya que con métodos de rutina «fijarán su juicio y lo protegerán frente a esquemas excéntricos y erróneos que son la mayor amenaza en un terreno en el que la experiencia es muy cara». A falta de una buena teoría, la rutina puede incluso llegar a afectar a las grandes decisiones de los niveles más altos. Aunque un gran comandante tiene derecho a su estilo personal, cuando otros comandantes imitan este estilo, pueden estar adoptando una rutina sin sentido. Como ejemplo de ello, Clausewitz ofrece la derrota que tan amarga experiencia resultó para él. Estaba en Jena en 1806 cuando los comandantes prusianos, siguiendo las rutinas tácticas de Federico el Grande, expusieron su ejército a la destrucción por Napoleón.

Libro II, capítulo cinco: Este importante capítulo presenta al comienzo algunas dificultades adicionales de lectura, porque filosóficamente Clausewitz tenía conocimientos suficientes para saber que las cuestiones de la causa y el efecto son más complejas de lo que normalmente creen los profanos. La materia de que se ocupa es la crítica de campañas o batallas pasadas que para el autor es una buena manera de estudiar la teoría militar, en parte porque las ideas teóricas en las que cualquier crítica ha de basarse resultan más familiares por medio de su aplicación repetida. Sin embargo, dado que la crítica tiene que ver fundamentalmente con la determinación clara de causas y efectos, carece de valor si no está basada en una exposición exacta y suficientemente exhaustiva de los hechos en estudio. El crítico debe usar estos conceptos teóricos como lo hace el soldado, esto es, como una ayuda al juicio y no como leyes. Clausewitz no se equivoca al destacar otra vez la idea de que ya que todos los

actos militares están concebidos para producir ciertos resultados que: «cuando implican grandes y decisivas acciones, el análisis debe prolongarse hasta el *objetivo último*, que es lograr la paz».

En toda buena crítica, «las cosas que no han ocurrido pero que parecen posibles... no pueden descartarse». El autor utiliza un ejemplo de la campaña de Bonaparte de 1797 de Italia a Austria y de paso hace la observación básicamente clausewitziana que en ese año, en contraste con la situación a la que Bonaparte tuvo que enfrentarse en Moscú en 1812, «todavía no se había descubierto el secreto de la eficacia de resistir hasta el final». Utiliza otro ejemplo, el levantamiento del sitio de Mantua por Bonaparte en 1796 para caer sobre algunas columnas de refuerzos, para mostrar cómo la tiranía de las modas puede impedir tomar en consideración posibilidades alternativas válidas. La tiranía del prejuicio puede tener el mismo efecto, como lo prueba otro ejemplo de las campañas de Bonaparte, la de 1814.

El principal propósito de la crítica que se acaba de ver no es atribuir alabanzas o culpas al comandante, lo cual resulta difícil o imposible de hacer con justicia toda vez que el crítico no puede ponerse mentalmente en la situación del combatiente. Una diferencia notoria es que sabe el desenlace. «Un crítico no debe evaluar la solución que un gran general da a un problema como si se tratase de una operación aritmética». Puede resultar útil, e incluso inevitable, tratar determinadas acciones o decisiones en términos de alabanza o culpa, pero, y sobre todo con respecto a un comandante eminente, el crítico debe evitar decir que él lo hubiera hecho mejor.

La diferencia entre el desastroso fracaso de Bonaparte en la campaña de Moscú de 1812 y sus éxitos en anteriores campañas como las de Austerlitz (1805), Friedland (1807) y Wagram (1809) fue menos una cuestión de cambio de la estrategia que el hecho de que en las primeras campañas había calibrado correctamente a su enemigo, en tanto que en 1812 no. Así queda demostrado simplemente por los resultados (Clausewitz volverá a esta cuestión en el capítulo nueve del libro VIII). Con todo, en la guerra toda acción está dirigida al éxito probable más que al cierto y hay veces en las que la mayor imprudencia es la cima de la sabiduría.

Cierra Clausewitz este capítulo pasando revista a tres errores comunes de los críticos. El primero únicamente lo manifiesta

① 1177
Asterisk

tras revisar de nuevo las falacias de utilizar principios o reglas como rígidas guías externas para dirigir, en vez de como ayudas para adiestrar la mente de un comandante. «Jamás deberían elaborarse normas científicas como si fueran la máquina de la verdad» El segundo radica en el empleo excesivo de términos de jerga, detalles técnicos y metáforas en los que el crítico «ya no sabe ni lo que piensa y se envuelve en ideas oscuras que no le satisfarían si las expresase en lenguaje llano». El tercero es el mal uso y abuso de ejemplos históricos en los que el crítico toma por los pelos tres o cuatro supuestos ejemplos de épocas y lugares remotos sólo para exhibir su erudición. Oscuros y por lo general falsos, al menos parcialmente, estos ejemplos únicamente ofrecen una impresión negativa en el militar práctico a quien en teoría pretenden beneficiar.

La teoría debe quedarse con términos simples y observaciones sencillas sobre la dirección de la guerra, debe evitar pretensiones espúreas y exhibiciones impropias de fórmulas científicas y compendios históricos; y debe atenerse a su objeto y no apartarse nunca de «quienes deben dirigir las batallas a la luz de su sabiduría innata». Observamos que Clausewitz, pese a todas las acusaciones que se han vertido sobre él en cuanto a su talante excesivamente filosófico, estaba decidido a escribir un libro práctico.

Libro II, capítulo seis: En este capítulo final del libro II, Clausewitz desarrolla un aspecto tratado en clave negativa en el capítulo anterior al decir que uno de los tres principales errores comunes de los críticos es su mal empleo de los ejemplos históricos. Aquí se propone mostrar su uso correcto.

«Los conocimientos esenciales para el arte de la guerra», señala, «son empíricos». Así, la naturaleza de la guerra se nos revela sólo mediante la experiencia histórica. Podemos estudiar los medios como los efectos físicos del fuego de los cañones, pero esto no nos informará, como lo hace un ejemplo histórico, de las diferencias entre tropas experimentadas y tropas novatas en cuanto a la firmeza con la que soportan el fuego artillero. Está claro que nosotros no tenemos una riqueza suficiente de experiencias que nos informe suficientemente de todas las cosas que nos gustaría conocer. A propósito de ello, resulta interesante observar que Clausewitz, que no conoció un rápido cambio tecnológico en los instrumentos bélicos, invierte la cuestión más

de lo que hoy estaríamos inclinados a hacer con relación a la utilidad de los ejemplos históricos para justificar un cambio en los usos de costumbre. Cuando los métodos han probado una eficacia elevada, poniéndose así de moda, dice, deberíamos buscar buenas razones, como las que pueden extraerse de la historia, para cambiarlos. El argumento suena raro en la era del armamento nuclear (aunque acaso para cambios menos drásticos fuera aún válido). Como hemos visto, en una época de buques de vapor, Mahan creó un bloque de teoría naval convincente y válido derivado casi exclusivamente de la guerra naval de los días de la navegación a vela.

Hay, dice Clausewitz, cuatro usos diferentes de los ejemplos históricos. El primero consiste sencillamente en *explicar* una idea que de otra manera queda expuesta de una forma demasiado abstracta y el segundo en mostrar la *aplicación* de una idea para que podamos ver la influencia de circunstancias menores que no podrían ser incluidas en una fórmula general. Ambos usos tienen en común el hecho de que el ejemplo histórico no necesita ser totalmente exacto o auténtico, porque no se quiere *probar nada*. En estos casos, el ejemplo es simplemente una ayuda expositiva.

En el tercer caso se desea probar la *posibilidad* de un fenómeno o efecto y en el cuarto se pretende deducir una regla o una teoría, cuya prueba sólo puede basarse en la propia evidencia histórica. Aquí se necesita la historia exacta, aunque en el tercer caso puede bastar un único ejemplo mientras que en el cuarto las exigencias son mucho más estrictas. En este cuarto uso se precisa una clara serie de casos que lo soporten y una ausencia o escasez de casos opuestos y, además, en cada ejemplo «hay que desarrollar todos los aspectos que afectan a esa verdad que se discute de manera completa y circunstancial».

La principal preocupación en cuanto a la práctica común de tratar por encima muchos sucesos históricos diferentes, no concierne tanto a que los lectores no sepan bastante sobre ellos para poder evaluar los juicios del autor, como a que el propio autor nunca dominó los hechos que cita. «Esta manipulación superficial e irresponsable de la historia da lugar a cientos de ideas erróneas y una teoría falsa». Más vale un único suceso detallado a fondo que diez que estén sólo superficialmente tratados. Por éstas y otras razones asociadas, también es mejor utilizar hechos recientes que la historia militar remota. No se trata sólo de que

la historia reciente es mejor conocida, sino de que las condiciones, incluidas las referidas al armamento, son también más parecidas a las presentes. Para Clausewitz esto significa ejemplos que comienzan con la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748), que también fue la primera de las guerras de Federico el Grande. El período considerado abarca sólo unos setenta y cinco años de historia militar (que forzosamente acaban con Waterloo), aunque admite que los tiempos más remotos, incluida la Antigüedad, no quedan totalmente excluidos, dependiendo de lo que se quiera extraer de esta historia.

Se advierte una preocupación de Clausewitz por la sinceridad del proceso que está considerando. Quienes se refieren superficialmente a los sucesos históricos remotos raramente demuestran «un propósito honrado ni un intento sincero de instruir o convencer». Por lo general, sólo se están luciendo. Pero ¿qué habría dicho Clausewitz de la mayoría de los autores sobre estrategia después de la Segunda Guerra Mundial, que lejos de mostrar excesivas pretensiones de conocer la historia militar, parecen no sentirse en evidencia por la ausencia de cualquier conocimiento de tal historia?

LIBRO III: SOBRE LA ESTRATEGIA EN GENERAL

Libro III, capítulo uno: El autor penetra ahora en el significado más profundo de la estrategia y del genio militar. Lo más importante es tener los ojos puestos en la meta, tanto para un combatiente como un crítico, y ver a través de qué conducta y dotes de perspicacia y decisión alcanza el comandante inteligente su meta.

«En la estrategia», dice de nuevo Clausewitz, «todo es muy simple; pero esto no significa que todo sea muy fácil. Una vez determinado a partir de las condiciones políticas, lo que se quiere y se puede lograr con la guerra, es fácil planificar su curso. Pero seguir el curso previsto íntegramente, aplicar el plan y no dejarse desviar por millares de señuelos, exige fortaleza de carácter, lucidez y firmeza de mente».

De la campaña de Federico el Grande de 1760 (a mediados de la Guerra de los Siete Años) son sus rápidas marchas y maniobras lo que siempre ha sido ensalzado, cuando la verdadera prueba de su sabiduría es el hecho de que «como perseguía un

objetivo ambicioso con recursos limitados, no intentó emprender nada superior a sus fuerzas». Las maniobras son, en efecto, dignas de elogio, aunque no por los conceptos que exponen, sino por la audacia, resolución y fortaleza de voluntad que permitieron al rey llevarlas a cabo. Tales milagros de ejecución, dice, pueden ser espontáneamente apreciados sólo por quienes tienen experiencia real en la guerra.

Este último pensamiento, podemos añadir, es la clave del constante hincapié de Clausewitz en la importancia de la experiencia práctica, que ha hecho preguntarse a alguno de sus intérpretes si pensaba que se podía extraer de los libros algo de valor para la teoría. Esperaba más de sus lectores con experiencia y del resto que comprendieran lo que les faltaba al carecer de ella. «Quienes sólo conocen la guerra por los libros o los desfiles no pueden comprender estas dificultades y por eso hemos de pedirles que suplan con fe la experiencia de que carecen.»

La toma de una ciudad o una provincia puede tener un escaso valor militar, pero aumenta la coacción sobre el enemigo. De otro lado, si perdemos de vista la meta final y sucumbimos a la idea de que las provincias capturadas son valiosas en sí mismas, podemos pasar por alto la posibilidad de que su posesión pueda originar más tarde determinadas desventajas. Lo que importa no es la ventaja aislada, sino el balance final. Sin duda Clausewitz tenía muchos ejemplos *in mente* procedentes de su propia observación (como el éxito de Napoleón cuando tomara Moscú), si bien también nosotros hemos podido comprobar en nuestra época la verdad de estas observaciones. Las islas y demás territorios de los que se adueñó Japón tras su ataque a Pearl Harbour en diciembre de 1941 resultaron ser estorbos en las etapas finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando sus guarniciones quedaron aisladas y bloqueadas. Más recientemente, la conquista por Israel del Sinaí en la guerra de 1967 resultó ser un grave inconveniente durante la guerra de 1973 porque significó, entre otras cosas, cargarse de problemas logísticos añadidos que anteriormente sólo habían constituido una preocupación para el enemigo. Además, la guerra de 1967 dejó claro que durante la batalla es mejor tener un desierto terrible en la espalda del enemigo que en la propia. Enviando un ejército al otro lado de este desierto, el Presidente Nasser reveló claramente sus intenciones hostiles y cuando sus fuerzas fueron atacadas acabaron por ser aniquiladas por el desierto.

Libro III, capítulos dos a siete: El ciertamente breve capítulo dos debe ser interpretado simplemente como un despectivo rechazo hacia algunos de los predecesores y contemporáneos de Clausewitz, en especial a Van Bülow. El capítulo tres, «Factores morales», vuelve a plantear un tema que Clausewitz recalca a lo largo de toda su obra y en el cual sabe que no está sólo. Con todo, se lamenta que otros teóricos lo desdénen, siendo cierto que sus coetáneos, incluido Jomini, pusieron el acento en los «principios» o, lo que es lo mismo, en los procedimientos. En todo caso, la gloria cosechada en la guerra por los líderes triunfantes siempre ha sido un reconocimiento espontáneo de esas cualidades que Clausewitz y otros autores militares han denominado «moral» (que, por supuesto, no tiene nada que ver en este sentido con la ética).

Desde luego la gran mayoría de los autores sobre estrategia posteriores a Clausewitz no han dejado de reconocer la importancia de esta cualidad incluso cuando examinan otras cuestiones (a veces, como en el caso de Foch, demasiado en comparación con otras cosas). Sin embargo, no era vanagloria lo que hizo a Wellington exclamar a su amigo Thomas Creevey, la mañana después de Waterloo, que la batalla no habría sido ganada «si yo no hubiera estado allí», ni hay duda que con un aliado menos decidido que Blücher al ir en su ayuda tampoco habría vencido. En esta ocasión Clausewitz fue testigo de la determinación (entonces era Jefe del Estado Mayor de Thielmann, uno de los comandantes de Cuerpo de Blücher), como lo había hecho en muchas otras ocasiones a lo largo de los dos años precedentes⁸.

El tratamiento que hace el autor del espíritu militar del ejército asombra por su modernidad. En cuestiones psicológicas Clausewitz siempre es el más agudo y también el más comedido de los observadores. «La eficacia del ejército», dice, «cobra vida y empuje con el entusiasmo por la causa por la que lucha, pero

⁸ Durante la gran batalla, Clausewitz estuvo a punto de ser sacrificado por el espíritu de Blücher y la perspicacia estratégica de su jefe de Estado Mayor, el general Von Gneisenau, amigo y valedor suyo. Respondiendo incondicionalmente a las llamadas de auxilio de Wellington, Blücher dejó en Wavre, unos 23 kms. al este de Waterloo, sólo al cuerpo de ejército del general Von Thielmann (con Clausewitz) para hacer frente al mariscal Grouchy. Cuando este último demostró una fuerza superior, Thielmann envió urgentemente a su jefe una petición de refuerzos, pero Gneisenau, ya cerca de Waterloo, la rechazó con estas palabras «da igual si es aplastado con tal que obtengamos la victoria aquí».

pueden ser los hechos de guerra
rectoría al "espíritu revolucionario"

— NO CONFUNDIR 'ESPÍRITU'

Con ESTADO DE ÁNIMO

(Jomard de Julio)
1917

exagerarse. La misma idea puede ser expresada en forma de obviedad: cuando son importantes diversas cualidades (en un ejército y su liderazgo), ninguna cualidad puede ser la principal. Sin embargo, otros escritores no han caído en la cuenta de estas obviedades.

Sólo hay dos fuentes de espíritu militar: una es una serie de campañas victoriosas y la segunda «el empleo frecuente del ejército al límite de sus fuerzas». Esto último parece sorprendente, pero «un soldado se siente orgulloso de las dificultades que ha superado y de los peligros que ha afrontado». De nuevo estamos oyendo la voz de una larga experiencia. Clausewitz sabía muy bien lo que significaba en los ejércitos ser llevados hasta los límites de su resistencia, comprobar tanto por sus esfuerzos como por sus victorias podían «sobrevivir a las peores tormentas de desdicha y derrota». Deberíamos tener cuidado, dice finalmente, en no confundir nunca «el verdadero espíritu de un ejército con su estado de ánimo».

Sin embargo, en el capítulo seis, «Audacia», parece tener dificultades en decidirse. No duda que la audacia es deseable en los niveles inferiores, donde también se encuentra con más facilidad. Puede controlarse, pero mientras tanto «actúa como un muelle, listo para saltar en cualquier momento». En los niveles superiores la situación es distinta, mostrando aquí el autor una ambivalencia bastante extraña. Es obvio que estamos ante un Clausewitz que lucha contra su propio temperamento.

Conocía la valía de la audacia en un comandante, pero no podía evitar el deseo de ver esta audacia «disciplinada por la reflexión». El resultado es una serie de sutiles diferencias que son poco prácticas aunque significativas (por ejemplo, la triple

distinción entre «audacia», «precaución deliberada» y «timidez») y otra serie de afirmaciones que resultan claramente contradictorias. En conjunto quiere aparecer como favorable a la audacia y hace algunas afirmaciones elocuentes a favor de ella. Pero entonces dice: «La audacia gobernada por una inteligencia superior es la marca del héroe. Esta clase de arrojo no consiste en desafiar el orden natural ni en ofender brutalmente las leyes de la probabilidad». Su contenido se describe mediante términos algo místicos y generalidades, cualidad normalmente mucho más característica de otros autores sobre estrategia del siglo XIX y XX que de Clausewitz. Al final señala que «un mando de prestigio sin audacia es algo impensable» y llama a esta cualidad «el requisito indispensable del gran mando militar». En todo caso, resulta notable que fuera capaz de rendir tal homenaje, aunque con ciertas reservas, a una cualidad que probablemente él mismo sabía que no tenía.

El brevísimo capítulo «Perseverancia» queda, sin embargo, libre de ambigüedades. El hombre que tomó parte en la campaña de Rusia de 1812 y en las campañas en Europa occidental en 1813, 1814 y 1815, sabía de lo que hablaba cuando decía que «apenas hay en la guerra ninguna empresa de mérito cuya ejecución no exija esfuerzos, dificultades y privaciones infinitos».

Libro III, capítulo ocho: En este capítulo, «Superioridad numérica», volvemos claramente al Clausewitz de mano firme. Primero nos habla de algo que ya conocemos, que con frecuencia un comandante brillante ha ganado un combate a un oponente inferior aunque numéricamente mayor. Pero, observa (lo cual podemos olvidar con demasiada facilidad), que existe un límite a la posibilidad de que la brillantez del mando compense la inferioridad numérica, al menos entre los ejércitos europeos, que suelen ser comparables en otros aspectos. Así, los ejemplos muestran que «incluso al general más capacitado le resultará muy difícil derrotar a un enemigo que duplique sus efectivos». Podemos, por tanto, admitir que en casos normales «una superioridad numérica sustancial [...] bastará para asegurar la victoria por adversas que sean las demás circunstancias». Esto significa que la primera regla de la estrategia sería reunir el ejército más numeroso posible en el campo de batalla.

Pero ¿por qué tratar tal perogrullada? Porque, como asegura Clausewitz, en aquella época no era tal perogrullada. Así, nos

ofrece la curiosa información de que, para la mayoría de los historiadores militares de hasta finales del siglo XVIII, el tamaño de los ejércitos parecía no tener una gran importancia. Raramente lo mencionan, aunque ofrezcan toda clase de otros detalles. Algunos autores parecían incluso creer «que hay un cierto tamaño óptimo para cualquier ejército, una norma ideal, y que el exceso de efectivos es más perjudicial que ventajoso». Además, sabemos que hubo batallas en las que no todas las fuerzas disponibles fueron utilizadas «por no conceder a la superioridad numérica la debida importancia».

Tenemos así el doble principio de que se debe operar con las mayores fuerzas posibles y de que las fuerzas disponibles han de ser empleadas con tal destreza «que incluso sin gozar de superioridad absoluta, se alcance una superioridad relativa en el punto decisivo». Esto, obviamente, requiere un adecuado «cálculo de espacio y tiempo», lo cual es tan sumamente obvio que frases así ya se convirtieron en tópicos en la época de Clausewitz. «No quedemos», dice, «innecesariamente confundidos por la jerga convencional».

Finaliza con la típica y sopesada valoración. La superioridad numérica es de importancia fundamental, pero incluso tal grado de importancia es sólo relativo. «Este principio sólo sirve si utilizamos la mayor fuerza posible; la cuestión de si conviene o no evitar un enfrentamiento por falta de efectivos sólo puede decidirse a la luz de todas las demás circunstancias.»

Libro III, capítulo nueve: Clausewitz está de acuerdo con todos los demás autores sobre estrategia respecto a la universal conveniencia de lograr la sorpresa, si bien considera que el hincapié habitual en este aspecto resulta algo exagerado, debido a que es mucho más difícil de lograr de lo que generalmente se cree. «El principio es muy atractivo en teoría, pero en la práctica suele verse moderado por el desgaste de la maquinaria.» Su éxito a menudo se debe a las circunstancias favorables fuera del control del comandante y queda frecuentemente a merced del azar.

Básicamente, la sorpresa es también un dispositivo táctico. «En la estrategia la sorpresa es tanto más viable cuanto más cerca esté del campo táctico y se hará más difícil cuanto más nos acerquemos a los niveles políticos superiores.» Así, si «la sorpresa está en el origen de todas las operaciones sin excepción», lo

está «en grado muy variable, que depende de la naturaleza y circunstancias de las operaciones».

El autor ofrece algunos ejemplos procedentes de su lectura de la historia militar (que por lo general era significativamente diferente de la de los historiadores militares de su tiempo, siempre propicios a exagerar los casos de sorpresa), si bien nosotros podemos utilizar algunos ejemplos de nuestra propia época que corroboran de manera convincente lo que Clausewitz dijo sobre la cuestión, en especial con respecto a la mayor facilidad para lograr la sorpresa si pasamos de la estrategia a la táctica, y también su relación con circunstancias favorables.

En la primavera de 1944 nada resultaba tan patente como que los aliados angloamericanos pronto desembarcarían en la costa septentrional de Francia. El alto mando aliado hizo un gran esfuerzo por ocultar sus intenciones, pero durante varios meses antes del acontecimiento fue imposible ocultar que la invasión iba a producirse y los alemanes tuvieron buenos motivos para adivinar más o menos la época y la zona (esto es, la costa del Canal en lugar de la costa atlántica francesa). Así, en el terreno de la alta estrategia no hubo sorpresa. Los aliados consiguieron algunas sorpresas en cuanto a la fecha exacta de sus desembarcos (aparte de eso, el mariscal de campo Rommel no estaba entonces en su puesto) y a los lugares concretos; pero la sorpresa más importante que se consiguió fue que los desembarcos simultáneos en la costa de Normandía no fueron las maniobras de diversión que se pensaban que eran, sino la operación en sí. Así, los alemanes dejaron en la reserva durante mucho tiempo algunas divisiones que podrían haber resultado mucho más efectivas si hubieran entrado antes en combate.

El ataque japonés a Pearl Harbour fue en efecto una gran sorpresa, tanto estratégica como táctica (más de lo que debería haber sido). El Gobierno de Estados Unidos sabía, y el alto mando en la zona estaba advertido de ello, que la guerra era inminente. Era probable que los japoneses iniciaran ésta con un ataque súbito a algún lugar, como iniciaron la guerra ruso-japonesa en 1904 al lanzar un ataque por sorpresa sobre la flota rusa del Extremo Oriente en Port Arrhur. ¿Por qué, entonces, no se tomaron precauciones razonables contra ese mismo tipo de ataque? Aunque no lo debería de haber sido, el método táctico de ataque fue una sorpresa. Un ataque de estas características había figurado incluso algunos años antes en un

ejercicio de la flota estadounidense, pero de hecho había sido olvidado.

La mejor protección habría consistido en mantener las principales unidades de la flota en el mar tanto tiempo como fuera posible, como dio la casualidad que sucedió con los portaaviones americanos el día del ataque (en este aspecto, la suerte actuó contra los japoneses). Pero el comandante de la flota americana y sus ayudantes no pensaron, al parecer, en la intervención de aviación japonesa sobre una base naval tan alejada de Japón. Así, incluso pasando por alto la notable circunstancia de que fuera ignorada una señal de radar que avisaba de la presencia de aviones, la confianza japonesa en la sorpresa fue realmente una apuesta desesperada que confiaban en ganar.

Como se vio al final, difícilmente los japoneses hubieran inspirado de forma más eficaz una motivación y unidad bélica a los hasta entonces divididos Estados Unidos. Fue un precio excesivo por destruir o inutilizar algunos viejos buques de guerra que fueron reparados o sustituidos relativamente pronto (pero aquí nos adentramos en el terreno de la conexión entre estrategia y política, que Clausewitz trata en otros capítulos).

• *Libro III, capítulo diez:* En este breve capítulo, «Astucia» o el uso de estratagemas, de nuevo Clausewitz es sorprendentemente negativo por razones que tienen que ver con la economía de la guerra. Se refiere más a las estratagemas estratégicas que a las tácticas y cree que el único tipo que probablemente sea más efectivo para el engaño es el que no utiliza palabras, sino una fuerza considerable. Pero, dice, «es peligroso utilizar fuerzas considerables durante cierto tiempo para producir una ilusión, pues siempre se corre el riesgo de no ganar nada y de no disponer de las tropas desplegadas cuando realmente hagan falta».

— Parece establecer una cierta curiosa conexión entre la capacidad para engañar en la guerra y el carácter del general. Reparamos en ello, por ejemplo, en su conclusión de que «el conocimiento exacto y penetrante es una cualidad más útil y esencial para el general que cualesquiera dotes para la astucia, si bien éstas no le perjudicarán si no las utiliza, como tantas veces ha ocurrido, a expensas de cualidades del carácter más esenciales». Parece recomendar astucia, claro está, cuando el comandante es tan débil que de otro modo no tendría posibilidades.

Aunque este argumento es incuestionablemente válido en tanto se refiere al uso de fuerzas considerables por separado para la diversión, no todas las estratagemas son de esta naturaleza. Clausewitz sin duda conocía casos en los que Marlborough y Federico el Grande usaron movimientos engañosos de ejércitos completos, así como otras tretas.

Un destacado ejemplo moderno de estratagema ingeniosa, conforme a un pensamiento probablemente no inspirado en las ideas de Clausewitz, podemos verlo en la batalla naval del golfo de Leyte, en octubre de 1944. El almirante Ozawa situó una fuerza señuelo al norte del archipiélago filipino que alejó al almirante Halsey y a toda su Tercera Flota trescientas millas al sur del estrecho por el cual el almirante Kurita, que ya había sido avistado y atacado, podría salir a la mañana siguiente. La misión de Ozawa se basaba al parecer en la esperanza de que Halsey se ajustara a dos estereotipos por aquel entonces dominantes en la Armada americana (y así fue). El primero de ellos, válido en las primeras fases de la guerra, pero después obsoleto, era la máxima de que «la principal fuerza del enemigo está donde están sus portaaviones». Los portaaviones de Ozawa eran los únicos cuatro que le quedaban a la Armada japonesa; de ellos, tres eran muy pequeños y el cuarto no muy grande; los aviones que llevaban eran pocos y estaban tripulados por pilotos mal entrenados. Por otra parte, el Estado Mayor de Halsey tenía la información precisa para deducir estos hechos. La fuerza de Ozawa era así demasiado débil para hacer cualquier otra cosa que no fuera de señuelo y ni siquiera Ozawa tenía confianza en poder actuar como tal. Los siete potentes navíos de guerra de Kurita y once cruceros pesados, así como otros barcos, sin duda constituían la principal fuerza japonesa.

El otro estereotipo del que Halsey fue víctima era el que se oponía a la división de la flota en presencia del enemigo (el viejo principio de la «concentración de fuerzas»). Con su abrumadora fuerza podía haber dividido su flota sin problemas y aún hubiera dispuesto de una fuerza infinitamente superior a la de cada una de las fuerzas dirigidas por Ozawa y Kurita, como dos de sus subordinados intentaron sugerirle que hiciera. Kurita salió a través del estrecho de San Bernardino y quedó en posición de causar estragos en los barcos americanos y en las modestas fuerzas navales que cubrían el desembarco en Leyte, pero abandonó su decisión y en el último momento se volvió atrás. Así, a

pesar del éxito de la treta de Ozawa, Halsey evitó pagar caro su error; pero le costó no poder destruir la fuerza de Ozawa (se vio obligado a darse la vuelta antes de alcanzarlo) ni la de Kurita.

Libro III, capítulos once a trece. La extraordinaria brevedad del capítulo once, «Concentración de fuerzas en el espacio», da a encender que era una exposición inicial que Clausewitz completaría en su revisión final; pero es posible también que considerara este tema tan bien conocido y consensuado que no deseara malgastar demasiado espacio ni aun en una versión final. Aquí vemos a Clausewitz, normalmente tan desdénso hacia los «principios de la guerra», aceptando uno de ellos como básico sin dudar o sin muchas reservas. La matización que efectúa es, sin embargo, extremadamente importante. Aunque «no hay regla estratégica más alta y sencilla que la de mantener las fuerzas concentradas, esto no significa mantenerlas concentradas cuando existe una necesidad clara y urgente de hacer otra cosa: tema que promete ampliar en un capítulo posterior (lo hace, modestamente, en diversos capítulos pero sobre todo en el capítulo nueve del libro VIII).

El siguiente capítulo, «Unificación de fuerzas en el tiempo» trata de la importancia en la batalla de reservar algunas fuerzas en el nivel táctico. De este modo, se tienen las fuerzas concentradas en el campo de batalla, pero no se usan todas a la vez. Más adelante, al examinar la «economía de fuerzas», aprenderemos que es igualmente importante tanto lo que se percibe como todo lo que se emplea. El tratamiento que da Clausewitz a la concentración o unificación de fuerzas en el nivel estratégico adolece de falta de claridad, debido quizá a su carácter inacabado. Parece estar diciendo que, ya que no existe en el nivel estratégico una necesidad comparable de reservar tropas de refresco, todas las fuerzas disponibles deberían ser puestas en movimiento hacia el objetivo estratégico desde el principio de la guerra. El sentido de esto se aclara algo con su ejemplo de la marcha de Napoleón sobre Rusia en 1812, donde aparentemente el autor sale al paso de la crítica de que entre los errores cometidos por Napoleón estuvo el de emplear un ejército excesivamente grande. Clausewitz arguye que lo que debería ser criticado, en vez del tamaño del ejército, era el método de avance en un frente estrecho en lugar de más amplio. Napoleón no podía saber el nivel mínimo de fuerzas que serían claramente suficientes, por

lo que hizo bien en enviar un ejército tan grande como pudo reunir. De cualquier forma, como apunta el autor en otro capítulo, la fuerza que finalmente llegó a Moscú estaba muy disminuida con relación a la que cruzó el Niemen.

Existe un cierto paralelismo superficial entre el argumento que aquí sostiene Clausewitz y las críticas manifestadas por algunos militares al lento incremento de las fuerzas militares de los Estados Unidos en Vietnam tras la decisión de marzo de 1965 de enviar fuerzas de combate. Estas críticas sostenían que las reservas deberían de haber sido llamadas de una vez y que el máximo nivel de medio millón de hombres en Vietnam, al que sólo se llegó en 1968, tenía que haber sido alcanzado mucho antes. Tal argumento carece de sentido, en parte porque implícitamente niega la legitimidad de las exigencias políticas nacionales que afectaban a la participación de Estados Unidos en Vietnam y más aún porque no hace ningún esfuerzo por explicar en qué forma ese número de hombres podía haber conseguido en 1965 lo que no pudo lograr en 1968. Con todo la idea clausewitziana expuesta más arriba merece atención.

El siguiente capítulo, «La reserva estratégica», parece en principio resultar contradictorio con el anterior, pero tal impresión queda rápidamente disipada. Puede hablarse, dice el autor, de cierto uso de una reserva estratégica, pero sólo cuando sean imaginables situaciones de emergencia. Podríamos entonces preguntarnos: ¿acaso no son imaginables en tiempo de guerra? El autor responde que «la incertidumbre disminuye a medida que aumenta la distancia entre estrategia y táctica, y prácticamente desaparece en la parte de aquélla que roza con la política». Una vez más, el significado de tal afirmación queda aclarado mediante un ejemplo (y también una vez más percibimos que para él la derrota de Jena en 1806 constituyó una tremenda experiencia). Durante esta campaña, en la que la identidad del enemigo y su propósito estaban claros y no sometidos a ningún cambio, los prusianos mantuvieron como la reserva estratégica dos considerables fuerzas que nunca entraron en acción.

Libro III, capítulo catorce: Este mismo ejemplo de la campaña de Jena podría servir también para ilustrar el argumento del siguiente y brevísimo capítulo de la «Economía de fuerzas». Otra vez vemos que el rechazo de Clausewitz a la idea de que una teoría de la guerra puede sustentarse en una serie de «prin-

utilizan (...) que ninguna parte se inter-
 1981

la fuerza con... el enemigo «se están desperdiciando, lo que es peor que utilizarlas indebidamente», ya que las que son utilizadas de forma inadecuada al menos tienen ocupadas a algunas de las fuerzas enemigas y reducen su potencial global. La mayor parte de los autores de nuestra época han interpretado erróneamente la vieja frase de la «economía de fuerzas» para significar la aplicación de la mínima fuerza necesaria para la misión (concepto que tiene sentido sólo para las operaciones de diversión o dilatorias, donde el objeto es maximizar concentraciones en otro sitio).

Parece que toda guerra importante ofrece sus ejemplos clásicos de incumplimiento del principio de la economía de fuerzas. En las batallas de Ligny y Quatre Bras, dos días antes de Waterloo, el conde d'Erlon, con 20.000 hombres, marchó de un sitio a otro entre los dos campos de batalla a causa de una confusión con las órdenes, quedándose sin entrar en acción. Napoleón le necesitaba desesperadamente en Ligny. Durante la batalla de Waterloo, Wellington nunca llamó al príncipe Federico de Holanda, con unos 17.000 hombres, a quien había enviado a una posición veinte kilómetros a su derecha porque inicialmente esperaba que Napoleón llegara desde esta dirección. Sin embargo, Napoleón le superó en el derroche de tropas dictando otra vez una orden confusa al destacar 33.000 hombres marchando desde Grouchy contra Wavre y, posteriormente reforzados, cuando Blücher y la mayor parte de sus fuerzas ya habían partido para avanzar sobre Waterloo. El famoso ejemplo de la Primera Guerra Mundial se produjo cuando Von Moltke retiró dos cuerpos de ejército de su ala derecha en el avance hacia Francia para enviarlos con las fuerzas que resistían la incursión rusa en el Este de Prusia. El caso es que estas grandes fuerzas aún estaban

viajando en tren a través de Alemania cuando se libraron las batallas decisivas en el Este, donde sin ellas los alemanes aniquilaron a los dos ejércitos rusos en Tannenberg y los lagos Masúricos, y en el Oeste los alemanes acusaron su ausencia sufriendo la derrota del Marne, que significó la ruina del Plan Schlieffen. Ya hemos visto el ejemplo naval de la Segunda Guerra Mundial, cuando el almirante Halsey llevó a su gran Tercera Flota en una rápida carrera 300 millas al norte contra Ozawa, pero se detuvo antes de alcanzarlo y dio la vuelta para perseguir a Kurita, a quien tampoco alcanzó. En esta ocasión la Tercera Flota gastó combustible en abundancia pero ninguna munición y como fuerza organizada nunca volvió a tener otra ocasión así. Algunos de estos ejemplos lindan más con lo táctico que con lo estratégico, si bien la delimitación no es estricta y, en todo caso, el principio es el mismo. Hay toda clase de formas de impedir que las fuerzas disponibles no sean totalmente eficaces y recurrir a movimientos en la dirección equivocada es sólo una de ellas.

Libro III, capítulos quince a dieciocho: El breve capítulo titulado «El factor geométrico» representa poco más que un rechazo de las nociones de Von Bülow, que pretendía hacer «más científica» la estrategia tratándola desde un punto de vista geométrico. Clausewitz admite que esto puede ser algo pertinente para la táctica, pero prácticamente nada para la estrategia. «Creo», dice, «que una de las principales funciones de toda teoría global de la guerra es poner al descubierto esta clase de extravagancias».

En el capítulo que sigue, «La suspensión de la acción en la guerra», Clausewitz desarrolla aún más un tema que ya había expuesto en el capítulo inicial del libro I. ¿Cómo es posible que la guerra, que exige en sí misma un avance implacable hacia el objetivo que constituye su finalidad (al menos por parte del bando que la ha iniciado), esté tan a menudo marcada por la inactividad? Parte de las razones ya han sido expuestas en dicho capítulo inicial (esto es, la decisión del bando más fuerte de posponer su ofensiva no necesariamente permite al más débil pasar a la ofensiva), pero existen algunas razones básicas más. En el pasado, la ausencia de movimiento se debía sobre todo a la falta de energía, es decir a las «cadenas de la fragilidad humana». Con Napoleón vimos cuánta energía era posible conseguir, «y si es posible, es necesaria».

Las principales razones de la falta de la energía imprescindible tienen que ver, por un lado, con el miedo y la indecisión propios de la mente humana cuando se enfrenta al peligro y, por otro, con la mayor fortaleza de la defensiva. Sin embargo, también ha habido guerras en las que ambos bandos han carecido de espíritu por no contar con un gran incentivo de interés. En todo caso, es un gran error contemplar esta especie de esfuerzos indiferentes como representativos «del genuino y auténtico arte de la guerra». Algunos de los contemporáneos de Clausewitz, ya veían las guerras de Napoleón «como bravuconadas brutales que apenas nada pueden enseñar y que han de considerarse recaídas en la barbarie». Estas personas no sabían lo que la guerra es en verdad. «¡Ay del gobierno que, confiado en una política de indiferencia y una limitada política militar, se enfrenta con un enemigo que, como los elementos desatados, no conoce más ley que la de su fuerza!».

El siguiente capítulo lleva más lejos este argumento. Napoleón mostró el mundo de la naturaleza real de la guerra e incitó a sus adversarios a desarrollar los mismos niveles de decisión. Antes de esta época, los diplomáticos solían apresurarse a firmar la paz aunque fuera en malas condiciones cuando su bando había perdido algunas batallas, pero Rusia en 1812 y Prusia y otras naciones en 1813 mostraron «la enorme aportación que el espíritu y el temperamento de una nación pueden hacer a la suma total de su política, su potencial para la guerra y su capacidad de lucha. Ahora que los gobiernos son más conscientes de estos recursos, no cabe esperar que los dejen sin utilizar en el futuro». Este es un tema sobre el que Clausewitz volverá en diversas ocasiones.

En el último capítulo de este libro, Clausewitz analiza lo que puede lograrse mediante la comprensión de la naturaleza dinámica de los cambios entre tensión y pausa en la guerra. «Cualquier iniciativa tomada en estado de tensión será más importante y producirá más resultados que si se hubiese adoptado en estado de equilibrio». A guisa de ejemplo, otra vez hace uso el autor de la campaña de Jena de 1806. «Durante este período de enorme tensión, los acontecimientos presionaban a favor de una decisión importante que debería, con todas sus consecuencias, haber absorbido toda la atención del mando prusiano»; pero en ese preciso momento los mandos prusianos dilapidaban sus energías en planteamientos confusos.

«El estado de crisis», dice al final Clausewitz, «es la auténtica guerra; el equilibrio no es sino su reflejo».

LIBRO IV: EL COMBATE

Libro IV capítulos uno y dos: Si el libro III se preocupaba de los «elementos operativos» de la guerra, el libro IV se ocupa de esa «actividad militar esencial» que es el combate. Podría decirse que hay una transición de la estrategia a la táctica, pero es obvio que Clausewitz no separa nítidamente una y otra, y de todos modos está interesado en el análisis de la guerra y no sólo de la estrategia. Así, le resulta más fácil concluir que «cualquier cambio en la naturaleza de la táctica repercutirá automáticamente en la estrategia», punto de vista que le separa considerablemente de Jomini y de sus seguidores, tan aficionados a repetir el axioma de que «los métodos cambian pero los principios son invariables». En cambio, ya hemos visto que los principios que Clausewitz admitiría ser insensibles a los cambios en los métodos eran sólo los fundamentales, como el principio de la economía de fuerzas y el de la concentración, cada uno de los cuales despacha en unos pocos párrafos. En su mente, tales conceptos eran únicamente los ejes de la estrategia y no la sustancia.

Cuando se consideran los cambios en la estrategia posteriormente propiciados por el fusil de retrocarga, que al permitir disparar desde posición tendida aumenta el valor del parapeto y con ello la capacidad de las fuerzas pequeñas para retrasar o contener a otras más grandes; de la ametralladora, que llevó el proceso aún más allá y transformó completamente la Primera Guerra Mundial; del submarino de guerra, que tuvo en el mar un efecto comparable durante la misma guerra, efecto que Mahan, entre muchos otros, no consiguió prever; y de los aviones, con base en portaaviones o en tierra, que tuvieron un efecto parecido en la Segunda Guerra Mundial (mencionar las armas nucleares en este contexto resulta en verdad superfluo), hay que convenir que Clausewitz estuvo atinado en esta cuestión y maravillarse de que fuera capaz de verlo tan claramente incluso a partir de los leves cambios en la táctica que se produjeron durante el transcurso de su vida.

Libro IV, capítulos tres y cuatro: El primer problema del que se ocupa Clausewitz relativo al combate es la pregunta: ¿qué se entiende por derrotar al enemigo? La respuesta en lo que respecta al combate es la misma que en lo que atañe a la guerra de la cual forma parte: la destrucción de las fuerzas enemigas. «Admito que un combate puede ser más valioso que otro... En esto es en lo que consiste la estrategia». Sin embargo, pretende establecer desde el comienzo la «superioridad del principio de la destrucción», que estima necesario quede establecido dada la existencia, desde hacía mucho tiempo, de nociones contrarias.

La destrucción de las fuerzas del enemigo debe, por supuesto, ser manifiestamente desproporcionada a la destrucción de las propias. Clausewitz considera que, en el curso de un combate, «las bajas sufridas por el vencedor... difieren poco de las experimentadas por el perdedor» (una de las características que pueden haber distinguido a su época de la nuestra, donde existen mayores posibilidades de diferencias significativas de equipamiento y táctica). En su época, «las pérdidas verdaderamente incapacitantes, las que el vencido no comparte con el vencedor, sólo empiezan a producirse con la retirada». Es la persecución y sus frutos lo que marca la diferencia.

Durante la batalla, las pérdidas son principalmente en muertos y heridos, en las que vencedor y vencido pueden participar de forma muy parecida, pero después de la batalla son, sobre todo, en armamento y prisioneros, resultando mucho mayores en el bando del vencido. «Esta es la razón de que las armas y los prisioneros se hayan considerado siempre los verdaderos trofeos de la victoria; también son su medida, pues constituyen prueba tangible de su magnitud».

La cuestión es entonces la siguiente: ¿qué provoca en uno u otro bando el paso de la batalla a la retirada, exponiéndose así a los castigos que conllevará la persecución del enemigo? La pérdida de terreno y la imposibilidad de sacar reservas de refresco puede acarrear la convicción de derrota, lo cual, finalmente, significa que «la pérdida de moral ha demostrado ser el principal factor decisivo». La pérdida de moral se ve agravada por la retirada en desbandada y la persecución del enemigo. Pero ahí mucho depende de las circunstancias.

En un momento de su brillante y detallada disertación sobre estas cuestiones, que sobre todo reposa en su amplia experiencia personal, Clausewitz señala que «los informes de bajas de uno

y otro bando nunca son exactos, raramente son veraces y en la mayor parte de los casos se falsean deliberadamente». En esto su época no se diferenciaba en nada de la nuestra.

Por último, Clausewitz distingue entre la clase de victoria que representa para el bando derrotado una pérdida moderada y redimible, y la clase de victoria de gran alcance, más inusual, que produce el desastre total de la mayor parte de las fuerzas enemigas. Como ejemplos de lo último cita su inolvidable Jena y asimismo Waterloo (a la que los prusianos después denominaron «Belle Alliance», por el nombre de una granja sita en las inmediaciones del campo de batalla), mencionando Borodino como ejemplo de una batalla a gran escala que finalizó sólo con una derrota nominal para uno de los bandos, la batalla en el camino hacia Moscú en la que el mariscal Kutuzov se retiró antes que rendirse (y que glorificó Tolstoi como una victoria de Kutuzov en *Guerra y paz*).

Más tarde, en el siglo XIX, el oficial francés Ardant du Picq, que perdió la vida en 1870 al frente de su regimiento, llevó mucho más allá las ideas que Clausewitz expuso con relación al riesgo de graves consecuencias al ceder ante un enemigo en la batalla y batirse en retirada o, peor, huir. Du Picq llegó a esta conclusión con independencia del estudio de las batallas famosas de la Antigüedad, donde el derrotado siempre parecía sufrir pérdidas enormemente grandes al ofrecer sus espaldas indefensas a sus oponentes, quienes les perseguían y exterminaban. Las citas de las conclusiones de Du Picq fueron más tarde compendiadas en lemas como el de «vencerá quien tenga el valor de avanzar». Al final del siglo, la escuela francesa de Foch y sus seguidores introdujeron estos lemas en la doctrina de la *offensive à outrance* con la que combatieron en la Primera Guerra Mundial (en condiciones de combate sumamente diferentes de las de la Antigüedad).

Libro IV, capítulos cinco a diez: Estos capítulos requieren poco comentario, ya que son bastante claros y no especialmente memorables. Clausewitz continúa describiendo la batalla característica de su tiempo, aquella en la que un único día bastaba para agotar las reservas y en la que el anochecer proporcionaba cobertura para la retirada del perdedor. La batalla desgastaba a ambos bandos, pero uno de ellos sufría además el dolor de la derrota, que es sin duda lo que lleva a Clausewitz a señalar que

«el desenlace de una batalla importante tiene un efecto psicológico mayor sobre el perdedor que sobre el vencedor».

Libro IV, capítulo once: Este capítulo, «Empleo de la batalla», debe ser visto a la luz de algunas de las filosofías militares de la época pre-napoleónica, que para Clausewitz resultaban bastante recientes. El gran mariscal de Sajonia, que murió en 1750, escribió en sus póstumamente publicadas *Mes rêveries*: «No soy partidario de las batallas campales, especialmente al comienzo de la guerra, y estoy convencido de que un general diestro podría hacer la guerra durante toda su vida sin verse forzado a entablar ninguna». Federico el Grande también llegó en sus años finales a conceder menor importancia al ardor ofensivo y a la batalla principal, que encontraba demasiado a merced de la suerte. Napoleón fue el apóstol de la batalla decisiva, pero la única que libró en 1815 resultó su ruina total. Obviamente, lo que Clausewitz leía y oía en algunos de sus contemporáneos le hizo temer el renovado ascendiente de la noción de que las campañas sin batallas «revelan una maestría superior». Esta línea de pensamiento, dice, «nos ha conducido casi al extremo de considerar [...] que una batalla es una especie de mal provocado por error».

Reconocía que «la naturaleza de la batalla... es el sacrificio y su precio es la sangre» y que por este motivo el comandante como ser humano la rechazará. Sin embargo, dado que el objetivo militar de la guerra es destruir las fuerzas del enemigo, la batalla es el único medio para lograrlo. De igual forma, resulta erróneo intentar restringir la acción militar a una serie de combates menores, por cuanto éstos tienden a igualar las pérdidas y a alargar el asunto. En este capítulo justifica Clausewitz no sólo la lucha continuada, sino la *gran* batalla, la que tiende a decidir el desenlace de la guerra. Ningún otro factor en la guerra rivaliza en importancia con la batalla, «y se emplearán las mejores dotes estratégicas en crear las condiciones adecuadas escogiendo el lugar, el momento y la línea de vanguardia idóneos y sacando el máximo partido a los resultados obtenidos».

Libro IV, capítulo doce: Aquí profundiza Clausewitz en una cuestión que ya había tratado en el capítulo cuatro de este mismo libro, la necesidad imperiosa de la persecución tras la victoria y las razones por las que los generales tan frecuentemente no la cumplen.

Una de las principales razones es la fatiga y el desorden, que los vencedores comparten casi por igual con los perdedores. Clausewitz, una vez más lo advertimos, se da cuenta, más que cualquier otro autor sobre estrategia, de la importancia del agotamiento, el hambre y el sufrimiento general del soldado (uno de los factores sobre los que basa su concepción fundamental del desgaste en el libro I). Las energías del general han sido socavadas por el esfuerzo mental y físico, induciéndole a ceder ante las súplicas de descanso y recuperación. Lo que se logra, dice, «se debe a la *ambición*, a la *energía* y probablemente a la *insensibilidad* del comandante supremo».

Asimismo, en las guerras antiguas, «de alcance más limitado», se desarrollaron convencionalismos que restringían todo tipo de operaciones y sobre todo la persecución. «*Una sola idea, el honor de la victoria*, parece ser el único objetivo... Una vez decidida la batalla, la lucha se paraba por costumbre y una adicional matanza se consideraba una brutalidad innecesaria». Pero como tal opinión predominaba «sólo cuando las fuerzas armadas no se consideraban el factor vital», no está entonces claro que durante la persecución las fuerzas que huyen sufran desproporcionadamente.

Al describir ejemplos históricos, Clausewitz efectúa un característico rodeo para explicar por qué estaba justificada la acción de Napoleón de no perseguir al ejército de Kutuzov tras Borodino. En ese momento, su preocupación primordial era llegar a Moscú sin más pérdidas en su ya considerablemente diezmado ejército. Pero se trataba de una situación completamente excepcional.

De igual forma, al señalar una justificada excepción a la regla, Clausewitz, en su larga disertación sobre las diversas formas de persecución, aprovecha para asegurar que en ese tiempo «el vencedor no debe tener miedo a dividir sus fuerzas para rodear todo lo que esté a su alcance... Puede hacer cuanto quiera hasta que la situación cambie y llegará al final ese momento cuantas más libertades se tome».

De nuevo sus ejemplos históricos remiten a Jena y Waterloo (Belle-Alliance), sobre todo a esta última, una de las persecuciones clásicas de la historia, en la que los agotados prusianos al mando de Blücher sustituyeron al totalmente exhausto ejército británico-holandés bajo Wellington y en la noche siguiente a la batalla desintegraron al ejército de Napoleón. Un ejemplo

de una gran oportunidad perdida se produjo treinta y dos años después en la batalla de Gettysburg donde, después de tres días de lucha, Meade permitió a Lee retirarse sin presionarlo, aunque la crecida del Potomac forzase a éste a esperar siete días para cruzarlo. Meade le siguió pero, aunque reforzado y enormemente superior, no atacó, y Lincoln, desesperado por la fuga de Lee, empezó a buscar un comandante más agresivo, considerando para ello al general que había tomado Vicksburg.

Libro IV, capítulos trece y catorce: Estos capítulos finales del libro IV son bastante menos trascendentes. El capítulo trece considera la estrategia desde el bando que se ve forzado a una retirada tras una batalla perdida. En primer lugar, hay que retirarse antes de que el capital combatiente se agote: para que la retirada puede efectuarse ordenadamente y cargada de amenazas para el perseguidor. Luego, lo más imperativo es no preocuparse por tomar la máxima distancia entre uno mismo y el enemigo superior, sino impedir que la retirada se convierta en una huida en desbandada. El capítulo catorce es una advertencia general contra los intentos de ataques a gran escala por la noche. Son demasiado arriesgados y excesivamente difíciles de ejecutar.

En estos capítulos, como también a lo largo de todo el libro IV, el lector es emplazado más que en los tres libros anteriores a distinguir entre la época de Clausewitz y la nuestra, algo que continuará caracterizando la obra hasta el libro VIII.

LIBRO V: LAS FUERZAS MILITARES

Libro V, capítulos uno a cinco: Como el libro anterior, pero más aún, el libro V se ocupa de algunas de las cuestiones técnicas específicas de la guerra y por lo tanto resultará algo anticuado en su temática. Por ello le resultará más atractivo al historiador militar que al estudioso moderno de la guerra. Con todo, como veremos, para éste no carece de fragmentos de extraordinario interés.

En el capítulo tres, Clausewitz de nuevo recoge la idea de que incluso los mejores generales raramente obtienen una victoria cuando cuentan en la batalla con fuerzas inferiores. No obstante, dice, «la guerra no es siempre la consecuencia de una decisión

política voluntaria» y si uno tiene que luchar con fuerzas inferiores, «sería pintoresca una teoría de la guerra que fallase precisamente en el punto en que es más necesaria». Pero todo lo que propone ahora es el consejo de que, cuan to más limitada sea la fuerza, más limitadas deben ser las metas y la duración. «Si el aumento del vigor se combina con la limitación sagaz de los objetivos, el resultado es esa mezcla de golpes brillantes y retiradas sabias que admiramos en las campañas de Federico el Grande».

El capítulo cuatro, «Relaciones entre las Armas de un Ejército» resulta fascinante a causa del examen que hace del autor de lo que es uno de los más modernos desarrollos en los estudios militares: lo que llamamos «análisis de sistemas» o «análisis de coste-eficacia», relacionado en parte con lo que el economista llama análisis de «utilidad marginal». Aceptado que la infantería es la más versátil e indispensable de las Armas, sin embargo también son necesarias la artillería y la caballería. La cuestión es, entonces, cuál constituye la óptima proporción relativa. Sigue entonces una idea radicalmente moderna: «Si se compara el coste de formar y mantener las distintas Armas con el servicio que cada una presta en tiempo de guerra, se obtiene una cifra que expresa la ecuación óptima en términos abstractos». Pero, añade, «esto sería poco más que una adivinanza». Y nosotros podemos añadir que, pese a algunas mejoras interesantes y útiles referidas a áreas de decisión más limitadas, el tipo de problema que Clausewitz plantea aún hoy sigue siendo una adivinanza. Con todo, Clausewitz sigue con la noción de que el dinero es la unidad común de cuenta al tratar de encontrar la «ecuación óptima» con relación a lo anterior, con lo que queda muy próximo a la moderna concepción del análisis de coste-eficacia.

«Pero como no podemos prescindir de todos los baremos de comparación [...] recurriremos al único factor que puede determinarse con certeza: el coste monetario. A los efectos que aquí me interesan, basta con declarar que, de acuerdo con la experiencia común, un escuadrón de 150 caballos, un batallón de 800 hombres y una batería de 8 piezas de seis libras cuestan aproximadamente lo mismo, tanto en el capítulo de equipamiento como en el de mantenimiento». Desgraciadamente (como ahora pasa) el componente de eficacia de la ecuación es mucho más difícil de resolver. «Quizás sería posible si bastase con medir la

capacidad destructiva, pero cada Arma tiene un empleo particular y por tanto un ámbito propio de acción eficaz.»

Entonces, para satisfacción del teórico moderno, quien con frecuencia es un civil moderno intentando persuadir a un militar antiguo de que tiene una solución mejor para algunos de los problemas que éste ha intentado resolver mediante el «maduro juicio militar» añade: «La gente suele hablar en este contexto de las lecciones de la experiencia con la convicción de que la historia de la guerra proporciona base suficiente para dar una respuesta definitiva. Pero todo esto son frases vacías que, como no pueden abarcar todos los fundamentos esenciales y convincentes, no merecen ser objeto de investigación crítica.»

Clausewitz, sin embargo, es tenaz y el resto del capítulo cuatro lo dedica a un tratamiento cuidadosamente razonado del problema teórico que acaba de admitir que desafía cualquier tipo de solución global. Su método es tan interesante como sus conclusiones que se resumen al final del capítulo en cuatro proposiciones numeradas. Más interesante aún es su idea sobre el valor decreciente de la caballería en relación a la infantería.

El capítulo cinco, «El orden de batalla del ejército» resulta asimismo especialmente anticuado pero válido para la naturaleza de los problemas que el autor intenta resolver. Aquí Clausewitz se interesa por el nexo entre táctica y estrategia ante todo con respecto a dos problemas: la necesidad de incrementar la flexibilidad de un ejército y la conveniencia de acortar la cadena de mando. En su propia época asistió a enormes cambios en la organización de los ejércitos, en los que se pasó de unas enormes y poco manejables masas a unidades más pequeñas, cada una de las cuales tenía su propio componente de las tres Armas (esto es, infantería, artillería y caballería). Un ejército organizado en cuerpo de ejércitos y divisiones es más fácilmente maniobrable y de ahí que las subdivisiones resulten más aptas para destacarse en misiones independientes. Las cuestiones son entonces: ¿cuántos cuerpos de ejército y divisiones debería de haber y cuál debería ser su correspondiente tamaño? Para Clausewitz, la respuesta está en las características del problema del mando, más que en un supuesto tamaño óptimo imaginable de las unidades. El comandante supremo preferiría tratar directamente con jefes de división, pero en un gran ejército puede haber jefes de cuerpo de ejército entre él y los jefes de división a fin de que la división y sus brigadas integrantes resulten más flexibles. Así, la senten-

cia clave del capítulo sostiene «que el número de subdivisiones del mismo nivel debe ser el mayor posible al tiempo que la cadena de mando se acorta también todo lo posible. La única limitación es que a un general le será difícil controlar más de ocho o diez subdivisiones al mismo tiempo.»

Libro V, capítulos seis a trece: Estos capítulos ofrecen poco al moderno estudioso de la guerra y el propio Clausewitz se disculpa al final del capítulo trece por haber presentado consideraciones que «son claramente de naturaleza más táctica que estratégica» pero, dice, «creo que es mejor adentrarse en el terreno de la táctica que correr el riesgo de no dejar las cosas claras». Con todo, ha de recordarse que habla de la disposición y campamentos en los capítulos seis a nueve y de las marchas forzadas en los capítulos diez a doce, nos suministra ideas acerca de algunos problemas de disposición y movilidad a los que se enfrentaban entonces los ejércitos en campaña, pudiéndose incluir en este concepto las primeras batallas de la Primera Guerra Mundial. Así, un estudioso de la historia militar que no esté aún familiarizado con estas cuestiones sacará partido de su lectura. Aprendemos aquí lo bastante sobre las marchas forzadas y sobre el reagrupamiento de tropas al comienzo de las grandes batallas como para entender lo que estas frases significan cuando son escritas por los historiadores, que a menudo ni ellos mismos entienden del todo.

También aprendemos, como de costumbre, los importantes cambios a los que Clausewitz asistió en su época. Sólo una generación antes de su época, «la artillería iba a su aire para desplazarse por caminos mejores y más seguros, mientras que la caballería solía rotar entre los flancos para otorgar a todas las unidades el honor de cabalgar a la derecha del ejército». También advertimos la sensibilidad del autor respecto a las consecuencias de cambios como ceder aquella parte del tren de suministros que previamente había transportado tiendas de campaña. Estos cambios significaban más movilidad para el ejército y la posibilidad de que los caballos antes utilizados para tirar de los carromatos se dedicasen a arrastrar más cañones o llevar más soldados de caballería. Sin embargo, «la protección que proporciona una cubierta de lona barata no es excesiva, pero sí supone un alivio que los hombres echan de menos». La diferencia es ligera para un solo día, pero a lo largo de varios días empieza a

ser un problema y produce «el aumento de las bajas por enfermedad».

La misma clase de disciplinada sensibilidad es evidente en su tratamiento de las cuantiosas pérdidas que se producen inevitablemente en las marchas forzadas que se prolongan durante más de unos pocos días y a veces incluso en un período bastante corto. Tras describir de manera conmovedora los muchos soldados que caen enfermos en el camino o que sufren de sed y agotamiento por una marcha bajo el calor del verano, añade: «No quiero decir con esto que deba haber menos actividad en tiempo de guerra. Las herramientas están para usarlas y el uso siempre las desgasta. Mi único objetivo es aclarar y ordenar; estoy en contra de las teorías altisonantes que afirman que la mayor sorpresa, el movimiento más rápido o la actividad más incansable no cuestan nada». Uno piensa en la ejecución del Plan Schlieffen en agosto de 1914 y se pregunta por el estado de los reservistas alemanes cuando marcharon, cada uno con un petate de 30 kilos a la espalda y un fusil, a través de Bélgica y el noreste de Francia hacia el Marne. Uno también se pregunta si su estado y las pérdidas de rezagados cuando alcanzaron la última posición fueron tenidas en cuenta de forma adecuada en el Plan. ¿Cuántos historiadores han planteado estas preguntas? Afortunadamente para los alemanes, cuando se encontraron con los franceses y británicos a lo largo del río, éstos también llegaban de una marcha.

La última parte del capítulo doce ofrece algunas notables cifras sobre pérdidas de tropas causadas por las marchas forzadas durante las campañas de 1812 y 1813 en las que Clausewitz tomó parte; tiene un interés añadido, debido también a que su participación (bajo Thielmann) es la descripción en la última parte del capítulo trece del reagrupamiento del diseminado ejército prusiano en la víspera de la batalla de Lygny que precedió en dos días a la de Waterloo.

Libro V, capítulo catorce: Aunque de valor estrictamente histórico, este largo capítulo sobre el aprovisionamiento de los ejércitos en campaña tiene un interés especial. Hemos leído tanto acerca de grandes ejércitos viviendo del terreno, del «movimiento de sus tripas» y de los grandes cambios que en este aspecto distinguieron las campañas que Clausewitz conoció respecto a las de épocas más antiguas, que agradecemos la oportunidad de conocer lo que pasaba.

Desde la época de Luis XIV (fallecido en 1715, justo un siglo antes de Waterloo), los ejércitos habían aumentado notablemente su tamaño. Más importante aún era que las campañas se habían intensificado y ya no estaban separadas por largos períodos de inactividad. Así, el viejo sistema de confiar en almacenes durante los períodos de paz y los enormes carromatos durante las campañas, simplemente no podía funcionar. La nueva importancia de la rapidez de movimientos precisaba de sistemas de requisas que dependían ellos mismos del movimiento. Clausewitz apenas insinúa otra de las cosas de las que dependían: una auténtica crueldad hacia la población de las tierras por las que pasan los ejércitos. Habla, sin embargo, de otra clase de crueldad, la del comandante hacia sus propias tropas. «Qué puede ser más conmovedor, pregunta, que la idea de miles de soldados pobremente vestidos, doblegados bajo el peso de 15 o 20 kilos de impedimenta, caminando durante jornadas interminables por malo que sea el tiempo y por los caminos más variados, siempre con riesgo para su salud y para sus vidas, sin tan siquiera un mendrugo de pan que llevarse a la boca? Cuando se sabe la frecuencia con que esto ocurre en la guerra, es imposible no admirarse de que el corazón y la resistencia no cedan más a menudo». Más adelante indica que «los caballos mueren de hambre mucho antes que los hombres».

En la misma línea añade: «Si la guerra va a conducirse de acuerdo con su espíritu esencial, con la violencia desatada que le es propia y doblegándose a la necesidad de combatir y perseguir acciones decisivas, la alimentación de las tropas, aunque importante, es secundaria». Incluso cita con aprobación la intolerante insistencia de Napoleón *qu'on ne me parle par des vires!* (¡no me habléis de las provisiones!).

Todavía en la siguiente frase admite que la última campaña rusa «demostró que este menosprecio por la intendencia puede llegar demasiado lejos». Por lo que resulta innegable que «la falta de atención al abastecimiento fue causa de un desgaste del ejército sin precedentes durante el avance y de su completo hundimiento durante la retirada». Napoleón olvidó «qué abismal diferencia hay entre una línea de abastecimiento que se extiende desde Vilna hasta Moscú... y otra que vaya de Colonia a París».

Libro V, capítulos quince y dieciséis: Estos capítulos mantienen una total relación con el importante capítulo sobre el apro-

visionamiento que les precede. Son también algo menos anticuados porque en ellos se pasa a una concepción de vivir sobre el terreno mediante requisas que hoy es practicada por guerrillas o partisanos. En estos capítulos, como en el anterior, apreciamos también cierta experiencia del autor como oficial de Estado Mayor.

El capítulo quince, «La base de operaciones», insiste en que, así como las provisiones pueden ser tomadas o requisadas, otros suministros militares y repuestos no lo pueden ser. Sólo pueden ser llevados desde una base que de este modo se convierte en una parte integrante del ejército, siendo su relación, en opinión de Clausewitz, comparable a la del árbol con sus raíces. Por otra parte, el ejército debe ser móvil (no así el árbol) y la base no debe quedar demasiado lejos de él. Tampoco debe ser demasiado vulnerable al ataque enemigo, hecho que en las penetraciones profundas en territorio hostil obviamente plantea algunos problemas.

El capítulo dieciséis, «Líneas de comunicación», trata de la conexión del ejército con su base. Estas líneas proporcionan los medios para avanzar y también las líneas de retirada. Los problemas más importantes tienen que ver, naturalmente, con los caminos, esto es, con su longitud, dirección y estado, pero también con el terreno a través del cual discurren; con la situación y carácter de los habitantes del lugar y, por último, con la protección que se puede ofrecer a las comunicaciones mediante fortificaciones, si existen, y guarniciones. La consecuencia general es que el ejército enemigo siempre está en algún lugar delante del nuestro, a menos que lleve a cabo con éxito operaciones de flanco («que siempre han sido más populares en los libros que en el campo de batalla»). La protección otorgada a los depósitos establecidos a lo largo de las líneas de comunicación es suficiente si se puede hacer frente a modestos destacamentos de la fuerza principal del enemigo o a partisanos.

Sin duda Clausewitz habría modificado su tono si pudiera haber previsto la marcha de Stonewall Jackson sobre el ejército de Pope para destruir el enorme depósito federal de Manassas en los hechos que precedieron a la segunda gran batalla de este nombre.

Libro V, capítulos diecisiete y dieciocho: Estos dos capítulos «El terreno» y «Dominio de posiciones elevadas» revelan un

autor aparentemente menos interesado por las materias examinadas de lo que había estado en capítulos anteriores. Una memorable afirmación aislada surge en forma de digresión. Así, por ejemplo «en la guerra, la suma total de los éxitos individuales es más importante que la pauta que los relaciona». Del capítulo diecisiete aprendemos poco, aparte del hecho de que un país agreste contribuye a la fragmentación de fuerzas y, por lo tanto, favorece al bando que más puede depender de la iniciativa individual. Debe, por consiguiente, ser evitado por las fuerzas que están en ventaja cuando combaten como una masa concentrada. Asimismo, en terreno difícil, la infantería es sin duda el Arma clave.

En el capítulo dieciocho, el autor vuelve a demoler viejos dogmas. El terreno elevado es definitivamente una ventaja, pero tal ventaja es con demasiada frecuencia sobrevalorada. «Esta realidad es innegable. Pero una vez dicho esto, hay que recordar que expresiones como «área dominante», «posición a cubierto» o «clave para el país» son, en la medida en que se refieren a la naturaleza más o menos elevada del terreno, cáscaras vacías sin nada en su interior». Insistiendo de nuevo en las cualidades relativas de los ejércitos contendientes y sus comandantes, su sentencia final en este último capítulo del libro V es «el terreno sólo puede desempeñar una función menor».

En este capítulo Clausewitz comete un curioso error. Entre las ventajas, dice, de hallarse en terreno elevado está la de que «disparar hacia abajo garantiza, por motivos geométricos, una precisión muy superior a la que se logra cuando se dispara hacia arriba. Resulta totalmente imposible ver cómo puede producirse esto, tanto en su época como en la nuestra.

LIBRO VI: LA DEFENSA

Libro VI, capítulos uno a cuatro: La concepción de Clausewitz de la defensa como la forma más fuerte de guerra es probablemente tratada con alguna reserva, si no con recelo, por la mayoría de los miembros de la actual profesión militar, como al parecer pasaba también en su época. Le vemos quejarse en el capítulo uno de que su opinión «entra en contradicción con la opinión predominante» y en el capítulo dos de la persistencia de una «vieja idea» según la cual «una batalla aceptada [esto es,

iniciada por el adversario] es considerada como medio perdida». En un capítulo posterior (el capítulo ocho) habla desdeñosa-mente del «clamor de quienes se ven impelidos por sus vagas emociones y aún más vagas mentes a esperarlo todo del ataque y el movimiento, y cuya idea de la guerra se resume en la imagen de un húsar al galope blandiendo su espada».

El militar moderno puede saber por experiencia práctica que a veces es preciso adoptar una postura defensiva (y hasta puede habituarse a ver incluido un «principio de seguridad» en las diversas listas de «principios de la guerra»), pero, aparte de esta necesidad ocasional, es reacio a consagrar cualquier filosofía que atribuya una *virtud* especial a la defensiva. Su adoctrinamiento le impele a ver un monopolio de virtud en el otro lado. El propósito de tal adoctrinamiento es, sin duda, estimular la agresividad estratégica o táctica de los mandos, ya que la experiencia indica que, de otro modo, pocos tenderían por su propia iniciativa a provocar grandes riesgos, peligros o incluso un esfuerzo excepcional.

La extraordinaria apoteosis de la ofensiva, que marcó el pensamiento de los Estados Mayores de la Primera Guerra Mundial entre los aliados occidentales, fue sólo una forma más aberrante de una creencia duradera. El ascendiente de esta escuela, expresado en los escritos de antes de la guerra de Ferdinand Foch, entre otros⁹, alcanzó su trágico apogeo durante esta guerra, en la que las condiciones tácticas fueron tan absurdas y atroces como nunca lo habían sido. En la época de Clausewitz, las condiciones tácticas eran completamente diferentes, y encontramos, en efecto, que la mayoría de las ventajas que él atribuye a la defensa tienden a ser más estratégicas que tácticas.

Hay que suponer que el argumento de los cuatro primeros capítulos de este libro surge de una honda convicción basada en la experiencia personal del autor que, en efecto, menciona dos campañas en las que tomó parte. La campaña de Rusia en 1812, a la que de nuevo alude en el capítulo dos, fue uno de los mayores triunfos de la estrategia defensiva de toda la historia militar. De igual forma, en la campaña de Waterloo de 1815 los

⁹ El libro más accesible en inglés es la traducción de Morini de *Principios de la guerra*, de 1903, de Ferdinand Foch (H. K. Ny, Nueva York, 1918). Véase también *mi Strategy in the Missile Age*, Princeton University Press, Princeton, 1959, cap. 2.

aliados británicos, holandeses (belgas) y prusianos se basaron con éxito en una estrategia defensiva. Sabiendo que Napoleón estaba obligado a dirigirse contra ellos, organizaron y aumentaron su poderío mientras le esperaban, en posiciones próximas a sus bases que habían reconocido concienzudamente y que convenían a sus necesidades en otros aspectos.

La espera del golpe enemigo, nos dice al inicio de este libro, es lo que caracteriza la defensiva. El defensor tiene muchas oportunidades para aplicar la sorpresa táctica, pero es el adversario quien se dirige contra él y no al revés. El objeto de la defensiva es proteger, lo que constituye un aspecto negativo, y por lo tanto, continúa, «deberíamos utilizarla sólo mientras nuestra debilidad nos obligue a ello y abandonarla tan pronto como seamos lo suficientemente fuertes como para perseguir un objetivo positivo». Esta convicción de Clausewitz ya se nos ofrece en el capítulo uno, pero luego insiste en dejar sentado que el comandante débil adopta la defensiva porque la intrínseca fortaleza de ésta tiende a compensar su debilidad. Da varias razones estratégicas para ello, teniendo que ver la mayoría de ellas con el hecho de que el defensor goza, por lo general, de unas líneas de comunicación y retirada óptimas mientras el atacante está desplegando las suyas y normalmente sufre una pérdida de potencia cuando avanza, y también con que el defensor elige en su provecho el lugar del contacto o combate. Su argumento retórico es que, si no fuera la forma más fuerte, no habría nunca razón alguna para recurrir a ella.

Al final del capítulo tres reconoce que «en un ejército hay una sensación de superioridad que nace del hecho de saber que se posee la iniciativa» (algo que Foch y otros llegaron a acentuar hasta al extremo), pero rápidamente añade que esta apreciación «pronto se ve oscurecida por el mayor efecto que sobre la moral de un ejército tienen las victorias o las derrotas y por el talento o la incompetencia del comandante». Planteará la cuestión con más fuerza incluso en el capítulo quince del libro VII.

En el capítulo cinco, Clausewitz vuelve a insistir en algo que ya ha dicho en el primer capítulo, esto es, que la defensa debe ser considerada como un recurso temporal mientras se prepara una base mejor para pasar al ataque. «Una poderosa y repentina transición a la ofensiva, la resplandeciente espada de la venganza, constituye el gran momento de la defensa» ¿Por qué, entonces, dar tanta importancia a esta posición especial? La

respuesta surge del contraste entre su posición y la de otros autores, especialmente Foch, quien junto a sus colegas forjó una verdadera mística de la ofensiva, a la que atribuyó todas las ventajas imaginables, *incluidas las menores bajas*. En sus consecuencias, mortales e inútiles «embestidas» a lo largo de toda la Primera Guerra Mundial, los comandantes aliados nunca pudieron superar la idea totalmente errónea de que estaban infligiendo más bajas al enemigo que las que ellos mismos estaban sufriendo. Ellos y sus seguidores continuaron insistiendo en este punto incluso después de la guerra y algunos llegaron a adulterar las cifras para proteger a sus colegas de una embarazosa situación¹⁰.

Sin embargo, aparte de estas aberrantes secuelas, lo que distingue a Clausewitz de la mayoría de sus colegas en el tratamiento de estos temas es sobre todo una cuestión de tono. Aunque acepta sin reservas la necesidad de pasar a la ofensiva si y cuando resulta viable, no quiere que la postura defensiva sea despreciada. Que en efecto se despreciaba, tanto en su época como en la nuestra, se aprecia otra vez en su última frase del capítulo cinco: «Así concebida, la defensa no hará tan mal papel cuando se la compare con el ataque y este último no parecerá tan fácil e infalible como lo presenta la sombría imaginación de quienes ven el coraje, la determinación y el movimiento sólo en el ataque, mientras que perciben la defensa únicamente como impotencia y parálisis.»

Libro VI, capítulos seis y siete: El capítulo seis se expulsa sobre las razones esgrimidas en los capítulos dos y tres acerca de la superior fortaleza de la defensiva. En primer lugar, algunas clases de fuerzas, como la milicia, pueden sobresalir lo que por lo general no está al alcance del ejército profesional. Pero esto es sólo un ejemplo del principio de que el apoyo del pueblo es más fácil de conseguir para las operaciones que se desarrollan en el propio país y que de forma automática son concebidas como defensivas. Clausewitz menciona como un ejemplo destacado la guerra en la Península Ibérica (1808-1814), o Guerra de la Independencia, en la que prácticamente toda la población

¹⁰ Véase Sir B. H. LIDDELL HAN, «The Basic Truths of Passchendaele», *Journal of the Royal United Service Institution*, 104, 616, noviembre de 1959, Londres, pp. 1-7.

llegó a participar en la lucha, nutriendo innumerables partidas guerrilleras, tanto en España como en Portugal.

Más interesante es su comentario sobre el mayor grado de apoyo de aliados que cabe esperar en la defensiva. Habrá algunos Estados que se muestren interesados en mantener la integridad de otro país simplemente porque sus gobernantes se sientan más seguros con el mantenimiento del *statu quo*. Para Clausewitz este apego al *statu quo* explica el frecuente desarrollo espontáneo de las implicaciones del equilibrio de poder. «Si no fuera», dice, «por este esfuerzo común en pro del mantenimiento del *statu quo*, nunca hubiera sido posible que varios Estados civilizados coexistieran pacíficamente a lo largo de un período de tiempo... El hecho de que Europa, tal y como la conocemos, haya existido durante más de mil años sólo puede explicarse por la acción de estos intereses generales». Ha habido, por supuesto, grandes cambios territoriales: Polonia es un ejemplo especial de una nación importante que ha sido (sin ir tan lejos en la época de Clausewitz) eliminada como entidad política, pero existen razones especiales e instructivas para ello. En cualquier caso, el defensor puede, por lo general, contar más con ayuda extranjera que el atacante, sobre todo si su situación política y militar es sólida.

En el capítulo siete el autor amplía un aspecto ya tratado antes: que la guerra debe su forma y carácter a la negativa del defensor a que el atacante posea algo que éste normalmente preferiría tener sin la guerra. El defensor es así el primero que comete un acto que realmente se adecua al concepto de guerra. En este punto Clausewitz hace hincapié en que está hablando sólo desde el punto de vista de la teoría; por supuesto, sabe perfectamente que el atacante por lo general ataca con la presunción de que su acto agresivo provocará una respuesta militar.

Libro VI, capítulo ocho: Este largo y algo enrevesado capítulo, «Los tipos de resistencia», contiene en buena medida ideas ya expuestas en los precedentes capítulos del libro. La defensa, dice el autor, se compone de dos partes distintas, espera y acción. Sin embargo, sobre todo en la acción defensiva a gran escala como la que contempla una campaña entera o una guerra, espera y acción no pueden separarse en dos fases distintas; la importancia irá cambiando de una a otra. Clausewitz se centra en dos puntos fundamentales: a) la espera, con toda la diná-

mica que se supone que el término engloba en el sentido de obligar al enemigo a gastar parte de su potencia en su ataque, merece el *status* de un concepto o «principio» independiente, esto es, «una característica tan fundamental de todo conflicto bélico que difícilmente se podría concebir la guerra sin ella»; y b) los beneficios de la espera muy rara vez se acumulan sin la acción, real o potencial.

El autor señala así cuatro formas que puede elegir el defensor para llevar a cabo su defensa. Las tres primeras, sin embargo, tienen en común que se producen en o cerca de las fronteras del país, mientras que en la cuarta el defensor se retira hacia el interior del país y resiste allí. La que más nos interesa es esta última, siendo evidente que, en gran medida, Clausewitz tenía en la cabeza dos episodios históricos, los cuales menciona y en uno de los cuales tomó parte. El primero fue la campaña de Torres Yedras en 1810-1811, donde Wellington se retiró ante el mariscal Massena hasta las líneas fortificadas que había preparado en las montañas en torno a Lisboa. Allí Massena las asedió contando con una línea de comunicaciones que se extendía a lo largo de una España furiosamente hostil rebosante de bandas de guerrilleros y sólo se retiró finalmente cuando el hambre se apoderó de sus fuerzas. El otro caso épico aconteció al año siguiente, cuando la *Grande Armée* de Napoleón, en su camino a Moscú, pereció de hambre y frío en la retirada.

En ambos casos, las fuerzas defensoras, incluidos los guerrilleros, desempeñaron un papel tan importante como la distancia y el entorno físico hostil, provocando la destrucción del invasor (tanto en los ataques reales como en los simulacros de ataque). De otra manera, los ejércitos invasores hubieran sido bastante capaces de aprovisionarse y así no verse forzados a retirarse. De igual modo, sobre todo en Rusia, la retirada a la que finalmente se vio obligado el ejército invasor resultó muchísimo más costosa por la prisa y la desorganización provocadas por los incessantes ataques rusos.

Pero Clausewitz también se muestra desconcertado por los casos «en los que no llega a librarse un combate, pero el resultado se ve afectado por el hecho de que pudiera haberlos». Considera la situación en la que el invasor, perdiendo fuerza a medida que avanza, empieza a temer que el adversario que defiende llegue a ser tácticamente superior y pierde su resolución. Menciona diversas situaciones similares, aunque nosotros

La guerra de
espera es el 8º de
la guerra de
la guerra de

podemos también pensar en la liquidación alemana del Plan Schlieffen en 1914 y la retirada hacia el Aisne tras la batalla del Marne, que no fue ni de una ferocidad culminante, ni una clara victoria táctica para los franceses. Debido a sus consecuencias, sin embargo, se convirtió en «el milagro del Marne».

Libro VI, capítulo nueve: Tras describir una batalla imaginaria basada en las tácticas de entonces, al objeto de presentar las ventajas que el defensor puede sacar de ello si no es significativamente inferior, y de este modo mostrar (en contra del postulado básico que, según constata, prevalecía en su época) que el bando de la defensiva táctica no tiene intrínsecamente menos posibilidades de obtener una victoria que el bando que inicia el ataque, Clausewitz continúa explicando por qué estas victorias defensivas se han dado tan raramente en la historia. En la mayoría de los casos, el defensor es o cree ser notablemente el más débil de los dos. Curiosamente apunta lo que *pudo* haber sucedido si Napoleón hubiera vencido en Leipzig a la defensiva, pero no hace ninguna mención de lo que *sucedió* en la gran victoria defensiva de Waterloo. Hemos visto que el propio Clausewitz estaba cerca de Wavre el día en que se libró esta batalla y tomó parte en una enardecida acción defensiva contra el mariscal Grouchy. Uno no puede dejar de preguntarse por qué razón no menciona la mayor de estas dos acciones, en la que el bando que estuvo a la defensiva hasta el final de ese largo día obtuvo una de las victorias más decisivas de todos los tiempos.

Libro VI, capítulos diez a catorce: Los dos capítulos sobre fortificaciones están menos anticuados de lo que cabría sospechar de sus títulos. Tras describir la diferencia de funciones entre las fortificaciones medievales y las existentes en su tiempo, Clausewitz pasa a examinar en el capítulo diez los diversos propósitos a los que una plaza fuerte moderna puede servir y en el capítulo once las consideraciones que deberían regir la selección de emplazamientos. Obviamente, estos propósitos y consideraciones han variado con el tiempo, pero menos de lo que el lector cree.

El Plan Schlieffen, ejecutado en 1914, pretendía flanquear la gran cadena francesa de ciudades fortificadas de la frontera oriental de Francia. En 1940, el ataque alemán a través de Bélgica y las Ardenas fue concebido para flanquear la línea Magi-

not, que era una línea fortificada más que una cadena de fortificaciones. En cada caso, el sistema canalizó el ataque enemigo y si los franceses no sacaron más provecho de ello no fue por un fallo en sí del concepto de fortificación.

Sin duda, desde la Segunda Guerra Mundial las fortificaciones han sido menos complejas y han dejado de cumplir todos los propósitos que Clausewitz señala, pero sólo de forma gradual. Ha sido frecuente su fracaso, con ejemplos como los que acabamos de mencionar, pero, como señala Clausewitz, tanto en sus efectos directos como indirectos las fortificaciones «no hacen imposible el avance del enemigo; sólo lo dificultan y lo hacen más arriesgado, en otras palabras, menos probable y menos peligroso para el defensor. Que se haya esperado demasiado de plazas fuertes o fortificaciones concretas, incluidos los ejemplos que hemos mencionado, es una cuestión de memoria histórica; pero la historia debe ser leída con cuidado antes de juzgar la utilidad de estos sistemas fracasados. Además, no todos los sistemas han sucumbido bajo el ataque. Los fortines turcos a lo largo de los Dardanelos que ayudaron a prevenir la penetración de la flota británica en 1915 tuvieron importantes consecuencias en el curso posterior de la Primera Guerra Mundial.

El sensato consejo de Clausewitz sobre el uso de las fortificaciones situadas a una considerable profundidad de la frontera y no a lo largo de ésta, rara vez ha sido seguido en las épocas recientes, salvo por pequeñas naciones como Bélgica (que tenía bastante poca profundidad de la que disponer), porque las grandes no estaban dispuestas a reconocerse a sí mismas ni a las demás que el enemigo no pudiera ser detenido en sus fronteras.

Los capítulos doce a catorce sobre las posiciones defensivas y de flanco tienden a resultar más anticuados, al estar en cierto modo más centrados en la táctica que los capítulos sobre las fortificaciones.

Libro VI, capítulos quince a diecisiete: En estos tres capítulos, «La guerra defensiva en montaña», Clausewitz manifiesta nuevamente su gusto por desmontar una de esas conclusiones obvias que resultan estar repletas de excepciones o están claramente equivocadas. En este caso se trata del concepto reflejado en la expresión utilizada por quienes «hablan de una garganta tan estrecha que un puñado de hombres podría rechazar a todo un ejército». Esta expresión de que una cadena montañosa ofrece

un terreno favorable para un esfuerzo defensivo importante es negada por Clausewitz, que examina la cuestión al nivel táctico y estratégico con una atención al detalle que pone de relieve un detenido estudio de la cuestión en la literatura histórica y en su conocimiento personal. Además, lo que dice acerca de la defensa en la montaña parece haber sido poco alterado por los cambios tácticos acaecidos desde entonces.

La cuestión central que ha de dirimirse es, dice, «si en la guerra defensiva en montaña la resistencia se concibe como *relativa o absoluta*». Pequeñas unidades pueden ciertamente ralentizar el avance de grandes fuerzas de asaltantes; esto es en lo que pensaba al emplear el término «relativa», pero por «absoluta» entiende la resistencia que detiene totalmente al enemigo o permite obtener una victoria decisiva sobre él, para lo cual las montañas generalmente no son aptas del todo.

Los problemas de la defensa son varios, describiéndolos Clausewitz en detalle. Están sobre todo centrados en torno a la pasividad extrema de los puestos defensivos. Es el asaltante el que se adapta a ellos y no a la inversa. Además, la situación de estos puestos por lo general significa que sólo pueden ser mantenidos por la infantería, que se encuentra limitada por el corto alcance de sus armas de fuego ligeras (este factor se vería alterado por el armamento moderno y sin embargo la proposición general seguiría siendo válida). Las fuerzas defensivas no ocupan las crestas que en las montañas elevadas son tan inaccesibles, sino sólo los valles. Sus posiciones están aisladas y normalmente expuestas a ser rodeadas.

Sin embargo, estratégicamente una barrera montañosa puede ser de gran ayuda para el defensor a condición de que no despliegue la mayor parte de su ejército en los puertos, donde queda inevitablemente fragmentado, inmovilizado y pasivo. A lo sumo, pequeñas fuerzas destacadas deberían obstaculizar al enemigo dentro de estos puertos, concentrándose las fuerzas importantes en terreno abierto detrás de la barrera. «No afirmamos», dice, «que España sería más fuerte sin los Pirineos, pero sí que un ejército español que se sintiera con fuerzas suficientes para arriesgarse a librar una batalla decisiva actuaría con mayor sabiduría si se concentrase detrás del Ebro, que si se dividiese para cubrir los quince pasos que hay en los Pirineos. Con esto no pretendemos obviar el efecto de los Pirineos en la guerra. Pensamos que lo mismo sería válido para un ejército italiano...

Nadie creería que a un atacante le gusta atravesar un macizo montañoso como los Alpes y dejarlo en su retaguardia». En su retaguardia contribuye a que las líneas de comunicaciones y de retirada sean difíciles, estrechas y precarias.

Libro VI, capítulos dieciocho y diecinueve: En estos dos largos capítulos, sobre «La defensa de ríos», Clausewitz escribe más desde una experiencia personal directa que en relación con las montañas, de forma que su tratamiento, en efecto, resulta más detallado. Fuera de ello, sus conclusiones estratégicas generales son bastante similares. Una vez más, nos invita a distinguir entre la defensa absoluta y relativa. Al igual que las montañas, los ríos pueden reforzar una defensa limitada; «pero su característica peculiar es que se comportan como una herramienta fabricada con un material duro y quebradizo: tan pronto aguantan el más duro golpe sin sufrir mella, como se hace añicos su capacidad defensiva desapareciendo completamente». Los ejemplos históricos de una defensa victoriosa de ríos, añade, son realmente raros.

Cita tres factores determinantes: a) la anchura del río, b) los medios disponibles para cruzarlo, y c) la fortaleza de la fuerza defensora. La fortaleza global del atacante, dice, «no es relevante en este momento», porque obviamente al principio puede hacer cruzar sólo parte de su fuerza y la cuestión depende de si el defensor es lo bastante fuerte para aniquilar esta parte antes de que logren una superioridad local. En este caso el factor más importante es que resulta poco útil la concentración de una gran fuerza para defender un tramo del río relativamente corto; «cualquier defensa directa de un río debe alargarse hasta hacerla equivalente a una especie de sistema de cordón». Un esfuerzo así puede absorber grandes fuerzas. Tras considerar el problema con cierta profundidad, concluye que «la defensa directa de un río sólo es adecuada en los ríos más grandes de Europa y únicamente en la mitad inferior de su curso». Por otro lado, como en el caso de las montañas, un ejército que avanza está en desventaja cuando tiene un río ancho en su retaguardia, ya que sus líneas de comunicaciones y de retirada pueden quedar reducidos a uno o unos pocos puntos de cruce.

En la Segunda Guerra Mundial no hay constancia de que un río formara una barrera significativa para ninguna fuerza invasora, exactamente por las razones que expone Clausewitz. En

cambio, el Canal de la Mancha sirvió muy bien a los británicos durante cuatro largos años, al carecer los alemanes del poder y los medios para cruzarlo. Por su parte, los británicos y sus aliados americanos lo cruzaron al final, de forma que la defensa alemana de la costa del Canal y el fracaso consiguiente pueden ser descritos estratégicamente en idénticos términos a los que Clausewitz emplea para el cruce de los ríos. Los alemanes desplegaron su defensa a lo largo de todo el Canal, lo que significaba que no eran lo bastante fuertes en la zona para destruir las fuerzas que los aliados comenzaron a situar en zonas elegidas de la costa de Normandía el 6 de junio de 1944.

Por considerar un caso en el otro extremo, cabe preguntarse cómo los israelíes se permitían creer que el Canal de Suez, con una anchura de tan sólo 60 metros, podía ser una barrera significativa para el cruce de las tropas egipcias a las que no pudieron contener en octubre de 1973. Se partió de una grotesca minusvaloración de las capacidades egipcias que los acontecimientos rápidamente se encargaron de demostrar que necesitaba de cierta corrección.

Libro VI, capítulos veinte a veintidós: Aquí el autor considera la defensa de zonas pantanosas y bosques y la defensa de un territorio mediante un cordón. Todas ellas tienen en común, con la defensa de montañas y ríos, el factor de pasividad y asimismo que las maniobras defensivas están sumamente localizadas; como el autor dice (capítulo veinte), «siempre hay algo insidioso y peligroso en la defensa localizada». No obstante, hay también importantes diferencias. Las zonas pantanosas son normalmente mucho más anchas que los ríos, y también mucho más difíciles de cruzar, sobre todo con equipo pesado. Por otra parte, si se erige un medio para cruzarlo, al adversario le resulta mucho más difícil de demoler que un puente sobre un río. Por último, admite Clausewitz, a primera vista de forma algo reacia, que zonas pantanosas y ciénagas «son algunas de las líneas de defensa más fuertes posibles».

Tras conceder una consideración especial y bastante importante al caso especial de los Países Bajos y sus medios de defensa por inundación (al fin y al cabo, los Países Bajos limitaban con Prusia), el autor pasa a considerar la defensa de bosques. La defensa directa de un bosque es arriesgada, por cuanto el defensor necesita, por encima de todo, poder ver. Tener un bos-

que enfrente es la peor de todas las situaciones, porque el atacante puede ver sin ser visto, pero tener un bosque en la retaguardia del defensor puede ser una baza para la retirada.

La defensa en cordón puede tener sentido cuando el objeto es resistir un ataque ligero, «ligero ya sea porque el atacante se desanima con facilidad o porque su fuerza es pequeña». Por otro lado, si «el grueso de las fuerzas destinadas a defender un país se dispusiera de forma escalonada en una larga serie de puestos defensivos contra el grueso del ejército enemigo, formando de hecho un cordón, resultaría tan absurdo que habría que investigar las circunstancias inmediatas que rodeasen y explicasen tal ocurrencia».

Lo que Clausewitz no podía predecir, como tampoco los generales europeos en la mismísima víspera de su advenimiento, era el tipo de defensa en cordón que vino a caracterizar prácticamente a toda la Primera Guerra Mundial, en especial en el frente occidental. Lo que lo motivó su aparición fueron: a) el tamaño de los ejércitos de ambos bandos, mucho mayor de los que hasta entonces habían sido movilizados, y b) el igualmente asombroso aumento del arsenal defensivo, sobre todo gracias a la ametralladora. En la Segunda Guerra Mundial la situación táctica cambió de nuevo a causa del abundante empleo de carros de combate y de aviación táctica. El enorme tamaño de los ejércitos de nuevo hizo casi inevitable cierto grado de defensa en cordón, aunque sólo durante las pausas entre los principales esfuerzos de combate con las líneas relativamente estacionarias.

Libro VI, capítulos veintitrés y veinticuatro: el breve capítulo veintitrés es casi una digresión y únicamente notable por el desprecio con que Clausewitz pone al descubierto la hipocresía de sus colegas. En este caso, la expresión controvertida es «llave del país» o punto clave, que califica de «sortilegio» y cuyo significado se remite a «obviamente [...] algo misterioso, situado más allá de los límites del entendimiento convencional y que requiere el poder mágico de las ciencias ocultas». Además, apunta ejemplos en los que el concepto fue el causante de algún movimiento sin sentido. «Normalmente la verdadera llave del país o punto clave del enemigo», dice, «es su ejército». Aunque admite alguna justificación del uso del término para señalar «un área que es preciso dominar antes de arriesgarse a avanzar en territorio enemigo», prefiere rechazar el concepto totalmente.

El extenso capítulo que sigue trata del problema de la defensa estratégica mediante operaciones contra el flanco de un ejército invasor. El tema se expone de una manera más convincente al considerar la campaña a la que Clausewitz se remite inmediatamente: la marcha de Napoleón sobre Moscú en 1812; campaña que, a parte de la experiencia personal del autor, suscita las cuestiones muy importantes. ¿Cómo se explica que Napoleón pudiera llevar tan gigantesco ejército 1.000 km adentro en un país hostil, avanzando en un frente estrecho, confiando en que esta línea de comunicaciones no se vería seriamente amenazada? Y en efecto no lo fue, al menos durante su avance. Las fuerzas que asignó a la protección de estas comunicaciones mientras avanzaba no fueron grandes (como ya hemos visto en un capítulo anterior), sino bastante menores que el número de pérdidas sufridas simplemente en rezagados (véase capítulo doce del libro V).

Clausewitz parece tener dificultades para explicarse la cuestión por razones distintas de la experiencia. Incluso al plantear un caso de que un ejército superior intente operaciones de flanco contra su adversario, dice «parecería normal que éste tienda a proteger su retaguardia [...] Sería cierto si la guerra fuese tan predecible en la práctica como sobre el papel». Desde luego obviamente no lo es, pero, ¿por qué no en esta cuestión concreta?

En primer lugar, nos dice, «las fuerzas que se envían para operar contra la retaguardia y el flanco del enemigo dejan de estar disponibles para utilizarlas contra su frente». En el caso habitual de que el defensor no goce de superioridad, como no la tuvo Kutuzov al replegarse ante Napoleón, esta es una consideración vital. Asimismo, caer sobre las comunicaciones del enemigo no es más que un éxito aislado. ¿A qué hay que atacar y con qué finalidad? Además, es algo que carece de inteligencia y «una partida enviada más allá del ala del enemigo para atacar su retaguardia es como un hombre en una habitación oscura con una banda de enemigos».

Todo esto se refiere al enemigo que avanza con potencia. Sin embargo, cuando éste carece de propósitos o de capacidad para avanzar más (como le sucedió a Napoleón cuando llegó a Moscú), la situación cambia. «Si el enemigo no puede seguir avanzando por alguna razón ajena a nuestra defensa (no importa cuál sea esa razón) ya no tendremos por qué seguir preocupándonos por el debilitamiento que para nuestras fuerzas supone enviar importantes destacamentos. Incluso si el enemigo espera

liquidarnos mediante el lanzamiento de un ataque, podemos simplemente ceder terreno y rehuir el combate», como hizo el ejército principal ruso delante de Moscú.

Clausewitz distingue claramente entre dificultar las comunicaciones del enemigo, sobre todo un convoy o un correo ocasional, y cortar su línea de retirada. Lo primero no puede significar mucho cuando el enemigo avanza potentemente. Lo segundo no puede significar tampoco mucho cuando no tiene la intención de retirarse. Pero cuando ha pensado seriamente en retirarse o está de hecho emprendiendo una retirada, la situación cambia completamente. Entonces el miedo a quedar cortado, reforzado por los ataques y la falta de abastecimientos, puede llevar a la desesperación o al pánico.

Así, las operaciones de flanco en la defensiva son más útiles hacia el final de la campaña, «cuando el ataque ha agotado su fuerza» y están acompañadas de un levantamiento de partisanos (lo que Clausewitz denomina «insurrección»). Este último no significa prescindir de un ejército al que no pertenecen los partisanos.

Cabe preguntarse cómo ha cambiado la situación en la actualidad. Los ataques sobre la retaguardia del enemigo son, sobre todo, aéreos, y en ciertos casos partisanos y sigue siendo verdad que, a menos que se hagan en combinación con una actividad importante en el frente de combate, los ataques de «interdicción» o aislamiento consiguen poco. Las fuerzas terrestres normalmente avanzan hoy en frentes mucho más amplios que en la época de Clausewitz y el ataque a los flancos o a la retaguardia tendrá, por tanto, que venir de fuerzas diferentes que las que están enfrentados como ocurrió en 1914 en el caso de la guarnición de Gallieni en París y el desembarco de Inchon de MacArthur en 1950. Sin embargo, tales casos son raros.

Cuando bajo Hitler los alemanes invadieron la Unión Soviética en junio de 1941, en lo que parecía una invitación a la repetición del desastre de Napoleón de 1812, atacaron poderosamente sobre un amplio frente y el sorprendido ejército rojo, al presentar batalla cerca de las fronteras, sufrió tremendas pérdidas en prisioneros y bajas. También los alemanes infligieron un tratamiento feroz a la población de los territorios conquistados con objeto de minimizar, por medio del terror, las actividades partisanas contra sus comunicaciones. Aunque al final la operación se reveló como excesiva para los alemanes y el resultado

fue un desastre comparable al de Napoleón, tardó casi tres años, en vez de sólo unos meses, en producirse el desenlace. Y salvo en caso de operaciones envolventes locales, la retaguardia alemana nunca se vio amenazada de manera significativa.

Una ruptura en un frente estrecho, como el que el ejército alemán abrió contra los franceses en el bosque de las Ardenas en mayo de 1940, es en principio vulnerable al ataque en los flancos, pero el ejército francés carecía de movilidad, de fuerzas de reserva y, por todo ello, de espíritu para contraatacar con eficacia. En cambio, cuando los alemanes hicieron lo mismo casi en la misma zona contra el ejército americano en diciembre de 1944, los americanos y los británicos tenían poder para atacar decisivamente sobre los flancos del largo saliente alemán, sobre todo cuando finalmente el tiempo aclaró y pudieron iniciarse severísimos ataques aéreos. El rápido hundimiento de la ofensiva alemana puso de manifiesto que su objetivo quedaba bastante más allá de sus medios.

Libro VI, capítulo veinticinco: En este importante capítulo, sobre «La retirada hacia el interior del país», analiza Clausewitz en términos un tanto generalizadores la campaña defensiva rusa de 1812, de la cual extrae la mayoría de sus ejemplos. La defensa rusa, no planeada de antemano como tal, adoptó la forma «que destruye al enemigo no tanto por la espada como por sus propios esfuerzos». Se aprovechó del principio de que la fortaleza del atacante disminuye a medida que éste avanza, facilitado por la retirada del defensor que invita y obliga a que el avance sea bastante profundo. A este respecto es importante que la retirada del defensor no suceda a una severa derrota en una batalla, porque entonces es probablemente más costosa para él que para el invasor, lo cual significa que no se debe aceptar la batalla prematuramente. Los rusos cometieron este error en 1812 no porque no se supiera de antemano, sino simplemente porque los franceses eran abrumadoramente superiores en la primera fase de su avance.

Las fuerzas en retirada se apropian de los recursos locales en su movimiento, utilizando los puentes pero los destruyen a su paso y llevan a cabo generalmente lo que desde entonces ha sido conocido como política de «tierra quemada». Dependiendo de las diferencias iniciales de fuerza y de varios otros factores, el defensor puede en última instancia presentar batalla con unas

perspectivas de éxito mucho mejores. «De hecho, la situación del invasor al final de su marcha es con frecuencia tal que incluso una victoria puede obligarlo a retirarse», si ha agotado las reservas que no puede reponer.

Hay dos inconvenientes principales en este tipo de defensa. El primero consiste en que se abandona el país al invasor, dependiendo la importancia de esta pérdida de lo rica y poblada que sea la parte temporalmente cedida. Sin embargo, el aspecto básico es que «el objeto de la defensa no puede ser evitar pérdidas al país; el objeto debe ser una paz favorable». El segundo inconveniente, y por lo general más importante, es psicológico. Normalmente no cabe esperar que el ejército y la población sepan «distinguir la diferencia entre una retirada planificada y un paso atrás mal dado; y aún menos pueden distinguir si un plan es inteligente y está basado en la esperanza de posibles ventajas o si es simplemente consecuencia del miedo al enemigo». Hay, pues, consideraciones inevitables de orgullo nacional y de honor que requieren «que un enemigo que viola una frontera pague su ofensa con sangre». Tales consideraciones llevaron a los rusos a aceptar batalla en Borodino en vez de rendir Moscú sin combatir, aunque por entonces su inferioridad no era tanta. Así, el mayor problema del comandante en una retirada prolongada consiste en mantener no sólo la moral de la fuerza que se retira, sino también el apoyo del pueblo y quizás también del Gobierno.

Una invasión de un gran país requiere no sólo superioridad numérica sobre el defensor, sino también una fuerza mayor en números absolutos («Es posible marchar sobre Moscú con 500.000 hombres, pero nunca con 50.000») y esto acrecienta el efecto debilitador que una larga marcha impone al invasor. La masa más poderosa se mueve con más lentitud y así pierde la oportunidad de adelantar y destruir al ejército que se retira; los problemas de suministro y alojamiento aumentan, y las pérdidas son proporcionalmente mayores a medida que crece la distancia cubierta.

Clausewitz también considera de manera larga y tendida el grado en que el ejército que se retira puede determinar la dirección del movimiento del invasor, constituyéndose en cebo y amenaza, y concluye que depende mucho de circunstancias específicas.

¿En qué medida la situación de nuestra época es distinta de la que Clausewitz observó en 1812? Carros de combate, cañones

y vehículos motorizados de toda clase significan, por supuesto, una diferencia enorme, sobre todo en la velocidad de penetración de una fuerza invasora, lo mismo que los aviones y las comunicaciones por radio. Pero existen costes compensatorios en las enormes exigencias de suministros, en especial del combustible líquido que todo lo mueve. En franco contraste con el lento y pesado movimiento del ejército alemán en agosto de 1914 en su malogrado esfuerzo por ejecutar el Plan Schlieffen, el impetuoso y triunfal avance contra los franceses en la primavera de 1940 fue todo lo contrario, mientras que el ataque a gran escala contra los rusos un año después fracasó a la larga, como hemos visto, a pesar de los espectaculares éxitos del comienzo, que ocasionaron terribles pérdidas a los rusos. Hacia noviembre de 1941, el ejército alemán había profundizado en Rusia sobre un amplio frente, pero ya jadeaba desesperadamente al final de sus largas líneas de abastecimiento, mientras que los rusos llevaban tropas de refresco desde Siberia y comenzaban a obtener éxitos locales. Durante el verano siguiente, los alemanes lanzaron una nueva fuerte ofensiva, en especial en el sur, pero tras unos meses preocupantes para los rusos y sus aliados occidentales, no lograron alcanzar sus objetivos principales. Antes de que finalizara el año de 1942, su VI Ejército estaba rodeado en Stalingrado y el desastre era inminente. Clausewitz fue reivindicado por los sucesos de 1941-1944 en una medida que apenas él mismo podría haber soñado, aunque los rusos habrían actuado mejor si hubiesen seguido sus advertencias implícitas contra la defensa rígida en las fronteras. Lecciones similares se produjeron en otras áreas durante la más extensa de todas las guerras y, en una escala mucho menor, en la Guerra de Corea de 1950-1953 y de nuevo en la Guerra de Vietnam.

Podría señalarse también que la mayor parte de lo que se supone característico y original de las teorías estratégicas de Mao Tsetung, que tanta importancia dio al concepto de «guerra prolongada», constituye de hecho un sondeo del principio de la defensiva estratégica muy cercano al de Clausewitz. Ciertamente es posible que Mao obtuviera sus ideas, que le permitieron derrotar a las más numerosas y mucho mejor equipadas fuerzas de Chiang Kai-shek, de la lectura del antiguo estratega chino Sun Tzu (del cual hay, en efecto, mucho que aprender) y no del propio Clausewitz. O que desarrollara sus ideas simplemente sobre la base de su acentuado sentido común. Y es que no re-

quiere una profunda perspicacia estratégica comprender lo útil y fuerte que es la defensiva estratégica en circunstancias apropiadas. Por contra, es precisa una especie de perversa doctrina para ridiculizar, por principio, a las teorías defensivas.

Libro VI, capítulo veintiséis: En este capítulo, «El pueblo en armas», Clausewitz trata de un fenómeno nuevo para la Europa de su tiempo, resultante no tanto de la Revolución Francesa como de las guerras napoleónicas. Irrelevantes para estos fines son las objeciones que otros exponen sobre el levantamiento de partisanos, en cuanto «anarquía legalizada que supone una amenaza no sólo para el enemigo, sino también para el orden social», por cuanto él está interesado en su valor militar.

Por su propia naturaleza, la resistencia dispersa de las bandas de guerrilleros «no dará lugar a grandes acciones muy concentradas en el tiempo y en el espacio». Sin embargo, con tiempo suficiente y una amplia exposición del enemigo a sus efectos, «hace que los cimientos básicos de las fuerzas enemigas se consuman lentamente». Por sí misma, la insurrección general no hará mucho, pero dentro del marco de una guerra llevada a cabo por un ejército regular, «sus efectos pueden ser críticos».

Clausewitz establece así cinco condiciones en las que un levantamiento general puede ser eficaz, correspondiendo todas ellas a las que se dieron en la Guerra de la Independencia española, que por alguna razón no menciona. A pesar de la novedad de ésta en su época y, por la carencia general de experiencia, Clausewitz traza claramente su carácter y fija sus requisitos. «No es mucho lo que se pierde si una unidad de insurgentes es derrotada y dispersada, para eso está. Pero no debería permitirse que se hiciera pedazos como consecuencia de que demasiados hombres pereciesen, resultasen heridos o fuesen tomados prisioneros: derrotas así enfriarían pronto su ardor. Con todo, reconoce que se trata tan sólo de una búsqueda ciega de la verdad. Esta clase de guerra es nueva y «los que han tenido oportunidad de observarla durante cierto tiempo no han informado suficientemente sobre ella». Esta última afirmación indica que los levantamientos populares desempeñaron un escaso papel en las campañas en las que él estuvo presente, incluida la de Rusia de 1812, que fue, entre otras cosas, demasiado breve.

Hacia el final del capítulo, el autor aborda una nueva cuestión, aunque vincula su examen al recurso a la milicia local tras

perder una batalla decisiva. «Incluso después de una derrota», dice, «existe la posibilidad de provocar un giro en los acontecimientos desarrollando nuevas fuentes de fuerza interna o por el desgaste que todas las ofensivas sufren a largo plazo o por medio de la ayuda exterior. Siempre habrá tiempo para morir». Y más adelante: «No importa lo pequeño y débil que un Estado pueda ser en comparación con su enemigo. No se debe renunciar a estos últimos esfuerzos o habría que llegar a la conclusión de que su alma está muerta». A este respecto, cabe pensar en los Países Bajos, Bélgica y Noruega durante la Segunda Guerra Mundial y en el ejemplo opuesto de una Francia que quizás se entregó demasiado fácilmente. Pero también se puede pensar en la Francia de 1870-1871, que tras la decisiva derrota de Sedán, sólo seis semanas después del estallido de la guerra, siguió luchando sobre todo gracias al incremento de levadas masivas, hasta la capitulación de París algunos meses más tarde. Determinar cuándo una resistencia desesperada es la última salida o, por el contrario, un inútil despilfarro de vidas es una cuestión que no está amparada por ninguna fórmula (ni siquiera las de Clausewitz).

Libro VI, capítulos veintisiete a treinta: En esta larga parte, en que los cuatro capítulos tratan de un único tema (la defensa de un teatro de operaciones), Clausewitz no está demasiado inspirado. En parte se debe a la redacción que en ocasiones raya en lo oscuro y a veces en lo tedioso; pero sobre todo tiene que ver con que ya se ha ocupado de los aspectos principales en los capítulos precedentes, dejando para éste el examen de algunos otros aspectos que también merecen ser contemplados.

Al comienzo el autor reitera algo que ya ha establecido: que siempre es más importante conservar las fuerzas armadas propias y destruir las del enemigo, que conservar el territorio. Aunque la pérdida de territorio a la larga debilitará las capacidades propias, esto no sucederá «dentro de la fase decisiva de la guerra». Sin embargo, las fuerzas enemigas no siempre se presentarán de una manera que sea posible asestarles un único golpe decisivo. En primer lugar, los invasores pueden representar a una coalición de enemigos que invade desde direcciones muy diferentes. Está muy bien argüir la concentración de las fuerzas propias y el ataque a las fuerzas adversarias a su vez, pero esto no siempre puede cumplirse. Uno puede verse obligado a dividir

sus fuerzas. Entonces son otros los problemas, aunque el adversario no sea múltiple sino singular. Puede, por ejemplo, rehusar avanzar sobre la posición propia inmejorablemente elegida y bien preparada, optando, en cambio, por evitar a las fuerzas por un objetivo diferente. O puede obligar de otras formas al defensor a asumir la ofensiva táctica a pesar de su preferencia por una batalla defensiva.

Clausewitz, algo inusitadamente, revisa una larga lista de posibilidades, ofreciendo para cada una algunas sugerencias acerca del modo de abordarlas.

Una vez más, demuestra aquí su rechazo a dejar que su juicio sea maniatado por cualesquiera fórmulas, por meritorias que pueden ser vistas como proposiciones generales. Desgraciadamente sus ejemplos históricos, frecuentemente extraídos de las campañas de Federico el Grande, no ayudarán mucho al lector moderno sobre algunos de los puntos que trata. En épocas recientes hemos asistido a varios casos en los que el comandante en jefe se ha sentido forzado a rechazar el ideal simplista con objeto de proteger territorios. Von Moltke el Joven, por ejemplo, fue casi universalmente condenado por «desvirtuar» el Plan Schlieffen fortaleciendo la parte sur de la línea frente a Francia y también por tomar medidas para impedir una excesiva penetración de los rusos en la Prusia oriental. Pero sus razones no eran frívolas y habría que examinar cuidadosamente y en detalle sus decisiones a la luz de las circunstancias del momento para determinar en qué estaba equivocado. Éste, al menos, sería el enfoque de Clausewitz. De forma similar, en la Segunda Guerra Mundial, tras Pearl Harbour, Roosevelt y Churchill decidieron correctamente que debían concentrarse primero en derrotar a Alemania, pero que esto no significaba que pudieran dejar avanzar a los japoneses en el Pacífico y en el Este y Sureste de Asia sin oposición. La fórmula de la «concentración de fuerza» puede representar el ideal, pero no necesariamente lo que es factible o invariablemente correcto.

LIBRO VII: EL ATAQUE

Libro VII, capítulos uno a siete: La mayoría de estos capítulos presentan un tono provisional o preliminar. No sólo se debe a su brevedad, pues algunos de los breves capítulos de otros li-

bros parecen muy acabados y, en efecto, el primer capítulo de este libro, que es también el más breve, dice en sus dos párrafos todo lo que necesita decir para enlazar el libro anterior y éste. Aparte de la insatisfactoria exposición de algunas ideas, se aprecia el carácter abreviado en que las campañas ilustrativas quedan sólo apuntadas al final del capítulo cuatro y en el capítulo siete y, por supuesto, la nota a pie de página de Marie Von Clausewitz al final del capítulo cinco subraya lo que por lo demás es simplemente intuitivo. Recordemos asimismo que en su «Nota» de 1827 el autor se refiere a los capítulos de este libro aludiendo a su carácter de borrador.

Clausewitz observa que mucho de lo que podría decirse sobre el ataque ya ha sido dicho o dado a entender en el libro anterior sobre la defensa. Sin embargo, hay algunas características especiales del ataque que no surgen directamente de la defensa. En primer lugar, al ser el contraataque una parte intrínseca de la defensa, el impulso ofensivo se sostiene por sí mismo. Aunque aparece la necesidad de defensa en la ofensiva, es sólo como un «mal necesario», primero porque el impulso ofensivo debe ser interrumpido por períodos de reposo durante los cuales la defensa toma el relevo automáticamente, y segundo porque el área que se deja en la retaguardia de las fuerzas que avanzan no está necesariamente a cubierto de un ataque y puede necesitar protección especial. En síntesis, la defensa es una carga para el ataque, «su pecado original, su enfermedad mortal».

De igual modo, así como la defensa puede llevarse a cabo por medio de elementos distintos de las fuerzas combatientes (como plazas fuertes, aprovechamiento del terreno e incluso la mayor posibilidad de conseguir aliados), el ataque por lo general sólo depende de sus fuerzas combatientes.

El capítulo cuatro, «La fuerza menguante del ataque» ya ha sido contemplado en el libro anterior, aunque aquí el autor expone siete formas en las que la potencia global de la fuerza invasora puede ser reducida mientras avanza. El capítulo cinco, «El punto culminante del ataque» tan sólo plantea un tema que será tratado con más profundidad después. En cambio, el capítulo seis, «La destrucción de las fuerzas del enemigo», aunque también breve y provisional, presenta algunas ideas que resultan nuevas e interesantes. Repitiendo su fórmula de que la destrucción de las fuerzas del enemigo es el objetivo militar, Clausewitz hace una pregunta: ¿qué entendemos por «destrucción de las

fuerzas del enemigo»? Y, ¿a qué precio? No parece que estas cuestiones llamen la atención hasta que uno observa que pocos autores sobre estrategia han pensado en formularlas y menos en intentar responderlas. Clausewitz cita cuatro formas totalmente diferentes de considerar la cuestión de la «destrucción de las fuerzas del enemigo», mencionando algunas vías indirectas para alcanzar esta meta, como apoderarse de una franja de territorio o una plaza fuerte enemiga. Reconoce que estas vías indirectas son, por lo general, sobrevaloradas, que son tentadoras sólo por su coste tan bajo, pero añade significativamente que «sin duda son preferibles a batallas sin sentido». Por «sin sentido» entiende claramente batallas no decisivas pero costosas. ¿Qué es más obvio que la necesidad de considerar un precio en la persecución de alguna ganancia, sea estratégica o de otro tipo? Sin embargo, su constante disposición a hacerlo no es la menor de las cualidades que distinguen a Clausewitz de prácticamente los demás autores en este campo.

El capítulo siete, «La batalla ofensiva» presenta un aspecto verdaderamente nuevo y útil: el hecho de que «una peculiaridad que se presenta en la mayor parte de las batallas ofensivas es la duda sobre la posición del enemigo», lo cual hace aún más necesario concentrar las fuerzas propias. Por esta razón, exhorta a tratar de flanquear más que a envolver al enemigo. Nada dice sobre la viabilidad de flanquear a un enemigo cuya posición no está establecida y que presumiblemente ha tomado precauciones contra el flanqueo, si bien esto al menos indica el desagrado de Clausewitz por el ataque frontal.

Libro VII, capítulos ocho a veinte: En estos capítulos, el tono resulta algo menos provisional pero sigue siendo superficial y dominado por la apreciación del autor de que, si este libro no es sino el anverso del precedente, la mayoría de lo que debería decirse ya ha sido dicho en los capítulos correspondientes sobre la defensa. Con todo, aunque no desea repetirse en exceso parece menos preocupado por aparecer en ocasiones incoherente.

Así, en el capítulo ocho, «El paso de ríos», cabría pensar que ha olvidado su baja valoración previa de los ríos de cara a la defensa estratégica. Su primera frase reza: «Un río importante que atravesase la línea de ataque supone un gran inconveniente para el atacante». La incoherencia, sin embargo, es superficial. En este momento está hablando más en el plano de la táctica

que de la estrategia y ha de recordarse que Clausewitz no siempre se cuida de dejar claro en cuál de estos niveles está en cada momento. Más adelante dice que el río defendido en realidad favorecerá al atacante «si el defensor comete el error de jugarse todo su futuro en esta defensa». Así, después de todo, no hay gran incoherencia. Asimismo, de nuevo Clausewitz habla, si bien algo indirectamente, de una razonable medida o proporción. Así, aunque «el paso de ríos como tal, rara vez presenta importantes dificultades», el atacante es probable que tenga «dudas» sobre ello, «salvo que esté en juego un resultado importante». En el libro anterior había hablado de la anchura del río y de los medios existentes para cruzarlo como factores importantes a considerar; ahora también se refiere a la cuestión de la que se trata, que es asimismo una variable. No se deben asumir grandes riesgos para fines modestos.

En los capítulos nueve y diez, el autor manifiesta una vez más su profunda aversión por atacar a un enemigo capaz que está en una posición defensiva fuerte o en un campo atrincherado. No sólo la razón, dice, sino «cientos, incluso miles de ejemplos demuestran que un atrincheramiento bien preparado, bien guarnecido y bien defendido debe ser considerado, en general, como inexpugnable». Los «miles» son, desde luego, una exageración inusual en Clausewitz, aunque muestra lo fuertes que eran sus opiniones en esta cuestión. ¡Y eso a la vista de los armamentos de su época, con unos mosquetes que se cargaban por la boca y que resultaban tan lentos de recargar! Los generales de la Primera Guerra Mundial bien podían haber adoptado algo de esta cautela.

Como en el capítulo ocho, el capítulo once, «El ataque en zona montañosa», es un suplemento del capítulo correspondiente del libro VI, habiendo incluso menos motivo para hablar aquí de incoherencia. El capítulo doce, «El ataque a cordones» es tan superficial como breve, siendo el siguiente capítulo, «La maniobra», de mayor interés. El estudioso moderno lee y oye tanto sobre los ejércitos (y flotas) del siglo XVIII maniobrando uno en presencia del otro (siendo la maniobra una manifiesta sustitución del combate o, al menos, un aplazamiento) que no puede evitar preguntarse cómo era en realidad. En gran medida ese comportamiento era una derivación del cortísimo alcance del armamento que se utilizaba, de modo que las fuerzas hostiles podían estar a la vista la una de la otra y no hallarse totalmente

comprometidas en la batalla. El combate requeriría por parte de un bando u otro la voluntad de atacar, que hiciera posible esperar el logro de alguna ventaja clara. Así, en 1812 Wellington y el mariscal Marmont maniobraron durante tres semanas ante Salamanca, a la vista el uno del otro, antes de que Wellington viera la ocasión de pasar al ataque. Las fuerzas modernas también maniobran en busca de ventaja, pero un adversario a la vista estará dentro de su alcance y así disparará y buscará cobertura. Clausewitz señala cinco posibles objetivos de la maniobra, si bien concluye que no puede haber reglas de ningún tipo que rijan el valor de la acción, aparte de la posesión de las mismas cualidades superiores que generalmente determinan el desenlace de una batalla.

El capítulo catorce, «Ataque a zonas pantanosas, áreas inundadas y bosques», no añade prácticamente nada a lo ya tratado con el mismo título en el libro anterior. Lo mismo podría decirse de los dos capítulos que siguen, relativos al ataque en un teatro de operaciones, hecha la salvedad de que encontramos algún que otro comentario que merece especial atención. Así, en el capítulo quince el autor se refiere nuevamente a la ventaja que un ejército obtiene de saberse en el bando atacante, pero ahora resulta más explícito al calificar la ventaja como «modesta» y normalmente «muy sobrestimada». «Es efímera o no resistirá la prueba de un problema grave». Ya hemos apuntado (en el capítulo tres del libro VI) cómo estas opiniones contrastan con las de románticos como Foch. Hay asimismo un párrafo algo confuso sobre si el atacante debe alguna vez dividir sus fuerzas cuando se inclina por lograr un resultado importante; lo que al principio parece un severo mandato en su contra, en unas pocas líneas se convierte en una licencia para hacerlo en determinadas circunstancias, sobre todo cuando las fuerzas del enemigo también se hallan divididas. Es una lástima que Clausewitz no dedique más espacio a esta cuestión, en la que hay tanta rigidez. Asimismo nos enteramos de que en su época un gran ejército siempre avanzaba en un frente de una amplitud de al menos un día de marcha, de forma que, si sus líneas de comunicaciones y retirada no se desviaban demasiado de la perpendicular, el propio frente normalmente proporcionaría toda la cobertura necesaria a estas líneas (aspecto que completa y aclara la exposición similar que se encuentra en el capítulo veinticuatro del libro VI). Más importantes para los tiempos moder-

nos son las afirmaciones del último párrafo, de nuevo referidas a la protección de la retaguardia del atacante: «Si todo está subordinado a la búsqueda de un resultado importante e inminente, el defensor tendrá poco margen para operaciones secundarias y, por tanto, el atacante normalmente no correrá un gran peligro. Pero una vez que el avance ha concluido y el atacante pasa progresivamente a la defensiva, la protección de la retaguardia adquiere una mayor urgencia e importancia». Cualesquiera que fueran las campañas en las que Clausewitz estuviera pensando al escribir estas dos sentencias, son igualmente aplicables a las campañas de la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo dieciséis es interesante por exponer los objetivos (o la falta de ellos) que en su tiempo podían subyacer en la toma temporal de una franja de territorio o una plaza fuerte. Podía actuarse así para disponer de una pieza de negociación en unas conversaciones de paz, pero también por gloria y honor, para obtener trofeos «y, en ocasiones, tan sólo para satisfacer la ambición de un general». A veces se trata sólo de una especie de combate simulado: «¡Después de todo, como atacante se está obligado a hacer algo!» De nuevo la diferencia entre su época y la nuestra a este respecto es sobre todo una cuestión de grado.

El capítulo dieciocho, «El ataque a convoyes», también completa y ayuda a aclarar el enigma al que se refiere en el examen del capítulo veinticuatro del libro VI. Los convoyes que transportan suministros para un ejército que penetra profundamente en un territorio hostil parecen muy vulnerables, en especial por cuanto sus escoltas parecen ofrecer escasa protección. Pero, advierte Clausewitz, por lo general es la situación estratégica, no la táctica, lo que les protege.

El capítulo diecinueve, «El ataque a un ejército enemigo acantonado», está absolutamente obsoleto en la medida en que pueda ser aplicado a fuerzas importantes, y al parecer ya era así en la época de Clausewitz, puesto que los únicos ejemplos de éxito que ofrece provienen de generaciones anteriores. Resulta curioso que dedique tantas páginas a este tema y tan relativamente pocas al del siguiente capítulo, «Las maniobras de diversión», de aplicación perenne. Una diversión victoriosa, dice, debe provocar que el enemigo use más fuerza para hacerla frente que la que emplea uno mismo, y debe, por ello, ser claramente beneficiosa para el objetivo principal. Sin embargo, el término puede ampliarse para incluir los ataques en los que, por el mo-

mento, no se contempla en otra parte ningún esfuerzo importante, en cuyo caso no se trata simplemente de una finta, sino más bien de una operación limitada y de hostigamiento en la periferia del poder enemigo, en lugar de otra más grande dirigida a un resultado decisivo. Para ambos significados del término podemos hallar ejemplos en todas las guerras importantes, incluyendo, por supuesto, la Segunda Guerra Mundial.

Libro VII, capítulo veintidós: Este capítulo merece consideración por sí mismo. Tras una larga serie de capítulos obsoletos, abreviados o por decirlo de otra forma poco satisfactorios, llegamos al final a uno que tiene una importancia básica y con el cual se cierra este libro. Clausewitz ya se ha referido a él de antemano y su tema central es lo que denomina «el punto culminante de la victoria». Hay veces en las que un ejército invasor se hace más fuerte mientras avanza, pero por lo general ocurre al revés por las razones que Clausewitz nuevamente traza, aun cuando ya haya hecho hincapié en ellas en algunos capítulos anteriores, especialmente en el libro V. En realidad se advierten algunas incoherencias significativas entre éste y los anteriores capítulos relacionados, sobre todo en lo que dice sobre las grandes necesidades del ejército invasor de proteger su retaguardia y flancos y en lo que omite decir aquí, aunque lo haya dicho anteriormente, respecto a las pérdidas debidas al cansancio y la enfermedad (véase en especial el capítulo doce del libro V).

De todas formas, a menos que una ofensiva lleve al derrumbamiento del defensor, habrá un «punto culminante» en el que el atacante empieza a perder la superioridad efectiva. Seguir más allá de este punto sin contar con una buena posibilidad de una inminente solución favorable es peligroso. Así, «cada ataque que no lleve a la paz debe acabar necesariamente en defensa». Asimismo, es posible estar en una posición defensiva comprometida. Y son normalmente los generales de gran valor y espíritu emprendedor, por lo general dignos de todo prestigio, quienes rebasarán los límites.

Clausewitz dice de Napoleón que fue quien revolucionó la guerra al llevar sus ofensivas hasta la victoria completa, pero se abstiene de mencionar la marcha sobre Moscú de 1812, que podría estar en la mente del lector como ejemplo principal de «espíritu emprendedor» llevado demasiado lejos. Al parecer, Clausewitz no lo ve así. Como señalará en el último capítulo del libro

VIII, la invasión de Rusia por Napoleón fue inevitablemente una obligación de marchar hacia Moscú (a menos que el Zar le hubiera hecho el favor de aceptar la batalla cerca de la frontera, lo cual era totalmente improbable en vista de la abrumadora superioridad de Napoleón en ese momento). Como veremos en dicho último capítulo, el autor atribuye el desastre de Napoleón no a haber ido más allá del «punto culminante», sino a algunos errores de cálculo básicos.

No queda claro qué campañas modernas aceptaría Clausewitz como ilustrativas de la teoría que aquí expone. ¿Incluiría los ataques japoneses en el Pacífico occidental y en el sureste de Asia iniciados en diciembre de 1941? Japón estaba decidido a llegar a los límites de sus capacidades antes de que se produjera un resultado decisivo en contra de su principal adversario, y su estrategia estaba, por lo tanto, equivocada en su concepción básica (como el almirante Isoroku Yamamoto intentó hacer ver a sus colegas antes de que se precipitaran). De manera similar, el intento alemán de conquistar la Unión Soviética iniciado en 1941 se demostró intrínsecamente más allá de las capacidades alemanas y así la línea de máximo avance apenas fue un «punto culminante de la victoria» al estar el Gobierno soviético claramente resuelto, como lo estuvo Alejandro I, a no negociar la paz.

Aunque el principio que describe Clausewitz en este capítulo es hoy indudablemente válido, su aplicación puede verse afectada por algunas importantes diferencias en la forma en que los ejércitos operan. En su tiempo, la infantería se movía exclusivamente a pie y en las largas marchas forzadas las principales pérdidas se debían a los rezagados que abandonaban por agotamiento y enfermedad. El ejército en movimiento vivía principalmente sobre el terreno y el tren de impedimenta que le acompañaba sólo necesitaba transportar unos pocos días de víveres suplementarios además de suficientes municiones para que no quedara desarmado en una batalla importante. Así, el problema del abastecimiento, aunque desde luego no insignificante, no era la causa principal del continuo descenso de la efectividad de combate cuando el ejército avanzaba. Hoy, el problema del cansancio estaría muy disminuido a causa de la abundancia de vehículos motorizados, pero en contrapartida el problema del abastecimiento se vería aumentado. Un ejército en rápido movimiento podría sobrepasar temporalmente sus suministros, so-

bre todo de combustible, y su capacidad para recobrar su impulso dependería en alto grado de su capacidad logística total y de la vulnerabilidad de esta capacidad al ataque enemigo desde el aire y de otras formas.

Eisenhower fue muy criticado por detener su precipitada carrera hacia el Este a finales del verano de 1944, ante el temor de que sus carros se quedaran sin combustible y la pausa permitió reagruparse a los alemanes en retirada y desorganizados, y restablecer su línea de batalla. Pero cuando los alemanes contraatacaron en las Ardenas en diciembre de ese año, sus carros se quedaron sin combustible, convirtiéndose en blancos facilísimos para el poder aéreo aliado. Eisenhower fue a lo seguro y pagó un precio por ello, pero el precio fue un seguro contra la catástrofe. Rechazó sobrepasar su «punto culminante de la victoria» y paró para preparar la base de una nueva ofensiva que, de hecho, puso fin a la guerra.

LIBRO VIII: PLANES DE GUERRA

Libro VIII, capítulos uno y dos: Con el libro VIII volvemos al terreno del oro puro. El libro VII no estaba exactamente clamando en el desierto, sino ocupándose sobre todo de lo específico y por ello es inevitablemente obsoleto, y el propio Clausewitz parecía ansioso de pasarlo corriendo. «Volvemos ahora», dice al abrir el libro VIII, «al tema de la guerra como un todo... con lo que retomamos las ideas avanzadas en el libro I». El área crucial en el que ahora entramos, nos dice, es el punto central «en el que convergen todos los hilos», y confiesa entrar con él con cierta desconfianza. La desconfianza está justificada por la audacia del concepto, pero el autor de nuevo se mostrará totalmente a la altura del reto. Los libros precedentes también han reflejado la grandeza de su mente y nos han llevado lejos en nuestra comprensión tanto de la naturaleza de la guerra como de lo que a este respecto distingue a Clausewitz de otros autores, pero son sobre todo los libros I y VIII los que le otorgan ese lugar único que continúa ocupando y que explica por qué reclama hoy nuestra atención.

En su breve introducción vuelve a un tema ya tratado en el libro I pero que cree digno de mayor reflexión. Si no hay sustituto para el talento del comandante y si una de las huellas de

su talento es su capacidad para ver las cosas de manera sencilla, ¿por qué entonces tenemos nosotros (y él) que estudiar la teoría de la estrategia y de la guerra, que amenaza siempre con caer en una «aburrida pedantería»? De nuevo intenta ayudarnos con una respuesta: «La teoría deberá iluminar de manera uniforme todos los fenómenos, de modo que podamos reconocerlos con más facilidad y eliminar las malas hierbas que siempre nacen de la ignorancia; deberá mostrar cómo una cosa se relaciona con otra y mantener separado lo importante de lo que no lo es». Y por lo que respecta a sus efectos sobre el comandante: «La teoría no puede equipar la mente con fórmulas para resolver problemas, ni puede indicar el estrecho sendero que se supone nos lleva a la solución única, plantando un seto de principios a cada uno de sus lados. Pero puede hacer que la mente penetre en la gran masa de fenómenos y de sus relaciones para, a continuación, dejarla libre para que ascienda a las esferas más elevadas de la acción. Allí la mente puede utilizar plenamente sus talentos innatos, combinándolos para comprender lo que es correcto y verdadero como si se tratase de una sola idea formada por la presión que ejercen conjuntamente, como si fuese una respuesta al desafío inmediato más que un producto del pensamiento.»

El capítulo dos recupera la distinción entre «guerra absoluta» y «guerra real» y en su primer párrafo presenta un axioma inestimable: «Nadie empieza una guerra (para ser más exactos, nadie en su sano juicio debería hacerlo) sin tener antes claro lo que pretende lograr con esa guerra y cómo la pretende conducir». ¡Qué podría ser más simple y más obvio (y todavía tan frecuentemente ignorado)!

Así, prosigue preguntándose nuevamente por qué hay una distancia tan grande entre el concepto puro de guerra y la forma concreta que ésta adopta. Sus respuestas previas a esta cuestión, lo reconoce, sólo fueron parciales. En realidad hay una gran variedad de factores, fuerzas y situaciones en los asuntos nacionales que se ven afectados por la guerra: «La lógica se detiene en este laberinto; y esos hombres que normalmente actúan, tanto en los asuntos importantes como en los secundarios, a partir de impresiones o sentimientos particularmente dominantes y no de conformidad con una lógica estricta, rara vez son conscientes de la confusa, incoherente y ambigua situación en la que se encuentran». Algunos, incluyendo acaso al hombre que está al mando supremo, pueden ver claramente el objetivo y los re-

quisitos para lograrlo, pero la mayoría no. La energía para vencer la oposición de esta mayoría faltará con frecuencia. Así, la guerra (hasta la época de Clausewitz) había sido por lo general «algo incoherente e incompleto». Sus contemporáneos podrían haberse preguntado si alguna vez hubo una base para el concepto absoluto de guerra al que Napoleón no se hubiera podido aproximar.

La cuestión a la que ahora se enfrenta Clausewitz es: ¿será el nuevo modelo el del futuro o, como teórico, se debe contar con una vuelta a la «incoherencia» que después de todo caracterizó a la mayoría de las guerras entre Alejandro Magno y Napoleón? Como dirá en el siguiente capítulo, «[una vez que las barreras (que en cierto sentido consisten sólo en la ignorancia por parte del hombre de lo que realmente es posible) se derriban,] no es fácil levantarlas de nuevo». Por otro lado, sería presuntuoso admitir que en adelante todas las guerras serán sin restricciones. En la guerra del futuro «debemos dar cabida a la inercia natural, a toda fricción entre sus partes, a la incoherencia, imprecisión y timidez del hombre; y, por último, debemos enfrentarnos al hecho de que la guerra y sus formas son el resultado de ideas, emociones y situaciones dominantes en cada momento y, para ser sinceros, debemos admitir que la guerra siguió siendo así incluso cuando adoptó bajo Bonaparte su estado absoluto».

En general, Clausewitz demostró ser un buen profeta. Este futuro que su mente intentaba penetrar incluiría guerras que alcanzaron un grado de «totalidad» que el modelo napoleónico sólo prefiguró vagamente, pero no todas ellas serían de esta naturaleza. Como se ha dicho, los Estados Unidos salieron hace poco de una guerra en Vietnam en la que hubo todas las posibles clases y grados de incoherencia de objetivo y método.

Libro VIII, capítulo tres: Este largo capítulo no cuenta con un título conjunto, sino que son sus dos partes las que tienen sus propios títulos. La Parte A, «La interdependencia de los elementos en la guerra», nuevamente se aproxima, desde otro ángulo, a la diferencia entre la guerra absoluta y las considerables modificaciones de la misma observadas a lo largo de la historia. La guerra consiste en una multitud de interacciones y por lo general en toda una serie de combates. ¿Cuál es, entonces, la relación entre estas partes separadas? Cuanto más se aproxi-

ma la guerra a lo absoluto, más claro es que el único resultado que cuenta es la victoria final. En una guerra así, un general, en su primer movimiento, debe tener «una idea clara del objetivo sobre el que todas las líneas van a converger».

Sin embargo, en el tipo de guerras que fueron tan comunes durante el siglo XVIII y antes, las campañas y acciones separadas rara vez fueron dirigidas hacia semejante fin último. En estas guerras era «legítimo intentar conseguir pequeñas ventajas por lo que éstas suponen, sin preocuparnos del futuro». Una vez más Napoleón lo cambió todo, pero de nuevo hemos de considerar si el cambio debe aplicarse a todos los casos futuros. Clausewitz concluye que al comienzo de una guerra es necesario que «se determine su carácter y su alcance en base a probabilidades políticas», y si éstas conducen a la guerra hacia lo absoluto, resulta imperativo «no dar el primer paso sin tener en cuenta el último».

La Parte B, «Graduación del objetivo militar y del esfuerzo a realizar», se deduce directamente de la cuestión planteada en la Parte A. La guerra absoluta no sólo exigiría un propósito unificado, sino también un esfuerzo total. Sin embargo, en la actualidad vemos que toda clase de factores modifican el esfuerzo. De nuevo hemos de considerar la graduación de las exigencias políticas de cada bando y también el hecho de que los contendientes tienen características totalmente diferentes, así como diferentes grados de poder. Así, por diversos motivos, no es probable que ambos se esfuercen en el mismo grado. Un dilema surge, empero, del hecho que «en la guerra un esfuerzo demasiado pequeño puede tener como resultado no sólo un fracaso, sino un daño real». Este factor tiende a impulsar hacia el esfuerzo máximo, pero en tal caso «se perdería toda proporción entre la acción y las exigencias políticas», lo cual, obviamente, sería irracional y por ello inaceptable. Lo que entonces se requiere es la facultad de utilizar nuestro juicio para discernir los elementos más importantes y decisivos entre una enorme variedad de hechos y situaciones».

El precepto que sigue nos recuerda nuevamente el problema al que Estados Unidos se enfrentó en Vietnam: «Para saber cuántos de nuestros recursos debemos movilizar para la guerra, debemos examinar primero tanto nuestro objetivo político como el del enemigo, calibrar la fuerza y situación del Estado al que nos enfrentarnos, valorar el carácter y la capacidad de su Go-

bierno y de su pueblo, y hacer lo mismo con respecto a los nuestros. Por último, debemos evaluar las simpatías políticas de otros Estados y el efecto que la guerra puede tener sobre ellos». Clausewitz admite que una valoración rápida y correcta de todos estos factores y sus derivaciones «exige obviamente la intuición de un genio». Pero, una vez más, advierte que «la enorme y singular importancia de la guerra, aunque no aumenta la complejidad y dificultad del problema, sí aumenta el valor de la solución correcta».

Sigue entonces, en el resto del capítulo, un magistral resumen de los cambios relevantes habidos en la guerra desde los tiempos de Roma y Alejandro hasta su propia época. Clausewitz revela aquí su amplio y completo dominio de la historia política y militar. En *proeza* intelectual sobriamente condensada. Quizás su parte más expresiva sea aquella en la que describe los cambios que ocurrieron en su época, en los cuales plantea de nuevo la cuestión ¿qué significa esto de cara al futuro? El capítulo finaliza con la siguiente conclusión: «Las metas que adopta un beligerante y los recursos que emplea deben estar regidos por las características peculiares de su propia posición, pero deberán ajustarse también al espíritu de la época y a su carácter general. Por último, han de estar siempre regidos por las conclusiones generales extraídas de la propia naturaleza de la guerra».

Libro VIII, capítulos cuatro y cinco: Estos dos capítulos comparten un mismo título, «Una definición más precisa del objetivo militar», ocupándose el capítulo cuatro de lo que realmente significa «derrotar al enemigo» y el capítulo cinco de la cuestión de qué hacer cuando la derrota del enemigo parece quedar más allá de nuestros medios.

Derrotar al enemigo, dice Clausewitz, normalmente significa destruir su ejército y en lo posible ésta es siempre «la mejor forma de empezar».

Sin embargo, pueden darse circunstancias que modifiquen este sencillo axioma. «Se deben tener en cuenta las características dominantes de ambos beligerantes. A partir de estas características se desarrolla cierto centro de gravedad, el eje de todo poder y movimiento, del que todo depende. Ese es el punto contra el que deberían dirigirse todas nuestras energías». Así, apoderarse de la capital del enemigo pueden resultar más importante que destruir su ejército y si el enemigo cuenta con un aliado

fuerte, un golpe eficaz contra éste puede constituir un propósito mejor que ocuparse de la parte más débil. («Si se puede derrotar a todos los enemigos derrotando a uno de ellos, esa derrota debe constituir el objetivo principal de la guerra»).

Pero consideremos antes si es posible lograr la derrota del enemigo. Hacerlo requiere fuerzas adecuadas para obtener una victoria decisiva sobre las del enemigo y proseguir nuestra victoria «hasta el punto en que ya no es posible restablecer el equilibrio». Pero Clausewitz añade también un requisito político: «Debemos estar seguros de que nuestra posición política es lo suficientemente segura para que este éxito no nos cree nuevos enemigos que puedan obligarnos a abandonar inmediatamente nuestros esfuerzos contra nuestro primer oponente».

El autor insiste en la importancia del ímpetu. Por lo general, el tiempo tiende a favorecer al bando que ha sufrido las primeras derrotas, en parte porque su situación difícil puede alarmar a otros Estados e impulsarles a alinearse a su lado. Asimismo, en el mejor de los casos habrá poco tiempo para sacar los beneficios militares de los territorios que han sido conquistados. Así, la conquista debe ser llevada a cabo tan rápidamente como sea posible y no en fases, sino en un avance continuo.

La insistencia de Clausewitz en este último punto supone claramente una reacción contra el tipo de procedimientos sumamente preestablecidos que, de manera general, se siguieron en las épocas pre-napoleónicas y sostiene que las pausas son, probablemente, al menos tan favorables para el oponente parcialmente derrotado como para uno mismo. «Nuestra opinión es que cualquier clase de interrupción, pausa o suspensión de la actividad no es coherente con la naturaleza de la guerra ofensiva. Cuando son inevitables, hay que considerarlas como males necesarios que no hacen que el éxito sea más seguro, sino todo lo contrario».

Podríamos recordar de nuevo lo que dice sobre los ejércitos de su época. Así, en un lugar, comenta: «Dada la forma en que los ejércitos se abastecen hoy en día, necesitan más los depósitos cuando están parados que cuando están en movimiento». Su argumento tendría que ser muy modificado para aplicarlo a las guerras recientes, en las que los ejércitos que avanzan son muy dependientes de un flujo constante de abastecimientos, en especial de combustible. Como hemos visto en algunos ejemplos tomados de la Segunda Guerra Mundial, aunque una pausa en el

avance será explotada por el bando que se retira, a veces el bando a la ofensiva *se ve* obligado a actuar así por la situación del suministro o a veces por la necesidad de ampliar su frente o consolidar de otra forma su posición. Incluso la derrota de Francia en 1940 no se logró con una única embestida alemana, sino en realidad en dos fases principales. Así, la ofensiva ininterrumpida debería ser contemplada como el ideal que a veces se ve comprometido en la práctica.

El capítulo cinco, «Objetivos limitados», examina la cuestión de lo que hay que hacer si las circunstancias descartan la derrota del enemigo. El análisis parece basarse en la premisa de que debe de excluirse totalmente la opción de evitar la guerra. La elección, dice, está entre apoderarse de una parte del territorio enemigo y conservarlo, o intentar mantenerlo en nuestro poder «hasta que las cosas tomen un rumbo mejor». Pero esta última frase implica que hay razones para esperar que tal cosa suceda. En la segunda posibilidad, el futuro ofrece mejores perspectivas para el enemigo que para nosotros. En este caso, aduce Clausewitz, se debe pasar a la ofensiva, lo cual significa «sacar partido de las ventajas del momento». La tercera posibilidad, y la más habitual, «surge cuando parece que el futuro no ofrece nada en concreto a ninguno de los dos bandos y, por tanto, no proporciona ninguna razón para tomar ninguna decisión». En este caso debería pasar a la ofensiva el bando que posea la iniciativa política, lo cual equivale a decir el bando que tiene un propósito o un objetivo activo por el cual va a la guerra.

La segunda de las tres posibilidades que se acaban de mencionar se adapta al caso de Japón y a su decisión de ir a la guerra contra Estados Unidos en 1941, no porque sus dirigentes pensaran que tenían los medios para vencer, sino porque sentían que no podían permitirse esperar. El tiempo iba en su contra, sobre todo a causa del embargo americano de petróleo impuesto por el Presidente Roosevelt en 1940, que afectó directamente a las reservas de combustible de la flota japonesa. El resultado que para Japón tuvo aceptar una opción de «ahora o nunca» sugiere los peligros de esta línea de acción.

Podríamos hacer notar que Clausewitz está aquí quitándose de encima una cuestión de peso. El hecho de que el tiempo parezca estar de parte del oponente no indica por sí mismo que se le pueda derrotar ahora. Resulta interesante que Lenin, que como Engels estudió a Clausewitz, insistiera en este punto; en

sus preceptos a sus seguidores rechazaba reiteradamente la filosofía del «ahora o nunca», donde el «ahora» seguía siendo una situación desfavorable para la acción ofensiva¹¹. Clausewitz, por otra parte, adhiriéndose a la filosofía del «ahora o nunca» se desesperó cuando en 1809 su soberano, Federico Guillermo III, rehusó, a falta del apoyo ruso, ir en ayuda de Austria contra Napoleón en la campaña que finalizó con Wagram. Y cuando el rey, dos años más tarde, optó de nuevo por no combatir a Napoleón, sino por aceptar una alianza limitada con él antes de la invasión de Rusia por éste, Clausewitz explotó en una carta a un amigo: «Uno se ve obligado a emprender una operación sin posibilidades de éxito cuando es imposible hacer otra cosa». Con «imposible» probablemente quería decir «deshonroso», pero posiblemente también «perder una oportunidad». Clausewitz dejó entonces el ejército prusiano para entrar al servicio del de Rusia, conviniéndose pronto en el enemigo nominal de su propio rey. Aunque su acción personal fuera correcta a la vista de su odio hacia Napoleón, su actitud ante el Estado prusiano debió de estar teñida por un cierto romanticismo. Prusia, con su ejército reducido en los términos impuestos por la paz de 1806, no tenía la menor probabilidad de resistir a los ejércitos de Napoleón y la decisión del rey al final resultó ser la más sensata para los intereses del Estado.

Libro VIII, capítulo seis: Este importante capítulo se sitúa en el nivel heroico, al menos al examinar la Parte A, «El efecto del fin político sobre el objetivo militar», que ofrece de antemano algunas aclaraciones de lo que el autor quiere decir en la Parte B, pero que en sí misma resulta poco significativa. Por ello pasamos inmediatamente a la Parte B, con su elocuente título de «La guerra es un instrumento de la política». Volvemos aquí al argumento del gran capítulo inicial del libro I, donde por primera vez nos encontramos con la tesis de que «la guerra es una continuación de la política por otros medios». Ahora tenemos un esclarecimiento adicional del significado de esta ya famosa frase y alguna aclaración de sus ramificaciones. Por lo demás, también hemos de recordar que Clausewitz planeó un desarrollo considerablemente mayor de la idea en la revisión que se proponía efectuar.

¹¹ Sobre este particular, véase Nathan LEITES, *A Study of Bolshevism*, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1953, pp. 512-524.

Es absolutamente inadmisible, dice, la creencia común de que la guerra suspenda las relaciones políticas entre los contendientes y las sustituya por unas condiciones totalmente diferentes, regidas no por el Derecho, sino por sus propias leyes. La guerra puede tener su propia gramática, pero no su propia lógica. La lógica viene determinada por el objetivo político, y el acto de guerra simplemente sustituye al normal intercambio de notas diplomáticas. Si no fuera así, la guerra sería «algo inútil y carente de sentido».

La razón de que la guerra no avance inexorablemente hacia lo absoluto es precisamente que «no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser tratada como una parte de otro todo, que recibe el nombre de política». Ahora bien, si la guerra es una parte de la política, entonces la política debe determinar su carácter. Esto no significa que vaya a influir en los detalles operativos («las consideraciones políticas no determinan la forma en que se apuestan los centinelas o se emplean patrullas»), pero sí «a la hora de planificar la guerra, la campaña e incluso con frecuencia la batalla». Y, algo más adelante, «el arte de la guerra no puede verse en ningún caso como el preceptor de la política».

La cuestión es demasiado importante como para dejar de repetirla, y Clausewitz procura hacerlo: «Difícilmente puede concebirse que, al declararse la guerra, el punto de vista político deje por completo de contar, a menos que el odio en estado puro hiciese de todas las guerras una lucha a vida o muerte». Y de nuevo, «la política es la inteligencia que dirige y la guerra sólo el instrumento y no al contrario». El punto de vista militar siempre debe subordinarse al político.

Por supuesto que los estadistas deben comprender el lenguaje de la guerra para no usarlo de manera incorrecta. Sin embargo, si esto sucede, es la política la que está equivocada, no el hecho de que la política influya en la guerra. Pero si el dirigente político es un hombre de inteligencia sobresaliente y fortaleza de carácter, siempre puede tener la información militar que necesita «de un modo u otro». Aparentemente Clausewitz pensaba que lo contrario era improbable o, en todo caso, no conveniente.

El capítulo concluye con el recordatorio de que los enormes cambios producidos por las guerras de la era napoleónica surgieron de «las nuevas circunstancias políticas que la Revolución Francesa creó tanto en Francia como en Europa en su conjunto. Circunstancias que pusieron en movimiento nuevos

medios y nuevas fuerzas y que, de ese modo, hicieron posible un grado de energía en la guerra que de otra forma habría resultado inconcebible». Y así, «en consecuencia, la transformación del arte de la guerra fue el resultado de la transformación de la política».

Es un capítulo imponente. Clausewitz lleva a cabo su argumentación con un fervor que deriva de su convicción de que *nada* de lo que ha dicho a lo largo de toda su obra es más importante o más básico (o más probablemente ignorado) que esto. La Primera Guerra Mundial no fue evidentemente librada conforme a estos preceptos. Pero Clausewitz no negaba que la guerra pudiera llegar a ser «algo inútil y carente de sentido». Él sólo sostenía que no lo debería ser.

Libro VIII, capítulos siete y ocho: Estos dos breves capítulos, que llevan el título común de «El objetivo limitado», están muy por debajo del alto nivel establecido en el capítulo seis. En primer lugar, resultan anticuados de la misma manera en que no lo está el capítulo anterior. Parece asimismo que el autor no está muy conforme con las premisas que establece en ellos, que son básicamente dos: la premisa explícita de carecer de los medios para imponer una derrota decisiva al enemigo y la premisa implícita de no ser, sin embargo, excesivamente inferior a él. En estas condiciones aún es posible (capítulo siete) apoderarse ofensivamente de una parte del territorio enemigo reduciendo sus recursos nacionales y guardarse una baza de cara a las negociaciones de paz. La cuestión importante al respecto es si hay posibilidad de mantener el territorio durante el resto de la guerra y en caso contrario, si la ocupación temporal justificaría los costes de la ocupación. «En general», dice Clausewitz, «se suele perder más con la ocupación por parte del enemigo de nuestro territorio de lo que se obtiene conquistando el suyo, aun en el caso de que el valor de ambas áreas fuese idéntico». Y lo que es más importante, al adoptar la defensiva sobre una gran área, se cede la iniciativa sin haber intentado nunca asestar un golpe crítico al corazón del poder enemigo. Clausewitz parece, en este momento, distanciarse de su primera premisa y acaba este capítulo reafirmando lo grandioso que es estar dispuesto a aceptar grandes riesgos.

En el capítulo ocho, el autor se ocupa de una forma de defensa más estratégicamente pasiva, en la que el principal objeti-

vo es ganar tiempo mientras se mantiene fuera del poder del enemigo tanto territorio propio como sea posible. Se puede recurrir a repeler los ataques donde quiera que sucedan e incluso emprender operaciones ofensivas menores en forma de incursiones o diversiones, pero sólo si no se compromete el propósito básicamente defensivo. El propósito de ganar tiempo es esperar cambios políticos, como el cansancio del enemigo en su esfuerzo, o la adhesión de aliados al bando propio o el abandono del bando del enemigo.

Si, no obstante, la ofensiva del enemigo tiene el efecto de reducir tanto su fuerza que uno llega a ser superior a él, se impone naturalmente una contraofensiva. En este punto Clausewitz pasa de algunos ejemplos que describen la estrategia de Federico el Grande a otra consideración de la campaña de 1812, ofreciéndonos una observación reveladora: «El más sabio de los sabios nunca podría haber diseñado una estrategia mejor de la que los rusos *siguieron*» (la cursiva es mía). Durante esta campaña, Clausewitz estuvo en una buena posición para comprobarlo.

Nos atrevemos a llamar anticuados a estos capítulos en parte porque el propio Clausewitz los consideraba ya así entonces. Tras describir las victoriosas estrategias defensivas de Federico, apunta: «Pero debemos recordar que los tiempos han cambiado, que la guerra ha sufrido una transformación total y que ahora bebe en fuentes totalmente diferentes. Posiciones que hoy en día han perdido todo su valor podían ser eficaces entonces; y el carácter general del enemigo constituía también un factor». Esta observación se refiere a la falta de agresividad de los oponentes de Federico. El ejemplo ruso, que Clausewitz no consideraba anticuado, se remite, por supuesto, a un país enorme. Como hemos visto, por la misma razón, incluso hoy no estaría anticuado.

Libro VIII, capítulo nueve: El último y más largo capítulo de la obra, «El plan de una guerra diseñada para derrotar totalmente al enemigo», recupera el alcance monumental del capítulo seis. Pero así como éste se concentraba en el nivel de la política, el capítulo nueve se centra en el nivel de la gran estrategia militar. El objeto fijado ya en el título del capítulo es, claramente, más compatible con el espíritu del autor que el de los dos capítulos que le preceden, encontrándonos en él con un com-

pendio de las ideas militares consideradas típicamente clausewit-
zianas.

Tras negar hasta aquí cualquier devoción por los «principios» como guías firmes para la acción, el autor comienza este capítulo consintiendo en la enunciación de dos. El primer principio consiste en actuar con la máxima concentración de objetivo y de fuerza, y el segundo en actuar con la máxima rapidez. Esto no significa que las fuerzas nunca deban dividirse tanto en el espacio como en la misión, pasando así Clausewitz a investigar en profundidad cuatro razones básicas de la división de las mismas. Las razones en cada caso deben ser fuertes, para contraponerse con cautela a la exigencia primaria de concentración. No obstante, es característico de Clausewitz el examen de excepciones hasta de sus reglas más queridas.

El resultado favorable contra el objetivo principal comprenderá también a los secundarios. De nuevo son posibles excepciones, pero en cualquier caso cada operación secundaria emprendida debe mantenerse tan subordinada como sea posible.

Cuando desarrolla estas cuestiones, súbitamente nos damos cuenta que Clausewitz está ofreciendo el marco intelectual de lo que casi un siglo después sería el famoso Plan Schlieffen. Hay veces, dice, en que «hay que librar simultáneamente dos guerras prácticamente distintas. Aun así, deberá tratarse a una de ellas como la operación principal, que absorberá el grueso de los recursos y las actividades. En este sentido, es aconsejable actuar de manera ofensiva sólo en este teatro y permanecer a la defensiva fuera de él, donde un ataque sólo estaría justificado si circunstancias excepcionales invitasen a ello. Además, en los puntos secundarios, la defensa debería mantenerse con el mínimo de fuerza y debería sacarse provecho de todas las ventajas que esa forma de resistencia ofrece». Este concepto describe la división alemana de fuerzas entre los frentes oriental y occidental en agosto de 1914 y también la división de fuerzas en el propio frente occidental. Pero, continúa, con relación al enemigo que constituye el objetivo de la ofensiva principal: «Lo que importa es el resultado favorable principal. Compensará cualquier pérdida. Si las fuerzas son suficientes para que sea razonable pretender alcanzar un resultado importante, la posibilidad de fracaso ya no podrá ser una excusa para intentar protegerse en otros lugares, porque esto haría que la derrota en la batalla decisiva fuese mucho más probable».

En la misma línea vuelve a su segundo principio que es el de la rapidez. «Prácticamente la única ventaja del ataque», dice, «radica en su sorpresa inicial. La velocidad y el ímpetu son sus elementos más poderosos y normalmente son indispensables si queremos derrotar al enemigo». Otra ventaja de la rapidez es que lleva prontamente al corazón del país del enemigo; aunque una victoria es más fácil de lograr si la batalla se libra cerca de las fronteras propias, probablemente es más decisiva en su efecto si se libra muy adentro del territorio enemigo. Y ya que estamos hablando de la derrota completa del enemigo, «una victoria así exige un ataque envolvente o una batalla con frentes invertidos». Por supuesto, semejante victoria debe ser seguida de una persecución implacable.

Asimismo, si la marea de la victoria nos lleva más allá de sus fortificaciones (como en Bélgica en 1914) debemos asediar éstas con el menor número posible de fuerzas. «Desde el momento en que el asedio de las plazas fuertes nos obliga a suspender el avance, la ofensiva por norma general habrá alcanzado su punto culminante. Por tanto, pedimos que la fuerza principal continúe avanzando rápidamente y mantenga la presión». Y no hay que preocuparse porque el frente de avance sea demasiado estrecho, con tal que el impulso continúe: «Mientras el general no haya derrotado al enemigo, mientras se crea lo suficientemente fuerte para alcanzar sus objetivos, debe perseverar. Puede que lo haga con cada vez más peligro, pero su éxito será aún mayor. Si alcanzase un punto más allá del cual no se atreviera a ir, si creyese que debía abrirse a derecha e izquierda para proteger su retaguardia, que así sea: muy probablemente su ataque habrá alcanzado su punto culminante. Su impulso se ha agotado; y si el enemigo todavía sigue intacto, probablemente, en cualquier caso, no tiene mucho futuro».

Esta confluencia de la visión clausewitziana con la de Schlieffen, que aquí solo se esboza, es demasiado detallada y demasiado distinta de las ideas de otros autores como para ser accidental, en especial si sabemos que Schlieffen fue un entusiasta estudioso de Clausewitz.

Sigue luego un extraordinario análisis de la campaña de Napoleón en Rusia en 1812, cuyo fracaso, según se empeña en demostrar el autor, no fue debido a que avanzara demasiado rápido y demasiado lejos. Tampoco su marcha hacia Moscú fue un error. «Sólo si llegaba a Moscú con todo su poderío podía

Bonaparte hacer tambalear el valor del Gobierno y la lealtad y firmeza del pueblo». La campaña fracasó «porque el Gobierno ruso mantuvo la calma y el pueblo permaneció leal y firme». El resultado demuestra que Napoleón calculó mal. Pudo haber fallado al cometer semejante error de cálculo, pero su estimación de cómo reaccionarían el Gobierno y el pueblo a su toma de Moscú no estaba tan equivocada como para hacer de la campaña un absurdo. Si el ejército de Napoleón fue castigado más severamente de lo necesario, la culpa no es de la profundidad con la que penetró en Rusia. «La culpa la tuvieron su retraso en iniciar la campaña, las vidas que malgastó con sus tácticas, la forma en que desatendió las cuestiones de los suministros y de su línea de retirada», así como en su estancia demasiado larga en Moscú.

Más importantes son los criterios con los que Clausewitz juzga éste y otros hechos: «Es legítimo juzgar un acontecimiento por su resultado, pues éste es el criterio más sensato. Pero no puede pretenderse hacer pasar por una prueba de la sabiduría humana un juicio basado sólo en el resultado... Cualquiera que afirme que la campaña de 1812 fue absurda por su enorme fracaso, pero que la habría considerado una idea magnífica si hubiese funcionado, demuestra una falta total de criterio». En otras palabras, no hay nunca sólo una razón para el éxito o el fracaso y un buen juicio crítico debe tener en cuenta las diversas razones importantes de cada uno.

Este gran capítulo prosigue con un examen del ataque a un objetivo común efectuado por ejércitos muy separados, a diferencia de un único ataque concentrado. Aunque Clausewitz prefiere este último, aquél «puede ser impuesto por circunstancias que no podemos alterar». El autor, claro está, habla de una época en la que no se conocía nada de las modernas comunicaciones electrónicas pero la sabiduría de la que hace gala en *este* problema es, a pesar de todo, aguda. Si las fuerzas operan en teatros diferentes, quizás muy separadas, contra un enemigo común, no deberían preocuparse demasiado por apenas coordinar sus esfuerzos. «Esa buena coordinación de cada parte de la acción desde el principio hasta el final, no es necesaria ni siquiera en la táctica, cuando menos en la estrategia». Cada una de las fuerzas separadas debería, por tanto, tener una tarea independiente. Incluso en los tiempos modernos este consejo aún resulta válido.

De paso se advierte lamentablemente que en la campaña prusiana de 1793 en Francia (en la que Clausewitz participó como cadete abanderado con trece años) «Prusia no tenía nada que defender o conquistar en Alsacia». El descubrimiento de que esta provincia era una parte de Alemania perdida hacía mucho tiempo llegaría mucho más tarde. También advertimos, quizás con sorpresa, que en las campañas de 1813-1814, el Zar ruso no insistió en que su ejército operara independientemente, pero puso sus fuerzas, hasta nivel de unidad independiente, bajo comandantes prusianos y austríacos.

La auténtica enseñanza del libro no viene al final, sino más bien en los pocos párrafos que resumen los planes cuyo objeto es la derrota total del enemigo, donde dice: «Deseábamos... hacer hincapié en lo fundamental y lo general; dejar un margen para lo individual y lo accidental; pero eliminar todo lo que sea *arbitrario, infundado, trivial, inverosímil o excesivamente sutil*... Si a alguien le sorprende no encontrar aquí nada sobre cómo envolver un río, dominar una área montañosa desde sus alturas, rodear una posición fuerte o encontrar la llave de todo un país, no habrá comprendido cuál es nuestro propósito; además, nos tememos que todavía no comprende los elementos fundamentales de la guerra. En los libros anteriores nos hemos ocupado de estos detalles de manera general y hemos llegado a la conclusión de que pueden ser mucho menos importantes de lo que normalmente se piensa».

El plan que sigue para una posible futura invasión de Francia (en caso de que ésta decidiera «adoptar ese comportamiento insolente que ha supuesto una carga para Europa durante ciento cincuenta años»), resulta interesante pero no es muy trascendente, excepto por lo que dice sobre los ejércitos que invaden separadamente desde diferentes teatros y el párrafo que de nuevo nos trae a la memoria el Plan Schlieffen: «El centro de gravedad de Francia reside en las fuerzas armadas y en París... La zona más vulnerable de Francia es la que se encuentra entre París y Bruselas, donde la frontera está sólo a 250 kilómetros de la capital.

DE LA GUERRA

LIBRO I

LIBRO I
SOBRE LA NATURALEZA
DE LA GUERRA

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
MICHIGAN

CAPÍTULO UNO

¿QUÉ ES LA GUERRA?

1. INTRODUCCIÓN

Me propongo considerar en primer lugar los diversos *elementos* de esta disciplina, luego sus *diversas partes o secciones* y, por último, *la totalidad* de su estructura interna. En otras palabras, iré de lo simple a lo complejo. Pero en la guerra más que en ningún otro asunto hemos de empezar por examinar la naturaleza del conjunto; en esto es más necesario que en ninguna otra cosa reflexionar al mismo tiempo sobre la parte y el todo.

2. DEFINICIÓN

En lugar de enunciar una definición literaria y petulante de la guerra, iré directamente al meollo de la cuestión: el duelo. La guerra no es sino un duelo a mayor escala. La guerra se compone de innumerables duelos, pero es posible formarse un cuadro del conjunto imaginando una pareja de luchadores. Cada uno

de ellos intenta por medio de la fuerza física obligar al otro a hacer su voluntad; su objetivo *inmediato* es derrotar a su oponente, de modo que sea incapaz de continuar oponiendo ninguna resistencia.

Por tanto, la guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad.

La fuerza, para oponerse a la fuerza contraria, se provee con las invenciones del arte y la ciencia. Hay una serie de limitaciones imperceptibles y autoimpuestas, que son anejas a la fuerza y que casi no merece la pena mencionar, conocidas como leyes y costumbres internacionales que apenas la atenúan. La fuerza (la fuerza física se entiende, pues la fuerza moral carece de existencia salvo en el Estado y en las leyes) es, por tanto, el medio de la guerra; e imponer nuestra voluntad al enemigo es un propósito. Para asegurarnos el propósito de privar al enemigo de su poder; y ésta es, en teoría, la verdadera finalidad de la guerra. La finalidad ocupa el lugar del propósito desplazándolo como algo que, en realidad, no forma parte de la guerra propiamente dicha.

3. EL USO MÁXIMO DE LA FUERZA

Como es natural, las gentes de buen corazón pensarán que hay algún medio ingenioso de desarmar o derrotar al enemigo sin excesivo derramamiento de sangre y quizá imaginen que esta es la verdadera finalidad del arte de la guerra. Aunque sugestiva, esta idea es una falacia que es preciso desvelar: la guerra es un asunto tan peligroso que los errores debidos a la benevolencia son los más graves de todos. El empleo máximo de la fuerza no es de ningún modo incompatible con el empleo simultáneo del intelecto. Si uno de los bandos utiliza la fuerza sin remordimiento y no se detiene ante el derramamiento de sangre al tiempo que el otro se contiene, aquel bando obtendrá ventaja. Aquel bando obligará al otro a reaccionar, cada uno arrastrará al contrario a situaciones extremas, y los únicos factores limitativos serán las contrapartidas propias de la guerra.

Así es como debe examinarse el asunto. Sería inútil y hasta equivocado empeñarse en cerrar los ojos ante la verdadera naturaleza de la guerra por la angustia que causa su brutalidad.

Si las guerras entre naciones civilizadas son mucho menos crueles y destructivas que las libradas entre salvajes, ello se debe

a las condiciones sociales de los propios Estados y a las relaciones que mantienen entre ellos. Estas son las fuerzas que subliman a la guerra; las mismas fuerzas que la delimitan y moderan. Sin embargo, no forman parte de la guerra por sí mismas; ya existen antes del comienzo de las hostilidades. Introducir el principio de la moderación en la teoría de la guerra siempre conduce al absurdo lógico.

Dos motivos distintos impulsan a los hombres a luchar unos contra otros: los sentimientos hostiles y las intenciones hostiles. Nuestra definición se basa en estas últimas, pues constituyen el elemento universal. Es imposible concebir odio, por muy salvaje o casi instintiva que sea esta pasión, sin intención hostil; pero la intención hostil es a menudo independiente de todo sentimiento hostil o, al menos, no está vinculada con ninguno predominante. Los pueblos salvajes se rigen por el apasionamiento, los civilizados por el pensamiento. Pero la diferencia no está en las respectivas naturalezas del salvajismo y la civilización, sino en sus circunstancias, instituciones y demás. Por tanto, la diferencia no actúa en todos los casos, pero sí en casi todos. En resumen: hasta entre los pueblos más civilizados puede estallar un odio incontenible.

Por tanto, constituiría una manifiesta falacia imaginar la guerra entre pueblos civilizados como simple consecuencia de un acto racional por parte de sus Gobiernos y suponer que se iría desembarazando paulatinamente de pasión, de manera que, en última instancia, nunca sería necesario recurrir al choque material de las fuerzas enfrentadas: bastaría comparar sus cifras de efectivos. Sería una especie de guerra algebraica.

Los teóricos ya habían empezado a reflexionar en esta línea, pero las guerras recientes les han dado una lección. Si la guerra es un acto de fuerza, las emociones no pueden faltar. Quizá las emociones no hayan desencadenado la guerra, pero aquellas le afectarán en alguna medida y esta medida no dependerá del grado de civilización sino de la importancia de los intereses en conflicto y de la duración del enfrentamiento.

Por tanto, si las naciones civilizadas no matan a sus prisioneros ni devastan ciudades y países es porque la inteligencia desempeña una función más importante en sus métodos de guerra y así han aprendido formas más eficaces de aplicar la fuerza que la cruda expresión del instinto.

La invención de la pólvora y el constante perfeccionamiento de las armas de fuego bastan por sí mismas para demostrar que

el avance de la civilización no ha logrado alterar ni desviar la tendencia a destruir al enemigo, que es el núcleo de la idea misma de la guerra.

Por tanto, es preciso repetir la tesis: la guerra es un acto de fuerza y la aplicación de esa fuerza no acepta ningún límite lógico. En consecuencia, cada uno de los bandos obligará a su oponente a reaccionar; se iniciará así una actividad recíproca que, en teoría, conducirá a situaciones extremas. Este es el primer caso de interacción y la primera «situación extrema» con que nos encontramos.

4. LA FINALIDAD ES DESARMAR AL ENEMIGO

Ya he dicho que la finalidad de la guerra es desarmar al enemigo y ha llegado el momento de demostrar que, al menos en teoría, esto no puede ser de ninguna otra manera. Para forzar al enemigo, hay que empujarlo a una situación que sea aún peor que el sacrificio que se le exige. Por supuesto, las penalidades de dicha situación no han de ser pasajeras o al menos no han de parecerlo. En caso contrario, el enemigo no cedería sino que esperaría a que las cosas mejoren. Todo cambio derivado de la continuación de las hostilidades debe, cuando menos en teoría, ser tal que agrave aún más la desventaja del enemigo. La peor de las condiciones en que puede hallarse un beligerante es la indefensión absoluta. En consecuencia, para obligar al enemigo por medio de la guerra a hacer la propia voluntad, es preciso reducirlo a la indefensión estricta o, por lo menos, empujarlo hasta una posición en la que dicho riesgo sea probable. Se deduce de esto que superar al enemigo o desarmarlo (llámese a esto como se prefiera) ha de ser siempre la finalidad de la guerra.

Pero la guerra no es la acción de una fuerza activa contra una masa inerte (no puede hablarse de guerra en caso de ausencia completa de resistencia), sino la colisión entre dos fuerzas activas. Tal como aquí se formula, la finalidad última de la guerra es aplicable a los dos bandos. Una vez más, se trata de una interacción. Mientras no haya derrotado a mi oponente, estoy obligado a temer que él pueda derrotarme a mí. Por tanto, no tengo el control: él me lo impone a mí en igual medida que yo a él. Este es el segundo caso de interacción, y conduce a la segunda «situación extrema».

5. LA MÁXIMA APLICACIÓN DE FUERZA

Para derrotar al enemigo, hay que ajustar el esfuerzo a su capacidad de resistencia, que puede expresarse como producto de dos factores inseparables, a saber: los efectivos totales que tiene a su disposición y la firmeza de su voluntad. La magnitud de los efectivos con que cuenta es cuestión de cifras (aunque no exclusivamente) y debe ser medido. Pero la firmeza de su voluntad es mucho más difícil de determinar y sólo puede estimarse aproximadamente a partir de la fuerza del motivo que la anima. Si así se llega a una estimación razonablemente exacta de la capacidad de resistencia del enemigo, es posible ajustar el propio esfuerzo en la medida adecuada; es decir, podemos aumentarlo hasta sobrepasar la capacidad del enemigo o, si esto está fuera de nuestro alcance, podemos aumentarlo todo lo posible. Pero el enemigo hará lo mismo, y se iniciará así una competencia que, una vez más y en teoría, empujará a los dos bandos a situaciones extremas. Este es el tercer caso de interacción y la tercera «situación extrema».

6. MODIFICACIONES PRÁCTICAS

Por tanto, en el terreno del pensamiento abstracto, la mente inquisidora no descansará hasta llegar al extremo, pues de un extremo se trata aquí: un choque entre fuerzas que actúan libremente y que no obedecen más ley que la suya. De una concepción pura de la guerra podrían tratarse deducirse condiciones absolutas para el objetivo que se persigue y para los medios de lograrlo; pero si se hace esto, la continua interacción conducirá a extremos que sólo representan un juego de la imaginación que brota de una secuencia casi invisible de sutilezas lógicas. Si hubiésemos de pensar en términos absolutos, evitaríamos todas las dificultades de un plumazo proclamando con lógica inflexible, que, pues el extremo ha de ser siempre el objetivo, hay que ejercer siempre el máximo esfuerzo. Una declaración de este tipo sería una abstracción que en nada afectaría al mundo real.

Aun suponiendo que este esfuerzo extremo fuese una cantidad absoluta fácil de calcular, es forzoso admitir que la mente humana difícilmente se dejaría regir por semejante fantasía lógica. Esta postura conduciría con frecuencia al derroche de efectivos, lo que está en contra de otros principios de la Adminis-

tración del Estado. Sería necesario un esfuerzo de la voluntad totalmente desproporcionado en relación con el objetivo perseguido, pero nunca se realizaría, pues las sutilezas de la lógica no motivan la voluntad humana.

Cuando se pasa del mundo abstracto al mundo real, toda la situación se ve de manera muy distinta. En el mundo abstracto, el optimismo es todopoderoso y nos obliga a suponer que los dos bandos en conflicto no sólo buscan la perfección, sino que la alcanzan. ¿Podría darse esta situación en la práctica? En efecto, podría darse si: a) la guerra fuese un acto totalmente aislado y repentino, que no obedeciese a acontecimientos previos en la esfera política; b) si constase de un único acto decisivo o de un conjunto de actos simultáneos y decisivos; c) si el resultado alcanzado fuese completo y perfecto en sí mismo y no se viese influenciado por ninguna estimación previa de la situación política a que daría lugar.

7. LA GUERRA NUNCA ES UN ACTO AISLADO

En cuanto a la primera de estas condiciones, hay que recordar que ninguno de los oponentes es para el otro una persona abstracta, ni siquiera en la medida en que ese factor afecta a la capacidad de resistencia, es decir, a la voluntad, que depende de circunstancias externas. La voluntad no es un factor totalmente desconocido; podemos predecir su situación futura a partir de su estado actual. [La guerra nunca estalla de manera totalmente inesperada ni puede propagarse de repente. Por tanto, cada uno de los bandos puede valorar al otro con bastante exactitud si se basa en lo que hace en lugar de juzgarlo por lo que, en un sentido estricto, debería hacer. El hombre y sus asuntos no son perfectos y jamás alcanzan el óptimo absoluto. Estas deficiencias afectan a los dos bandos simultáneamente y, por tanto, constituyen una fuerza moderadora.]

8. LA GUERRA NO CONSISTE EN UN GOLPE ÚNICO Y BREVE

La segunda condición suscita las siguientes observaciones:

Si la guerra se redujese a un único acto decisivo o a un conjunto de decisiones simultáneas, los preparativos tenderían hacia la totalidad, pues no podría rectificarse ninguna omisión. El único

criterio para los preparativos que el mundo real podía proporcionar, serían las medidas adoptadas por el adversario, siempre que fuesen conocidas; el resto se reduciría, una vez más, a cálculos abstractos. Pero, si los resultados en la guerra están formados por varios actos sucesivos, cada uno de ellos, visto en su contexto, proporcionará una medida de los siguientes. También en este aspecto se ve el mundo abstracto desplazado por el mundo real y, en consecuencia, se modera la tendencia a llegar a situaciones extremas.

Por supuesto, si todos los medios disponibles se aplicasen o se pudiesen aplicar simultáneamente, todas las guerras quedarían automáticamente limitadas a un único acto decisivo o a un conjunto de actos simultáneos; en efecto, si cualquier resultado *adverso* debe reducir la suma de medios disponible y si en la primera acción se han comprometido *todos* los medios, no habría en realidad una segunda acción. Todas las operaciones militares siguientes formarían en la práctica parte de la primera. En otras palabras: serían una simple ampliación de ella.

Pero, como he demostrado, en cuanto empiezan los preparativos de la guerra, el mundo de lo real se impone al mundo del pensamiento abstracto; los cálculos materiales desplazan a los extremos hipotéticos y, aunque sólo sea por este motivo, la interacción de los dos bandos tiende a no alcanzar el esfuerzo máximo. Por tanto, no se movilizan inmediatamente todos sus efectivos.

Además, la propia naturaleza de tales recursos y de su uso impide que se desplieguen en el mismo momento. Los recursos en cuestión son las propias fuerzas armadas, el país, con sus características físicas y su población, y sus aliados.

El país (sus características físicas y su población) es más que el simple origen de todas sus fuerzas armadas; forma parte integral de los factores que operan en la guerra, si bien sólo la parte que constituye el teatro de operaciones o que influye notablemente sobre él.

Sin duda, es posible utilizar simultáneamente todas las fuerzas armadas móviles; pero no es posible hacer lo mismo con las fortificaciones, los ríos, las montañas, los habitantes y demás; ni, en resumen, con el país en su conjunto, salvo que sea tan pequeño que la acción inicial de la guerra lo absorba por completo. Además, los aliados no cooperan movidos por el mero deseo de quienes están luchando activamente. Siendo las relaciones internacionales como son, esta cooperación suele prestarse en una fase tardía o suele incrementarse sólo cuando se ha alterado el equilibrio y es preciso corregirlo.

En muchos casos, la proporción de medios de resistencia que no pueden ponerse en juego inmediatamente es muy superior a lo que se había pensado al principio. El equilibrio se puede restaurar incluso cuando se ha invertido una fuerza considerable en la primera decisión y aquél se ha alterado gravemente. A su debido tiempo trataremos este aspecto más detenidamente. Por el momento basta con demostrar que la naturaleza de la guerra impide la concentración simultánea de todas las fuerzas. No obstante, este hecho no puede utilizarse para justificar la realización de un esfuerzo inferior al máximo en la primera decisión, pues la derrota es un riesgo que nadie quiere correr deliberadamente. Y aunque el primer choque no sea el único, la influencia que ejerza sobre las acciones siguientes será proporcional a su magnitud. Pero es contrario a la naturaleza humana realizar un esfuerzo extremo y por tanto se tiende siempre a poner como pretexto que más adelante se podrá adoptar otra decisión. En consecuencia, el esfuerzo y la concentración de fuerzas correspondientes a la primera decisión nunca son todo lo que debieran ser. Todo lo que un bando omite por debilidad se convierte para el otro en una razón real y objetiva para reducir sus efectivos y la tendencia hacia los extremos se ve una vez más reducida por esta interacción.

9. EN LA GUERRA, EL RESULTADO NUNCA ES DEFINITIVO

Por último, ni siquiera el resultado final de una guerra puede considerarse siempre como definitivo. El Estado derrotado suele considerar este resultado como un simple contratiempo pasajero para el que se hallará remedio en otra ocasión por medio de la política. Es obvio que esto también puede aliviar la tensión y reducir el vigor del esfuerzo.

10. LAS PROBABILIDADES REALES SUSTITUYEN A LOS EXTREMOS Y ABSOLUTOS QUE EXIGE LA TEORÍA

Como hemos visto, el arte de la guerra escapa a la exigencia teórica según la cual deben aplicarse fuerzas extremas. Una vez que el extremo deja de ser temido o buscado, el grado de esfuer-

zo que debe desplegarse se convierte en cuestión de juicio y puede basarse únicamente en fenómenos del mundo real y en las leyes de probabilidades. Cuando los antagonistas dejan de ser meras ficciones teóricas y se transforman en Estados y Gobiernos reales, cuando la guerra no es ya una cuestión teórica sino una serie de acciones que se rigen por leyes propias y peculiares, la realidad aporta los datos de los cuales podemos deducir el futuro desconocido que se abre ante nosotros.

Aplicando las leyes de probabilidades, cada uno de los bandos elabora una estimación del comportamiento probable de su enemigo a partir del carácter, las instituciones, el estado de los intereses y la situación general de aquél y actúa en consecuencia.

11. AHORA VUELVE A ENTRAR EN JUEGO EL PROPÓSITO POLÍTICO

Ahora impone de nuevo su presencia un asunto que consideramos en el apartado 2: el propósito político de la guerra. Hasta el momento había quedado oculto por la ley de los extremos, por la voluntad de derrotar al enemigo y privarle de su fuerza. Pero a medida que esta ley empieza a perder vigor y esta determinación se debilita, la finalidad política se reafirma. Si todo es un cálculo de probabilidades basado en individuos y condiciones determinados, el motivo político, que era el motivo original, debe convertirse en factor esencial de la ecuación. Cuanto menor sea el sacrificio exigido al contrario, menor será la probabilidad de que se niegue a cumplirlo; y cuanto menor sea el esfuerzo realizado por su bando, menor será el que deba hacer el nuestro. Además, cuanto más modesto sea el objetivo político, menos importancia se le atribuirá y menos resistencia se ofrecerá a abandonarlo en caso necesario. Esta es otra de las razones que contribuyen a modificar el propio esfuerzo.

El motivo político (la causa original de la guerra) determinará tanto el objetivo militar que debe alcanzarse como el esfuerzo que exige. Pero el propósito político no puede, en sí mismo, proporcionar el patrón de medida. Como tratamos con realidades, no con abstracciones, puede actuar como patrón sólo en el contexto de los dos Estados en guerra. Un mismo propósito político puede suscitar reacciones diversas en pueblos distintos e incluso en un mismo pueblo en momentos distintos. Por tanto, podemos adop-

tar el propósito político como patrón sólo si pensamos en *la influencia que puede ejercer sobre las fuerzas que debe mover*. Por tanto, es preciso estudiar la naturaleza de tales fuerzas. El resultado variará en función de la capacidad que tengan sus características para acrecentar o debilitar el vigor con que se persigue una acción determinada. Entre dos pueblos y dos Estados puede haber tales tensiones, tal masa de material inflamable, que baste la más ligera disputa para desencadenar un efecto desproporcionado, una auténtica explosión.

Esto también se cumple para los esfuerzos que se espera que induzca un propósito político en cada uno de los Estados y para los objetivos militares que requieren sus políticas. A veces, los objetivos político y militar coinciden; sería el caso de la conquista de una provincia, por ejemplo. Pero el propósito político no siempre proporciona un objetivo militar adecuado. En este caso, es preciso adoptar otro objetivo militar que esté al servicio de la finalidad política y la simbolice en las negociaciones de paz. Pero también hay que prestar atención al carácter de los Estados que intervienen. Hay ocasiones en que, para alcanzar el propósito político, el objetivo que lo reemplaza ha de ser mucho más importante. Cuanto menos afecte a la población y cuanto menos graves sean las tensiones dentro de los Estados y entre ellos, con tanta mayor fuerza tenderán a dominar y a ser decisivas las exigencias políticas propiamente dichas. Por tanto, puede haber situaciones en las que el propósito político sea casi el único determinante.

En general, un objetivo militar que se ajuste en su escala al objetivo político será, si éste es pequeño, de proporciones pequeñas; esta proporcionalidad será más acusada cuando aumenta la primacía del político. Se desprende de esto que, sin caer en incoherencias de ninguna clase, las guerras admiten cualquier grado de importancia e intensidad, desde la guerra de exterminio hasta la simple observación armada. Esto plantea otra cuestión que es preciso plantear y analizar en este momento.

12. LA INTERRUPCIÓN DE LA ACTIVIDAD MILITAR NO SE EXPLICA POR NADA DE LO HASTA AQUÍ EXPUESTO

Por modestas que sean las exigencias políticas en cada uno de los bandos, por reducidos que sean los medios empleados,

por limitado que sea el objetivo militar, ¿pueden interrumpirse ni siquiera por un momento las operaciones de guerra? Esta pregunta afecta al fondo del asunto.

Toda acción necesita cierto tiempo para ejecutarse. Este tiempo se llama duración y depende de la rapidez con que las personas actúen. Pero no debemos preocuparnos por las diferencias entre las personas en relación con este particular. Cada cual realiza las tareas a su propio ritmo; un hombre lento no actúa más despacio porque quiera pasar más tiempo en el trabajo, sino porque su naturaleza hace que necesite más tiempo. Si se apresurase, haría el trabajo peor. Por tanto, su velocidad viene determinada por causas subjetivas y es un factor de la duración real de la tarea.

Ahora bien, si a cada acción de guerra se le concede la duración que le corresponde, estaremos de acuerdo en que, al menos a primera vista, todo gasto complementario de tiempo (toda suspensión de la acción militar) resulta absurdo. A este respecto hay que recordar que no hablamos del avance realizado por uno u otro bando, sino del avance de la interacción militar en su conjunto.

13. SÓLO UNA CONSIDERACIÓN PUEDE CAUSAR LA SUSPENSIÓN DE LA ACCIÓN MILITAR, Y PARECE QUE SÓLO PUEDE DARSE EN UNO DE LOS BANDOS

Si dos partes se aprestan para la guerra, algún motivo de hostilidad debe haberlos empujado hasta ese punto. Además, mientras permanezcan en armas (mientras no negocien un acuerdo), el motivo de hostilidad deberá seguir activo. Sólo una consideración puede refrenarlo: el deseo de esperar un momento más favorable antes de actuar. A primera vista, cabe pensar que semejante deseo sólo puede actuar en uno de los bandos, pues el opuesto actuaría automáticamente en sentido contrario. Si la acción supone una ventaja para uno de los bandos, el interés del otro será esperar.

Pero el equilibrio total de fuerzas no puede abocar al estancamiento, puesto que, de darse tal equilibrio, la iniciativa estaría necesariamente del lado movido por un propósito positivo; es decir, del atacante.

Empero, cabe imaginar un estado de equilibrio en el cual el lado movido por una finalidad positiva (el lado más decidido a

la acción) sea el dotado de fuerzas más débiles. En esta situación, el equilibrio es el resultado de la combinación de finalidad y fuerza. Salvo que haya en perspectiva un desplazamiento del equilibrio, hay que reconocer que en un caso como éste los dos bandos deberían firmar la paz. Pero si se prevé alguna alteración, sólo uno de los contrincantes puede esperar que le beneficie y este hecho debería inducir al otro a entrar en acción. Es obvio que la inacción no puede explicarse basándose en el concepto de equilibrio. La única explicación posible es que los dos bandos están esperando una ocasión mejor para actuar. Supongamos, por tanto, que uno de los dos Estados tienen una finalidad positiva: por ejemplo, conquistar una parte del territorio del otro para utilizarlo como baza en la mesa de negociaciones. Una vez obtenido el trofeo, el propósito político puede darse por logrado; no hay necesidad de seguir adelante y la situación se puede dejar como está. Si el otro Estado se muestra dispuesto a aceptarla, se firmará la paz. En caso contrario debe hacer algo y si considera que estará mejor organizado para actuar después de cuatro semanas, es obvio que tiene un motivo suficiente para no ponerse en movimiento inmediatamente.

Pero a partir de ese momento, la lógica exige que el otro bando actúe, pues el motivo es ahora negar al enemigo el tiempo que necesita para prepararse. En todo este razonamiento he dado por sentado, naturalmente, que ambos bandos comprenden perfectamente la situación.

14. ASÍ SE PRODUCIRÍA LA CONTINUIDAD EN LA ACCIÓN MILITAR Y DE NUEVO TODO SE INTENSIFICARÍA

Si realmente se diese esta continuidad en la campaña, su efecto sería una vez más empujar todo a situaciones extremas. Esta actividad ininterrumpida no sólo excitaría los sentimientos de los hombres y les insuflaría más apasionamiento y mayor fuerza elemental, sino que los acontecimientos se sucederían unos a otros de manera más inmediata y se registrarían por una cadena causal más estricta. Las acciones individuales serían más importantes y, por tanto, más peligrosas.

Pero la guerra no presenta semejante continuidad nunca o la presenta muy raramente. En numerosos conflictos la acción ocu-

pa sólo una parte muy pequeña del tiempo, mientras que el resto se consume en la inactividad. Esto no siempre puede ser una anomalía. La suspensión de la acción en la guerra debe ser posible; en otras palabras: no se trata de una contradicción en sus propios términos. Demostraré este punto y expondré las razones que lo apoyan.

15. DONDE SE PROPONE EL PRINCIPIO DE POLARIDAD

Al imaginar que los intereses de ambos contendientes se oponen mutuamente en igual medida, hemos postulado una polaridad genuina. Más adelante se dedicará un capítulo completo a este asunto, pero adelantaré aquí algunas consideraciones.

El principio de polaridad sólo es válido en relación con uno y un mismo motivo, situación en la cual los intereses positivo y negativo se destruyen puntualmente el uno al otro. En una batalla, cada uno de los bandos aspira a la victoria frente al otro. Pero cuando tratamos con dos cosas distintas que mantienen una relación común externa a ellas mismas, la polaridad no reside en las cosas, sino en su relación.

16. PUESTO QUE ATAQUE Y DEFENSA SON COSAS DE DISTINTA NATURALEZA Y FUERZA DESIGUAL, NO SE LES PUEDE APLICAR LA POLARIDAD

Si la guerra asumiese una única forma (atacar al enemigo) y no hubiese defensa o, dicho de otro modo, si la única diferencia entre ataque y defensa estribase en el hecho de que el ataque tiene una finalidad positiva mientras que la defensa carece de ella, pero ambas formas de luchar fuesen por lo demás idénticas, entonces cada ventaja obtenida por un bando llevaría aparejada una desventaja exactamente igual para el otro y habría polaridad verdadera.

Pero en la guerra hay dos clases de acción distintas: ataque y defensa. Como veremos con detalle más adelante, las dos son muy diferentes y desiguales en cuanto a fuerza. Por tanto, la polaridad no reside en el ataque ni en la defensa, sino en el objeto que estas dos acciones persiguen: la resolución. Si un man-

do quiere posponer la resolución, el otro querrá adelantarla, siempre suponiendo que ambos estén empeñados en la misma clase de lucha. Si obra en el interés de A no atacar a B ahora sino dentro de cuatro semanas, entonces obrará en el interés de B no ser atacado dentro de cuatro semanas, sino ahora. Aquí hay un conflicto de intereses inmediato y directo; pero no se desprende de esto que también vaya en interés de B atacar inmediatamente a A. Obviamente, esto sería un asunto muy distinto.

17. LA SUPERIORIDAD DE LA DEFENSA SOBRE EL ATAQUE NEUTRALIZA CON FRECUENCIA EL EFECTO DE LA POLARIDAD Y ESTO EXPLICA LA SUSPENSIÓN DE LA ACCIÓN MILITAR

① Como vamos a demostrar, la defensa es una forma de lucha más fuerte que el ataque. Por tanto, hemos de preguntarnos si la ventaja de *posponer una decisión* es tan grande para un bando como es para el otro la ventaja de la *defensa*. Si no lo es, no puede compensar la ventaja de la defensa ni influir de este modo en la marcha de la guerra. Está claro, por tanto, que el impulso creado por la polaridad de intereses puede agotarse en la diferencia entre la fuerza del ataque y de la defensa y de este modo convertirse en inoperante.

En consecuencia, si el bando al cual favorecen las condiciones vigentes no tiene fuerza suficiente para actuar sin la ventaja añadida de la defensa, deberá aceptar la perspectiva de actuar en el futuro en condiciones desfavorables. Afrontar una batalla defensiva en estas condiciones desfavorables puede, no obstante, ser mejor que atacar inmediatamente o que firmar la paz. Estoy convencido de que la superioridad de la acción defensiva (si se entiende correctamente) es muy grande, muy superior a lo que parece a primera vista. Esto es lo que explica, sin incurrir en ninguna incoherencia, casi todos los períodos de inacción que se producen en la guerra. Cuanto más débiles sean los motivos que conducen a la acción, en tanta mayor medida sufrirán la influencia y el efecto neutralizador de esta disparidad entre ataque y defensa, y con tanta mayor frecuencia se suspenderá la acción; como, en efecto, demuestra la práctica.

18. UNA SEGUNDA CAUSA ES EL CONOCIMIENTO IMPERFECTO DE LA SITUACIÓN

Hay otro factor que puede provocar el estancamiento de la acción: el conocimiento imperfecto de la situación. La única situación que un mando puede conocer por completo es la suya propia; la de su oponente sólo puede deducirla de una información poco fiable. Por tanto, su evaluación puede ser errónea y llevar a suponer que la iniciativa corresponde al enemigo cuando correspondería en realidad al bando propio. Naturalmente, un error de apreciación de este tipo tiene tantas probabilidades de inducir a destiempo la acción como la inacción, y no conduce a frenar las operaciones con más vigor de lo que conduce a acelerarlas. No obstante, debe contarse entre las causas naturales que, *sin caer en incoherencias, pueden provocar la interrupción de la actividad militar*. Los hombres siempre están más inclinados a sobrevalorar las fuerzas del enemigo que a infravalorarla; esto es algo que está en la naturaleza humana. Teniendo esto en cuenta, es preciso admitir que el desconocimiento parcial de la situación es, en términos generales, un factor de peso que contribuye a demorar el avance de la acción militar y a moderar el principio en que se basa.

La posibilidad de inacción también ejerce un efecto moderador sobre la marcha de la guerra al, por así decir, diluirla en el tiempo y demorar el peligro y al incrementar los medios para restaurar el equilibrio entre los dos bandos. Cuanto mayores sean las tensiones que han conducido a la guerra y cuanto mayor sea, en consecuencia, el esfuerzo de guerra, más breves serán estos períodos de inacción. Y viceversa: cuanto más débiles sean los motivos que animan el conflicto, tanto más prolongados serán los intervalos entre acciones. Pues un motivo más fuerte aumenta la fuerza de la voluntad; y la fuerza de la voluntad, como ya sabemos, es siempre un elemento de la fuerza y el producto de ésta.

19. LOS PERÍODOS FRECUENTES DE INACCIÓN ALEJAN LA GUERRA AÚN MÁS DEL ÁMBITO DE LO ABSOLUTO Y CONVIERTEN LA GUERRA EN UN ASUNTO DE CÁLCULO DE PROBABILIDADES

Cuanto más lento sea el avance y más frecuentes las interrupciones de la acción militar, más sencillo resultará corregir erro-

Debería entre hombres y felicitarse por el estado de la guerra

res, más sólidas serán las valoraciones hechas por el mando y más inclinado se hallará éste a evitar teóricas situaciones extremas y a basar sus planes en la probabilidad y sus consecuencias. Toda situación exige calcular las probabilidades a la luz de las circunstancias y el tiempo de que se disponga para el cálculo dependerá del ritmo con que se desarrollen las operaciones.

20. POR TANTO, SÓLO FALTA EL AZAR PARA CONVERTIR LA GUERRA EN JUEGO Y ESE ELEMENTO NUNCA FALTA

Ahora se ve con claridad que la naturaleza objetiva de la guerra presiona con fuerza para convertirla en un asunto de valoración de probabilidades. Sólo falta un elemento para hacer de la guerra un juego: el azar, precisamente la última cosa de la que carece la guerra. Ninguna otra actividad humana está tan continua o universalmente ligada al azar. Y de la mano del azar, la conjetura y la suerte, van a representar gran parte de la guerra.

21. NO SÓLO LA NATURALEZA OBJETIVA DE LA GUERRA SINO TAMBIÉN LA SUBJETIVA HACEN DE ELLA UN JUEGO

Si se considera brevemente la *naturaleza subjetiva* de la guerra (los medios mediante los cuales se dirime) el carácter de juego que tiene se apreciará con mayor claridad. El elemento en el que existe la guerra es el peligro. En tiempos de peligro, la más importante de todas las cualidades morales es, sin duda, el *valor*. El valor es perfectamente compatible con el cálculo prudente, pero sin embargo ambos son distintos y se refieren a diferentes fuerzas psicológicas. Por otra parte, la osadía, la firmeza, el arrojo o la confianza en la suerte no son sino variantes del valor, y todos estos rasgos del carácter persiguen el elemento que les es propio: la oportunidad.

En resumen, los factores absolutos o matemáticos nunca están firmemente asentados en el cálculo militar. Desde el primer momento hay un juego de posibilidades, probabilidades, buena y mala suerte que se va a abriendo camino a lo largo y ancho del tapete. Dentro del conjunto de las actividades humanas, a lo que más se parece la guerra es a un juego de naipes.

22. DE CÓMO, EN GENERAL, ESTO ES LO QUE MEJOR SE AJUSTA A LA NATURALEZA HUMANA

Aunque nuestro intelecto siempre busca la claridad y la certeza, nuestra naturaleza suele sentirse fascinada por la incertidumbre. Prefiere soñar despierta en los territorios del azar y la suerte que acompañar al intelecto en su estrecho y tortuoso sendero de indagación filosófica y deducción lógica sólo para llegar (sin apenas saber cómo) a un territorio desconocido del que parecen haber desaparecido todos los hitos habituales. Libre de las estrecheces de la necesidad, puede recrearse en la abundancia de las posibilidades que animan al valor a entrar en acción y a zambullirse en un elemento compuesto de osadía y peligro, como el nadador intrépido se lanza a la corriente.

¿Debe la teoría dejarnos aquí y continuar elaborando alegremente conclusiones y normas absolutas? Si así fuese, no tendría ninguna utilidad en la vida real. No: debe también tener en cuenta el factor humano y hallar espacio para el valor, la osadía y hasta la temeridad. El arte de la guerra trata de la vida y de las fuerzas morales. En consecuencia, no puede alcanzar lo absoluto ni la certeza; debe siempre dejar un margen para la incertidumbre, tanto en las cosas más importantes como en las que lo son menos. Con la incertidumbre en un platillo de la balanza, es preciso acumular en el otro valor y confianza en sí mismo para restaurar el equilibrio. Cuanto más grandes son estas cualidades, tanto mayor es el margen para lo accidental. El valor y la seguridad en sí mismo son esenciales en la guerra y la teoría sólo debe proponer normas que abran amplios abanicos a estas virtudes, las más excelsas e indispensables en la guerra, en todos sus grados y variaciones. Hasta en el arrojo puede haber método y precaución, pero se miden por un patrón distinto.

23. NO OBSTANTE, LA GUERRA ES UN MEDIO SERIO PARA LOGRAR UN FIN SERIO. UNA DEFINICIÓN MÁS EXACTA DE LA GUERRA

Así es la guerra, así es el mando que la dirige y así la teoría que la gobierna. La guerra no es un pasatiempo; no es sólo la alegría de apostar y ganar, no cabe en ella el entusiasmo irresponsable. Es un medio serio para lograr un fin serio, y toda esta

semejanza colorista con un juego de azar, todos los elementos de apasionamiento, valor, imaginación y entusiasmo que engloba no son sino sus características especiales.

11 Cuando sociedades enteras van a la guerra (pueblos enteros, y especialmente pueblos *civilizados*) la causa está siempre en alguna situación política, y el conflicto está siempre al servicio de alguna finalidad política. La guerra, pues, es un acto de política. Si fuese una manifestación de violencia completa, desenfadada y absoluta (como exigiría el propio concepto), la guerra usurparía por su propia voluntad autónoma el lugar de la política a partir del mismo momento en que la política la hubiera puesto en juego; expulsaría a continuación a la política de los ministerios y gobernaría mediante las leyes propias de su naturaleza, igual que una mina que sólo pudiera estallar en la forma o la dirección determinadas por su colocación. Esta es, en efecto, la opinión que se ha tenido de este tema, siempre que algún desencuentro entre la política y la dirección de la guerra ha estimulado esta clase de distinciones teóricas. Pero las cosas son diferentes en la práctica y esta visión está totalmente equivocada. En realidad, como se ha expuesto, la guerra no es así. Su violencia no es algo que estalla en una sola descarga, sino que es el resultado de fuerzas que no siempre evolucionan exactamente de la misma manera o en el mismo grado. En ocasiones se multiplican hasta ser capaces de vencer la resistencia de la inercia o el desgaste; en otras son demasiado débiles y no ejercen efecto alguno. La guerra es una pulsación de violencia de fuerza variable y, por tanto, variable también en cuanto a la rapidez con que estalla y descarga su energía. La guerra avanza hacia su objetivo a velocidades variables, pero siempre dura lo suficiente para que su influencia afecte al objetivo y para que su curso cambie de una u otra forma. En otras palabras: lo suficiente para permanecer sujeta a la acción de una inteligencia superior. Si tenemos en cuenta que la guerra surge de un propósito de orden político, es natural que la causa primera de su existencia continúe siendo la consideración suprema para dirigirla. Pero esto no significa que la finalidad política la tire. Debe adaptarse a sus medios elegidos, en un proceso que puede alterarla de manera radical; no obstante, la finalidad política sigue siendo la consideración primera. Por tanto, la política impregnará todas las operaciones militares y, en la medida en que lo admite su naturaleza violenta, ejercerá una influencia continua sobre ellas.

valor de la política

24. LA GUERRA DE LA POLÍTICA

Vemos, pues, que la guerra no es un simple acto de política, sino un genuino instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, proseguidas con otros medios. Lo que sigue siendo peculiar de la guerra es, simplemente, la naturaleza peculiar de sus medios. La guerra en general, y el mando en cualquier caso particular, tienen derecho a exigir que la tendencia y los designios de la política no sean incoherentes con estos medios. No es, desde luego, una exigencia menor; pero por mucho que pueda afectar a los fines políticos en un caso determinado, nunca hará nada más que modificarlos. El fin político es el objetivo, la guerra el medio de alcanzarlo y los medios nunca pueden considerarse aislados de su finalidad.

25. LA VARIADA NATURALEZA DE LA GUERRA

11 Cuanto más poderosos y estimulantes sean los motivos que llevan a la guerra, tanto más afectarán a las naciones beligerantes y cuanto más extremadas sean las tensiones que preceden al estallido, tanto más se aproximará la guerra a su concepción abstracta, tanto más importante será la destrucción del enemigo, con tanta mayor exactitud coincidirán los objetivos militares y el objeto político de la guerra y, en definitiva, tanto más militar y menos político parecerá el conflicto. Por el contrario, cuanto menos intensos sean los motivos, menor será la natural tendencia violenta del elemento militar a coincidir con las directrices políticas. En consecuencia, la guerra se apartará más de su curso natural, el objeto político será cada vez más incompatible con el objetivo de la guerra ideal y el carácter del conflicto se percibirá como más político.

En este punto, para no extraviar al lector, conviene señalar que la frase *tendencia natural* de la guerra se usa aquí únicamente en su sentido filosófico y estrictamente lógico y no se refiere a las actitudes de las fuerzas que combaten como, por ejemplo, la moral y las emociones de los combatientes. Es cierto que en ocasiones éstas se hallan tan excitadas que resultan difíciles de controlar con el factor político. Pero este conflicto no será muy frecuente, pues cuando las motivaciones son tan poderosas,

(11) debe haber una política de magnitud comparable. Y viceversa, si la política aspira sólo a objetivos menores, las emociones de las masas serán débiles y habrá más necesidad de estimularlas que de aplacarlas.

26. TODAS LAS GUERRAS PUEDEN CONSIDERARSE ACTOS POLÍTICOS

Es hora de volver al tema principal y observar que, aun cuando la política parece ausente en un tipo de guerra y claramente manifiesta en el otro, ambos tipos son igualmente políticos. Si se imagina al Estado como una persona y la política como el producto de su cerebro, una de las contingencias para las que el Estado ha de estar preparado es una guerra en la cual todo contribuye a que la política sea eclipsada por la violencia. Sólo cuando la política no es considerada como el resultado de una apreciación justa de los hechos (como ocurre con frecuencia) sino como una actividad calculadora, tortuosa y hasta deshonesta que aparta de la violencia, podría contemplarse el segundo tipo de guerra más «político» que el primero.

27. REPERCUSIONES DE ESTE PUNTO DE VISTA SOBRE LA COMPRENSIÓN DE LA HISTORIA MILITAR Y EL FUNDAMENTO DE LA TEORÍA

(11) Así pues, la *primera cosa* que ha de estar clara es que la guerra nunca debe considerarse como algo autónomo, sino siempre como un instrumento político; en caso contrario, toda la historia de la guerra hablaría en nuestra contra. Sólo este planteamiento permite abordar el problema de manera inteligente. En *segundo lugar*, esta forma de verla nos enseñará cómo deben variar las guerras con la naturaleza de sus motivos y de las situaciones que las originan.

La primera, suprema y más trascendente acción juiciosa que el hombre de Estado y el mando militar deben hacer es determinar mediante esa prueba el tipo de guerra en el que están embarcados, sin equivocarse en el juicio y sin tratar de transformarla en algo ajeno a su naturaleza. Esta es la primera de todas las cuestiones estratégicas y la más amplia. Se estudiará con

detalle más adelante, en el capítulo dedicado a los planes de guerra.

Baste por el momento haber llegado a esta etapa y haber establecido la perspectiva cardinal desde la que han de examinarse la guerra y la teoría de la guerra.

28. CONSECUENCIAS PARA LA TEORÍA

La guerra es algo más que un camaleón que adapta superficialmente sus características a una situación dada. Como fenómeno total, sus tendencias dominantes siempre hacen de la guerra una trinidad paradójica compuesta de violencia, odio y enemistad primarios, que deben considerarse como una fuerza natural ciega; del juego del azar y las probabilidades dentro del cual el espíritu libre puede campar a sus anchas; y del elemento de subordinación, de instrumento de la política, sujeto únicamente a la razón.

El primero de los tres elementos afecta primordialmente a las personas; el segundo al mando y a su ejército; y el tercero al Gobierno. Las pasiones que han de inflamarse en la guerra deben encontrarse en las personas; el espacio que el juego del valor y el talento tendrá a su disposición en el ámbito de las probabilidades y el azar, dependerá del carácter del mando y del ejército; pero los objetivos políticos competen exclusivamente al Gobierno.

Estas tres tendencias son como tres códigos jurídicos distintos, profundamente arraigados en su materia de estudio, pero que mantienen entre ellos relaciones muy variables. Una teoría que ignorase uno cualquiera de ellos o que pretendiese establecer entre ellos una relación fija arbitraria entraría en tal conflicto con la realidad que, sólo por este motivo, sería totalmente inútil.

Nuestra tarea, pues, es elaborar una teoría que mantenga el equilibrio entre estos tres componentes, como un objeto suspendido entre tres imanes.

Las líneas que conviene seguir para lograr esta difícil tarea se examinarán en el libro dedicado a la teoría de la guerra (libro segundo). En cualquier caso, el concepto preliminar de guerra que hemos formulado proyecta un primer rayo de luz sobre la estructura básica de la teoría y nos permite diferenciar e identificar en una primera fase sus principales componentes.

CAPÍTULO DOS

FINES Y MEDIOS EN LA GUERRA

Como se vio en el capítulo anterior, la naturaleza de la guerra es compleja y cambiante. Me propongo ahora investigar de qué modo afecta esta naturaleza a su finalidad y sus medios.

Si empezamos por investigar el objetivo de una guerra cualquiera y lo que debe guiar la acción militar para servir debidamente a la finalidad política, descubrimos que el motivo de una guerra puede variar tanto como su finalidad política y sus circunstancias concretas.

Si por el momento consideramos el concepto puro de guerra, hemos de decir que la finalidad política no tiene ninguna relación con la guerra en sí; pues si la guerra es un acto de violencia iniciado para obligar al enemigo a hacer nuestra voluntad, su objetivo será siempre y únicamente derrotar al enemigo y desarmarlo. Este objetivo deriva del concepto teórico de guerra; pero como muchas guerras llegan casi a alcanzarlo, empezaremos por examinar este tipo de conflictos.

Más adelante, al investigar el asunto de los planes bélicos, investigaremos con mayor detalle qué se entiende por *desarmar*

un país. Pero por el momento hemos de distinguir entre tres cosas, tres objetivos amplios que, en conjunto, lo cubren todo: las *fuerzas armadas*, el *país* y la *voluntad del enemigo*.

Las fuerzas armadas deben ser destruidas: es decir, deben ser reducidas a una condición tal que no puedan continuar luchando. Esto es lo único que queremos decir siempre que utilizemos la expresión «destrucción de las fuerzas del enemigo».

El país debe ocuparse, pues de otro modo el enemigo podría reclutar nuevas fuerzas armadas.

Pero aunque se logren estas dos cosas, no puede considerarse que la guerra, es decir, la animosidad y los efectos recíprocos de elementos hostiles, ha terminado mientras no se haya quebrantado la voluntad del enemigo: o sea, mientras no se haya forzado al Gobierno enemigo y a sus aliados a pedir la paz o mientras no se haya obligado a la población a someterse.

Aunque ocupemos totalmente un país, las hostilidades pueden reavivarse en el interior o, quizá, con ayuda aliada. Por supuesto, esto también puede ocurrir *después* de firmada la paz, pero esto sólo demuestra que no todas las guerras conducen necesariamente a un final y un acuerdo definitivos. Pero aun cuando las hostilidades se reanuden, un tratado de paz siempre apaga las chispas que podrían haber alimentado un rescoldo calladamente. Además, las tensiones se alivian, pues los amantes de la paz (y abundan en todos los pueblos y en todas las circunstancias) abandonarán toda idea de continuar la acción. Sea como sea, hemos de considerar que con la firma de la paz el propósito de la guerra se ha alcanzado y su actividad ha dado fin.

Como de los tres objetivos nombrados son las fuerzas armadas las que garantizan la seguridad del país, la secuencia normal será empezar por destruirlas y a continuación someter el territorio. Una vez alcanzados estos dos objetivos y explotada nuestra posición de fuerza, podemos llevar al enemigo a la mesa donde se firmará el tratado de paz. En general, destruir las fuerzas enemigas suele ser una operación gradual, como también lo es garantizar el sojuzgamiento del país. Normalmente, una cosa influye sobre la otra, pues la pérdida de territorio debilita las fuerzas armadas; pero la secuencia descrita no es forzosa y, por tanto, no siempre ocurre. Antes de sufrir pérdidas graves, las fuerzas enemigas pueden retirarse a zonas aisladas o incluso huir a otros países. En tal caso, se ocupará la totalidad o la mayor parte del territorio, como es natural.

Pero el objetivo de *desarmar al enemigo* (el propósito de la guerra en su consideración abstracta, el medio definitivo para alcanzar la finalidad política de la guerra, el que incorpora todos los demás elementos) no siempre se cumple en la práctica y no es preciso lograrlo por completo como condición de paz. Bajo ninguna circunstancia debe elevarse al grado de ley. Se han firmado muchos tratados antes de que alguno de los contendientes se haya visto reducido a la impotencia, incluso antes de que el equilibrio de poder se haya alterado sustancialmente. Aún más, un estudio de casos reales muestra que hay toda una categoría de guerras en las cuales la misma idea de derrotar al enemigo es ilusoria: aquéllas en las que el enemigo es considerablemente la potencia más fuerte.

La razón por la cual la materialización de la guerra que se desprende de consideraciones teóricas no siempre se ajusta al conflicto real es que hay dos clases muy distintas de guerra, como ya hemos visto en el primer capítulo. Si la guerra fuese lo que se declara en los postulados teóricos, el enfrentamiento bélico entre Estados de fuerzas claramente desiguales sería absurdo y, por tanto, imposible. En última instancia, la disparidad material no sería superior a la suma de las fuerzas morales a los que podría reemplazar; y en las condiciones sociales de la Europa actual, las fuerzas morales no llegarían muy lejos. Pero, ciertamente, se han librado guerras entre Estados con fuerzas muy desiguales, pues la guerra real se haya con frecuencia muy alejada del concepto puro postulado por la teoría. La incapacidad para continuar la lucha puede, en la práctica, sustituirse por otros dos fundamentos en los que basar la firma de la paz: el primero es la imposibilidad de la victoria; el segundo, la magnitud inaceptable del coste.

Como hemos visto en el primer capítulo, la guerra, si se considera en su conjunto, está obligada a desplazarse de la estricta ley de requisitos propios a las probabilidades. Cuanto mayor sea la medida en que contribuyan a este desplazamiento las circunstancias que han dado lugar al conflicto, tanto más leves serán sus motivos y las tensiones que causen, lo que hace más comprensible que el análisis de probabilidades pueda conducir a la paz. No todas las guerras deben continuar hasta la derrota de uno de los bandos. Cuando los motivos y tensiones bélicos son débiles, cabe imaginar que la más leve perspectiva de derrota baste para inducir a uno de los bandos a rendirse. Si el otro

bando cree desde el principio que es probable este desenlace, se concentrará más en favorecer *esta probabilidad* que en la vía más larga de derrotar por completo al enemigo.

Aún influye más en la decisión de firmar la paz la conciencia de todo el esfuerzo que ya se ha realizado del que todavía queda por realizar. Como la guerra no es un acto de apasionamiento insensato sino que está controlada por su objetivo político, el valor de este objetivo determina los sacrificios que deben hacerse, tanto en magnitud como en duración. En cuanto el esfuerzo sobrepasa el valor del objetivo político, es preciso renunciar a éste y firmar la paz.

Vemos, pues, que si un bando no puede desarmar al otro por completo, el deseo de paz crecerá y mermará en ambos con la probabilidad de obtener más éxitos y con la magnitud del esfuerzo requerido. Si estos incentivos tienen igual fuerza en los dos lados, los dos resolverán sus diferencias políticas encontrándose a mitad del camino. Si el incentivo aumenta en un lado, disminuirá en el otro. La paz se alcanzará siempre que la suma del total sea suficiente, aunque el bando que la ansie con menos urgencia negociará en mejores condiciones, como es lógico.

Hasta el momento se ha ignorado intencionadamente un aspecto: la diferencia que el carácter *positivo o negativo* de la finalidad política producirá en la práctica. Como veremos más adelante, la diferencia es importante; pero, por el momento, adoptaremos una perspectiva más global, porque durante el conflicto los objetivos políticos iniciales pueden modificarse hasta el extremo de cambiar por completo, pues influyen en ellos los acontecimientos y sus probables consecuencias.

Se plantea ahora la cuestión de cómo aumentar las probabilidades de triunfo. Un medio lógico es elegir objetivos que conduzcan a la derrota del enemigo: *a la destrucción de sus fuerzas armadas y a la conquista de su territorio.* Pero nada sería igual si nuestro verdadero propósito fuese la completa derrota del enemigo. Al atacar, una cosa es planificar la primera operación como inicio de otras más que le seguirán hasta haber vencido toda resistencia y otra muy distinta lograr una única victoria para que el enemigo se sienta inseguro, para impresionarle con nuestra mayor fuerza y para hacerle dudar de su futuro. Si éste es nuestro objetivo, no emplearemos más fuerza de la estrictamente necesaria. Asimismo, la conquista del territorio adquiere una naturaleza distinta cuando el objeto no es la aniquilación

guerra real
D
guerra teórica

del enemigo. Si aspiramos a la victoria total, la destrucción de sus fuerzas armadas es la acción más adecuada y la ocupación del territorio mera consecuencia de ello. Ocupar tierras antes de derrotar al ejército debe considerarse, en el mejor de los casos, un mal necesario. Pero si, por el contrario, no aspiramos a destruir al ejército contrario y estamos convencidos de que el enemigo no adoptará decisiones brutales sino que, por el contrario, las teme, la captura de una provincia mal guarnecida o indefensa es *en sí misma una ventaja*; y si esta ventaja basta para que el enemigo tema el desenlace final, debe considerarse como atajo en el camino de la paz.

Pero hay otra vía. Es posible aumentar la probabilidad de victoria sin derrotar las fuerzas enemigas. Me refiero a operaciones que tienen consecuencias políticas directas, planificadas en primer lugar para romper las alianzas del adversario o para paralizarlas, para lograr nuevas alianzas para nuestro bando, para influir positivamente en el escenario político, etc. Si tales operaciones son posibles, es obvio que mejorarán considerablemente nuestras perspectivas y que abrirán un camino mucho más corto hacia el objetivo que la destrucción de los ejércitos contrarios.

La segunda cuestión es cómo influir en el esfuerzo que debe realizar el enemigo; en otras palabras, cómo lograr que la guerra le resulte más onerosa.

El esfuerzo invertido por el enemigo consta del *desgaste de sus fuerzas* (nuestra destrucción de ellas) y de la pérdida de territorio (nuestra conquista).

Un estudio más profundo hará evidente que estos dos factores varían de significado con el cambio de objetivos. Por regla general, las diferencias serán leves, pero esto no debe engañarnos pues, en la práctica, cuando los motivos en juego no son poderosos los matices más sutiles a menudo determinan los diferentes empleos de la fuerza. Por el momento, todo lo que importa es manifestar que, en determinadas condiciones, hay formas distintas de alcanzar el objetivo y que tales formas no son ni inconsistentes ni absurdas, ni siquiera erróneas.

Además, hay otros tres métodos que ayudan a incrementar el esfuerzo invertido por el enemigo. El primero de ellos es la *invasión*, es decir, la *captura de territorio enemigo*, no con el objeto de conservarlo, sino para obtener recursos financieros o, simplemente, para devastarlo. La finalidad inmediata no es en este

caso ni conquistar el país enemigo ni aniquilar su ejército, sino, simplemente, *causar daños generales*. El segundo método es dar prioridad a operaciones que aumentarán el sufrimiento del enemigo. Es fácil imaginar dos opciones: una operación es mucho más provechosa cuando la finalidad es derrotar al enemigo; la otra resulta más rentable cuando tal cosa es imposible. A la primera se le atribuye un carácter más militar, y más político a la segunda. Pero desde un punto de vista global, tan militar es una como la otra y ninguna de ellas es adecuada si no se cumplen ciertas condiciones. El tercer método, el más importante con diferencia a juzgar por la frecuencia con que se aplica, es *agotar al enemigo*. La expresión es más que una figura retórica: describe con exactitud su naturaleza y es menos metafórica de lo que podría parecer al principio. Desgastar al enemigo en un conflicto significa aprovechar *la duración de la guerra para causar el agotamiento paulatino de su resistencia física y moral*.

Si pretendemos resistir más que el adversario, hemos de conformarnos con los objetivos mínimos aceptables, pues los grandes objetivos exigen mayor esfuerzo que los pequeños. El objetivo mínimo es la *simple autodefensa*, es decir, el combate sin propósito positivo. Con una política de este tipo, nuestra fuerza relativa será máxima y también las posibilidades de un desenlace favorable. Pero ¿hasta dónde puede llevarse esta postura negativa? Evidentemente, no hasta el punto de transformarse en *pasividad completa*, pues la pura resistencia ni siquiera sería combatir. La resistencia es una forma de acción cuyo objeto es destruir la potencia enemiga en medida suficiente para obligarle a renunciar a sus intenciones. Cada acto de resistencia se limita a sí mismo y por eso la política de resistencia es negativa.

Sin duda, una única acción, si triunfa, aportará menos si tiene una finalidad negativa que si la tiene positiva. Pero justamente ahí está la diferencia: en el primer caso tiene más probabilidades de éxito y, por tanto, de proporcionar más seguridad. Lo que le falta en efectividad inmediata es lo que le permite explotar el tiempo, es decir, prolongar la guerra. Por tanto, el objetivo negativo, que es el núcleo de la pura resistencia, es también la fórmula natural para sobrevivir al enemigo, para agotarlo por completo.

Aquí reside el origen de la diferencia que domina toda la guerra: la diferencia entre *ataque y defensa*. No nos ocuparemos ahora de esto, pero sí diremos que de la finalidad negativa deri-

La q. Frente Unido y manobra

→ el enemigo debe renunciar a su objetivo

Algunos

De pura auto. La pura resistencia no es

van todas las ventajas, todas las formas más eficaces de lucha y que en ella se expresa la relación dinámica entre la magnitud y la probabilidad del triunfo. Volveremos sobre ello más adelante.

Si un objetivo negativo (el empleo de todos los medios disponibles en la mera resistencia) proporciona ventaja en la guerra, esta ventaja no sólo será suficiente para *equilibrar* toda superioridad del oponente, pues a la larga considerará que su fin político no vale el esfuerzo que cuesta, lo que le llevará a renunciar a su política. Es evidente que este método de desgaste del enemigo se aplica a gran número de los casos en que el débil se propone resistir al fuerte.

Federico el Grande jamás habría logrado derrotar a Austria en la Guerra de los Siete Años y habría quedado destruido infaliblemente si hubiera intentado luchar a la manera de Carlos XII. Pero durante siete años supo economizar hábilmente sus fuerzas y, por fin, convenció a los aliados de que tendrían que realizar un esfuerzo muy superior al que habían previsto. Por tanto, firmaron la paz.

Vemos ahora que en la guerra son muchos los caminos que conducen a la victoria y que no todos ellos consisten en derrotar por completo al adversario. Tales caminos van desde la destrucción de las fuerzas del enemigo y la conquista de su territorio hasta la ocupación o invasión temporales, proyectadas con una finalidad política inmediata a, por último, la espera pasiva del ataque enemigo. Cualquiera de estos medios puede utilizarse para quebrantar la voluntad del enemigo; la elección depende de las circunstancias. Hay que mencionar otra clase de acción, de atajo hacia el objetivo: lo que podrían describirse como argumentos *ad hominem*. ¿Hay en los asuntos humanos algún territorio en el que no cuenten las relaciones personales, en el que la energía que se desprende de estas relaciones no se imponga a todas las consideraciones prácticas? Las personalidades de estadistas y soldados son factores tan importantes que, en la guerra más que en ninguna otra ocasión, es vital no infravalorarlas. Baste mencionar este aspecto, sin incurrir en la pedantería de abordar una clasificación sistemática. No obstante, sí puede afirmarse que la personalidad y las relaciones personales elevan al infinito las posibles formas de alcanzar los objetivos políticos.

Considerar estos atajos como excepciones raras o minimizar las diferencias que pueden imponer en el modo de dirigir la guerra sería infravalorarlas. Para evitar ese error sólo hemos de

tener en cuenta la amplitud de la gama de intereses políticos que pueden conducir a la guerra o pensar en el abismo que separa una guerra de aniquilación, una lucha por la existencia política, de una guerra declarada con desgana como consecuencia de la presión política o de una alianza que ya no responde a los verdaderos intereses del Estado. Entre estos dos extremos hay muchos grados. Si rechazamos tan sólo uno de ellos sobre la base de consideraciones teóricas, igual podemos rechazarlos todos y perder el contacto con la realidad.

Esto en cuanto a los fines que se persiguen en la guerra; veamos ahora los medios.

No hay más que uno: el combate. Por muchas formas que adopte el combate, por mucho que se aleje de la descarga bruta de odio y enemistad de un encuentro físico, por muchas que sean las fuerzas que intervienen y que no forman en sí mismas parte de la lucha, es intrínseco al concepto mismo de guerra el que todo lo que ocurra debe originalmente derivarse del combate.

Es fácil demostrar que esto siempre es así, por muchas que sean las formas que adopte en la práctica. Todo lo que ocurre en la guerra es consecuencia de la existencia de fuerzas armadas; *pero siempre que se utilizan fuerzas armadas, es decir, individuos armados*, debe estar presente la idea del combate.

El arte militar abarca todo lo relacionado con las fuerzas armadas, todo lo que tenga que ver con su constitución, mantenimiento y empleo.

La constitución y el mantenimiento son, obviamente, sólo medios; el fin lo constituye su empleo.

En la guerra, el combate no es una disputa entre individuos. Es una totalidad hecha de muchas partes en la que pueden distinguirse dos elementos, uno determinado por el sujeto y el otro por el objetivo. La masa de combatientes de un ejército forma continuamente elementos nuevos que a su vez forman parte de una estructura superior. La actividad combativa de cada una de estas partes constituye un elemento definido con más o menos claridad. Además, el propio combate constituye un elemento de guerra por su misma finalidad, por su *objetivo*.

Cada uno de estos elementos que se diferencian en el curso de la lucha se llama un *combate*.

Si la idea de lucha subyace en todo uso de las fuerzas armadas, su empleo no es sino la planificación y organización de una serie de combates.

Por tanto, toda la actividad militar debe vincularse directa o indirectamente con el combate. El fin por el cual se recluta, viste, arma y entrena a un soldado, el objeto de que duerma, coma, beba y marche es, simplemente, que luche en el lugar y el momento oportunos.

Si todos los hilos de la actividad militar conducen al combate y controlamos el combate, los abarcaremos todos. Sus resultados se producen como consecuencia de nuestras órdenes y de su ejecución, nunca directamente por otras causas. Como en el combate todo está concentrado en la destrucción del enemigo, o mejor dicho de sus *fuerzas armadas*, lo que es inherente a su propio concepto, resulta que la destrucción de las fuerzas del enemigo es siempre el medio por el cual se alcanza el propósito del combate.

El propósito en cuestión puede ser la destrucción de las fuerzas del enemigo, pero no necesariamente; también puede ser otro muy distinto. Como hemos demostrado, la destrucción del enemigo no es el único medio de alcanzar el objetivo político cuando la guerra se dirige por otros objetivos. En consecuencia, esos otros objetivos pueden también transformar la finalidad de determinadas operaciones militares y también el propósito de los combates.

Aun cuando determinados combates secundarios se planifiquen directamente con la idea de destruir las fuerzas del adversario, esa destrucción no tiene por qué ser su interés primordial e inmediato.

Teniendo en cuenta la compleja estructura de un ejército y los numerosos factores que determinan su empleo, se ve que la actividad combativa de tal fuerza está también sujeta a una organización, una división de funciones y unas combinaciones igualmente complejas. Las distintas unidades deben en muchos casos asignarse a misiones que no guardan relación directa con la destrucción de las fuerzas enemigas, que pueden multiplicar sus pérdidas, pero sólo indirectamente. Si se ordena a un batallón que expulse al enemigo de una colina, un puente, etc., el verdadero objetivo es normalmente ocupar ese mismo punto. La destrucción de las fuerzas enemigas no es sino un medio para alcanzar un fin, un aspecto secundario. Si una simple demostración de fuerza basta para que el enemigo abandone esa posición, el objetivo se habrá logrado; pero, por regla general, la colina o el puente se conquistan solamente para infligir aún más daños

al enemigo. Si esto ocurre en el campo de batalla, con más razón en el teatro de operaciones, donde no se enfrentan sólo dos ejércitos, sino dos Estados, dos pueblos, dos naciones. La gama de posibles circunstancias y, por tanto, de posibles opciones se multiplica, lo mismo que la variedad de medidas; y la gradación de objetivos en distintos niveles de mando separará todavía más los recursos originales de la finalidad postrera.

Son, pues, muchas las razones por las que el propósito de un combate puede no ser la destrucción de las fuerzas enemigas, de las fuerzas situadas justamente frente a nosotros. Su destrucción puede ser sólo un medio para alcanzar algún otro fin. En una situación de este tipo, la destrucción total ya no tiene sentido; el combate no es sino una *prueba de fuerza*. En sí mismo carece de valor: su significado está en el resultado de la prueba.

Cuando una fuerza es mucho más poderosa que otra, puede bastar un simple cálculo. No habrá lucha y el bando más débil se rendirá al instante.

El hecho de que los combates no siempre tienen por finalidad destruir al oponente, de que sus objetivos se alcanzan a menudo sin lucha de ninguna clase, mediante una simple evaluación, explica por qué pueden conducirse campañas completas con gran energía incluso cuando la lucha real desempeña en ellas una parte poco importante.

En la historia de la guerra hay cientos de ejemplos que lo demuestran. Aquí sólo nos interesa reseñar que es *posible*; no hay necesidad de preguntarse con qué frecuencia resultaba apropiado o, en otras palabras, *coherente con el propósito global*, evitar la prueba de la batalla, o si todas las reputaciones forjadas en esas campañas soportarían la prueba del análisis crítico.

En la guerra no hay más que un medio: el combate. Pero la multiplicidad de formas que adopta el combate nos empujan en tantas direcciones distintas como las creadas por la multiplicidad de fines, de manera que nuestro análisis parece que no avanza. Pero no es así: el hecho de que sólo haya un medio constituye un hilo conductor que recorre toda la telaraña de la actividad militar y la mantiene unida.

Hemos demostrado que la destrucción de las fuerzas enemigas es uno de los muchos propósitos que pueden perseguirse en la guerra y hemos dejado a un lado el asunto de su importancia en relación con otros propósitos. En cualquier caso particular, la respuesta dependerá de las circunstancias y su importancia

Critica del
del combate

medio del
combate

Forma del medio

1

para la guerra en su conjunto queda por aclarar. Ahora debemos abordar esta cuestión y ver qué valor es preciso atribuir necesariamente a este propósito de destrucción.

El combate es la única fuerza efectiva en la guerra; su finalidad es destruir las fuerzas enemigas como medio para alcanzar un fin superior. Esto es cierto incluso cuando no se produce lucha real, pues el resultado se basa en la hipótesis de que, si se luchase, el enemigo resultaría aniquilado. Se desprende de ello que la destrucción de las fuerzas del enemigo está en la base de toda acción militar; todos los planes se basan en última instancia en esto, como un arco se apoya en la clave. Por tanto, todas las operaciones se emprenden con la convicción de que ocurrirá la prueba de armas definitiva y de que el resultado será favorable. La resolución mediante las armas es para todas las operaciones de guerra, mayores y menores, lo que el dinero para el comercio. Con independencia de lo complejas que sean las relaciones entre los dos bandos y aunque los choques se produzcan muy raramente, éstos nunca pueden faltar por completo.

Si vencer mediante el combate está en la base de todos los planes y operaciones, el enemigo puede frustrarlo todo por medio de una batalla triunfal. Esto no sólo ocurre cuando el encuentro afecta a un factor esencial del plan, sino cuando una victoria cualquiera tiene un alcance suficiente. Pues toda victoria importante, es decir, toda destrucción de fuerzas enemigas afecta a las posibilidades del otro bando. Como un líquido, estas posibilidades se asentarán a un nuevo nivel.

Por tanto, es obvio que la destrucción de las fuerzas enemigas es siempre el medio superior y más eficaz, y que ningún otro puede competir con él.

Pero, naturalmente, sólo podemos afirmar que la destrucción del enemigo es más eficaz si podemos suponer que todas las demás condiciones son iguales. Sería un gran error deducir de este argumento que el arrojo irreflexivo siempre triunfará sobre la prudencia experta: La agresividad ciega destruiría el propio ataque, no la defensa, y no es de esto de lo que estamos hablando. La máxima efectividad no se mide por los medios sino por el fin. Estamos comparando el efecto de distintos resultados.

Cuando hablamos de destruir las fuerzas del enemigo, debemos subrayar que nada nos obliga a limitar esta idea a las fuerzas físicas: también hay que considerar el elemento moral. Los dos están íntimamente combinados y son inseparables. Acaba-

mos de mencionar el efecto que una gran acción de destrucción, una victoria importante, ejerce inevitablemente sobre todas las demás acciones, y es justamente en esos momentos cuando el factor moral es, por así decir, el elemento más fluido de todos y, por tanto, el que se difunde más fácilmente y afecta a todo lo demás. La ventaja que la destrucción del enemigo tiene sobre todas las demás maneras se ve contrapesada por su coste y su peligro, y si se emplean otras políticas es sólo para evitar estos riesgos.

Que el método de la destrucción no pueda dejar de ser costoso es comprensible; a igualdad de otras circunstancias, cuanto mayor sea nuestro interés en destruir las fuerzas enemigas, tanto mayor habrá de ser nuestro esfuerzo.

El riesgo de este método estriba en que cuanto más grande sea el triunfo buscado, más grande será el riesgo de fracasar.

Hay otros métodos que permiten ganar con menos coste y que acarrear menos daños en caso de derrota, aunque esta norma sólo se cumple si los dos bandos actúan de la misma forma, si el enemigo sigue nuestra misma línea de actuación. Si el otro bando está pretendiendo ganar mediante una gran batalla, *su elección nos obligará a hacer lo mismo en contra de nuestra voluntad*. En este caso, el resultado de la batalla será decisivo, pero es obvio que a igualdad de otras circunstancias nuestro bando se hallaría en desventaja, pues nuestros planes y recursos se habían ajustado a otros objetivos, pero no así los del enemigo. Dos objetivos ninguno de los cuales forma parte del otro son mutuamente excluyentes, y una fuerza no puede aplicarse simultáneamente a los dos. Por tanto, si uno de los dos mandos está resuelto a ganar mediante grandes batallas, tendrá grandes probabilidades de triunfar si está seguro de que su oponente sigue una línea distinta. Y viceversa: el mando que desea adoptar otras vías sólo puede hacerlo de manera razonable si supone que su enemigo está igualmente poco dispuesto a recurrir a grandes batallas.

Lo que se ha dicho sobre planes y fuerzas dirigidos a otros usos se refiere sólo a los propósitos positivos, distintos de la destrucción del enemigo, que pueden perseguirse en la guerra. *No guarda ninguna relación con la resistencia pura*, que pretende agotar la fuerza del contrario. La resistencia pura carece de intención positiva; podemos usar nuestras fuerzas sólo para frustrar las intenciones del enemigo, pero no desviarlas hacia otros objetivos.

Ver el más fuerte

(11)

(11)

Ahora debemos considerar el lado negativo de destruir las fuerzas del enemigo, que es la conservación de las nuestras. Estos dos esfuerzos siempre van unidos e interaccionan. Forman parte de un único propósito y sólo necesitamos considerar el resultado si uno de los dos domina sobre el otro. El esfuerzo de destruir las fuerzas del enemigo tiene un propósito positivo y conduce a resultados positivos cuya finalidad última es la aniquilación del enemigo. Conservar nuestras propias fuerzas tiene un propósito negativo; frustra las intenciones del enemigo, pues se trata de mera resistencia cuyo objetivo fundamental no puede ser sino prolongar la guerra hasta que el enemigo se agote.

La política de propósito positivo demanda la acción de destrucción en sí misma; la de propósito negativo lo espera.

El tiempo durante el cual pueda o deba mantenerse tal actitud de espera es un asunto que estudiaremos en conexión con la teoría del ataque y la defensa, pues aquí interviene su elemento básico. Por el momento basta con decir que una política de espera no debe transformarse jamás en resistencia pasiva, que cualquier acción que forme parte de ella debe buscar la destrucción de las fuerzas contrarias igual que cualquier otro objetivo. Constituiría un error básico imaginar que una finalidad negativa lleva aparejada la preferencia de una solución con menos derramamiento de sangre frente a la destrucción del enemigo. Un esfuerzo primordialmente negativo puede, por supuesto, conducir a tal preferencia, pero siempre con el riesgo de que no sea la solución adecuada; esto depende de factores determinados no por nosotros, sino por nuestro adversario. Por tanto, evitar el derramamiento de sangre es una política que no debería adoptarse si nuestro principal interés es conservar nuestras fuerzas. Por el contrario: si una política así no se adapta a la situación de que se trate, llevaría a nuestras fuerzas al desastre. Muchos generales han fracasado debido a esta suposición equivocada.

Un efecto seguro que siempre tiene una política primordialmente negativa es retrasar la solución; en otras palabras: la acción se transforma en espera del momento decisivo. Esto significa casi siempre que la acción se demora en el tiempo y el espacio en la medida en que el espacio sea relevante y las circunstancias lo permitan. Si llega un momento en que la prolongación de la espera empieza a presentar demasiados inconvenientes, es que la ventaja de la política negativa ya se ha

agotado. La destrucción del enemigo, postergada hasta ese momento, pero no reemplazada por otra consideración, se plantea de nuevo.

Nuestro análisis ha demostrado que, aunque en la guerra son muchos y diferentes los caminos que conducen a la meta, al logro del objetivo político, la lucha es el único medio posible. Todo está regido por una ley suprema: la solución por la fuerza de las armas. Si el adversario busca la batalla, no se le puede negar jamás. El general que prefiera otra estrategia debe ante todo cerciorarse de que su adversario no recurrirá al supremo tribunal, la fuerza, o perderá el pleito si lo hace. En resumen: de todos los posibles objetivos de la guerra, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo es siempre el más importante.

Más adelante iremos viendo poco a poco qué otras estrategias pueden tener éxito en la guerra. Por el momento, basta admitir la *posibilidad general de su existencia*, la posibilidad de apartarse del concepto básico de guerra bajo la presión de circunstancias especiales. Pero no debemos dejar de subrayar que la *resolución violenta de la crisis*, el deseo de aniquilar las fuerzas del enemigo, es el primogénito de la guerra. Si el objetivo político es menor, los motivos débiles y las tensiones bajas, un general prudente puede procurar a toda costa evitar crisis importantes y acciones decisivas, explotar cualquier debilidad de la estrategia militar y política del adversario y, por último, alcanzar un acuerdo de paz. Si sus hipótesis están bien fundadas y prometen el triunfo, no tenemos derecho a criticarle. Pero no debe olvidar nunca que se está aventurando por caminos tortuosos en los que el dios de la guerra podría sorprenderle en cualquier momento. Debe vigilar constantemente a su adversario para no acercarse a él armado con un espadín ornamental cuando aquél esgrime un sable bien afilado.

Estas conclusiones afectan a la naturaleza de la guerra y a la función de sus fines y medios; a la forma en que la guerra se aparta en la práctica en mayor o menor grado de este concepto básico y riguroso y adopta una u otra forma, pero siempre sujeta a él como ley suprema. En los análisis que siguen hemos de tener en cuenta todos estos puntos si queremos percibir las relaciones reales entre todos los aspectos de la guerra y el verdadero significado de cada uno, y si queremos evitar caer constantemente en las más disparatadas incoherencias con la realidad y hasta con nuestros propios argumentos.

CAPÍTULO TRES

SOBRE EL GENIO MILITAR

Para llevar a cabo con algún grado de virtuosismo una actividad compleja es preciso contar con ciertos dones del intelecto y del temperamento. Si estos dones son sobresalientes y se manifiestan en forma de logros excepcionales, se dice de quien los posee que es un «genio».

Soy consciente de que este término se utiliza en muchos sentidos que difieren en cuanto a grado y naturaleza. También sé que algunos de estos significados dificultan la determinación de la esencia del genio. Pero como no alardeo de conocimientos especiales de filosofía ni gramática, puedo permitirme utilizar la palabra en su sentido ordinario, que entiende por «genio» una aptitud mental muy desarrollada en relación con una ocupación determinada.

Examinemos brevemente esta facultad, esta distinción de la mente para fijar sus cualidades con mayor detalle y entender mejor la idea. Pero no podemos limitar el análisis al *genio* propiamente dicho, a un grado de talento superlativo, pues este concepto carece de límites mensurables. Lo que hemos de hacer es estudiar todos los dones de la mente y el temperamento que

se combinan en la actividad militar: son los que, considerados en conjunto, constituyen la *esencia del genio militar*. Hemos dicho *en conjunto*, pues está precisamente en la esencia del genio militar el no estar constituido por una sola cualidad, valor por ejemplo, mientras que otros dones de la mente o el temperamento faltan o no son adecuados para la guerra. El genio consiste en una *combinación armoniosa de elementos* en la que puede dominar una u otra cualidad, pero en la cual ninguna entra en conflicto con el resto.

Si todo soldado necesitase cierto grado de genio militar nuestros ejércitos serían muy débiles, pues el término se refiere a una casta especial de potencias mentales o morales que raramente pueden darse en un ejército, pues una sociedad ha de emplear sus capacidades en áreas muy variadas. Cuanto menor sea la gama de actividades de una nación y más domine en ella el factor militar, tanto mayor será la incidencia del genio militar. Pero esto sólo se aplica a su distribución, no a su calidad. Ésta depende del *desarrollo intelectual general* de una sociedad determinada. En cualquier raza primitiva guerrera el espíritu de combate es mucho más común que entre pueblos civilizados y lo poseen casi todos los soldados. Pero en las sociedades civilizadas, sólo la necesidad estimula ese espíritu en el conjunto del pueblo, pues carecen de la disposición natural para él. Por otra parte, jamás hallaremos un salvaje que sea un gran general, muy raramente daremos con uno que tenga genio militar, ya que esto requiere cierto grado de poder intelectual que está más allá de lo que puede desarrollar un pueblo primitivo. Por supuesto, también las sociedades civilizadas pueden tener un carácter guerrero más o menos marcado, y cuanto más lo desarrollen, tanto mayor será el número de hombres con espíritu militar en sus ejércitos. La posesión de genio militar coincide con el más alto grado de civilización: las sociedades más desarrolladas producen los soldados más brillantes, como nos han demostrado Roma y Francia. Entre estos pueblos, como entre otros también afamados por su capacidad para la guerra, los más grandes nombres no surgen hasta que no se ha alcanzado un elevado nivel de civilización.

Ya podemos imaginar la importante función que la potencia intelectual desempeña en las formas más elevadas de genio militar. Examinemos ahora más de cerca este asunto.

La guerra es el ámbito del peligro; por tanto, el valor es el primer requisito del soldado.

Hay dos clases de valor: valor ante el peligro personal y valor para aceptar responsabilidades, ya sea ante el tribunal de alguna potencia exterior o ante el tribunal de la propia conciencia. Aquí sólo hablaremos de la primera clase.

El valor ante el peligro personal adopta también dos formas: indiferencia ante el peligro, debido a características personales, a tener la vida en poco aprecio o a la costumbre. En cualquier caso, debe considerarse una *condición* permanente. El valor puede también ser resultado de motivaciones positivas, como ambición, patriotismo o entusiasmo de cualquier clase. En este caso es un sentimiento, una emoción, no un estado permanente.

Estos dos tipos de valor actúan de manera diferente. El primero es más de fiar, pues se ha convertido en segunda naturaleza y no falla jamás. El otro suele alcanzar metas más altas. Hay más seguridad en el primer tipo y más arrojo en el segundo. El primero deja la mente más calmada, mientras que el segundo puede estimular, pero también cegar. *El tipo de valor más elevado es una combinación de estas dos formas.*

La guerra es el reino del esfuerzo físico y el sufrimiento. Estas dos fuerzas destruyen a quien no se hace indiferente a ellas; por tanto, la cuna o el entrenamiento deben proporcionarnos cierta fortaleza de cuerpo y alma. Si tenemos estas cualidades, y aunque sólo tengamos además sentido común para orientarlas, estaremos bien equipados para la guerra. Estas son justamente las virtudes que tienen los pueblos primitivos y semicivilizados.

Si continuamos con las exigencias que la guerra solicita de quienes la practican, llegamos al terreno dominado por las *fuerzas del intelecto*. La guerra es el reino de la incertidumbre. Las tres cuartas partes de los factores en que se basan las acciones bélicas están envueltos en una niebla de mayor o menor incertidumbre. Se exige un juicio sensato y perspicaz; una inteligencia entrenada en desvelar la verdad.

Una inteligencia media puede identificar la verdad ocasionalmente y un valor excepcional puede de vez en cuando compensar un desatino; pero la insuficiencia intelectual suele manifestarse en forma de resultados vulgares.

La guerra es el reino del azar. En ninguna otra actividad humana tiene tanta influencia; ninguna otra tiene tantos y tan variados encuentros con sus intromisiones. El azar lo hace todo más incierto e interfiere con el curso de los acontecimientos.

Como todas las informaciones e hipótesis están sujetas a la duda y como el azar actúa sobre todo, el mando descubre continuamente que las cosas no son como esperaba. Esto no puede dejar de influir en sus planes o, al menos, en las hipótesis en que se apoyan. Si esta influencia tiene fuerza suficiente para alterar sus planes, normalmente deberá elaborar otros nuevos, aunque no siempre dispone de la información necesaria para ello. En el curso de una operación, las decisiones deben normalmente adoptarse sobre la marcha, y no siempre hay tiempo para examinar la situación, ni siquiera para estudiarla por completo. Es cierto que por lo general los datos y evaluaciones nuevos no bastan para hacernos renunciar a nuestras intenciones: sólo las ponen en tela de juicio. Sabemos más cosas, pero esto no reduce nuestra incertidumbre, sino que la aumenta. Los informes de última hora no se reciben completos, sino muy fragmentariamente. Interfieren sin cesar con nuestras decisiones y hemos de tener la mente siempre lista para afrontarlas.

Para que la mente salga indemne de esta interminable lucha con lo imprevisto, son indispensables dos cualidades: *en primer lugar, una inteligencia que, hasta en las horas más negras, conserve algún destello de la luz interior que conduce a la verdad; y en segundo lugar, el valor de seguir esta débil luz lleve a donde lleve.* La primera de estas cualidades queda bien descrita por la expresión *golpe de vista*. La segunda es la *determinación*.

El aspecto de la guerra que siempre ha llamado más la atención es el combate. Como el tiempo y el espacio son elementos importantes del combate y como tuvieron una importancia muy especial en la época en que el ataque de la caballería era el factor decisivo, la *idea de una capacidad de decisión rápida y acertada* se basó ante todo en evaluaciones del tiempo y del espacio y, en consecuencia, se describió con un nombre que sólo tiene en cuenta los aspectos visuales. Muchos teóricos de la guerra han utilizado la expresión en ese sentido limitado. Pero pronto empezó a aplicarse también a cualquier decisión acertada adoptada en plena acción, como detectar el punto idóneo para lanzar el ataque, etc. Por tanto, *el golpe de vista no se refiere sólo al ojo físico sino, con mayor frecuencia, al ojo interior.* La expresión, como la cualidad a la que hace referencia, siempre ha sido más aplicable a la táctica, pero también debe tener su sitio en la estrategia que con frecuencia exige también decisiones rápidas. Despojada de toda metáfora y de las limitaciones impuestas por

la expresión, esta cualidad consiste en la capacidad para detectar rápidamente una verdad que el pensamiento normalmente pasaría por alto o descubriría sólo después de mucho estudio y reflexión.

La determinación en un caso aislado es una manifestación de valor. Cuando se convierte en algo característico, es un hábito mental. Pero no se trata aquí de valor físico, sino de valor para aceptar responsabilidades, de valor frente al peligro moral. Con frecuencia se ha llamado a esto *entereza de espíritu*, porque es de origen intelectual. Pero no por ello es un acto de la inteligencia, sino un acto del temperamento. La inteligencia por sí sola no es valor; vemos a menudo que las personas más inteligentes son irresolutas. Como en la vorágine de los acontecimientos el hombre se rige por las sensaciones más que por el pensamiento, el intelecto debe suscitar la cualidad del valor, que a su vez lo apoya y lo mantiene en acción.

Vista de este modo, la función de la determinación es limitar las agonías de la duda y los riesgos de la vacilación cuando los motivos para la acción son insuficientes. Coloquialmente, el término «determinación» también se aplica a cierta propensión a la osadía, la belicosidad, el arrojo o la temeridad. Pero cuando un hombre tiene un fundamento suficiente sobre el que actuar, sea subjetivo u objetivo, cierto o falso, no puede decirse de él con propiedad que sea «determinado» o «decidido». Esto equivaldría a colocarse en su situación y a sopesar en una balanza unas dudas que él nunca sentirá. En este caso, es una simple cuestión de fortaleza o debilidad. No soy tan pedante como para oponerme al uso común de un término por matices tan leves; el único propósito de estas observaciones es evitar malentendidos.

La determinación, que barre la duda, es una cualidad que sólo puede ser estimulada por el intelecto, y además por el intelecto de un tipo de mente especial. La determinación exige más que la mera combinación de visión penetrante con emociones adecuadas. Hay quienes pueden poner el cerebro más agudo al servicio de los problemas más formidables y además tienen el valor necesario para aceptar responsabilidades graves; pero cuando afrontan una situación difícil se muestran incapaces de tomar una decisión. Su valor y su inteligencia actúan en compartimentos separados, no colaboran y, por tanto, no inducen la determinación. Ésta sólo se engendra en virtud de un *acto*

mental; la mente dice al hombre que hace falta arrojo y orienta así su voluntad. Esta clase particular de mente, que utiliza el miedo a *divagar* y a *dudar* para barrer todos los demás temores, es la fuerza que aporta determinación a los hombres fuertes. Por tanto, los hombres poco inteligentes carecen de determinación en el sentido en que estamos usando aquí el término. Pueden actuar sin dudar en una crisis, pero en tal caso actúan también *sin reflexionar*; y, naturalmente, quien no reflexiona no puede verse desgarrado por las dudas. Hay veces en que esta clase de acciones resultan apropiadas, pero como ya he dicho, es el *resultado medio* el que revela el genio militar. Esta declaración puede sorprender al lector que conozca a determinados oficiales de caballería poco inclinados al pensamiento profundo; debe recordar que estamos hablando de un tipo especial de inteligencia, no de gran capacidad de meditación.

En resumen, creo que la determinación procede de un tipo especial de mente, más enérgica que brillante. Refuerzan esta interpretación los numerosos ejemplos de hombres que muestran gran determinación cuando son oficiales jóvenes para perderla cuando ascienden en el escalafón. Conscientes de la necesidad de decidir, también ven los riesgos que acarrea una decisión *errónea*; como no están familiarizados con los problemas a los que ahora se enfrentan, su mente pierde la agudeza que antes tenía. Cuanto más habituados han estado a la acción instantánea, tanto más aumenta su indecisión a medida que van siendo conscientes de los peligros de la vacilación que los asedia.

Después de haber tratado el *golpe de vista* y la determinación, es lógico pasar a una cualidad próxima: la *presencia de ánimo*. Ésta desempeña una importante función en la guerra, el dominio de lo inesperado, pues consiste en la mayor capacidad para tratar con lo inesperado. Admiramos la presencia de ánimo ante una buena respuesta, como admiramos el pensamiento rápido ante el peligro. En ninguno de los dos casos debe ser excepcional, siempre que se adapte a la situación. La reacción que sigue a una reflexión profunda y prolongada se percibe como una cosa corriente, pero produce el mayor placer cuando adopta la forma de respuesta inmediata. La expresión «presencia de ánimo» refleja precisamente la rapidez y la inmediatez de la ayuda que presta el intelecto.

Que esta cualidad espléndida derive de una clase especial de mente o de unos nervios bien templados depende de la natura-

leza del incidente, pero no pueden faltar por completo ninguno de estos dos rasgos. Una respuesta rápida revela agudeza; la abundancia de recursos frente a un peligro súbito exige, ante todo, nervios bien templados.

Cuatro elementos componen el clima de la guerra: peligro, esfuerzo, incertidumbre y azar. Si los consideramos en su conjunto se hace evidente la fortaleza de mente y carácter necesaria para moverse con seguridad y tino entre estos obstáculos. Según las circunstancias, los comentaristas e historiadores de la guerra utilizan términos como *energía, firmeza, solidez, equilibrio emocional y fortaleza de carácter*. Estos productos de una naturaleza heroica casi pueden considerarse manifestaciones de una misma virtud: la fuerza de voluntad, que se adapta a las circunstancias; no obstante, aunque estrechamente interrelacionadas, no son idénticas. Merece la pena examinar con más detenimiento las fuerzas psicológicas que hay en juego.

Para empezar, la claridad de pensamiento exige tener una cosa en cuenta: del peso, la carga, la resistencia, llámese como se quiera, que pone a prueba la resistencia psicológica del soldado, sólo una parte pequeña es *resultado directo de la actividad del enemigo, de su resistencia o de sus operaciones*. El impacto directo y primario de la actividad del enemigo recae inicialmente en la persona del soldado, sin afectar a su capacidad de mando. Si, por ejemplo, el enemigo resiste cuatro horas en lugar de dos, el oficial al mando se encuentra en peligro el doble de tiempo; pero cuanto mayor sea el rango de ese oficial, menos importancia tiene este factor, y para el comandante supremo no significa absolutamente nada.

Una segunda vía por la cual la resistencia del enemigo afecta *directamente* al comandante es la pérdida causada por la resistencia prolongada y la influencia que esto ejerce sobre su sentido de la responsabilidad. La profunda ansiedad que debe experimentar socava y pone a prueba su fuerza de voluntad. Pero creo que esta no es de ningún modo la más pesada de las cargas que debe soportar, pues sólo debe responder ante sí mismo. Todos los demás efectos de la acción del enemigo los soportan los hombres que están bajo su mando y que *repercuten en él a través de ellos*.

Cuando una unidad lucha con alegría, moral elevada y ánimo exaltado raramente hace falta mucha fuerza de voluntad; pero cuando las condiciones se ponen difíciles, como ocurre

cuando hay mucho en juego, la unidad deja de funcionar como una máquina bien engrasada. La máquina empieza a ofrecer resistencia y el comandante necesita una enorme fuerza de voluntad para superarla. Esta *resistencia* que ofrece la máquina no se debe necesariamente a la indisciplina o a las discusiones, muy frecuentes entre soldados. Es el impacto de la erosión de la moral y la resistencia física, del espectáculo descorazonador de los muertos y heridos lo que el comandante ha de soportar, primero en sí mismo y luego en todos los que directa o indirectamente han confiado en él con sus ideas y sus sentimientos, con sus esperanzas y sus temores. Así como la fuerza de los hombres se agota y deja de responder a su voluntad, la inercia del conjunto va recayendo únicamente en la fuerza de voluntad del comandante. El ardor de su espíritu debe reavivar la llama de la decisión en los otros; su fuego interior tiene que devolverles la esperanza. Sólo en la medida en que pueda hacer esto mantendrá su posición ante sus hombres y conservará el control. Si pierde su posición, si su valor ya no logra reavivar el valor de sus hombres, la masa le arrastrará al fondo de un mundo de brutalidad donde el peligro se esquivo y la vergüenza no se conoce. Estas son las cargas que el valor y la fuerza de voluntad del comandante deben contrarrestar en la batalla para obtener resultados sobresalientes. Las cargas aumentan con el número de hombres que se tienen al mando y, por tanto, cuanto más elevado sea el rango, tanto mayor será la fortaleza de carácter necesaria para soportar la carga.

La *energía* puesta en acción varía en proporción con el motivo que la genera, que puede ser resultado de la convicción intelectual o de la emoción. En cualquier caso, es difícil producir una gran fuerza en ausencia de emoción.

Hay que admitir que, de todas las pasiones que inspiran al hombre en la batalla, ninguna es tan poderosa y constante como el anhelo de honores y fama. La lengua alemana ha manchado injustamente esta pasión asociándola con dos significados innobles: «avidez de honor» (*Ehrgeiz*) y «persecución ansiosa de la gloria» (*Ruhmsucht*). Sin duda, el abuso de este noble anhelo ha castigado a la raza humana con las afrentas más insoportables; empero, su origen autoriza a colocarlo entre las ambiciones más elevadas de la naturaleza humana. En la guerra actúan como el imprescindible hálito vital que anima la masa inerte. Hay otras emociones más comunes y más veneradas (patriotismo, idealis-

mo, venganza, entusiasmo) pero no reemplazan a la sed de fama y honor. Sin duda, pueden estimular la masa y ponerla en marcha e inspirarla, pero no pueden dar al comandante la ambición necesaria para esforzarse más que el resto, que es la condición necesaria para distinguirse. A diferencia de la ambición, no pueden hacer que ponga en todos los aspectos de la lucha un interés personal que le lleve a sacar el máximo partido a todas las oportunidades, a labrar con vigor y a sembrar con cuidado para cosechar con abundancia. Es sobre todo este espíritu de servicio por parte del comandante a todos los niveles, esta inventiva, esta energía y este entusiasmo competitivo lo que da la vida a un ejército y lo conduce a la victoria. Y en cuanto al comandante supremo, cabe preguntarse si la historia ha conocido alguna vez a un gran general que no fuese ambicioso, si una figura así es tan siquiera concebible.

La *constancia* indica firmeza de la voluntad frente a un solo golpe; el *aguante* es la resistencia prolongada.

Aunque los dos términos son parecidos y muchas veces se utilizan como sinónimos, la diferencia entre ellos es sustancial e inconfundible. La constancia frente a un único golpe puede ser resultado de una emoción intensa, mientras que la inteligencia ayuda a aguantar. Cuanto más dura una acción, más deliberado ha de ser el aguante, una de las fuentes de la fortaleza.

Llegamos ahora a la *fortaleza de carácter o de espíritu*, pero antes de nada es preciso preguntarse lo que esto significa.

Por supuesto, nada tiene que ver con la exhibición vehemente de sentimientos o con el temperamento apasionado, con los que quizá podría asociarse. La fortaleza de carácter expresa la capacidad para conservar la cabeza en momento de tensión excepcional y emociones violentas. ¿Podría derivar esta facultad sólo de la fuerza intelectual? Lo dudo. Desde luego, no se puede llegar a la conclusión contraria basándose en el hecho de que algunos hombres de inteligencia descollante pierden el control; cabe argüir que la cualidad necesaria es una mente más poderosa que capaz. Pero se acercaría más a la verdad suponer que la facultad conocida como *autocontrol* (la virtud de conservar la calma incluso en situaciones de tensión enorme) hunde sus raíces en el temperamento. Es una emoción que sirve para equilibrar los sentimientos apasionados propios de un carácter fuerte sin destruirlos, y es sólo este equilibrio el que garantiza el dominio del intelecto. Este contrapeso que equilibra es sencillamente

el sentido de la dignidad humana, el orgullo más noble y la necesidad más profunda: el anhelo de *actuar racionalmente en todo momento*. Por tanto, podemos argumentar que un carácter fuerte es el que no se deja desequilibrar por las emociones más poderosas.

Si consideramos las diferencias que hay entre las reacciones emocionales de los hombres, nos encontramos en primer lugar con un grupo formado por quienes tienen poca capacidad para excitarse, normalmente descritos como «impasibles» o «flemáticos».

Un segundo grupo reúne a hombres extremadamente activos pero cuyos sentimientos jamás se elevan por encima de determinado nivel; son los sensibles pero tranquilos.

Pertenecen a un tercer grupo aquéllos cuyas pasiones se inflaman con facilidad y en quienes la excitación estalla súbitamente, pero se agota en poco tiempo, como la pólvora. Llegamos por último a los que no reaccionan ante los asuntos de escasa entidad, los que se conmueven muy poco a poco, nunca de repente, pero cuyas emociones alcanzan una fortaleza y una resistencia enormes. Estos son los hombres con pasiones fuertes, profundas y ocultas.

Estas variantes probablemente guardan relación con las *fuerzas físicas* que operan sobre el ser humano, forman parte de ese órgano dual que llamamos sistema nervioso, que tiene una cara física y otra psicológica. No tiene sentido que nos adentremos en este oscuro territorio con nuestro escaso conocimiento científico, pero es importante señalar cómo pueden afectar a la actividad militar estas diversas combinaciones psicológicas y averiguar hasta dónde se puede recurrir a ellas para descubrir la mayor fortaleza de carácter.

Los hombres *impasibles* raramente pierden el equilibrio, pero la completa ausencia de vigor no puede interpretarse como fortaleza del carácter. Sin embargo, no puede negarse que la imperturbabilidad de estos hombres les proporciona cierta utilidad limitada en la guerra. Casi nunca están profundamente motivados, carecen de iniciativa y, por tanto, no son particularmente activos pero, a cambio, rara vez suelen cometer errores graves.

Lo más llamativo de las personalidades del segundo grupo es que las menudencias pueden ponerlos súbitamente en acción, mientras que los asuntos de envergadura suelen abrumarlos. Esta clase de hombres ayudarán encantados a un individuo ne-

cesitado, pero la desgracia de un pueblo entero sólo los entristecerá, nunca les inducirá a actuar.

En la guerra, estos hombres no carecen de energía y equilibrio, pero raramente alcanzan metas de importancia, a menos que tengan un *intelecto muy poderoso* que les proporcione el estímulo necesario. Pero es raro hallar esta clase de temperamento combinado con una mente poderosa e independiente.

Las emociones inflamables, los sentimientos que se excitan con facilidad, suelen tener poco valor en la vida práctica y, por ende, también en la guerra. Sus impulsos son fuertes, pero breves. Si la energía de estos hombres se combina con el valor y la ambición encontrarán su mayor utilidad a niveles de mando bajos, porque las acciones que controlan los oficiales jóvenes son de corta duración. Con frecuencia basta una sola decisión valiente, un estallido de fuerza emocional. Un asalto osado es cuestión de algunos minutos, mientras que una batalla enconada puede durar un día entero y una campaña todo un año.

Debido a la volatilidad de sus emociones, a esos hombres les cuesta mucho más conservar el equilibrio; pierden la cabeza con frecuencia, y no hay nada peor durante el servicio activo. Al mismo tiempo, sería falso decir que las mentes muy excitables no pueden ser fuertes, porque en ocasiones saben conservar el equilibrio incluso bajo las más fuertes presiones. ¿Por qué no iban a tener el sentido de su propia dignidad si, en general, se encuentran entre las mejores naturalezas? De hecho, sí suelen tener ese sentido, pero no le dan tiempo a manifestarse. Cuando la crisis ha pasado, tienden a avergonzarse de su comportamiento. Si se entrenan, la consciencia y la experiencia acaban por enseñarles antes o después la forma de defenderse de sí mismos. De esta manera, en situaciones caóticas entra en funcionamiento un contrapeso interior que les permite afirmarse y actuar con enorme fortaleza de carácter.

Llegamos por último a los hombres que difícilmente se conmueven, pero que poseen sentimientos fuertes; son al tipo anterior lo que el calor a una lluvia de chispas. Son los más capacitados para convocar las fuerzas titánicas necesarias para remover las enormes cargas que obstaculizan la actividad en la guerra. Sus emociones se mueven como las grandes masas: despacio, pero con una fuerza irresistible.

Estos hombres no se dejan arrastrar por sus emociones tan a menudo como los del tercer grupo, pero la experiencia de-

muestra que también pueden perder el equilibrio y ceder a la pasión ciega. Ocurre esto cuando carecen del noble orgullo del autocontrol o cuando no lo poseen en una medida suficiente. Se observa esta condición sobre todo entre los grandes hombres de las sociedades primitivas, donde la pasión tiende a suplir la ausencia de disciplina intelectual. Pero incluso entre pueblos educados y sociedades civilizadas los hombres se dejan arrastrar a menudo por la pasión, igual que en la Edad Media el cazador furtivo obsesionado con un venado se perdía en el interior del bosque.

Lo repito una vez más: la fortaleza de carácter no consiste sólo en tener sentimientos poderosos, sino en mantener el equilibrio a pesar de ellos. Incluso con la violencia de la emoción, el juicio y los principios deben actuar como el compás de un barco, que detecta el más ligero cambio por agitado que esté el mar.

Decimos de un hombre que tiene fortaleza de carácter o, simplemente, carácter, si se atiene a sus convicciones, procedan éstas de sus opiniones o de las de algún otro y con independencia de que representen principios, actitudes, percepciones repentinas o cualquier otra fuerza mental. Como es lógico, esta *firmeza* no puede manifestarse en un hombre que continuamente cambia de ideas. Los cambios no tienen por qué obedecer necesariamente a influencia externa: pueden ser consecuencia de la actividad de la propia inteligencia pero, en cualquier caso, sugieren una mente insegura. Obviamente, no puede decirse que un hombre cuyas opiniones cambian continuamente, aunque sea como resultado de sus propias reflexiones, sea un *hombre de carácter*. Esta expresión se aplica únicamente a los hombres cuyos puntos de vista son *estables y constantes*. Esto puede ser porque aquellos hombres tengan unas ideas bien pensadas, claras y apenas sometidas a revisión o, en el caso de los hombres indolentes, consecuencia de la falta de esfuerzo mental y, por tanto, de motivaciones para modificar los propios puntos de vista; por último, también puede ser porque una decisión firme, basada en principios fundamentales derivados de la reflexión, es relativamente inmune a los cambios de opinión.

Con su masa de impresiones vigorosas y con las dudas que acompañan a todas las informaciones y opiniones, no hay ninguna actividad tan capaz como la guerra de privar a los hombres de la confianza en sí mismos y en los demás, y de apartarlos de la línea de actuación que se habían marcado inicialmente.

Ante la presencia imponente del sufrimiento y el peligro, la emoción se impone fácilmente a las convicciones intelectuales; en esta niebla psicológica es tan difícil elaborar percepciones claras y completas que el cambio de postura se hace más comprensible y excusable. La acción nunca puede basarse en nada más firme que el instinto, la percepción inconsciente de la verdad. Por tanto, en ninguna circunstancia son las diferencias de opinión tan agudas como en la guerra, y las nuevas nunca dejan de socavar las convicciones propias. Ningún grado de calma puede proporcionar protección suficiente; las impresiones nuevas son demasiado poderosas, demasiado vigorosas y siempre actúan tanto sobre las emociones como sobre el intelecto.

Sólo los principios y actitudes generales que derivan de un conocimiento claro y profundo pueden servir como guía *global* de acción. Las opiniones sobre problemas concretos deben sujetarse a estos principios generales. Lo difícil es mantenerse fiel a estos resultados de la contemplación en la corriente de acontecimientos y opiniones nuevos. A menudo hay un vacío entre los principios y los acontecimientos reales que una cadena de deducciones lógicas no siempre alcanza a salvar. Hace falta cierto grado de confianza en uno mismo, y también es saludable algo de escepticismo. En muchos casos bastará nada menos que un principio imperativo, que no forma parte del proceso mental inmediato, pero que lo domina; ese principio dice que, en caso de duda, *hay que mantenerse siempre fiel a la opinión que se sostenía en primer lugar y rechazar cualquier otra, salvo que obligue a ello una convicción clara*. Hace falta tener fe en la verdad irrefutable de los principios probados; la viveza de las impresiones pasajeras no debe hacernos olvidar que esa verdad que contienen es menos llamativa. Si, en caso de duda, damos prioridad a nuestras primeras convicciones y las mantenemos con obstinación, nuestras acciones adquirirán esa calidad de estabilidad y coherencia que se describe como fortaleza de carácter.

Es obvio que la fortaleza de carácter depende en gran medida del temperamento equilibrado; por ello, casi todos los hombres con emociones poderosas y estables son también hombres de carácter fuerte.

La fortaleza de carácter puede degenerar en *obstinación*. La línea que separa una condición de la otra es a veces difícil de trazar en situaciones concretas, pero resulta fácil de establecer teóricamente.

La obstinación *no es un defecto intelectual*; deriva de la renuencia a admitir que uno está equivocado. Achacar esto a la mente sería ilógico, pues la mente es la sede del juicio. La obstinación *es un defecto del temperamento*. La terquedad y la intolerancia a la contradicción derivan de un tipo especial de *egotismo* que coloca por encima de todo el *placer de la autonomía intelectual a la que los otros deben doblegarse*. También podría llamarse a esto vanidad, pero se trata de algo superior: la vanidad se contenta con la apariencia, mientras que la obstinación exige realidad material.

Por tanto, postulamos que la fortaleza de carácter se transforma en obstinación en cuanto alguien se opone a un punto de vista, no desde una capacidad de percepción superior ni por fidelidad a un principio de orden más elevado, sino *por instinto de oposición*. Hay que admitir que una definición así no resulta muy práctica, pero en todo ayuda a evitar la interpretación de la obstinación como una forma más intensa de la fortaleza de carácter. Hay una diferencia básica entre las dos cosas. Ambas están íntimamente relacionadas, pero una está tan lejos de ser un *grado superior* de la otra que incluso podemos encontrar hombres extremadamente obstinados y, al mismo tiempo, demasiado estúpidos como para tener gran fortaleza de carácter.

Hasta ahora, nuestro estudio de los atributos que un gran general necesita en la guerra se ha centrado en las cualidades en las que mente y temperamento actúan al unísono. Ahora hemos de prestar atención aun rasgo peculiar de la actividad militar (posiblemente el más llamativo de todos, si bien no el más importante) que no guarda relación con el temperamento y que afecta sólo al intelecto. Me refiero a la relación entre la guerra y el terreno.

Esta relación es, ante todo, un *factor permanente*, pues no es posible concebir un ejército regular que opere fuera de un espacio definido. En segundo lugar, su importancia es *decisiva en el más alto grado*, pues afecta a las operaciones de todas las fuerzas y en ocasiones las modifica por completo. En tercer lugar, su influencia se percibe en *los más pequeños accidentes del terreno*, pero puede también abarcar *áreas enormes*.

Por estos motivos, la relación entre la guerra y el terreno determina el carácter peculiar de la acción militar. Si consideramos otras actividades vinculadas con el terreno, como la jardinería, la agricultura, la construcción, la ingeniería hidráulica, la

minería, la caza o la silvicultura, vemos que afectan a áreas muy limitadas y que enseguida se adquiere un conocimiento práctico de estas áreas. Pero el mando militar debe compartir su trabajo con un socio, el espacio, que jamás puede reconocer por completo y que, debido al movimiento y el cambio constantes a los que está sujeto, nunca llega a conocer bien. Sin duda, la situación del enemigo no suele ser mejor; pero un obstáculo, aun compartido, no deja de ser un obstáculo, y quien tenga el talento y la experiencia necesarios para superarlo contará con una ventaja considerable. Además, la dificultad es similar para ambos bandos sólo en un sentido general; el defensor casi siempre conoce la zona mucho mejor que el atacante.

El problema es único. Para resolverlo hace falta un talento especial *sentido de la orientación* en expresión demasiado restrictiva. Es la facultad de *captar rápidamente y con exactitud la topografía de una región* y permite a quien la posee moverse siempre con seguridad. Obviamente, se trata de un acto de la imaginación. Las cosas se perciben en parte por la vista y en parte por la mente, que rellena los huecos con estimaciones basadas en el estudio y la experiencia y que elabora de este modo una totalidad a partir de los fragmentos perceptibles por la vista. Pero para que la mente perciba vívidamente esta totalidad, impresa en el cerebro como una imagen, como un mapa, sin que los detalles se desvanezcan ni difuminen, *es imprescindible esa cualidad de la mente que llamamos imaginación*. Un poeta o un pintor se asombraría al comprobar que su musa domina también estas actividades; a cualquiera de ellos le resultaría chocante enterarse de que un joven guardabosques necesita una imaginación fuera de lo común para ser competente. Admito de buen grado que esto es aplicar el concepto con miras estrechas y a una tarea modesta. Pero por remota que sea la relación, su habilidad debe proceder de este dote natural, pues si careciese por completo de imaginación le resultaría difícil combinar los detalles en una imagen clara y coherente. Admito también que una buena memoria es de gran ayuda, ¿pero hemos de considerar la memoria un don autónomo de la mente o es la imaginación la que imprime esas imágenes en la memoria con mayor claridad? La pregunta quedará sin responder, sobre todo porque es difícil siquiera concebir estas dos fuerzas actuando por separado.

Que la práctica y el adiestramiento de la mente ayudan mucho es innegable. Puységur, el prestigioso intendente general del

Mariscal Luxemburgo, ha escrito que cuando inició su carrera confiaba poco en su sentido de la orientación y que cuando tenía que cabalgar cierta distancia para recoger la contraseña siempre se perdía.

El alcance de este talento aumenta con la autoridad. Un húsar o un explorador al mando de una patrulla deben orientarse con facilidad por entre carreteras y senderos. Sólo necesitan conocer algunos accidentes del terreno y tener una capacidad de observación y una imaginación moderadas. Por el contrario, un mando supremo necesita adquirir un conocimiento global de la configuración de una provincia o de un país completo. Debe formarse una imagen mental vívida de la red de carreteras, los ríos y las cadenas montañosas y, al mismo tiempo, no perder la percepción del entorno inmediato. Por supuesto, puede estudiar informes de todas clases, mapas, libros y memorias, y los detalles se los proporcionará su personal. En todo caso, es un hecho que si posee un sentido rápido y seguro de la orientación, sus órdenes serán más rápidas y seguras; correrá menos riesgo de cometer alguna torpeza en su concepto de la operación y estará menos condicionado en otras órdenes que dicte.

Atribuimos esta cualidad a la imaginación, y éste es probablemente el único servicio que la guerra puede pedir a tan frívola diosa, que en casi todos los asuntos militares causa más daño que bien.

Creo que con esto he llegado al final del estudio de las virtudes intelectuales y morales que la naturaleza humana necesita utilizar en la guerra. La función vital de la inteligencia ha quedado bien clara en toda la exposición. A nadie extrañará, pues, que la guerra, aunque parezca un asunto poco complicado, sólo pueda librarse sobresalientemente por hombres de intelecto excepcional.

Una vez adoptado este punto de vista, ya no es necesario pensar que flanquear una posición enemiga (una maniobra obvia, realizada muchísimas veces) o ejecutar numerosas operaciones similares exige mucho esfuerzo intelectual.

Es cierto que normalmente imaginamos al soldado corriente y eficaz como lo contrario del estudiante contemplativo o del intelectual ingenioso dotado de conocimientos deslumbrantes. Esta antítesis no es completamente errónea, pero no demuestra que el soldado eficaz necesite únicamente valor ni que tener cerebro y usarlo no sean aspectos esenciales del buen hombre de armas.

Topografía de la zona
de la guerra

11

Una vez más hemos de insistir: no hay caso más común que el del oficial cuya energía merma a medida que asciende en el escalafón y ocupa posiciones que sobrepasan su capacidad. Pero también debemos recordar al lector que el esfuerzo sobresaliente, el que da a quien lo realiza una distinguida reputación, es algo que tenemos en la mente. Cada nivel del mando tiene sus propias normas intelectuales, sus propias condiciones de fama y honor.

Entre el comandante supremo, el general que dirige un ejército completo o que es responsable del teatro de operaciones, y los generales situados inmediatamente por debajo de él hay un abismo, y por una razón muy sencilla: el segundo nivel está sujeto a un control y una supervisión mucho más estrictos y, por tanto, deja mucho menos margen al pensamiento independiente.

Por eso suele pensarse que sólo en los niveles de mando superiores hace falta una capacidad intelectual extraordinaria y que para todas las demás labores basta una inteligencia común. Un general de menor responsabilidad o un oficial que haya encanecido en el servicio, con la mente ejercitada por largos años de rutina, casi siempre acaban por desarrollar cierta torpeza; se respeta su gallardía, pero su simpleza nos hace sonreír. No se nos ocurriría proteger o ascender a estos buenos hombres; en nada contribuiría a su eficacia y poco a su felicidad. Sólo queremos mostrar las cosas tal como son, para que el lector no piense que un soldado valiente pero descerebrado puede hacer algo de importancia en la guerra.

Como en mi opinión hasta los oficiales de menos responsabilidad necesitan cualidades intelectuales extraordinarias si quieren desempeñar su cargo de manera extraordinaria y como el nivel se eleva en cada empleo del escalafón, es obvio que reconozco las aptitudes necesarias para ocupar con distinción los puestos secundarios de un ejército. Estos oficiales pueden parecer un tanto simples en comparación con el estudioso de saberes universales, con el empresario que opera a gran escala o con el estadista; pero no hemos de subestimar el valor de su inteligencia práctica. Ocurre a veces que alguien que ha ganado su reputación en un empleo determinado la conserva consigo cuando asciende a pesar de que ya no la merezca. Si no se le exige mucho y si logra no exhibir su incompetencia, será difícil determinar la reputación que en realidad merece. Estas situaciones hacen que se tenga en poca estimación a soldados que, en puestos de menor responsabilidad, harían un trabajo excelente.

Para distinguirse en el servicio es preciso contar con un talento adecuado en todos los niveles. Pero la historia y la posteridad reservan el nombre de «genios» para los que han descollado en los puestos más altos, para los comandantes supremos, porque la fuerza intelectual y moral es muy superior en estos casos que en otros.

Para conducir una guerra, o una de sus campañas, a un buen final es preciso comprender a fondo la política nacional. A ese nivel, la estrategia y la política se confunden y el comandante supremo es al mismo tiempo un estadista.

A Carlos XII de Suecia no se le considera un gran genio, pues nunca supo someter sus dotes para la milicia a una intuición y una sabiduría superiores y nunca ha logrado nada importante con ellos. Tampoco damos esta consideración a Enrique IV de Francia, pues murió antes de que su habilidad para la guerra hubiese afectado a las relaciones entre Estados; la muerte le privó de la oportunidad de probar su talento en esta esfera superior, donde nobles sentimientos y una disposición generosa que aplacaron eficazmente disensiones internas, habría conducido a enfrentarse con un enemigo más formidable.

La amplia diversidad de actividades que el comandante supremo debe conocer y evaluar con precisión se ha señalado en el primer capítulo. Sostengo que un comandante supremo debe ser también un estadista, pero sin dejar de ser un general. Por una parte, está enterado de toda la situación política; por otra, conoce con exactitud lo que debe lograr con los medios puestos a su disposición.

Las circunstancias varían tanto en la guerra y de manera tan indefinible que es preciso apreciar muchos factores, casi todos a la sola luz de las probabilidades. El hombre responsable de evaluar el conjunto debe aportar a su tarea una calidad de intuición capaz de percibir la verdad en todo momento. De otro modo surgiría un caos de opiniones y consideraciones que fatalmente enmañarían el buen juicio. Bonaparte afirmó con razón a este respecto que muchas de las decisiones que debe tomar el comandante supremo parecen problemas matemáticos dignos de la inteligencia de un Newton o un Euler.

Lo que esta tarea exige en cuanto a dotes intelectuales superiores es un sentido de unidad y una capacidad de juicio elevadas a una altura de visión prodigiosa que recoge y descarta fácilmente miles de posibilidades remotas que una mente ordinaria iden-

11) *Hay buena explicación*
 ificaría sólo trabajosamente y agotándose en esa labor. Pero incluso esa soberbia exhibición de capacidad adivinatoria, el ojo soberano del propio genio, carecería de trascendencia histórica sin las cualidades del carácter y el temperamento que se han descrito.

La verdad en sí misma raramente basta para inducir a los hombres a actuar. El paso que va desde la consciencia hasta la voluntad, desde el conocimiento hasta la disposición, es siempre largo. El más poderoso resorte de la acción está en las emociones. El hombre extrae su apoyo más vigoroso de esa mezcla de cerebro y temperamento que hemos aprendido a identificar en las cualidades de determinación, firmeza, constancia y fortaleza de carácter.

Por supuesto, si la inteligencia superior y la fortaleza de carácter del mando supremo no se manifiestan en el éxito final de su trabajo y sólo se dan por sentadas, raramente alcanzarán importancia histórica.

Lo que el lego llega a saber del curso de las operaciones militares suele ser confuso. Una acción se parece a otra y de la mera enumeración de hechos es imposible deducir los obstáculos que ha sido preciso afrontar y superar. Sólo de vez en cuando, en las memorias de los generales o de sus hombres de confianza, o como consecuencia de un estudio histórico pormenorizado, se revelan algunos de los incontables hilos que forman la trama del tapiz. Casi todas las argumentaciones y enfrentamientos de opinión que preceden a las grandes operaciones se ocultan deliberadamente, porque afectan a intereses políticos o, sencillamente, se olvidan, pues se consideran andamios que deben demolerse una vez terminado el edificio.

11) Por último, y sin pretender embarcarme en una definición más rigurosa de las más altas cimas del espíritu, afirmaré que la mente humana (en el sentido que normalmente se da a este término) dista de ser uniforme. Si nos preguntamos qué tipo de mente tiene más probabilidades de contener las cualidades del genio militar, la experiencia y la observación nos dicen que en la guerra hemos de confiar el destino de nuestros hermanos y nuestros hijos, y la seguridad y el honor de nuestro país, más a la mente inquisitiva que a la creativa, a la globalizadora más que a la propensa a la especialización, al jefe tranquilo más que al apasionado.

CAPÍTULO CUATRO

SOBRE EL PELIGRO EN LA GUERRA

Para quien nunca lo ha experimentado, el peligro resulta más atractivo que alarmante. Cargas contra el enemigo en un acceso de excitación, sin hacer caso de balas ni caídos. Te lanzas a ciegas hacia una muerte gélida sin saber si uno mismo o cualquier otro escapará a este destino. Ante ti está el trofeo dorado, la victoria, el fruto que mitiga la sed de ambición ¿Tan difícil es algo así? No, aunque parece más fácil de lo que es en realidad. Pero momentos como estos son raros; y, en contra de la creencia común, no son tan breves como un latido del corazón, sino más bien como una medicina que se administra en dosis repetidas que van diluyendo su sabor.

Acompañemos a un novato al campo de batalla. A medida que nos acercamos crece el trepidar de las armas y el silbido de las balas de cañón empieza a atraer su atención. Los disparos empiezan a caer a nuestro alrededor. Trepamos a toda prisa por la ladera del montículo donde se encuentra el general al mando con su nutrido Estado mayor. En esta zona caen con frecuencia balas de cañón y metralla, y la vida empieza a parecer un asunto más serio de lo que el joven había imaginado. De repente, alguien

a quien conoces resulta herido y cae una bomba en el grupo del Estado Mayor. Observas que algunos de los oficiales se comportan de manera un poco rara y tú mismo empiezas a sentirte menos firme y sereno que al principio; incluso los hombres más valerosos pueden parecer un poco aturdidos. Ahora nos incorporamos a la batalla que ruge ante nosotros, todavía casi como un espectáculo, y nos unimos al comandante de división más próximo. Los disparos caen como granizo y el atronar de nuestros propios cañones se suma al estrépito general. Más allá del general, un soldado de valor reconocido que, pese a ello, tiene la precaución de ocultarse detrás de una elevación, una casa o un grupo de árboles. Un estrépito, el crujido de la metralla en los tejados y en el suelo, se percibe como una certera indicación de que el peligro aumenta. Las balas de cañón rasgan el aire en todas direcciones y las del mosquetón empiezan a silbar a nuestro alrededor. Un poco más adelante está la línea de fuego, donde la infantería soporta el castigo durante horas con una firmeza increíble. El aire está lleno del silbido de las balas, que se convierte en una especie de crujido agudo cuando nos pasan cerca de la cabeza. Como última conmoción, la visión de los hombres muertos y mutilados llena de terror y piedad nuestros desbocados corazones.

El novato no puede cruzar estas capas de peligro cada vez mayor sin percibir que las ideas están aquí regidas por otros factores, que la luz de la razón se refracta de manera muy distinta a la que es normal en la especulación académica. Hace falta ser un hombre excepcional para conservar intacta la capacidad de decisión rápida sin haber pasado antes por esta experiencia. Es cierto que con el hábito y a medida que nos vamos acostumbrando, la primera impresión enseguida pierde fuerza y en el curso de media hora dejamos de percibir lo que nos rodea; pero un hombre común nunca alcanza un estado de completa despreocupación en el cual el pensamiento pueda actuar con su flexibilidad normal. Una vez más comprendemos que las cualidades normales no bastan y que esta afirmación es tanto más cierta cuando mayor es el área de responsabilidad. Se necesita un grado considerable de temeridad, obstinación o valor innato, ambición irresistible o familiaridad prolongada con el peligro para que la acción en este elemento debilitante alcance un grado que ningún estudio consideraría extraordinario.

El peligro forma parte del desgaste de la guerra. No podemos entender la guerra sin tener una idea clara de lo que significa el peligro. Por eso lo he tratado en este capítulo.

CAPÍTULO CINCO

SOBRE EL ESFUERZO FÍSICO EN LA GUERRA

Si nadie tuviera el derecho de opinar sobre operaciones militares más que cuando estuviera aterido de frío, o desmayado de calor y sed, o abatido por privaciones y fatigas, entonces las opiniones objetivas y atinadas serían tan poco habituales como aquellas situaciones. Esto está bastante claro cuando observamos con qué menosprecio, incluso con vileza y mezquindad, los hombres hablan del fracaso de alguna operación de la que hayan sido testigos, sobre todo si han tomado parte directa en ella. Creo que esto indica lo mucho que influye el esfuerzo físico y demuestra cuántas concesiones hay que tener en cuenta en nuestras valoraciones.

Entre los muchos factores que no pueden medirse en la guerra, el esfuerzo físico es el más importante. A no ser que se despilfarre, el esfuerzo físico es un coeficiente que afecta a todas las fuerzas y su límite exacto no se puede determinar. Pero es notorio que, así como sólo un arquero excepcionalmente fuerte puede curvar el arco más allá de la media, sólo una mente poderoso

sa es capaz de arrastrar a su ejército hasta el límite. Una cosa es que un ejército busque su salvación en un esfuerzo físico sobrehumano cuando ha sido gravemente derrotado, está acorralado por el peligro y está siendo desintegrado como se desmenuza el yeso, y otra muy distinta que uno victorioso, animado por su propia exaltación, siga siendo un instrumento obediente en manos de sus mandos. El mismo esfuerzo, que en el primer caso provocará como máximo simpatía, resulta admirable en el segundo, en condiciones en la que resulta mucho más difícil de mantener.

El observador inexperto reconoce ahora uno de los elementos que parecen atenuar el espíritu y minar secretamente las energías del hombre.

Aunque hablamos únicamente del esfuerzo que un general puede exigir a sus tropas, un comandante a sus subordinados; aunque, en otras palabras, nos interesamos por el valor necesario para exigir y la habilidad para mantener la respuesta, no debemos olvidar el ejercicio físico que debe realizar el propio comandante. Como hemos prolongado el análisis de la guerra conscientemente hasta este punto, hemos de abordar también este aspecto.

Lo que me lleva a tratar aquí el esfuerzo físico es que este elemento, como el peligro, es uno de los grandes orígenes del desgaste en la guerra. Como sus límites son inciertos, parece una de esas sustancias cuya elasticidad dificulta extraordinariamente la determinación del grado de desgaste.

Para evitar el mal uso de estas reflexiones, de esta valoración de condiciones bélicas que molestan, encontramos una guía natural en nuestros sentimientos. Nadie provoca simpatía si acepta una ofensa o un desaire arguyendo que padece algún impedimento físico. Pero si logra defenderse o vengarse, ese mismo impedimento obrará a su favor. Asimismo, un general y su ejército no pueden lavar la mancha de la derrota explicando los peligros, las atrocidades y el esfuerzo agotador que han soportado; pero describirlos multiplica hasta el infinito el valor de la victoria. No podemos hacer una exposición, en apariencia justificada, basada en *nuestros sentimientos*, que actúan a modo de juicio superior.

CAPÍTULO SEIS

LA INTELIGENCIA EN LA GUERRA

Por «inteligencia» entendemos aquí todas las informaciones sobre el enemigo y su país que, en definitiva, constituyen la base de nuestros planes y operaciones. Si tenemos en cuenta el origen de esta información, su naturaleza insegura y pasajera, comprobamos enseguida que la guerra es una estructura efímera siempre a punto de hundirse y quedar sepultada bajo sus propias ruinas. Como es lógico, en los manuales se insiste en que sólo se debe confiar en la información segura y que jamás debe dejar de contemplarse con aprensión. ¿Pero qué utilidad tiene una máxima tan endeble? Forma parte de esa sabiduría a la que, a falta de otra cosa, recurren los mejores escritoruelos de sistemas y compendios, cuando se les acaban las ideas.

En la guerra, muchos informes de inteligencia son contradictorios, muchos más falsos y casi todos inciertos. Lo que razonablemente se puede exigir a un oficial es que tenga una norma de juicio que sólo puede adquirir mediante el conocimiento de los hombres y sus asuntos y el sentido común. Debe guiarse por las leyes de la probabilidad, difíciles de aplicar cuando se elaboran los planes en un despacho, lejos del terreno de la acción. Pero esta

tarea se vuelve infinitamente más difícil en la crudeza de la batalla, cuando los informes se amontonan. En esta situación se está de suerte si las contradicciones se anulan mutuamente y forman cierto equilibrio susceptible de evaluación crítica. Mucho peor es el caso del inexperto cuando la suerte no le ayuda de esta forma sino que, por el contrario, un informe concuerda con otro de manera que se ratifican, se magnifican e iluminan unos a otros y le inducen a tomar una decisión rápida que enseguida se revela errónea, al igual que los informes resultan ser mentiras, exageraciones, equivocaciones, etc. En resumidas cuentas: la mayor parte de la inteligencia es falsa y el miedo contribuye a multiplicar las mentiras y las inexactitudes. Como norma, conviene creer más en las malas noticias que en las buenas y exagerar las primeras. Los peligros que se anuncian en los informes suelen atenuarse pronto, como las olas; y como las olas vuelven a la carga una y otra vez sin motivo aparente. El comandante debe confiar en su juicio y mantenerse firme como una roca contra la que las olas se estrellan en vano. No es cosa fácil. Si el oficial no es de ánimo enérgico, si la experiencia de la guerra no ha formado y madurado su juicio, más le valdría adoptar la norma de prescindir de sus convicciones personales y conceder el beneficio de la duda a sus esperanzas, no a sus temores. Sólo así mantendrá el equilibrio.

Esta dificultad que tiene la *valoración exacta* constituye una de las principales fuentes de desgaste en la guerra, ya que altera la situación aparente y la presenta de manera completamente distinta de lo esperado. Los sentidos causan en la mente una impresión más vívida que el pensamiento sistemático; y tanto es así que dudo que algún comandante haya lanzado alguna vez una operación de cierta envergadura sin haberse obligado desde el principio a reprimir todas sus nuevas dudas. Los hombres comunes, que suelen seguir la iniciativa de otros, tienden a perder la confianza en sí mismos cuando llegan al escenario de la acción; las cosas no son como esperaban, sobre todo si dejan que otros influyan sobre ellos. Pero incluso quien ha planificado la operación y asiste a su ejecución puede perder la confianza en su anterior valoración; la seguridad en uno mismo es la mejor defensa frente a las presiones del momento. La guerra oculta el escenario con un decorado brutal pintarrajeado con apariciones terroríficas. Cuando se elimina este decorado y se contempla el horizonte sin obstáculos, la marcha de los acontecimientos confirma las convicciones iniciales; este es uno de los profundos abismos que separan la *planificación* de la *ejecución*.

CAPÍTULO SIETE

EL DESGASTE EN LA GUERRA

Quien nunca ha experimentado la guerra personalmente no puede comprender en qué consisten realmente las dificultades mencionadas una y otra vez, ni por qué un comandante necesita una brillantez y una capacidad excepcionales. Todo parece sencillo: los conocimientos necesarios no son notables y las opciones estratégicas son tan obvias que a su lado hasta el problema matemático más trivial adquiere una impresionante dignidad científica. Cuando se ha contemplado la guerra, las dificultades se perciben con claridad; pero aún así resulta extremadamente difícil describir el elemento invisible y omnipresente que causa este cambio de perspectiva.

En la guerra todo es muy simple, pero lo más simple es difícil. Las dificultades se acumulan y terminan por causar una especie de desgaste inconcebible cuando no se ha experimentado. Imagine un viajero que, ya avanzada la tarde, decide cubrir dos etapas más antes de que anochezca. Sólo cuatro o cinco horas más por una carretera pavimentada y con relevo de caballos: será un viaje fácil. Pero en la siguiente parada, no encuen-

tra caballos de refresco o sólo encuentra los peores; el país se vuelve agreste, la carretera mala, la noche cae y finalmente, después de muchas dificultades, está encantado de haber llegado al menos a un alojamiento primitivo en el que al menos podrá descansar. La guerra es muy parecida. Innumerables incidentes menores en los que jamás se había pensado se combinan para disminuir el rendimiento, de modo que nunca se alcanza la meta prevista. Una voluntad de hierro puede compensar este desgaste y pulverizar todos los obstáculos aunque, por supuesto, también deteriora la máquina. Volveremos con frecuencia sobre este punto. La firme voluntad del espíritu orgulloso domina el arte de la guerra como un obelisco domina la plaza de la ciudad en la que convergen todos los caminos.

El desgaste es el único concepto que aglutina con más o menos exactitud los factores que diferencian la guerra real de la planificada sobre el papel. La maquinaria militar, el ejército y todo lo relacionado con él, es básicamente muy sencilla y, por tanto, parece fácil de manejar. Pero hemos de tener en cuenta que ninguno de sus componentes es de una pieza, sino que cada parte está formada por individuos cada uno de los cuales contiene cierto potencial de desgaste. En teoría parece algo muy razonable: el deber del comandante de un batallón es ejecutar sus órdenes; la disciplina mantiene sólidamente unido el batallón y su comandante ha de ser un hombre de capacidad probada; de este modo la enorme viga gira sobre su eje de hierro con un rozamiento mínimo. Pero la realidad es diferente, y la guerra pone inmediatamente al descubierto todas las exageraciones de la teoría. Un batallón está formado por individuos y el más humilde de todos ellos está en condiciones de retrasar las cosas o de hacer que algo falle. Los peligros inseparables de la guerra y el esfuerzo físico que exige la guerra agravan estas dificultades hasta el extremo de que deben figurar entre sus principales causas.

Este enorme desgaste que no puede, como en un mecanismo, reducirse a unos pocos puntos, está siempre en contacto con el azar y provoca efectos imposibles de medir, precisamente porque en buena parte son producto del azar. Uno, por ejemplo, es la situación meteorológica. La niebla puede impedir detectar al enemigo a tiempo, que un arma dispare cuando debe o que un informe llegue al oficial que lo ha pedido. La lluvia puede impedir la llegada de un batallón, retrasar el avance de otro con-

virtiendo una marcha de tres horas en una de ocho, desbaratar una carga de la caballería cuando los animales quedan atrapados en el fango, etc.

Damos estos ejemplos sólo como ilustración, para ayudar al lector a seguir el razonamiento, pues harían falta muchos libros para abarcar todas las dificultades. Podríamos agotar al lector sólo con la ilustración de todo el abanico de pequeñas complicaciones que es preciso afrontar en la guerra. Los lectores que saben ya desde hace tiempo de qué estamos tratando sabrán disculpar estos pocos ejemplos.

La acción en la guerra es como el movimiento de un elemento resistente. Así como el más sencillo y natural de los movimientos, caminar, resulta muy difícil en el agua, es difícil en la guerra obtener resultados sólo moderados cuando se realizan esfuerzos normales. Un teórico es como el profesor de natación que hace practicar a sus alumnos en tierra los movimientos que deberán realizar en el agua. A quienes no piensan en términos de natación, los movimientos les resultarán grotescos y exagerados. Por la misma razón, los teóricos que nunca han nadado o que no han aprendido a generalizar a partir de la experiencia, resultan inútiles y hasta ridículos. Sólo enseñan lo que ya es conocimiento común; sólo enseñan a caminar.

Además, todas las guerras son ricas en episodios únicos. Cada una de ellas es un mar no cartografiado y lleno de arrecifes. El capitán puede sospechar la presencia de arrecifes sin haberlos visto y tiene que gobernar el barco en la oscuridad sin encallar contra ellos. Si se levanta un viento contrario, si aparece alguna resistencia importante, necesitará la habilidad más consumada y la mayor presencia de ánimo, aunque de lejos podría parecer que el buque navega automáticamente. Entender y conocer bien el desgaste supone una buena parte del tan admirado sentido de la guerra que se atribuye a un buen general. Por supuesto, el buen general no es el más familiarizado con la idea del desgaste, el que se la toma más a pecho (éste pertenecería al tipo ansioso, tan común entre los mandos con experiencia). El buen general debe conocer el desgaste para neutralizarlo siempre que sea posible y para no esperar en sus operaciones un grado de cumplimiento que el desgaste haría imposible. Se trata de una fuerza que la teoría jamás podrá definir con claridad. Pero aun si pudiese, seguirían siendo imprescindibles el instinto y el tacto, unos instrumentos de juicio mucho más útiles en si-

tuaciones sembradas de innumerables obstáculos de poca monta que frente a las grandes cuestiones, que se resuelven en deliberación solitaria o discutiendo con otros. Así como en el hombre de mundo el instinto se convierte casi en un hábito y siempre actúa, habla y se mueve adecuadamente, sólo el oficial experimentado adoptará la decisión acertada en asuntos mayores y menores, en todos y cada uno de los latidos de la guerra. La práctica y la experiencia dictan la respuesta: «esto es posible; esto otro no». Por eso raramente comete un error grave de los que, en la guerra, destruyen la confianza y se convierten en extremadamente peligrosos cuando ocurren con frecuencia.

El desgaste, como he escogido llamarlo, es la fuerza que convierte en muy difícil lo aparentemente sencillo. Volveremos con frecuencia sobre este asunto, y se hará obvio que un mando eminente necesita algo más que experiencia y voluntad fuerte. Debe tener además otras aptitudes excepcionales.

CAPÍTULO OCHO

OBSERVACIONES FINALES SOBRE EL LIBRO I

Hemos identificado el peligro, el esfuerzo físico, la inteligencia y el desgaste como los elementos que se combinan para formar la atmósfera de la guerra y que hacen de ésta un medio que obstaculiza la actividad. Por sus efectos restrictivos pueden agruparse en la idea de desgaste global. ¿Hay algún lubricante que reduzca esta abrasión? Sólo uno, y ni el comandante ni su ejército lo tienen siempre a mano: la experiencia en el combate.

El hábito endurece el cuerpo y lo prepara para realizar grandes esfuerzos, fortalece el corazón ante los mayores peligros y refuerza el buen juicio frente a las primeras impresiones. El hábito provoca que esa cualidad sin precio, la tranquilidad, pasando del húsar y del fusilero hasta el propio general, ilumine la tarea del comandante.

En la guerra, el soldado con experiencia reacciona como el ojo humano en la oscuridad: la pupila se dilata para la poca luz reinante, los objetos se van perfilando poco a poco hasta que,

por fin, se ven con claridad. Por el contrario, el inexperto se hunde en la más profunda noche.

Ningún general puede habituar a un ejército a la guerra. Las maniobras en tiempo de paz son un débil sustituto de la acción real, pero aún así pueden proporcionar una ventaja sobre ejércitos cuya instrucción se limita a labores rutinarias y mecánicas. Planificar maniobras que contengan algunos elementos de desgaste que formen el juicio, el sentido común y la resolución de los oficiales es mucho más valioso de lo que pueden imaginar las personas sin experiencia. Es de la mayor importancia que ningún soldado, sea cual sea su rango, tenga que esperar a la guerra para verse expuesto a esos aspectos del servicio activo que le asombran y confunden la primera vez que se topa con ellos. Si los ha sufrido al menos una vez, ya habrá empezado a familiarizarse con ellos. Esto también se aplica al esfuerzo físico. Es necesario practicar los esfuerzos y la mente debe familiarizarse con el esfuerzo todavía más que el cuerpo. Cuando en la guerra se exige un esfuerzo excepcional, el soldado tenderá a pensar que es consecuencia de los errores, fallos de cálculo y confusiones del Estado Mayor y, en consecuencia, su moral se verá muy debilitada. Esto no ocurrirá si las maniobras le preparan para los esfuerzos.

Otra forma útil, aunque más limitada, de familiarizarse con la guerra en tiempo de paz es llamar a oficiales extranjeros que hayan prestado servicio activo. Pocas veces reina la paz en toda Europa y nunca en todo el mundo. Todo Estado que pase por un período de paz prolongado debería tratar de llamar a algunos oficiales expertos pero, por supuesto, sólo a quienes se hayan distinguido por sus hazañas. Otra opción es enviar a la guerra oficiales propios en calidad de observadores, para que aprendan en qué consiste.

Por muy poco numerosos que estos oficiales sean en relación con el conjunto del ejército, pueden ejercer una influencia muy real. Su experiencia, su perspicacia y su madurez de carácter influirán en sus subordinados y en los oficiales de su mismo empleo. Aun cuando no se les pueda conceder un alto mando, se les debe considerar como guías que conocen el terreno y pueden ser consultados en determinadas circunstancias.

LIBRO II

SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

CAPÍTULO UNO

CLASIFICACIONES DEL ARTE DE LA GUERRA

La guerra es esencialmente lucha, pues la lucha es el único principio eficaz en las múltiples actividades que generalmente se designan como guerra. A su vez, la lucha es una prueba de fuerza moral y física que se dirime por medio de la segunda. La resistencia moral no debe excluirse nunca, pues las fuerzas psicológicas influyen decisivamente en los elementos de la guerra.

La necesidad de luchar induce de pronto al hombre a inventar dispositivos apropiados para obtener ventajas en el combate, dispositivos que han provocado grandes cambios en las formas de lucha. Pero, sean cuales sean los elementos que lo constituyen, el concepto de lucha permanece invariable. Y eso es lo que entendemos por guerra.

Los primeros objetos inventados fueron armas y equipos individuales del combate. Es preciso fabricarlos y probarlos antes de que empiece la guerra y se adapten a la naturaleza de la lucha que a su vez determina su diseño. Pero es obvio que esta actividad debe diferenciarse de la lucha propiamente dicha; es sólo su

preparación, no su ejecución. Está claro que las armas y el equipo no son aspectos esenciales del concepto de lucha, pues incluso el boxeo es una clase de lucha.

La lucha ha determinado la naturaleza de las armas empleadas. Estas, a su vez, influyen en el combate, de manera que hay una interacción entre los dos elementos.

Pero la lucha misma sigue siendo una actividad claramente diferenciada, sobre todo cuando opera en un elemento peculiar: el peligro.

Estamos, pues, ante una ocasión perfecta como pocas para distinguir entre dos actividades. Para señalar la importancia práctica de esta idea basta recordar con cuánta frecuencia el hombre más capacitado para ejercer una, resulta el más inútil de los pedantes en la otra.

De hecho, no es nada difícil considerar estas dos actividades por separado si se acepta la idea de una fuerza armada y equipada *tal como se presenta*: quiero decir que basta conocer sus principales efectos para utilizarla como es debido.

En esencia, el arte de la guerra es el arte de utilizar los medios dedicados al combate; no hay expresión más adecuada para describir esta actividad que la de *dirección de la guerra*. Por supuesto, en su sentido más amplio, el arte de la guerra abarca todas las actividades cuya razón de ser es la guerra, como la creación de fuerzas de combate, su reclutamiento, armamento, equipamiento y entrenamiento.

Es esencial para la validez de una teoría distinguir entre estas dos actividades. Cuesta poco comprender que si el arte de la guerra hubiese siempre de empezar por el reclutamiento de fuerzas armadas y su adaptación a las necesidades de un caso particular, sólo sería aplicable a las pocas circunstancias en que las fuerzas disponibles se adaptasen exactamente a las necesidades. Si, por otra parte, se desea elaborar una teoría válida para la mayor parte de los casos y no totalmente inadecuada para ninguno, ha de basarse en los medios dominantes y en sus efectos principales.

Dirigir la guerra es, por tanto, planificar y coordinar la lucha. Si la lucha se reduce a un solo acto, no haría falta ninguna otra subdivisión. Pero consta de un número mayor o menor de acciones singulares, cada una de ellas completa en sí misma que, como se ha señalado en el capítulo uno del libro I¹, se llaman

«combates» y que constituyen nuevas entidades. Esto da lugar a la actividad totalmente distinta de *planificar y ejecutar estos combates* y de *coordinar* unos con otros para avanzar hacia el fin de la guerra. Una actividad se llama *táctica* y la otra *estrategia*.

La diferenciación entre táctica y estrategia es ahora casi universal, y todo el mundo sabe más o menos a qué área pertenece cada factor individual sin comprender con claridad por qué. Si estas categorías se manejan tan a ciegas, debe ser por alguna razón profundamente arraigada. He intentado averiguar la diferenciación, y debo decir que ha sido precisamente este uso común el que la ha provocado. Por otra parte, rechazo las definiciones artificiales de ciertos autores, pues no tienen reflejo en el uso general.

Según mi clasificación, la táctica enseña el empleo de las fuerzas armadas en el combate y la estrategia el empleo de los combates para alcanzar el propósito de la guerra.

El concepto de combate individual o autónomo y las condiciones de las que depende su unicidad sólo pueden definirse con mayor precisión después de un análisis pormenorizado. Por ahora, baste decir que, en términos de espacio (es decir, de combates simultáneos), su unidad está limitada por el alcance del *mando personal*. Pero en términos de tiempo (es decir, de una sucesión próxima de combates), uno dado dura hasta que ha pasado el punto decisivo, que es una característica de todos los combates.

Hay casos dudosos en los que varios combates podrían contemplarse como uno solo. Pero esto no modifica el fundamento de nuestra clasificación, pues es algo común a todos los sistemas prácticos de clasificación en los cuales las diferencias se funden gradualmente en una escala descendente. Según esto, hay acciones individualizadas que, sin modificar la perspectiva, pueden pertenecer a la estrategia o a la táctica; por ejemplo, las posiciones muy diseminadas que no son más que una cadena de pequeños puestos o las disposiciones adoptadas para ciertas operaciones de paso de ríos.

Nuestra clasificación se aplica y comprende sólo el empleo de las fuerzas armadas. Pero la guerra se vale de muchas actividades muy distintas de ésta, algunas próximas y otras muy alejadas. Todas afectan al *mantenimiento de las fuerzas armadas*. Aunque su creación y entrenamiento preceden a su uso, el mantenimiento es simultáneo a su constitución y es condición nece-

¹ Clausewitz se refiere al capítulo dos. [N. de los eds.]

saría de su existencia. Pero en términos estrictos, todas estas actividades deben considerarse preparativos para la batalla, aunque de un tipo tan íntimamente vinculado con la acción que forman parte de las operaciones militares y alternan con la *utilización* real. Está justificado excluir éstas y otras actividades preparatorias del significado más estricto de arte de la guerra, de la dirección real de la guerra. Sin duda, es necesario proceder así para que la teoría se ajuste a su principal cometido, que es *discriminar entre elementos desiguales*. A nadie le interesa considerar todo el trabajo de mantenimiento y administración como parte de la *dirección real de la guerra*. Aunque haya una interacción constante con la utilización de las tropas, los dos aspectos son esencialmente distintos.

En el tercer capítulo del libro I señalé que si el combate *se define* como la única actividad directamente eficaz, quedan comprendidos los efectos de todas las demás actividades, pues conducen al combate. Esta afirmación significa que todas estas actividades se realizan con un fin, que deben realizarse de acuerdo con sus leyes individuales. Analicemos más detenidamente este aspecto.

Las actividades distintas del combate son de la más diversa naturaleza.

Algunas forman parte del combate propiamente dicho en algunos aspectos y se identifican con él, mientras que en otros aspectos sirven para mantener a las fuerzas que combaten. Otras se centran únicamente en el mantenimiento y afectan al combate sólo por su interacción con el resultado de la lucha.

Las actividades que en algún aspecto forman parte del combate son las *marchas*, los *campamentos* y los *acantonamientos*: cada una afecta a una fase distinta de la vida de las tropas y siempre que se habla de tropas hay que tener presente la idea de combate.

El resto de las actividades, que afectan sólo al mantenimiento, son los servicios de *aprovisionamiento*, *atención médica* y *mantenimiento de armas y equipos*.

Las marchas son operaciones plenamente identificables con la utilización de las tropas. *Marchar durante un combate* (lo que suele llamarse «despliegue»)², aunque no suponga el uso real de

armas, es algo tan estrecha e indisolublemente vinculado con el combate que debe considerarse parte de éste. Las marchas que no se realizan dentro de un combate no son sino la ejecución de un plan estratégico, que determina *cuándo, dónde y con qué fuerzas* se dirimirá el combate. La marcha no es más que el medio de llevar a cabo este plan.

Una marcha que no forma parte de un combate es un instrumento estratégico, pero no exclusivamente. Como las fuerzas que la realizan pueden verse envueltas en un combate en cualquier momento, la ejecución de la marcha está sujeta a las leyes de la táctica y la estrategia. Si se ordena a una columna que avance siguiendo la orilla próxima de un río o de una cadena montañosa hay que hablar de medida estratégica, pues implica que, si es preciso librar un encuentro durante la marcha, se prefiere que tenga lugar en el lado próximo en lugar de en el alejado.

Pero si una columna avanza por la línea de crestas en lugar de por la carretera del valle o si se rompe en varias columnas menores por motivos de comodidad hay que hablar de medidas tácticas, pues afectan al *modo* en que deben usarse las fuerzas en caso de encuentro.

El orden interno de marcha mantiene una relación constante con la disponibilidad para el combate y, por tanto, es de naturaleza táctica; se trata, sencillamente, de la disposición preliminar para un posible combate.

La marcha es el instrumento mediante el cual la estrategia despliega sus elementos activos, que son los combates. Pero con frecuencia éstos sólo se aprecian por su efecto, no por su curso real. Esto hace inevitable que en las discusiones se confunda frecuentemente el instrumento con el elemento activo. Se habla de marchas decisivas llevadas con maestría, cuando en realidad se trata de la combinación de combates a los que ellas conducen. El desplazamiento del concepto es muy natural y la brevedad de la expresión demasiado deseable como para empeñarse en cambiarlos. Pero se trata de una cadena de ideas encajadas unas en otras, y es preciso tener en cuenta su verdadero significado para evitar errores.

Se comete un error de este tipo cuando se cree que las combinaciones estratégicas tienen un valor independiente de sus resultados tácticos. Se planifican marchas y maniobras, se alcanza el objetivo sin disputar ningún combate y se deduce de ello que

² En el original alemán se usa el término *evolución*. Significa la disposición de las tropas en la batalla por oposición a las maniobras operacionales consideradas en general. [N. de los eds.]

es posible derrotar al enemigo sin luchar. Sólo más adelante quedan de manifiesto las inmensas repercusiones de semejante equivocación.

Aunque la marcha puede considerarse parte integral del combate, tiene aspectos que no pertenecen a éste y que, por tanto, no son ni tácticos ni estratégicos. Pertenecen a este ámbito todas las medidas adoptadas únicamente para comodidad de las tropas, como la construcción de carreteras y puentes. No son más que condiciones previas; en determinadas circunstancias pueden estar estrechamente vinculadas con el empleo de las tropas y ser prácticamente igual que éste, como la construcción de un puente frente al enemigo. Pero se trata en esencia de actividades ajenas a la dirección de la guerra y no quedan cubiertas por la teoría de aquélla.

Se llama «campamento» a cualquier concentración de tropas listas para entrar en acción y en esto se diferencia del «acantonamiento». Un campamento es un lugar de descanso y recuperación, pero también forma parte de su naturaleza la disposición estratégica a entrar en combate cuando sea necesario. Su asentamiento determina las líneas básicas del combate un requisito insoslayable en todos los combates defensivos. Por tanto, son parte esencial de las disposiciones estratégicas y tácticas.

Los campamentos se sustituyen por acantonamientos cuando se considera que las tropas necesitan una recuperación más completa. Por tanto, afectan a la estrategia en lo relativo a ubicación y tamaño, y a la táctica en su organización interna, orientada a la disponibilidad para entrar en acción.

En general, campamentos y acantonamientos sirven también para fines distintos del descanso de las tropas, como proteger una zona o mantener una posición. Pero su finalidad puede también limitarse al descanso. Hemos de recordar que la estrategia puede perseguir objetivos muy variados; cualquier cosa que parezca proporcionar una ventaja puede ser motivo de un combate, y mantener el instrumento bélico es con frecuencia el único propósito de una combinación estratégica determinada.

Por tanto, cuando la estrategia sólo persigue proteger las tropas no es necesario perderse en más vericuetos, pues el empleo de las tropas sigue siendo la preocupación principal y el motivo de su despliegue en cualquier lugar del teatro de la guerra.

Por otra parte, el mantenimiento de las tropas en campamentos o acantonamientos puede implicar actividades que no cons-

tituyen empleo de fuerzas de combate, como la construcción de refugios, el montaje de tiendas o el aprovisionamiento y la atención sanitaria. Ninguna de ellas tiene naturaleza táctica ni estratégica.

Aunque la elección del lugar y la preparación forman obviamente parte del orden de batalla y, por tanto, de la táctica, ni siquiera el atrincheramiento forma parte de la dirección de la guerra incluso en lo que atañe a *su construcción material*. Por el contrario, es preciso enseñar a las tropas las prácticas y los conocimientos necesarios como parte de su instrucción, y la teoría del combate da estas cosas por sabidas.

De los elementos totalmente desvinculados de los combates y que sirven únicamente para el mantenimiento de las fuerzas, el aprovisionamiento es el que más directamente afecta a la lucha. Se realiza casi todos los días y afecta a todos los individuos e impregna todos los aspectos estratégicos de cualquier acción militar. Si mencionamos los aspectos estratégicos es porque durante un combate dado, el aprovisionamiento raramente altera los planes, si bien esta eventualidad es perfectamente posible. Por tanto, la interacción más frecuente se dará entre la estrategia y el aprovisionamiento, y no hay nada más normal que consideraciones de suministro afecten a las líneas estratégicas de una campaña y una guerra. Pero, con independencia de la frecuencia y el carácter decisivo de estas consideraciones, lo cierto es que el aprovisionamiento de las tropas es una actividad esencialmente distinta de su utilización; su influencia se aprecia sólo en los resultados.

La otras funciones administrativas que hemos mencionado están todavía más distanciadas del empleo de las tropas. Los servicios médicos, aunque vitales para el bienestar del ejército, afectan a éste sólo en una proporción reducida de sus hombres y, por tanto, ejercer sólo una influencia débil e indirecta en la utilización del resto. El mantenimiento del equipo, al margen de la medida en que es una función permanente de las fuerzas de combate, se realiza sólo periódicamente y, por tanto, raramente se contempla en los cálculos estratégicos.

Llegados a este punto es preciso guardarse de falsas interpretaciones. En cualquier caso individual, estas cosas pueden cobrar importancia decisiva. La distancia a hospitales y depósitos de aprovisionamiento puede fácilmente convertirse en la única justificación de importantes decisiones estratégicas, un he-

cho que no quiero ni negar ni minimizar. Pero lo que me interesa no son las circunstancias reales de cualquier caso individual, sino la pura teoría. Mi postura es, por tanto, que este tipo de influencia ocurre tan raramente que no se debe conceder a los aspectos teóricos de la atención médica o el abastecimiento de munición ningún peso considerable en la teoría de la dirección de la guerra. Por tanto, a diferencia del abastecimiento de las tropas, no merece la pena incorporar los diversos medios y sistemas que pueden sugerir estas teorías ni los resultados que producen en la teoría de la dirección de la guerra.

En resumen: vemos con claridad que las actividades características de la guerra pueden dividirse en dos categorías principales: las que *constituyen meros preparativos de la guerra* y la *guerra propiamente dicha*. La misma diferenciación debe hacerse también en la teoría.

Los conocimientos y prácticas que exigen los preparativos interesan a la creación, instrucción y mantenimiento de las fuerzas de combate. Da igual el nombre que les demos, pero obviamente debe comprender disciplinas como artillería, fortificación, las denominadas tácticas elementales, así como toda la organización y administración de las fuerzas armadas y otras actividades afines. Por su parte, la teoría de la guerra en sentido estricto se interesa por el uso de estos medios una vez desplegados para los propósitos de la guerra. Todo lo que exige del primer grupo es el producto final, el conocimiento de sus principales características. Esto es lo que llamamos «arte de la guerra» en un sentido más estricto o «teoría de la dirección de la guerra» o «teoría del empleo de las fuerzas armadas». Para nuestros fines, todas estas expresiones tienen el mismo significado.

Así pues, esta teoría más restringida se centra en el combate, en la lucha propiamente dicha, y trata las marchas, los campamentos y los acantonamientos como condiciones más o menos asimilables a ella. No se interesa por el aprovisionamiento, sino que lo tiene en cuenta *igual que otros factores predeterminados*.

El arte de la guerra en este sentido más restringido debe ahora descomponerse en táctica y estrategia. La primera se interesa por la forma de los combates individualizados y la segunda por su utilización. Ambas disciplinas afectan a la realización de marchas, campamentos y acantonamientos sólo por medio del combate; se convierten en asuntos tácticos o estratégicos en la medida en que afectan a la forma del combate o a su trascendencia.

Muchos lectores no dudarán en considerar superfluo establecer una diferenciación tan meticulosa entre dos cosas tan íntimamente vinculadas como táctica y estrategia, pues no afectan directamente a la conducción de operaciones. Hay que reconocer que sólo el más consumado pedante esperaría que las diferenciaciones teóricas se materializasen en resultados directos en el campo de batalla.

El objeto primordial de toda teoría es clarificar conceptos e ideas que se han llegado a confundir y mezclar. Mientras no se hayan definido los términos y conceptos, no habrá la menor esperanza de avanzar en el análisis de los problemas con claridad y sencillez ni se podrá pedir al lector que comparta los puntos de vista del autor. Táctica y estrategia son dos actividades que se influyen mutuamente en el tiempo y el espacio pero, no obstante, siguen siendo esencialmente distintas. Las leyes que las rigen y su mutua relación no pueden comprenderse sin conocer las dos por completo.

Aquéllos para quienes todo esto carezca por completo de sentido tampoco admitirán ninguna clase de análisis teórico ni su inteligencia se habrá sentido ofendida por el desconcertado y desconcertante cenagal de ideas sobre el arte de la dirección de la guerra que con tanta frecuencia se escuchan y leen. Carecen de puntos de vista fijos; no llevan a ninguna conclusión satisfactoria; unas veces parecen banales, otras absurdas y otras se extravían en un mar de generalizaciones vagas; y todo porque esta disciplina raramente se ha examinado a la luz de la investigación científica.

el adversario, ni tampoco el ánimo y el valor necesarios para lograr un fin deseado.

2. LA VERDADERA GUERRA SURGE CON LOS ASEDIOS

El sitio supuso el primer destello de conducción de operaciones, de esfuerzo intelectual; pero esto normalmente sólo se manifestaba en técnicas nuevas, como los minados, la construcción de trincheras, los contraminados o las baterías, y señalaba cada etapa por esta clase de trabajos. Era sólo el hilo necesario para enlazar estas invenciones materiales. Como en las operaciones de asedio esta es casi la única forma en que puede manifestarse el intelecto, el asunto solía reducirse a esto.

3. A CONTINUACIÓN LA DISCIPLINA RECIBIÓ LA INFLUENCIA DE LA TÁCTICA

Más tarde, la táctica intentó convertir la estructura de sus elementos componentes en un sistema general basado en las propiedades peculiares de su instrumento³. Esto, sin duda, conducía al campo de batalla, pero no a la actividad creativa del intelecto. El resultado era un ejército transformado, por sus formaciones y órdenes de batalla, en un autómatas construido para descargar su actividad, igual que las piezas de un reloj puesto en marcha por la voz de mando.

4. LA VERDADERA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA SÓLO TENÍA LUGAR MUY OCASIONALMENTE Y DE FORMA OCULTA

La conducción real de la guerra, la utilización libre de los medios disponibles en función de lo que exige cada ocasión, no se consideraba motivo adecuado del tratamiento teórico, sino algo que debía fiarse a las preferencias de cada cual. Poco a poco la guerra avanzó desde la lucha cuerpo a cuerpo propia de

CAPÍTULO DOS

SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

1. INICIALMENTE, LA EXPRESIÓN «ARTE DE LA GUERRA» SE REFERÍA SÓLO A LA PREPARACIÓN DE LAS FUERZAS

Antiguamente, las expresiones «arte de la guerra» o «ciencia de la guerra» designaban sólo el conjunto total de conocimientos y prácticas relativos a los factores materiales. El diseño, producción y uso de armas, la construcción de fortificaciones y atrincheramientos, la organización interna del ejército y el mecanismo de sus movimientos constituían la sustancia de estos conocimientos y prácticas. Todo ello contribuía a la constitución de una fuerza armada eficaz. Se trataba de manejar una sustancia material, de una actividad unilateral y básicamente su historia ha consistido sólo en la evolución gradual desde una artesanía hasta un arte mecánico refinado. Tenía tanto que ver con el combate como la artesanía de la fabricación de espadas tiene que ver con el arte de la esgrima. No abarcaba el uso de la fuerza en condiciones de peligro y de interacción constante con

³ Las fuerzas armadas. [N. de los eds.]

la Edad Media hacia formas más complejas. Ello obligó a la mente humana a dedicar alguna atención a este asunto; pero, por lo general, estas reflexiones aparecen de manera ocasional y en cierto modo clandestina, sólo en memorias y narraciones.

5. LA REFLEXIÓN SOBRE LOS HECHOS DE GUERRA PLANTEA LA NECESIDAD DE UNA TEORÍA

La multiplicación y el afinamiento cada vez mayores de estas reflexiones plantearon la necesidad urgente de sentar principios y normas que permitiesen resolver de alguna forma las controversias tan comunes en la historia militar (es decir, los debates entre opiniones contrapuestas). Este piélago de opiniones carentes de principios básicos y normas claras en torno a los cuales pudieran cristalizar, no podía sino ser intelectualmente repugnante.

6. INTENTOS DE FORMULAR UNA TEORÍA POSITIVA

Por tanto, se trató de arrojar la conducción de la guerra con principios, normas y hasta sistemas. La finalidad era positiva, pero quienes lo intentaron no supieron tener en consideración las innumerables dificultades que era preciso abordar. Como hemos visto, la conducción de la guerra se ramifica casi indefinidamente y carece de límites claros, mientras que todo sistema y todo modelo tienen la naturaleza finita de una síntesis. Hay un conflicto irreconciliable entre este tipo de teoría y la práctica real.

7. LIMITACIÓN A LOS FACTORES MATERIALES

Los teóricos pronto comprendieron que se trataba de una materia muy difícil y creyeron que podían eludir el problema centrando una vez más sus principios y sistemas en los aspectos físicos y la actividad unilateral. Como en la ciencia relativa a la *preparación de la guerra*, querían elaborar una conjunto de conclusiones seguras y positivas, y por ello tuvieron en cuenta sólo los factores susceptibles de cálculo matemático.

8. SUPERIORIDAD NUMÉRICA

La superioridad numérica era un factor material. Se eligió de entre todos los elementos que contribuyen a la victoria porque, aplicando combinaciones de tiempo y espacio, podía encajarse en un sistema de leyes matemáticas. Se enseñaba que todos los demás factores podían ignorarse si se suponía que eran iguales en ambos bandos y, por tanto, anularse mutuamente. Esto sería aceptable como recurso provisional para estudiar las peculiaridades de este factor; pero convertirlo en algo permanente, aceptar la superioridad numérica como única norma y reducir todo el secreto del arte de la guerra a la fórmula de superioridad numérica en *algún momento y en algún lugar* es una simplificación abusiva que no se sostuvo ni un instante ante la realidad.

9. APROVISIONAMIENTO

Otro enfoque teórico buscaba reducir a un sistema otro factor material: el aprovisionamiento. Partiendo de la hipótesis de que un ejército era organizado de una cierta manera, se fijó el aprovisionamiento como árbitro último de la conducción de la guerra.

Este planteamiento también creó algunas cifras concretas, pero basadas en una masa de hipótesis arbitrarias. Por tanto, no resistió la prueba de la experiencia práctica.

10. BASE

Una mente ingeniosa trató de condensar una serie completa de factores, algunos de los cuales sí mantenían entre ellos una relación intelectual, en el concepto único de *base*. Ésta abarcaba la *alimentación del ejército, la reposición de las pérdidas de hombres y equipo, el mantenimiento de las comunicaciones con el propio país y hasta la seguridad de la retirada* en caso necesario. Empezaba por sustituir todos los factores individuales por este concepto para a continuación sustituir el área o la amplitud de la base por el propio concepto y terminar por reemplazar este área por el ángulo que las fuerzas en combate formaban con su línea de base⁴. Todo esto

⁴ Se refiere a H. D. v. Bülow, contemporáneo de Clausewitz. [N. de los eds.]

conducía a un resultado puramente geométrico y completamente inútil. Esta inutilidad es inevitable, pues ninguna de estas sustituciones puede hacerse sin forzar los hechos y sin prescindir de parte del contenido de la idea original. El concepto de base es un instrumento necesario en la estrategia y al autor le corresponde el mérito de haberlo descubierto; pero es inadmisibles utilizarlo de la forma descrita. Sólo podía llevar a conclusiones parciales que empujaron al teórico a la contradictoria situación de creer en la superioridad de las posiciones envolventes.

11. LÍNEAS INTERIORES

Como reacción contra esta falacia se propuso otro principio geométrico: las llamadas líneas interiores. Aun cuando la proposición está bien fundamentada en el hecho de que el combate es el único medio eficaz en la guerra, su carácter puramente geométrico lo convierte en un principio sesgado más, que nunca podría dominar en una situación real⁵.

12. TODOS ESTOS INTENTOS SON REFUTABLES

Sólo desde un punto de vista analítico pueden considerarse estos intentos teóricos como avances hacia la verdad; desde el punto de vista de la síntesis, de las normas y reglamentos que proponen, son absolutamente inútiles.

Tratan de fijar valores; pero en la guerra todo es incierto y los cálculos deben hacerse con cantidades variables.

Centran sus disquisiciones sólo en cantidades físicas, cuando toda acción militar está penetrada con fuerzas y efectos psicológicos o morales.

Consideran sólo acciones unilaterales, siendo la guerra una continua interacción entre adversarios.

13. EXCLUYEN EL GENIO DE LA NORMA

Todo lo que no puede alcanzarse por medio de la escasa sabiduría de tan parciales puntos de vista se considera fuera del

control científico: pertenece al reino del genio, que se alza sobre todas las normas.

¡Pobre del soldado que se vea obligado a reptar por entre estos retazos de normas que no son suficientemente buenas para el genio, que el genio puede ignorar o ridiculizar! Lo que hace el genio es la mejor norma y la teoría no puede hacer nada mejor que describir el caso y justificarlo.

¡Pobre del teórico que entre en conflicto con la razón! Ni la mayor humildad podrá disimular esta contradicción; de hecho, cuanto más humilde se muestre, antes será expulsado del ámbito de lo real con ridículo y menosprecio.

14. PROBLEMAS QUE AFRONTA LA TEORÍA CUANDO INTERVIENEN FACTORES MORALES

La teoría se vuelve infinitamente más difícil en cuanto toca el ámbito de los valores morales. Los arquitectos y pintores saben con exactitud lo que son ya que tratan con fenómenos materiales. Las estructuras mecánicas y ópticas no están sujetas a discusión. Pero cuando entran en la estética de su obra, cuanto tratan de producir un efecto determinado en la mente o en los sentidos, las reglas se esfuman en nada más que ideas vagas.

La medicina suele centrarse en fenómenos físicos. Trata con el organismo del animal que, no obstante, está sujeto a cambio continuo y por tanto nunca es exactamente el mismo. Esto dificulta mucho la tarea de la medicina y hace que el buen juicio del médico valga más que su conocimiento. ¡Pero cómo aumentan las dificultades cuando se añade un factor mental y en cuánta más estima tenemos al psiquiatra!

15. EN LA GUERRA NO PUEDEN IGNORARSE LOS VALORES MORALES

La actividad militar nunca se dirige sólo contra las fuerzas materiales; siempre apunta al mismo tiempo a las fuerzas morales que les dan vida y de las que son inseparables.

Pero los valores morales sólo pueden percibirse con la visión interior, que es distinta en cada persona y que con frecuencia varía a lo largo del tiempo en un mismo individuo.

⁵ Se refiere a A. H. Jomini. [N. de los eds.]

Como el peligro es el elemento común en el que todo se mueve en la guerra, el valor y el sentido de la propia fuerza es el más importante de los factores que influyen en el juicio. Es, por así decir, la lente por medio de la cual las impresiones se proyectan en el cerebro.

No obstante, es innegable que la experiencia proporciona cierto grado de objetividad en relación con tales impresiones.

Todo el mundo sabe los efectos morales de una emboscada o un ataque por el flanco o por la retaguardia. Todo el mundo menosprecia la valentía del enemigo cuando se le ha obligado a volver la espalda y cuando empieza a resultarle mucho más arriesgado perseguir que ser perseguido. Todo el mundo calibra a su adversario a la luz de su reputación, su edad y su experiencia y actúa en consecuencia. Todo el mundo trata de valorar el ánimo y el temperamento de las propias tropas y de las enemigas. Todos estos efectos y otros similares que pertenecen a la esfera de la mente y del espíritu han sido probados por la experiencia. Su presencia es recurrente y, por tanto, tienen derecho a recibir la consideración de factores objetivos. ¿Para qué serviría una teoría que los despreciase?

Por supuesto, estas verdades deben fundamentarse en la experiencia. Ningún teórico y ningún mando debería preocuparse por sofismas psicológicos y filosóficos.

16. PRINCIPALES PROBLEMAS CUANDO SE FORMULA UNA TEORÍA SOBRE LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA

Para tener una idea clara de las dificultades que supone formular una teoría sobre la conducción de la guerra e inferir su carácter es preciso examinar más de cerca las principales características de la actividad militar.

17. PRIMERA PROPIEDAD: FUERZAS MORALES Y SUS EFECTOS. SENTIMIENTOS HOSTILES

El primero de estos atributos es el conjunto de las fuerzas morales y los efectos que producen.

El combate es en esencia una expresión de sentimientos hostiles. Pero en el combate a gran escala que llamamos guerra, los

sentimientos hostiles se convierten con frecuencia en meras intenciones hostiles. En cualquier caso, no suelen ser sentimientos hostiles entre individuos. Pero estas emociones nunca pueden estar totalmente ausentes de la guerra. Las guerras modernas raramente se libran sin odio entre las naciones, que sustituye mejor o peor al odio entre individuos. Incluso cuando no hay odio nacional ni animosidad ninguna en la que apoyarse, la propia lucha fomenta sentimientos hostiles; la violencia cometida en cumplimiento de órdenes superiores estimulará el deseo de venganza y represalia contra los autores de las acciones, no contra los poderes que las han ordenado. Es una reacción simplemente humana (o animal, si se prefiere), pero es un hecho. Los teóricos pueden considerar la lucha en abstracto como una prueba de fuerza privada de emociones. No es sino uno de los miles de errores que cometen muy conscientemente porque no tienen ni idea de las consecuencias.

Junto a las emociones estimuladas por la naturaleza del combate surgen otras no tan íntimamente vinculadas con la lucha, aunque tienden a asociarse con ella por su afinidad: ambición, amor al poder, entusiasmos de toda clase, etc.

18. EFECTOS DEL PELIGRO: EL VALOR

El combate pone en marcha el elemento de peligro en el que toda actividad militar debe desenvolverse y sostenerse, como las aves en el aire y los peces en el agua. Pero el peligro suscita una reacción emocional o consciente, en cualquier caso es una cuestión de instinto inmediato. La primera se materializa en un esfuerzo por evitar el peligro o, si esto es imposible, en miedo y ansiedad. Si estas consecuencias no entran en juego es porque el instinto se ha visto desplazado por el *valor*. Pero el valor no es en absoluto un acto consciente; como el miedo, es una emoción. Las dos tienen que ver con la supervivencia: el miedo con la física, el valor con la moral. El valor es el instinto más noble y como tal no puede tratarse como un instrumento inanimado que funciona simplemente tal como se ha prescrito. Por tanto, el valor no es un mero contrapeso del peligro que se utilice para neutralizar su efecto: es una cualidad.

19. MAGNITUD DE LA INFLUENCIA QUE EJERCE EL PELIGRO

Para apreciar debidamente la influencia que el peligro ejerce sobre la guerra es preciso no limitar su ámbito al riesgo físico del momento. El peligro no sólo domina al comandante amenazándolo directamente, sino también amenazando a todos los que confían en él; no sólo en el momento presente, sino también, por medio de la imaginación, en otros momentos en los que pueda intervenir; no sólo directa, sino también indirectamente, por medio del sentido de la responsabilidad, que multiplica por diez la carga depositada en la mente del general. Apenas puede recomendar ni decidir nada en relación con una batalla importante sin cierta sensación de tensión y malestar por la idea del peligro y la responsabilidad que semejante decisión acarrea. Cabe señalar que la acción en la guerra, en la medida en que es verdadera acción y no mera existencia, nunca está totalmente exenta de riesgo.

20. OTROS FACTORES EMOCIONALES

Al considerar peculiares de la guerra las emociones suscitadas por la hostilidad y el peligro no pretendo excluir todas las demás que acompañan al hombre durante su vida. También para ellas hay un lugar en la guerra. Puede ser cierto que no pocas emociones quedan silenciadas por los graves deberes de la guerra, pero esto sólo se cumple para los hombres de empleos inferiores que, arrastrados una y otra vez por el esfuerzo y el peligro, pierden de vista otras cosas de la vida y renuncian a la duplicidad, pues la muerte no la respeta; se forja así la sencillez de carácter del soldado, que siempre ha representado lo mejor de las virtudes castrenses. En los puestos superiores la situación es distinta. Cuanto más alto esté situado un hombre, tanto más amplio es su punto de vista. Por todos los lados surgirán intereses distintos y una amplia diversidad de pasiones, buenas y malas. Envidia y generosidad, orgullo y humildad, cólera y compasión: todas estas fuerzas actúan con eficacia en este gran drama.

21. CUALIDADES INTELECTUALES

Además de las cualidades emocionales, son de la mayor importancia las cualidades intelectuales del comandante. Es lógico suponer que una mente visionaria, propensa al vuelo de la imaginación e inmadura no ha de funcionar como una mente serena y poderosa.

22. LA DIVERSIDAD DE CUALIDADES INTELECTUALES SE REFLEJA EN LA DIVERSIDAD DE CAMINOS QUE CONDUCEN AL OBJETIVO

La influencia de la gran diversidad de cualidades intelectuales se percibe sobre todo en los empleos superiores y aumenta a medida que se asciende por el escalafón.

Es la causa primordial de la diversidad de caminos que conducen hacia el objetivo, un asunto ya tratado en el libro I, y de la parte desproporcionadamente grande asignada al juego de la probabilidad y el azar en la determinación del curso de los acontecimientos.

23. SEGUNDA PROPIEDAD: REACCIÓN POSITIVA

El segundo atributo de la acción militar es que debe esperar reacciones positivas y el fenómeno de interacción derivado de ellas. No nos interesa aquí el problema de calcular tales reacciones, un asunto que en realidad forma parte del problema ya mencionado de calcular las fuerzas psicológicas, sino el hecho de que la misma naturaleza de la interacción la hace imprevisible. El efecto que cualquier medida tendrá sobre el enemigo es el factor más singular de todos los detalles de la acción. No obstante, todas las teorías deben atenerse a categorías de fenómenos y nunca han de tener en cuenta casos aislados, que deben confiarse al juicio y al talento. Por tanto, es natural que la actividad militar, cuyos planes basados en circunstancias generales se ven con tanta frecuencia alterados por acontecimientos inesperados, sea en buena parte cuestión de talento y que las orientaciones teóricas sean menos útiles en este ámbito que en ningún otro.

24. TERCERA PROPIEDAD: INCERTIDUMBRE DE TODA INFORMACIÓN

Por último, la incertidumbre general de toda la información plantea en la guerra un problema especial: todas las acciones se desenvuelven en una suerte de media luz que, como la niebla o la luz de luna, infunde en las cosas una apariencia grotesca y una envergadura superior a la real.

Todo lo que se oculta a la vista franca y sólo se deja ver bajo esta luz engañosa debe estimarse con ayuda del talento o sencillamente dejarse al azar. Una vez más, la falta de conocimiento objetivo obliga a confiar en el talento o en la suerte.

25. NO SE PUEDE ELABORAR UNA DOCTRINA POSITIVA

Dada la naturaleza de esta disciplina, hemos de recordar que es sencillamente imposible elaborar un modelo del arte de la guerra que sirva como andamiaje en el que el comandante pueda confiar y apoyarse en todo momento. Siempre que deba recurrir a su talento innato, se verá fuera del modelo y en conflicto con él; por muy flexible que sea el código, la situación siempre conducirá a consecuencias de las que ya hemos hablado: el talento y el genio actúan al margen de las normas y la teoría entra en conflicto con la práctica.

26. OPCIONES QUE HACEN POSIBLE UNA TEORÍA. LA MAGNITUD DE LAS DIFICULTADES ES VARIABLE

Hay dos formas de resolver este dilema.

En primer lugar, estas observaciones sobre la naturaleza de la actividad militar en general no deben interpretarse como aplicables por igual a la acción en todos los niveles. Lo más necesario en los empleos inferiores es el valor y la capacidad de sacrificio personal, pero a cambio hay muchos menos problemas que deban resolverse por medio de inteligencia y juicio. El campo de acción es más limitado, los medios y los fines son menos numerosos y los datos más concretos; por lo general se limitan a lo

que está a la vista. Pero a medida que se asciende en la escala de mando los problemas se multiplican y alcanzan su máxima complejidad al llegar al comandante supremo. A este nivel casi todas las soluciones deben confiarse al intelecto imaginativo.

Incluso si descomponemos la guerra en sus distintas actividades, veremos que las dificultades no son uniformes. Cuanto mayor sea el contenido físico de la actividad, tanto menores serán las dificultades. Y cuanto mayor sea el contenido intelectual de la acción y cuanto más obedezca a motivos que ejercen una determinada influencia sobre la voluntad del comandante, tanto más numerosas serán las dificultades. Por tanto, es más fácil aplicar la teoría para organizar, planificar y dirigir un combate que para determinar la finalidad de ese mismo combate. El combate se practica con armas físicas y, aunque el intelecto participa, dominan los factores materiales. Pero cuando se trata del resultado del combate, cuando los éxitos materiales se transforman en motivos para nuevas acciones, sólo es decisivo el intelecto. En resumen: la táctica plantea muchas menos dificultades para el teórico que la estrategia.

27. LA TEORÍA DEBE SER ESTUDIO, NO DOCTRINA

La segunda forma de solventar esta dificultad es argumentar que una teoría no tiene por qué ser una doctrina positiva, una especie de manual para la acción. Siempre que una actividad trata con las mismas cosas una y otra vez, con los mismos fines y los mismos medios, aun cuando haya variaciones menores y una diversidad de combinaciones infinita, tales cosas son susceptibles de estudio racional. Es precisamente este análisis la parte más importante de cualquier teoría y la que más derecho tiene a ese nombre. Se trata de una investigación analítica que conduce a un conocimiento más íntimo de la materia. Aplicada a la experiencia, en nuestro caso a la historia militar, favorece una familiaridad completa. Cuanto más se acerca a esta meta, cuanto más se desplaza desde la forma objetiva de ciencia hacia la subjetiva de habilidad práctica, tanto más eficaz resultará en áreas que, por su naturaleza, no admiten arbitrio, sino que exigen talento. De hecho, se convertirá en un ingrediente activo del talento. La teoría cumple con su tarea más importante cuando se utiliza para analizar los elementos que componen la guerra, para separar lo que a primera vista parece unido, para explicar

con detalle las propiedades de los medios empleados y para mostrar sus efectos probables, para definir con claridad la naturaleza de los fines que se contemplan y para iluminar todas las fases de la guerra con una luz crítica. De este modo la teoría se transforma en una guía para quien quiera estudiar la guerra en los libros; alumbrará su camino, facilitará su progreso, formará su juicio y le ayudará a evitar las trampas.

El especialista que ha dedicado la mitad de su vida a dominar todos los aspectos de una materia compleja tiene más probabilidades de avanzar que quien trata de dominarla en poco tiempo. La teoría existe para que no haga necesidad de partir siempre de cero clasificando el material y abriendo camino en él, pues se encontrará siempre a mano y en buen orden. Tiene por objeto formar la mente del futuro comandante o, dicho con mayor exactitud, orientarle en su autoformación, no acompañarle al campo de batalla; así como el maestro sabio guía y estimula el desarrollo intelectual del joven pero se cuida mucho de llevarle de la mano el resto de su vida.

Si los estudios del teórico dan lugar automáticamente a principios y reglas y si la verdad cristaliza espontáneamente en estas formas, la teoría no resistirá esta tendencia natural de la mente. Por el contrario, cuando el arco de la verdad culmina en una clave de este tipo, dicha tendencia se verá subrayada. Esto está de acuerdo con la ley científica de la razón y señala el punto en el que convergen todas las líneas, pero nunca para construir una fórmula algebraica aplicable en el campo de batalla. Incluso estos principios y reglas tienen por objeto servir al hombre pensante de marco de referencia de los movimientos que se le han enseñado a ejecutar, no de guía que en el momento de la acción señala con exactitud el camino que debe seguirse.

28. ESTE PUNTO DE VISTA HACE POSIBLE LA TEORÍA Y EVITA SU CONFLICTO CON LA REALIDAD

Este punto de vista admite la viabilidad de una teoría satisfactoria de la guerra, de una que sea realmente útil y que nunca entre en conflicto con la realidad. Sólo necesita un tratamiento inteligente para ajustarla a la acción y para terminar con la absurda diferencia entre teoría y práctica de tantas veces han provocado

las teorías absurdas. Esta diferencia, que desafía al sentido común, ha sido muchas veces invocada como pretexto por mentes limitadas e ignorantes para justificar su incompetencia congénita.

29. POR TANTO, LA TEORÍA ESTUDIA LA NATURALEZA DE FINES Y MEDIOS. FINES Y MEDIOS EN LA TÁCTICA

Es, pues, labor de la teoría estudiar la naturaleza de fines y medios.

En la táctica los medios son las fuerzas armadas entrenadas para el combate; el fin es la victoria. Más adelante propondré una definición más precisa de este concepto en el contexto del «combate». Baste decir aquí que la retirada del enemigo del campo de batalla es el signo de la victoria. De este modo alcanza la estrategia el fin asignado al combate, el fin que constituye su *significado* real. Hay que reconocer que este significado ejercerá cierta influencia sobre la clase de la victoria alcanzada. Una victoria cuya meta es debilitar las fuerzas armadas del enemigo es distinta de otra cuyo objeto es ocupar una posición determinada. El significado de un combate puede, por tanto, influir notablemente en su planeamiento y dirección y, por tanto, debe estudiarse en relación con la táctica.

30. FACTORES QUE SIEMPRE ACOMPAÑAN A LA APLICACIÓN DE LOS MEDIOS

En todo combate hay una serie de factores constantes que le afectan en cierta medida y que hemos de tener en cuenta al utilizar las fuerzas armadas.

Estos factores son la localización o terreno, la hora del día y las condiciones meteorológicas.

31. TERRENO

El terreno, que puede definirse como una combinación de accidentes geográficos y naturaleza del suelo, podría, hablando en términos estrictos, no ejercer ninguna influencia en un combate librado en una llanura sin cultivar.

Esto ocurre en la práctica en las estepas pero hace falta mucha imaginación para decir lo mismo de las zonas cultivadas de Europa. Entre naciones civilizadas, el combate no influenciado por el medio y la naturaleza del terreno es casi inconcebible.

32. HORA DEL DÍA

La hora del día afecta al combate por la diferencia que hay entre el día y la noche. Por supuesto, estos límites exactos pueden superarse: cada encuentro lleva un cierto tiempo y los más reñidos pueden durar muchas horas. Cuando se está planeado una batalla importante, hay una diferencia decisiva entre iniciarla por la mañana o por la tarde. Por otra parte, hay muchos combates en los que la hora del día es un factor neutro; en la mayor parte de los casos es un factor de importancia secundaria.

33. CONDICIONES METEOROLÓGICAS

Todavía es más raro que las condiciones meteorológicas constituyan un factor decisivo. Por lo general, sólo la niebla marca diferencias.

34. FINES Y MEDIOS EN LA ESTRATEGIA

El medio primordial de la estrategia es la victoria, es decir, el éxito de la táctica; sus fines son, en última instancia, aquellos propósitos que conducirán directamente a la paz. La aplicación de estos medios para lograr estos fines se verá también afectada por factores que influirán en mayor o menor grado.

35. FACTORES QUE AFECTAN A LA APLICACIÓN DE LOS MEDIOS

Estos factores son el medio geográfico y la naturaleza del terreno (el primero comprende el país y la población del teatro de la guerra); la hora del día (que comprende la época del año); y las condiciones meteorológicas (en particular las condiciones inusuales, como fuertes heladas y demás).

36. ESTOS FACTORES FORMAN NUEVOS MEDIOS

La estrategia, al enlazar estos factores con el resultado del combate, atribuye un significado especial a ese resultado y, por tanto, al combate propiamente dicho, *al que asigna una finalidad determinada*. Pero en la medida en que esta finalidad no es la que conducirá directamente a la paz, continúa siendo secundaria y debe considerarse un medio. Por tanto, los combates favorables o victorias de cualquier entidad pueden considerarse medios estratégicos. La captura de una posición es un combate victorioso en términos de terreno. No sólo deben clasificarse como medios los combates aislados con fines determinados: cualquier unidad mayor formada por una combinación de combates orientados hacia un objetivo común puede también considerarse como *un medio*. Una campaña de invierno es una combinación de este tipo condicionada a una época del año.

Lo que queda en el ámbito de los medios son, por tanto, únicamente aquellos propósitos que conducen *directamente* a la paz. Todos estos fines y medios deben ser examinados por el teórico de acuerdo con sus efectos y sus relaciones mutuas.

37. LA ESTRATEGIA DETERMINA LOS MEDIOS Y FINES QUE DEBEN EXAMINARSE BASÁNDOSE SÓLO EN LA EXPERIENCIA

La primera pregunta que surge es cómo elaborar una relación exhaustiva de estos objetos. Si se inicia un análisis científico con el ánimo de obtener este resultado, topará con todas esas dificultades que la necesidad lógica ha excluido de la conducción y de la teoría de la guerra. Por tanto, recurriremos a la experiencia y estudiaremos los acontecimientos descritos en la historia militar. El resultado será, por supuesto, una teoría limitada basada sólo en hechos registrados por los historiadores. Pero es una limitación inevitable, pues los resultados teóricos deben haberse deducido de la historia militar o, al menos, haberse contrastado con ella. En cualquier caso, se trata de una limitación más teórica que real.

Una gran ventaja de este método es que la teoría se atenderá a la realidad. No puede permitirse el lujo de extraviarse en especulaciones fútiles, en diferenciaciones quisquillosas ni en vuelos de la fantasía.

38. ¿HASTA DÓNDE DEBE LLEVARSE EL ANÁLISIS DE LOS MEDIOS?

En segundo lugar hay que preguntarse hasta dónde debe la teoría llevar su análisis de los medios. Obviamente sólo hasta donde los atributos considerados por separado continúen teniendo importancia en la práctica. La diversidad y la eficacia de las distintas armas de fuego es de la mayor importancia táctica; pero su construcción, aunque determina su rendimiento, es irrelevante. La conducción de la guerra nada tiene que ver con la fabricación de armas y pólvora a partir de carbón, azufre, salitre, cobre y estaño; sus magnitudes son las armas dispuestas para funcionar y la eficacia de éstas. La estrategia se vale de mapas, pero no se interesa por su levantamiento ni por las operaciones trigonométricas necesarias para elaborarlos; tampoco se pregunta cómo debe organizarse un país y cómo debe instruirse y gobernarse un pueblo para obtener los mejores resultados militares. Se aceptan estas cosas tal como se presentan en el conjunto de naciones europeas y se dirige la atención sólo hacia las circunstancias poco comunes que ejercen una influencia marcada sobre la guerra.

39. SIMPLIFICACIÓN SUSTANCIAL DEL CONOCIMIENTO

Es evidente que el abanico de materias que debe abarcar una teoría puede simplificarse considerablemente y que los conocimientos necesarios para dirigir la guerra se pueden reducir mucho. En general, la actividad militar se vale de una cantidad enorme de experiencia práctica, imprescindible para colocar una fuerza bien equipada en el campo. Estos conocimientos prácticos se combinan en unos pocos grandes resultados antes de alcanzar su propósito último en la guerra, como los arroyos que confluyen para formar ríos antes de desembocar en el mar. El hombre que quiera controlarlos debe familiarizarse sólo con las actividades que se vacían en el gran océano de la guerra.

40. ESTA SIMPLIFICACIÓN EXPLICA EL RÁPIDO DESARROLLO DE GRANDES COMANDANTES Y POR QUÉ ÉSTOS NO SON ACADÉMICOS

De hecho, este resultado de nuestra investigación es tan inevitable que haber llegado a otro obligaría a dudar de su validez. Sólo esto explica por qué en la guerra aparecen con tanta frecuencia en los niveles de mando más elevados, e incluso en el mando supremo, hombres que antes habían servido en destinos totalmente distintos; o que los generales distinguidos no hayan surgido jamás de entre los oficiales más eruditos o academicistas sino que sean en su mayor parte hombres cuya situación en la vida no les ha permitido gozar de una educación esmerada. Por eso todos los que alguna vez han considerado necesario o al menos útil iniciar la formación de un futuro general por el conocimiento de todos los detalles han sido siempre tachados de pedantes ridículos. De hecho, un método como éste puede ser perjudicial, pues la mente se forma por el conocimiento y la dirección de las ideas que recibe y por la orientación que se le proporciona. Sólo las grandes cosas pueden forjar una gran mente; las cosas fútiles forjarán una mente fútil, salvo que el hombre las rechace como totalmente ajenas a él.

41. PRIMERAS CONTRADICCIONES

Se ha ignorado la sencillez de los conocimientos necesarios en la guerra; o, más exactamente, esos conocimientos siempre se han mezclado con todo el abanico de información y conocimientos prácticos subordinados. Esto ha conducido a una contradicción manifiesta con la realidad que sólo podía resolverse atribuyendo todo al genio que no necesita ninguna teoría y para el que no debe formularse teoría alguna.

42. POR TANTO, SE NIEGA LA UTILIDAD DE CUALQUIER CLASE DE CONOCIMIENTOS Y TODO SE CONFÍA A LAS APTITUDES NATURALES

Cualquiera que tenga un poco de sentido común será consciente de la enorme distancia que media entre un genio de la máxima

categoría y un pedante con estudios. Los hombres llegaron a una especie de pensamiento libre que rechazaba cualquier confianza en la teoría y postulaba que la conducción de la guerra era una función natural del hombre que éste ejercía todo lo bien que le permitían sus facultades. No puede negarse que esta postura está más cerca de la verdad que el énfasis en la habilidad sin importancia; pero un análisis más detenido descubrirá que se trata de una exageración. Ninguna actividad de la mente humana es posible sin cierta reserva de ideas; en su mayor parte éstas no son innatas, sino adquiridas, y constituyen los conocimientos del hombre. Por tanto, lo único importante es saber cuáles deben ser esas ideas. Creo que respondo a esta pregunta si afirmo que deben referirse únicamente a las cosas de las que deberá ocuparse directamente como soldado.

43. EL CONOCIMIENTO VIENE DETERMINADO POR LA RESPONSABILIDAD

Dentro del campo de la actividad militar, las ideas variarán en función del área de responsabilidad del comandante. En los grados más bajos se centrarán en objetivos menores y más limitados; en los empleos superiores, en otros más amplios y globales. Hay comandantes supremos que no podrían dirigir un regimiento de caballería de forma notable, y mandos de caballería que no podrían dirigir ejércitos.

44. EL CONOCIMIENTO NECESARIO EN LA GUERRA ES MUY SIMPLE PERO, AL MISMO TIEMPO, NO ES FÁCIL DE APLICAR

Los conocimientos bélicos son *muy simples*, versan sobre muy pocas materias y se interesan sólo por los resultados finales. Pero esto no facilita su aplicación. En el libro I he tratado ya de forma general los obstáculos que se oponen a la acción. Dejando a un lado los que sólo pueden superarse por medio del valor, sostengo que la actividad intelectual genuina sólo es simple y fácil en los niveles inferiores. Las dificultades aumentan cada vez que se asciende un peldaño en el escalafón; y en la cúspide, en el puesto del comandante supremo, se cuentan entre las más extremadas a las que puede someterse la mente.

45. NATURALEZA DE ESTOS CONOCIMIENTOS

Un comandante supremo no necesita ser un historiador erudito ni un sabio, pero sí debe estar familiarizado con los asuntos de Estado y con las políticas que les son propias; debe estar al tanto de los conflictos, saber las ideas que se discuten, conocer a las personalidades más destacadas y ser capaz de elaborar juicios sólidos. No necesita ser un fino observador de la humanidad ni un analista sutil del carácter humano; pero sí debe conocer el carácter, los hábitos de pensamiento y acción y las virtudes y los defectos de los hombres colocados a su mando. No necesita saber conducir una carreta ni enjaezar un caballo de una batería, pero sí calcular cuánto tiempo necesita una columna para recorrer una distancia dada en diversas condiciones. Este conocimiento no se adquiere mediante un aparato de fórmulas científicas e instrumentos mecánicos; sólo pueden adquirirse por medio de la capacidad de juicio y de la aplicación del juicio atinado a la observación de hombres y asuntos.

El conocimiento que necesita un alto mando se caracteriza por el hecho de que sólo puede adquirirse con el concurso de un talento especial, por medio de la reflexión, el estudio y el pensamiento; por medio de un instinto intelectual que extrae lo esencial de los fenómenos de la vida, como una abeja chupa la miel de una flor. Además del estudio y la reflexión, la propia vida sirve como fuente de conocimientos. La experiencia, con su abundancia de lecciones, jamás producirá un *Newton* ni un *Euler*; pero sí puede producir los más elevados cálculos de un *Conde* o un *Federico*.

Para salvaguardar la reputación intelectual de la actividad militar no es preciso recurrir a mentiras y simplezas pedantes. Ningún gran comandante ha sido hombre de inteligencia limitada. Pero hay muchos casos de hombres que han servido con la mayor distinción en los empleos inferiores y se han mostrado mediocres en los puestos superiores porque su capacidad intelectual era insuficiente. Incluso entre comandantes supremos es preciso diferenciar de acuerdo con la amplitud de su autoridad.

46. EL CONOCIMIENTO DEBE TRANSFORMARSE EN CAPACIDAD

Es preciso considerar otro requisito, un factor más decisivo que ningún otro para el conocimiento militar. El saber debe estar tan

completamente incorporado a la mente que casi no tenga existencia de forma separada u objetiva. En casi todas las demás artes y profesiones se puede trabajar con verdades aprendidas en libros enmohecidos que carecen por lo demás de vida y significado. Incluso las verdades de uso común que se manejan continuamente pueden ser externas. Cuando un arquitecto toma lápiz y papel para determinar la resistencia de un estribo aplicando complicadas fórmulas, la certeza del resultado que obtiene no es expresión de su personalidad. Primero busca los datos con cuidado, luego los somete a un proceso mental que él no ha inventado y de cuya lógica no siempre es plenamente consciente, sino que aplica en buena medida de manera mecánica. En la guerra las cosas jamás ocurren así. El cambio continuo y la necesidad de darle respuesta obliga al comandante a llevar consigo todo el aparato intelectual de sus conocimientos. Siempre debe estar preparado para adoptar la decisión correcta. Mediante la plena incorporación a su mente y a su vida, los conocimientos, que tiene el comandante deben transformarse en capacidad genuina. Por eso a los hombres que se han distinguido en la guerra parece que todo les resulta fácil y por eso todos sus logros se atribuyen al talento natural. Hablamos de *talento natural* para diferenciarlo del talento formado y educado por medio de la reflexión y el estudio.

Creo que estas observaciones han aclarado los problemas a los que se enfrenta cualquier teoría de la guerra y sugieren una forma de superarlas.

Hemos dividido la dirección de la guerra en dos campos: táctica y estrategia. Como ya se ha dicho, la teoría estratégica es la que debe resolver los mayores problemas, pues la otra está prácticamente limitada a factores materiales; la teoría de la estrategia trata con fines que conducen directamente a la restauración de la paz y, por tanto, el abanico de posibilidades es ilimitado. Como estos fines interesan ante todo al *comandante supremo*, los problemas se plantean primordialmente en la esfera de su competencia.

Por tanto, en el ámbito de la estrategia más todavía que en el de la táctica, la teoría tratará con las consideraciones más sencillas de factores materiales y psicológicos, en especial cuando aborde las hazañas más elevadas. Será suficiente si ayuda al comandante a adquirir esa perspicacia que, una vez incorporada a su forma de pensar, allanará y protegerá su camino y jamás le obligará a abandonar sus convicciones por mor de ningún hecho objetivo.

CAPÍTULO TRES

ARTE DE LA GUERRA O CIENCIA DE LA GUERRA

1. SU UTILIZACIÓN NO SE HA REGULADO TODAVÍA. APTITUDES Y CONOCIMIENTOS. EL OBJETO DE LA CIENCIA Y EL CONOCIMIENTO; EL OBJETO DEL ARTE Y LA APTITUD CREATIVA

El uso de estos términos todavía no se ha regulado y, por sencilla que parezca la cuestión, parece que todavía no sabemos sobre qué bases hemos de elegir entre las dos opciones. Ya hemos argumentado que *conocimiento* y *aptitud* son cosas distintas, tanto que no debería haber motivo de confusión. Un libro no puede realmente enseñarnos a hacer nada y, por tanto, el término «arte» no debería tener sitio en el título. Pero nos hemos habituado a resumir los conocimientos necesarios para practicar un arte (cuyas ramas pueden ser a su vez ciencias completas) con la expresión «teoría del arte» o, sencillamente, «arte». Por tanto, es coherente mantener esta diferenciación y llamar «arte» a cualquier cosa cuyo objeto sea una aptitud creativa, como la arquitectura.

El término «ciencia» debería reservarse para disciplinas como las matemáticas o la astronomía, cuyo objeto es el puro conocimiento. No es preciso decir que toda teoría de un arte puede abarcar distintas ciencias, ni tampoco debe preocuparnos. Pero también es necesario señalar que no hay ninguna ciencia que no encierre algún elemento de arte; en las matemáticas, por ejemplo, el uso de la aritmética y el álgebra es un arte. Pero el arte puede ir todavía más lejos. La razón es que, por evidente y palpable que sea la diferencia entre conocimiento y aptitud en el conjunto de los logros humanos, continúa siendo extremadamente difícil separar por completo las dos cosas en el individuo.

2. DIFICULTAD DE SEPARAR LA PERCEPCIÓN DEL JUICIO. ARTE DE LA GUERRA

Por supuesto, todo pensamiento es arte. El punto por el que la lógica traza la línea, el lugar en que termina el dominio de la percepción y comienza el juicio, es el punto donde empieza el arte. Pero hay más: la percepción mental es ya un juicio y por tanto un arte; en última instancia, lo mismo cabe decir de la percepción por parte de los sentidos. En resumen, si es imposible imaginar un ser humano capaz de percibir pero no de juzgar o viceversa, es igualmente imposible separar por completo arte y conocimiento. Cuanto más se materialicen estos delicados corpúsculos de luz en *formas externas* de ser, tanto más se separarán sus ámbitos. Lo diré una vez más: creación y producción residen en la esfera del arte; la ciencia domina cuando el objeto es la investigación y el conocimiento. Se deduce de todo esto que la expresión «arte de la guerra» es más adecuada que «ciencia de la guerra».

He hablado de esto con cierto detenimiento porque se trata de conceptos indispensables. Pero hemos de seguir avanzando para decir que, en términos estrictos, la guerra no es ni un arte ni una ciencia. Tomar estos conceptos como punto de partida induce a confusión porque de este modo la guerra se coloca en pie de igualdad con otras artes o ciencias, lo que a su vez da lugar a innumerables analogías incorrectas.

Esta dificultad ya se observó en el pasado y como solución se sugirió que la guerra era un oficio artesano. Pero de este modo se retrocedía más de lo que se avanzaba, porque un oficio artesano es simplemente una forma *inferior* de arte y, como tal, está sujeto

a normas más estrictas y rigurosas. Es cierto que hubo un tiempo, la época de los *condottieri*, en que el arte de la guerra era asimilable a una artesanía. Pero esta tendencia no tenía un fundamento *interno*, sino únicamente *externo*; la historia militar demuestra lo artificiosa e insatisfactoria que llegó a ser.

3. LA GUERRA ES UN ACTO DE INTERCAMBIO HUMANO

Llegamos, pues, a la conclusión de que la guerra no pertenece al ámbito de las artes ni de las ciencias, sino que forma parte de la existencia social humana. La guerra es un choque entre grandes intereses que se resuelve con derramamiento de sangre, y esto es lo único que la diferencia de otros conflictos. En lugar de con un arte sería más exacto compararla con el comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y está *aún más* cerca de la política que a su vez puede considerarse una forma de comercio a gran escala. Además, la política es la matriz en la que se engendra la guerra, cuyos rasgos principales ya existen en forma disimulada y rudimentaria, como las características de las criaturas vivientes están prefiguradas en sus embriones.

4. DIFERENCIA

La diferencia esencial es que la guerra no es un ejercicio de la voluntad dirigido hacia la materia inanimada, como en las artes mecánicas; ni hacia una materia animada pero pasiva y obediente, como la mente y las emociones humanas en relación con las bellas artes. En la guerra, la voluntad se dirige hacia un objeto animado que *reacciona*. Debe ser obvio que la codificación intelectual utilizada en artes y ciencias es inadecuada para una actividad de este tipo. Al mismo tiempo, está claro que la continua búsqueda de leyes análogas a las apropiadas al ámbito de la materia inanimada está llamada a provocar un error tras otro. Y, sin embargo, se suponía que la guerra debía imitar precisamente a las artes mecánicas. Las bellas artes eran imposibles de imitar, ya que ellas mismas carecen de normas y leyes propias. Hasta la fecha, todos los intentos por formular alguna han

sido excesivamente limitados y parciales y se han visto una y otra vez erosionados y abandonados por las corrientes de opinión, las emociones y la costumbre.

Parte del objeto de este libro es examinar si un conflicto entre fuerzas activas, como los que se desarrollan y surgen en la guerra, está sujeto a leyes generales y si éstas pueden servir de guía en la acción. Hay una cosa clara: esta disciplina, como cualquiera otra que no sobrepase la capacidad intelectual del hombre, puede ser analizada por una mente inquisitiva y su estructura interna puede ser desvelada en cierta medida. Esto ya basta para convertir el concepto de teoría en realidad.

CAPÍTULO CUATRO

MÉTODO Y RUTINA⁶

Para explicar de manera concisa los conceptos de método y rutina, tan importantes en la guerra, hemos de examinar brevemente la jerarquía lógica que gobierna el mundo de la acción como una autoridad debidamente constituida.

La *ley* es el concepto más amplio aplicable a la percepción y la acción. En su sentido literal el término contiene, obviamente, un elemento subjetivo y arbitrario, pero expresa aquello de lo que dependen esencialmente el hombre y su entorno. Considerada como materia de conocimiento, la ley es la relación entre las cosas y sus efectos. Vista como materia de voluntad, la ley es el determinante de la acción; a estos efectos ley es sinónimo de *decreto* o *prohibición*.

El *principio* es también una ley de acción, pero no en su *significado formal definitivo*; representa sólo el espíritu y el sentido de la ley; en los casos en que la diversidad del mundo real no puede contenerse dentro de la forma rígida de ley, la aplicación

⁶ En alemán *Methodismus*, que no tiene equivalente preciso en inglés. [N. de los eds.]

del principio permite una mayor libertad de juicio. Los casos en que el principio es inaplicable deben resolverse mediante juicio; por tanto, el principio es en esencia un soporte, un norte, para el hombre responsable de la acción.

Un principio es objetivo si se basa en una verdad objetiva y si, por tanto, es igualmente válido para todos. Es *subjetivo* si contiene consideraciones subjetivas; en este caso suele llamarse máxima y sólo tiene validez para quien lo adopta.

El término *regla o norma* se utiliza con frecuencia con el sentido de ley y entonces llega a ser sinónimo de principio. Según un proverbio alemán, «cada regla tiene su excepción», pero no «cada ley»; esto sugiere que las reglas admiten una interpretación más liberal.

En otro sentido, el término «regla» se utiliza en el sentido de «medio»: identificar una verdad básica por medio de un único rasgo manifestamente relevante permite deducir una ley de acción general a partir de dicho rasgo. Las reglas de los juegos son de este tipo, como también lo son ciertos trucos empleados en matemáticas y en otros campos.

Los *reglamentos* y las *instrucciones* son directivas que se interesan por circunstancias y detalles menores, demasiado numerosos y triviales para las leyes de carácter general.

Por último, «método» o «modo de proceder» es un conjunto de operaciones que se repiten una y otra vez y que se han elegido de entre varias posibilidades. Se convierte en rutina cuando la acción está prescrita por el método y no por principios generales o reglamentos individuales. Debe suponerse necesariamente que todos los casos a los que se aplica una rutina de esta clase son esencialmente similares. Como esta condición no se cumple en toda su extensión, es importante que sea cierta al menos *en la mayor medida posible*. En otras palabras: los procedimientos metodicos deben diseñarse de manera que se adapten a los casos más probables. Una rutina no se basa en condiciones individuales definidas, sino en la *probabilidad media* de que se produzcan casos análogos. Su finalidad es proponer una certeza media que, cuando se aplica de manera uniforme y constante, pronto adquiere parte de la naturaleza de una habilidad mecánica, que termina por hacer los movimientos correctos casi automáticamente.

En la conducción de la guerra, la percepción no puede estar gobernada por leyes; los complejos fenómenos bélicos no son tan uniformes ni los fenómenos uniformes tan complejos como

para que las leyes resulten más útiles que la simple certidumbre. Cuando un punto de vista sencillo y el lenguaje llano son suficientes, sería pedante y afectado convertirlos en *complejos y retorcidos*. La teoría de la guerra tampoco puede aplicar el concepto de ley a la acción, pues no hay ninguna fórmula lo bastante universal como para merecer el nombre de ley que pueda aplicarse al cambio y la diversidad constantes propios de los fenómenos de la guerra.

No obstante, principios, reglas, reglamentos y métodos son conceptos indispensables para la totalidad o para parte de la teoría de la guerra de las que se derivan doctrinas positivas, pues en tales doctrinas la verdad sólo puede manifestarse en estas formas condensadas.

Estos conceptos se presentan con mayor frecuencia en la táctica, que es la parte de la guerra en que la teoría puede materializarse más plenamente en doctrina positiva. He aquí algunos ejemplos de principios tácticos: salvo en situaciones de apremio, la caballería no debe utilizarse contra las formaciones cerradas de infantería; las armas de fuego no deben utilizarse hasta que el enemigo no esté a su alcance; una vez en combate, deben reservarse tantas tropas como sea posible para la fase final. Ninguno de estos principios puede aplicarse dogmáticamente a todas las situaciones, pero el general siempre ha de tenerlos en cuenta para no perder el beneficio de la verdad que contienen en casos en que sí son aplicables.

Que en el campo enemigo se cocine a una hora inusual sugiere que probablemente se va a iniciar algún movimiento. La exposición intencionada de tropas en combate indica una finta. Esta forma de inferir la verdad puede llamarse regla, pues las intenciones del enemigo se deducen de un único hecho visible relacionado con ellas.

Si la regla prescribe que hay que reanudar el ataque contra el enemigo en cuanto éste empiece a retirar su artillería, este simple hecho define una línea de acción completa, pues revela la circunstancia del adversario: el hecho de que está a punto de abandonar la lucha. Mientras lo hace, no puede ofrecer demasiada resistencia, ni siquiera evitar la acción, como pudiera hacerlo una vez que estuviera en movimiento.

La preparación teórica de la guerra es parte de su conducción real en la medida en que los *reglamentos y métodos* se hayan inculcado en las tropas como principios activos. Todas las ins-

trucciones vigentes sobre formaciones, ejercicios y servicio de campaña son reglamentos y métodos. Las instrucciones sobre ejercicios son primordialmente reglamentos; los manuales de campaña, métodos. La conducción real de la guerra se basa en estas cosas; se aceptan como procedimientos dados y como tales deben tener su lugar en la teoría de la conducción de la guerra.

Al emplear las fuerzas, algunas actividades continúan siendo cuestión de criterio. Los reglamentos y las instrucciones obligatorias no les afectan, precisamente porque los reglamentos excluyen la libertad de elección. Las rutinas, por el contrario, son una forma general de ejecutar tareas sobre la base, como ya se ha dicho, de una probabilidad media. Representan el campo de la aplicación práctica de principios y reglas. Como tales, merecen un lugar en la teoría de la conducción de la guerra, siempre que no se interpreten falsamente como marcos de acción absolutos y vinculantes (sistemas); por el contrario, constituyen la mejor combinación de normas generales, atajos y opciones que pueden utilizarse en sustitución de decisiones individuales.

La aplicación frecuente de la rutina en la guerra es también esencial e inevitable cuando pensamos en la cantidad de veces en que la acción se basa en simples conjeturas o se emprende en la ignorancia más completa, sea porque el enemigo nos impide conocer todas las circunstancias que pueden afectar a nuestras órdenes o porque no hay tiempo suficiente. Incluso si conocemos todas las circunstancias, sus implicaciones y complejidades podrían impedirnos adoptar las medidas necesarias para neutralizarlas. Por tanto, nuestras órdenes estarán siempre determinadas por un número limitado de posibilidades. Hemos de recordar los incontables factores menores que actúan en todos los casos. La única forma posible de tratar con ellos es abordar cada caso dando por supuestos todos los demás y basar nuestras medidas en lo general y lo probable. Por último, hemos de recordar que, conforme aumente el número de oficiales de empleos inferiores, así disminuye la confianza que puede depositarse en su perspicacia y su madurez de juicio. Los oficiales de quienes no debe esperarse que tengan más entendimiento del que les hayan dado los reglamentos y la experiencia, deben ser apoyados mediante métodos de rutina equivalentes a reglas. Estos fijarán su juicio y lo protegerán frente a esquemas excéntricos y erróneos, que constituyen la mayor amenaza en un terreno en que la experiencia es muy cara.

La rutina, además de ser inevitable, tiene una ventaja: la práctica constante se materializa en un mando *ágil, preciso y seguro*, reduce el desgaste natural y facilita el trabajo de la máquina.

En resumen, la rutina es tanto más frecuente e indispensable cuanto más bajo es el nivel de acción. A medida que éste se eleva, su uso disminuye hasta el extremo de que, en la cúspide, desaparece por completo. Por tanto, es más importante para la táctica que para la estrategia.

La guerra, en su forma más elevada, no es *una masa infinita de sucesos menores*, análogos a pesar de su diversidad y que puedan controlarse con mayor o menor eficacia en función de los métodos aplicados. Antes bien, está formada *por grandes acciones únicas y decisivas* que deben tratarse individualmente. La guerra no es como un trigal, que puede segarse con mayor o menor eficacia en función de la calidad de la guadaña, sin prestar atención a las peculiaridades de cada uno de los tallos; es como un rodal de árboles adultos que obligan a manejar el hacha juiciosamente de acuerdo con las características y el desarrollo de cada tronco en particular.

El máximo grado de rutina que puede alcanzar la acción militar no está determinado por el empleo que se ostente, sino por la naturaleza de cada situación. Los niveles más altos se ven menos afectados porque el alcance de sus operaciones es el más amplio. Un orden de batalla, sistema de avanzadillas y punta de vanguardia, todo ello reglamentario, son métodos que un general puede emplear para controlar a sus subordinados y, en ciertos casos incluso a sí mismo. Naturalmente, estos métodos pueden tener sus propias innovaciones o adaptarse a condiciones particulares; en la medida en que se basan en las propiedades generales de las tropas y las armas, también pueden ser objeto de teoría. Pero deben rechazarse sin contemplaciones todos los métodos que permitan elaborar planes estratégicos prefabricados, como si se tratase de una máquina.

Como no hay teoría aceptable ni análisis inteligente de la conducción de la guerra, los métodos de rutina tienden a ocupar incluso los niveles más elevados. Algunos de los mandos no habrán tenido la oportunidad de mejorar que proporciona la educación y el contacto con las capas más altas de la sociedad y el Gobierno. No están en condiciones de manejar los argumentos impracticables y contradictorios de los teóricos y críticos, aun-

que su sentido común los rechaza. Su único talento es el que han adquirido a partir de la experiencia. Por ello prefieren utilizar los medios con que les ha equipado su experiencia, incluso en los casos que podrían y deberían tratarse con libertad y de manera individualizada. Imitarán los recursos favoritos del comandante supremo y crearán automáticamente una nueva rutina. En los generales de Federico el Grande que utilizan la formación de batalla llamada oblicua, los de la Revolución Francesa que describen movimientos giratorios de frente muy extenso o los mandos de Bonaparte que atacan con una avalancha brutal de masas concéntricas, detectamos un método prefabricado y vemos que ni siquiera los oficiales de más alto rango están a salvo de la rutina. Cuando una teoría mejor ayude a estudiar la dirección de la guerra y forme la mente y el juicio de los altos mandos, los métodos de rutina dejarán de trepar hasta niveles tan elevados. Los tipos de rutina que se consideren indispensables se basarán al menos en una teoría, no en la imitación ciega. Por magnífica que sea la forma de operar de un general, en su trabajo siempre habrá un elemento subjetivo. Si despliega un cierto estilo, éste reflejará en gran parte su personalidad; pero no siempre aburrirá con la personalidad de quien copia ese estilo.

Pero no sería ni posible ni correcto eliminar por completo las rutinas subjetivas ni el estilo personal de la conducción de la guerra. Deben considerarse manifestaciones de la influencia que el carácter total de la guerra ejerce sobre fenómenos individuales; si una teoría adecuada no ha previsto ni tenido en cuenta dicha influencia, quizá ésta no encuentre otro medio de expresión adecuado. Es muy natural que la guerra de la Revolución Francesa haya tenido su estilo característico y muy natural suponer que la teoría había de adaptarse a él. El peligro estriba en que este estilo, surgido de un caso único, puede sobrevivir fácilmente a la situación que lo ha engendrado, pues las condiciones cambian de manera imperceptible. Este peligro es justamente lo que una teoría debería impedir mediante la crítica lúcida y racional. Cuando en 1806 los generales prusianos (el príncipe Luis en Saalfeld, Tauentzien en el Dornberg, cerca de Jena, Grawert en un lado de Kapellendorf y Rüchel en el otro) se precipitaron en las fauces del desastre, utilizando el orden de batalla oblicuo de Federico el Grande, no sólo aplicaron un estilo que había sobrevivido a su utilidad, sino que se convirtieron

en ejemplo de la más extremada pobreza de imaginación a que jamás ha conducido la rutina. El resultado fue que el ejército prusiano de Hohenlohe fue aniquilado en una medida muy superior a la sufrida jamás por ningún otro ejército en el campo de batalla.

CAPÍTULO CINCO

ANÁLISIS CRÍTICO⁷

La influencia de las verdades teóricas en la vida práctica siempre actúa más por medio del análisis crítico que por medio de la doctrina. Como el análisis crítico es la aplicación de verdades teóricas a hechos reales, no sólo reduce la distancia entre ambas cosas, sino que también habitúa a la mente a estas verdades por medio de su aplicación repetida. Hemos establecido un criterio para la teoría y ahora hemos de establecer otro para el análisis crítico.

Diferenciamos entre el *método crítico* y la mera exposición de un acontecimiento histórico, que no es sino la ordenación de los hechos uno tras otro y que, como máximo, afecta a los vínculos causales más inmediatos.

El método crítico puede englobar tres actividades intelectuales distintas.

En primer lugar, el descubrimiento y la interpretación de hechos equívocos. Esto compete a la investigación histórica propiamente dicha y no tiene nada que ver con la teoría.

⁷ El término alemán *Kritik* aquí significa «crítica, análisis crítico, evaluación e interpretación». [N. de los eds.]

La segunda actividad es determinar las causas que han dado lugar a los efectos. Este es el *análisis crítico propiamente dicho*. Es esencial para la teoría, pues cualquier cosa que haya de definirse, apoyarse o simplemente describirse por referencia a la experiencia sólo podrá abordarse desde esta perspectiva.

La tercera es la investigación y evaluación de los medios empleados. Esta es la crítica propiamente dicha, que comprende el elogio y la censura. En este caso la teoría está al servicio de la historia o, más exactamente, de las lecciones que deben aprenderse de la historia.

En las dos últimas actividades, que constituyen las partes verdaderamente críticas de la investigación histórica, es vital analizar todas las cosas hasta llegar a los elementos básicos, a las verdades incontrovertibles. Es preciso no detenerse a mitad de camino, como tantas veces se hace, en cualquier postulado o hipótesis arbitrarios.

Deducir el efecto a partir de la causa es a menudo una operación imposible por la presencia de un obstáculo extrínseco insuperable: la causa puede ser desconocida. En ningún aspecto de la vida es esto tan común como en la guerra, donde raramente se conocen por completo los hechos y menos todavía los motivos que los sustentan. Pueden haber sido intencionadamente ocultados por quienes tienen poder para hacerlo o, si eran de naturaleza transitoria y accidental, es probable que ni siquiera se hayan registrado en la historia. Por eso la exposición crítica debe normalmente acompañar a la investigación histórica. Aún así, la disparidad entre causa y efecto puede ser tal que el crítico no tenga base para considerar los efectos como resultados inevitables de causas conocidas. Esto determina soluciones de continuidad, resultados históricos de los que no es posible sacar ninguna lección útil. Todo lo que exige una teoría es que la investigación siga adelante resueltamente hasta alcanzar una discontinuidad de esa clase. Llegados a este punto, el juicio queda en suspenso. Las complicaciones graves surgen sólo cuando se fuerzan hechos conocidos para explicar efectos, pues esto atribuye a tales hechos una importancia adulterada.

Además de este problema, la investigación crítica afronta otro grave y de naturaleza intrínseca: en la guerra, los efectos raramente obedecen a una sola causa, sino por lo general a varias concurrentes. Por tanto, no basta con seguir una secuencia de acontecimientos hasta su origen, por muy honrada y objeti-

vamente que esto se haga; es preciso además evaluar correctamente todas las causas identificables. Esto conduce a un análisis más pormenorizado de la naturaleza de estas causas y, de este modo, la investigación crítica nos lleva a la teoría propiamente dicha.

La *indagación* crítica (el examen de los medios) plantea la cuestión de cuáles son los efectos peculiares de los medios empleados y de si tales efectos responden a las intenciones con que se emplearon.

Los efectos particulares de los medios nos llevan a investigar su naturaleza, lo que de nuevo nos conduce a la esfera de la teoría.

Hemos visto que en la crítica es vital alcanzar alguna verdad incontrovertible; nunca debemos detenernos en una hipótesis arbitraria que otros puedan no aceptar o contra las que puedan plantearse otras propuestas, quizá igualmente válidas; esto aboca a una discusión interminable que jamás llega a conclusión alguna y de la que no se puede extraer ninguna lección.

También hemos visto que tanto la investigación de las causas como el examen de los medios conduce al terreno de la teoría, es decir, al ámbito de las verdades universales que no pueden deducirse simplemente del caso individual estudiado. Si ya hay una teoría aplicable, la indagación puede hacer referencia a sus conclusiones y detener la investigación en ese punto. Pero cuando hay tal criterio teórico, es preciso proseguir el análisis hasta alcanzar los elementos básicos. Si esto ocurre con frecuencia, el autor se verá encerrado en un laberinto de detalles, no dará abasto y le resultará casi imposible prestar a cada punto la atención debida. Para poner límite a sus investigaciones, no le quedará más remedio que detenerse en algún postulado arbitrario. Aunque a él no le parezca arbitrario se lo parecerá a otros, pues ni será evidente ni se habrá demostrado.

En resumen, una teoría eficaz es una base esencial para la crítica. Sin teoría, la crítica raramente alcanza ese punto en que se hace realmente instructiva, en que sus argumentos son convincentes e irrefutables.

Pero sería ilusorio que una teoría pueda abarcar todas las verdades abstractas, de modo que la labor del crítico quedaría reducida a clasificar los casos estudiados en los apartados correctos. Sería asimismo ridículo esperar que la crítica retrocediese lo andado cada vez que topase con los límites de una teoría

sacralizada. El mismo espíritu de investigación analítica que da lugar a una teoría debería guiar la obra del crítico, que puede y con frecuencia debe adentrarse en el territorio de la teoría para aclarar aspectos de especial importancia. La función de la crítica se desaprovecharía por completo si degenerase en aplicación mecánica de la teoría. Todos los resultados positivos de la investigación teórica, todos los principios, reglas y métodos, irán perdiendo su carácter de universalidad y certeza absoluta a medida que se acerquen a la doctrina positiva. Están para ser aplicados cuando sea necesario y su idoneidad en un caso dado siempre será cuestión de juicio. El crítico nunca debe emplear los resultados de la teoría como leyes y normas, sino sólo, como hace el soldado, como *ayudar al juicio*. Aunque en la táctica se acepta por lo general que en la formación normal de batalla la caballería no debe colocarse alineada con la infantería sino detrás de ésta, sería un disparate condenar cualquier otro despliegue simplemente por ser diferente. El crítico debe analizar las razones que conducen a la excepción. No tiene derecho a apelar a principios teóricos, salvo que dichas razones sean insuficientes. Una vez más, si la teoría declara que un ataque con las fuerzas divididas reduce la probabilidad de victoria, sería absurdo atribuir sin más análisis una derrota a la división de las fuerzas cada vez que concurren las dos circunstancias; y viceversa: de un ataque triunfal con fuerzas divididas no se desprende que la afirmación teórica inicial sea incorrecta. La naturaleza inquisitiva de la crítica no puede permitirse ninguna de las dos generalizaciones. En resumen, la crítica depende en gran medida de los resultados del análisis teórico. La crítica no necesita volver sobre lo que la teoría ya ha establecido y es función del teórico proporcionar estas observaciones al crítico.

La labor del crítico, que consiste en investigar la relación entre causa y efecto y la adecuación de los medios a sus fines, se ve facilitada cuando causas y efectos, medios y fines están estrechamente vinculados.

Cuando un ataque por sorpresa impide a un ejército emplear su fuerza de manera ordenada y racional, el efecto de la sorpresa es incuestionable. Cuando la teoría ha establecido que un ataque envolvente conduce a una victoria mayor, aunque más insegura, hemos de preguntarnos si el general que utilizó esta maniobra envolvente estaba más interesado por la magnitud del triunfo que por ninguna otra cosa. Si era así, eligió el medio

correcto. Pero si lo que pretendía era *estar más seguro* de la victoria y no basó su acción tanto en las circunstancias individuales cuanto en la naturaleza general de los ataques envolventes, como ha ocurrido en innumerables ocasiones, hay que decir que no comprendió el carácter del medio elegido y que erró.

El análisis crítico y la demostración no son muy difíciles en casos como éste; siempre es sencillo cuando se limita a los objetivos y efectos más inmediatos. Esto se puede forzar arbitrariamente si se aísla el asunto de su entorno y se estudia sólo en estas condiciones.

Pero en la guerra, como en la vida, todas las partes del todo están entrelazadas; por tanto, los efectos que se producen, por nimias que sean sus causas, influyen en todas las operaciones militares subsiguientes y modifican en alguna medida, aunque sea muy pequeña, su desenlace final. Del mismo modo, todos los medios influyen incluso en los fines más remotos.

Se persevera en el seguimiento de los efectos que produce una causa mientras la investigación es fructífera. Del mismo modo, un medio no sólo puede evaluarse en relación con su fin inmediato: éste fin debería a su vez valorarse en cuanto medio para el siguiente y más elevado fin. Se sigue así una cadena de objetivos secuenciales hasta llegar a uno que no requiera justificación, por ser su necesidad manifiesta. En muchos casos, en particular cuando implican grandes y decisivas acciones, el análisis debe prolongarse hasta el *objetivo último*, que es lograr la paz.

En cada fase de esta secuencia se sienta una nueva base de juicio. Lo que parecía correcto contemplado a cierto nivel no lo parece tanto cuando se mira desde otro más elevado.

En un análisis crítico de la acción, la investigación de las causas de los fenómenos y la valoración de los medios en relación con sus fines siempre van de la mano, pues sólo la investigación de una causa revelará los aspectos que es preciso estudiar.

Recorrer esta cadena, tanto hacia arriba como hacia abajo, plantea dificultades considerables. Cuanto mayor es la distancia entre el hecho y la causa buscada, tanto mayor es el número de otras causas que es preciso considerar simultáneamente. Hay que determinar y tener en cuenta su posible influencia sobre los acontecimientos, pues cuanto mayor sea la magnitud de un hecho cualquiera, tanto más amplio es el espectro de fuerzas y circunstancias que le afectan. Una vez determinadas con certeza

las causas de la pérdida de una batalla, se conocerán también algunas de las causas de los efectos que esta derrota ha ejercido sobre el todo, pero sólo algunas, pues el desenlace final se habrá visto afectado también por otras.

Al analizar los medios, topamos con la misma multiplicidad a medida que se amplía nuestra perspectiva. Cuanto más elevados sean los fines, mayor será el número de medios adecuados para alcanzarlos. Todos los ejércitos persiguen al unísono el objetivo final de la guerra y, por tanto, hemos de considerar en toda su magnitud todos los hechos ocurridos o que pudieran haber ocurrido.

Esto abre en ocasiones un campo de investigación amplio y complejo en el que es fácil perderse. Es preciso formular muchas hipótesis sobre cosas que no han ocurrido realmente pero que parecen posibles y que, por tanto, no pueden descartarse.

Cuando en marzo de 1797 Bonaparte y el ejército italiano avanzaban desde tagliamento para encontrarse con el archiduque Carlos, su propósito era forzar una victoria sobre los austríacos antes de que llegasen sus refuerzos enviados desde el Rin. Si consideramos sólo el objetivo inmediato, los medios estaban bien elegidos, como demostró el resultado. Las fuerzas del archiduque eran tan débiles que sólo hicieron un amago de resistencia. A la vista de la potencia y la resolución del enemigo, el archiduque abandonó el lugar y se acercó a los Alpes Norícanos. ¿Cómo podría aprovechar Bonaparte este triunfo? ¿Debería avanzar hacia el corazón del imperio austríaco, facilitar el avance de los dos ejércitos del Rin al mando de Moreau y Hoche y operar en estrecha coordinación con éstos? Esta era la opinión de Bonaparte y desde su punto de vista tenía razón. Pero la crítica puede adoptar una perspectiva más amplia: la del Directorio francés, cuyos miembros observaron y comprendieron, que la campaña del Rin tardaría seis semanas más en empezar. Según este punto de vista, el avance de Bonaparte a través de los Alpes Norícanos constituía un riesgo injustificable. Si los austríacos desplazaban fuerzas de cierta entidad desde el Rin hasta Estiria para atacar allí al ejército de Italia, no sólo resultaría destruido éste, sino perdida toda la campaña. Bonaparte lo comprendió así al llegar a Villach y esto le indujo a firmar rápidamente el Armisticio de Leoben.

Si la crítica adopta una perspectiva aún más amplia se observa que Austria carecía de reservas entre el ejército del Archi-

duque y Viena y que el avance del ejército de Italia constituía una amenaza para la propia capital.

Supongamos que Bonaparte sabía que la capital era vulnerable y que su superioridad sobre el archiduque era decisiva, incluso en Estiria. Su rápido avance hacia el corazón de Austria ya no hubiese sido insensato. En tal caso, el valor del ataque dependería sólo del valor que los austríacos atribuyesen a la conservación de Viena. Si en lugar de perder la capital hubiesen aceptado todas las condiciones de paz ofrecidas por Bonaparte, la amenaza a Viena podría considerarse su objetivo final. Si el corso hubiese averiguado esto de algún modo, la crítica no tiene más que decir. Pero si este extremo continuase siendo incierto, la crítica debería ampliar de nuevo su punto de vista y preguntarse qué habría ocurrido si los austríacos hubieran abandonado Viena para retirarse a las enormes extensiones que todavía controlaban. Pero esta pregunta no puede responderse sin hacer referencia al encuentro probable entre los dos ejércitos en el Rin. Allí, la superioridad numérica de Francia eran tan abrumadora 130.000 hombres frente a 80.000 que el desenlace no deja lugar a ninguna duda. Pero esto obliga de nuevo a preguntarse qué sentido tendría esta victoria para el Directorio. ¿Habría sostenido Francia su ventaja hasta las fronteras más remotas de la monarquía austríaca, derribado el poder de Austria y desmembrado el Imperio o se habría conformado con ocupar una parte sustancial del territorio como prenda de paz? Hemos de cerciorarnos de las consecuencias probables de cada opción antes de determinar la decisión probable del Directorio. Supongamos que esta consideración lleva a la conclusión de que el ejército francés es demasiado débil para aniquilar por completo a Austria, de manera que el mero intento llevaría aparejado el riesgo de que la situación se invirtiese, y que incluso la conquista y ocupación de una parte sustancial del territorio austríaco colocarían a Francia en una situación estratégica que su ejército a duras penas controlaría. Este argumento habría hecho ver claramente la evaluación de la situación en la que se encontraba el ejército de Italia y rebajado la estimación de sus posibilidades. Sin duda, esto fue lo que convenció a Bonaparte, aun siendo consciente de la situación desesperada del archiduque, a firmar la paz de Campo Formio en condiciones que no imponían a Austria más sacrificio que la pérdida de algunas provincias que ni la más triunfal de las campañas le habría permitido recuperar.

Pero Francia no hubiera podido contar ni siquiera con las moderadas ganancias de Campo Formio ni, por tanto, hubiera podido convertirlas en objetivos de su ofensiva, de no ser por otras dos consideraciones. La primera era el valor que Austria atribuía a los dos posibles desenlaces. Aunque los dos hacían probable la victoria final, ¿por qué iba Austria a considerar justificados los sacrificios que suponían (la continuación de la guerra) cuando ese precio podía ahorrarse firmando una paz en términos no excesivamente desfavorables? La segunda consideración es si el Gobierno austríaco estaba tan siquiera en condiciones de reflexionar y de evaluar cabalmente los límites potenciales del triunfo francés; si, por el contrario, no estaría desmoralizado por la impresión causada por los reveses que acababa de sufrir.

La primera de estas dos consideraciones no es una simple especulación ociosa. Por el contrario, su importancia práctica es tan decisiva que se plantea siempre que uno aspira a la victoria total. Esto es lo que suele impedir llevar a término semejantes planes.

La segunda es igualmente esencial, porque la guerra no se libra contra un adversario abstracto, sino con uno real al que siempre hay que tener en cuenta. Sin duda, un hombre tan osado como Bonaparte debía ser consciente de esto, dada la forma en que confiaba en el terror que inspiraba su ejército. La misma confianza le condujo a Moscú en 1812, pero allí le abandonó. En el curso de las gigantescas batallas libradas, el terror se había atemperado un poco. Pero en 1797 estaba intacto y todavía no se había descubierto el secreto de la eficacia de resistir hasta el final. Con todo, incluso en 1797 su osadía le habría jugado una mala pasada si, como hemos visto, no hubiese percibido el riesgo y no hubiese decidido aceptar la paz de Campo Formio.

Ahora hemos de interrumpir esta exposición. Bastará mostrar el carácter global, enrevesado y complejo que adquiere el análisis crítico cuando se amplía hasta los objetivos últimos. En otras palabras: cuando aborda las grandes y decisivas medidas que necesariamente conducen hacia ellos. Se desprende de esto que, además de la perspicacia teórica, el talento natural multiplica el valor del análisis crítico, pues depende ante todo de este talento para iluminar las relaciones que hay entre las cosas y para discernir las sucesiones de acontecimientos más importantes entre las innumerables posibles.

El talento será además necesario para otra cosa. El análisis crítico no es sólo una evaluación de los medios empleados, sino de *todos los medios posibles* (que antes deben formularse, es decir, idearse). Al fin y al cabo, no se puede condenar un método sin sugerir otro mejor. Por reducida que en la mayor parte de los casos sea la gama de combinaciones posibles, es innegable que enumerar las que no se han utilizado no es un mero análisis de cosas ya dadas, sino una hazaña que exige creatividad intelectual.

En absoluto pretendo sugerir que el reino del verdadero genio sea el de los casos en que unos cuantos esquemas sencillos y prácticos lo expliquen todo. En mi opinión es absurdo, aunque muy común, considerar que tratar de rodear una posición es un invento de un gran genio. Sin embargo, esta clase de evaluaciones creativas individuales es necesaria e influyen sustancialmente en el valor del análisis crítico.

Lo que movió a Bonaparte el 30 de julio de 1796 a levantar el sitio de Mantua para salir al encuentro del avance del General austríaco Wurmser y caer con toda su fuerza sobre las dos columnas de éste mientras estaban divididas por el lago Carda y el Mincio, fue la convicción de que ésta era la forma más segura de obtener victorias decisivas. Logró las victorias y las repitió del mismo modo y con resultados aún más decisivos contra otros intentos de liberar Mantua. Ante esto la postura es unánime: admiración sin límites.

Sin embargo, Bonaparte pudo no haber actuado así el 30 de julio sin renunciar a todas las esperanzas de tomar la ciudad. En efecto, fue imposible mantener el tren de sitio, que tampoco pudo reactivarse durante la campaña; debido a esto, el sitio se transformó en simple bloqueo y la ciudad, que habría caído en una semana, resistió seis meses a pesar de todas las victorias de Bonaparte en el campo.

Los críticos, incapaces de recomendar una forma de resistencia mejor, han considerado esto un contratiempo inevitable. Resistir a un ejército de refresco desde detrás de líneas de circunvalación es una maniobra que ha caído en tal desprestigio que ya no se le ocurre a nadie. Pero en tiempos de Luis XIV se empleó con buen resultado tantas veces que el hecho de que sólo cien años después no se le ocurra a nadie *ni siquiera para sopesar* su valor no puede sino atribuirse a un capricho de la moda. Si se admite esta posibilidad, un análisis más detenido de la situa-

ción sugiere que 40.000 de los mejores soldados de infantería del mundo colocados por Bonaparte detrás de una línea de circunvalación en torno a Mantua y bien atrincherados tendrían muy poco que temer de los 50.000 austríacos que Wurmser conducía para liberar la ciudad; en realidad, ni siquiera habría muchas probabilidades de que sus líneas fuesen atacadas. No es este el lugar para detenernos en este punto; creo haber dicho lo suficiente para mostrar que la posibilidad merece reflexión. No sé si Bonaparte consideró este plan; nada se dice en sus memorias ni en el resto de las fuentes publicadas. Tampoco ha dicho nada ningún crítico, pues ya han perdido la costumbre de considerar esta maniobra. Recordar su posibilidad no tiene mucho mérito: para pensar en ello basta liberarse de la tiranía de la moda. En cualquier caso, es necesario reflexionar sobre este punto y compararlo con los medios que empleó Bonaparte. Sea cual sea el resultado de la comparación, el crítico no debería dejar de hacerla.

El mundo entero se admiró cuando en febrero de 1814 Bonaparte se alejó de Blücher después de derrotarlo en Etoges, ChampAubert, Montmirail y otros lugares para caer sobre Schwarzenberg y batirle en Montereau y Mormant. Moviendo rápidamente el grueso de sus fuerzas hacia adelante y hacia atrás, Bonaparte explotó con brillantez el error aliado de avanzar con fuerzas divididas. Si estos magníficos golpes lanzados en todas direcciones le hubiesen fallado, piensa mucha gente, al menos no habría sido culpa suya. Nadie se ha preguntado hasta la fecha qué habría ocurrido si, en lugar de alejarse de Blücher para cargar contra Schwarzenberg, hubiera continuado golpeando y persiguiendo al primero hasta el Rin. Estoy convencido que eso habría cambiado por completo la campaña y que, en lugar de marchar sobre París, los ejércitos aliados se habrían retirado hacia el Rin. No pido que otros compartan este punto de vista, pero ningún experto puede dudar que la crítica está obligada a considerar la opción una vez planteada.

La alternativa está mucho más clara en este caso que en el anterior y, sin embargo, se ha pasado por alto porque la gente está influenciada y sigue ciegamente una sola línea de pensamiento.

La necesidad de sugerir un método mejor que uno que ha sido censurado ha dado lugar aun tipo de crítica que se ha convertido en casi único: la crítica que considera que sólo debe

sugerir métodos que considere mejores, sin necesidad de aportar pruebas. Por tanto, no todo el mundo queda convencido, otros siguen el mismo método y comienza así una polémica sin fundamento. Toda la bibliografía sobre la guerra está llena de esta clase de cosas.

La prueba que exijo es necesaria siempre que la ventaja de los medios indicados no sea tan clara como para descartar cualquier duda. Consiste en examinar todos los medios y evaluar y comparar los méritos de cada uno en relación con el objetivo. Una vez que el asunto se reduce a certezas básicas, la controversia debe terminar o, al menos, no debe producir nuevos resultados. El otro método no hace sino proponer ventajas e inconvenientes que se anulan mutuamente.

Supongamos, por ejemplo, que en el último caso propuesto no quedamos satisfechos y queremos demostrar con pruebas que Napoleón habría obtenido mejores resultados persiguiendo a Blücher sin tregua que cargando contra Schwarzenberg. Podríamos basarnos en las siguientes verdades básicas:

1. En general, es mejor continuar golpeando en la misma dirección que mover las propias fuerzas de un lado a otro, porque esta maniobra obliga a perder tiempo. Además, es más sencillo obtener nuevas victorias cuando la moral del enemigo ya se ha visto erosionada por pérdidas graves; de este modo no se desperdicia ni un ápice de la superioridad obtenida.

2. Aunque Blücher era más débil que Schwarzenberg, su espíritu emprendedor lo hacía más importante. Él era el centro de gravedad y atraía a las demás fuerzas hacia sí.

3. Las pérdidas sufrida por Blücher eran de gran magnitud y suponían una derrota grave. Por tanto, Napoleón había obtenido una superioridad suficiente para que su adversario no dudase que debía retirarse hasta el Rin, pues en esa ruta no disponía de reservas de importancia.

4. Ninguna otra victoria posible habría alarmado o impresionado tanto a los aliados. Con un Estado Mayor tan indeciso e irresoluto como el de Schwarzenberg, esta consideración era importante. El príncipe Schwarzenberg debía conocer bien las pérdidas sufridas por el príncipe heredero de Württemberg en Montereau y por el conde Wittgenstein en Mormant; por el contrario, las noticias de los contratiempos que estaba sufriendo Blücher a lo largo de la extensa y discontinua línea que va des-

de el Marne al Rin sólo podían haberle llegado en forma de rumores. La desesperada carga lanzada por Napoleón contra Vitry a finales de marzo fue un intento de poner a prueba el efecto que la amenaza de una maniobra estratégica envolvente ejercería sobre los aliados. Obviamente, se basaba en el principio del terror, pero en circunstancias completamente distintas, pues Bonaparte había sido derrotado en Laon y Arcis, y Blücher se había unido a Schwarzenberg con 100.000 hombres.

Naturalmente, estos argumentos no convencerán a todo el mundo pero, al menos, ante ellos nadie podrá responder que «Napoleón, al presionar hacia el Rin, amenazaba la base de Schwarzenberg, porque Schwarzenberg amenazaba París, que era de Bonaparte». Las razones aportadas deberían dejar claro que Schwarzenberg no había pensado en ningún momento avanzar hacia París.

En el caso de 1796 que he citado antes cabría afirmar que Bonaparte consideró el plan que adoptó como el mejor posible para asegurarse la victoria frente a Austria. Aun si esto fuera cierto, el desenlace podría haber sido una victoria vana que apenas hubiera afectado a la caída de Mantua. Mi propuesta habría tenido muchas más probabilidades de impedir la liberación de Mantua, pero aun poniéndome en el lugar de Napoleón y adoptando la postura contraria, o sea que esta opción tuviera menos probabilidades de éxito, la elección se basaría en equilibrar una victoria más probable pero casi inútil y, por tanto, menor, frente a una más improbable pero mucho más importante. Si el asunto se contempla bajo esta luz, un carácter osado habría optado sin dudar por la segunda alternativa; pero un análisis superficial sugiere que ocurrió lo contrario. Bonaparte sin duda se inclinó por la intención más atrevida; por tanto, es indudable que no reflexionó sobre la situación hasta el extremo de valorar sus consecuencias tan cabalmente como podemos hacerlo ahora a la luz de la experiencia.

Al estudiar los medios, el crítico debe referirse con frecuencia a la historia militar, pues en el arte de la guerra la experiencia importa más que cualquier acopio de verdades abstractas. La prueba histórica está sujeta a condiciones peculiares que serán tratadas en otro capítulo; pero, por desgracia, estas condiciones raramente se cumplen, de manera que las referencias históricas suelen contribuir a confundir todavía más las cosas.

Ahora es preciso considerar otro punto importante: ¿hasta qué punto es libre el crítico o en qué medida puede verse forzado a valorar un caso a la luz de su más amplio conocimiento, que comprende siempre el conocimiento del desenlace? ¿cuándo y dónde debería hacer caso omiso de estos conocimientos para colocarse exactamente en el lugar del general?

Si el crítico quiere distribuir elogios o culpas, debe sin duda colocarse exactamente en el lugar del comandante; en otras palabras: debe recoger todos los datos que conozca el comandante y todos los motivos que influyeron en su decisión y descartar todas las cosas que no sabe o que no podía saber, en particular el desenlace. Pero esto se trata sólo de un ideal que jamás se cumple por completo; una situación que determina cierto hecho jamás puede ser contemplada del mismo modo por un crítico y por un participante. El crítico desconoce innumerables circunstancias menores que quizá influyeron en la decisión y muchos motivos subjetivos nunca desvelados. Estas cosas sólo pueden averiguarse leyendo las memorias de los generales o a partir de personas muy próximas a ellos. Las memorias suelen abordar estos asuntos de manera muy general o, quizá a propósito, no del todo inocente. En resumen: el crítico siempre desconoce muchas de las cosas que ocupaban el pensamiento del general.

Pero todavía es más difícil para el crítico prescindir del conocimiento superfluo. Esto sólo es posible en relación con factores accidentales que interfieren con la situación pero no son básicos; en las cuestiones esenciales es muy difícil y nunca se logra por completo.

Consideremos en primer lugar el desenlace. Salvo que fuese resultado del azar, es casi imposible evitar que esta clase de conocimiento afecte a la valoración de las circunstancias de las que deriva. Vemos las cosas a la luz de sus resultados y, en cierto modo, las conocemos y apreciamos por completo sólo por medio de ellos. La historia militar es, en todos sus aspectos, una *frente de instrucción* para el crítico y es lógico que contemple todos los acontecimientos a la luz del conjunto. Por tanto, aunque en algunos casos se esfuerce por no tener en cuenta los resultados, nunca lo consigue por completo.

Pero esto no se cumple sólo para el desenlace (es decir, para lo que ocurre más tarde) sino también para los hechos presentes desde el principio, para los factores que determinan la acción. En general, el crítico dispone de más información que el parti-

cipante. Parece fácil desestimar estos conocimientos, pero no lo es, pues el conocimiento de circunstancias anteriores y simultáneas no se basa sólo en información concreta, sino en numerosas conjeturas e hipótesis. Al margen de asuntos totalmente accidentales, se maneja muy poca información que no vaya precedida de hipótesis o conjeturas. Ahora se comprende por qué los críticos que conocen todas las circunstancias antecedentes y simultáneas no deben dejarse influenciar por este conocimiento cuando se preguntan qué hechos desconocidos en el momento de la acción habrían considerado ellos como más probables. Sostengo que el aislamiento completo es tan imposible en relación con estos hechos como lo es en relación con el conocimiento del desenlace, y por las mismas razones.

Por tanto, si un crítico quiere alabar o censurar una acción determinada, sólo a medias logrará colocarse en la situación del participante. En muchos casos lo conseguirá en una medida suficiente para lo que se ha propuesto, pero no hemos de olvidar que, en ocasiones, es imposible por completo.

Pero para el crítico no es ni necesario ni deseable identificarse por completo con el mando supremo. En la guerra, como en cualquier otro oficio, hace falta una aptitud natural bien adiestrada. Este virtuosismo puede ser grande o pequeño. En el primer caso, superará fácilmente al del crítico; ¿qué estudiante se atrevería proclamar que está a la altura del talento de un Federico el Grande o un Napoleón? En estos casos, salvo que prefiramos guardar silencio en señal de deferencia al talento superior, hemos de beneficiarnos del mayor horizonte que dominamos. Por tanto, el crítico no debe evaluar la solución que un gran general da a un problema como si se tratase de una operación aritmética. Debe, por el contrario, reconocer con admiración el éxito del general, el fluido desarrollo de los acontecimientos, el funcionamiento superior de su genio. Las interconexiones esenciales que ese genio había adivinado debe el crítico reducirlas a conocimiento de los hechos.

Para juzgar el más elemental acto de talento, el crítico debe adoptar una perspectiva más global para adquirir razones objetivas y con su ayuda reducir la subjetividad al mínimo; así evitar juzgar con arreglo a sus propias normas, posiblemente limitadas.

La posición elevada del crítico que dispensa elogios o censuras desde el conocimiento pleno de todas las circunstancias no

lesionará nuestros sentimientos. Pero si nos insultará si se presenta a la luz de las candilejas dando a entender que toda esa sabiduría que, en realidad, deriva del conocimiento completo del caso, es producto de su talento. Por claro que sea el fraude, y la vanidad empuja fácilmente a cometerlo, no será menos ofensivo. En la mayor parte de las ocasiones el crítico no pretende ser arrogante pero, salvo que se tome la molestia de negarlo, el lector apresurado lo sospechará y le acusará enseguida de falta de juicio crítico.

Cuando un crítico dice que Federico el Grande o Napoleón cometieron errores, no pretende afirmar que él no los habría cometido. Incluso puede admitir que en la situación en que se hallaban estos grandes generales los habría cometido todavía mayores. Lo que quiere decir es que es capaz de deducir tales errores del cúmulo de acontecimientos y sentimientos que la sagacidad del general también debería haber percibido.

Se trata de un juicio basado en el cúmulo de acontecimientos y, por tanto, también *en su desenlace*. Pero, además, éste puede influir en el juicio por otra vía totalmente distinta: cuando se utiliza para probar si una acción ha sido correcta o incorrecta. Esto podría denominarse *juicio por los resultados*. A primera vista, un juicio así parece totalmente inadmisibile, pero no lo es.

Cuando en 1812 Napoleón avanzaba hacia Moscú, la pregunta decisiva era si la captura de la capital, unida a todo lo ya conquistado, induciría al zar Alejandro a firmar la paz. Esto es lo que había ocurrido en 1807 después de la batalla de Friedland, y había funcionado también en 1805 y 1809 con el emperador Francisco después de las batallas de Austerlitz y Wagram. Pero si en Moscú no se firmaba la paz, Bonaparte no tendría más remedio que retirarse, lo que equivaldría a una derrota estratégica. Dejemos a un lado las etapas que jalaron el avance hacia Moscú y la cuestión de si en el curso de ese avance desaprovechó o no una serie de oportunidades que hubieran decidido al zar a firmar la paz. Prescindamos también de las terribles circunstancias en que se hizo la retirada y cuyo origen podría estar en la forma en que se dirigió toda la campaña. La pregunta decisiva sigue siendo la misma: por triunfal que hubiese sido el avance sobre Moscú, persiste la duda de que hubiese impresionado al zar hasta el extremo de impulsarle a firmar la paz. La retirada sólo podría considerarse una enorme derrota estratégica incluso sin que hubiera conducido al aniquilamiento

de su ejército. Si el zar hubiera firmado una paz en condiciones de desventaja, la campaña de 1812 se habría unido a las de Austerlitz, Friedland y Wagram. Y si éstas no hubieran llevado a la paz, probablemente habrían culminado en catástrofes similares. Con independencia de la fuerza, la destreza y la sabiduría exhibidas por el conquistador del mundo, la pregunta definitiva siempre es la misma: si ignoramos los resultados reales de las campañas de 1805, 1807 y 1809 y nos basamos sólo en la prueba de 1812, ¿afirmaríamos que son producto de la imprudencia y que su éxito se debe sólo a una excepción a la ley natural? ¿Sostendríamos que en 1812 la justicia estratégica se impuso por fin a la suerte ciega? Sería una conclusión muy forzada y un juicio arbitrario de que se han eliminado la mitad de las pruebas, porque el ojo humano no puede percibir las interconexiones entre los acontecimientos que conducen a las decisiones adoptadas por los monarcas derrotados.

Con menos razón todavía puede afirmarse que la campaña de 1812 debería haber culminado en victoria como todas las anteriores y que si fracasó fue por algún hecho insólito: nada de insólito tenía la firmeza de Alejandro.

¿Hay algo más lógico que afirmar que en 1805, 1807 y 1809 Bonaparte había calibrado correctamente a su enemigo, pero no en 1812? En los primeros casos estaba acertado y en el último equivocado, *como demuestran los resultados*.

En la guerra, como ya hemos señalado, todas las acciones se dirigen hacia el probable éxito más que al éxito seguro. La certeza que falta debe siempre fiarse al azar, a la suerte, o como se quiera llamar a esto. Por supuesto, cabe sostener que esa dependencia ha de ser lo más reducida posible, pero sólo en relación con un caso particular; en otras palabras, debe ser *lo menor posible en ese caso particular*. Pero no hemos de preferir siempre la opción que acarrea menos incertidumbre. Esto sería un error tremendo, como demostrará mi argumentación teórica. Hay veces en que la mayor imprudencia es la cima de la sabiduría.

Parecería que el mérito personal del general y, por tanto, su responsabilidad, es irrelevante en todo lo que debe fiarse al azar. Pero no podemos negar la satisfacción interior que se siente cuando las cosas salen bien, ni el malestar intelectual que acompaña a los resultados adversos. *Este es todo el sentido que hemos de atribuir a un juicio favorable o adverso deducido del éxito o más bien que encontramos en el éxito.*

Pero es obvio que el placer intelectual del éxito y el malestar del fallo surgen de la percepción oscura de algún vínculo delicado, invisible para el ojo de la mente, que une el triunfo con el genio del general. Es una hipótesis gratificante. Demuestra que esto es cierto el hecho de que nuestra simpatía crece y se agudiza a medida que el mismo hombre repite sus victorias y derrotas. Por eso la suerte en la guerra es de más calidad que la suerte en el juego. Mientras un general triunfante no nos haga ningún daño, seguimos su carrera con placer.

Por tanto, el crítico, después de analizar cuanto está al alcance del cálculo y las convicciones humanas, dejará que el desenlace hable en nombre de esa parte cuya actividad profunda y misteriosa nunca es visible. El crítico debe proteger este resultado indecible de la actividad de leyes superiores frente a la corriente de opiniones indocumentadas, por un lado, y frente al abuso al que puede verse del que podría ser objeto, por otro.

La victoria nos permite comprender muchas cosas que el solo trabajo de la inteligencia humana sería incapaz de descubrir. Esto significa que será útil sobre todo para desvelar fuerzas y efectos de orden intelectual y psicológico, menos sujetas a evaluación fiable y tan estrechamente ligadas con la voluntad que llegan fácilmente a controlarla. Cuando las decisiones se basan en el miedo o el valor es imposible juzgarlas objetivamente; por tanto, no hay que esperar que la inteligencia y el cálculo logren determinar el desenlace probable.

Me permitiré ahora hacer algunas observaciones sobre los instrumentos que manejan los críticos y que constituyen su lenguaje porque, en cierto modo, acompaña a la acción en la guerra. Al fin y al cabo, el análisis crítico no es sino el pensamiento que debe preceder a la acción. Por tanto, considero esencial que el lenguaje de la crítica tenga el mismo carácter que ha de tener en la guerra el pensamiento; de otro modo pierde utilidad práctica y contacto con su motivo de estudio.

En mis reflexiones sobre la teoría de la conducción de la guerra he dicho que debería servir para adiestrar la mente del general o, mejor todavía, para orientar su educación. El objeto de la teoría no es proveerle de doctrinas y sistemas positivos aplicables a modo de herramientas intelectuales. Además, si nunca es necesario ni siquiera permisible utilizar las normas científicas para juzgar problemas bélicos concretos, si la verdad nunca se presenta bajo una forma sistemática, si no se alcanza

por deducción sino siempre *directamente* mediante la percepción natural de la mente, así debe ser también en el análisis crítico.

Hay que admitir que siempre que sea demasiado laborioso determinar los hechos que definen una situación, hemos de recurrir a los principios fundamentales establecidos por la teoría. Pero, así como en la guerra aprovecha mejor estas verdades el general que ha incorporado su significado a su forma de pensar que aquél otro que las trata como reglas rígidas externas, el crítico no debería aplicarlas como leyes externas o como fórmulas algebraicas cuya relevancia no fuese preciso establecer cada vez que se emplean. Hay que dejar siempre que estas certezas se manifiesten por sí mismas y fiar a la teoría sólo las pruebas más precisas y complejas. Evitaremos así el uso de un lenguaje arcano y hermético y nos expresaremos con llaneza, valiéndonos de conceptos claros y luminosos.

Admitiendo que esto no siempre puede lograrse de manera cabal, debe ser siempre la meta del análisis crítico. Las formas complejas de conocimiento deberían emplearse lo menos posible y jamás deberían elaborarse normas científicas como si fueran la máquina de la verdad. Todo habría de hacerse por medio del trabajo natural de la mente.

Pero esta que podríamos llamar virtuosa aspiración raramente gobierna los estudios críticos. Antes al contrario, la vanidad ha convertido a casi todos en una exhibición ostentosa de ideas.

El primer error común es el uso desmañado e inadmisible de ciertos sistemas estrechos como cuerpos formales de leyes. Nunca resulta difícil demostrar el carácter unilateral de tales sistemas y no hace falta nada más para desacreditar su autoridad de una vez por todas. Tratamos aquí con un problema limitado y, como el número de posibles sistemas es al fin y al cabo finito, este *error* es el menor de dos males que nos afectan.

Mucho más grave es el séquito de *términos de jerga, tecnicismos y metáforas* que acompaña a estos sistemas. Bullen por todas partes, como chusma de pandilleros sin ley. El crítico que no ha sido capaz de adoptar un sistema (porque no ha dado con uno que le guste o porque todavía no ha llegado tan lejos) aplicará a pesar de todo algún que otro retazo de uno como si fuese una norma, para demostrar la estupidez que ha cometido un general. Pocos son capaces de desenvolverse sin el concurso ocasional de estos fragmentos de teoría científica militar. Los más

insignificantes, simples expresiones y metáforas técnicas, no son a veces nada más que florituras ornamentales de la narrativa del crítico. Pero, inevitablemente, toda la terminología técnica de un sistema pierde el sentido que pudiera tener en cuanto se separa de su contexto y se aplica a modo de axioma general o pizca de verdad al que se atribuye más poder que a una sencilla afirmación.

Se llega así a la conclusión de que nuestra literatura teórica y crítica está saturada de jerga que conduce a encrucijadas oscuras en las que el autor pierde a sus lectores, en lugar de aportar argumentos sencillos y directos que dejan ver cuando menos que el autor siempre sabe lo que está diciendo y el lector lo que está leyendo. A veces estos libros son todavía peores: fieras cáscaras vacías. El autor ya no sabe ni lo que piensa y se envuelve en ideas oscuras que no le satisfarían si las expresase en lenguaje llano.

Los críticos caen en un tercer error: exhibir su erudición y utilizar mal los ejemplos históricos. Ya he afirmado qué es la historia del arte de la guerra, y desarrollaré en otros capítulos mi postura sobre los ejemplos históricos y la historia militar en general. Un hecho que se cita de pasada puede utilizarse para apoyar *las posturas más contradictorias* y tres o cuatro ejemplos de épocas y lugares remotos, tomados del más amplio abanico de circunstancias, tienden a distraer y confundir el juicio sin demostrar nada. La luz del día suele demostrar que no son más que basura con la que el autor pretende exhibir su saber.

¿Qué utilidad práctica tienen estas ideas oscuras, parcialmente falsas, confusas y arbitrarias? Muy poca; tan poca que, desde sus principios, han hecho de la teoría lo opuesto a la práctica y, no infrecuentemente, el objeto de las burlas de hombres cuya competencia militar es indiscutible.

Esto nunca habría ocurrido si la teoría de la dirección de la guerra, valiéndose de términos llanos y observaciones sencillas, hubiera tratado de determinar todo lo determinable; si, abandonando pretensiones espurias, sin exhibición indecente de fórmulas científicas y compendios históricos, se hubiera atenido a su objeto y nunca se hubiera apartado de quienes deben dirigir las batallas a la luz de su sabiduría innata.

CAPÍTULO SEIS

SOBRE LOS EJEMPLOS HISTÓRICOS

Los ejemplos históricos lo aclaran todo y aportan la mejor prueba a las ciencias empíricas, y esto es particularmente cierto en el arte de la guerra. El general Scharnhorst, cuyo manual es lo mejor que se ha escrito nunca sobre la guerra real, considera que los ejemplos históricos son a este respecto de importancia primordial y los maneja admirablemente. Si hubiera sobrevivido a las guerras de 1813-1815, la cuarta parte de su obra revisada sobre artillería habría demostrado todavía mejor la capacidad de observación y el conocimiento con que trataba sus experiencias.

Pero los ejemplos históricos raramente se utilizan con tan buen tino. Por el contrario, el uso que de ellos hacen los teóricos no sólo suele dejar al lector insatisfecho, sino que incluso ofende su inteligencia. Por tanto, consideramos importante centrar la atención en el uso correcto e incorrecto de ejemplos.

Sin duda, los conocimientos esenciales para el arte de la guerra son empíricos. Aunque derivan en su mayor parte de la naturaleza de las cosas, normalmente sólo la experiencia nos revela cuál es esa naturaleza. Además, su aplicación se ve modificada por tal cúmulo de condiciones que sus efectos nunca pueden establecerse por completo a partir de la naturaleza de los medios.

Los efectos de la pólvora, el principal agente de la actividad militar, sólo pudieron demostrarse mediante la experiencia. Y todavía se hacen experimentos para estudiarlos mejor.

Por supuesto, es obvio que una bala de cañón de hierro impulsada por la pólvora hasta una velocidad de 300 metros por segundo aplastará a cualquier criatura viviente que se encuentre en su camino. No hace falta ninguna experiencia para creerlo. Pero hay cientos de detalles importantes que determinan su efecto y algunos de ellos sólo pueden descubrirse por medios empíricos. El efecto físico no es lo único que importa: lo que a nosotros nos interesa es el efecto psicológico y la experiencia es la única forma de determinarlo y valorarlo. En la Edad Media, las armas de fuego constituían una novedad y eran tan imperfectas que su efecto material era muy inferior al de las actuales; pero su impacto psicológico era bastante mayor. Es preciso haber visto la firmeza de las fuerzas adiestradas y dirigidas por Napoleón en el curso de sus conquistas, haberlas visto bajo un fuego feroz e ininterrumpido, para hacerse una idea de lo que pueden lograr unos soldados templados por la prolongada exposición al peligro y en quienes un prolongado reguero de victorias ha inculcado el noble principio de exigirse lo máximo así mismos. Como idea, es algo increíble. Por el contrario, todavía hay ejércitos en Europa, como los formados por tártaros, cosacos o croatas, cuyas filas se desbaratan fácilmente con unas pocas descargas de artillería.

Pero las ciencias empíricas, incluida la teoría del arte de la guerra, no siempre pueden apoyar sus conclusiones con pruebas históricas. La enorme amplitud de la materia que debe abarcarse obliga en muchos casos a descartarlo y además puede resultar difícil encontrar experiencias reales que apoyen todos los detalles. Si en la guerra cierto medio llega ser muy eficaz, volverá a utilizarse, otros lo imitarán y se pondrá de moda; y así, con el respaldo de la experiencia, se incorporará al uso común y a la teoría. Ésta se conforma con referirse a la experiencia en general para indicar el origen del método, pero no para demostrarlo.

Otra cosa distinta ocurre cuando se cita la experiencia para desplazar un método vigente, confirmar uno dudoso o proponer otro nuevo. En estos casos es preciso aportar como prueba casos particulares tomados de la historia.

Un examen más detenido del uso de ejemplos históricos nos permitirá observar cuatro puntos de vista.

En primer lugar, un ejemplo histórico puede utilizarse simplemente como *explicación* de una idea. Al fin y al cabo, las discusiones abstractas suelen malinterpretarse o no comprenderse en absoluto. Cuando un autor teme que esto ocurra, puede recurrir a un ejemplo histórico que arroje la luz necesaria sobre su idea y mantenga el contacto con el lector.

En segundo lugar, puede servir para mostrar la *aplicación* de una idea. Un ejemplo da la oportunidad de demostrar la influencia de todas las circunstancias menores que podrían figurar en la formulación general de la idea. De hecho, esta es la diferencia entre teoría y experiencia. Estos dos usos citados constituyen ejemplos genuinos; los que siguen son pruebas históricas.

En tercer lugar se puede apelar a los hechos históricos para apoyar una afirmación. Esto bastará siempre que sólo se quiera probar la *posibilidad* de algún fenómeno o efecto.

En cuarto y último lugar, la exposición pormenorizada de un acontecimiento histórico y la combinación de varios permiten deducir una doctrina: la prueba está en los propios hechos.

El uso del primer tipo se limita casi siempre a una mención breve del caso, pues sólo importa uno de sus aspectos. Ni siquiera la verdad histórica es esencial y un hecho imaginario funcionaría igual de bien. Pero los ejemplos históricos siempre presentan la ventaja de ser más realistas y de dar vida a la idea que tratan de ilustrar.

El segundo tipo de uso exige una presentación más pormenorizada de los acontecimientos, aunque la autenticidad tampoco es esencial. A este respecto, repito lo que ya he dicho sobre el primer caso.

La tercera aplicación suele alcanzar sus fines con la simple exposición de un hecho indiscutible. Si se trata de demostrar que una posición atrincherada puede ser eficaz en determinadas circunstancias, bastaría citar, por ejemplo, el caso de la posición Bunzelwitz.

Pero cuando se presenta un suceso histórico para demostrar una verdad general, hay que desarrollar todos los aspectos que afectan a esa verdad que se discute de manera completa y circunstancial; por así decir, hay que ensamblarlos cuidadosamente ante los ojos del lector. Si no se consigue, la demostración perderá vigor y será necesario utilizar más casos para aportar las pruebas que faltan. Es lógico suponer que si no podemos aportar detalles más precisos, un mayor número de ejemplos determinará un resultado promedio.

Supongamos que se quiere demostrar por medio de la experiencia que la caballería debe colocarse por detrás de la infantería, nunca alineada con ella; o que, cuando la superioridad numérica no es manifiesta, resulta extremadamente peligroso rodear al enemigo con columnas muy distanciadas unas de otras, tanto en el campo de batalla como en el teatro de operaciones; en otras palabras, tanto en la táctica como en la estrategia. En el primer caso no basta con citar unas pocas derrotas sufridas por formaciones con la caballería en los flancos y unas pocas victorias obtenidas por otras con la caballería situada detrás de la infantería. Y en el segundo no bastaría con mencionar las batallas de Rivoli o de Wagram y los ataques austríacos en el escenario italiano o los franceses en el alemán en 1796. En ambos casos es necesario recrear con exactitud todas las circunstancias y hechos individuales para mostrar de qué forma contribuyeron decisivamente a la derrota esos tipos de posición o de ataque. El resultado mostrará *en qué grado* son poco recomendables estos métodos; este aspecto debe señalarse siempre, pues una condena global entraría en conflicto con la verdad.

Ya hemos acordado que cuando no puede aportarse una exposición detallada de los hechos, cabe compensar la falta de pruebas multiplicando el número de ejemplos. Pero se trata de un recurso peligroso y a menudo mal utilizado. En lugar de presentar un caso detallado, los críticos se contentan con *tocar* tres o cuatro, lo que da la *apariencia* de prueba sólida.

Pero hay ocasiones en que una docena de ejemplos no llegan a probar nada; ocurre así cuando se repiten y cuando es fácil citar otra docena que arrojen resultados contrarios. Si alguien cita una docena de derrotas en las que el bando perdedor había atacado con columnas divididas, yo puedo citar una docena de victorias en las que se empleó esa misma táctica. Obviamente, esto no es forma de llegar a ninguna conclusión.

La reflexión sobre estas circunstancias diversas demostrará lo sencillo que es utilizar mal los ejemplos.

Un acontecimiento citado a la ligera en lugar de bien circunstanciado es como un objeto visto a gran distancia: es imposible distinguir los detalles y parece uniforme desde todos los ángulos. Estos ejemplos se han empleado en apoyo de las posturas más controvertidas. Para algunos, las campañas de Daun son modelos de sabiduría y perspicacia; para otros, de timidez y vacilación. El avance bonapartista a través de los Alpes Nori-

canos en 1797 se presenta ante unos como espléndida pieza de osadía; según otros es un caso de temeridad sin paliativos. La derrota estratégica que sufrió en 1812 puede atribuirse al exceso de energía, pero también a su insuficiencia. Todas estas opiniones se han expresado alguna vez y es fácil entender por qué: los hechos se interpretaron de distinta forma. Pero estas opiniones contradictorias no pueden coexistir: alguna ha de ser errónea.

Feuquières, ese hombre excelente, merece nuestra gratitud por la abundancia de ejemplos que adornan sus memorias. No sólo registra numerosos acontecimientos que de otro modo se habrían olvidado, sino que fue además el primero en establecer comparaciones realmente útiles entre las ideas teóricas abstractas y la realidad práctica, pues los casos que cita pueden considerarse explicaciones y definiciones restringidas de sus afirmaciones teóricas. Sin embargo, para el lector moderno, apenas logró el objetivo que se había propuesto: demostrar principios teóricos por medio de ejemplos históricos. Aunque a veces registra hechos con cierto detalle, no llega a demostrar que las conclusiones a las que llega son inevitables consecuencias de los modelos elegidos.

Otro inconveniente de tomar sólo de pasada los acontecimientos históricos es que algunos lectores no los conocen con detalle suficiente o no los recuerdan suficientemente bien como para captar lo que el autor tiene en la cabeza. Estos lectores sólo pueden dejarse impresionar por los argumentos o considerarlos irrelevantes.

Por supuesto, es difícil exponer un acontecimiento histórico o reconstruirlo para el lector de manera que sirva como prueba. El autor raramente dispone de los medios, el espacio o el tiempo necesario para esta labor. Pero sostengo que cuando se trata de presentar un punto nuevo o polémico, un sólo suceso muy pormenorizado es más instructivo que diez descritos por encima. La principal objeción a este último superficial tratamiento no es que el autor trate de hacernos creer que está demostrando algo, sino el hecho de que jamás ha dominado los hechos que cita y que su manipulación superficial e irresponsable da lugar a cientos de ideas erróneas y a una teoría falsa. Nada de esto ocurriría si el deber del autor fuese demostrar que las nuevas ideas que presenta como garantizadas por la historia se deducen de manera indiscutible de un preciso diseño de los acontecimientos.

Una vez aceptadas las dificultades del uso de ejemplos históricos, se llega a una conclusión obvia: que los ejemplos deben

tomarse de la historia militar moderna y en la medida en que se conozca y evalúe correctamente.

En épocas más remotas las condiciones eran distintas y las guerras se libraban de distinto modo, por lo que de los ejemplos tomados de ellas se desprenden menos lecciones prácticas para nosotros. Pero además, la historia militar, como la de cualquier otra clase, va perdiendo a medida que pasa el tiempo innumerables detalles y elementos menores y con ellos la vida y el color, como una pintura que poco a poco se difumina y oscurece. Lo que al final sobrevive, más o menos al azar, es un conjunto de grandes bultos y elementos aislados a los que, inevitablemente, se presta una atención exagerada.

Si examinamos las condiciones de la guerra moderna, vemos que las campañas más parecidas a las actuales, sobre todo en cuanto al armamento, son las que comenzaron con la guerra de sucesión de Austria. Aunque muchas circunstancias mayores y menores han cambiado mucho, se parecen a la guerra moderna lo suficiente como para resultar instructivas. Por el contrario, en la guerra de sucesión española el uso de las armas de fuego estaba mucho menos avanzado y la caballería seguía siendo el arma más importante. Cuanto más se retrocede en el tiempo, tanto menos útil resulta la historia militar, que se vuelve más pobre y esquemática. La historia de la antigüedad es, sin duda, la más inútil y esquemática de todas.

La inutilidad no es, por supuesto, absoluta; afecta sólo a los aspectos que dependen del conocimiento preciso de las circunstancias reales o de detalles de la guerra que han cambiado. Por poco que sepamos de las batallas que Suiza libró contra austríacos, borgoñones y franceses, son precisamente éstas las que demostraron claramente por primera vez la superioridad de una buena infantería frente a la mejor caballería. Basta una somera ojeada a la época de los *condottieri* para ver que la dirección de la guerra depende por completo del instrumento empleado; en ninguna otra época han estado las fuerzas tan especializadas ni tan rigurosamente separadas del resto de la vida política y civil. La forma peculiar en que Roma luchó contra Cartago en la Segunda Guerra Púnica, atacando España y África mientras Aníbal todavía avanzaba victorioso por Italia, aporta también una lección muy valiosa: todavía conocemos lo suficiente sobre la situación general de los Estados y los ejércitos que permitieron que una forma de resistencia tan complicada tuviera éxito.

Pero a medida que se pasa de las consideraciones generales a los detalles va resultando más difícil elegir ejemplos y experiencias de épocas remotas. No estamos en condiciones de evaluar correctamente los hechos relevantes ni de aplicarlos a los medios totalmente distintos que utilizamos en la actualidad.

Por desgracia, los autores siempre han mostrado una tendencia acusada a relatar episodios de la historia antigua. No hace falta averiguar en qué medida obedece esto a vanidad y presunción; lo cierto es que raramente se advierte un propósito honrado ni un intento sincero de instruir o convencer. Por tanto, estas alusiones deben considerarse mera ornamentación colocada para ocultar vacíos y defectos.

Enseñar el arte de la guerra valiéndose en todo momento de ejemplos históricos, como intentara Feuquières, sería un logro del más alto valor, pero colmarlo ocuparía más de una vida, pues quien pretenda hacer algo así debe en primer lugar adquirir una completa experiencia personal de la guerra.

Quien sienta la urgencia de emprender una tarea semejante debe prepararse para su labor como el peregrino que se apresta a viajar a tierras lejanas. No debe ahorrar tiempo ni esfuerzo, ni temer a ninguna jerarquía mundana ni poder terrenal y ha de alzarse por encima de su vanidad o su falsa modestia para decir, de acuerdo con la expresión del código napoleónico, *la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad*.

LIBRO III

SOBRE LA ESTRATEGIA EN GENERAL

CAPÍTULO UNO

ESTRATEGIA

El concepto general de estrategia se ha definido en el capítulo segundo del libro II¹. Es el empleo de un combate para lograr el propósito de la guerra. Aunque la estrategia se interesa sólo por los combates, la teoría estratégica debe considerar también sus principales medios de ejecución, que son las fuerzas armadas. Debe considerárselas en sí mismas y en su relación con otros factores, pues conforman el combate y, a su vez, son las primeras en sentir sus consecuencias. Por tanto, la teoría de la estrategia debe estudiar el combate en términos de sus posibles resultados y de las fuerzas morales y psicológicas que en buena parte determinan su curso.

La estrategia es el empleo del combate para lograr el propósito de la guerra. El estratega debe, pues, definir un objetivo para toda la parte operativa de la guerra que esté de acuerdo con su finalidad. En otras palabras: debe elaborar el plan de guerra, y el objetivo determinará la serie de acciones propuestas

¹ En realidad, la definición aparece por vez primera en el capítulo uno del libro II; véase la p. 75. [N. de los eds.]

para alcanzarlo; en la práctica conformará cada una de las campañas y, dentro de éstas, tomará decisiones sobre los distintos combates. Como casi todas estas cosas han de basarse en hipótesis que pueden no resultar correctas y como otras órdenes más detalladas no pueden de ningún modo determinarse por adelantado, es evidente que el propio estratega deberá él mismo participar en la campaña. De este modo podrá elaborar las órdenes más detalladas sobre la marcha y ajustar el plan general a las continuas modificaciones necesarias. En resumen, el estratega debe mantener el control sobre todas las cosas.

Esta postura no siempre se ha aceptado, al menos en lo relativo al principio general. Antes era costumbre elaborar la estrategia en el despacho, no en el campo; esta práctica sólo es aceptable si el gobierno permanece tan cerca del ejército que puede actuar como cuartel general.

Por tanto, la teoría estratégica trata de planificación; o, más bien, intenta arrojar algo de luz sobre los elementos de la guerra y sus interrelaciones, insistiendo en los pocos principios o normas que pueden demostrarse.

El lector que recuerde del primer capítulo del libro I, la multiplicidad de asuntos de importancia vital que intervienen en la guerra comprenderá qué infrecuentes facultades intelectuales hacen falta para conservar todo el cuadro en la mente.

El mejor modo que el príncipe o el general tienen de demostrar su genio es dirigir una campaña ajustándola exactamente a sus objetivos y recursos, sin excederse ni quedarse cortos. Pero la influencia del genio no se manifiesta tanto en las nuevas formas de acción como en el éxito final del conjunto. Lo que debemos admirar es el cumplimiento exacto de hipótesis no refutadas, la armonía sin disonancias de toda la actividad, que sólo se hacen evidentes en el triunfo final.

El estudiante que no pueda descubrir esta armonía en la acción que conduce a la victoria final quizá se sienta inclinado a buscar el genio en lugares en los que ni existe ni puede existir.

De hecho, los medios y formas que emplea el estratega son tan sencillos, tan familiares a fuerza de continua repetición, que el sentido común los percibe como algo ridículo cuando los críticos los tratan, como suelen, con su aparatosa solemnidad. Así, una maniobra tan corriente como rodear el flanco del adversario puede ser saludada por los críticos como un golpe de genio, la manifestación de la inteligencia más penetrante o hasta el

producto de un conocimiento omnímodo. ¿Cabe imaginar algo más absurdo?

La situación resulta todavía más ridícula cuando se considera que estos mismos críticos suelen excluir todas las cualidades morales de la teoría estratégica para examinar únicamente los factores materiales. Lo reducen todo a unas pocas fórmulas matemáticas de equilibrio y superioridad, de tiempo y espacio, a límites marcados por unos cuantos ángulos y líneas. Si realmente eso fuese todo, no llegaría ni para proponer problemas científicos en los colegios.

Pero hemos de admitir que las fórmulas científicas y los problemas no se discuten. Las relaciones entre factores materiales son muy simples; lo más difícil es captar los factores intelectuales. Aún así, las complicaciones intelectuales y la diversidad extrema de factores y relaciones sólo se hacen presentes en las esferas más elevadas de la estrategia. A esos niveles hay poca diferencia entre estrategia, política y gobierno de Estados y, como ya se ha dicho, su influencia se materializa más en asuntos de cantidad y escala que en formas de ejecución. Donde domina la ejecución, como ocurre en los acontecimientos individuales de una guerra, sea grande o pequeña, los factores intelectuales se reducen al mínimo.

En la estrategia todo es muy simple; pero esto no significa que todo sea muy fácil. Una vez determinado a partir de las condiciones políticas, lo que se quiere y se puede lograr con la guerra, es fácil planificar su curso.

Pero seguir el curso previsto íntegramente, aplicar el plan y no dejarse desviar por millares de señuelos, exige fortaleza de carácter, lucidez y firmeza de mente. Tómese a varios hombres sobresalientes, unos conocidos por su intelecto, otros por su agudeza, algunos por la firmeza o la tenacidad de su voluntad: quizá ninguno posea la combinación de cualidades necesaria para hacer de él un general algo más que mediano.

Parece raro, pero cuantos estén familiarizados con este aspecto de la guerra estarán de acuerdo en que adoptar una decisión importante exige más fuerza de voluntad en la estrategia que en la táctica. En ésta se está expuesto a las presiones del momento, atrapado en un vórtice donde la resistencia podría ser fatal, y esto ayuda a reprimir los escrúpulos incipientes y a continuar con firmeza. En la estrategia el ritmo es mucho más lento. Hay mucho espacio para los celos, tanto propios como

ajenos, para las objeciones y protestas y, en consecuencia, para el arrepentimiento prematuro. En una situación táctica, al menos la mitad del problema se percibe a simple vista, mientras que en la estrategia todo debe adivinarse y suponerse. Por tanto, las convicciones son más débiles y casi todos los generales, cuando deben actuar, se ven paralizados por dudas innecesarias.

Y ahora, un poco de historia. Consideremos la campaña que Federico el Grande libró en 1760, famosa por sus marchas y maniobras fulgurantes, alabada por los críticos como obra de arte, como verdadera obra maestra. ¿Hemos de permanecer mudos de admiración ante el hecho de que el rey quisiera dar primero sobre el flanco derecho de Daun, luego sobre el izquierdo, a continuación de nuevo sobre el derecho y así sucesivamente? Ciertamente no, si queremos juzgar sin afectación. Lo realmente admirable es la sabiduría del rey: como perseguía un objetivo ambicioso con recursos limitados, no intentó emprender nada superior a sus fuerzas, sino hacer siempre *lo justo* para lograr lo que quería. Esta no es la única campaña en la que demostró su valía como general; esta cualidad es evidente en las tres guerras que libró este gran rey.

Su objetivo era conducir Silesia al puerto seguro de una paz garantizada.

Como caudillo de un pequeño Estado que se parecía a otros en casi todos sus aspectos y que sólo se distinguía por la eficacia de algunas ramas de su administración, Federico no podía actuar como un Alejandro. También habría sufrido una catástrofe si hubiese actuado como Carlos XII. Su forma de dirigir la guerra revela un elemento de fuerza contenida, siempre en equilibrio, nunca carente de vigor, que se alzaba a alturas memorables en momentos de crisis, pero que inmediatamente después volvía al estado de oscilación tranquila, siempre dispuesta para adaptarse al más leve cambio de la situación política. Ni la vanidad, ni la ambición ni la venganza le apartaron de este curso, y fue únicamente este curso lo que le condujo a la victoria.

¿Qué pobres resultan estas palabras para expresar esa característica del gran general! Basta examinar con atención las causas y el milagroso desenlace de esta contienda para comprender que fue sólo la aguda inteligencia del rey lo que la condujo con seguridad por entre todos los peligros.

Esta es la característica que admiramos en todas sus campañas, pero especialmente en la de 1760. En ningún otro momen-

to logró mantener a raya a un enemigo tan superior a un precio tan reducido.

El otro aspecto admirable se refiere a las dificultades de ejecución. Las maniobras de ataque a un flanco son fáciles de planificar. También es fácil idear un plan para mantener concentrada una fuerza reducida de manera que pueda encontrarse en condiciones de igualdad en cualquier punto con un enemigo disperso y multiplicar su fuerza por medio de movimientos rápidos. Estas ideas nada tienen en sí mismas de admirables. Ante conceptos tan simples, hemos de admitir que son simples.

Pero hagamos que un general intente imitar a Federico. Después de muchos años, los testigos presenciales siguen escribiendo sobre el riesgo, y hasta la imprudencia, de las posiciones del rey; y, sin duda, ese peligro parecería tres veces más amenazador en su época que transcurrido el tiempo.

Lo mismo puede decirse de las marchas iniciadas a la vista, y con frecuencia bajo las armas, del enemigo. Federico escogió esas posiciones y realizó esas marchas porque estaba seguro de que los métodos de Daun, sus medidas, su sentido de la responsabilidad y su carácter hacían tales maniobras peligrosas, pero no insensatas. Claro que hacía falta el arrojo del rey, su resolución y su fuerza de voluntad para ver las cosas así y no dejarse confundir e intimidar por el peligro del que, treinta años después, se sigue hablando y escribiendo. Pocos generales en tal situación hubieran considerado viables unos medios estratégicos tan simples.

Otra dificultad era que durante toda la campaña el ejército del rey estuvo siempre en movimiento. Dos veces, a principios de julio y a principios de agosto, persiguió a Daun mientras él mismo era perseguido por Lacy, desde el Elba hasta Silesia por caminos infernales. Las tropas debían mantenerse siempre en orden de batalla y las marchas debían organizarse con tal grado de ingenio que requería fuertes dosis de esfuerzo. Como el ejército iba acompañado, y frenado, por miles de carros, siempre estaba escaso de suministros. Durante la semana anterior a la batalla de Liegnitz, en Silesia, las tropas marcharon día y noche, alternando entre el despliegue y la retirada a lo largo del frente enemigo. El esfuerzo y la dureza de la situación fueron enormes.

¿Podría hacerse algo así sin someter la máquina militar a un grave desgaste? ¿Puede un general, por la mera fuerza del intelecto, producir una movilidad así con la misma facilidad con

que un topógrafo maneja el astrolabio? ¿No se sienten conmovidos los generales y los comandantes supremos por la visión de la miseria que padecen sus agotados, hambrientos y sedientos compañeros de armas? ¿No llegan al comandante supremo las quejas y resentimientos que provocan estas condiciones? ¿Podría un hombre corriente pedir semejantes sacrificios? ¿Y no bajaría esto la moral de la tropa, corrompería la disciplina y, en resumen, socavaría el espíritu de combate si la fe ciega en la grandeza y la infalibilidad del comandante no compensase todas las demás consideraciones? Esto es lo que merece nuestro respeto: son estos milagros de ejecución lo que hemos de admirar. Pero para apreciar esto en su justa medida es preciso haberlo experimentado. Quienes sólo conocen la guerra por los libros o los desfiles no pueden comprender estas dificultades y por eso hemos de pedirles que suplan con la fe la experiencia de que carecen.

He utilizado el ejemplo de Federico el Grande para centrar la línea de pensamiento. En conclusión, quiero destacar que en la exposición de la estrategia describiré los factores materiales e intelectuales que considero de máxima relevancia. Iré de lo simple a lo complejo hasta llegar a la estructura que unifica toda la actividad militar: el plan de campaña.

Los pasajes que siguen proceden de un manuscrito anterior del libro II y llevan la siguiente indicación del autor: «Para incorporar al primer capítulo del libro III.» La revisión proyectada de este capítulo nunca llegó a hacerse y, por tanto, estos pasajes se han incorporado aquí íntegramente.

En sí mismo, el despliegue de las fuerzas en un punto determinado se limita a posibilitar un combate, pero éste no se producirá necesariamente. ¿Debe considerarse esta posibilidad como una realidad, como un hecho ocurrido? Sin duda. Cobra realidad por sus consecuencias, y *consecuencias de algún tipo siempre las hay*.

1. LOS COMBATES POSIBLES DEBEN CONSIDERARSE COMO REALES POR SUS CONSECUENCIAS

Si se envían tropas a cortar la retirada del enemigo y éste se rinde sin luchar, su decisión obedece únicamente a la amenaza de lucha que presentan tales tropas.

Si parte de nuestro ejército ocupa una provincia enemiga desguarnecida y de este modo le impide aumentar sustancialmente sus fuerzas, el factor que nos permite conservar ese territorio es el combate que el enemigo espera que tenga lugar si se decide a recuperarlo.

En los dos casos los resultados se han producido ante la mera posibilidad de un combate: la posibilidad se ha hecho realidad. Pero supongamos que en cualquiera de estos supuestos el enemigo hubiera lanzado contra nuestras tropas una fuerza superior y las hubiese obligado a abandonar su empeño sin luchar. Esto significaría que no habríamos alcanzado nuestro objetivo, pero no que el combate ofrecido al enemigo haya quedado sin efecto, pues le obligó a desplegar sus fuerzas. Aun cuando el movimiento emprendido nos deje en peor situación que al principio, no podemos decir que el uso de las tropas de esta forma, dando pie a la *posibilidad de un combate*, no ha causado efectos; los efectos equivalen a los de un combate perdido.

Esto demuestra que la destrucción de las fuerzas del enemigo y la aniquilación de su poder pueden lograrse sólo como consecuencia de un combate, con independencia de que en realidad se haya producido o de que simplemente haya sido ofrecido y no aceptado.

2. EL DOBLE MOTIVO DEL COMBATE

Estos resultados son, además, de dos clases: directos e indirectos. Son indirectos si se inmiscuyen otros asuntos que se convierten en motivo del combate; asuntos que en sí mismos no puede considerarse que lleven aparejada la destrucción de las fuerzas enemigas pero que conducen a ello. Pueden lograrlo por medir tortuosos pero esto les da mayor fuerza. La posesión de provincias, fortificaciones, carreteras, puentes, depósitos de munición, etc., puede ser el *motivo inmediato* de un combate, pero nunca el motivo final. Estas capturas deben considerarse siempre como simples medios de adquirir mayor superioridad, de modo que al final podamos ofrecer un combate al enemigo cuando no esté en posición de aceptarlo. Estas acciones deberían considerarse como pasos intermedios, como escalones que llevan al principio operativo, nunca como el principio operativo en sí.

3. EJEMPLOS

Con la ocupación en 1814 de la capital de Bonaparte se alcanzó el objetivo buscado. Las divisiones políticas que anidaban en París salieron a la luz y estas enormes diferencias bastaron para terminar con el poder del emperador. Pero todo esto debería considerarse a la luz de sus consecuencias militares. La ocupación provocó una reducción sustancial de la fuerza militar de Bonaparte y de su capacidad de resistencia y un aumento equivalente de la superioridad de los aliados. Era imposible prolongar la resistencia y fue esto lo que determinó la paz en Francia. Supongamos que las fuerzas aliadas se hubieran visto súbitamente mermadas por alguna causa externa: su superioridad se habría esfumado y con ella todo el efecto y el sentido de la ocupación de París.

He presentado este argumento para mostrar que esta perspectiva es la única natural y sólida, y que esto es lo que la hace importante. Es preciso plantearse constantemente esta pregunta: ¿cuál será, en cualquier momento de la guerra o de la campaña, el resultado probable de todos los combates mayores y menores que los dos bandos se presenten uno al otro? Al planificar una campaña o una guerra, esto es lo único que determinará las medidas que hemos de adoptar desde el principio.

4. SI NO SE ADOPTA ESTA PERSPECTIVA, TODAS LAS DEMÁS COSAS SE EVALUARÁN DE MANERA INEXACTA

Si no aprendemos a considerar una guerra y las distintas campañas que la componen como una cadena de combates ligados cada uno de los cuales conduce al siguiente; si sucumbimos a la idea de que la captura de ciertos puntos geográficos o de provincias indefensas *tienen valor en sí misma*, corremos el riesgo de considerarlas como productos de un golpe de suerte. Al obrar así, al no tener en cuenta el hecho de que son eslabones de una cadena continua de acontecimientos, también ignoramos la posibilidad de que su posesión puede acarrear más adelante inconvenientes definitivos. Este error se ve ilustrado una y otra vez en la historia militar. Este principio podría expresarse de este modo: así como el comerciante no puede tomar el beneficio

de una sola transacción y anotarlo en una cuenta independiente, la ventaja aislada obtenida en la guerra no puede evaluarse al margen del resultado global. El comerciante debe actuar sobre la base de todos sus bienes y en la guerra las ventajas y desventajas de una sola acción pueden determinarse únicamente en función del balance final.

Al considerar cada combate como parte de una serie, al menos en la medida en que los acontecimientos sean previsibles, el general avanzará hacia su objetivo siempre por el camino real. Las fuerzas cobrarán empuje, y las intenciones y acciones se desarrollarán con el vigor adecuado para cada ocasión y serán indiferentes a las influencias externas.

CAPÍTULO DOS

ELEMENTOS DE ESTRATEGIA

Los elementos estratégicos que afectan al empleo de los combates pueden clasificarse en varios tipos: morales, físicos, matemáticos, geográficos y estadísticos.

El primer tipo cubre todo aquello que es creado por cualidades e influencias intelectuales y psicológicas; el segundo se refiere a la magnitud de las fuerzas armadas, su composición y armamento, etc.; el tercero comprende el ángulo de las líneas de operaciones, los movimientos convergentes y divergentes por medio de los cuales la geometría entra en los cálculos; pertenecen al cuarto tipo la influencia del terreno, las posiciones dominantes, las montañas, los ríos, los bosques y las carreteras; y el quinto, por fin, cubre las operaciones de apoyo y mantenimiento. Una breve consideración de cada uno de estos tipos aclarará nuestras ideas y, de paso, nos permitirá estimar su valor relativo. Cuando se estudian por separado, algunos se ven automáticamente privados de alguna importancia innmerecida. Así, queda claro enseguida que el valor de la base de operaciones, incluso cuando se entiende en su significado más

elemental de *línea de base*, depende menos de sus formas geométricas que de la naturaleza de las carreteras y del terreno que atraviesan.

Por tanto, sería catastrófico pretender elaborar el estudio de la estrategia analizando estos factores de forma aislada, pues normalmente en todas las operaciones militares se presentan entrelazados de forma múltiple e intrincada. El resultado sería un laberinto analítico infernal, una pesadilla en la que se trataría en vano de salvar el abismo que separa el fundamento abstracto de los hechos reales. ¡El cielo libre al teórico de semejante empresa! Por mi parte, continuaré analizando el cuadro en su conjunto y no llevaré el análisis más lejos de lo necesario en cada caso para iluminar la idea que me interesa proponer, que siempre tendrá su origen en las impresiones causadas por la suma total de los fenómenos de la guerra, no en el estudio especulativo.

CAPÍTULO TRES

FACTORES MORALES

Debo volver de nuevo sobre asunto, ya tratado en el capítulo tres del libro II², pues los elementos morales están entre los más importantes de la guerra. Conforman el espíritu que impregna la guerra considerada como un todo y establecen en cada momento una estrecha afinidad con la voluntad que mueve y dirige toda la fuerza; se funde con ella, pues la voluntad es a su vez una magnitud moral. Por desgracia no conduce a la sabiduría académica. No puede clasificarse ni contarse. Es preciso verla o sentirla.

El ánimo y otras cualidades morales de un ejército, un general o un Gobierno, el temple de la población que vive en el teatro de operaciones, las consecuencias morales de la victoria o la derrota, todas estas cosas son muy variables y, además, influyen de muchas formas distintas en nuestro objetivo y nuestra situación.

Por tanto, aunque en los libros no puede decirse casi nada de ellas, no hay más razón para excluir del arte de la guerra es-

tas cosas que otras cualesquiera. Es una filosofía mezquina proponer normas y principios a la vieja usanza, sin tener en cuenta para nada los valores morales. En cuanto hacen acto de presencia se consideran como excepciones y de este modo quedan investidos de cierto estatuto científico y se incorporan a las reglas. O, una vez más, se apela al genio, que está por encima de todas las normas, lo que equivale a admitir que las normas no sólo están hechas para idiotas, sino que son idiotas en sí mismas.

Si la teoría de la guerra no hiciese más que recordar estos elementos y demostrar la necesidad de tenerlos en cuenta y otorgar a las cualidades morales todo el valor que merecen, ensancharía sus horizontes y, con sólo asentar este punto de vista, condenaría por adelantado a quien pretendiese basar el análisis sólo en factores matemáticos.

Otra razón para no colocar los factores morales fuera del alcance de la teoría es su relación con todas las demás llamadas normas. Los efectos de los factores físicos y psicológicos forman un todo orgánico que, a diferencia de las aleaciones metálicas, es inseparable por medios químicos. Al formular cualquier norma relativa a los factores físicos, el teórico debe tener en cuenta la parte que los factores morales pueden representar en ello; de otro modo, se perderá en afirmaciones categóricas excesivamente tímidas y restrictivas o demasiado ambiciosas y dogmáticas. Hasta las teorías menos inspiradas se aventuran en el terreno de lo intangible; el efecto de una victoria, por ejemplo, no se puede explicar sin tener en cuenta las reacciones psicológicas. Por ello la mayor parte de las cosas que se tratan en este libro están formadas a partes iguales de causas y efectos físicos y morales. Puede afirmarse que lo físico es poco más que la empuñadura de madera, mientras que lo moral es el metal precioso, el arma verdadera, la hoja meticulosamente afilada.

La historia proporciona la prueba más sólida de la importancia de los factores morales y de su efecto, a menudo increíble; este es el más noble y sólido alimento que la mente del general puede extraer del estudio del pasado. Y entre paréntesis, hay que señalar que las semillas de sabiduría que fructificarán en el intelecto no las siembran tanto los estudios críticos y las monografías eruditas como la perspicacia, las sensaciones abiertas y los destellos de la intuición.

Como un profesor diligente podría elaborar una lista de los principales fenómenos morales que intervienen en la guerra y

² Quiere decir el libro I. [N. de los eds.]

tratar de evaluarlos uno por uno. Sin embargo, este método conduce a decir tonterías y el verdadero espíritu de investigación se evapora enseguida, hasta que terminamos proclamando lo que todo el mundo ya sabe. Por ello prefiero, aquí más que en ninguna otra parte, tratar este asunto de manera incompleta, con intención de conmover el ánimo y contentarme con señalar su importancia general y con indicar el espíritu en que he concebido el argumento de este libro.

CAPÍTULO CUATRO

LOS PRINCIPALES ELEMENTOS MORALES

Son los siguientes: *la habilidad del comandante, la experiencia y el valor de los soldados y su espíritu patriótico*. El valor relativo de cada uno de ellos no puede establecerse de manera universal; ya es bastante difícil analizar su potencial y más todavía ponderar unos en relación con los otros. Lo más sabio es no infravalorar ninguno de ellos, una tentación a la que a menudo sucumbe el juicio humano, siempre inconstante. Es mucho mejor acudir a la evidencia histórica de la inequívoca eficacia de los tres.

Pero es cierto que en esta época los ejércitos de prácticamente todos los Estados europeos han alcanzado un nivel común de disciplina e instrucción. Por utilizar una expresión filosófica: la conducción de la guerra ha evolucionado de acuerdo con sus leyes naturales. Ha desarrollado métodos comunes a casi todos los ejércitos y el general ya no dispone ni siquiera del margen de maniobra necesario para emplear artificios especiales (como, por ejemplo, el orden de batalla oblicuo de Federico el Grande). Por tanto, no se puede negar que, en el actual estado de cosas, se concede una importancia proporcionalmente mayor al espí-

ritu patriótico y la experiencia de combate de las tropas. Una paz prolongada podría volver a cambiar esto.

El sentimiento nacional de los soldados (entusiasmo, celo fanático, fe y temple) es más perceptible en la guerra de montaña, donde todos los hombres, hasta el último soldado, están a expensas de sus propias fuerzas. Sólo por esto las regiones montañosas son el terreno de acción idóneo para el pueblo en armas.

La eficacia, la habilidad y al valor templado que funden a las tropas en un único molde, encuentran su cauce de expresión óptimo en las operaciones en campo abierto.

Donde mejor puede manifestarse el talento del general es en terrenos accidentados y agrestes. La montaña le deja muy poco espacio para dirigir a sus unidades, necesariamente dispersas, mientras que el control en campo abierto es sencillo y no pone a prueba todas sus capacidades.

Estas afinidades obvias deben guiar nuestro planeamiento.

CAPÍTULO CINCO

VIRTUDES MILITARES DEL EJÉRCITO

Las virtudes militares no deben confundirse con el simple arrojo y menos todavía con el entusiasmo por una causa. El arrojo es un elemento necesario, por supuesto. Pero así como el valor, que forma parte de la constitución del carácter del hombre, puede desarrollarse en el soldado, que forma parte de una organización, ese desarrollo debe ser diferente en él que en otros hombres. En el soldado, la tendencia natural a la acción sin trabas y al estallido de la violencia debe subordinarse a exigencias de un tipo superior: obediencia, orden, regla y método. La eficacia del ejército cobra vida y empuje con el entusiasmo por la causa por la que lucha, pero ese entusiasmo no es indispensable.

La guerra es una actividad especial, distinta y separada de todas las demás realizadas por el hombre. Esto es cierto con independencia de su extensión y aunque todos los hombres capaces del país se hayan incorporado al servicio de armas. Las cualidades militares de un ejército se basan en el individuo que se impregna del espíritu y de la esencia de la actividad; que adiestra las capacidades que esa actividad demanda, las estimula y

las hace propias; que aplica su inteligencia a todos los detalles; que con la práctica adquiere soltura y confianza; y que sumerge totalmente su personalidad en la misión encomendada.

Aunque veamos con claridad que el ciudadano y el soldado son un mismo hombre, aunque estemos firmemente convencidos de que la guerra es empresa de toda la nación, algo diametralmente opuesto a la forma en que se concebía en la época de los *condottieri*, la guerra continuará siendo siempre un asunto individual y distinto. Por tanto, mientras practiquen esta actividad, los soldados se verán como miembros de una especie de hermandad en cuyos reglamentos, leyes y costumbres el espíritu de la guerra ocupa lugar de honor. Y así es como ocurre en realidad. Por más inclinado que alguien se sienta a adoptar la perspectiva más elaborada de la guerra, se equivocaría gravemente si infravalorase el orgullo profesional, el espíritu de cuerpo, como algo que debe estar presente en un ejército en mayor o menor grado. El orgullo profesional es el vínculo entre las diversas fuerzas naturales que activan las virtudes militares, que cristalizan más fácilmente en el contexto de este orgullo profesional.

Un ejército que conserva su cohesión bajo el fuego más violento, que no es perturbado por temores imaginarios y que se enfrenta a los reales con toda su fuerza; que, orgulloso de sus victorias, no se resiste a obedecer las órdenes y conserva el respeto y la confianza en sus oficiales también en la derrota; cuya fuerza física, como los músculos de un atleta, se ha templado con la práctica de las privaciones y el esfuerzo; una fuerza que considera ese esfuerzo un medio para obtener la victoria y no un fin en sí mismo; que se esmera en el cultivo de todos estos deberes y virtudes movido por la idea única y poderosa del honor de las armas; un ejército así está imbuido del verdadero espíritu militar.

Es posible luchar magníficamente, como los hombres de la Guerra de la Vendée, y obtener grandes victorias, como los suizos, los americanos o los españoles, y a pesar de todo no haber desarrollado las virtudes aquí descritas; incluso es posible ser el comandante victorioso de un ejército regular, como el príncipe Eugenio y Marlborough, sin apenas recurrir a ellas. Nadie puede sostener que es imposible librar una guerra con éxito sin estas cualidades. Insisto en esto para aclarar el concepto, para no perder de vista la idea en una niebla de generalidades y no dar

la impresión de que el espíritu militar es a la postre lo único que cuenta. No es así. El espíritu de un ejército puede contemplarse como un factor moral definido con el que pueden hacerse cálculos mentales, cuya influencia puede, por tanto, estimarse. En otras palabras: es una herramienta cuya potencia puede medirse.

Una vez caracterizado de esta forma, trataré de describir su influencia y las distintas formas de desarrollarla.

El espíritu militar siempre mantiene la misma relación con las partes de un ejército que la aptitud del general con su totalidad. El general sólo puede gobernar la situación general, no sus distintas partes. En el momento en que estas partes independientes necesitan de un guía entra en juego el espíritu militar. Se escoge a los generales por sus cualidades sobresalientes y todos los oficiales superiores son puestos a prueba; pero este proceso de prueba se hace menos escrupuloso a medida que se desciende en la escala de mando, por lo que cabe esperar una disminución proporcional del talento personal. Lo que aquí falta deben compensarlo las virtudes militares. La misma función desempeña las cualidades naturales de los hombres movilizados para la guerra: *valentía, adaptabilidad, vigor y entusiasmo*. Estas cualidades sustituyen al espíritu militar, y viceversa, lo que lleva a las siguientes conclusiones:

1. Las virtudes militares sólo se encuentran en ejércitos regulares y son las más necesarias. En los alzamientos nacionales y las guerras populares su lugar es ocupado por las cualidades guerreras naturales, que se desarrollan más rápidamente en tales condiciones.

2. Un ejército regular que lucha contra otro ejército regular puede prescindir de las virtudes militares más fácilmente que cuando se opone al pueblo en armas, pues en este caso las fuerzas se verán divididas y las distintas unidades deberán valerse por sí mismas. Pero cuando las tropas pueden permanecer concentradas, el talento del comandante tiene más espacio para actuar y puede compensar la falta de espíritu de los soldados. En general, las virtudes militares son tanto más necesarias cuanto mayor sea la medida en que el teatro de operaciones y otros factores tiendan a complicar la guerra y a dispersar a las fuerzas.

Si algo puede deducirse de estos hechos es que cuando un ejército carece de virtudes militares, es preciso hacer todos los

esfuerzos para realizar operaciones tan sencillas como sea posible; en caso contrario, es preciso duplicar la atención que se presta a todos los aspectos del sistema militar. El mero hecho de que los soldados pertenezcan a un «ejército regular» no implica automáticamente que estén a la altura de sus deberes.

Por tanto, el espíritu militar es uno de los más importantes elementos morales de la guerra. Cuando falta, debe sustituirse por otros, como la superior capacidad del general o el entusiasmo popular; de otro modo, los resultados no estarán a la altura del esfuerzo invertido. Demuestran cuánto ha logrado este espíritu, esta virtud sobresaliente, este refinamiento del metal bajo en metal precioso, los macedonios mandados por Alejandro, las legiones romanas dirigidas por César, la infantería española a las órdenes de Alejandro Farnesio, los soldados suecos de Gustavo Adolfo y Carlos XII, los prusianos de Federico el Grande y los franceses de Napoleón. Habría que estar ciego a todas las pruebas que aporta la historia para negar que las grandes victorias obtenidas por estos generales y su grandeza ante la adversidad sólo han sido posibles con ayuda de un ejército que tenía todas estas virtudes.

Este espíritu mana sólo de dos fuentes, que deben actuar a la vez para crearlo. La primera es una serie de guerras victoriosas; la segunda, el empleo frecuente del ejército al límite de sus fuerzas. Ninguna otra cosa mostrará al soldado hasta dónde llega su capacidad. Cuanto más habituado esté un general a exigir mucho a sus soldados, tanto más podrá confiar en su respuesta. El soldado se siente orgulloso de las dificultades que ha superado y de los peligros que ha afrontado. En resumen: la semilla sólo germinará en el suelo de la actividad y el ejercicio constante caldeado por el sol de la victoria. Cuando se ha convertido en un árbol firme, sobrevivirá a las peores tormentas de la desdicha y la derrota, y hasta a la inercia indolente de la paz, al menos durante algún tiempo. Por tanto, este espíritu sólo puede crearse en la guerra y por grandes generales, aunque hay que reconocer que puede perdurar varias generaciones incluso bajo generales de capacidad media y durante períodos de paz prolongados.

Hay que tener cuidado para no comparar esta solidaridad dilatada y pulida de una hermandad de veteranos templados y curtidos en la batalla, con la autoestima y la vanidad de los ejércitos regulares, unidos sólo por los reglamentos del servicio

y la instrucción. La severidad estricta y la disciplina férrea pueden conservar las virtudes militares de una unidad, pero no crearlas. Estos factores son valiosos, pero no deben sobrevalorarse. Disciplina, destreza, buena voluntad, cierto orgullo y moral alta son los atributos del ejército entrenado en tiempos de paz. Imponen respeto, pero carecen de fuerza propia. Resisten o caen juntos. Basta una grieta para que todo se venga abajo, como un cristal enfriado demasiado deprisa. La moral más alta del mundo puede transformarse al primer embate en desaliento, en miedo casi jactancioso; en Francia llaman a esto «sálvese quien pueda». Un ejército así se mantiene sólo gracias a su comandante, nunca por sí solo. Debe dirigirse con mayor precaución de lo normal hasta que, después de una serie de victorias y ejercicios enérgicos crezca su fuerza interior y rellene su apariencia externa. Nunca debe confundirse el verdadero espíritu de un ejército con su estado de ánimo.

CAPÍTULO SEIS

AUDACIA

En el capítulo dedicado a la certeza del triunfo, hablaré del lugar que ocupa la audacia en el sistema dinámico de fuerzas y la parte que representa cuando se opone a la prudencia y la discreción. Quiero demostrar que el teórico no tiene derecho a limitar la audacia basándose en consideraciones doctrinales.

Pero esta noble capacidad para elevarse por encima de los peligros más amenazadores debe también considerarse en sí misma como un principio, como algo independiente y activo. Y ciertamente, ¿en qué campo de actividad humana había de encontrarse la audacia más a gusto que en la guerra?

Un soldado, sea el chico del tambor o un general, no puede poseer una cualidad más noble. Es el auténtico metal que da filo y lustre a la espada.

Admitamos que, en la guerra, la audacia tiene incluso sus propias prerrogativas. Hay que concederle cierto poder por encima de los más acertados cálculos de espacio, tiempo y magnitud de fuerzas, porque cuando es superior se aprovecha de las debilidades del adversario. En otras palabras, una fuerza genui-

namente creativa. Este hecho no es difícil de demostrar, incluso científicamente. Cuando la audacia se enfrenta con la indecisión, es probable que salga vencedora, porque la indecisión supone falta de equilibrio. La audacia sólo se encontrará en desventaja en un enfrentamiento con la prudencia deliberada, que puede considerarse como una forma de audacia y que, sin duda, es igual de poderosa y eficaz; pero estos casos son raros. En casi todos los hombres, el origen de la prudencia es la indecisión.

En la mayor parte de los soldados, el desarrollo de la audacia nunca perjudica otras cualidades, ya que la tropa está vinculada por el deber y por las condiciones del servicio a una autoridad superior y, por tanto, está dirigida por una inteligencia externa. En su caso, la audacia actúa como un muelle comprimido, presto para ser disparado en cualquier momento. Cuanto más se asciende en la cadena de mando, tanto mayor es la necesidad de que la audacia se apoye en una mente reflexiva, para que no degenera en estallidos insensatos de pasión ciega. El mando va siendo menos cuestión de sacrificio personal y se va interesando cada vez más por la seguridad de los otros y por la finalidad común. La cualidad, que en casi todos los soldados está disciplinada por los reglamentos que se han convertido para ellos en una segunda naturaleza, debe estar en el comandante supremo regulada por la reflexión. En un general, una acción audaz puede ser un completo error. Pero un error loable, que no debe medirse por el mismo baremo que otros. ¡Afortunado el ejército en el que las acciones de audacia ilimitada ocurren con frecuencia! La audacia es una mala hierba vigorosa, pero indica la fertilidad del suelo. Ni siquiera la temeridad, es decir, la audacia sin motivo, debe menospreciarse, pues básicamente brota del arrojo que ha estallado con una pasión no refrenada por el pensamiento. Sólo cuando la audacia se rebela contra la obediencia, cuando de manera desafiante ignora una orden expresa, debe tratarse como una ofensa peligrosa; en tal caso debe evitarse, pero no por sus cualidades innatas, sino porque se ha desobedecido una orden, y en la guerra la obediencia es de importancia capital.

A igualdad de inteligencia, la indecisión causa en la guerra mil veces más daño que la audacia. La verdad de esta afirmación será obvia para el lector.

De hecho, como válvula de escape de un propósito racional, ser audaz debería ser muy fácil y sin embargo es poco meritorio. A pesar de todo, lo contrario es cierto.

La fuerza de las emociones se ve drásticamente mermada por la intervención del pensamiento lúcido y, sobre todo, por el autocontrol. Por tanto, la audacia es *menos común entre los mandos superiores*. Incluso si el aumento de la perspicacia y la inteligencia de un oficial no se mantiene a la altura de sus ascensos, las realidades de la guerra le impondrán sus condiciones y preocupaciones. De hecho, la influencia que ejercen sobre él será tanto mayor cuanto menos las comprenda. En la guerra, esta es la raíz de la experiencia que se expresa en el proverbio francés «*Tel brille au second qui s'eclipse au premier*»³. Casi todos los oficiales de los que sabemos por la historia que han sido mediocres o vacilantes destacaron por su arrojo y determinación como suboficiales.

Es preciso considerar aparte las acciones de audacia que surgen de la necesidad imperiosa. Hay muchos grados de necesidad. Cuando es apremiante, el hombre que persigue un fin puede aceptar una serie de riesgos que le ayudarán a evitar otros igual de graves. En un caso así, sólo hay que admirar su resolución, que también es una cualidad valiosa. El joven que salva un precipicio profundo para demostrar su dominio del caballo demuestra también audacia; pero si salva el mismo precipicio para escapar de una banda de jenízaros sanguinarios, todo lo que manifiesta es resolución. Cuanto mayor sea la distancia entre necesidad y acción, tanto mayor es el número de posibilidades que deben identificarse y analizarse y tanto menos se reduce el factor de audacia. Cuando Federico el Grande comprendió en 1756 que la guerra era inevitable y que estaba perdido si no se anticipaba a sus enemigos, se hizo una necesidad para él iniciar las hostilidades; pero al mismo tiempo era un acto de audacia, porque pocos hombres en su posición se habrían atrevido a actuar de ese modo.

Aunque la estrategia es dominio exclusivo de los generales y otros oficiales superiores, la audacia en el resto del ejército es un factor tan importante en la planificación como cualquier otra virtud castrense. Pueden lograrse más cosas con un ejército formado por hombres conocidos por su arrojo, con un ejército en el que siempre se haya alimentado el espíritu audaz, que con otro carente de esta virtud. Por ello se ha mencionado aquí la audacia en general, aunque lo que nos interesa es la audacia de

los mandos. Después de haber descrito en términos generales esta virtud militar, poco más queda por decir. Cuanto más elevado es el empleo, tanto mayor es el grado en que la actividad está gobernada por la mente, por la capacidad de percepción. Por ello, el arrojo, que es una cualidad del temperamento, tiende a mantenerse bajo control. Esto explica por qué es tan raro en los niveles superiores del escalafón y por qué resultan aún más admirable cuando se encuentra en ellos. La audacia gobernada por una inteligencia superior es la marca del héroe. Esta clase de audacia no consiste en desafiar el orden natural de las cosas ni en ofender brutalmente las leyes de la probabilidad; consiste en apoyar con energía esa forma superior de análisis mediante el cual el genio adopta sus decisiones: la ponderación rápida y sólo consciente a medias de las posibilidades. La audacia da alas al intelecto y a la perspicacia; y cuanto más fuertes son las alas, tanto mayor es la altura, más amplia la perspectiva y mejor el resultado. Porque para lograr un trofeo más valioso es preciso, por supuesto, correr más riesgos. El hombre medio, y no digamos el vacilante o el débil, puede, en una situación imaginaria, en la paz de su casa, lejos del peligro y las responsabilidades, determinar la respuesta correcta, siempre en la medida en que ello sea posible sin exponerse a la realidad. Pero asediado por el peligro y la responsabilidad, perderá la perspectiva. Aun cuando esta pérdida sea compensada por otros, perderá su capacidad de decisión, porque en esto nadie puede ayudarle.

En otras palabras: un mando de prestigio sin audacia es algo impensable. Ningún hombre que no sea audaz de nacimiento puede desempeñar una función así y, por tanto, considero que esta cualidad es requisito imprescindible del gran mando militar. Lo que quede de esta virtud cuando llegue a ser oficial superior, cuando haya sido moldeado por la formación y la experiencia, es otra cuestión. Cuanto más íntegra la conserve, tanto mayor será el alcance de su genio. La magnitud del riesgo aumenta, pero también la del objetivo. Para el estudioso crítico no hay mucha diferencia entre las acciones regidas por algún objetivo apremiante y de largo alcance y las dictadas por la mera ambición: entre las políticas de Federico el Grande y de Alejandro. Las acciones de éste cautivan por su suprema audacia, mientras que las del primero resultan más satisfactorias para la inteligencia, pues están dictadas por una necesidad interior.

³ «Quien destaca en segunda fila pasa desapercibido en la primera.»

Debo mencionar otro factor importante.

Un ejército puede imbuirse de audacia por dos vías: puede ser un rasgo natural de los hombres entre los que se recluta la tropa; o puede ser resultado de una guerra victoriosa librada al mando de un general audaz. En este último caso, la audacia puede faltar al principio.

En nuestros tiempos, la guerra es prácticamente la única forma de educar a la gente en este espíritu de audacia, y ha de ser una guerra librada bajo un mando audaz. Ninguna otra cosa neutralizará la blandenguería y el deseo de comodidades que envilece a los pueblos en épocas de prosperidad e incremento del comercio.

Un pueblo y una nación pueden aspirar a ocupar una posición fuerte en el mundo sólo si el carácter nacional y la familiaridad con la guerra se nutren mutuamente mediante la constante interacción.

CAPÍTULO SIETE

PERSEVERANCIA

El lector espera escuchar una teoría estratégica, de líneas y ángulos, y en lugar de estas entidades del mundo científico se encuentra sólo con criaturas de la vida cotidiana. Pero el autor no puede mostrarse ni un ápice más científico de lo que a su juicio requiere esta materia, por extraña que parezca esta actitud.

En la guerra más que en ninguna otra cosa, las cosas no marchan como se espera. Y tampoco son como parecían vistas desde lejos. ¡Con qué seguridad contempla el arquitecto el progreso de su obra y ve cómo sus planos van tomando forma! El médico, aunque mucho más expuesto al azar y a los resultados inexplicables, conoce sus medicamentos y los efectos que causan. Por el contrario, un general en tiempo de guerra se ve continuamente bombardeado por informes verdaderos y falsos; por errores que surgen del miedo, la negligencia o el apresuramiento; por la desobediencia franca o la malinterpretación de sus órdenes, por la mala voluntad, por un sentido del deber adecuado o erróneo, por la pereza, por el agotamiento y por accidentes que nadie podría prever. En resumen, está expuesto a inconta-

bles impresiones, casi todas ellas perturbadoras y muy pocas estimulantes. La larga experiencia de la guerra enseña a evaluar rápidamente estos fenómenos; el valor y la firmeza de carácter son tan indiferentes a su influencia como la roca al oleaje. Quien cede a estas presiones, jamás completará una operación. La *perseverancia* en la dirección elegida es el contrapeso esencial, siempre que no intervengan razones apremiantes en contrario. Además, apenas hay en la guerra ninguna empresa de mérito cuya ejecución no exija esfuerzos, dificultades y privaciones infinitos; y como un hombre bajo presión tiende a ceder a sus debilidades físicas e intelectuales, sólo una enorme fuerza de voluntad podrá guiarle hasta el objetivo. Es la firmeza lo que conquista la admiración del mundo y de la posteridad.

CAPÍTULO OCHO

SUPERIORIDAD NUMÉRICA

En la táctica, igual que en la estrategia, la superioridad numérica es el elemento más común en la victoria. Consideremos primero esta característica general, que exige la exposición que sigue.

La estrategia decide el momento, el lugar y las fuerzas con que se librará cada combate, y mediante esta triple consideración influye sustancialmente en su desenlace. Una vez que el encuentro táctico ha tenido lugar y que el resultado, sea victoria o derrota, es seguro, la estrategia lo utilizará para acercarse a la finalidad de la guerra. Esta finalidad suele ser, por supuesto, remota y muy raramente se encuentra al alcance de la mano. Una serie de objetivos secundarios puede servir como medio para alcanzar el fin último; estos fines intermedios, que son medios para alcanzar fines superiores, pueden ser de varios tipos. Incluso el fin último, el propósito de la guerra considerada en su conjunto, es distinto en casi todos los casos. Nos familiarizaremos con estas cuestiones a medida que abordemos los detalles a los que afectan. No me propongo enumerarlos todos, suponiendo que ello fuera posible; por el momento, no me extenderé sobre el empleo del combate.

Tampoco son los factores mediante los cuales influye la estrategia en el resultado del combate suficientemente sencillos como para tratarlos de manera sencilla. Al determinar el momento y el lugar del combate y las fuerzas con que se librará, la estrategia plantea numerosas posibilidades, cada una de las cuales influirá de distinta forma sobre el resultado. Una vez más, nos familiarizaremos con este asunto poco a poco, al estudiar los factores que intervienen.

Por tanto, si despojamos el combate de todas las variables que corresponden a su propósito y circunstancias, y si prescindimos del valor combativo de las tropas que intervienen (que es una magnitud dada), nos quedamos con el concepto escueto de combate, una batalla sin forma en la que el único factor diferencial es el número de efectivos de cada bando.

Por tanto, este número determinará la victoria. Por supuesto, la masa de abstracciones que he hecho para llegar hasta aquí hace evidente que la superioridad numérica en un encuentro dado no es sino uno de los factores que determinan la victoria. Este factor, lejos de determinar la victoria o, al menos, de contribuir a lograrla en una medida sustancial, puede contribuir muy poco, según las circunstancias.

Pero el grado de superioridad es variable. Puede ser de dos a uno, de tres o cuatro a uno, etc. Obviamente, puede llegar a ser abrumador.

En este sentido hay que reconocer que la superioridad numérica es el factor que más influye en el resultado del combate, siempre que sea lo bastante grande para neutralizar todas las demás circunstancias. Se desprende de esto que es preciso llevar el mayor número posible de efectivos al punto decisivo del combate.

Sean o no suficientes estos efectivos, al menos habremos hecho cuanto estaba en nuestra mano. Este es el principio número uno de la estrategia. En los términos generales en que aquí se ha expresado sería aplicable a griegos y persas, a ingleses y maharrattas, a franceses y alemanes. Pero para ser más concreto, examinaré las condiciones militares que rigen en Europa.

Los ejércitos europeos son comparables en cuanto a equipamiento, organización y formación. Las posibles diferencias afectan al espíritu de las tropas y a la capacidad de los generales. Si estudiamos la historia europea reciente, no encontraremos en ella ninguna Batalla de Maratón.

En Leuthen, Federico el Grande derrotó a 80.000 austriacos con unos 30.000 hombres; en Rossbach venció a 50.000 aliados con 25.000 hombres. Pero éstos no son los únicos ejemplos de victorias obtenidas ante un adversario dos o tres veces más fuerte. El caso de Carlos XII en la batalla de Narva no pertenece a esta categoría; en aquella época, los rusos difícilmente podían considerarse europeos, y además sabemos muy poco de los aspectos principales de esa batalla. En Dresde, Napoleón dirigió 120.000 hombres contra 220.000, casi el doble. En Kolin, los 30.000 soldados de Federico el Grande no lograron vencer a los 50.000 austriacos; tampoco sonrió la victoria a Napoleón en la desesperada batalla de Leipzig, aunque los 280.000 hombres del adversario distaban de doblar los 160.000 de Bonaparte.

Estos ejemplos demuestran que en la Europa actual, incluso al general más capacitado le resultará muy difícil derrotar a un enemigo que duplique sus efectivos. Cuando vemos que la habilidad del más grande comandante puede ser neutralizada por una relación de fuerzas de dos a uno, no podemos dudar que en casos normales, con independencia de la importancia del combate, una superioridad numérica sustancial (no tiene por qué ser más del doble) bastará para garantizar la victoria, por adversas que sean las demás circunstancias. Por supuesto, es posible imaginar un paso de montaña donde podría no bastar ni siquiera una superioridad de diez a uno, pero en una situación así no cabe hablar de combate.

Creo que en nuestras circunstancias y en todas las similares, un factor primordial es la posesión de fuerza suficiente en el punto realmente vital.

Normalmente este es el factor más importante. La capacidad para concentrar la fuerza en el punto decisivo depende de la fortaleza del ejército y de la habilidad con que se emplea esa fortaleza.

Por tanto, la primera regla sería: concentrar en el campo el mayor ejército posible. Puede parecer una perogrullada, pero no lo es.

Para demostrar durante cuánto tiempo no se ha considerado la fuerza de los ejércitos un factor importante, basta mencionar que la mayor parte de las historias militares del siglo XVIII, incluso las más completas, o no mencionan el tamaño de los ejércitos o lo hacen sólo de pasada; en todo caso, jamás se destaca este aspecto. Tempelhoff, en su historia de la Guerra de los Sie-

te Años, es el primer autor que proporciona cifras con regularidad, aunque se trata sólo de aproximaciones.

Incluso el relato que Massenbach hizo de la campaña de Prusia en los Vosgos en 1793-1794, con sus frecuentes observaciones críticas, dice mucho sobre montañas y valles, carreteras y caminos, pero ni una palabra de los efectivos de las fuerzas en combate.

Encontramos otra prueba en las extrañas ideas que asaltan a algunos autores: que hay un cierto tamaño óptimo para cualquier ejército, una norma ideal, y que el exceso de efectivos es más perjudicial que ventajoso⁴.

Por último, hay muchos casos en que no todas las fuerzas disponibles se utilizan realmente en la batalla por no conceder a la superioridad numérica la debida importancia.

Si se tiene la convicción firme de que la superioridad numérica es muy valiosa, esta convicción no puede dejar de influir en los preparativos de la guerra. En tal caso, el objetivo será llevar al campo el mayor número posible de efectivos para jugar con ventaja o al menos para evitar que sea el adversario quien juegue con ventaja. Lo mismo puede decirse de la fuerza global que es preciso utilizar para librar una guerra.

En la práctica, el tamaño lo decidirá el Gobierno. Esta decisión señala el principio de la actividad militar y, en la práctica, es una parte vital de la estrategia. El general que está al mando del ejército en campaña debe normalmente aceptar el tamaño de sus fuerzas como un factor dado. O no se le consulta sobre este aspecto o puede haber circunstancias que impidan reclutar una fuerza suficientemente numerosa.

Por tanto, las fuerzas disponibles deben emplearse con tal maestría que incluso sin gozar de superioridad absoluta, se alcance una superioridad relativa en el punto decisivo.

Para ello, el cálculo de espacio y tiempo es el factor esencial y esto ha dado pie a la idea de que en la estrategia, el espacio y el tiempo cubren prácticamente todo lo relativo al empleo de las

⁴ Esto hace pensar inmediatamente en Tempelhoff y Montalembert el primero en un pasaje de la página 148 de la primera parte de su obra; el segundo en una referencia que hace en su «Correspondencia» al plan de operaciones ruso de 1759. Clausewitz se refiere a la versión alemana de Tempelhoff *Historia de la última guerra en Alemania, Geschichte des Siebenjährigen Krieges in Deutschland, 1783-1801*, de Henry Lloyd; y a la *Correspondance de Mr. le marquis de Montalembert, 1777*. [N. de los eds.]

fuerzas. De hecho, algunos han llegado al extremo de atribuir a los grandes generales un órgano especial para tratar con la estrategia y la táctica.

Pero aunque la ecuación de tiempo y espacio afecta a todo lo demás y es, por así decir, el pan diario de la estrategia, no es el factor más difícil ni el más decisivo.

Si estudiamos las guerras pasadas con una mentalidad abierta, veremos que, al menos en el plano estratégico, se han dado muy pocos casos en que los errores cometidos en estos cálculos hayan causado derrotas graves. Además, si el concepto de una hábil correlación de tiempo y espacio se utiliza para explicar todos los casos en que un general decidido y emprendedor ha logrado, por medio de marchas rápidas, batir a varias fuerzas con un solo ejército (Federico el Grande, Napoleón), nos veremos innecesariamente confundidos por la jerga convencional. Para que los conceptos sean claros y fructíferos es preciso llamar a las cosas por su nombre.

La verdadera razón de estas victorias hay que buscarla en la correcta valoración de los generales adversarios (Daun, Schwarzenberg), en la disposición a enfrentarse a ellos durante cierto tiempo con fuerzas inferiores, en la energía para el movimiento rápido, en la audacia para el ataque fulgurante y en la mayor actividad que el peligro engendra en los grandes hombres. ¿Qué tiene esto que ver con la habilidad para calcular la relación de dos simples elementos como el tiempo y el espacio?

Incluso el efecto de rebote de fuerzas, al que grandes generales han confiado con frecuencia su defensa y en virtud del cual las victorias de Rossbach y Montmirail espolearon las de Leuthen y Montereau, es, si queremos ser claros y precisos, raro en la historia.

La superioridad relativa, es decir, la hábil concentración de una fuerza superior en el punto decisivo, se basa con mucha mayor frecuencia en la correcta evaluación de este punto decisivo, en la planificación adecuada desde el primer momento; esto conduce a la disposición apropiada de las fuerzas y a la resolución necesaria para sacrificar lo que no es esencial en aras de lo esencial que consiste en el valor necesario para conservar unidas la parte principal de las propias fuerzas. Esto es particularmente característico de Federico el Grande y Bonaparte.

Creo que con esta exposición he demostrado la importancia que tiene la superioridad numérica. Es preciso considerarla

como un elemento fundamental que debe alcanzarse en todos los casos y en la medida más completa posible.

Pero sería malinterpretar gravemente mi argumentación considerar que la superioridad numérica es indispensable para la victoria; lo único que quiero es subrayar su importancia relativa. Este principio sólo sirve si utilizamos la mayor fuerza posible; la cuestión de si conviene o no evitar un enfrentamiento por falta de efectivos sólo puede decidirse a la luz de todas las demás circunstancias.

CAPÍTULO NUEVE

SORPRESA

El tema del capítulo anterior, el deseo universal de disponer de superioridad numérica relativa, lleva a otro deseo no menos universal: *tomar al enemigo por sorpresa*. Este deseo es más o menos básico en todas las operaciones, pues sin su concurso la superioridad en el punto decisivo es casi inconcebible.

Así pues, la sorpresa es el medio para adquirir superioridad aunque, por su efecto psicológico, debería también considerarse un elemento independiente. Siempre que se logra a gran escala, confunde al enemigo y socava su moral; muchos ejemplos, de grande y pequeño alcance, demuestran a su vez que esto multiplica los resultados. No hablo aquí de un asalto por sorpresa que pertenece a la categoría general del «ataque», sino del deseo de sorprender al enemigo de acuerdo con nuestros planes y por medio de nuestras órdenes, en especial en lo tocante a la distribución de las fuerzas. Esto es también posible en la defensa y de hecho es un arma primordial en la defensa táctica.

Sugiero que la sorpresa está en el origen de todas las operaciones sin excepción, aunque en grado muy variable, que

depende de la naturaleza y las circunstancias de las operaciones.

Estas variaciones pueden originarse en las características del ejército, del general o hasta del Gobierno.

Los dos factores que producen sorpresa son el secreto y la rapidez. Ambos presuponen un grado muy alto de energía por parte del Gobierno y del mando, así como una elevada eficacia por parte del ejército. La sorpresa jamás se logra en condiciones de relajación. Pero aunque el deseo de sorprender es común y, aún mas, indispensable, y aunque es cierto que jamás es totalmente ineficaz, es igualmente cierto que, por su propia naturaleza, la sorpresa raramente puede proporcionar un triunfo *destacado*. Por tanto, sería un error considerar la sorpresa como un elemento clave para la victoria en la guerra. El principio es muy atractivo en teoría, pero en la práctica suele verse moderado por el desgaste de la maquinaria.

La sorpresa es básicamente un recurso táctico simplemente porque en la táctica el tiempo y el espacio son limitados. Por tanto, en la estrategia la sorpresa es tanto más viable cuando más cerca esté del campo táctico y se hará más difícil cuanto más nos acerquemos a los niveles políticos superiores.

Los preparativos de guerra suelen durar varios meses. Concentrar las tropas en los principales puntos de reunión obliga casi siempre a instalar depósitos de abastecimiento y almacenes, así como organizar considerables desplazamientos de efectivos cuya finalidad es fácil imaginar.

Por tanto, es muy rara que un Estado sorprenda a otro, ni con un ataque ni mediante los preparativos de la guerra. En los siglos XVII y XVIII, cuando la guerra se materializaba con frecuencia en operaciones de sitio, un objetivo frecuente e importante era tomar una fortaleza por sorpresa, pero muy raramente se conseguía.

Por el contrario, la sorpresa se logra más fácilmente en operaciones que requieren poco tiempo. A menudo es relativamente fácil adelantarse al enemigo y ocupar así una posición, un accidente topográfico o una carretera. Pero es obvio que, cuanto más fácil resulte sorprender, tanto menos será la eficacia de la operación y viceversa. En teoría, podemos creer que las pequeñas sorpresas conducen con frecuencia hacia grandes logros, como una batalla victoriosa o la captura de un depósito importante, pero la historia no confirma esta idea. Los casos en que tales sorpresas han aportado victorias de primer orden son muy

raros. Es fácil deducir a partir de esto cuán considerables son las dificultades intrínsecas.

Quien estudie la historia no debe dejar que el historiador le confunda con sus teorías favoritas o con máximas o con un atildado desfile de tecnicismos. Debe fijarse en los hechos. Veamos, por ejemplo, cierto día de la campaña de Silesia de 1761 que ha logrado cierta notoriedad en relación con el asunto que nos ocupa. El 22 de julio, Federico el Grande se adelantó a Laudon y alcanzó Nossen, cerca del Neisse; esto ha llevado a afirmar que impidió a los ejércitos austríaco y ruso reunir sus fuerzas en la alta Silesia y que así logró un respiro de cuatro semanas. Si estudiamos este hecho en las obras de las principales autoridades⁵ y consideramos los hechos con mentalidad abierta, no vemos en esta marcha tanta trascendencia, sino muchas incoherencias en toda la argumentación, que tan de moda se ha puesto, y gran cantidad de cosas que no sin atribuibles a los movimientos de Laudon durante estas famosas maniobras. Nadie que busque la verdad y el conocimiento puede quedar satisfecho con este ejemplo histórico.

Cuando esperamos grandes cosas del elemento sorpresa en el curso de una campaña, pensamos en actividad extenuante, decisiones rápidas y marchas forzadas. Pero incluso en los casos en que estas cosas se hayan presentes en un alto grado, no siempre producen los resultados apetecidos, como demuestran dos generales considerados insuperables en este terreno: Federico el Grande y Bonaparte. En julio de 1760, aquél cayó sobre Lacy procedente de Bautzen y a continuación se dirigió a Dresde. Pero consiguió muy poco; de hecho, se encontró en una situación bastante peor que la inicial, pues entretanto había caído Glatz.

En 1813, Napoleón atacó súbitamente en dos ocasiones a Blücher desde su base de Dresde, por no mencionar el descenso desde la alta Lusacia hacia Bohemia, pero en ninguno de los dos casos logró su objetivo. Las dos acciones fueron golpes en vacío que le costaron tiempo y bajas y pudieron haber puesto en grave peligro su posición en Dresde.

Por tanto, el éxito de una acción por sorpresa no depende de la energía, el empuje o la resolución del general, sino que debe

⁵ TEMPELHOFF, *Der Veteran*, Federico el Grande. *Der Veteran* se refiere a una colección de artículos publicados con ese título o, más probablemente, a las memorias de un oficial austríaco que sirvió en la Guerra de los Siete Años, Jacob de Cogniäzo, *Geständnisse eines österreichischen Veteranen*, Breslau, 1781-1791. [N. de los eds.]

verse favorecido por otras circunstancias. No quiero negar la posibilidad de obtener buenos resultados, sino sólo exponer el hecho de que para ello hacen falta condiciones favorables que no se dan con frecuencia y que raramente puede crearlas el general.

Los dos generales a los que acabo de citar proporcionan ejemplos llamativos de esto. En primer lugar Bonaparte, con su famosa operación de 1814 contra las fuerzas de Blücher, que avanzaban a lo largo del Marne separadas del principal ejército aliado. Cuesta imaginar que un avance inesperado de dos días pudiera haber proporcionado un resultado mejor. Las tropas de Blücher, que formaban una hilera de más de tres días de marcha de un extremo a otro, fueron atacadas por separado y sufrieron tantas bajas como en una gran batalla. El resultado se debió enteramente a la sorpresa, pues Blücher habría dispuesto un orden de marcha distinto si hubiera pensado que el ataque de Bonaparte era inminente. El éxito de los franceses se debió al error de Blücher. Por supuesto, Bonaparte ignoraba la idea de la situación que tenía Blücher; se benefició de una coincidencia afortunada.

La batalla de Liegnitz de 1760 es otro caso a propósito. Federico el Grande la ganó porque abandonó al abrigo de la noche una posición que acababa de ocupar. Esto sorprendió a Laudon tan completamente que perdió 10.000 hombres y 70 cañones. En esa época, Federico se basaba en el principio de moverse con frecuencia para evitar la batalla o al menos para frustrar los planes del adversario, aunque no había sido ésta su intención al cambiar de posición durante la noche del 14 al 15 de junio. Según él mismo declaró, se desplazó porque estaba satisfecho con la posición ocupada durante el día. También en este caso la suerte fue decisiva y el desenlace habría sido muy otro en un terreno menos montañoso y agreste, y de no haber coincidido el cambio de posición de Federico con las primeras fases del ataque de Laudon.

Incluso en los niveles más elevados de la estrategia se encuentran algunos ejemplos de sorpresas repentinas. Baste recordar las brillantes campañas del gran Elector contra Suecia, que barrieron desde Franconia hasta Pomerania y desde la marca de Brandenburgo hasta el río Pregel. La campaña de 1757 y el famoso cruce de los Alpes organizado por Bonaparte en 1800 son otros ejemplos. En este último caso, el ejército austríaco aban-

donó todo el teatro de operaciones y en 1757 otro ejército estuvo a punto, no sólo de abandonar el teatro de operaciones sino también de rendirse. Por último, la invasión de Silesia por parte de Federico el Grande puede citarse como ejemplo de una guerra totalmente inesperada. En todos estos casos, los resultados fueron enormes y de largo alcance. Pero en la historia hay pocos sucesos como éstos; salvo, por supuesto, que los confundamos con otros que afectan a Estados mal preparados para la guerra a consecuencia de la inactividad y la falta de energía, como Sajonia en 1756 o Rusia en 1812.

Es preciso hacer otra observación que afecta al núcleo mismo de este asunto. Sólo el general que impone su voluntad cohera al enemigo por sorpresa; y para imponer su voluntad debe actuar correctamente. Si sorprendemos al enemigo con medidas insuficientes no obtendremos ningún beneficio e incluso podemos sufrir un fuerte revés. En un caso así, nuestra sorpresa inquietará muy poco al enemigo que aprovechará nuestros errores y encontrará el medio de protegerse frente a cualquier posible efecto perjudicial. Como la ofensiva proporciona un campo de acción positiva mucho más amplio que la defensiva, el elemento de sorpresa suele estar relacionado con el ataque, pero en absoluto de modo exclusivo, como veremos más adelante. En ocasiones chocan las sorpresas del atacante y del defensor; en un caso así, saldrá vencedor el bando que haya dirigido el golpe con mayor eficacia.

En todo caso, así debería ocurrir. Pero hay una razón muy sencilla para que en la práctica las cosas no siempre rueden de esta forma. En efecto, para el bando que puede beneficiarse de los efectos psicológicos de la sorpresa, cuanto peor sea la situación, tanto más a su favor puede evolucionar, mientras que el enemigo será incapaz de adoptar decisiones coherentes. Esto no sólo es cierto para los mandos superiores, sino para todo el mundo; pues una peculiaridad de la sorpresa es que relajan los vínculos de cohesión, de modo que las acciones individuales adquieren mayor trascendencia.

El resultado depende en buena parte de la relación establecida entre los dos bandos. Si la superioridad moral general permite a uno de ellos intimidar y dejar atrás al otro, podrá sorprenderle con mayor efectividad, e incluso cosechar los frutos de la victoria en circunstancias en las que normalmente estarían fuera de su alcance.

CAPÍTULO DIEZ

ASTUCIA

El término «astucia» implica propósito oculto. Contrasta con el acercamiento franco, sencillo y directo tanto como el ingenio contrasta con la demostración directa. Por tanto, nada tiene en común con métodos de persuasión, de interés propio o de fuerza, y mucho con el engaño, que también oculta su propósito. En realidad, cuando se completa, es una forma de engaño; pero no un engaño en el sentido ordinario del término, pues no supone quiebra abierta de la credibilidad. El uso de un truco o una estratagema permite a la víctima cometer sus propios errores que, combinados en un único resultado, alteran la naturaleza de la situación ante nuestros propios ojos. Cabe decir que, así como el ingenio juega con ideas y convicciones, la astucia juega con acciones.

A primera vista no parece injusto que el término «estrategia» guarde relación con «astucia» o «estratagema» y que, a pesar de todo lo que ha cambiado la guerra desde los tiempos de la antigua Grecia, la palabra continúe indicando su naturaleza esencial.

Si dejamos la aplicación práctica de la fuerza, el combate, a la táctica y consideramos la estrategia como el arte de explotar

con destreza la fuerza para un fin superior; y si prescindimos por el momento de aspectos como la ambición ciega que actúa como un muelle comprimido o la fuerza de voluntad excepcional que cede sólo a regañadientes, etc., ninguna característica humana parece más adecuada para la tarea de dirigir e inspirar la estrategia que la facultad de la astucia. La necesidad universal de sorpresa, tratada en el capítulo anterior, ya apuntaba hacia esta conclusión, pues todas las acciones por sorpresa tienen su origen en un grado, aunque sea mínimo, de astucia.

Pero por mucho que se anhele ver a los generales adversarios rivalizar en habilidad, sabiduría y astucia, lo cierto es que estas cualidades no ocupan un lugar destacado en la historia de la guerra. Raramente sobresalen de la vorágine de hechos y circunstancias.

El motivo es obvio, y está muy relacionado con la esencia del capítulo anterior.

La estrategia se interesa exclusivamente por los combates y por modos de empleo que les afectan. A diferencia de otros aspectos de la realidad, no se interesa por acciones que consisten sólo en palabras, como afirmaciones, declaraciones, etc. Pero las palabras, que son baratas, constituyen el medio más común de crear falsas impresiones.

Cosas análogas a éstas en la guerra, planes y órdenes emitidos sólo para causar cierta impresión, falsos informes redactados para confundir al enemigo, etc., tienen en general tan poco valor estratégico que sólo se usan si se presenta una oportunidad a la medida. No deben considerarse como un campo de acción independiente e importante a disposición del general.

Preparar una acción falsa con el detalle necesario para imponerse al enemigo exige una inversión considerable de tiempo y esfuerzo, y los costes aumentan con la magnitud del engaño. Normalmente estas operaciones cuestan más de lo que se puede gastar en ellas, por lo que las llamadas fintas estratégicas casi nunca causan el efecto deseado. De hecho, es peligroso utilizar fuerzas considerables durante cierto tiempo con el objeto de producir una ilusión, pues siempre se corre el riesgo de que no ganar nada y de no disponer de las tropas desplegadas cuando realmente hagan falta.

En la guerra, los generales siempre están atentos a esta sensata verdad y, por tanto, tienden a olvidar las ganas de jugar con los movimientos subrepticios. La necesidad urgente impregna a

veces la acción directa hasta el extremo de que no queda sitio para estos juegos. En resumen: las piezas que maneja el estratega raramente tienen la movilidad que exigen la astucia y la planificación de estratagemas.

La conclusión es que el conocimiento exacto y penetrante es una cualidad más útil y esencial para el general que cualesquiera dotes para la astucia, si bien éstas no le harán ningún daño si no las utiliza, como tantas veces ha ocurrido, a expensas de cualidades del carácter más esenciales.

Pero cuanto más débiles sean las fuerzas puestas a disposición del comandante supremo, tanto más sugestivo resulta el recurso a la astucia. En una situación de debilidad e insignificancia, cuando la prudencia, el buen juicio y la capacidad ya no bastan, puede verse en la astucia la única esperanza. Cuando la situación es muy negra, cuando todo se concentra en un único intento desesperado, es cuando más fácilmente se combinan la astucia con la osadía. Liberadas de toda consideración de futuro y de la idea de la retribución final, astucia y osadía quedan libres para alimentarse mutuamente hasta el punto de concentrar un débil destello de esperanza en el único rayo de luz que todavía puede encender la llama.

CAPÍTULO ONCE

CONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN EL ESPACIO

La mejor estrategia es siempre *ser muy fuerte*, tanto en general como en el punto decisivo. Al margen del esfuerzo necesario para crear la fuerza militar, que no siempre emana del general, no hay regla estratégica más alta y sencilla que la de *mantener las fuerzas concentradas*. Ninguna fuerza debería separarse jamás del grueso de las fuerzas, salvo en caso de necesidad clara y *urgente*. Es preciso atenerse a este principio y considerarlo como una guía segura. En el curso de nuestro análisis aprenderemos en qué circunstancias puede estar justificado dividir las fuerzas. También aprenderemos que el principio de la concentración no rinde los mismos resultados en todas las guerras, sino que cambian en función de los medios y los fines.

Por increíble que parezca, es un hecho que muchos ejércitos se han dividido y separado en innumerables ocasiones sin que al general le moviese ningún motivo claro, sino sólo la vaga sensación de que debía obrar de ese modo.

Esta insensatez puede evitarse por completo, al igual que la proposición de abundantes y poco fundadas razones para dividir las propias fuerzas, si la concentración se acepta como norma y toda separación y división como una excepción que es preciso justificar.

CAPÍTULO DOCE

UNIFICACIÓN DE FUERZAS EN EL TIEMPO

Llegamos a un concepto que probablemente induzca a confusión al aplicarlo en la práctica. Parece necesario definirlo y desarrollarlo con claridad y espero que se me perdone otro breve análisis.

La guerra es el choque entre fuerzas opuestas. Se deduce de ello que la más poderosa destruirá a la más débil y además su ímpetu la arrastrará con ella. Parece que esto excluye el empleo prolongado y consecutivo de la fuerza y presenta como ley elemental de la guerra el empleo simultáneo de todos los medios disponibles para una acción dada.

En la práctica esto sólo es cierto cuando la guerra se parece de verdad a un empuje mecánico. Cuando consiste en la prolongada interacción entre fuerzas mutuamente destructivas, el empleo sucesivo de fuerza es ciertamente viable. Esto ocurre en la táctica, sobre todo porque la táctica se basa primordialmente en la potencia de fuego; pero hay otras razones. En un enfrentamiento con fuego de fusilería, un millar de hombres luchan contra quinientos; la suma de sus pérdidas puede calcularse a partir de los efectivos

totales que combaten en cada bando. Mil hombres disparan el doble de salvas que quinientos; pero el primer grupo recibe más impactos que el segundo, pues hay que suponer que estarán desplegados en una formación más cerrada. Si, por ejemplo, sufren el doble de impactos, las pérdidas serían iguales en los dos bandos. El batallón de quinientos hombres sufriría, digamos, doscientas bajas, y otras tantas el de mil. Si el de quinientos conserva igual número de hombres en reserva, fuera del alcance de las balas, cada uno dispondrá de ochocientos hombres; pero en uno de los lados, estos quinientos fusileros estarían descansados y dispondrían de munición abundante, mientras que en el bando contrario estarían más o menos desorganizados, cansados y escasos de munición. Por supuesto, no es correcto suponer que el batallón más numeroso haya de sufrir el doble de bajas sólo por ese motivo. Las mayores pérdidas sufridas por el bando que mantiene la mitad de sus efectivos en reserva deben contabilizarse como una desventaja. También hay que admitir que, en general, el grupo de mil soldados tendrá al principio la oportunidad de desalojar al adversario de su posición y obligarle a retirarse. Si estas dos ventajas compensan el inconveniente de enfrentarse con ochocientos hombres cansados a un enemigo no sensiblemente más débil que tiene quinientos soldados completamente descansados es algo que no puede determinarse mediante análisis. Es preciso confiar en la experiencia y habría pocos oficiales con experiencia directa que no atribuyesen la superioridad al lado que cuenta con una tropa descansada.

Queda claro por qué el despliegue de una fuerza excesiva puede ser perjudicial: por grande que sea la ventaja de la superioridad en los primeros momentos del combate, habrá que pagar por ella más adelante.

Pero el peligro se aplica sólo a la *fase de confusión, al estado de desorganización y debilidad*; en resumen, a la crisis que se produce en todos los combates, incluso en el bando victorioso. En el contexto de este estado de debilidad, la aparición de unas tropas relativamente descansadas será decisiva.

Por el contrario, en cuanto cesa el efecto desorganizador de la victoria y todo lo que queda es la superioridad moral causada por cada victoria, las tropas descansadas no podrán por sí solas salvar la situación y serán también barridas. Un ejército batido no puede reaccionar al día siguiente sólo por verse reforzado por unas reservas fuertes. *Llegamos así al origen de la diferencia vital que hay entre estrategia y táctica.*

Los triunfos tácticos, los que se alcanzan *en el transcurso del combate, normalmente ocurren durante la fase de desorganización y debilidad*. Por el contrario, el triunfo estratégico, el efecto global del combate, la victoria final, sea grande o insignificante, *está siempre después de esa fase*. El desenlace estratégico toma forma sólo cuando los resultados fragmentarios se combinan en un todo independiente. Pero cuando se llega a ese punto, la crisis ya ha pasado, las fuerzas han recuperado la cohesión inicial y sólo están debilitadas por las bajas sufridas.

La consecuencia de esta diferencia es que en el terreno de la táctica, la fuerza puede emplearse de manera consecutiva, mientras que la estrategia conoce sólo su aplicación simultánea.

Si en una situación táctica el triunfo inicial no conduce a una victoria concluyente, tenemos motivos para temer el futuro inmediato. Se deduce de ello que en la primera fase hay que emplear sólo la cantidad de fuerza que se considere absolutamente necesaria. El resto debe mantenerse fuera del alcance del fuego y del combate cuerpo a cuerpo, con el fin de poder oponer nuestras propias tropas descansadas a las del enemigo o derrotar a sus efectivos debilitados. En una situación estratégica esto no es así. Por una parte, como ya se ha dicho, una vez logrado el éxito estratégico, la reacción es menos probable, pues ya ha pasado la crisis; por otra, no todas las fuerzas estratégicas estarán necesariamente *debilitadas*. Las únicas tropas que han sufrido pérdidas son las que se han enfrentado *tácticamente*; en otras palabras: las que han luchado. Si no se han desperdiciado, sólo habrá entrado en acción el mínimo imprescindible, que estará muy lejos del total comprometido estratégicamente. Las unidades que han luchado muy poco o nada, gracias a la superioridad de su ejército, y que han contribuido al triunfo por su sola presencia, son las mismas después de la victoria que antes de ella y están tan preparadas para cumplir otras misiones como si hubieran permanecido totalmente inactivas. Es obvia la enorme medida en que el margen de potencia que proporcionan estas unidades contribuye a un desenlace favorable; es igualmente comprensible que su presencia pueda reducir sustancialmente las pérdidas sufridas por las tropas que mantienen el encuentro táctico.

Como en la estrategia las bajas no aumentan con el tamaño de las fuerzas empleadas sino que incluso pueden reducirse y como es obvio que una fuerza mayor tiene más probabilidades

de éxito, es lógico pensar que la empleada nunca es excesivamente grande y que, además, todas las fuerzas disponibles deben emplearse *simultáneamente*.

Pero la veracidad de esta proposición debe establecerse también en otro terreno. Hasta el momento hemos tratado sólo del combate propiamente dicho. Es la actividad esencial de la guerra, pero también hay que considerar los hombres, el tiempo y el espacio, que son los componentes de esa actividad. Hemos de tener en cuenta el efecto de su influencia.

La fatiga, el agotamiento y las privaciones constituyen en la guerra un factor destructivo autónomo; un factor que no pertenece esencialmente al combate, pero con el que mantiene una relación más o menos estrecha y que se despliega sobre todo en el terreno de la estrategia. Este factor también está presente en las situaciones tácticas y posiblemente en su forma más intensa; pero como las acciones tácticas son más breves, las repercusiones del agotamiento y las privaciones serán limitadas. Por el contrario, en el plano estratégico, donde las dimensiones del tiempo y el espacio se dilatan, las consecuencias son siempre perceptibles y a menudo decisivas. No es inusual que un ejército victorioso sufra más pérdidas por enfermedad que por la batalla.

Si consideramos esta clase de destrucción en el ámbito estratégico igual que consideramos la debida al fuego de artillería o al combate cuerpo a cuerpo en el táctico, es fácil concluir que al final de una campaña, o de cualquier otro ciclo estratégico, todas las cosas expuestas al factor de destrucción se encontrarán debilitadas y que la aparición de fuerzas nuevas será *decisiva*. Por tanto, también en las situaciones estratégicas, al igual que en las tácticas, podemos caer en la tentación de buscar un éxito inicial con un número mínimo de efectivos con el fin de conservar unas reservas poderosas para la contienda final.

Muchos casos reales aportan consistencia a este argumento. Para evaluarlo correctamente hemos de analizar por separado las ideas que aquí intervienen. Ante todo, es preciso no confundir el concepto de refuerzos con el de tropas nuevas y sin utilizar. Pocas campañas terminan sin que parezca deseable, y hasta decisiva, la incorporación de tropas nuevas, tanto en el bando que va ganando como en el que va perdiendo; pero eso no se discute: no serían necesarios los refuerzos si se hubiese empleado desde el principio una fuerza suficientemente grande. La ex-

periencia demuestra que la idea de que el ejército nuevo que hace su entrada en el campo de batalla aporta una moral más alta que las tropas que ya se encuentran en acción (como la reserva táctica, más animosa que los hombres que ya han sufrido un fuerte castigo) es totalmente falsa. Así como una campaña frustrada socava el valor y la moral de las tropas, una triunfal los eleva. Por tanto, estos factores positivos y negativos tienden a neutralizarse mutuamente y al final queda el beneficio claro de la mayor experiencia. En cualquier caso, es preciso estudiar en relación con estas consideraciones las campañas victoriosas, no las fallidas, pues siempre que la derrota puede predecirse con algún grado de certeza se comprueba que faltaba desde el principio una fuerza suficiente; en estas condiciones, mantener una parte en reserva para su empleo superior sería impensable.

Una vez sentado este punto, se plantea la cuestión de si las pérdidas sufridas por una unidad a consecuencia del esfuerzo y las privaciones, aumentan proporcionalmente a su magnitud, como sí ocurre en el combate. La respuesta a esta pregunta ha de ser negativa.

El esfuerzo deriva primordialmente de los peligros que en mayor o menor grado son inseparables de las operaciones militares. Contrarrestar estos peligros, seguir el curso marcado con confianza, es el objeto de gran parte de las actividades que abarcan los deberes tácticos y estratégicos del ejército. Cuanto más débil es éste, tanto más arduos resultan tales deberes; y tanto más sencillos cuanto más clara es su superioridad. ¿Quién lo dudaría? Una campaña contra un adversario manifiestamente más débil exige menos esfuerzo que otra lanzada contra un enemigo similar, por no hablar de lo que ocurre cuando se lucha contra uno más poderoso que el propio.

Esto en cuanto esfuerzo físico. Las privaciones son de naturaleza diferente. Consisten sobre todo en la falta de comida y cobijo para los soldados, sea en cuarteles o en campamentos confortables. Hay que admitir que las dificultades de abastecimiento y alojamiento aumentan con el tamaño de las fuerzas concentradas en un lugar determinado. Por otra parte, ¿no es cierto que la misma superioridad proporciona el mejor medio para cubrir una mayor superficie y por tanto disponer de más recursos de abastecimiento y cobijo?

Durante su avance hacia el interior de Rusia en 1812, Bonaparte mantuvo sus fuerzas concentradas en una única carretera,

de una forma que jamás se había visto y que provocó un grado de escasez en el abastecimiento como tampoco se había visto nunca. Esta decisión puede atribuirse a su principio de que nunca se tiene demasiada potencia en el punto decisivo. No es este el lugar para discutir si llevó ese principio demasiado lejos, pero es seguro que para evitar la escasez le hubiese bastado con avanzar en un frente más amplio. En Rusia había sitio suficiente; de hecho, casi siempre hay sitio suficiente. Por tanto, este ejemplo no sirve para justificar la afirmación de que el uso simultáneo de fuerzas muy superiores provoca mayores sufrimientos. Pero supongamos que el viento, el mal tiempo y el inevitable cansancio que causa la guerra han debilitado, a pesar del alivio que supone para el conjunto, incluso esa parte del ejército que se ha podido conservar en reserva para utilizarla más adelante. Ahora es aún más importante examinar la situación global y preguntarse si esas pérdidas hubieran igualado a las ganancias que la superioridad de fuerza habrían aportado de una forma u otra.

Hemos de considerar otro punto muy importante. En un combate de menor entidad no es demasiado difícil estimar cuánta fuerza sería necesaria para lograr una victoria considerable y la que resultaría superflua. En la estrategia esto es prácticamente imposible porque el éxito estratégico no puede definirse y perfilarse con igual precisión. Lo que en una situación táctica puede considerarse como fuerza excedentaria, debe considerarse en la estrategia como un medio de explotar el éxito si se presenta la oportunidad. Como el margen de beneficio aumenta con la magnitud de la victoria, la superioridad de fuerza alcanza rápidamente un nivel que el cálculo más meticuloso de efectivos nunca podría determinar.

Bonaparte pudo penetrar en Moscú en 1812 y ocupar la ciudad gracias a la enorme superioridad de sus fuerzas. Si esta mayor potencia le hubiera permitido además aplastar al ejército ruso, probablemente habría firmado en Moscú un tratado de paz más difícil de lograr por otros medios. Cito este ejemplo sólo como ilustración; probarlo exigiría una exposición más detallada, que aquí está fuera de lugar.

Todas estas reflexiones giran en torno al empleo sucesivo de la fuerza. No se interesan por la idea de una reserva como tal, aunque entre las dos cosas hay muchos puntos de contacto. Este asunto tiene muchas otras ramificaciones, como se verá en el próximo capítulo.

Lo que pretendo demostrar es que, mientras que en la táctica la mera *duración* de un combate debilita las fuerzas, de modo que el tiempo influye en el desenlace, en la estrategia las cosas no ocurren así. La medida en que el tiempo ejerce efectos destructivos sobre las tropas en el terreno estratégico queda parcialmente mitigada por la magnitud de las fuerzas y parcialmente compensada por otras vías. Por tanto, el estratega no intentará aliarse con el tiempo *como principio* y no empleará las fuerzas gradualmente, paso a paso.

Subrayo *como principio* porque el tiempo puede cobrar importancia como resultado del juego de factores que derivan de él, pero que no son el tiempo en sí. De hecho, el tiempo ha de tener importancia para uno de los dos bandos. Pero esto es otro asunto, de ningún modo trivial o insignificante, y se estudiará más adelante.

Por tanto, la norma que he tratado de desarrollar es la siguiente: todas las fuerzas previstas y disponibles para un fin estratégico deben aplicarse *simultáneamente*; su eficacia aumentará en la medida en que puedan concentrarse todas ellas en una única acción y en un mismo momento.

Esto no significa que los esfuerzos sucesivos y el efecto sostenido no tengan lugar en la estrategia. No pueden ignorarse, con tanta mayor razón cuanto que forman uno de los principales medios para alcanzar la victoria final: el despliegue continuo de nuevas fuerzas. Esto también será objeto de otro capítulo; lo recuerdo aquí sólo para evitar malentendidos.

Abordaré ahora un asunto estrechamente vinculado con la exposición anterior y que aclarará todo este planteamiento: la *reserva estratégica*.

CAPÍTULO TRECE

LA RESERVA ESTRATÉGICA

Una reserva sirve para dos propósitos distintos. Uno es prolongar y renovar la acción; el segundo, neutralizar amenazas imprevistas. El primer fin presupone el valor de la aplicación sucesiva de la fuerza y por tanto no pertenece a la estrategia. El caso de la unidad que se envía a un punto que está al borde de la derrota corresponde claramente a la segunda categoría, pues, obviamente, no se había previsto la magnitud de la resistencia necesaria en ese punto. La unidad prevista simplemente para prolongar la lucha en un combate determinado y que se mantiene para ello en la reserva, estará a disposición del oficial al mando y subordinada a él aunque se encuentre fuera del alcance del fuego. Por tanto, será una reserva táctica, no estratégica.

Pero la necesidad de conservar una fuerza preparada para intervenir en situaciones de emergencia también se plantea en la estrategia. Por tanto, puede hablarse de reserva estratégica, pero sólo cuando quepa imaginar situaciones de emergencia. En una situación táctica, cuando frecuentemente ni siquiera conocemos las medidas adoptadas por el enemigo hasta que no las vemos,

donde pueden estar ocultas por cada árbol y cada pliegue del terreno, hemos de estar siempre más o menos preparados para cualquier cambio imprevisto, para reforzar las posiciones que resulten débiles y en general para ajustar nuestras medidas a la acción del enemigo.

Estos casos también se dan en la estrategia, puesto que ésta está directamente vinculada con la acción táctica. También en la estrategia las decisiones deben basarse a menudo en la observación directa, en informes inciertos que llegan cada hora y cada día y por último en el resultado real de las batallas. Por tanto, es condición esencial de la dirección estratégica mantener en reserva una fuerza proporcional al grado de incertidumbre estratégica.

En la defensiva en general, y en particular en la defensa de ciertos accidentes naturales, como ríos, montañas, etc., sabemos que esto siempre es necesario.

Pero la incertidumbre disminuye a medida que aumenta la distancia entre estrategia y táctica, y prácticamente desaparece en la parte de aquélla que roza con la política.

El movimiento de las columnas enemigas hacia el campo de batalla sólo puede desvelarse mediante la observación directa (el punto por el que piensan cruzar un río, por ejemplo, puede deducirse con cierta anticipación observando los preparativos); pero la dirección desde la que amenazará a nuestro país normalmente se anuncia en la prensa antes de que se haya hecho un solo disparo. Cuanto mayor es la escala de los preparativos, menor es la oportunidad de sorprender. El tiempo y el espacio necesarios son grandes, las circunstancias que han desencadenado los acontecimientos son tan conocidas y tan poco sujetas a cambios, que estas decisiones se hacen manifiestas con antelación suficiente o pueden descubrirse con seguridad.

Además, aunque deba haber una reserva estratégica, su valor será tanto menor cuanto menos específico sea el empleo previsto para ella.

Hemos visto que el desenlace de una escaramuza o un combate aislado carece en sí mismo de significado; todas estas acciones parciales esperan su resolución en el desenlace del conjunto de la batalla.

A su vez, el desenlace de la batalla considerada en su conjunto tiene un significado sólo relativo que varía sobre una escala amplia en función de la magnitud y la importancia general de la fuerza derrotada. La derrota de una unidad del ejército

puede justificarse por la victoria del ejército; incluso la derrota de un ejército puede compensarse o transformarse en victoria gracias al triunfo de un ejército mayor, como ocurrió en los dos días de lucha en Kulmbach en 1813. Esto es indudable para todo el mundo, pero está igualmente claro que el impacto de cada victoria, el desenlace victorioso de cada batalla, gana en significado absoluto con la importancia de la fuerza derrotada; por tanto, la posibilidad de resarcirse de tales pérdidas en un combate posterior se hace también más improbable. Abordaré este punto con mayor detenimiento más adelante; baste por ahora llamar la atención hacia esta evolución progresiva.

Permítaseme añadir una tercera observación. Aunque el uso sucesivo de la fuerza en una situación táctica siempre aplaza el resultado final hasta el final de la acción, en la estrategia la ley de la aplicación simultánea de todas las fuerzas casi siempre adelanta hasta la primera posición el resultado final, que no ha de ser necesariamente el último. Por tanto, estas tres conclusiones justifican la opinión según la cual la reserva estratégica es menos esencial, menos útil y más peligrosa de emplear cuanto más *global* y general sea la finalidad para la que se destina.

El punto en el que la idea de una reserva estratégica empieza a resultar contradictorio no es difícil de determinar: cuando se alcanza la *fase decisiva* de la batalla. En ese momento deben emplearse todas las fuerzas y la idea de una reserva, *de unidades de combate disponibles* que sólo se utilizarán una vez resuelta esta fase, resulta absurda.

Por tanto, mientras que la reserva táctica es un medio adecuado para neutralizar maniobras imprevistas del enemigo y para invertir el desenlace imprevisible del combate en caso necesario, la estrategia debe renunciar a este medio, al menos en lo que afecta al resultado del conjunto. Los reveses sufridos en una zona normalmente se compensan con las victorias obtenidas en otra o, en algunos casos, trasladando tropas de un lugar a otro. El estratega no debe nunca afrontar estos contratiempos manteniendo tropas en reserva.

He dicho que es absurdo mantener una reserva estratégica que no esté destinada a contribuir al resultado del conjunto. Es algo tan obvio que no le habría dedicado dos capítulos si no fuese porque la idea parece algo más plausible cuando se oculta tras otros conceptos, como ocurre con frecuencia. Unos consideran la reserva estratégica como la cumbre de la sabiduría y la

planificación prudente, mientras que otros rechazan por completo esta idea, incluso la de reserva táctica. Esta clase de pensamiento confuso influye en la realidad. Sirva como ejemplo notable la reserva de 20.000 hombres acantonada en 1806 por el ejército prusiano en Brandenburgo al mando del príncipe Eugenio de Württemberg que se pudo trasladar a tiempo al río Saale, mientras se mantenían otros 25.000 hombres al Este y al Sur de Prusia *para ser movilizados más adelante y utilizarlos como reserva*.

Espero que estos ejemplos nos ahorren el oprobio de luchar contra molinos de viento.

están empleando de manera antieconómica. En este sentido las fuerzas se están desperdiciando, lo que es peor que utilizarlas indebidamente. Cuando llega el momento de la acción, el primer requisito debería ser que todas las partes puedan actuar; incluso la misión menos apropiada ocupará parte de las fuerzas enemigas y reducirá su potencia global, mientras que las tropas totalmente inactivas ya están neutralizadas. Obviamente, esta postura es un corolario de los principios desarrollados en los últimos tres capítulos. Es la misma verdad pero expuesta desde un punto de vista algo más amplio y reducida a un único concepto.

CAPÍTULO CATORCE

ECONOMÍA DE FUERZAS

Como ya he dicho, los principios y opiniones raramente pueden reducir la trayectoria de la razón a una simple línea. Como en todos los asuntos prácticos, siempre queda un cierto margen. La belleza no se puede definir con abscisas y ordenadas y tampoco son creados los círculos y elipses por las fórmulas algebraicas que los definen. El hombre de acción debe a veces confiar en su capacidad instintiva de juicio, la que nace de su inteligencia natural y se desarrolla por medio de la reflexión, que encuentra el camino correcto de manera casi inconsciente. En otras ocasiones deben simplificar el conocimiento a sus rasgos dominantes, que le servirán como reglas; y a veces ha de apoyarse en las muletas de la rutina establecida.

Uno de estos elementos de simplificación o ayudas al análisis es asegurarse de que todas las fuerzas se utilizan, comprobar siempre que ninguna parte de la fuerza total está inactiva. Si una sección de las propias fuerzas no se encuentra suficientemente ocupada con el enemigo o si está en marcha y por tanto inactiva mientras el enemigo está combatiendo, esas fuerzas se

CAPÍTULO QUINCE

EL FACTOR GEOMÉTRICO

La medida en que la geometría, es decir, la forma y disposición con que se despliegan las fuerzas en la guerra, puede llegar a ser un elemento dominante se demuestra en el arte de la fortificación, en el cual esa disciplina se aplica a casi todo, grande o pequeño. También en la táctica desempeña una función importante. La geometría es la base de la táctica en el sentido más estricto: la teoría del movimiento de tropas. En las fortificaciones de campaña y en la teoría de las posiciones atrincheradas y la forma de atacarlas, las líneas y ángulos de geometría gobiernan como jueces que deciden el torneo. En el pasado, muchas de estas cosas se aplicaban mal y a veces estas teorías no eran más que un juego de soldados; pero en la táctica moderna, en la que neutralizar los flancos del enemigo es el objetivo de todos los combates, el factor geométrico ha vuelto a cobrar una importancia considerable. Aunque su aplicación es sencilla, se repite una y otra vez. No obstante, la geometría no puede gobernar la táctica en la misma medida en que gobierna las operaciones de asedio; cuando las tropas se enfrentan, todo está

en movimiento y las fuerzas psicológicas, las diferencias individuales y el azar ejercen una influencia más determinante. En la estrategia, la función de la geometría es todavía menor. Aunque los tipos de formación y la configuración de los países y Estados es importante, el principio geométrico no es *decisivo*, como lo es en el arte de la fortificación, y apenas alcanza la importancia que tiene en la táctica. Su influencia se demostrará poco a poco y en los momentos en que sea relevante y deba tomarse en consideración. Por el momento, me limitaré a llamar la atención sobre la diferencia entre táctica y estrategia a este respecto.

En la táctica, el tiempo y el espacio se reducen rápidamente a su mínimo absoluto. Una unidad atacada por un flanco y por detrás se encontrará enseguida en un punto en el que ya no tiene posibilidad alguna de retirarse; en una situación así, continuar la lucha es casi imposible y el comandante que esté a su mando debe o bien intentar salir del atolladero, o bien evitar por todos los medios caer en él. Por ello, todas las disposiciones tácticas encaminadas al envolvimiento son muy eficaces, sobre todo por la inquietud que causan sus consecuencias. Por eso es tan importante el factor geométrico en la disposición de las fuerzas.

Estas consideraciones se reflejan sólo débilmente en la estrategia, que se interesa por tiempos y espacios más amplios. Los ejércitos no saltan de un teatro de la guerra a otro y las maniobras estratégicas envolventes pueden durar semanas o meses. Además, las distancias son tan grandes que las probabilidades de que incluso las mejores medidas rindan al final el resultado apetecido son escasas.

Por tanto, en la estrategia, el efecto de estas combinaciones, de las pautas geométricas, es mucho menor; en cambio, el efecto de la ventaja obtenida en un punto es mucho mayor. Esta ventaja puede aprovecharse plenamente antes de que las contramedidas interfieran con ella o la neutralicen. Por tanto, no dudo en considerar una verdad demostrada que en la estrategia el número y la magnitud de los combates tienen más trascendencia que la estructura de las grandes líneas que los enlazan.

Los teóricos recientes sostienen precisamente lo contrario, convencidos de que así aumentan la importancia de la estrategia. Según ellos, la estrategia es la expresión de las más elevadas funciones intelectuales; en su opinión, la guerra debería ennobecerse con su estudio y, de acuerdo con una moderna sustitu-

ción de conceptos, debería ser *más científica*. Creo que una de las principales funciones de toda teoría global de la guerra es poner al descubierto esta clase de extravagancias; y lo es porque el elemento geométrico suele servir de punto de partida para estas fantasías hacia las que he querido llamar la atención de forma especial.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LA SUSPENSIÓN DE LA ACCIÓN EN LA GUERRA

Si consideramos la guerra como un acto de destrucción mutua, no tenemos más remedio que imaginar a los dos bandos entregados casi constantemente a la acción y el avance. Pero si consideramos cada momento por separado, estamos igualmente obligados a imaginar a un bando avanzando mientras el otro espera, pues las condiciones nunca serán exactamente iguales para ambos bandos ni tampoco permanecerán invariables las relaciones entre ellos. A lo largo del tiempo se producirán cambios que unas veces favorecerán a un bando y otras al otro. Si suponemos que ambos generales conocen perfectamente sus condiciones y las del adversario, uno de ellos se verá motivado para actuar, lo que será razón suficiente para que el otro espere. No es posible que los dos quieran al mismo tiempo avanzar o esperar. En este contexto, esta exclusión mutua de propósitos idénticos no deriva del principio de polaridad y, por tanto, no entra en contradicción con

la afirmación hecha en el capítulo cinco del libro II⁶. Por el contrario, su fundamento ha de buscarse en el hecho de que el determinante es en realidad el mismo para ambos mandos: la probabilidad de mejora o deterioro de la situación en el futuro.

Incluso si suponemos que las circunstancias están completamente equilibradas o que el conocimiento insuficiente de tales circunstancias produce en los mandos la impresión de que hay tal equilibrio, las diferencias políticas en cuanto al propósito descartarían la posibilidad de una suspensión de la actividad. Desde el punto de vista político sólo puede haber un agresor; no habría guerra si las dos partes actuasen a la defensiva. El agresor tiene un ánimo positivo, mientras que el espíritu del defensor es sólo negativo. Por tanto, la acción positiva es más propia del primero, pues es el único medio de que dispone para alcanzar sus fines. En consecuencia, si las condiciones son iguales para los dos bandos, el atacante debería actuar, pues el ánimo positivo es el suyo.

Vista desde esta perspectiva, la suspensión de la acción en la guerra es una contradicción en sus términos. Como dos elementos incompatibles, los ejércitos deben destruirse continuamente uno a otro. Como el fuego y el agua jamás se encuentran en equilibrio, sino que deben interaccionar hasta que uno de los dos desaparece por completo. ¿Es posible imaginar a dos luchadores entrelazados e inertes durante horas? En otras palabras: la acción militar debe continuar su marcha como un reloj al que se ha dado cuerda. Por salvaje que sea la naturaleza de la guerra, está encadenada por las debilidades humanas; y a nadie sorprenderá la paradoja de que el hombre busca y crea el mismo peligro al que él teme.

La historia de la guerra presenta tantas veces lo más radicalmente opuesto al avance incesante hacia el objetivo, que resulta evidente que la *inmovilidad* y la *inactividad* son el *estado* normal de los ejércitos en la guerra y que la *acción es lo excepcional*. Esto puede hacernos dudar de la certeza de mi argumento. Pero aunque esto sea la carga de gran parte de la historia bélica, las guerras más recientes apoyan lo expuesto. Su validez ha quedado demostrada y su necesidad ha quedado palmariamente probada por las guerras revolucionarias. En estas guerras, y sobre

todo en las campañas napoleónicas, el arte de la guerra alcanzó un grado de energía sin límites que, en mi opinión, es su ley elemental. Vemos que es posible alcanzar este grado de energía; y, si es posible, es necesario.

¿Cómo, realmente, podríamos defender el afán de tanto esfuerzo como se hace en la guerra si no fuese a realizarse ninguna acción! El panadero enciende el horno sólo cuando está preparado para cocer el pan; los caballos se enganchan al carruaje sólo cuando éste se va a mover; ¿por qué habríamos de hacer los enormes esfuerzos propios de la guerra si nuestro único objeto fuese obligar al enemigo a realizar un esfuerzo similar?

Sirva esto como justificación del principio general. Veamos ahora sus modificaciones, en la medida en que deriven de la naturaleza del asunto y no dependan de circunstancias particulares.

Señalaré tres determinantes que operan como contrapesos intrínsecos y evitan que el reloj avance deprisa o sin interrupción.

El primero, que origina una tendencia permanente a la demora y se convierte en una influencia que retarda, es el miedo y la indecisión propios de la mente humana. Es una clase de fuerza de gravedad moral que actúa por repulsión en lugar de por atracción: la aversión al peligro y a la responsabilidad.

En el clima feroz de la guerra, las naturalezas ordinarias tienden a moverse más pesadamente; por tanto, son necesarios estímulos más poderosos y más frecuentes para mantener el impulso adquirido. Entender el motivo de la guerra casi nunca sirve por sí solo para superar esta lentitud. Si no se encuentra al mando un espíritu marcial y emprendedor, un hombre que se encuentre en la guerra como pez en el agua, o si las grandes responsabilidades no apremian, la inactividad será la norma y el avance la excepción.

La segunda causa es la imperfección del juicio y percepción humanos, más acusada en la guerra que en ninguna otra situación. Apenas conocemos con exactitud nuestra propia situación en ningún momento y la del enemigo, oculto, debe deducirse a partir de muy escasos indicios. Por tanto, es frecuente que ambos bandos consideren ventajoso un mismo objetivo, aunque en realidad sólo puede interesar a uno de ellos. Por tanto, ambos consideran más prudente esperar a mejor ocasión, como ya he explicado en el capítulo cinco del libro II⁷.

⁶ Sic. Este punto no se trata en el capítulo cinco del libro II, sino en el capítulo uno del libro I, pp. 14-20 anteriores. [N. de los eds.]

⁷ Sic. Véase la nota anterior, p. 353. [N. de los eds.]

El tercer determinante, que actúa como una rueda de trinquete que de vez en cuando interrumpe el trabajo por completo, es la mayor fuerza de la acción defensiva. A puede no sentirse con fuerzas suficientes para atacar a B, lo cual no significa que B tenga poder suficiente para atacar a A. La mayor fuerza propia de la acción defensiva no sólo se pierde cuando se pasa a la ofensiva, sino que además se traslada al adversario. Expresado en términos algebraicos, la diferencia entre $A + B$ y $A B$ es igual a $2B$. Por tanto, no sólo se sienten los dos bandos demasiado débiles para atacar, sino que además lo son.

Por tanto, en el centro mismo del conflicto, la inquietud, la prudencia y el miedo a correr riesgos excesivos encuentran razones para afirmarse y para domeñar la elemental furia de la guerra.

Pero estos determinantes son explicaciones apenas aceptables de los largos períodos de inactividad propios de las guerras antiguas, en las que no se dirimían asuntos vitales y en las que las nueve décimas partes del tiempo durante el que las tropas estaban en armas se dedicaban a no hacer nada. Como ya he dicho en el capítulo dedicado a fines y medios en la guerra, este fenómeno se debe sobre todo a la influencia que las demandas de un beligerante, y la condición y el estado mental del otro, ejercen sobre la conducción de la guerra.

La influencia de estos factores puede ser bastante para reducir la guerra a algo domesticado e indiferente. Con frecuencia, la guerra no es más que la neutralidad armada, una actitud amenazadora que se adopta para apoyar ciertas negociaciones, un leve intento por adquirir alguna ventaja antes de sentarse y dejar que las cosas sigan su curso o una obligación desagradable impuesta por una alianza que se cumple con el menor esfuerzo posible.

En estos casos, cuando el ímpetu o el interés son débiles y cuando hay poco espíritu de hostilidad, cuando no se quiere infligir demasiado daño al enemigo ni hay mucho que temer de él; cuando, en resumen, ningún gran motivo apremia y favorece la acción, los Gobiernos no quieren correr demasiados riesgos. Esto explica la conducción inocua de tales conflictos, en los que se mantiene bajo control el espíritu hostil de la auténtica guerra.

Cuanto mayor es la medida en que estos factores transforman la guerra en algo indiferente, menos sólidos son los fundamentos en que basar la teoría; los factores esenciales se hacen raros y los accidentales se multiplican.

No obstante, incluso este tipo de conflicto deja espacio para la inteligencia; quizá un espacio incluso más amplio y variado. El juego con fuertes apuestas se convierte en regateo mezquino. En esta clase de guerras, donde la acción militar se reduce a florituras insignificantes para matar el tiempo, a escaramuzas medio en serio medio en broma; a dilatadas órdenes que no van a ninguna parte; a posiciones y marchas que, vistas retrospectivamente, se describen como científicas, sólo porque el motivo que las justificó se ha olvidado y porque son ajenas al sentido común; en este tipo de conflictos, muchos teóricos ven el genuino y auténtico arte de la guerra. En estas fintas, quiebros y acometidas breves de las guerras antiguas encuentran la auténtica finalidad de toda la teoría y el triunfo de la mente sobre la materia. Las guerras más recientes se les presentan como bravucanadas brutales que apenas nada pueden enseñar y que han de considerarse recaídas en la barbarie. Este punto de vista es tan despreciable como su motivo. Ciertamente, cuando no entran en juego fuerzas y pasiones de envergadura, al ingenio le resulta más fácil intervenir, ¿pero no es un ejercicio intelectual de mayor altura gobernar fuerzas poderosas, navegar a través de la tormenta y por entre olas imponentes? Esta otra clase de esgrima más formalizada forma parte implícita de la conducción más enérgica de la guerra. Guarda con ella la misma relación que las actividades que se desarrollan en un buque con el movimiento de éste. Sólo pueden aplicarse en la medida en que se entienda tácitamente que el adversario responderá de la misma manera. Pero ¿es posible predecir durante cuánto tiempo se observará esta condición? La Revolución Francesa nos sorprendió en la falsa seguridad de nuestra antigua destreza y nos arrastró desde Chálons a Moscú. De manera igualmente repentina, Federico el Grande sorprendió a Austria en la quietud de sus anticuadas formas de guerrear y sacudió su monarquía hasta los cimientos. ¡Ay del Gobierno que, confiado en una política de indiferencia y en una limitada política militar, se enfrenta con un enemigo que, como los elementos desatados, no conoce más ley que la de su fuerza! Cualquier insuficiencia de acción o de esfuerzo redundará en beneficio del enemigo y no será fácil cambiar de la posición del espadachín a la del luchador. En esas condiciones, basta a menudo un golpe ligero para que todo se hunda.

Todas estas razones explican por qué la acción en la guerra no es continua sino espasmódica. Los choques violentos se ven

interrumpidos por períodos de observación durante los cuales ambos bandos están a la defensiva. Pero normalmente uno de los dos está más motivado y esto tiende a influir en su comportamiento: el elemento ofensivo dominará y normalmente mantendrá la continuidad de la acción.

CAPÍTULO DIECISIETE

NATURALEZA DE LA GUERRA CONTEMPORÁNEA

Todas las actividades de planificación y en particular la planificación estratégica, deben prestar atención a la naturaleza de la guerra contemporánea.

La audacia y la suerte de Bonaparte han reducido a nada las viejas y aceptadas prácticas. La obstinada resistencia de los españoles, aunque obstaculizada por debilidades e insuficiencias de detalle, demostró lo que puede lograrse armando a un pueblo y mediante la insurrección. La campaña de Rusia de 1812 demostró ante todo que un país de semejante extensión no se puede conquistar (algo que bien podría haberse previsto)⁸ y en segundo lugar que la perspectiva de una victoria final no merma en proporción al número de batallas perdidas, ciudades capturadas y provincias ocupadas; algo que los diplomáticos suelen considerar como dogma y que les lleva siempre a firmar la paz

⁸ El propio Clausewitz anticipó en 1804 que si Napoleón invadía alguna vez Rusia sería derrotado. P. PARES, *Clausewitz and the State*, Nueva York, 1976, p. 224. [N. de los eds.]

aunque sea en las peores condiciones. Por el contrario, los rusos han demostrado que con frecuencia la mayor fuerza se alcanza en el corazón del propio país, cuando la capacidad ofensiva del enemigo está agotada y la actitud defensiva puede transformarse en ofensiva con enorme energía. Prusia nos enseñó en 1813 que los esfuerzos rápidos pueden multiplicar por seis los efectivos de un ejército si se recurre a la milicia y, lo que es aún más importante, que la milicia puede luchar en el extranjero igual de bien que en su país. Todos estos casos han demostrado la enorme aportación que el espíritu y el temperamento de una nación pueden hacer a la suma total de su política, su potencial para la guerra y su capacidad de lucha. Ahora que los Gobiernos son más conscientes de estos recursos, no cabe esperar que los dejen sin utilizar en el futuro, tanto si la guerra se libra en defensa propia como para satisfacer una ambición intensa.

Obviamente, las guerras libradas por las dos partes poniendo en juego todo su potencial nacional deben dirigirse con arreglo a principios diferentes de aquéllas en las cuales la política se basa en el tamaño relativo de los ejércitos regulares. En aquellos tiempos, los ejércitos regulares parecían navíos y eran semejantes a éstos en cuanto a su relación con el país y sus instituciones. Por tanto, el combate en tierra tenía algo en común con la táctica naval, una peculiaridad que ahora ha desaparecido por completo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

TENSIÓN Y DESCANSO. LA LEY DINÁMICA DE LA GUERRA

En el capítulo dieciséis de este libro afirmé que en casi todas las campañas los períodos de inacción y reposo han sido en el pasado mucho más largos que los de acción. Aun cuando la guerra moderna ha adquirido un carácter completamente distinto, como he señalado en el capítulo anterior, sigue siendo cierto que los períodos de lucha activa siempre están separados por períodos de descanso más o menos largos. Por tanto, es preciso mirar más de cerca estas dos fases de la guerra.

Cuando la lucha se interrumpe, es decir, cuando ninguno de los dos bandos tiene un ánimo positivo, se instaura un estado de descanso y equilibrio. De equilibrio en su sentido más amplio, por supuesto, que no sólo comprende las fuerzas físicas y psicológicas, sino todos los motivos y circunstancias.

En cuanto uno de los bandos adopta un objetivo nuevo y positivo y empieza a perseguirlo, aunque sea a tientas, y el adversario opone alguna resistencia, la tensión de las fuerzas se incrementa. Esta tensión dura hasta que se decide el siguiente

paso: o uno de los bandos renuncia a su objetivo o el otro lo concede.

Esta solución, que siempre deriva de los resultados de la combinación de acciones desarrollada por ambos contendientes, va seguida de movimiento en alguna dirección.

Cuando este movimiento se agota, sea por las dificultades con las que topa, como el desgaste que acompaña a cualquier acción o por la aparición de nuevas fuerzas enemigas, vuelve la inactividad o se inicia un nuevo ciclo de tensión y decisión al que sigue otro movimiento, por lo general en la dirección contraria.

Esta diferenciación teórica entre equilibrio, tensión y movimiento tiene más repercusiones prácticas de lo que parece a primera vista.

El estado de descanso o de equilibrio admite mucha actividad; por supuesto, se trata de una actividad que deriva de causas incidentales y no conduce a cambios sustanciales. Pueden producirse combates considerables, incluso grandes batallas; pero estas acciones son de distinta naturaleza y, por tanto, suelen producir resultados distintos.

En un estado de tensión, una solución siempre tiene un gran efecto; en parte por la mayor fuerza de voluntad y la mayor presión propia de las circunstancias y en parte porque todo está ya preparado para las acciones de envergadura. En esta situación, el efecto se parece a la explosión de una mina bien calculada, mientras que un suceso de proporciones similares ocurrido durante un período de descanso se parece más a la deflagración de la pólvora al aire libre.

Obviamente, el estado de tensión admite numerosas gradaciones que lo van acercando al de descanso de manera que en el grado último apenas es posible diferenciar una situación de la otra.

La lección más importante que se puede sacar de estas observaciones es que cualquier iniciativa tomada en estado de tensión será más importante y producirá más resultados que si se hubiese adoptado en estado de equilibrio. En momentos de tensión máxima, esta importancia aumenta en un grado infinito.

El bombardeo artillero de Valmy decidió más que la batalla de Hochkirch.

Si el enemigo abandona el territorio porque es incapaz de defenderlo, podemos utilizarlo de distinta forma que si la reti-

rada tuviese por objeto reanudar la lucha en condiciones más favorables. Una posición mal elegida o un sólo movimiento mal calculado por nuestra parte en el curso de un ataque estratégico por parte del enemigo puede tener consecuencias fatales, mientras que en estado de equilibrio esta clase de errores han de ser verdaderamente enormes para tan siquiera suscitar alguna reacción por parte del adversario.

Como ya he dicho, casi todas las guerras pasadas se han librado en buena medida en este estado de equilibrio o, al menos, respondían a tensiones tan limitadas, tan infrecuentes y tan endeble que los combates que se producían en estos períodos raramente iban seguidos de resultados importantes. De hecho, podía librarse una batalla para celebrar el cumpleaños de un monarca (Hochkirch), para satisfacer el honor militar (Kunersdorf) o para alimentar la vanidad de un general (Freiberg).

En mi opinión, es esencial que el general sea consciente de estas circunstancias y actúe de acuerdo con su espíritu. La experiencia de la campaña de 1806 ha demostrado hasta qué extremo se pasa a veces por alto este potencial. Durante ese período de enorme tensión, los acontecimientos presionaban en favor de una decisión importante que debería, con todas sus consecuencias, haber absorbido toda la atención del mando prusiano; pero en ese preciso momento se propusieron planes, e incluso se llevaron a cabo en parte, como el reconocimiento de Franconia que, en un estado de equilibrio, habría causado como mucho un ligero temblor. Pero estos programas confusos y estas ideas que hacen perder el tiempo disiparon actividad y energía que deberían haberse aplicado a unas medidas verdaderamente urgentes que por sí solas hubieran contenido la victoria.

La diferenciación que acabo de establecer es también necesaria para el desarrollo ulterior de mi teoría. Todo lo que tengo que decir sobre la relación entre ataque y defensa y la forma en que evoluciona esta polaridad tiene que ver con el estado de crisis en que se encuentran las fuerzas durante los períodos de tensión y movimiento. Por el contrario, toda la actividad que tiene lugar en estado de equilibrio se considerará y tratará como mero corolario. El estado de crisis es la auténtica guerra; el equilibrio no es sino su reflejo.

LIBRO IV

EL COMBATE

CAPÍTULO UNO

INTRODUCCIÓN

En el último libro examinamos los factores que podrían llamarse elementos operativos de la guerra. Ahora nos centraremos en la actividad militar esencial: la lucha, que por sus efectos materiales y psicológicos condensa en forma sencilla o compleja el objeto de la guerra. Por tanto, los elementos operativos deben estar contenidos en esta actividad y en sus efectos.

El marco del combate es táctico; un estudio amplio nos familiarizará con su aspecto general. Cada combate tiene un propósito específico que le aporta sus peculiaridades y que examinaremos más adelante. En comparación con las características generales de la lucha, las peculiaridades suelen carecer de importancia, de modo que casi todos los combates son más o menos iguales. En lugar de abordar una y otra vez estos rasgos comunes procuraré analizarlos todos al mismo tiempo antes de tratar sus aplicaciones especiales.

Empezaré en el próximo capítulo por hacer una descripción breve del desarrollo táctico de la batalla moderna, pues es el fundamento de nuestro concepto de lucha.

CAPÍTULO DOS

NATURALEZA DE LA BATALLA MODERNA

A la vista de mis hipótesis sobre la táctica y la estrategia, debe ser obvio que cualquier cambio en la naturaleza de la primera repercutirá automáticamente en la segunda. Si los fenómenos tácticos son totalmente distintos de un caso a otro, también deben ser diferentes los estratégicos para ser coherentes y racionales. Por tanto, es importante describir una batalla en su forma contemporánea antes de debatir su utilización estratégica.

¿Qué suele ocurrir actualmente en las batallas importantes? Las tropas avanzan tranquilamente hacia sus posiciones, en grandes masas desplegadas en frente y fondo. Sólo interviene una parte relativamente pequeña a la que se deja dirigir el fuego durante varias horas, con interrupciones ocasionales causadas por choques menores, cargas, asaltos a bayoneta calada y ataques de caballería, que, en cierta medida, desplazan el fuego de un lado a otro. Poco a poco, las unidades enzarzadas en la lucha se van quemando y cuando sólo quedan cenizas se retiran y se sustituyen por otras.

De este modo, la batalla se va aplacando poco a poco, como pólvora mojada. La oscuridad la interrumpe: nadie ve nada y nadie quiere fiar nada al azar. Ha llegado el momento de calcular los efectivos útiles que quedan en cada bando, las tropas que no están todavía quemadas, como volcanes extinguidos. Se valora el terreno ganado o perdido y la seguridad de la retaguardia propia. Los resultados, junto con las impresiones personales de valor y cobardía, de inteligencia y estupidez que se han observado en el propio bando y en el contrario se combinan en una impresión global en la que se basa la decisión de abandonar el campo o de reanudar la lucha a la mañana siguiente.

No pretendo con esta descripción recrear todo el cuadro de una batalla moderna, sino únicamente dar una impresión general. Es aplicable tanto al atacante como al defensor. Pueden incorporarse rasgos específicos, como un objetivo particular o la naturaleza del terreno, sin alterar la impresión general.

Pero no es accidental que las batallas actuales deban ser así. Los ejércitos contemporáneos han seguido todos prácticamente la misma evolución en cuanto a organización militar y métodos; el elemento de la guerra en sí mismo, agitado por los grandes intereses nacionales, se ha convertido en dominante y sigue su curso natural. El carácter de las batallas no cambiará mientras estas condiciones se mantengan.

Este cuadro general de la batalla moderna será útil más adelante, en el momento de determinar el valor de diversos coeficientes, como fuerza, terreno y demás. La descripción es válida sólo para combates de tipo general, grandes y decisivos, y para los parecidos a éstos. Los combates menores han seguido la misma evolución, pero no ha sido tan completa. Encontraremos pruebas de esto en la táctica, y tendremos nuevas oportunidades de añadir detalles que clarificarán el cuadro.

CAPÍTULO TRES

EL COMBATE EN GENERAL

La lucha es el acto militar central; todas las demás actividades sirven sólo para apoyarla. Por tanto, es preciso examinar más de cerca su naturaleza.

El combate significa lucha. El objeto de la lucha es la destrucción o la derrota del enemigo. En un combate particular, el enemigo es simplemente la fuerza de combate que está enfrente.

Este es el concepto elemental y volveremos sobre él. Pero antes hemos de introducir otras consideraciones.

Si un Estado con sus fuerzas armadas se concibe como una unidad, la guerra tenderá de forma natural a verse en términos de un único y gran combate. En las condiciones primitivas de los pueblos salvajes, esto en general es cierto. Pero nuestras guerras actuales constan de muchos combates, grandes y pequeños, simultáneos y consecutivos, y esta fragmentación de la actividad en tantas acciones separadas es consecuencia de la gran diversidad de situaciones que ahora pueden surgir en las guerras.

Ni siquiera el objetivo último de la guerra contemporánea, el fin político, puede verse siempre como un asunto único. Aun

si lo fuera, la acción está sujeta a tal multitud de condiciones y consideraciones que el objetivo ya no puede lograrse en virtud de un único y tremendo acto de guerra. Por el contrario, debe alcanzarse por medio de un elevado número de acciones más o menos importantes combinadas en un todo. Cada una de estas acciones independientes tiene una finalidad concreta en relación con ese todo.

Ya hemos dicho que el concepto de combate está en la raíz de toda acción estratégica, pues la estrategia es el uso de la fuerza cuyo núcleo, a su vez, es el combate. Por tanto, en el terreno de la estrategia podemos reducir toda la actividad militar al concepto unitario del combate aislado e interesarnos sólo por sus fines. Identificaremos estos fines al examinar las circunstancias que los alumbran en el combate. Baste aquí decir que todo combate, grande o pequeño, tiene su finalidad particular, que está subordinada a la general. Por tanto, la destrucción y el sojuzgamiento del enemigo deben considerarse simplemente como un medio para alcanzar el fin general.

Pero esta conclusión sólo es cierta en un sentido formal y su importancia deriva únicamente de la relación que hay entre todos estos conceptos. Sacamos a colación esta relación sólo para sacarla de contexto.

¿Qué se entiende por derrotar al enemigo? Sencillamente, destruir sus fuerzas mediante la muerte, la lesión o cualquier otro medio, sea por completo, sea en una medida suficiente para obligarle a abandonar la lucha. Al margen de los fines particulares de cualquier combate concreto, la destrucción total o parcial del enemigo debe considerarse el fin único de todos ellos.

Sostengo que en la mayor parte de los casos, y en especial en las grandes acciones, el propósito particular que distingue a la acción y la vincula al conjunto de la guerra es sólo una ligera modificación del propósito general de la guerra o de un propósito secundario relacionado con éste. Es importante otorgar a la acción su carácter particular, aunque éste tiene poco peso en comparación con el general. Si sólo se alcanza el propósito secundario, se habrá cumplido nada más que una parte sin importancia del objetivo. Si estoy en lo cierto, la idea según la cual la destrucción de las fuerzas enemigas es sólo el medio mientras que los fines son muy distintos, es verdadera sólo en un sentido general. Sería llegar a una conclusión equivocada no ser cons-

ciente de que esta misma destrucción de las fuerzas del enemigo forma también parte del propósito final. En sí mismo, éste no es sino una ligera modificación del fin destructivo.

No tener en cuenta este punto condujo a ideas completamente falsas antes de las guerras recientes y dio lugar a modas y sistemas fragmentarios que elevaron la teoría muy por encima de la práctica cotidiana; tanto más cuanto que la teoría daba menos importancia al uso del instrumento genuino: la destrucción de las fuerzas del enemigo.

Por supuesto, no podría haberse concebido un sistema así sin el concurso de otros postulados erróneos y sin sustituir la idea de la destrucción de las fuerzas del enemigo por otras ideas que, erróneamente, se consideraron eficaces. Las mostraré cuando llegue el momento, pero es imposible estudiar el combate sin reafirmar su importancia y su auténtico valor y sin sugerir los errores a los que puede conducir una visión estrictamente formal.

¿Cómo demostrar que normalmente, y en todos los casos importantes, la destrucción de las fuerzas del enemigo debe ser el objetivo principal? ¿Cómo contrarrestar esa refinada teoría que supone que es posible, mediante un método particularmente ingenioso, causar daños directos menores a las fuerzas enemigas que provocarán a su vez grandes destrucciones indirectas? ¿O la que afirma que es posible producir, mediante choques limitados pero aplicados magistralmente, una parálisis de las fuerzas y la voluntad del adversario de magnitud suficiente para alcanzar la victoria rápidamente? Admito que un combate puede ser más valioso que otro. Admito que en toda estrategia hay un orden magistralmente estudiado de la prioridad de los combates; de hecho, en esto es en lo que consiste la estrategia y yo no voy a negarlo. Lo que sí afirmo es que la aniquilación directa de las fuerzas del enemigo ha de ser siempre la *consideración dominante*. Lo único que quiero es asentar la superioridad del principio de la destrucción.

Pero insisto en que el asunto que aquí me preocupa es la estrategia, no la táctica. Por tanto, no discuto los medios tácticos utilizados para destruir la mayor cantidad posible de fuerzas enemigas con el mínimo esfuerzo. Por destrucción directa entiendo victoria táctica. Por tanto, sostengo que sólo las grandes victorias tácticas conducen a las grandes victorias estratégicas; o, como ya he dicho de manera más concreta: las victorias *tácticas* tienen en la guerra una *importancia capital*.

La prueba de lo que afirmo es bastante simple. Se encuentra en el tiempo que consumen las operaciones complejas. La cuestión de si un ataque sencillo será más o menos eficaz que uno complejo se decanta sin duda en favor de la segunda opción si se supone que el enemigo es pasivo. Pero todas las operaciones complicadas llevan tiempo y ese tiempo debe transcurrir sin que ningún contraataque interfiera con el desarrollo del conjunto. Si el enemigo vence en un ataque sencillo, de los que pueden ejecutarse rápidamente, gozará de suficiente ventaja para desbaratar el plan grandioso. Por tanto, al evaluar un ataque complejo, es preciso evaluar todos los riesgos que puedan sobrevenir durante la fase preparatoria. El esquema sólo debe adoptarse si no hay riesgo de que el enemigo pueda aniquilarlo mediante una acción más rápida. Siempre que esto sea posible hay que seguir el camino más corto. Además, es preciso simplificar el plan en la medida que puedan exigir el carácter y la situación del enemigo y cualesquiera otras circunstancias. Si dejamos de lado las débiles impresiones de conceptos abstractos en favor de la realidad, comprobaremos que un enemigo activo, valiente y resuelto no nos deja tiempo para complicados esquemas a largo plazo; y es frente a un enemigo así frente a quien más necesitamos estas aptitudes. Creo que esto demuestra suficientemente la *superioridad* de lo sencillo y directo sobre lo complejo.

Esto no significa que el ataque sencillo sea siempre lo mejor. Significa que nunca se debe sobrepasar el margen de maniobra de que se dispone. La probabilidad de confrontación directa aumenta con la agresividad del enemigo. Por tanto, más vale tratar de superarlo a fuerza de sencillez que intentar derrotarlo con esquemas complicados.

La clave entre estos conceptos opuestos, sencillez y complejidad, se basan en la inteligencia según unos y en el valor según otros. Resulta tentador pensar que la combinación de valor moderador gran inteligencia es más eficaz que la de inteligencia moderada y valor sobresaliente. Pero, salvo que la diferencia entre estas cualidades sea desproporcionada, es absurdo considerar la inteligencia superior al valor en un terreno cuyo nombre es peligro; en un terreno que debe considerarse el ámbito genuino del valor.

Después de este razonamiento abstracto me gustaría añadir que la experiencia, lejos de conducir a otra conclusión, es el

origen mismo de mi convencimiento y está en la raíz de esta línea de pensamiento.

Cuando se estudia la historia con mentalidad abierta se hace inevitable concluir que, de todas las virtudes castrenses, es la *conducción enérgica de la guerra* la que siempre ha contribuido más a la gloria y el triunfo.

Más adelante veremos la forma de aplicar el principio de que la destrucción de las fuerzas del enemigo debe considerarse el objetivo principal, no sólo en la guerra tomada en su conjunto, sino en cada uno de los combates individuales y dentro de todas las distintas condiciones exigidas por las circunstancias aparte de aquéllas de las que ha surgido la guerra. Por el momento me he limitado a establecer su importancia general antes de volver al combate.

CAPÍTULO CUATRO

EL COMBATE EN GENERAL (CONTINUACIÓN)

En el capítulo anterior he afirmado que el fin del combate es la destrucción del enemigo. He tratado de demostrar que esto es así en casi todos los casos y en las grandes acciones, pues la destrucción de las fuerzas del adversario debe ser siempre la consideración dominante en la guerra. En el capítulo siguiente examinaré otros objetivos que pueden añadirse a éste y que en algún grado pueden incluso llegar a dominar. Por el momento no los tendré en cuenta y trataré la destrucción del enemigo como un objetivo perfectamente adecuado en sí mismo para cualquier combate individual.

¿Qué se entiende por «destrucción de las fuerzas del enemigo»? Es una reducción de su fortaleza relativamente más grande que la sufrida por nuestro bando. Las pérdidas iguales en términos absolutos serán menores en términos relativos para el bando que tenga superioridad numérica y por tanto deben considerarse una ventaja para ese bando. Pero, habiendo despojado al combate de todos los demás objetivos, debemos excluir tam-

bién utilizarlo indirectamente para lograr una destrucción mayor de las fuerzas del enemigo. Por tanto, sólo la ventaja directa adquirida en el proceso de destrucción mutua puede identificarse con el propósito. Esta ventaja es absoluta: su valor permanece fijo en el libro de contabilidad de la campaña y al final siempre constituirá una ganancia neta. Cualquier otra clase de victoria sobre el enemigo se basará en otros objetivos, que no discuto aquí, o rendirá una ventaja sólo temporal y relativa. Un ejemplo aclarará esta idea.

Si un despliegue magistral es suficiente para colocar al enemigo en una desventaja tal que le impida continuar luchando sin riesgo y si se retira después de ofrecer alguna resistencia, podemos afirmar que lo hemos derrotado. Pero si hemos perdido un número de hombres proporcionalmente similar al suyo, en el balance final de la campaña no figurará ni rastro de esta llamada victoria. Llevar ventaja a un enemigo, es decir, colocarlo en una posición en la que deba abandonar el combate, no puede considerarse en sí como un objetivo y, por tanto, no puede incluirse en la definición del objetivo. En consecuencia, sólo queda la ventaja directa obtenida en el proceso de destrucción. Esta ventaja no comprende únicamente las bajas causadas durante la acción, sino también las que sufra como consecuencia directa de la retirada.

Es una experiencia conocida que las bajas sufridas por el vencedor en el curso de un combate difieren poco de las experimentadas por el perdedor. En muchos casos no hay ninguna diferencia y ésta es en ocasiones inversa. Las pérdidas verdaderamente incapacitantes, las que el vencido no comparte con el vencedor, sólo empiezan a producirse con la retirada. La caballería atraviesa los restos debilitados de los batallones batidos, los hombres agotados caen junto al camino, las armas y los carros de munición dañados se abandonan y el resto no pueden escapar a tiempo por pésimas carreteras y son capturados por la caballería; pequeños destacamentos se pierden en la noche y caen indefensos en manos del enemigo. La victoria sólo empieza a cobrar peso cuando el resultado está ya decidido. Es una paradoja que resolveré a continuación.

Las bajas físicas no son las únicas pérdidas que sufren los dos bandos durante el encuentro: también la resistencia moral se ve batida, rota y arruinada. Al decidir si se continúa o no el combate no basta considerar la pérdida de hombres, caballos y

armas; también hay que ponderar la pérdida de orden, valor, confianza, cohesión y planificación. El resultado favorable se basa sobre todo en el estado de la moral que, en los casos en que el vencedor ha sufrido tantas pérdidas como el vencido, es siempre el factor decisivo.

Las pérdidas materiales sufridas por cada bando son siempre difíciles de estimar durante el combate, pero no así la pérdida de moral. Hay dos indicadores principales de esta clase de pérdida. Uno es la cesión del terreno en que se ha luchado; el otro es la preponderancia de las reservas del enemigo. Cuanto más deprisa se consumen las propias reservas en relación con las del adversario, más difícil resulta mantener el equilibrio. Sólo esto es prueba palpable de la superioridad moral del enemigo y raramente deja de provocar cierta amargura en el general, cierta pérdida de respeto por las fuerzas que tiene a su mando. Pero lo más importante es que los soldados, después de cierto tiempo de lucha, son algo así como cenizas quemadas. Han disparado su munición, su número ha disminuido, su resistencia y su moral se han agotado y posiblemente también se ha evaporado su valor. En cuanto organismo, más allá de las pérdidas numéricas, están lejos de ser lo que eran antes de la acción; por tanto, la cantidad de reservas gastadas es una medida exacta de la pérdida de moral.

Como norma, la pérdida de terreno y la falta de reservas intactas son los dos principales motivos para iniciar la retirada. Pero puede haber otros que no quiero excluir ni minimizar, pues tienen que ver con la interdependencia de las partes o con el plan general.

Todo combate es una prueba sangrienta y destructiva de la fortaleza física y moral. El vencedor es el que al final sume la mayor cantidad de las dos.

En el combate, la pérdida de moral ha demostrado ser el principal factor decisivo. Una vez decidido el resultado, las pérdidas siguen aumentando y no alcanzan el punto álgido hasta el final de la acción. Este es el medio de lograr el margen de ventaja en la destrucción de las fuerzas materiales del enemigo, que es el verdadero objeto del combate. La pérdida de orden y cohesión suele volverse en contra de las unidades individuales que ofrecen resistencia. El espíritu del conjunto se ha roto; nada queda de la obsesión inicial con el triunfo o el desastre que hace a los hombres olvidar todos los riesgos; para casi todos ellos el riesgo ya no es un reto a su valor, sino un duro castigo. La he-

rramienta se ha debilitado y embotado como consecuencia del primer impacto de la victoria del adversario y ya no es adecuada para oponer el peligro al peligro.

Es el momento que el vencedor debe aprovechar para consolidar su ventaja mediante la destrucción material, la única ventaja que será siempre suya. El enemigo recuperará poco a poco la moral, el orden será restaurado, el valor volverá y, en la mayor parte de los casos, sólo quedará una pequeña parte de la superioridad tan duramente ganada, si es que queda algo. En ciertos casos, forzoso es reconocer que raros, la sed de venganza y un renacer de la animosidad pueden provocar incluso el efecto contrario. Pero las ventajas adquiridas causando bajas en forma de muertos, heridos, prisioneros y material capturado jamás desaparecen del libro de contabilidad.

Durante la batalla, casi todas las pérdidas se sufren en forma de muertos y heridos; después de la batalla aumentan las armas capturadas y los prisioneros. Las primeras afectan más o menos por igual al vencedor y al perdedor, pero no así las segundas. Por ello normalmente afectan sólo a uno de los bandos, al menos sólo de manera sustancial.

Esta es la razón de que las armas y los prisioneros se hayan considerado siempre los verdaderos trofeos de la victoria; también son su medida, pues constituyen prueba tangible de su magnitud. Revelan el grado de superioridad moral mejor que ninguna otra prueba, incluso cuando se comparan con las cifras de bajas. Y por esta vía, el factor moral se deja sentir de otra forma más.

Ya he señalado que la moral destruida durante el combate y sus inmediatas consecuencias se recupera poco a poco, con frecuencia sin dejar rastro de su pérdida. Esto es cierto para las partes mínimas del conjunto y también afecta a las fracciones mayores; el efecto puede extenderse incluso a todo un ejército. Pero raramente o nunca puede ser cierto para el Estado y el Gobierno a los que sirve el ejército. A ese nivel las cosas se ven más objetivamente y desde una perspectiva superior. La magnitud de la debilidad y la incapacidad propias sólo se reflejan con claridad en la cantidad de trofeos capturados por el enemigo y en la proporción de bajas sufridas.

En conjunto, la pérdida del equilibrio moral no debe subestimarse sólo porque no tenga un valor absoluto y no siempre aparezca en el balance final. Puede adquirir proporciones tan

enormes que se imponga a todo lo demás con fuerza irresistible. Por ello puede convertirse en sí misma en objetivo prioritario de la acción, como veremos en otro lugar. Por el momento, aún hemos de considerar algunos otros rasgos básicos.

El efecto psicológico de una victoria crece, no en proporción directa a la magnitud de las fuerzas militares que intervienen, sino en proporción geométrica. La razón es que el crecimiento no es sólo de tamaño, sino también de intensidad. En una división derrotada, el orden se restaura fácilmente. Así como el calor del cuerpo restaura la circulación en el miembro aterido por el frío, el espíritu de una división es rápidamente reavivado por el espíritu del ejército cuando ambos se unen de nuevo. Por eso, aunque las consecuencias de una victoria menor no desaparecen del todo, sí se pierden en parte ante el enemigo. Pero esto no es así cuando es el propio ejército el que ha sufrido una derrota desastrosa; en este caso, todo se hunde. Un gran incendio desprende mucho más calor que varios pequeños.

Otro factor que es preciso considerar al determinar el valor psicológico de la victoria es la relación entre las fuerzas enfrentadas. Si una fuerza pequeña vence a una mayor no sólo duplica sus ganancias, sino que además exhibe un mayor margen de superioridad general al que el perdedor sabe que deberá enfrentarse una y otra vez. Pero este efecto es *apenas apreciable* en un caso así. En el momento de la batalla, la información sobre la fortaleza del enemigo suele ser incierta y poco realista la estimación de la propia. La parte más fuerte se niega a admitir ninguna desproporción o, cuando menos, la infravalora; queda así protegido en buena medida frente a la desventaja a que esto daría lugar en términos de moral. Los hechos reales, ocultos por la ignorancia, la vanidad y hasta la prudencia premeditada, no se impondrán hasta mucho más tarde, cuando se escriba la historia. Y entonces la historia probablemente glorificará al ejército y a sus generales, aunque su contribución a la moral no será de ninguna utilidad en una situación ya pasada.

Si las armas y los prisioneros capturados son los objetos que mejor encarnan la victoria, su verdadera cristalización, probablemente el combate se planeará con el fin de obtenerlos. Desde este punto de vista, la destrucción del enemigo matándolo e hiiriéndolo es sólo un medio.

La influencia que esta opción ejerce sobre el despliegue táctico no es asunto de estrategia. Pero sí afecta al combate cuando

se quiere amenazar la retaguardia enemiga y proteger la propia. El número de prisioneros y armas capturados depende sobre todo de esto y las medidas tácticas no bastan por sí solas cuando las circunstancias estratégicas son desfavorables.

El riesgo de tener que luchar en dos frentes y el todavía mayor de ver cortada la propia retirada tiende a paralizar el movimiento y la capacidad de resistencia y afectan de este modo al equilibrio entre victoria y derrota. Es más, en caso de derrota eleva las pérdidas y puede llevarlas hasta el límite, hasta la aniquilación. Por tanto, amenazar la retaguardia puede hacer la derrota *más probable y más decisiva*.

De aquí brota una determinación instintiva en la conducción de la guerra y particularmente en los combates, grandes y pequeños, que lleva a proteger la propia retaguardia y a controlar la del enemigo. Este instinto deriva de la misma idea de la victoria que, como ya he mostrado, es más que la simple destrucción.

Esta determinación constituye un *propósito inmediato* de la batalla que tiene además validez universal. Es inconcebible un combate en el que no acompañe, en cualquiera de sus dos modalidades, a la aplicación estricta de la fuerza. Ni la menor de las unidades atacaría al enemigo sin pensar en la propia línea de retirada ni, normalmente, sin buscar al mismo tiempo la de aquél.

Nos llevaría demasiado lejos estudiar cuán fácilmente puede una situación compleja desviar este instinto de su curso natural, con cuánta frecuencia debe rendirse ante consideraciones de más peso. Me contentaré con declarar que se trata de una ley general de la naturaleza del combate. Su validez debe considerarse universal; la presión natural que ejerce es ubicua y, por tanto, se transforma en el propósito en torno al cual giran casi todas las iniciativas tácticas y estratégicas.

Si, para concluir, se considera el concepto total de victoria, se observa que consta de tres elementos:

1. La mayor pérdida de fuerzas materiales por parte del enemigo.
2. Su pérdida de moral.
3. El reconocimiento franco por su parte de todo lo anterior que le lleva a renunciar a sus intenciones.

Los informes de bajas de uno y otro bando nunca son exactos, raramente son veraces y en la mayor parte de los casos se falsean deliberadamente. Ni siquiera el número de trofeos suele ser de fiar; por tanto, cuando no es considerable, la victoria puede resultar dudosa. Además de los trofeos, no hay ninguna medida precisa de la pérdida de moral; por tanto, en muchos casos, el abandono de la lucha sigue siendo la única prueba auténtica de victoria. Al bajar la bandera se reconoce que se ha fallado y que el poder y la razón están en el bando contrario. Esta vergüenza y esta humillación, que deben distinguirse de todas las demás consecuencias psicológicas de la transformación del equilibrio, es un elemento esencial de la victoria, el único que impresiona a la opinión pública fuera del ejército, el único que impresiona al pueblo y a los Gobiernos de las dos partes beligerantes y de sus aliados. Por supuesto, renunciar a las propias intenciones no es lo mismo que abandonar el campo de batalla, ni siquiera después de una lucha larga y obstinada. Una avanzadilla puede retirarse después de ofrecer una resistencia obstinada sin ser acusada de incumplimiento del deber. Abandonar el campo de batalla no equivale a renunciar al objetivo ni siquiera en combates pensados para destruir al enemigo, como ocurre en las retiradas planeadas en las que se disputa cada centímetro de terreno. Volveremos sobre esto más adelante, al tratar los propósitos particulares del combate. Por el momento sólo me interesa llamar la atención hacia el hecho de que en la mayor parte de los casos es difícil diferenciar entre renuncia a las intenciones y abandono del campo de batalla; la impresión que causa la primera, tanto en los círculos militares como en los civiles, no debe infravalorarse.

Para generales y ejércitos sin una reputación bien asentada, éste es un aspecto difícil en operaciones por lo demás bien fundadas. Una serie de combates que terminan en retiradas puede percibirse como una sucesión de reveses. Esta interpretación puede ser totalmente falsa, pero también puede causar muy mala impresión. Un general en retirada no puede neutralizar este efecto sobre la moral declarando sus verdaderas intenciones, pues ello supondría desvelar todo su plan de acción, lo que va en contra de sus intereses.

Para demostrar la importancia excepcional de este concepto de victoria recordaré la batalla de Soor, en la que los trofeos capturados fueron insignificantes (algunos millares de prisio-

ros y una veintena de armas). Federico el Grande proclamó su victoria permaneciendo en el campo de batalla cinco días más, pese a que la retirada hacia Silesia estaba ya decidida y además la exigía la situación general. Como él mismo declaró, contó con el impacto psicológico de la victoria para acercarse a la paz. Aunque hicieron falta unas pocas victorias más (como el encuentro de Katholisch Henndorf en Lusacia o la batalla de Kesselsdorf) para consolidar la paz, no puede negarse el efecto moral de la batalla de Soor.

Si una victoria ha golpeado ante todo la confianza en sí mismo del adversario y, por tanto, ha elevado la cantidad de trofeos en un grado inusual, el combate perdido se transforma en derrota de una magnitud no provocada por cualquier victoria. Como en este tipo de desastre la moral del vencido se resiente en un grado muy superior, el resultado es frecuentemente la completa incapacidad de resistencia; en estas condiciones la única acción es la evasión, es decir, la huida.

Alcanzaron esta magnitud las derrotas de Jena y la Belle-Alliance¹, pero no la de Borodino.

Como la diferencia es simple cuestión de grado, sería una pedantería trazar una línea arbitraria. Pero para establecer una distinción clara entre ideas teóricas es esencial mantener ciertos conceptos bien enfocados. Es una insuficiencia de nuestro vocabulario que no tengamos una palabra *única* para designar la victoria que corresponde a una derrota importante o, en el caso de un éxito de menor alcance, otra que indique el correspondiente grado de derrota.

CAPÍTULO ONCE

LA BATALLA (CONTINUACIÓN): EMPLEO DE LA BATALLA

Con independencia del modo en que se dirija una guerra determinada y de los aspectos de esta dirección que luego se consideren esenciales, el mismo concepto de guerra permite hacer las siguientes afirmaciones inequívocas:

1. Destruir las fuerzas enemigas es el principio supremo de la guerra y, en lo que toca a la acción positiva, este es el principal medio de alcanzar el objetivo.
2. Normalmente, esta destrucción de fuerzas sólo puede lograrse luchando.
3. Sólo los grandes combates en los que intervienen todas las fuerzas dan lugar a grandes victorias.
4. Las mayores victorias se obtienen cuando todos los combates se funden en una gran batalla.
5. Sólo en una gran batalla controla las operaciones personalmente el comandante supremo; es lógico que prefiera encargarse por sí mismo de la dirección de la batalla.

¹ Waterloo. [N. de los eds.]

Estos hechos dictan una ley dual cuyos principios se apoyan mutuamente: la destrucción de las fuerzas enemigas se logra normalmente por medio de grandes batallas y sus resultados; y el objetivo primordial de las grandes batallas ha de ser la destrucción de las fuerzas enemigas.

Sin duda, el principio de la destrucción también está presente en mayor o menor grado en otras clases de acción. Sin duda, hay casos de combates menores (como Maxen) en los cuales una serie de circunstancias favorables han determinado la destrucción de una cantidad desproporcionada de fuerzas enemigas. Y, por otra parte, la captura o la defensa de una única posición puede ser tan decisiva como dominar una gran batalla. Pero, en general, es cierto que las grandes batallas se libran únicamente para destruir las fuerzas del enemigo y que la destrucción de estas fuerzas sólo puede lograrse por medio de grandes batallas.

Por tanto, la gran batalla puede considerarse como una guerra concentrada, como el centro de gravedad de todo el conflicto o campaña. Así como el punto focal de un espejo cóncavo hace que los rayos solares converjan en una imagen perfecta y calienten con la máxima intensidad, todas las fuerzas y circunstancias de la guerra se unen y comprimen en una gran batalla para alcanzar la eficacia máxima.

La concentración de fuerzas en un conjunto único, que se produce en mayor o menor grado en todas las campañas, indica la intención de los beligerantes de utilizar esta masa para asestar un gran golpe, sea por iniciativa propia (como atacante) o por instigación del otro bando (como defensor). Si no se desarrolla una acción importante será porque han intervenido factores externos que han modificado y restringido la animosidad inicial y han debilitado, alterado o interrumpido cualquier movimiento. Incluso en condiciones generales de inactividad, tan característica de muchas guerras, la posibilidad de una batalla siempre se mantiene en el punto focal para los dos bandos, un objetivo remoto hacia el que pueden dirigir sus líneas de acción. Cuanto mayor sea el empeño con que se libra una guerra, tanto más cargada de odio y animosidad estará, con tanto mayor ahínco tratarán los dos bandos de dominarla, tanto mayor será la probabilidad de que todas las acciones se transformen en luchas encarnizadas y mucho mayor la importancia atribuida a las grandes batallas.

Siempre que haya un objetivo importante y positivo que afecte gravemente al enemigo, una gran batalla no es sólo el medio más natural de alcanzarlo, sino también el mejor, como demostraré con detalle más adelante. Como norma, acobardarse ante una decisión importante evadiendo una batalla de esta clase lleva consigo su castigo.

El atacante es el animado por un propósito positivo y por tanto es probable que contemple la gran batalla como su medio de acción favorito. Sin pretender en este momento definir con detalle los conceptos de ataque y defensa, he de añadir que, incluso para el defensor, una batalla es el único medio eficaz de hacerse cargo de la situación y resolver el problema.

La batalla es la solución más sangrienta. Aunque no debe considerarse un asesinato mutuo (el efecto que produce, como veremos en el próximo capítulo, es más la destrucción del ánimo del enemigo que la de sus hombres) siempre es cierto que la naturaleza de la batalla, como su nombre, es el sacrificio (*Schlacht*) y su precio es la sangre. Como ser humano, el general tenderá a rehuirla.

Pero el espíritu humano se arredra todavía más ante la idea de una solución que depende de un solo golpe. Toda la acción queda comprimida en *un único punto* temporal y espacial. En estas circunstancias, cualquier hombre puede sentir confusamente que no puede desarrollar y aplicar sus fuerzas en tan poco tiempo y que ganaría mucho si dispusiera de más tiempo, incluso si no hay motivo para suponer que el tiempo obraría en su favor. Todo esto es pura ilusión, pero no por ello debe menospreciarse. La misma flaqueza que asalta a cualquiera que deba adoptar una decisión importante puede afectar todavía con mayor intensidad al mando militar llamado a decidir de un solo golpe un asunto de consecuencias tan trascendentales.

Por eso los Gobiernos y los mandos militares siempre han tratado de buscar la forma de evitar las batallas decisivas y de alcanzar sus objetivos por otros medios o de renunciar a ellos discretamente. Al describir estos conflictos y campañas, los historiadores y teóricos han hecho enormes esfuerzos para señalar que esos otros medios no sólo sirven a los fines perseguidos tan bien como una batalla que nunca se libró, sino que en realidad revelan una maestría superior. Esta línea de pensamiento nos ha conducido casi hasta el extremo de considerar, en la economía de la guerra, que una batalla es una especie de mal provocado

por error; una manifestación patológica a la que una guerra ortodoxa y correctamente dirigida no debería recurrir jamás. Los laureles tendrían que reservarse para los generales que saben dirigir guerras sin derramamiento de sangre y enseñar a guerrear de esta forma debería ser el objeto de la teoría de la guerra.

La historia reciente ha barrido estas insensateces. Pero no se puede tener la seguridad de que no vuelvan a manifestarse en uno u otro lugar y durante mayor o menor tiempo, y a arrastrar a los responsables a cometer errores que, como alimentan la flaqueza, alimentan la naturaleza humana. Es muy posible que en el futuro las campañas y batallas napoleónicas se consideren actos de brutalidad y hasta puros disparates y se alaben la vieja espada de ceremonias y las maneras e instituciones anticuadas y momificadas que la acompañaban. Si el teórico es capaz de señalar los peligros de esta actitud, habrá proporcionado un servicio esencial a quienes quieran escuchar. Espero poder prestar este servicio a aquellos que ocupan posiciones de influencia en mi amado país y servirles de guía y convencerlos para que sometan estas cuestiones a estudio profundo.

Mi convicción de que sólo una gran batalla puede provocar un resultado importante no se fundamenta sólo en un concepto abstracto de la guerra, sino también en la experiencia. Desde el principio de los tiempos, sólo las grandes victorias han allanado el camino a los grandes resultados; sin duda para el lado que ataca y en cierta medida también para el que se defiende. La rendición de Ulm es un acontecimiento único que no se le habría ocurrido ni siquiera a Bonaparte si éste no hubiera estado dispuesto a derramar sangre. En realidad, debe considerarse como la consecuencia de las victorias obtenidas en campañas anteriores. Todos los generales afortunados, y no sólo los más firmes, osados y obstinados, han tratado de coronar sus hazañas arriesgándolo todo en batallas decisivas. Su respuesta a esta cuestión trascendental debe ser suficiente para nosotros.

No me interesan los generales que obtienen victorias sin derramamiento de sangre. El hecho de que esas carnicerías sean un espectáculo atroz debe impulsarnos a tomarnos la guerra más en serio, pero no puede servir de excusa para embotar nuestras espadas en nombre de la humanidad. Antes o después vendrá alguien con una espada bien afilada y se apoderará de nuestras armas.

Considero una gran batalla como un factor decisivo en el desenlace de una guerra o una campaña, pero no necesariamente como el único. Las campañas cuyo desenlace ha quedado determinado por una sola batalla sólo son comunes en tiempos recientes y los casos en los que han bastado para sentenciar una guerra completa son excepciones muy raras.

Como es lógico, el resultado que se desprende de una gran batalla no depende exclusivamente de la batalla en sí, es decir, de la escala de las fuerzas que han intervenido o de la magnitud de la victoria. También depende de muchos otros factores que afectan al potencial de guerra de cada bando y a los Estados beligerantes. Pero al comprometer la mayor parte de sus efectivos en este gigantesco duelo, ambos bandos inician una solución de gran calado. En algunos aspectos es posible predecir su alcance, pero no en todos. Puede no ser la única solución, pero sí es la *primera* y como tal afectará a todas las que sigan. Por tanto, el objeto de una gran batalla es actuar (más o menos según las circunstancias, pero siempre en alguna medida) como centro de gravedad provisional de toda la campaña. El general que afronta cada batalla con verdadero espíritu militar, con la fe, el sentimiento y la convicción de que debe derrotar a su enemigo y lo derrotará, probablemente intentará inclinar la balanza a su favor ya en la primera batalla empleando todos sus efectivos con la esperanza y la decisión de ganarlo todo. Me pregunto si Bonaparte salió al campo alguna vez en alguna de sus campañas sin la idea de aplastar al enemigo ya en el primer contacto. El mismo espíritu animaba a Federico el Grande, en circunstancias más limitadas y con menos capacidad de maniobra, en todas las ocasiones en que, al frente de sus reducidas fuerzas, intentó vencer a Rusia o a los ejércitos del Imperio.

Lo repito de nuevo: el resultado que se desprende de la batalla depende en parte de la batalla en sí, de su escala y del tamaño de las fuerzas que intervienen, y en parte de la magnitud del éxito.

Lo que un general puede hacer para realzar la trascendencia de la batalla es bastante obvio; sólo quiero señalar que, a medida que aumenta la magnitud de la batalla, se multiplica el número de circunstancias accesorias que también son decididas por ella. Por tanto, los mandos con suficiente confianza en sí mismos como para buscar grandes soluciones siempre han sabido desplegar el grueso de sus fuerzas en una gran batalla sin descuidar gravemente otras áreas.

El éxito o, más exactamente, la magnitud de la victoria depende ante todo de cuatro factores:

1. La disposición táctica que rige la batalla.
2. El terreno.
3. La composición de las fuerzas.
4. La fuerza relativa de los ejércitos adversarios.

Una batalla con frentes paralelos y sin acción envolvente no tiene tantas probabilidades de aportar grandes resultados como otra en la que el ejército adversario se ha visto obligado a girar o a modificar su frente en mayor o menor grado. En terreno agreste o accidentado el impacto se debilita y, por tanto, los resultados serán también inferiores.

Si la caballería del perdedor es igual o superior a la del vencedor, se perderá el efecto de la persecución y con ello algunos resultados importantes para la victoria.

Por último, es evidente que el efecto de una victoria será mayor cuando el vencedor sea numéricamente superior y haya utilizado esa superioridad para envolver el flanco del enemigo o para obligarle a cambiar su frente, que cuando el vencedor sea el más débil. Es cierto que la batalla de Leuthen hace dudar de la validez de este principio, pero creo que por una vez puedo utilizar una expresión que normalmente procuro evitar: *la excepción confirma la regla*.

Un general puede utilizar todos estos medios para convertir una batalla en decisiva. Por supuesto, debe correr riesgos, pero todos sus actos están sujetos a esta ley dinámica del mundo moral.

Por tanto, en la guerra no hay ningún factor que rivalice en importancia con la batalla y se emplearán las mejores dotes estratégicas en crear las condiciones adecuadas escogiendo el lugar, el momento y la línea de vanguardia idóneos y sacando el máximo partido a los resultados obtenidos.

Que estas cosas sean importantes no significa que sean complejas y oscuras. Todo lo contrario: todo es muy sencillo y exige capacidades de planificación sólo moderadas. Donde hay que destacar es en la capacidad de juzgar rápidamente una situación y en las virtudes del vigor, la tenacidad y el espíritu joven y emprendedor, todas ellas cualidades heroicas a las que volveré a referirme. Por supuesto, no son virtudes que puedan adquirirse

leyendo libros. Suponiendo que puedan enseñarse, el general deberá recibir la instrucción de fuentes distintas de la letra impresa.

La inclinación a librar grandes batallas, el movimiento instintivo que arrastra hacia este fin sin impedimentos, debe brotar del sentido de la propia fuerza y de la convicción absoluta de su necesidad. En otras palabras: del valor innato y de la perspicacia, agudizados por la experiencia de la responsabilidad.

Los buenos ejemplos son los mejores maestros, pero nunca hay que permitir que se interponga una nube de ideas preconcebidas, porque las nubes refractan y difuminan incluso los rayos del sol. La tarea más urgente del teórico es disipar estos prejuicios que en ocasiones se forman y se infiltran como effluvios perjudiciales. Los errores que crea la inteligencia también puede deshacerlos la inteligencia.

CAPÍTULO DOCE

MEDIOS ESTRATÉGICOS DE EXPLOTACIÓN DEL ÉXITO

Los preparativos que conducen a la victoria constituyen una tarea extraordinariamente difícil por la que el estratega no recibe casi nunca el reconocimiento debido. Su momento de gloria y alabanza llega cuando explota el éxito obtenido.

Se plantean varias preguntas a las que es preciso responder: cuál es la verdadera finalidad de la batalla, cómo encaja en el plan general de la guerra, en qué medida permiten las condiciones que la victoria siga su curso y en qué momento alcanza su culminación. Entre tanto, lo que es cierto en todas las circunstancias imaginables es que ninguna victoria se hace efectiva sin persecución; y que por breve que sea esta explotación, ha de ir siempre más allá que la mera persecución inmediata. Para no tener que repetir este hecho una y otra vez, dedicaré ahora un momento a estudiarlo.

La persecución de un enemigo batido empieza en el momento en que éste renuncia a la lucha y abandona sus posiciones. Movimientos previos a esta situación no tienen nada que ver

con esto y forma parte del desarrollo de la batalla. En este trance la victoria, aunque segura, suele ser todavía limitada en cuanto a su magnitud. Pocas ventajas positivas se obtendrían en condiciones normales si la victoria no se consumase desde el primer momento mediante la persecución. Por lo general, es en este momento cuando se capturan los trofeos que materializan la victoria. Empezaré por tratar esta fase.

Normalmente los dos bandos están ya físicamente cansados cuando van a la batalla, pues los movimientos que preceden inmediatamente a cualquier encuentro suelen ser extenuantes. Una prolongada contienda en el campo de batalla exige una actividad que acaba por completar el agotamiento. Además, el bando vencedor se encuentra casi en el mismo estado de desorden y confusión que el vencido y, por tanto, se ve obligado a detenerse para restaurar el orden, reagrupar a los hombres dispersos y distribuir munición. En el vencedor, estas condiciones crean la fase crítica que ya he mencionado. Si las tropas derrotadas constituyen sólo una parte menor de las fuerzas enemigas y hay otras en marcha o tienen medios para solicitar refuerzos poderosos, el vencedor corre el riesgo de perder en un momento todo lo ganado. Esta consideración limitará la persecución o, al menos, la mantendrá dentro de límites muy estrechos. Pero incluso si no hay riesgo de que el enemigo reciba refuerzos, las circunstancias descritas contrarrestarán el margen de persecución de que dispone el vencedor. Aunque la victoria propiamente dicha no está en peligro, pueden ocurrir reveses que reduzcan la ventaja. También en este momento está la libertad de acción del general fuertemente lastrada por todo el peso de las necesidades y debilidades humanas. Todos y cada uno de los miles de hombres puestos bajo su mando necesitan comer y descansar y nada desean tanto como unas pocas horas sin peligros ni fatigas. Muy pocos y excepcionales hombres son capaces de ir más allá del momento presente. Sólo estos pocos, que han terminado las tareas más urgentes, disponen de energía mental suficiente para pensar en obtener más ganancia, que en ese momento parecerán florituras inútiles, incluso extravagancias. Pero es la voz de los otros millares la que se escucha en el consejo del general, analizada por oficiales superiores que tratan de que el general sienta compasión por las necesidades humanas. Las propias energías de éste se han agotado por el ejercicio físico y mental, de modo que, por razones exclusivamente humanas, se logra menos de lo que se podría. Lo que se logra se

debe a la *ambición*, a la *energía* y probablemente a la *insensibilidad* del comandante supremo; sólo así se puede explicar la cordedad con que tantos generales explotan un éxito que les hubiera dado el dominio absoluto. La «persecución inmediata» después de la victoria es una expresión que normalmente sólo aplicaré a la persecución practicada el mismo día, demorada como máximo hasta la noche siguiente. Más allá de este punto, la necesidad de descanso del perseguidor terminará por imponer un alto.

Hay varios grados de persecución inmediata, según su naturaleza.

La primera es la persecución sólo por la caballería. Normalmente, el objeto de esta operación es más que mantener al enemigo bajo observación y en estado de alarma que aplicar una verdadera presión, pues se ve perturbada por los más ligeros obstáculos naturales. La caballería puede ser eficaz contra unidades aisladas de tropas desmoralizadas y debilitadas pero, enfrentada a la fuerza principal del enemigo, sólo puede actuar como arma auxiliar. Las reservas no utilizadas del enemigo pueden cubrir su retirada y, ante el primer obstáculo natural de cierta entidad, unirán todas sus armas y opondrán una resistencia eficaz. La única excepción es un ejército que huye en desbandada y está a punto de la total disolución.

El segundo grado de persecución lo ejecuta una vanguardia fuerte de todas las Armas, incluido, por supuesto, el grueso de la caballería. Este tipo de persecución presiona al enemigo hasta que llega a un lugar en el que su retaguardia puede hacerse fuerte o hasta que el ejército logra ocupar una posición nueva. Como no es probable que se presente a corto plazo ninguna de las dos circunstancias, la persecución suele llegar más lejos que en el caso anterior. En cualquier caso, raramente se prolonga durante más de algunas horas, pues de otro modo la vanguardia pierde contacto con el grueso.

En el tercer y más elevado grado de persecución, se mantiene avanzando a todo el ejército victorioso mientras tenga energías para ello. En este caso, la sola amenaza de un ataque o de envolvimiento de un flanco obligará al ejército vencido a abandonar casi todas las posiciones que permita el terreno. Además, su retaguardia será probablemente muy pequeña como para comprometerse en duras acciones de contención.

En los tres casos la caída de la noche interrumpe las operaciones, incluso en los casos en que éstas no se dan por termina-

das. Las raras excepciones en las que la persecución se prolonga durante toda la noche deben considerarse como situaciones inusualmente extremas.

Si se tiene en cuenta que por la noche casi todas las cosas se confían al azar y que al final de la lucha la formación regular y la rutina se han desvanecido, es fácil comprender que los dos generales se resistan a la idea de continuar las operaciones en la oscuridad. Salvo que la victoria esté garantizada por el completo desorden del vencido o por las excepcionales virtudes militares del vencedor, todo se fiará en buena medida al destino y ningún general, ni siquiera el más audaz, encontrará esto de su gusto. Por tanto, como norma, la noche pone fin a la persecución, incluso si la decisión se ha adoptado poco antes de que oscurezca. La noche permite al perdedor descansar y reorganizarse o iniciar una retirada rápida al amparo de la oscuridad.

Después de esta pausa, el perdedor verá que su situación ha mejorado sustancialmente. Buena parte de la confusión se ha resuelto, hay munición nueva y las fuerzas se han reorganizado. Todo nuevo choque con el vencedor será más un nuevo combate que una prolongación del anterior; y aunque esto no garantiza el éxito absoluto, ni mucho menos, sí es un nuevo comienzo y no una mera operación de limpieza por parte del vencedor.

Por tanto, si el vencedor logra mantener la persecución durante toda la noche, aunque sólo sea con una fuerte vanguardia de todas las Armas, las consecuencias de la victoria serán muy superiores. Las batallas de Leuthen y Waterloo son buenos ejemplos.

Este tipo de operación es básicamente táctica y la menciono sólo para que el lector se forme una idea mental de la medida en que puede modificar los efectos de una victoria.

La persecución inmediata hasta el primer alto es prerrogativa del vencedor y apenas tiene relación alguna con sus planes y su situación. Éstos pueden mermar considerablemente el éxito de una victoria importante, pero no evitar su explotación inmediata. Incluso si pudiese concebirse una situación así, sería tan rara que apenas influiría en las consideraciones teóricas.

Este es uno de los aspectos en los que la experiencia militar reciente ha descubierto una nueva fuente de energía. En las guerras antiguas, de alcance más limitado, se aceptaban convencionalismos que limitaban innecesariamente muchos aspectos de las operaciones y éste en particular. *Una sola idea, el honor de*

la victoria era todo lo que necesitaba el general. La destrucción material de las fuerzas enemigas era para ellos uno de los muchos medios de la guerra, pero no el principal, y mucho menos el único. Se daban demasiada prisa en envainar la espada en cuanto el enemigo bajaba la suya. Una vez alcanzado un resultado favorable la lucha se interrumpía; continuar el derramamiento de sangre se consideraba una brutalidad innecesaria.

Esta filosofía falsa no era la única base para terminar un combate, pero sí expresaba una actitud que siempre encontraba una respuesta favorable y que atribuía mucho peso al razonamiento del agotamiento general y de la imposibilidad física de continuar la batalla. Es lógico ahorrar esfuerzos a las propias tropas cuando no se dispone de otras, sobre todo si se espera que las tareas futuras pronto alcanzarán una magnitud superior a su capacidad, como suele ocurrir cuando se mantiene una ofensiva. Pero esta clase de razonamiento es incorrecta, pues es obvio que las pérdidas derivadas de la continuación de la persecución serán muy inferiores a las que sufrirá el enemigo. Ese punto de vista sólo pudo surgir cuando las fuerzas armadas no se consideraban el factor vital. Por tanto, en las guerras antiguas se consideraba que sólo los grandes héroes como Carlos XII, Marlborough, el príncipe Eugenio, Federico el Grande, podían engrandecer una victoria ya decisiva mediante la persecución enérgica. Los generales solían contentarse con mantener sus posiciones en el campo. La guerra moderna, que se libra con más vigor como respuesta a la mayor amplitud de las circunstancias, ha roto esas ataduras convencionales y ahora la persecución es uno de los mayores intereses del vencedor, lo que ha conducido al aumento considerable del número de trofeos. Aunque hay ejemplos de batallas recientes en las que esto no ha ocurrido, se trata de excepciones en las que siempre concurren factores poco comunes.

En las batallas de Gross-Górschen y Bautzen se evitó la desbandada sólo gracias a la superioridad de la caballería aliada; en Grossbeeren y Dennewitz la evitó el resentimiento del príncipe heredero de Suecia; y en Laon, la edad y la mala salud de Blücher.

Borodino es también un ejemplo destacado que no puedo por menos de comentar, en parte porque no creo que la cuestión se resuelva sólo culpando a Bonaparte y en parte porque parece que este caso, junto con un número considerable de otros pare-

cidos, puede colocarse en esa categoría de lo extremadamente raro, pues desde el principio de la batalla el general se vio atado de pies y manos por la situación general.

Bonaparte ha sido severamente censurado, en particular por los historiadores franceses y por algunos grandes admiradores suyos (Vaudoncourt, Chambray, Ségur), por no haber expulsado del campo al ejército ruso o por no haber empleado sus últimas fuerzas en aplastarlo. Argumentan que lo que sólo fue una batalla perdida pudo haber sido una desbandada completa. Dar un cuadro completo de la situación relativa de ambos ejércitos sería ir demasiado lejos, pero hay una cosa clara: que cuando Bonaparte cruzó el Niemen tenía 300.000 hombres en las unidades que participarían en la batalla de Borodino y que ahora sólo le quedaban 120.000; probablemente se preguntó si serían suficientes para marchar sobre Moscú, que parecía la clave de todo. La victoria que acababa de obtener le hizo considerar con confianza la toma de la capital; parecía muy poco probable que los rusos pudieran librar otra batalla en el curso de una semana y era en Moscú donde pensaba firmar la paz. Es cierto que podría haber firmado la paz en mejores condiciones destruyendo por completo al ejército ruso, pero su prioridad absoluta era llegar a Moscú con una fuerza suficiente para imponer su voluntad en la capital y, por tanto, en el Gobierno del imperio ruso.

Las cosas ocurrieron de manera que la fuerza que llegó a Moscú era insuficiente para esa tarea. Pero habría sido más insuficiente todavía si en su intento por aplastar al ejército ruso, Napoleón hubiera destruido también el suyo. Era muy consciente de este hecho y en mi opinión su postura estaba plenamente justificada. Pese a todo, no se trata de uno de esos casos en los que la situación general obliga al alto mando a resistirse a completar la victoria mediante una persecución inmediata. En realidad, la idea de la persecución ni se planteó. La batalla se decidió hacia las cuatro de la tarde, pero los rusos conservaron la mayor parte del campo de batalla y no mostraron intención de retirarse. Y no sólo eso: hubieran recibido un nuevo ataque con una resistencia obstinada y, aunque esto habría sido para ellos catastrófico, también habría causado muchas pérdidas en el campo francés. La batalla de Borodino, como la de Bautzen, fue una de las muchas que *no llegaron a librarse hasta el final*. En Bautzen, el bando derrotado decidió abandonar enseguida el campo; en Borodino el vencedor se contentó con una victoria

sólo parcial, no por considerar que la cuestión estaba todavía dudosa, sino porque la victoria completa le hubiera costado más de lo que podía pagar.

Volviendo a nuestro asunto, las observaciones sobre la persecución inmediata llevan a la siguiente conclusión: la importancia de la victoria está determinada principalmente por el vigor con que se lleve a cabo la persecución inmediata. En otras palabras, la persecución es como el segundo acto de la victoria y en muchos casos es más importante que el primero. En este punto la estrategia se acerca a la táctica para recibir de ésta el trabajo terminado; y su primer ejercicio de autoridad consiste en exigir que la victoria esté realmente terminada.

Pero las repercusiones de una victoria raramente terminan al final de la primera persecución; ésta no es sino el principio de la sucesión de acontecimientos desencadenados por la victoria. Como ya he dicho, esta sucesión de acontecimientos se verá influenciada por otros factores que todavía no se han debatido. No obstante, ahora examinaremos los aspectos más generales de la persecución para no tener que repetirlos más adelante.

También en la continuación de la persecución se distinguen tres grados. El primero es el simple seguimiento del enemigo; el segundo consiste en ejercer presión sobre él; y el tercero es una marcha paralela cuyo objeto es cortarle el camino.

Si nos limitamos a seguir al enemigo, éste continuará retirándose hasta encontrarse preparado para sostener otro combate. En otras palabras: esta clase de persecución basta para agotar la superioridad adquirida en la batalla. Además, el vencedor captura todo lo que el derrotado es incapaz de llevar consigo: enfermos y heridos, rezagados, equipajes y carretas de todo tipo. Pero por sí solo, el mero seguimiento del enemigo no basta para acelerar la descomposición de sus efectivos, función que sí cumplen la presión y la marcha paralela.

Se aplica el siguiente grado de persecución cuando el mero seguimiento del enemigo hasta su posición anterior y la ocupación de todo el terreno que esté dispuesto a ceder no se considera suficiente. Ahora las cosas se organizan con el fin de exigir algo más en cada etapa; las unidades de vanguardia atacan a la retaguardia enemiga cada vez que ésta intenta mantener una posición para así acelerar su retirada y favorecer su desintegración. Esto es así principalmente porque su retirada se ha transformado en una fuga continua e ininterrumpida. Para un solda-

do no hay nada más aborrecible que oír de nuevo los cañones del enemigo en cuanto se detiene a descansar después de una marcha agotadora. Estas sensaciones, repetidas día tras día, pueden provocar el pánico más absoluto. Al ser un recordatorio constante de que el enemigo lleva la iniciativa y de que ofrecerle resistencia es imposible, esta maniobra acaba por ser extremadamente nociva para la moral de las tropas. La presión es peor cuando obliga al ejército que se retira a marchar por la noche. Si durante el crepúsculo el vencedor expulsa al enemigo del campamento elegido para todo el ejército o para la retaguardia, éste se verá obligado a marchar de noche o a cambiar de posición y retirarse todavía más, lo que viene a ser lo mismo. Mientras tanto, el ejército victorioso pasa la noche sin inquietud.

Las disposiciones de marcha y la elección de las posiciones dependen, en este caso como en cualquier otro, de numerosos factores: abastecimiento, accidentes del terreno, proximidad de grandes poblaciones, etc. Por tanto, sería una consumada pedertería demostrar mediante el análisis geométrico que el perseguidor, que lleva la iniciativa, puede obligar al ejército derrotado a marchar noche tras noche mientras sus propios hombres descansan. Pero sigue siendo cierto que la persecución planeada de esta forma tiende a provocar ese efecto y es, por ello, mucho más eficaz. Si casi nunca se pone en práctica es porque para el ejército perseguidor esta maniobra resulta más difícil que el mantenimiento de un horario regular y la detención a la hora del día acostumbrada. Es mucho más sencillo levantar el campamento de madrugada, montar el siguiente a mediodía, dedicar las horas de la tarde al reabastecimiento y dormir por la noche, que basar los movimientos propios en los del enemigo, adoptar todas las decisiones con urgencia, levantar el campo un día al amanecer y el día siguiente al anochecer, mantenerse siempre frente al enemigo, devolver todos y cada uno de los disparos, preparar escaramuzas, planear el envolvimiento de sus flancos y, en definitiva, desplegar todos los recursos tácticos que requiera la situación. Obviamente, esto supone una carga muy pesada para el perseguidor, y la guerra echa tantas cargas sobre nuestros hombros que es humano desprenderse de todas las que parezcan evitables. Estas consideraciones son válidas tanto si se aplican a un ejército completo como a una vanguardia potente, que es lo más común. Todas estas razones explican la relativa rareza de este tipo de persecución: la aplicación de presión cons-

tante al ejército derrotado. Incluso Bonaparte la utilizó poco en la campaña de Rusia de 1812. La razón es obvia: las dificultades y penalidades de esa campaña eran ya suficientes para amenazar al ejército napoleónico con un completo desastre antes de alcanzar el objetivo. Pero en otras campañas Francia se ha distinguido por la energía con que ejecuta estas maniobras.

Por último, el tercer grado de persecución y el más eficaz es la marcha paralela hacia la siguiente posición de retirada del enemigo.

Todo ejército derrotado tiene una primera posición de retirada más o menos lejana y que desea alcanzar con ansiedad. En muchos casos necesita alcanzar ese destino porque de otro modo se vería en peligro la misma retirada (si se trata de un desfiladero, por ejemplo) o porque es una ciudad importante, una base de abastecimiento o algo parecido; también puede ser un punto en el cual espera mejorar su capacidad de resistencia, como una posición fuerte, una encrucijada en la que hay más fuerzas, etc. Si el perseguidor avanza hacia ese mismo objetivo por caminos secundarios, obligará a su enemigo a forzar la velocidad de retirada a cambio de un coste muy elevado; incluso puede provocar la dispersión y finalmente la huida en desorden. La fuerza perseguida sólo tiene tres formas de afrontar esta maniobra. La primera es volverse contra el enemigo e intentar mejorar la situación mediante un ataque por sorpresa. Naturalmente, esto exige un general decidido y emprendedor y unas tropas de primera, quizá batidas, pero en absoluto derrotadas por completo. Por tanto, un ejército en retirada casi nunca está en condiciones de emplear esta estratagema.

La segunda vía consiste en acelerar la retirada, que es precisamente lo que quiere el vencedor. Probablemente esto agotará a las tropas, multiplicará enormemente el número de rezagados, armas y transportes abandonados y, en resumen, provocará pérdidas enormes.

La tercera opción es dar un rodeo y evitar el punto de encuentro más próximo basándose en la hipótesis de que alejarse más del enemigo supondrá menos esfuerzo y evitará que el apresuramiento provoque más pérdidas. Esta es la peor solución de todas. Puede compararse con la aceptación de más deudas para evitar una bancarrota, remedio que casi siempre lleva a una situación todavía más complicada. Es cierto que en algunos casos ésta es la salida más aconsejable y en otros es la única posible y

hasta hay ocasiones en las que funciona. Pero en general, no suele elegirse con la convicción de que sea la mejor forma de alcanzar el objetivo con seguridad, sino por otro motivo menos defendible: el miedo a enfrentarse al enemigo. ¡Pobre del general que sucumba a ese miedo! Por baja que sea la moral de las tropas, por justificada que esté la sensación de desventaja frente al enemigo, si se evitan todas las oportunidades de contacto la situación no hará sino empeorar. Bonaparte jamás habría logrado cruzar el Rin en 1813 con los treinta o cuarenta mil hombres que todavía le quedaban después de la batalla de Hanau si se hubiera negado a presentar batalla y hubiera intentado cruzar en Mannheim o en Coblenza. Estos combates menores, cuidadosamente preparados y realizados, en los que el ejército derrotado, que se encuentra a la defensiva, logra aprovechar la ventaja del terreno, *son el medio genuino de recuperar la moral de las tropas*.

A veces hasta un triunfo menor obra maravillas. Pero casi todos los generales deben vencer una enorme resistencia para intentarlo. A primera vista, la evasión parece mucho más fácil y suele ser la opción preferida. Con frecuencia, la evasión se ajusta al propósito del vencedor mejor que ninguna otra cosa y a menudo termina en la completa destrucción de la fuerza derrotada. Por supuesto, hablo de un ejército completo, no de una parte separada que trata de reunirse con el resto de las fuerzas dando un rodeo. Esta situación es distinta y en un caso así no es improbable obtener buenos resultados. Pero esta carrera hacia un objetivo determinado lleva aparejada una condición: parte de la fuerza del vencedor debe seguir al ejército en retirada por su mismo camino incautándose de todo lo que abandone y tratando de presionar con su presencia a la fuerza perseguida.

Blücher, cuya persecución en Waterloo fue un modelo en todos los demás aspectos, olvidó este punto.

Por supuesto, estas marchas debilitan al perseguidor. No son aconsejables cuando el enemigo puede reunirse con otras fuerzas de magnitud considerable, cuando se encuentra a su frente un general de primer orden o cuando su destrucción no está ya muy avanzada. Pero cuando las condiciones son favorables, esta maniobra funciona como una máquina eficaz. Las pérdidas que el ejército batido sufre a consecuencia de las enfermedades y la fatiga son enormemente desproporcionadas y pierde por completo la moral por el temor constante a una catástrofe inminen-

te hasta que, por fin, considera inconcebible cualquier resistencia organizada. Todos los días se capturan miles de prisioneros sin un solo golpe. En momentos de fortuna favorable como éstos, el vencedor no debe tener miedo a dividir sus fuerzas para rodear todo lo que esté a su alcance, aislar las unidades alejadas, tomar plazas fuertes sorprendidas con la guardia baja, ocupar grandes ciudades, etc. Puede hacer cuanto quiera hasta que la situación cambie y llegará al final ese momento cuantas más libertades se tome.

Las guerras napoleónicas proporcionan muchos ejemplos de victorias brillantes y persecuciones magistrales. Baste recordar las batallas de Jena, Regensburg, Leipzig y Waterloo.

LIBRO V

LAS FUERZAS MILITARES

CAPÍTULO CUATRO

RELACIONES ENTRE LAS ARMAS DE UN EJÉRCITO

Aquí sólo abordaré las relaciones entre las tres Armas principales: infantería, caballería y artillería.

Confío en que se me disculpe el siguiente análisis, que en realidad pertenece más al ámbito de la táctica. Aquí es necesario sólo en aras de la claridad.

Un combate tiene dos elementos esencialmente distintos: el poder destructivo de las armas de fuego y el combate cuerpo a cuerpo o personal. Este puede a su vez utilizarse tanto en el ataque como en la defensa (términos utilizados aquí en un sentido absoluto, pues estoy hablando en los términos más amplios). La artillería sólo manifiesta su eficacia por medio del poder destructivo del fuego y la caballería únicamente en el combate individual, pero la infantería actúa en los dos terrenos.

En el combate cuerpo a cuerpo, lo esencial de la defensa es mantenerse firme, echar raíces en el terreno; por el contrario, la esencia del ataque es la movilidad. La caballería es totalmente incapaz de cumplir la primera condición, pero destaca en la se-

gunda y por ello es adecuada para el ataque. La infantería está mejor preparada para resistir, pero no carece de capacidad de movimiento.

Esta distribución de fuerza bélica esencial entre las tres Armas demuestra la superioridad y versatilidad de la infantería en comparación con las otras dos, pues combina todas sus cualidades. Esto también explica por qué en la guerra la combinación de las tres permite aprovechar todas de manera más completa. El combatiente que cuenta con todas ellas puede reforzar a voluntad cualquiera de las funciones que se encuentran inseparablemente unidas en la infantería.

En las guerras recientes el elemento dominante ha sido, sin duda, la capacidad destructiva de las armas de fuego; pero no es menos evidente que el verdadero núcleo de un combate es el combate personal cuerpo a cuerpo. Un ejército formado sólo por artillería sería absurdo en la guerra. Uno formado sólo por caballería sería imaginable, pero tendría poca capacidad de penetración. Por último, una fuerza formada únicamente por la infantería no sólo sería imaginable, sino bastante más poderosa. Por tanto, el grado de independencia de las tres Armas sigue el orden infantería, caballería y artillería.

Pero su orden de importancia cambia mucho cuando cada una de estas Armas colabora con las otras dos. Como la destrucción es un factor más eficaz que la movilidad, la falta completa de caballería sería menos debilitante que la ausencia total de artillería.

Un ejército formado únicamente por infantería y artillería se encontraría en desventaja frente a otro que tuviese las tres Armas. Pero si fuese necesario se podría compensar bastante bien la ausencia de caballería con una infantería *proporcionalmente* más fuerte modificando la disposición táctica. Las avanzadillas plantearían ciertas dificultades, pues no se podría perseguir con celeridad a un enemigo derrocado y la retirada propia resultaría más ardua y esforzada. Pero estas dificultades apenas serían suficientes para expulsar al enemigo del campo de batalla. Si, por el contrario, un ejército así se enfrentase a otro formado únicamente por infantería y caballería se defendería muy bien. En cambio, sería casi inconcebible que un ejército de este último tipo fuese capaz de enfrentarse con otro compuesto por las tres Armas.

Debe entenderse que estas reflexiones sobre la importancia de cada una de las Armas se han deducido de una gran cantidad

de datos militares, donde se ve que todos los casos son análogos. No puede ser mi intención aplicar estos hechos a todas las fases de un combate determinado. Un batallón en retirada o en misión de avanzadilla cambiaría probablemente algunos cañones por un grupo de caballería. Una unidad de caballería y artillería a caballo con la misión de perseguir a un enemigo en retirada o de cortar su vía de escape consideraría la infantería completamente inútil, etc.

Recapitemos los resultados de estas reflexiones:

1. La infantería es el Arma más independiente de todas.
2. La artillería no es independiente.
3. Cuando se combinan varias Armas, la infantería es la más importante de todas.
4. La caballería es el Arma de la que más fácil resulta prescindir.
5. La combinación de las tres proporciona la máxima fuerza.

Como la máxima fuerza se obtiene combinando las tres Armas, se plantea el asunto de las proporciones idóneas de cada una. Responder a esta pregunta es casi imposible.

Si se compara el coste de formar y mantener las distintas Armas con el servicio que cada una presta en tiempo de guerra, se obtiene una cifra que expresa la ecuación óptima en términos abstractos. Pero esto sería poco más que una adivinanza. El primer término de la ecuación es ya bastante difícil de estimar, salvo por el factor puramente monetario, pero el valor de la vida humana es otra cuestión, pues nadie está dispuesto a fijar fríamente un precio.

A esto se suma el hecho de que cada una de las Armas depende de un sector distinto de la economía nacional: la infantería de la población humana, la caballería de la cabaña equina y la artillería de la economía. Esto introduce un determinante externo que es el claramente dominante en las fases históricas generales de los distintos pueblos y en diferentes épocas.

Pero como por otras razones no podemos prescindir de todos los baremos de comparación, en lugar de tomar el primer término de la ecuación en su conjunto, recurriremos al único factor que puede determinarse con certeza: el coste monetario. A los efectos que aquí me interesan, baste con declarar que, de acuerdo con la experiencia común, un escuadrón de 150 caba-

llos, un batallón de 800 hombres y una batería de 8 piezas de seis libras cuestan aproximadamente lo mismo, tanto en el capítulo de equipamiento como en el de mantenimiento.

En cuanto a la segunda parte de la ecuación, todavía es más difícil obtener cifras claras. Quizá sería posible si bastase con medir la capacidad destructiva, pero cada Arma tiene un empleo particular y por tanto un ámbito propio de acción eficaz. Claro que estos ámbitos no son fijos, sino que se contraen y se expanden; la consecuencia de esto es únicamente modificar la conducción de la guerra, pero no presenta inconvenientes especiales.

La gente suele hablar en este contexto de las lecciones de la experiencia con la convicción de que la historia de la guerra proporciona base suficiente para dar una respuesta definitiva. Pero todo esto son frases vacías que, como no pueden abarcar todos los fundamentos esenciales y vinculantes, no merecen ser objeto de investigación crítica.

En teoría, hay una proporción óptima entre las Armas, que en la práctica es el término X desconocido, mero producto de la imaginación. Pero sí se puede calcular lo que ocurriría si una de las Armas tuviese en un bando una presencia muy superior o muy inferior a la que tiene en el otro.

La artillería intensifica la potencia de fuego y es la más destructiva de todas las Armas. Cuando falta, la potencia total del ejército se ve sustancialmente mermada. Por otra parte, es el Arma menos móvil y por tanto menos flexible. Sobre todo debe contar siempre con la cobertura de la infantería, puesto que por sí sola es incapaz de entablar combate cuerpo a cuerpo. Si hay demasiada artillería y las tropas destinadas a cubrirla carecen por ello de fuerza suficiente en todos los puntos para batir al enemigo, los cañones se pierden con facilidad. Esto indica otro inconveniente de la artillería: es la única de las tres Armas cuyo principal equipo, piezas y arzones, puede ser utilizado casi inmediatamente por el enemigo *contra* sus propietarios iniciales.

La caballería aumenta la movilidad del ejército. Cuando es insuficiente, el ritmo de la guerra disminuye, pues todo se mueve más despacio (a pie) y debe organizarse con más cuidado. El abundante fruto de la victoria no se cosecha con guadaña, sino con hoz.

El exceso de caballería nunca debe considerarse un impedimento directo del ejército ni una desproporción orgánica. Pero

sí lo debilita indirectamente, por las complicaciones de mantenimiento y porque es preciso ser conscientes de que por el precio de una fuerza de caballería extra de 10.000 hombres podríamos mantener otros 50.000 soldados de infantería.

En sentido estricto, las peculiaridades derivadas del predominio de un Arma determinada sobre otras constituyen el aspecto más relevante para el arte de la guerra, pues afecta al empleo de las fuerzas disponibles. Estas suelen asignarse al comandante en jefe en proporción a su disponibilidad, sin que aquél tenga mucho que decir sobre el tema.

Suponiendo, por tanto, que el carácter de la guerra se ve modificado por el predominio de una de las Armas, las cosas ocurrirían como se expone a continuación.

El exceso de piezas de artillería impone a las operaciones un carácter más pasivo y defensivo. Hay que hacer más hincapié en la ocupación de posiciones fuertes, grandes obstáculos naturales e incluso posiciones en zonas montañosas. El planteamiento consiste en que los accidentes del terreno se ocupen de defender y proteger las baterías y obligar al enemigo a exponerse a su propia destrucción. La guerra avanzará al *tempo* formal y solemne de un minuetto.

La escasez de artillería provocará el efecto contrario. Favorecerá el ataque y el principio activo del movimiento. La marcha, el ejercicio físico y el esfuerzo continuo se convierten en auténticas armas y la guerra adopta un carácter más ágil, áspero y variado. Los grandes acontecimientos se descomponen en pequeños cambios.

Si la caballería es numerosa, se preferirán las grandes llanuras y los movimientos de *rastreo*. Con el enemigo alejado se disfruta de mayor tranquilidad y comodidad, siempre que él no pueda hacer lo mismo. Como se domina el espacio, es posible realizar movimientos de flanco más atrevidos y maniobras en general más audaces. Las maniobras de diversión y penetrantes son, en la medida en que constituyan recursos válidos en la guerra, fáciles de ejecutar.

La escasez acusada de caballería degrada la movilidad del ejército, pero sin aumentar su capacidad de destrucción, como ocurriría con un exceso de artillería. La guerra marchará de manera más metódica y prudente. En estos casos, la tendencia natural es a mantenerse, tanto como sea posible, cerca del enemigo para vigilarlo; no realizar jamás movimientos súbitos ni,

menos aún, apresurados; avanzar siempre gradualmente y manteniendo todas las fuerzas unidas; y favorecer las operaciones defensivas y en terreno accidentado. Si es necesario atacar, se hará contra el punto vital del enemigo y por el camino más corto.

Así es como afecta a la conducción operativa de la guerra el predominio de cada una de las Armas; pero raramente es este predominio de magnitud suficiente para determinar de manera única o principal la naturaleza de todas las operaciones. La elección del ataque o la defensa estratégicos, de un teatro de operaciones u otro, de una batalla importante o de otro método de destrucción, dependerá probablemente de otros argumentos de más peso. Si esto no es así, hay que temer que lo no esencial haya ocupado el lugar de lo esencial. Pero incluso si los asuntos importantes se han decidido ya sobre la base de otras razones, queda cierto margen de maniobra en el cual el predominio de un Arma puede ejercer su influencia. Es posible ser prudente y metódico en el ataque y osado y emprendedor en la defensa y ello en todas las posibles fases y matices de la actividad militar.

Asimismo, la naturaleza de la guerra puede afectar grandemente a las proporciones de las distintas Armas.

En primer lugar, en una guerra popular, basada en voluntarios y defensores locales, lo natural es el predominio claro de la infantería. Esto significa que el equipo escasea más que los hombres y cubre sólo las necesidades más elementales. Por tanto, es muy común reclutar, no un batallón por cada batería de ocho piezas, sino dos o tres.

En segundo lugar, si los dos adversarios son desiguales y el más débil no puede armar a su gente o, lo que viene a ser casi lo mismo, no dispone de hombres, multiplicar la artillería es sin duda la forma más rápida de fortalecerse y restaurar cierto equilibrio. Por tanto, es posible ahorrar hombres e intensificar el principal elemento de las fuerzas armadas, que es la capacidad de destrucción. En cualquier caso, una operación así se limitará probablemente a un teatro de operaciones reducido en el que la artillería es también más apropiada. Federico el Grande recurrió a este medio en la parte final de la Guerra de los Siete Años.

En tercer lugar, la caballería es adecuada para el movimiento y las soluciones importantes. Por tanto, su predominio cobra importancia en operaciones que cubren grandes distancias y

cuando se quieren aplicar golpes poderosos y decisivos. El estilo de Bonaparte sirve de ejemplo.

Al analizar el ataque y la defensa veremos con mayor claridad que estas dos modalidades de guerra no ejercen ninguna influencia en cuanto tales. Por el momento me gustaría señalar que, en general tanto el atacante como el defensor operan en el mismo terreno y que al menos en gran número de casos, sus intenciones finales son muy parecidas. Viene a colación aquí la campaña de 1812.

Es opinión común que en la Edad Media la proporción entre caballería e infantería era muy superior a la actual y que desde entonces no ha parado de disminuir. Al menos en cierta medida se trata de un error. Probablemente, la proporción media de caballería no era, en términos absolutos, muy superior a la actual, cosa que se confirma fácilmente estudiando las cifras reales de las fuerzas armadas durante la Edad Media. Baste mencionar las masas de soldados de a pie que formaban los ejércitos de las cruzadas o que siguieron al emperador alemán hasta Italia. Pero sí era muy superior la *importancia* de la caballería. Esta era el Arma *más eficaz* y la que agrupaba a las tropas de élite; la diferencia era tan considerable que, aunque la caballería era mucho menos numerosa, siempre se consideraba el elemento decisivo; en cambio, los soldados de a pie se tenían en poca estima y apenas se hablaba de ellos. De aquí viene la idea de que eran poco numerosos. Sin duda, en algunas pequeñas incursiones locales ocurridas en Alemania, Francia e Italia el empleo de unidades pequeñas formadas únicamente por caballería fue más común que en la actualidad; como era el Arma principal, no se trata de un hecho incoherente. Pero estos casos no son concluyentes cuando se considera el cuadro general, en el que son mucho más numerosos los casos de actuación de grandes formaciones armadas. La costumbre de emplear grandes masas de soldados de a pie relativamente ineficaces sólo terminó cuando el sistema feudal de levás fue reemplazado por la contratación de mercenarios y la conducción de la guerra pasó a depender del dinero y el reclutamiento de hombres, como ocurrió en el curso de la Guerra de los Treinta Años y las guerras de Luis XIV. En esa época se habría producido una vuelta al predominio de la caballería si el perfeccionamiento de las armas de fuego no hubiera reactivado la importancia de la infantería. Una consecuencia de este cambio fue que la infantería continuó absorbiendo más

hombres que la caballería. Incluso cuando la infantería era débil, mantuvo una relación de uno a uno con la caballería; cuando era potente, esta relación era de tres a uno.

La caballería siguió perdiendo importancia al paso que mejoraban las armas de fuego. Esto es un hecho claro, aunque conviene resaltar que el perfeccionamiento no sólo afectó a las armas como tales y a la destreza para manejarlas, sino también a la capacidad para emplear tropas equipadas con ellas. En la batalla de Mollwitz, los prusianos demostraron un grado de perfección en el uso de las armas de fuego que todavía no se ha superado. Por otra parte, el despliegue de la infantería en terreno accidentado y el uso de armas de fuego en escaramuzas se desarrolló más tarde, y debe considerarse un avance importante en la capacidad de destrucción.

Por tanto, en mi opinión, la relación entre caballería e infantería ha cambiado poco en cuanto a número, pero mucho en términos de importancia. Esto puede parecer contradictorio, pero no lo es. En los ejércitos medievales había nutridas masas de infantería que no mantenían ninguna relación orgánica con la caballería; los soldados de a pie eran numerosos sólo porque la caballería era tan cara que todos los que no podían equiparse como caballeros se incorporaban automáticamente a la infantería. La infantería constituía, por tanto, solamente el mínimo imprescindible: si la cantidad de caballería se hubiera determinado sólo por su valor intrínseco, ninguna cantidad habría sido suficiente. Esto explica por qué la caballería, pese a su menor importancia, conserva todavía una influencia suficiente para mantener en las fuerzas armadas la proporción que ha mantenido hasta la actualidad.

De hecho, es notable que, al menos desde la guerra de sucesión austríaca, la relación entre caballería e infantería no haya experimentado ningún cambio y se haya mantenido comprendida entre una cuarta y una sexta parte. Esto parece indicar que estas proporciones obedecen a alguna necesidad natural y revelan alguna proporción imposible de determinar de manera directa. Pero dudo que sea así y creo que en todos los casos importantes hay otras razones que inducen a mantener tan elevado número de soldados de a caballo.

Rusia y Austria, por ejemplo, se inclinan en este sentido porque todavía conservan restos de instituciones tártaras en su estructura política. Bonaparte no logró reunir fuerzas suficien-

tes para sus fines; cuando agotó el uso de la conscripción, el único medio que tuvo de fortalecer su ejército fue multiplicar los servicios auxiliares, que exigen más dinero que hombres. Además, es obvio que la enorme amplitud de sus operaciones militares había de exigir a la caballería un esfuerzo superior al habitual.

Es bien sabido que Federico el Grande se esforzó mucho por no reclutar ni un solo hombre más de los que sabía que su país podía permitirse; su principal objetivo fue, en la medida de lo posible, mantener la fortaleza de su ejército a costa de otros países. Es fácil comprender que tenía buenas razones para actuar así: el limitado territorio con que entonces contaba no incluía ni siquiera el oeste de Prusia o Westfalia.

La caballería no sólo necesitaba menos hombres, sino que también era más fácil de reclutar. Además, su forma de guerrear se basaba por completo en la máxima movilidad. Por ello, mientras su infantería fue menguando, su caballería no dejó de aumentar durante toda la guerra de los Siete Años. Pero aún así, apenas llegó a suponer más de la cuarta parte de la infantería en el campo de batalla.

Tampoco faltan ejemplos, durante el mismo período, de ejércitos que salen de campaña con una caballería excepcionalmente escasa y obtienen la victoria. Un caso destacado a este propósito es el de la batalla de Gross-Görschen. Contando sólo las divisiones que intervinieron en ella, Bonaparte tenía 100.000 hombres, 5.000 de ellos en la caballería y 90.000 en la infantería. Los aliados combatieron con 70.000 hombres, 25.000 de caballería y 40.000 de infantería. Por tanto, el corso tenía en la caballería alrededor de 20.000 efectivos menos, y en la infantería sólo 50.000 más que su adversario, cuando teóricamente necesitaría una superioridad de 100.000. Como a pesar del escaso margen venció, hay que preguntarse qué habría ocurrido si a los 40.000 soldados de la infantería aliada hubiera opuesto 140.000.

Naturalmente, después de la batalla la superioridad aliada en caballería demostró su mayor utilidad: Napoleón apenas capturó ningún trofeo. La victoria sola no lo es todo, ¿pero no es en definitiva lo que cuenta de verdad?

Estas consideraciones hacen difícil creer que la relación de caballería a infantería establecida hace ochenta años y aceptada desde entonces como normal derive del valor intrínseco de estas dos Armas. Me inclino a pensar que, después de diversas fluc-

tuaciones, continuará la tendencia actual y la caballería acabará por ser mucho menos numerosa que ahora.

Desde que se inventó el cañón, el número de estas piezas ha ido aumentando a medida que se perfeccionaban y reducían de peso. Aún así, la fuerza relativa de la artillería ha experimentado pocas oscilaciones desde la época de Federico el Grande: dos o tres piezas por cada millar de hombres al principio de la campaña. En el curso de las operaciones, las armas no se pierden tan deprisa como los hombres, por lo que al final su proporción es mucho más elevada, quizá de hasta tres, cuatro o cinco piezas por cada millar de hombres. Sólo la experiencia determinará si éstas son las proporciones normales o si el número de piezas puede continuar elevándose sin estorbar la conducción de la guerra.

Resumiré las conclusiones a que conduce esta argumentación:

1. La infantería es el Arma principal; las otras dos son complementarias.
2. La destreza y la energía en la conducción de la guerra compensan en cierta medida la escasez de Armas complementarias, siempre que la infantería tenga una superioridad numérica considerable. Cuanto mayor sea la calidad de la infantería, más sencillo será compensar las carencias.
3. Es más difícil desenvolverse sin artillería que sin caballería, pues la artillería es el principal agente de destrucción y su empleo en acción se coordina mejor con la infantería.
4. En general, como la artillería es el agente de destrucción más poderoso y la caballería el menos, hay que preguntarse cuánta artillería se puede manejar sin quedar en desventaja y en qué medida se puede reducir la caballería.

CAPÍTULO CATORCE

MANTENIMIENTO Y ABASTECIMIENTO

Por dos razones, el problema del abastecimiento ha adquirido una importancia enorme en la guerra moderna. En primer lugar, los ejércitos suelen ser ahora mucho más numerosos que los habituales en la Edad Media o incluso en el *antiguo régimen*. Los que sobrepasaban en magnitud a los modernos eran raros y de corta duración. En tiempos más recientes, desde la época de Luis XIV, los ejércitos siempre han sido muy grandes. La segunda razón es aún más importante y más característica de nuestros días: ahora la guerra suele estar formada por varias piezas y las fuerzas se encuentran siempre listas para entrar en acción. Las guerras antiguas consistían básicamente en operaciones únicas e independientes, separadas por intervalos en los cuales la guerra estaba literalmente dormida y la única actividad era política; o bien los ejércitos hostiles estaban tan alejados que podían atender a sus necesidades sin preocuparse por el adversario.

En guerras más recientes, entendiendo por tales las libradas después de la paz de Westfalia, han adquirido, debido a la in-

intervención de los Gobiernos, un carácter más regular y entrelazado. Las necesidades operativas son dominantes y exigen disposiciones especiales incluso en el ámbito del mantenimiento y el suministro. Es cierto que en los siglos XVII y XVIII las guerras tenían largos períodos de calma durante los cuales los combates se interrumpían prácticamente por completo (ya he hablado de los cuarteles de invierno), pero también obedecían a fines operativos. Estos intervalos no eran consecuencia de dificultades de abastecimiento, sino que venían impuestos por el mal tiempo. Como siempre terminaban al acercarse el verano, la actividad militar continua era la norma mientras el tiempo lo permitía.

El paso de unas situaciones o prácticas a otras siempre ha sido gradual y este aspecto no es excepción. En las guerras contra Luis XIV aún era práctica de los aliados enviar las tropas a cuarteles de invierno situados en provincias alejadas donde era más fácil organizar el abastecimiento. En las guerras de Silesia, esto ya había dejado de hacerse.

La acción militar regulada y coordinada no fue posible hasta que los Estados no abandonaron las levas feudales en favor de tropas mercenarias.

La obligación feudal se transformó en pago y el vasallaje desapareció por completo en favor del reclutamiento o afectó sólo a las clases más bajas. La nobleza consideró el suministro de reclutas como una especie de tributo, un impuesto humano, como ocurre todavía en Rusia y Hungría. En cualquier caso, como ya he dicho en otro lugar, ahora los ejércitos son instrumentos al servicio del Gobierno central y se financian básicamente con cargo a la Hacienda pública.

Las mismas circunstancias que modificaron los métodos de conscripción y renovación regular de las fuerzas armadas cambiaron los de mantenimiento y abastecimiento. Una vez libres los Estados de la primera obligación a cambio de un tributo monetario, era difícil cargarlos con la segunda mediante la requisa. Por tanto, la Administración pública, la Hacienda, debía encargarse de la subsistencia; era inadmisibles que el ejército viviese explotando recursos locales cuando se encontraba estacionado en su propio territorio. La Administración debía aceptar la responsabilidad exclusiva de mantener al ejército. Esto multiplicó las dificultades de abastecimiento por dos motivos: la Administración tenía que hacerse responsable y se exigía a las fuerzas armadas permanecer continuamente en el campo.

Se crearon de este modo una clase militar independiente y también un sistema autónomo de intendencia que se desarrollaron en la mayor medida posible.

Era necesario acumular provisiones comprándolas u obteniéndolas de terrenos patrimoniales del Estado y almacenarlas en depósitos; también era necesario recoger los suministros en estos depósitos con los propios medios de transporte del ejército, elaborarlos cerca en hornos militares y, por último, recoger el producto y distribuirlo valiéndose de los vehículos de las unidades destinatarias. He considerado este sistema, no sólo porque explica algunas de las características de las guerras en las que se ha empleado, sino también porque nunca se ha abandonado por completo, pues algunos de sus aspectos son recurrentes.

Por tanto, las instituciones militares tendían a hacerse cada vez más independientes del país y de la sociedad.

En consecuencia, la guerra se hizo más regular, mejor organizada y más ajustada a su propósito, que es el objetivo político. Por otra parte, la movilidad estaba mucho más limitada, más restringida, y las guerras se empezaron a librar con mucho menos vigor. Los ejércitos estaban ligados a los depósitos y limitados por el alcance de los transportes, con la consecuencia inevitable de que las raciones se reducían al mínimo estricto. Alimentados sólo con exiguas cortezas de pan, los soldados se movían como sombras y no tenían la menor esperanza de que algo mejor fuese a aliviarlos de sus privaciones.

Quien pretenda sostener que a un ejército le es indiferente esta indigencia alimentaria y que cite las hazañas de Federico el Grande con soldados mal alimentados no aborda este asunto de forma ecuánime. La capacidad para soportar las privaciones es una de las mejores cualidades del soldado; sin ella, ningún ejército puede henchirse de genuino espíritu castrense. Pero las privaciones deben ser pasajeras e impuestas por las circunstancias y no estar impuestas por un sistema ineficaz o por el cálculo abstracto y cicatero de la ración mínima suficiente para mantener a un hombre con vida. Este método acaba por dilapidar toda la fortaleza física y moral de los soldados. No podemos utilizar los logros militares de Federico el Grande como baremo. Por un lado, sus enemigos utilizaban el mismo sistema; y por otro, ¿quién sabe qué otras empresas podría haber intentado si hubiese alimentado a sus tropas tan bien como hacía Bonaparte siempre que las circunstancias se lo permitían?

Este sistema artificial de obtención de suministros nunca se extendió hasta la alimentación de los caballos, pues el forraje, por su volumen, es mucho más difícil de obtener. La ración de un caballo pesa unas diez veces más que la de un hombre y la proporción entre caballos y hombres no es de uno a diez, sino de uno a cuatro o de uno a tres, incluso en la actualidad. En el pasado era de uno a tres o de uno a dos, de modo que la ración de los caballos pesaba tres, cuatro o cinco veces más que la de los hombres. En estas circunstancias, se descubrió la forma más sencilla de cubrir las necesidades del ejército: realizar expediciones de forrajeo. Éstas imponían nuevas limitaciones a la guerra. Ante todo, se hizo primordial combatir en territorio enemigo; y en segundo lugar se hizo imposible permanecer en una misma zona durante mucho tiempo. Pero en las guerras de Silesia, estas expediciones de forrajeo ya se habían vuelto bastante raras; se comprobó que sometían la región afectada a un grado de devastación e inseguridad muy superior a un sistema basado en la satisfacción de las necesidades del ejército mediante requisas locales.

Cuando la Revolución Francesa puso en pie de guerra un ejército nacional, los medios de la Administración pública no eran en absoluto adecuados. Todo el sistema militar, que se había construido sobre estos medios limitados y que a su vez había encontrado seguridad en ellos, se disgregó y con él cayó el sistema de intendencia que nos interesa en este momento. A los dirigentes revolucionarios no les preocupaban los depósitos y mucho menos la creación de un complejo mecanismo que hiciese funcionar como un reloj todos los elementos del sistema de transporte. Enviaban a sus hombres y a sus generales al campo de batalla y los alimentaban, fortalecían y estimulaban haciendo que se procurasen, robasen y acaparasen cuanto les hiciese falta.

Las guerras napoleónicas fueron libradas por todos los beligerantes de una forma situada entre estos dos extremos, eligiendo en cada momento los métodos más adecuados; es probable que las cosas continúen así en el futuro.

La forma actual de abastecer a las tropas, que consiste en utilizar todo lo que haya en cada localidad, sea cual sea su propietario, admite cuatro variantes: suministros proporcionados por las familias locales, requisas realizadas directamente por las tropas, requisas generales y depósitos. Normalmente se utilizan las cuatro a la vez, aunque una de ellas predomina. Pero en ocasiones se recurre sólo a una.

1. *Abastecimiento a costa de las familias locales o de la comunidad, que es lo mismo.* En cualquier vecindario hay siempre provisiones para varios días, incluso en los formados sólo por consumidores, como las ciudades grandes. Por tanto, se entenderá que incluso las ciudades más pobladas pueden proporcionar comida y alojamiento durante un día a un número de soldados aproximadamente igual al de habitantes sin necesidad de medidas especiales y durante más tiempo si el número de soldados es sustancialmente menor. En ciudades importantes esto funciona muy bien, pues permite alimentar y alojar en un mismo sitio a muchos soldados. Pero el método no es satisfactorio en poblaciones menores o en aldeas. Una población de 3.000 a 4.000 habitantes en 65 kilómetros cuadrados se considera bastante densa y sólo podría alimentar a 3.000 o 4.000 soldados. Si es necesario alimentar a más efectivos, éstos deberán dispersarse tanto que sería difícil cubrir otras necesidades. Por otra parte, en el campo o incluso en pueblos pequeños, la clase de suministros que más valiosos resultan en la guerra son mucho más abundantes. La reserva de pan de una granja es casi siempre suficiente para alimentar a la familia durante una o dos semanas. La carne se puede obtener a diario, y por lo general hay hortalizas suficientes para mantenerse hasta la siguiente cosecha. Por tanto, en acantonamientos no ocupados con anterioridad, es posible encontrar alimentos suficientes para tres o cuatro veces el número de habitantes durante varios días, una solución que también funciona muy bien. En consecuencia, en una región que tenga entre 2.000 y 3.000 habitantes por cada 65 kilómetros cuadrados y sin que haya ninguna ciudad importante ocupada, una fuerza de 30.000 hombres ocuparía alrededor de 250 kilómetros cuadrados, con una anchura de 15 kilómetros. Un ejército de 90.000 hombres (con unos 75.000 combatientes) que marchase en tres columnas paralelas necesitaría un frente de sólo 50 kilómetros, siempre que en ese espacio hubiese tres caminos paralelos.

Si ocupan la zona varias columnas sucesivas, los organismos locales deberán adoptar otras medidas, aunque ello no afectará a las necesidades de uno o dos días. Por tanto, si los 90.000 hombres del ejemplo anterior fuesen seguidos al otro día por otros 90.000, el segundo contingente no sufriría privaciones y 150.000 soldados constituyen un ejército muy considerable.

El asunto del forraje es todavía más sencillo, pues no hay que cocerlo ni hornearlo. Sin duda, habrá pienso suficiente para ali-

mentar a los caballos del lugar hasta la siguiente cosecha, de manera que no habrá escasez ni siquiera en condiciones de poca estabulación. Por supuesto, el forraje deberá requisarse a las comunidades, no a los hogares individuales. No es necesario decir que al organizar una marcha es preciso hacer algunas consideraciones sobre la naturaleza del territorio para evitar, por ejemplo, acantonar a la caballería en zonas industriales o de otro tipo pobres en forraje.

El resultado de este breve estudio es que, en una zona con una densidad de población media (de 2.000 a 3.000 habitantes por cada 65 kilómetros cuadrados), un contingente de unos 150.000 soldados puede vivir a costa de los habitantes y de la sociedad locales en una superficie muy reducida durante uno o dos días y que esto no le impedirá combatir como unidad. En otras palabras: es posible aprovisionar a una fuerza de esa magnitud sin necesidad de depósitos ni de otros preparativos durante una marcha ininterrumpida.

Las operaciones francesas durante las guerras revolucionarias y con Bonaparte se basaron en estas conclusiones. El ejército francés marchó desde el Adigio hasta el bajo Danubio y desde el Rin hasta el Vístula sin utilizar muchos más medios de aprovisionamiento que vivir a costa del territorio y nunca padecieron necesidades. Como sus operaciones se basaban en la superioridad física y moral y como indiscutiblemente salían victoriosos, nunca se vieron retrasados por la indecisión o la timidez y su rastro triunfal fue en su mayor parte una marcha ininterrumpida.

En condiciones menos favorables (cuando la población es menor o está formada más por comerciantes que por agricultores o cuando el suelo es pobre o la zona ha sido ya ocupada varias veces) el rendimiento será también inferior. Pero hay que tener en cuenta que al extender el frente de una columna de 15 a 25 kilómetros, la superficie se multiplica por dos y pasa de 250 a 500 kilómetros cuadrados. Este grado de dispersión permite normalmente a la columna combatir como unidad. Por tanto, incluso en condiciones desfavorables, esta modalidad de subsistencia es viable siempre que las tropas se mantengan siempre en movimiento.

Pero cuando se hace un alto de varios días, sólo la previsión evitará una grave escasez. Hay dos medidas previas sin las cuales ningún contingente de cierto volumen puede sobrevivir, ni

siquiera en la actualidad. La primera es equipar a las tropas con un tren de carretas que transporten pan o harina, principales ingredientes de la dieta, suficientes para tres o cuatro días. Si se añade al petate de cada soldado la ración de otros tres o cuatro días, quedará garantizada la subsistencia durante una semana.

La segunda medida consiste en organizar una intendencia eficaz preparada para enviar suministros desde zonas alejadas cada vez que se produzca un alto en el camino. En este caso se puede pasar en cualquier momento del abastecimiento local a cualquier otro sistema.

El abastecimiento local tiene la enorme ventaja de ser el más rápido y de no necesitar medios de transporte; pero presupone que en circunstancias normales, todas las tropas están acuarteladas en viviendas locales.

2. *Abastecimiento mediante requisas hechas por las propias tropas.* Cerca de unas pocas aldeas puede acampar un único batallón que puede ordenar a aquéllas que le suministren víveres: Esta forma de subsistencia no se diferencia esencialmente de la anterior. Pero lo más frecuente es que en un mismo punto acampe un contingente muy superior y en este caso la única opción es que esta unidad mayor, quizá una brigada o una división, requise todo lo necesario de los alrededores y a continuación lo distribuya.

Se comprende enseguida que este método no es adecuado para abastecer a un ejército numeroso. El rendimiento de las existencias rurales será muy inferior al obtenido cuando las tropas se acantonan en las propias aldeas, pues cuando 30 o 40 hombres entran en una granja, la limpian de arriba abajo si es necesario. Pero un oficial al que se envía con unos pocos hombres con órdenes de requisar provisiones no tiene ni el tiempo ni los medios de encontrar todas las que hay. También puede escasear el transporte, con lo que se tomará sólo una parte de lo disponible. Además, las tropas están tan apiñadas en los campamentos que la zona desde la que pueden suministrarse víveres rápidamente no bastará para abastecerlas como es debido. ¿Qué puede esperarse cuando 30.000 hombres se apropian de todos los alimentos en un radio de 8 kilómetros o en una superficie de 40 a 50 kilómetros cuadrados? Incluso esto será imposible, pues casi todas las aldeas cercanas tendrán tropas acantonadas que no dejarán salir nada. Por último, este método es el menos eco-

nómico, pues algunas unidades obtendrán más de lo que pueden utilizar y desperdiciarán el resto.

Por tanto, el abastecimiento mediante requisita sólo funcionará bien para contingentes poco numerosos, tales como divisiones de 8.000 a 10.000 hombres. Pero incluso en estas circunstancias deberá considerarse un mal necesario.

Este método es inevitable para toda las unidades situadas directamente frente al enemigo, como las vanguardias y avanzadillas cuando su propio bando está avanzando. Acabarán por alcanzar un punto en el cual no haya sido posible hacer ningún preparativo y las existencias acumuladas para el resto del ejército se encontrarán demasiado lejos. Lo mismo se aplica a las columnas móviles que operan por cuenta propia y en todos los casos en los que no hay tiempo ni medios para ninguna otra forma de abastecimiento.

Cuanto más capacitadas estén las tropas para subsistir mediante requisas regulares y cuanto más favorables sean el tiempo disponible y las circunstancias para utilizar este método de abastecimiento, tanto mejores serán los resultados. La principal dificultad suele ser la falta de tiempo: las operaciones más rápidas son las que pueden ejecutar las tropas por sí mismas.

3. *Requisas regulares.* Sin ninguna duda, esta es la forma más sencilla y eficaz de alimentar a las tropas y ha sido el método básico en todas las guerras recientes.

La diferencia entre este método y el anterior estriba primordialmente en la cooperación de las autoridades locales. La comida ya no es requisada por las tropas cuando la encuentran, sino que se entrega de forma ordenada, con las cargas razonablemente distribuidas, algo que sólo pueden hacer las autoridades locales.

Aquí el tiempo es esencial: cuanto más tiempo haya, más amplia será la distribución, más ligera la carga y más satisfactoria toda la operación. Los víveres incluso se puede comprar, lo que acerca al sistema de aprovisionamiento que se estudiará a continuación. Abastecer a las tropas mediante requisas regulares no presenta dificultades cuando están concentradas en su lugar de origen; lo mismo suele ocurrir cuando se desplazan hacia la retaguardia. Por el contrario, todos los avances en territorio ajeno dejan muy poco tiempo para adoptar las medidas necesarias (casi nunca más del día de distancia que hay entre la vanguardia y el grueso principal). Aquella presenta a las autori-

dades locales la orden de requisita, en la que se señalan las cantidades y raciones necesarias y los puntos de entrega. Como sólo pueden recogerse en los alrededores, en un radio de unos pocos kilómetros en torno a cada punto de entrega, las existencias acumuladas de esta forma apresurada probablemente no serán suficientes para un ejército de cierta magnitud, salvo que transporte consigo provisiones suficientes para varios días. Por tanto, es misión de cada comisario administrar lo que recibe y entregar víveres sólo a las unidades que carezcan de ellos. Pero la escasez se aliviará con el paso del tiempo. A medida que crecen las distancias desde las cuales se conducen diariamente los suministros, aumenta también la superficie sobre la cual se reparte la carga del abastecimiento. Si el primer día sólo se pueden explotar 250 kilómetros cuadrados, el segundo serán 1.000, y 2.300 el tercero. Es decir, el segundo día la superficie aumentará en 750 kilómetros cuadrados, y el tercero en 1.300 más.

Por supuesto, esto no es más que una estimación aproximada de las circunstancias. Pueden surgir muchos factores limitantes, el principal de los cuales es que la zona que acaba de abandonar el ejército en su avance no puede hacer aportaciones tan considerables como el resto. Hay que recordar, por otra parte, que el radio de captación de alimento puede ampliarse más de 15 kilómetros diarios, quizá en 25 o 30 o todavía más en algunas regiones.

La entrega de las requisas, o al menos de la mayor parte de ellas, está garantizada por el poder ejecutivo de los destacamentos puestos a disposición de los oficiales. Todavía es más eficaz el temor a ser considerado responsable o a ser castigado o maltratado, temores que, en estas circunstancias, actúan como carga colectiva que pesa sobre toda la población.

Como para nuestros propósitos el resultado es lo único que importa, no tengo intención de entrar en detalles ni de analizar el funcionamiento de la intendencia y el abastecimiento.

Dicho resultado, que se deduce de un examen de la situación general presidido por el sentido común y se ve confirmado por la experiencia de las guerras desde 1792, es que incluso el mayor de los ejércitos puede basarse con confianza en la requisita, siempre que lleve consigo raciones suficientes para algunos días. Las requisas se entregan cuando llega el ejército; inicialmente proceden de los alrededores más inmediatos, pero conforme pasa el tiempo se va ensanchando su radio de influencia y la actividad

se organiza y controla por parte de funcionarios de categoría cada vez mayor.

Este método no conoce más límites que el completo agotamiento, el empobrecimiento y la devastación del territorio. Si un ejército permanece estacionado durante mucho tiempo, los organismos civiles empezarán a intervenir en el mantenimiento del sistema. Por supuesto, harán todo lo posible por repartir la carga y aliviarla mediante compras. Ni siquiera las tropas extranjeras beligerantes que ocupen un país durante cierto tiempo se mostrarán tan brutales y despiadadas como para cargar toda su subsistencia en los recursos locales. Por tanto, el sistema de requisas tiende a asimilarse poco a poco al de depósitos, aunque esto no signifique que vaya a abandonarse por completo o que su influencia sobre los movimientos militares vaya a experimentar algún cambio notable. Una cosa es complementar los recursos locales con suministros importados de lejos, pero de modo que la región siga siendo la principal fuente de abastecimiento, y otra muy distinta operar como en las guerras del XVIII, cuando el ejército transportaba todas las provisiones y el medio rural se dejaba casi siempre intacto.

La diferencia principal afecta a dos factores: el uso de transportes y hornos, ambos locales. Esto acaba con la enorme carga de los trenes de carretas, que en casi todos los casos tendían a destruir su propio trabajo.

Como es lógico, ni siquiera hoy puede un ejército moverse sin algunas carretas con suministros, pero la necesidad que tiene de esta impedimenta es infinitamente menor que antes. En realidad, las carretas se usan sólo para conservar los víveres sobrantes de un día para otro. Ciertas condiciones especiales, como las de 1812 en Rusia, exigen todavía hoy la movilización de un tren de carretas colosal y obligan a transportar hornos de campaña, pero se trata en cierto modo de excepciones. En efecto, es raro que un ejército de 300.000 hombres avance durante 1.000 kilómetros prácticamente por una única carretera, atravesando países como Polonia y Rusia y justo antes de la cosecha. Pero incluso en esos casos, los recursos propios del ejército se consideran sólo complementarios, pues las requisas locales constituyen la base del abastecimiento.

De hecho, el sistema de requisas ha sido el método básico utilizado por todos los ejércitos franceses desde la primera campaña de las guerras revolucionarias. Sus enemigos se vieron obli-

gados a adoptarlo también y no hay que esperar que sea abandonado. Ningún otro sistema es tan satisfactorio, tanto por la energía con que permite conducir la guerra como por la facilidad y flexibilidad que proporciona. La subsistencia raramente causa dificultades durante las primeras tres o cuatro semanas, sea cual sea el destino del ejército, y a partir de ese momento deberá utilizar depósitos complementarios. Puede afirmarse que estas medidas han proporcionado al ejército la más completa libertad de movimientos. Aunque pueden surgir dificultades que compliquen la planificación, nunca deberemos afrontar imposibilidades absolutas, y la política jamás estará dictada por consideraciones de intendencia.

La única excepción es la retirada en territorio hostil. En este caso coinciden varias circunstancias que afectan adversamente a la subsistencia. Los movimientos son continuos, normalmente sin paradas definidas y por tanto sin tiempo para recoger provisiones. Las mismas circunstancias que imponen la retirada serán por lo general muy adversas y obligarán a mantener las tropas siempre concentradas, lo que casi siempre excluye el acantonamiento o la distribución de las columnas sobre grandes extensiones. En territorio hostil es imposible obtener suministros mediante el sencillo expediente de emitir órdenes; y, por último, la situación favorece de manera especial la resistencia y la mala voluntad por parte de la población local. La consecuencia de todo esto es que en tales casos un ejército está obligado a establecer líneas de comunicación y retirada.

Cuando Bonaparte inició su retirada en 1812, las dificultades de abastecimiento le confinaron a la misma carretera por la que había avanzado; por cualquier otra sus padecimientos hubieran empezado incluso antes. Todos los que le han echado en cara esta operación, incluidos los autores franceses, pasan por alto este punto.

4. *Subsistencia basada en depósitos.* Si fuese necesario establecer una diferenciación general entre este método y el anterior, no habría más remedio que hacer referencia al sistema utilizado desde los últimos treinta años del siglo XVII hasta finales del XVIII. ¿Volverá a emplearse un sistema semejante?

Hay que reconocer que cuesta imaginar otro sistema adecuado para un tipo de guerra en el que grandes ejércitos permanecían estacionados en un mismo lugar durante siete, diez o doce años, como ocurrió en los Países Bajos, la región del Rin, el

norte de Italia, Silesia o Sajonia. Ningún país podía ser indefinidamente el proveedor principal de los ejércitos enfrentados durante tanto tiempo sin quedar reducido a la ruina más completa y sin faltar a sus obligaciones.

Inevitablemente, esto plantea la cuestión de si la guerra gobierna el sistema de abastecimiento o es gobernada por éste. Al principio, el sistema de abastecimiento domina la guerra en la medida en que los otros factores que afectan a ese Gobierno lo permiten; pero cuando éstos empiezan a ofrecer demasiada resistencia, la conducción de la guerra reacciona contra el sistema de abastecimiento y lo domina.

La guerra basada en la requisita y en las fuentes de abastecimiento locales es tan superior a la basada en depósitos que parecen dos instrumentos distintos. Ningún Gobierno osaría oponerse al primer tipo de guerra con el segundo; si un ministro de la guerra fuese tan obstinado o ignorante como para malinterpretar las necesidades globales de la situación y abriese las hostilidades abasteciendo a su ejército mediante el antiguo sistema, la fuerza de las circunstancias se manifestaría inmediatamente y la requisita se impondría por sí sola de manera automática. Hay que recordar que, como ningún Estado tiene nunca más dinero del que necesita, el elevado coste de mantener los depósitos obligará necesariamente a recortar los gastos de armamento y los efectivos del ejército. Se desprende de ello que este método de intendencia prácticamente no tiene la menor oportunidad de ser utilizado, salvo que los dos bandos beligerantes llegasen a un acuerdo mutuo sobre este particular por canales diplomáticos, una posibilidad que debe considerarse pura fantasía.

Por tanto, en el futuro, es más que probable que todas las guerras empiecen con un sistema de requisita. La medida en que cada Gobierno lo complementa con otras medidas para aligerar la carga a su población rural es un extremo que permanece sin definir. Probablemente no será una medida grande, pues en esos momentos siempre se otorga prioridad a las necesidades más urgentes, y una organización especial de intendencia ya no se considera urgente.

Cuando, por el contrario, los resultados de la guerra no son tan decisivos o cuando no se basa en movimientos amplios, la requisita empezará a agorar la zona afectada tan gravemente que obligará a firmar la paz o a adoptar medidas para aliviar la carga impuesta a la región por medio de un sistema de abasteci-

miento independiente. Esto último es lo que hizo Bonaparte en España, aunque la primera solución es la más común. En casi todas las guerras, el agotamiento de los beligerantes aumenta en tal medida que, en lugar de hacer la guerra más cara, se sienten impulsados a firmar la paz. En ese aspecto, la práctica bélica contemporánea tiende a acortar las guerras.

Pero no se puede negar taxativamente que sea imposible conducir una guerra utilizando el antiguo método de abastecimiento. Puede volver a emplearse siempre que las condiciones así lo dicten a los dos bandos y cuando se den otras circunstancias favorables. Sin embargo, esa forma nunca podrá considerarse natural, sino una excepción posible, aunque jamás derivada del concepto mismo de guerra. Todavía menos puede considerarse un perfeccionamiento del arte de la guerra basándose únicamente en que es un método más humano. La guerra es en sí misma cualquier cosa menos humana.

Sea cual sea el método de abastecimiento elegido, siempre funcionará mejor en zonas ricas y densamente pobladas que en países pobres y deshabitados. La densidad de población afecta a la magnitud de las existencias de una región de dos formas. En primer lugar, en lugares en los que el consumo es elevado, las reservas han de ser mayores; y en segundo lugar, mayor población significa casi siempre mayor producción. Como es lógico, constituyen una excepción a esta regla las áreas habitadas principalmente por trabajadores industriales, más aún si ocupan valles de montaña rodeados por territorios áridos, circunstancia que no es rara. Pero, en general, es mucho más fácil atender las necesidades de un ejército en los territorios densamente poblados que en los despoblados. Por muy rico que sea el suelo, una zona de 25.000 kilómetros cuadrados con 400.000 habitantes no puede mantener a un ejército de 100.000 hombres tan fácilmente como si tuviese dos millones de habitantes. Además, en áreas densamente pobladas, las comunicaciones terrestres y fluviales son mejores y más completas, los medios de transporte abundantes y los enlaces comerciales regulares más sencillos y seguros. En resumen, es mucho más fácil alimentar a un ejército en Flandes que en Polonia.

Se deduce de esto que la guerra, con sus numerosos tentáculos, prefiere obtener el alimento en los caminos principales, las ciudades populosas, los valles fértiles recorridos por ríos caudalosos y las regiones litorales prósperas.

Todo esto indica la influencia general que el abastecimiento puede ejercer sobre la forma y la dirección de las operaciones, así como sobre la elección del teatro de guerra y las líneas de comunicaciones.

La magnitud de su influencia y el peso que debe atribuirse en el análisis final a la facilidad o dificultad de abastecimiento son cuestiones que dependen del modo en que vaya a dirigirse la guerra. Si va a conducirse de acuerdo con su espíritu esencial, con la violencia desatada que le es propia y doblegándose a la necesidad de combatir y perseguir acciones decisivas, la alimentación de las tropas, aunque importante, es secundaria. Por el contrario, cuando se ha alcanzado un estado de equilibrio en el cual las tropas avanzan y retroceden durante años en un mismo territorio, la subsistencia pasará probablemente a ocupar el papel protagonista. En este caso, el cuerpo de intendencia se convierte en alto mando y la conducción de la guerra consiste en organizar el tren de carretas.

Hay incontables campañas en las que no ha ocurrido nada, en las que no se ha alcanzado el objetivo y se han dilapidado recursos sin sentido, y la excusa de estos fracasos ha sido la dificultad de abastecimiento. En cambio, Bonaparte solía decir «qu'on ne me parle pas des vieres!»

En la campaña de Rusia demostró que este menosprecio por la intendencia puede llegar demasiado lejos. No pretendo sugerir que la campaña fracasó sólo por ese motivo, aunque se trata de un asunto opinable. Pero es cierto que la falta de atención al abastecimiento fue causa de un desgaste del ejército sin precedentes durante el avance y de su completo hundimiento durante la retirada.

Es verdad que Napoleón era un jugador apasionado que con frecuencia aceptaba riesgos temerarios, pero hay que reconocer que él y los generales revolucionarios que le precedieron acabaron con algunos prejuicios muy arraigados sobre el modo de mantener al ejército en campaña. Demostraron que el mantenimiento debe considerarse como una *condición* de la guerra, nunca como su objeto.

Además, la privación en tiempo de guerra puede compararse con el peligro y el desgaste físico. No hay límites definidos a lo que un general puede exigir de sus tropas. Un oficial de voluntad firme pedirá más que otro dominado por emociones delicadas; y el rendimiento de un ejército dependerá también del

grado en el que su voluntad y su resistencia se hayan forjado por la familiaridad con la guerra, el espíritu militar, la confianza y la devoción por su general y el entusiasmo por la causa. En cualquier caso, hay que aceptar como norma fundamental que las dificultades y privaciones, por extremas que sean, deben considerarse siempre circunstancias pasajeras que han de llevar a situaciones de plenitud e incluso de lujo. ¿Qué puede ser más conmovedor que la idea de miles de soldados pobremente vestidos, doblegados bajo el peso de 15 o 20 kilos de impedimenta, caminando durante jornadas interminables por malo que sea el tiempo y por los caminos más variados, siempre con riesgo para su salud y para sus vidas, sin tan siquiera un mendrugo de pan que llevarse a la boca? Cuando se sabe la frecuencia con que esto ocurre en la guerra, es imposible no admirarse de que el corazón y la resistencia no cedan más a menudo y del modo en que la fuerza de una idea puede, gracias a su efecto duradero, extraer del ser humano y conservar esfuerzos tan extraordinarios.

Si movido por la magnitud de lo que hay en juego se imponen grandes privaciones a las tropas, es preciso tener en cuenta, sea por simpatía o por prudencia, que se contrae con ellas una deuda que más adelante deberá restituirse.

Por último, hay que examinar las distintas formas en que el ataque y la defensa afectan al problema del abastecimiento.

Un ejército a la defensiva siempre puede utilizar suministros almacenados previamente con el fin de que los defensores tengan sus necesidades cubiertas. Esto es más cierto para las tropas estacionadas en su propio país, pero se cumple también en territorio enemigo. Por el contrario, el atacante abandona a su espalda las fuentes de abastecimiento y mientras avanza e incluso algunas semanas más tarde, cuando se detiene, debe valerse por sí mismo día tras día; en estas circunstancias, la escasez y las dificultades serán la norma.

Hay dos fases durante las cuales este problema alcanza su máxima gravedad. La primera se produce durante el avance, antes de producirse el combate decisivo. El defensor está en plena posesión de sus reservas, mientras que el atacante ha dejado las suyas atrás. Debe mantener sus fuerzas concentradas y, por tanto, no puede cubrir una zona extensa del país. Tampoco pueden seguirle sus medios de transporte una vez iniciado el movimiento de batalla. Por muy meticulosos que hayan sido los preparativos, las tropas pueden empezar a padecer escasez y hambre

varios días antes de la batalla decisiva, lo que no constituye una forma saludable de conducir las a la acción.

La segunda crisis suele producirse al final de una campaña victoriosa, cuando las líneas de comunicación han empezado a extenderse en exceso, sobre todo si la guerra se libra en un país empobrecido, poco poblado y hostil. ¡Qué abismal diferencia hay entre una línea de abastecimiento que se extiende desde Vilna hasta Moscú, donde todas y cada una de las carretas deben ir protegidas por una fuerza, y otra que vaya de Colonia a París por Lieja, Lovaina, Bruselas, Mons, Valenciennes y Cambrai, donde una transacción comercial, una letra de cambio, bastan para obtener millones de raciones!

Con frecuencia, la mejor victoria se ve privada de gloria como consecuencia de este problema. Las fuerzas se agotan, la retirada se hace inevitable y poco a poco van apareciendo los signos de la auténtica derrota.

Aunque, como ya he señalado, el forraje para los caballos es al principio la mercancía menos escasa de todas, es también la primera en escasear cuando los recursos del campo empiezan a agotarse. Por su enorme volumen, es la más difícil de importar desde lejos y los caballos mueren de hambre mucho antes que los hombres. Esta es una de las razones por las que el exceso de caballería y artillería pueden ser una verdadera carga y una fuente real de debilidad para el ejército.

CAPÍTULO QUINCE

LA BASE DE OPERACIONES

Cuando un ejército inicia una operación, sea para atacar al enemigo e invadir su teatro de la guerra o para ocupar posiciones a lo largo de sus fronteras, depende necesariamente de sus fuentes de suministro y reabastecimiento, y debe mantener la comunicación con ellas. Éstas constituyen el fundamento de su existencia y supervivencia. Con la magnitud del ejército crece la intensidad y el grado de dependencia de la base. Pero no siempre es posible ni necesario que el ejército mantenga comunicaciones directas con la totalidad de su territorio. Lo esencial es la parte situada inmediatamente a su espalda que, por tanto, queda protegida por su posición. Aquí es donde se instalarán los depósitos de víveres necesarios y donde se adoptarán las medidas que hagan falta para enviar con regularidad suministros y refuerzos. Por tanto, esa zona constituye la base para el ejército y para todas sus operaciones; ejército y base deben concebirse como un todo inseparable. Si, en interés de la seguridad, las reservas se mantienen en plazas fuertes, el concepto de base se ve reforzado; pero en muchos casos esto no se hace y las plazas fuertes no forman parte esencial de ninguna base.

También una extensión de territorio enemigo puede constituir la base de un ejército o, en cualquier caso, parte de ella, pues la zona ocupada por la fuerza invasora satisfará muchas de sus necesidades siempre que el ejército controle de verdad el área y esté seguro de que sus órdenes serán obedecidas. El alcance de esa certeza raramente va más allá del muy limitado método de intimidar a los habitantes con algunas guarniciones y destacamentos móviles. Por tanto, en territorio enemigo, la zona de la cual pueden obtenerse suministros es pequeña en relación con las necesidades del ejército y casi nunca suficiente. Esto significa que gran parte del abastecimiento debe obtenerse del lugar de partida, es decir, de la zona más próxima a la retaguardia del ejército; esta zona debe considerarse un elemento esencial de su base.

Las necesidades de un ejército se agrupan en dos categorías: las que puede satisfacer cualquier región agrícola y las que sólo pueden atenderse en fuentes situadas a retaguardia. Las primeras son en su mayor parte provisiones, mientras que las segundas son repuestos y refuerzos. Las primeras pueden tomarse en alguna medida del territorio ocupado, pero las segundas (hombres y armas, por ejemplo, y municiones) sólo pueden proceder de territorio propio. Hay excepciones, pero raras e insignificantes; la diferenciación entre los dos tipos de suministros sigue siendo muy importante y recuerda una vez más que la comunicación con el propio territorio es vital.

Los almacenes de víveres suelen mantenerse en ciudades no defendidas, tanto en territorio ocupado como en el propio, pues nunca hay plazas fuertes suficientes para almacenar tan voluminosas reservas, que se consumen muy deprisa y que hacen falta en muchos lugares y momentos distintos. Además, los alimentos son más fáciles de sustituir que otros repuestos necesarios, como armas, municiones y equipos; éstos no suelen guardarse en lugares no defendidos cerca del escenario de la guerra, sino a cierta distancia. En territorio enemigo es preciso protegerlos en plazas fuertes. Esto demuestra una vez más que el valor de la base está más en la necesidad de disponer de repuestos de armas y equipo que en el abastecimiento de víveres.

Cuanto mayor sea la escala a la cual se acumulan en depósitos ambos tipos de suministros y cuanto mayor sea el número de fuentes combinadas en grandes reservas, en tanta mayor medida se considerarán éstas como equivalentes al conjunto del

país; en estos casos, la idea de base se asociará primordialmente con los lugares en los que se conservan estos grandes depósitos. Pero los lugares en sí jamás deberán confundirse con la base.

Cuando las fuentes de repuestos y víveres son extensas (es decir, cuando se dispone de una gran extensión de tierra fértil en la cual, y con el fin de mejorar la eficacia, se han almacenado suministros en arsenales grandes y seguros cerca del ejército o unidos a él por buenos caminos cuando se encuentren dispersos sobre una gran extensión situada a retaguardia e incluso también hacia los flancos) el ejército podrá generar una actividad vigorosa y tendrá mucha mayor libertad de movimientos. Se han intentado unificar las ventajas de una situación así en el concepto más amplio de dimensiones de la base de operaciones. El objeto de este intento era expresar la suma total de ventajas e inconvenientes que derivan de las características de las fuentes de víveres y repuestos del ejército estableciendo una relación entre la base y el objetivo operativo, por un lado, y el ángulo que forman los límites externos de la base con este objetivo (que se considera puntual)¹. Pero es obvio que esta elegante pieza de geometría no es más que un juguete que se basa en una serie de limitaciones hechas a expensas de la realidad. Como ya he dicho, la base de operaciones de un ejército está formada por tres elementos graduales de su situación: los recursos locales, los depósitos instalados en distintos puntos y el área de la cual se extraen esos suministros. Estos tres factores son espacialmente diferentes y no pueden reducirse a uno. Menos aún pueden representarse por una línea que se supone equivalente a la anchura de la base pero que, como norma, se traza arbitrariamente entre dos plazas fuertes o dos capitales de provincia o a lo largo de las fronteras de un país. Tampoco es posible establecer una relación fija entre los tres elementos de la infraestructura, pues en realidad sus naturalezas están en cierto modo entremezcladas. En unos casos, el equipo, que en condiciones normales sería necesario transportar desde una gran distancia, puede obtenerse localmente; en otros, es preciso importar desde lejos hasta los víveres. A veces las plazas fuertes más próximas son puertos, arsenales o centros comerciales importantes que contienen todo el potencial bélico de un Estado completo; y a veces solamente son construcciones primitivas apenas adecuadas para su propia defensa.

¹ Referencia a la obra de Heinrich von Bülow. [N. de los eds.]

Por tanto, todo lo que se ha deducido de las dimensiones de una base de operaciones y del ángulo de la operación y, en la medida en que era de naturaleza geométrica, toda la teoría sobre la guerra basada en estas consideraciones se ha menospreciado en la guerra real y ha dado pie a trabajos que sólo han servido para desorientar en el terreno de la teoría. Como los hechos básicos eran correctos y sólo el razonamiento basado en ellos era falaz, es probable que vuelvan a plantearse de vez en cuando ideas similares.

En mi opinión, no es posible hacer más que aceptar la influencia global de una base en las operaciones militares; es decir, aceptar el *hecho de que puede ser débil o fuerte y los factores por los cuales es así*. Pero es preciso admitir también que no hay forma de reducirlo todo a una o dos propuestas sencillas que constituyan una norma útil; por el contrario, siempre es necesario considerar *simultáneamente* todos los factores que se han mencionado.

Una vez instalado en una zona determinada un depósito de suministro y abastecimiento para una operación determinada, esa sola zona puede considerarse, incluso dentro del propio país, como la base del ejército. Como los cambios exigen siempre inversiones de tiempo y esfuerzo, un ejército no puede cambiar la base de la noche a la mañana, ni siquiera en su país. Por tanto, las direcciones de sus actividades están en cierto modo limitadas. Durante las operaciones en territorio enemigo se puede considerar toda la frontera común como base; esta hipótesis es válida en un sentido general, pues podrían adoptarse medidas especiales a lo largo de la línea fronteriza, pero no para todas las situaciones particulares porque, en la práctica, dichas medidas no se adoptan en todas partes. Cuando el ejército ruso se retiró ante el francés al comienzo de la campaña de 1812, pudo considerar todo el territorio ruso como su base, principalmente porque la enorme extensión del país le permitía moverse en cualquier dirección. La idea no era en absoluto ilusoria y se materializó más adelante, cuando otros ejércitos rusos convergieron sobre el francés desde varios lados. Pero en otros momentos de la campaña, la base del ejército ruso no era tan amplia. En realidad, estaba presente sobre todo en los caminos, por los que se movía en ambos sentidos una enorme masa de transportes militares. Este tipo de limitación, entre otras cosas, impidió al ejército ruso prolongar su retirada después de luchar durante

tres días en Smolensko en una dirección distinta de la que conducía hacia Moscú. El avance hacia Kaluga, que se había propuesto para alejar a los franceses de la capital, hubiera exigido un cambio de planes imposible de ejecutar sin preparación previa.

He señalado que el grado de dependencia de un ejército en relación con su base aumenta en intensidad y escala con el tamaño de dicho ejército, como es lógico. Un ejército es como un árbol que extrae su sustento de la tierra en la que crece. Un simple retoño es fácil de trasplantar, pero esta labor es tanto más difícil cuanto más grande es la planta. Un destacamento pequeño también tiene sus canales de sustentación, mas, a diferencia de un gran ejército, arraiga fácilmente en cualquier lado. Por tanto, cuando se habla de la influencia que la base ejerce sobre las operaciones, el tamaño del ejército debe ser la vara con la que se mide ese factor.

Hay otro aspecto más intrínseco a la naturaleza del ejército. Los víveres son importantes para la subsistencia inmediata; pero para que el conjunto de un contingente militar sobreviva a lo largo del tiempo, el flujo continuo de hombres y equipos es aún más importante. Estos últimos suministros sólo pueden proceder de fuentes determinadas, mientras que hay muchas formas de obtener los primeros; este hecho contribuye a explicar la influencia que la base ejerce sobre las operaciones militares.

Por grande que sea esta influencia, no hay que olvidar nunca que tarda tiempo en ejercer un efecto decisivo, lo que plantea la cuestión de lo que debe hacerse mientras tanto. Por ello, el valor de una base operativa raramente determina la elección de una operación; esto sólo se hará cuando se pida lo imposible. Las dificultades normales que puedan surgir en este ámbito se abordarán en relación con el resto de los medios disponibles. Esta clase de obstáculos tienden a desvanecerse ante victorias decisivas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LÍNEAS DE COMUNICACIÓN

Las carreteras que conducen desde la posición de un ejército hacia las fuentes principales de víveres y repuestos, que probablemente serán las elegidas por ese ejército en caso de retirada, cumplen dos funciones. En primer lugar, son *líneas de comunicación* que sirven al mantenimiento de las fuerzas; y en segundo lugar son *líneas de retirada*.

En el capítulo anterior señalé que un ejército, pese al actual sistema de obtención de suministros sobre el terreno, debe todavía considerarse como inseparable de su base operativa. Las líneas de comunicación forman parte de esta unidad. Enlazan al ejército con su base y deben considerarse como sus arterias. Las carreteras se utilizan continuamente para efectuar toda clase de entregas, para mover convoyes de munición, desplazar destacamentos hacia el frente y la retaguardia, para enviar correos y mensajeros, y para instalar en sus proximidades hospitales y depósitos, reservas de munición y personal administrativo. Todas estas cosas son vitales para el ejército.

Por tanto, estas arterias no deben cortarse de forma permanente ni tampoco deben ser demasiado largas o difíciles de usar. Un camino largo supone siempre un dispendio de energía que tiende a perjudicar el estado de situación del ejército.

En su función de líneas de retirada, los caminos son en realidad la retaguardia estratégica del ejército.

Para los dos fines, el valor de los caminos estriba en su *longitud*, su *número* y su *orientación* (la dirección general hacia la que avanzan y la que mantienen cuando están cerca del ejército); también influyen su *estado*, las *dificultades del terreno*, la *situación* y el *carácter de los habitantes de la región* y la importancia de la *cobertura* prestada por fortificaciones o accidentes naturales.

No todos los caminos y senderos que llevan desde el ejército hasta sus fuentes vitales pueden considerarse líneas de comunicación. Sin duda, pueden utilizarse como tales y clasificarse como suplementarias dentro del sistema; pero éste consta únicamente de carreteras en las que se hayan establecido servicios militares. Las únicas líneas de comunicación genuinas son aquellas a lo largo de las cuales se hayan instalado depósitos y hospitales, puntos de enlace, servicios postales, puestos de mando, policías de campaña y guarniciones. En este punto es oportuno señalar la muy importante y a menudo olvidada diferencia que hay entre un ejército que opera en su territorio y otro que actúa en territorio enemigo. En territorio propio también se establecen líneas de comunicación, como es lógico, pero el ejército no está necesariamente atado a ellas; en caso necesario puede abandonarlas en favor de cualquier otro camino. Al fin y al cabo, siempre está en territorio propio, en todas partes puede confiar en sus oficiales y siempre será acogido con buena voluntad. Aunque las otras carreteras no sean tan buenas y no se ajusten tan bien a las necesidades del ejército, al menos siempre pueden utilizarse; si cambia la posición de las fuerzas o si hay que desplazar el frente, nunca se considerará *imposible* emplear esas carreteras. Pero en territorio enemigo, las únicas líneas de comunicación en las que el ejército podrá normalmente confiar son las carreteras por las que se adentró y diferencias pequeñas e insignificantes pueden en este caso ejercer una influencia muy considerable.

A medida que se adentra en territorio enemigo, el ejército va estableciendo y protegiendo sus líneas de comunicación esenciales. Aunque inspiren miedo y terror, estas medidas pueden presentar el carácter de necesidad inexorable a los ojos de los habitantes

de la zona a quienes incluso es posible persuadir de que constituyen una mejora sobre los males generales de la guerra. Pequeñas guarniciones dispersas mantienen y refuerzan el sistema. Si, por el contrario, los comisarios, oficiales de mando, policías, puestos de seguridad y funcionarios administrativos tuviesen que enviarse a cierta distancia por carreteras no utilizadas por el ejército, los habitantes locales los verían como una carga innecesaria. Y salvo que alguna derrota o catástrofe grave haya reducido el país a un estado de terror, tales funcionarios y oficiales serían tratados con hostilidad, golpeados y expulsados. Para asegurar la nueva carretera, es necesario ante todo instalar guarniciones, que deberán ser mayores de lo normal; no obstante, el riesgo de que la población local se subleve es omnipresente. En resumen, un ejército que avanza en territorio enemigo no está preparado para exigir obediencia. Ha de instalar su propia administración y deber hacerlo con la autoridad que le dan sus armas. Esto no se puede lograr en todas partes e inmediatamente, sino que exige sacrificios y plantea dificultades. Se desprende de todo ello que, en territorio enemigo, el ejército está menos capacitado que en su propio país para pasar de una base a otra cambiando el sistema de comunicaciones, si es que es posible semejante cambio. El efecto general será de mayor limitación en los movimientos y de mayor vulnerabilidad frente a las maniobras envolventes.

Incluso la selección y organización inicial de las líneas de comunicación está limitada por varios factores. No sólo debe seguir en líneas generales las carreteras más importantes, sino que la red funcionará tanto mejor cuanto mejores y más anchos sean los caminos, mayores y más prósperas las ciudades que enlazan y más numerosos los puntos fuertes que los cubren. La elección se ve también muy influenciada por la presencia de ríos utilizables como vías de transporte y de puentes como puntos de paso. Por tanto, la posición de las líneas de comunicación y, en consecuencia, la ruta que sigue un ejército invasor se pueden elegir libremente sólo hasta cierto punto; su localización exacta viene determinada por la geografía.

Es la suma de todos estos factores lo que hace fuerte o débil la comunicación entre el ejército y su base. El resultado en comparación con la situación del enemigo determina cuál de los dos bandos está mejor preparado para cortar las líneas de comunicación y hasta de retirada del contrario o, por utilizar la expresión técnica, para *envolverlo*. Sin contar ahora la superioridad

psicológica o física, esta maniobra sólo está al alcance del bando que cuente con mejores líneas de comunicación. En otras condiciones, el adversario neutralizará rápidamente el golpe.

Así como los caminos cumplen dos funciones, el movimiento envolvente puede tener dos objetivos: interrumpir o cortar las comunicaciones para que el ejército languidezca y muera y se vea obligado a retirarse; o cortar la propia retirada.

En cuanto al primer objetivo, hay que tener en cuenta que, con las técnicas de abastecimiento actuales, las interrupciones breves raramente tienen consecuencias; de hecho, deberá pasar cierto tiempo antes de que las pequeñas pérdidas individuales adquieran proporciones de importancia. El artificioso sistema de comunicaciones utilizado antiguamente obligaba a mantener miles de carretas en un continuo ir y venir y una sencilla operación de flanco bastaba para aniquilarlo. Pero ahora, aunque estas maniobras pueden tener éxito, raramente causan efectos apreciables. En el mejor de los casos permiten capturar un convoy y causar algunas dificultades locales, pero no la retirada.

Las operaciones de flanco, que siempre han sido más populares en los libros que en el campo de batalla, son ahora menos viables todavía. Sólo pueden considerarse peligrosas para líneas de comunicación muy largas y vulnerables; no obstante, su principal punto débil es la constante exposición a una población sublevada.

Al estudiar la posibilidad de cortar la retirada de un ejército, no hay que sobrevalorar el riesgo que suponen las líneas de retirada estrechas o amenazadas. La experiencia reciente ha dejado bien claro que si las tropas son buenas y los generales decididos, las probabilidades de que rompan el cerco superan a las de quedar atrapadas.

Los medios para acortar y proteger las líneas de comunicación extensas son muy limitados. La situación se alivia algo ocupando algunas plazas fuertes próximas a la posición del ejército y a los caminos que parten hacia su retaguardia o, si no hay plazas fuertes, fortificando puntos apropiados; tratando bien a la población y manteniendo una disciplina estricta en los caminos militares; administrando muy bien la zona y reparando constantemente las carreteras. Pero los riesgos jamás pueden eliminarse por completo.

Cuanto se ha dicho en relación con el abastecimiento sobre las carreteras por las que debe desplazarse el ejército es aplicable

también a las líneas de comunicación. Las mejores son las que viajan por los caminos más anchos y a través de las ciudades y las comarcas agrícolas más ricas. Estas clases de comunicaciones son preferibles incluso si suponen grandes rodeos y en la mayor parte de los casos determinan las medidas específicas de despliegue del ejército.

LIBRO VI LA DEFENSA

El Concepto de
Ataque y Defensa

CAPÍTULO UNO

ATAQUE Y DEFENSA

1. EL CONCEPTO DE DEFENSA

¿Qué es la defensa? El hecho de parar un golpe. ¿Cuál es su rasgo característico? El esperar el golpe. Ésta es la característica que convierte en defensiva a cualquier acción; es el único rasgo que permite distinguir en la guerra la defensa del ataque. La defensa pura, sin embargo, sería totalmente contraria al concepto de guerra, puesto que significaría que es un solo bando el que lucha. Por tanto, en la guerra la defensa sólo puede ser relativa y el rasgo característico de la espera debería aplicarse solamente al concepto base, no a todos sus componentes. Un combate parcial es defensivo si esperamos el avance, la carga del enemigo. Una batalla es defensiva si esperamos el ataque, es decir, si esperamos la aparición del enemigo ante nuestras líneas y dentro del alcance de nuestro fuego. Una campaña es defensiva si esperamos que el enemigo invada nuestro teatro de operaciones. En cada uno de estos casos la característica de esperar y parar el golpe se corresponde con la idea general sin entrar en conflicto

con el concepto de guerra, pues el hecho de esperar la carga contra nuestras bayonetas y el ataque sobre nuestra posición y teatro de operaciones puede resultar beneficioso para nosotros. Pero, si realmente estamos librando una guerra, debemos devolver los golpes del enemigo; y estos actos ofensivos en una guerra defensiva se sitúan bajo el encabezamiento de «defensa»; en otras palabras, nuestra ofensiva tiene lugar en nuestra posición o teatro de operaciones por tanto en una campaña defensiva caben batallas ofensivas y en una batalla defensiva podemos emplear nuestras divisiones de manera ofensiva. Incluso si permanecemos en una posición defensiva aguardando el ataque del enemigo, nuestras balas toman la ofensiva. Por tanto, la forma defensiva de la guerra no es un simple escudo, sino un escudo compuesto de golpes bien dirigidos.

2. VENTAJAS DE LA DEFENSA

¿Cuál es el objeto de la defensa? Conservar algo. Resulta más sencillo mantener una posición que tomarla. De ello se deduce que, suponiendo que ambos bandos cuenten con los mismos medios, la defensa resulta más fácil que el ataque. ¿Por qué razón conservar y proteger es mucho más fácil? La respuesta nos la da el hecho de que el tiempo que transcurre sin ser utilizado favorece al defensor. Éste cosecha donde no había sembrado. Cualquier ausencia de ataque, ya sea por error de cálculo, miedo o indolencia, beneficia al defensor. Este hecho salvó a Prusia más de una vez durante la guerra de los Siete Años. Es una ventaja que hunde sus raíces en el concepto y objeto de la defensa: está en la naturaleza misma de toda acción defensiva. En la vida diaria, y especialmente en los pleitos (que tanto se parecen a la guerra), esta idea se resume con el proverbio latino *beati sunt possidentes*. Otra ventaja, que en este caso surge únicamente de la naturaleza de la guerra, se deriva de la ventaja de la posición que suele favorecer al defensor.

Esbozados ya estos conceptos generales, pasemos ya a la sustancia.

Desde un punto de vista táctico, cualquier combate, grande o pequeño, es defensivo si dejamos la iniciativa a nuestro enemigo y esperamos su aparición delante de nuestras líneas. Desde ese momento podemos utilizar todos los medios ofensivos sin

perder las ventajas de la defensa, es decir, las ventajas de esperar y las ventajas de la posición. En estrategia, la campaña sustituye al combate y el teatro de operaciones a la posición. En el siguiente estadio, la guerra en su conjunto sustituye a la campaña y la totalidad del país al teatro de operaciones. En ambos casos, sigue siendo válido lo que era válido para la defensa en táctica.

Ya hemos esbozado, en términos generales, la idea de que la defensa es más fácil que el ataque. Pero la defensa tiene un fin pasivo: la conservación; y el ataque uno positivo: la conquista. El último aumenta nuestra capacidad bélica; el primero no. Por tanto, para establecer la relación de manera precisa, *debemos decir que la forma defensiva de la guerra es intrínsecamente más fuerte que la ofensiva*. Este es el punto que estamos intentando resaltar porque, aunque esté implícito en la naturaleza de la cuestión y la experiencia lo haya confirmado una y otra vez, entra en contradicción con la opinión predominante, lo que demuestra cómo los escritores superficiales pueden llevar a confusión.

Si la defensa es la forma fuerte de la guerra pero tiene un objeto negativo, deberíamos utilizarla sólo mientras nuestra debilidad nos obligue a ello y abandonarla tan pronto como seamos lo suficientemente fuertes como para perseguir un objetivo positivo. Cuando se han utilizado con éxito las medidas defensivas, normalmente se crea una relación de fuerzas más favorable; por tanto, el curso natural de la guerra es comenzar defendiendo y terminar atacando. En consecuencia, entraría en contradicción con la misma idea de guerra considerar que la defensa constituye el fin último de la guerra, como también lo haría el considerar la naturaleza pasiva de la defensa como algo no solamente propio del conjunto sino también de cada una de sus partes. En otras palabras, una guerra en la que las victorias se utilizasen sólo defensivamente sin la intención de contraatacar, sería tan absurda como una batalla en la que el principio de defensa absoluta (es decir, la pasividad) dictase todas las acciones.

La solidez de esta idea general podría ser puesta en entredicho citando muchos ejemplos de guerras en las que el fin último de la defensa era puramente defensivo, sin que en ningún momento se pensase en una contraofensiva. Esta línea de argumentación sería posible si nos olvidásemos de que estamos discutiendo un concepto general. Los ejemplos que se po-

drían citar para probar lo contrario serían de casos en los que la posibilidad de una contraofensiva simplemente no se había dado todavía.

Por ejemplo, en la Guerra de los Siete Años o al menos en los últimos tres años, Federico el Grande no pensó en pasar a la ofensiva. De hecho, creemos que en esta guerra siempre consideró las ofensivas únicamente como un mejor medio de defensa. Esta actitud venía dictada por la situación general; y resulta natural que quien está al mando de un ejército se concentre únicamente en sus necesidades inmediatas. Sin embargo, no podemos contemplar este ejemplo de defensa a gran escala sin especular sobre la idea de que una posible contraofensiva contra Austria pudo haber estado en su misma base y sin llegar a la conclusión de que todavía no había llegado el momento para pasar a la ofensiva. El hecho de que se firmase la paz demuestra que ésta no era una suposición carente de fundamento: ¿qué otra cosa podía haber inducido a los austríacos a firmar la paz sino el pensamiento de que sus fuerzas no podían por sí solas derrotar el talento del rey, de que en cualquier caso tendrían que incrementar sus esfuerzos; y de que cualquier relajamiento no podría sino costarles más pérdidas territoriales? De hecho, ¿cabe alguna duda de que Federico habría intentando aplastar a los austríacos en Bohemia y Moravia si Rusia, Suecia y el ejército imperial no lo hubieran obligado a desviar sus energías?

Una vez definido el concepto de defensa y señalados sus límites, volvamos de nuevo a nuestra afirmación de que la defensa es *la forma más fuerte de hacer la guerra*.

El análisis y la comparación detallados del ataque y la defensa demostrarán más allá de toda duda que esta afirmación es correcta. Por el momento, nos limitaremos a indicar lo incongruentes que resultan los puntos de vista opuestos cuando son contrastados con la experiencia. Si el ataque fuese la forma más fuerte no tendría sentido utilizar la defensa, puesto que su fin es únicamente pasivo. Nadie querría hacer otra cosa que atacar: la defensa no tendría sentido. Por el contrario, resulta natural que el objetivo más importante se consiga a cambio del mayor sacrificio.

Cualquiera que se considere lo suficientemente fuerte como para emplear la forma débil, el ataque, puede tener el objetivo más importante en mente; sólo aquéllos que necesitan de las ventajas de la forma fuerte, la defensa, pueden elegir el objetivo

más modesto. La experiencia demuestra que, dados dos teatros de operaciones, prácticamente no se conoce el caso de que el ejército débil ataque y el fuerte permanezca a la defensiva. Lo contrario, sin embargo, ha ocurrido en todas partes y demuestra claramente que los estrategas al mando de los ejércitos aceptan que la defensa es la forma fuerte, incluso si personalmente preferirían atacar.

En los capítulos siguientes trataremos algunos otros puntos relacionados con esta cuestión.

CAPÍTULO DOS

LA RELACIÓN ENTRE EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA TÁCTICA

En primer lugar, examinaremos los factores que conducen a la victoria en un combate.

De momento, no nos interesan la superioridad numérica, el valor, el adiestramiento ni otras cualidades de un ejército. Como regla general, ninguna de ellas depende de la parte del arte de la guerra que aquí nos interesa; en cualquier caso, tendrían el mismo peso en el ataque y en la defensa. Ni siquiera es relevante *la superioridad numérica general*, puesto que los efectivos son normalmente una cantidad dada que no depende del comandante. Además, estas cuestiones no tienen un peso especial en el ataque y la defensa. Sólo tres cosas producen, a nuestro juicio, ventajas decisivas: *la sorpresa, la ventaja del terreno y el ataque concéntrico*.

La sorpresa se hace efectiva cuando de repente en un punto nos situamos frente al enemigo con más tropas de las que esperaba. Este tipo de superioridad numérica es muy distinto de la superioridad numérica en general: es el medio más poderoso del

arte de la guerra. Las formas en que la ventaja del terreno contribuye a la victoria resultan obvias, pero debe tenerse en cuenta que se trata de algo más que de obstáculos a un ataque: laderas empinadas, altas montañas, arroyos cenagosos, setos y otros obstáculos similares. El terreno también puede sernos útil al permitirnos mantener oculta nuestra posición; incluso un terreno sin rasgos característicos puede proporcionar alguna ventaja a quienes estén familiarizados con él. El ataque concéntrico comprende todos los movimientos tácticos envolventes, grandes y pequeños; su efectividad se debe en parte a la doble eficacia del fuego cruzado y en parte al miedo de quedar incomunicados.

¿Qué relación hay entre estas cuestiones y la defensa y el ataque?

Si tenemos en cuenta los tres elementos de la victoria descritos anteriormente, la respuesta debe ser la siguiente: los factores primero y tercero favorecen al atacante sólo en una pequeña parte, mientras que en su mayor parte favorecen al defensor; el segundo factor sólo está a disposición del defensor.

La única ventaja con que cuenta el atacante es que es libre de atacar en cualquier punto de la línea de defensa y con todas sus fuerzas: el defensor, por su parte, puede sorprender constantemente, durante el curso del combate, a su enemigo mediante la potencia y dirección de sus contraataques.

Para el atacante resulta más fácil que para el defensor rodear y aislar el conjunto de las fuerzas enemigas: el último está atado a su posición y por ello ofrece un objetivo al atacante, pero el movimiento envolvente del atacante y las ventajas que éste supone son sólo aplicables a la posición en su conjunto puesto que en el curso de un combate resulta más fácil para el defensor atacar segmentos de las fuerzas enemigas de forma concéntrica, pues, *como ya hemos dicho, el defensor está mejor situado para sorprender mediante la potencia y dirección de sus propios ataques*.

Resulta evidente que es el defensor quien se beneficia principalmente del terreno. Su mayor capacidad de producir sorpresa, gracias a la potencia y dirección de su propio ataque, se deriva del hecho de que el atacante debe aproximarse por carreteras y caminos por lo que puede ser observado fácilmente; la posición del defensor, por el contrario, permanece oculta y es prácticamente invisible para su enemigo hasta que llega del momento decisivo. Desde que se adoptó el método correcto de defensa, el reconocimiento ha pasado de moda o, para ser más exactos, ya

no es factible. Todavía se hace algún reconocimiento aquí y allá, pero generalmente apenas proporcionan información. Y, sin embargo, no importa lo grande que sea la ventaja de elegir libremente el terreno para una posición y de poder familiarizarse con él antes de la acción, como no importa lo evidente que resulte que el defensor, desde la posición oculta que ha seleccionado, necesariamente sorprenderá más que el atacante; la vieja idea persiste: una batalla aceptada es considerada como medio perdida. Ello se debe al tipo de defensa practicada hace veinte años y, en cierta medida, también en la guerra de los Siete Años. En ese momento la única ventaja que se buscaba en el terreno era que dificultase la aproximación al frente (mediante laderas empinadas, etc.). La escasa profundidad de las posiciones y las dificultades a la hora de manejar los flancos propios debilitaban tanto a los ejércitos que éstos tenían que esquivarse mutuamente entre colina y colina, lo que empeoraba aún más las cosas. Una vez que se había asegurado algún tipo de apoyo para los flancos, el ejército se desplegaba como se estira la tela en un bastidor y todo dependía de que el enemigo no rompiera sus líneas. El terreno defendido era considerado un valor en sí mismo y debía defenderse en su totalidad. Por tanto, en la batalla no había lugar para el movimiento o la sorpresa. Era justamente lo contrario de lo que puede ser una buena defensa y de lo que, de hecho, ha sido la defensa recientemente.

La defensa parece caer en el descrédito cada vez que un estilo particular de llevarla a cabo queda obsoleto; eso es lo que sucedió en el caso descrito anteriormente. En su momento, ese método de defensa era realmente superior al ataque.

Si analizamos el desarrollo de la guerra moderna descubrimos que al principio (en la Guerra de los Treinta Años y en la Guerra de Sucesión española) el despliegue de un ejército y su disposición era uno de los principales elementos en una batalla. Era la parte más importante del plan de acción. Esto normalmente redundaba en beneficio del defensor porque sus fuerzas estaban desplegadas y en posición desde el principio. Con el aumento de la capacidad de maniobra de las tropas esta ventaja se perdió y durante un tiempo el ataque sería el que dominara. El defensor buscó entonces protección detrás de los ríos o de valles profundos o en las montañas. Recuperó así una notable ventaja que mantuvo hasta que el atacante adquirió tanta movilidad y pericia que podía aventurarse incluso en terreno abrupto

to y atacar en columnas separadas, lo que le permitía envolver al enemigo. De esta forma, la línea de batalla se fue haciendo cada vez más extensa, hasta que, como no podía ser de otra forma, al atacante se le ocurrió concentrarse en un número limitado de puntos y romper la posición poco profunda del enemigo. Así, por tercera vez, la ofensiva pasó a dominar, mientras que una vez más la defensa tuvo que cambiar sus métodos. Esto es lo que sucedió en las guerras más recientes. Las fuerzas se concentraban en grandes masas, la mayor parte de ellas sin desplegar y, siempre que fuera posible, en posiciones ocultas. El objeto era simplemente estar listo para cualquier ataque tan pronto como se tuviese constancia de que éste se preparaba.

Esto no excluye por completo la posibilidad de defender el propio terreno de una forma en parte pasiva, pues hacerlo así ofrece ventajas tan decisivas que, en el transcurso de una campaña, es un recurso que se utiliza frecuentemente. Pero, en general, la defensa pasiva del terreno ya no es dominante y esto es lo que aquí nos importa.

Si la ofensiva diese con algún nuevo método importante (lo que es poco probable a la vista de la simplicidad y necesidad intrínsecas que caracterizan hoy a todas las cosas), la defensa tendría que cambiar también sus métodos, pero siempre tendría la certeza de contar con la ventaja del terreno, lo que en general garantizará su superioridad natural; pues hoy en día las peculiaridades de la topografía y del terreno tienen un mayor efecto sobre la acción militar del que han tenido nunca.

CAPÍTULO TRES

LA RELACIÓN ENTRE EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA ESTRATEGIA

Empecemos de nuevo examinando los factores que garantizan el éxito estratégico.

Como ya hemos señalado anteriormente, en la estrategia no existe nada llamado victoria. Parte del éxito estratégico radica en la oportuna preparación de una victoria táctica; cuanto mayor es el éxito estratégico mayor es la probabilidad de un combate victorioso. El resto del éxito estratégico radica en la explotación de una victoria obtenida. Cuanto más capaz es la estrategia de explotar, gracias a su ingenio, una batalla victoriosa, cuanto más se pueda arrebatar del edificio desplomado una vez destruidos sus cimientos por la acción, mayor será la cosecha que se obtiene de la victoria conseguida con tanto esfuerzo y, por tanto, mayor será el éxito. Los principales factores que hacen posible o facilitan dicho éxito y, por tanto, los principales factores de la eficacia estratégica, son los siguientes:

1. La ventaja del terreno.
2. La sorpresa, ya sea mediante el asalto o mediante el despliegue en ciertos puntos de fuerzas de magnitud inesperada.

3. El ataque concéntrico (los tres primeros factores son los mismos que señalamos en relación con la táctica).

4. El fortalecimiento del teatro de operaciones mediante la construcción de plazas fuertes, con todo lo que éstas suponen.

5. El apoyo popular.

6. La explotación de factores morales¹.

¿Qué relación existe entre el ataque y la defensa por lo que respecta a estos factores?

En la estrategia, como en la táctica, la defensa disfruta de la ventaja del terreno, mientras que el ataque cuenta con la ventaja de la iniciativa². Sin embargo, cabe señalar que tanto la sorpresa como la iniciativa son infinitamente más importantes y eficaces en la estrategia que en la táctica. La iniciativa táctica rara vez puede traducirse en una victoria importante, pero la estratégica a menudo ha acabado con la guerra de un solo golpe. Por otra parte, el uso de este mecanismo presupone que el enemigo cometa errores *importantes, decisivos y excepcionales*. En consecuencia, no hará mucho por inclinar la balanza en favor del ataque.

De nuevo, la capacidad de sorprender al enemigo mediante la concentración de fuerzas superiores en ciertos puntos es comparable con lo que ocurría en la táctica. Si el defensor se viese obligado a desplegar sus fuerzas en diversos puntos de acceso, el atacante obtendría obviamente la ventaja de poder lanzar el grueso de sus fuerzas contra cualquiera de ellos.

También en este sentido, el nuevo sistema de defensa ha introducido, mediante su nuevo enfoque y de forma imperceptible, nuevos principios. Cuando el defensor no tiene motivos para creer que su enemigo podrá avanzar a lo largo de una carretera mal guarnecida para ocupar un importante depósito de municiones o tomar un punto fuerte o incluso una capital de impro-

¹ Cualquiera que haya aprendido estrategia tomando como referencia a Herr von Bülow no comprenderá por qué hemos omitido toda referencia a las enseñanzas de Bülow. Pero no es culpa nuestra si Bülow se ocupa sólo de asuntos menores. La perplejidad es la misma que la que sentiría un aprendiz si buscase en el índice de un libro de aritmética y no encontrara una entrada para las reglas prácticas como las regla de tres o la de nueve. Pero las opiniones de Herr von Bülow apenas pueden considerarse reglas prácticas. Si hemos hecho la comparación ha sido por otros motivos. [N. de Clausewitz.]

² El término alemán es *überfall* (ataque por sorpresa), que Clausewitz emplea aquí en sentido general. [N. de los eds.]

viso; cuando, por tanto, no se ve obligado a atacar al enemigo en la carretera elegida por éste para evitar que quede cortada su retirada, entonces no hay razón para que divida sus fuerzas. Si el atacante elige una carretera en la que no espera encontrarse con el defensor, este último todavía puede salir a su encuentro con todas sus fuerzas unos días más tarde. De hecho, puede estar seguro de que, en la mayoría de los casos, será el propio atacante el que intentará que el combate se produzca. Pero si por cualquier razón el atacante tiene que avanzar con sus fuerzas divididas (y con frecuencia los problemas de abastecimiento no le dejan otra salida) el defensor obviamente se beneficia de su capacidad de atacar con el grueso de sus fuerzas a una parte de su enemigo.

En la estrategia, cambia en gran medida la naturaleza de los ataques por el flanco y por la retaguardia en un teatro de operaciones.

1. Se elimina el efecto del fuego cruzado, puesto que no se puede disparar de un extremo al otro del teatro de operaciones.
2. Existe menos riesgo de quedar cercado puesto que en la estrategia, a diferencia de lo que ocurre en la táctica, no se pueden dejar incomunicadas zonas completas.
3. Como la estrategia se desenvuelve en áreas mayores, la eficacia de las líneas interiores, que por definición son más cortas, se acentúa, y constituye un importante contrapeso frente a los ataques concéntricos.
4. Un nuevo factor nace de la vulnerabilidad de las líneas de comunicación, es decir, en las consecuencias de quedar cortado.

Como la estrategia se desenvuelve en áreas mayores, el ataque envolvente o concéntrico evidentemente sólo será posible para el bando que tome la iniciativa, en otras palabras, para el atacante. A diferencia de lo que sucede en la táctica, el defensor no puede rodear al que pretende cercarlo puesto que no puede desplegar sus fuerzas con la profundidad relativa requerida ni mantenerlas lo suficientemente ocultas. Pero ¿de qué le sirve al ataque su capacidad de realizar maniobras envolventes si sus recompensas no se materializan? Por tanto, en la estrategia no habría justificación alguna para llevar a cabo un ataque envolvente para obtener la victoria si no fuese por su efecto sobre las líneas de comunicación. Sin embargo, este factor rara vez es

importante en la primera fase, cuando el atacante se encuentra por primera vez con la defensa y ambos bandos se sitúan cara a cara en sus posiciones iniciales. Sólo empieza a tener peso en el curso de una campaña, cuando el atacante, en territorio enemigo, se convierte gradualmente en defensor. En ese momento, el nuevo defensor descubre que sus líneas de comunicación se debilitan, y el defensor original puede explotar esa debilidad una vez que ha pasado a la ofensiva. Pero es evidente que, como regla general, el mérito no recae en el defensor, pues se deriva de principios inherentes a la propia defensa.

El cuarto elemento, *las ventajas del teatro de operaciones*, beneficia naturalmente al defensor. Al iniciarse la campaña, el ejército atacante abandona su propio teatro de operaciones y sufre al tener que dejar detrás de sí sus plazas fuertes y depósitos. Cuanto mayor es el área de operaciones que debe atravesar, más se debilita como consecuencia de las marchas y de la merma que supone tener que destacar guarniciones. El ejército defensor, por el contrario, permanece intacto. Saca provecho de sus plazas fuertes, no hay nada que merme sus fuerzas y está más cerca de sus fuentes de aprovisionamiento.

El quinto principio, el apoyo de la población, no es necesariamente aplicable a toda defensa, pues una campaña defensiva puede llevarse a cabo en territorio enemigo. Sin embargo, este elemento se deriva sólo del concepto de defensa y es aplicable a la inmensa mayoría de los casos. Lo que entendemos por este principio es fundamentalmente (pero no exclusivamente) la efectividad de la milicia y del pueblo en armas. Además se reduce cualquier tipo de desgaste y todas las fuentes de suministro están más cerca y son más abundantes.

La campaña de 1812 nos sirve como lente de aumento, pues revela claramente cómo funcionan el tercero y cuarto de estos factores. Medio millón de hombres cruzaron el Niemen; sólo 120.000 lucharon en Borodino y un número aún menor llegó a Moscú.

De hecho, se podría decir que el resultado de este enorme esfuerzo fue tan grande que, incluso si los rusos no hubieran realizado a continuación su propia contraofensiva, hubieran estado a salvo de cualquier nueva invasión durante mucho tiempo. Por supuesto, ningún país europeo, excepto Suecia, cuenta con una posición similar a la de Rusia; pero el principio es universal y varía sólo en grado.

Por lo que respecta a los factores cuarto y quinto, se podría añadir que estas ventajas son relevantes en el caso básico de defensa en el propio país. Si la defensa se traslada a territorio enemigo y hace uso de operaciones ofensivas, se transformará en una nueva desventaja para la ofensiva de la misma manera que sucedía con el tercer elemento. La ofensiva no se compone únicamente de elementos activos de la misma manera que la defensiva no consta únicamente de elementos pasivos. De hecho, cualquier ataque que no conduce inmediatamente a la paz acaba en defensa.

Así, si todos los elementos de la defensa utilizados durante una ofensiva se debilitan por el mero hecho de que forman parte de la ofensiva, deben ser considerados otra desventaja general de esta última.

No se trata de una nimiedad. Lejos de serlo, constituye la principal desventaja de cualquier acción ofensiva. Por tanto, cuando se planifica un ataque estratégico, debería prestarse desde el principio mucha atención a este punto, es decir, a la defensa que sucederá al ataque. Trataremos este asunto con más detenimiento en el libro sobre planeamiento estratégico.

En ocasiones, el comandante puede utilizar las importantes fuerzas morales presentes en la guerra como estímulo para animar a sus tropas. Estas fuerzas están presentes tanto en el bando de la defensa como en el del ataque; se puede decir al menos que las que favorecen especialmente al ataque, como el pánico y la confusión en las filas del enemigo, no surgen normalmente hasta después de que se ha producido el golpe decisivo, por lo que rara vez tienen mucho peso en su curso.

Todo esto debería bastar para justificar nuestra proposición de que *la defensa es una forma de guerra más fuerte que el ataque*. Pero todavía tenemos que mencionar un factor menor al que todavía no hemos hecho referencia. Se trata del valor: la sensación de superioridad de un ejército que nace del hecho de saber que se posee la iniciativa. Esta afinidad es real pero pronto se ve oscurecida por el mayor efecto que sobre la moral de un ejército tienen las victorias o las derrotas y por el talento o la incompetencia del comandante.

CAPÍTULO SEIS

EL ÁMBITO DE LOS RECURSOS DE DEFENSA

En los capítulos dos y tres de este libro hemos demostrado que la defensa goza de una superioridad natural en el empleo de los recursos (a parte de la fortaleza y calidad absolutas de las fuerzas) que determinan el éxito táctico y estratégico. Entre ellos cabe citar la ventaja del terreno, la sorpresa, el ataque concéntrico, las ventajas del teatro de operaciones, el apoyo de la población y la utilización de fuerzas morales. Puede resultar útil echar otro vistazo al abanico de recursos que están principalmente a disposición del defensor. Pueden compararse con los diversos tipos de pilares sobre los que descansa su edificio.

1. *La milicia*. En épocas recientes la milicia se ha utilizado no sólo en el propio país, sino también para invadir el territorio enemigo y no puede negarse que su organización en algunos países, en Prusia por ejemplo, es tal que prácticamente puede considerarse como parte del ejército regular. En esos casos no es meramente un instrumento de defensa. Además, no debería olvidarse que su empleo vigoroso en los años 1813, 1814 y 1815

tuvo su origen en la guerra defensiva; que sólo en una minoría de países está organizada como en Prusia; y que, cuando su organización es imperfecta, es más adecuada para la defensa que para el ataque. Pero dejando esto a un lado, el concepto de milicia encarna la idea de una participación extraordinaria y, en gran medida, voluntaria del conjunto de la población en la guerra, con su fuerza física, su riqueza y su lealtad. Cuanto menos responda la institución a este modelo más se parecerá la milicia a un ejército regular con otro nombre. Tendrá entonces las ventajas de un ejército regular, pero carecerá de las ventajas de una verdadera milicia: una reserva de fuerza más amplia y mucho más flexible con un espíritu y una lealtad más fáciles de despertar. Estos factores constituyen los fundamentos de una milicia. Su organización debe dejar margen para la participación del pueblo. Si no es así, todas las grandes esperanzas que se pongan en ella se tornarán en desilusiones.

La estrecha relación entre la naturaleza popular de la milicia y el concepto de defensa es inconfundible, como también lo es el hecho de que es más fácil que una milicia así sea parte de la defensa que del ataque. Las cualidades en las que es superior al atacante se dejarán ver principalmente en el curso de la acción defensiva.

2. *Las plazas fuertes.* El papel jugado por las plazas fuertes del atacante se limita a las que están más cerca de la frontera y no es muy importante. La influencia de las plazas fuertes del defensor se extiende más hacia el interior de su país; por tanto, son muchas más las plazas fuertes que entran en juego y la contribución de cada una de ellas es incomparablemente mayor. Una plaza fuerte que atraiga y haga frente a un asedio a gran escala tendrá naturalmente mucho más peso en el desenlace de la guerra que una que está tan fortificada que sea claramente inexpugnable y que, por tanto, ni atraerá a las fuerzas del enemigo ni, mucho menos, las destruirá.

3. *El pueblo.* Aunque un único habitante de un teatro de operaciones no tiene, como regla general, más *influencia* perceptible sobre la guerra que una gota de agua en un río, la *influencia colectiva* de los habitantes de un país no es en absoluto desdénable, incluso cuando no se materializa en una insurrección popular. En el propio país todo funciona con más facilidad, a no ser que la población sea totalmente desafecta. No se hace nada, con o sin importancia, que pueda beneficiar al enemigo

salvo en caso de *fuerza mayor*, con lo que las tropas enemigas requieran deberán conseguirlo a costa de su propia fuerza y esfuerzos. El defensor puede tener todo lo que desee. Puede que no se le ofrezca voluntariamente como fruto de una lealtad entusiasta; normalmente se debe a una larga tradición de obediencia civil que es la segunda naturaleza del ciudadano, así como a órdenes del gobierno y a otras obligaciones no impuestas por el ejército. Pero la colaboración voluntaria, surgida de la adhesión sincera, tiene también siempre un gran valor; en particular, nunca faltará cuando no suponga sacrificios reales. Citemos un solo ejemplo que tiene gran importancia para la conducción de la operación: la información. No nos referimos tanto a una única *información* excepcionalmente significativa como al sinfín de pequeños contactos producto de las actividades diarias de nuestro ejército. Aquí, las relaciones estrechas del defensor con la población le proporcionan una superioridad general. La patrulla más pequeña, cada pelotón, cada centinela, cada oficial que lleva a cabo una misión, todos pueden recurrir a los habitantes locales para que les den noticias sobre amigos o enemigos.

Si pasamos de estas condiciones generales, que son siempre aplicables a los casos especiales en los que la población empieza a participar en la propia lucha, hasta alcanzar el nivel más alto en el que, como en el caso de España, es fundamentalmente la población la que combate, se comprenderá que no estamos hablando de una mera intensificación del apoyo popular sino de una auténtica nueva fuente de poder; lo que nos permite afirmar que:

4. *Un pueblo en armas o una milicia local* pueden ser considerados como un medio específico de defensa.

5. Finalmente, cabe citar a los *aliados* de un defensor como su fuente última de apoyo. Con esto no nos referimos al tipo ordinario de aliado que el agresor también posee sino al que tiene un *interés sustancial* en mantener la integridad territorial de su aliado. Si consideramos la comunidad de Estados en Europa, hoy en día no encontramos un equilibrio de poder y de esferas de influencia regulados sistemáticamente: no existe y su existencia a menudo se ha rechazado justificadamente; pero encontramos, sin lugar a duda, intereses principales y secundarios de Estados y de pueblos que se entrelazan de la forma más variada y cambiante. Cada punto de intersección enlaza conjuntos de intereses distintos y sirve para mantener el equilibrio entre ellos. Obviamente, el amplio efecto que tienen todos estos pun-

tos es el de dar cierto grado de cohesión al conjunto. Cualquier cambio debilitará necesariamente la cohesión en mayor o menor grado. La suma total de las relaciones entre Estados sirve así para mantener la estabilidad del conjunto más que para promover el cambio; al menos, generalmente esa *tendencia* estará presente.

Esta es la forma en la que sugerimos que debe interpretarse la idea del equilibrio de poder; y esta clase de equilibrio está llamada a emerger espontáneamente cada vez que un número de países civilizados mantengan relaciones multilaterales.

Hasta qué punto esta tendencia de interés común ayuda a mantener la situación existente en cada momento, es otra cuestión. Desde luego es posible imaginar cambios en las relaciones entre determinados Estados que fortalecerían este efecto y otros que lo debilitarían. Los primeros son los intentos de perfeccionar el equilibrio político y, como quiera que esos objetivos reflejan el interés común, la mayoría de las partes los apoyarán. Los segundos, sin embargo, constituyen desviaciones, hiperactividad de determinados Estados, verdaderos casos de enfermedad; no debería extrañar que una entidad política constituida de manera laxa, como puede ser una multitud de Estados de diversos tamaños, padezca enfermedades: después de todo, éstas están también presentes en el conjunto orgánico maravillosamente estructurado de toda criatura viviente.

Por supuesto, cabría objetar que la historia está llena de ejemplos de determinados Estados que han llevado a cabo cambios individuales que sólo les han beneficiado a ellos mismos sin que los demás hicieran el menor esfuerzo por obstaculizados. Ha habido casos en los que un solo Estado se ha hecho tan poderoso que prácticamente podía imponerse al resto. Podríamos responder que esto no refuta la tendencia que tienen los intereses comunes a apoyar el orden establecido; todo lo que demuestra es que en ese momento la tendencia no era lo suficientemente eficaz. No es lo mismo aspirar a un objetivo que ir en pos de él, pero esto no quiere decir que lo primero carezca de valor alguno, véase como muestra la dinámica de los cielos.

Consideramos, por tanto, que un estado de equilibrio tiende a mantener intacto el orden existente, suponiendo siempre que la situación original fuese de calma y de equilibrio. Una vez que se ha producido una perturbación y ha surgido tensión, es sin duda posible que la tendencia hacia el equilibrio cambie de di-

rección e intente producir un cambio particular. Sin embargo, es propio de la naturaleza de las cosas que dicho cambio afecte solamente a unos pocos Estados y nunca a la mayoría. La mayor parte de los Estados considerarán que el interés colectivo siempre representará y garantizará su estabilidad. De este modo también es seguro que, a la hora de defenderse, cada Estado en particular cuyas relaciones con el resto ya no sean tirantes se encontrará con que tiene más amigos que enemigos.

Alguien podría reírse de estas reflexiones y considerar que son sueños utópicos, pero lo haría a costa de la verdad filosófica. La filosofía nos enseña a reconocer las relaciones que los elementos fundamentales mantienen entre sí y sería imprudente deducir de ahí leyes universales que gobiernen cada caso en particular, independientemente de influencias causales. Sin embargo, esta gente que como dijo un gran escritor «*nunca se sitúan por encima de la anécdota*», jamás llegarán a los factores generales que gobiernan la cuestión, ya que construyen toda la historia a partir de determinados casos, comenzando siempre por las características más llamativas, por los puntos álgidos de los acontecimientos y profundizan sólo hasta donde les conviene. En consecuencia, sus descubrimientos nunca serán válidos sino para un único caso; de hecho, considerarían un mero sueño una filosofía que abarcara la tendencia general de los distintos casos.

Si no fuera por ese esfuerzo común en pro del mantenimiento del *status quo*, nunca hubiera sido posible que varios Estados civilizados coexistieran pacíficamente a lo largo de un período de tiempo; habrían acabado fusionándose en un único Estado. El hecho de que Europa, tal y como la conocemos, haya existido durante más de mil años sólo puede explicarse por la acción de estos intereses generales; y, si la seguridad colectiva no siempre ha sido suficiente para mantener la integridad de cada Estado en particular, este hecho debería atribuirse a las irregularidades de la vida del sistema como un todo, que en lugar de destruirlo fueron absorbidos por él.

No es necesario recordar aquí las innumerables ocasiones en las que una reacción más o menos abierta de otros Estados impidió o anuló los cambios que podrían haber alterado gravemente el equilibrio. Una breve mirada a la historia bastaría para encontrarlas. Un caso, sin embargo, es digno de comentario (uno que siempre sacan a relucir quienes ridiculizan la idea misma del equilibrio político) porque constituye un ejemplo ex-

traordinariamente claro de cómo un país inofensivo y para nada agresivo pereció sin que ningún otro le prestara ayuda. Nos referimos a Polonia. El hecho de que un Estado de ocho millones de habitantes pueda desvanecerse y ser repartido entre otros tres sin que ninguno de los restantes Estados recurra a las armas puede parecer, a primera vista, un caso que prueba bien que el equilibrio político es en general ineficaz, o bien lo ineficaz que puede llegar a ser en ciertas circunstancias. El hecho de que un Estado tan grande pueda desvanecerse y caer presa de otros, entre los que se encontraban algunos de los más poderosos (Rusia y Austria), parece un caso extremo. Si un acontecimiento así fue incapaz de despertar el interés común de la comunidad de naciones, podría decirse que la efectividad del interés común a la hora de garantizar la supervivencia de Estados individuales es una ilusión. Sin embargo, insistimos en que un solo caso, por muy llamativo que sea, no puede invalidar un principio general; y consideramos además, que lo sucedido a Polonia no es tan extraño como parece. ¿Podía considerarse realmente a Polonia como un Estado europeo, un igual entre iguales en la comunidad europea de naciones? No: era un Estado tártaro, pero, en lugar de encontrarse a orillas del Mar Negro, como los tártaros de Crimea, en la periferia de la comunidad europea, se alzaba a orillas del Vístula. Diciendo esto no pretendemos menospreciar a los polacos ni justificar la partición de su país; nuestra única preocupación es enfrentarnos con los hechos. En el último siglo Polonia no ha jugado realmente un papel político; ha sido únicamente una causa de disensión entre otros Estados. Dada su situación y la clase de constitución que tenía, difícilmente podía mantener su independencia. Un cambio radical de esta situación, semejante a la de los tártaros, podía haberse producido en el espacio de cincuenta o cien años siempre que sus líderes hubieran estado dispuestos a ello. Sin embargo, eran demasiado tártaros como para desear tal cambio. Su caótica vida pública y su infinita irresponsabilidad iban de la mano, así que se los tragó el abismo. Mucho antes de que el país fuera dividido, los rusos hacían allí lo que querían. La idea de Polonia como un Estado independiente con fronteras con una cierta entidad ya no respondía a los hechos y es indudable que, si no hubiese sido dividida, Polonia se habría convertido en una provincia rusa. Si las cosas hubiesen sido de otra manera, si Polonia hubiese sido un país capaz de defenderse, las tres potencias no habrían acor-

dado tan alegremente su división y las potencias más interesadas en mantener su independencia (Francia, Suecia y Turquía) habrían podido colaborar para hacer posible su supervivencia, pero es pedir demasiado que sean únicamente los demás quienes mantengan la integridad de un Estado.

Durante más de un siglo se había discutido sobre la división de Polonia. Desde entonces, el país había perdido el carácter de domicilio particular para convenirse en una especie de camino público en el que los ejércitos enemigos podían entretenerse siempre que lo consideraran oportuno y de la manera que más les apetecía. ¿Se supone que los otros Estados tenían que poner fin a eso? ¿Se supone que tenían que estar continuamente en armas con el fin de salvaguardar la inviolabilidad política de la frontera polaca? Eso hubiera sido pedir lo moralmente imposible. En esa época Polonia era, desde un punto de vista político, poco más que una estepa deshabitada. Esa llanura abierta situada en medio de otros Estados no podía ser protegida de sus incursiones, de la misma manera que su integridad política no podía ser garantizada por otros. Por todas estas razones la silenciosa muerte de Polonia no debería parecer más extraña que la del Estado tártaro de Crimea. Sin duda, los turcos estaban más interesados en Crimea de lo que lo estaba ninguno de los Estados europeos en salvar a Polonia; pero se dieron cuenta de que sólo sería un derroche de esfuerzos intentar proteger una estepa que no ofrecía resistencia.

Volviendo a nuestro tema principal: creemos que hemos demostrado que, por regla general, el defensor puede contar con la asistencia exterior más de lo que puede hacerlo el atacante; y cuanto más le importa al resto su supervivencia (es decir, cuanto más sólida y vigorosa es su situación política y militar) más seguro puede estar de su ayuda.

Naturalmente no todos los factores que hemos enumerado aquí como auténticos recursos de defensa están disponibles en todos los casos. Algunos pueden faltar en un caso, otros en otro; pero todos se sitúan bajo el encabezado general de defensa.

CAPÍTULO SIETE

LA INTERACCIÓN ENTRE ATAQUE Y DEFENSA

Ha llegado el momento de considerar por separado el ataque y la defensa, al menos en la medida en que puedan ser separados. Empezaremos por la defensa por las razones siguientes. Mientras que resulta natural y casi indispensable basar los principios de la defensa en los que rigen el ataque y viceversa, debe haber un tercer aspecto en relación con uno de ellos que sirva como punto de partida para toda la cadena de ideas y que la haga tangible. Por tanto, nuestra primera cuestión se refiere a este punto.

Examinar en abstracto cómo se origina la guerra. Fundamentalmente, el concepto de guerra no se origina en el ataque, ya que el objeto último del ataque no es la lucha, sino más bien la posesión. La idea de guerra surge de la defensa, que tiene en la lucha su objeto inmediato, puesto que luchar y rechazar equivalen obviamente a lo mismo. El rechazo se refiere a un ataque, que es por tanto requisito previo para el primero; el ataque, sin embargo, no se dirige a la defensa sino a un fin diferente: la posesión, que no es necesariamente un requisito previo para la

guerra. Por tanto, la naturaleza del caso es que el bando que introduce primero el elemento de guerra y cuyo punto de vista hace que existan dos partes, es también el bando que establece las leyes iniciales de la guerra. Ese bando es la *defensa*. Lo que está aquí en discusión no es un caso específico, sino uno general y abstracto que hay que postular para proponer una teoría.

Ya sabemos dónde buscar el punto de referencia que se sitúa fuera de la interacción entre ataque y defensa: se encuentra en la defensa.

Si este argumento es correcto, el defensor debe establecer reglas básicas para su conducta, incluso si no tiene ninguna idea sobre lo que el atacante pretende hacer, y estas reglas básicas deben incluir, sin duda, la disposición de sus fuerzas. El atacante, por el contrario, mientras no sepa nada sobre su adversario, no tendrá directrices en las que basar el uso de sus fuerzas y todo lo que puede hacer es llevar sus fuerzas con él. En otras palabras, tomar posesión por medio de su ejército. De hecho, esto es lo que realmente sucede: porque una cosa es reunir un ejército y otra utilizarlo. Un agresor puede llevar el ejército consigo por si tiene que utilizarlo y, aunque puede tomar posesión de un país por medio de su ejército en lugar de hacerlo mediante altos cargos, funcionarios y proclamas, en sentido estricto todavía no ha cometido un acto positivo de guerra. Es el defensor, quien no sólo concentra sus fuerzas sino que las dispone preparadas para la acción, el primero comete un acto que realmente se adecua al concepto de guerra.

Pasemos a la siguiente cuestión: ¿cuál es en teoría la naturaleza de las causas subyacentes que en un primer momento motivan la defensa, antes incluso de que se haya considerado la posibilidad de ser atacado? Obviamente es un avance del enemigo con vistas a tomar posesión, que hemos tratado como extraño a la guerra, pero que constituye la base para los pasos iniciales de la actividad militar. Dicho avance pretende disuadir a la defensa y por tanto debe concebirse en relación con el territorio; y esto es lo que produce las disposiciones generales iniciales de la defensa. Una vez que éstas han sido establecidas, el ataque se dirigirá contra ellas y unas nuevas normas básicas de defensa se basarán en el examen de los medios utilizados por el ataque. En este punto la interacción ya es evidente y los teóricos pueden continuar estudiándola mientras aparezcan nuevos resultados que hagan que el estudio siga mereciendo la pena.

Este breve análisis era necesario para proporcionar algo más de claridad y sustancia a la siguiente cuestión que trataremos; no está pensado para el campo de batalla ni para ningún futuro general sino para las legiones de teóricos que hasta el momento han tratado dichas cuestiones con demasiada ligereza.

CAPÍTULO QUINCE

LA GUERRA DEFENSIVA EN MONTAÑA

El terreno montañoso ejerce una fuerte influencia sobre la guerra; por tanto, el tema es importante para el teórico. Como quiera que esa influencia consiste en introducir un elemento que retarda las operaciones, pertenece fundamentalmente al ámbito de la defensa. Por tanto, trataremos aquí el asunto sin limitarnos al mero tema de la defensa de las montañas. Al abordar su estudio, como quiera que nuestro análisis ha llegado en ciertos aspectos a conclusiones no ortodoxas, tendremos que ocuparnos de la cuestión con cierto detenimiento.

Examinaremos en primer lugar los aspectos tácticos de la cuestión para pasar después a sus relaciones con la estrategia.

Sin duda, la reputación de eficacia y fuerza de la que disfruta la guerra defensiva en montaña se ha derivado tradicionalmente de dos factores principales. El primero, la dificultad de desplazar largas columnas a lo largo de carreteras de montaña; y el segundo, el extraordinario grado de fuerza que alcanza un pequeño puesto cuyo frente está cubierto por una ladera escarpada y cuyos flancos se apoyan en profundos barrancos. Tan

sólo las características del armamento y de la táctica en ciertos períodos han impedido que fuerzas importantes hicieran uso de su eficacia y fuerza.

Una columna avanza penosamente, a paso de tortuga, montaña arriba por gargantas angostas; artilleros y carreteros vociferan y juran mientras fustigan a sus bestias agotadas para que avancen a lo largo de sendas rocosas; cada carro averiado debe ser apartado a costa de un esfuerzo indescriptible, mientras el resto de la columna se queja y maldice. En un momento así, cada hombre piensa secretamente que, en esta situación, unos pocos cientos de soldados enemigos serían suficientes para provocar una derrota total. Aquí se puede ver el origen de la expresión utilizada por los historiadores que hablan de una garganta tan estrecha que un puñado de hombres podría rechazar a todo un ejército. Sin embargo, cualquiera que tenga experiencia en la guerra sabe, o debería saber, que una marcha así a través de las montañas tiene poco o nada que ver con un *ataque* en ellas. Sería erróneo inferir de esta dificultad *en particular* que un ataque sería incluso más difícil.

Naturalmente, un novato llegaría rápidamente a esta conclusión y también es normal que en ciertos períodos la práctica militar haya caído en el mismo error. En su momento, el fenómeno resultaba tan nuevo para el veterano como para el novato. Antes de la guerra de los Treinta Años, el orden de batalla profundo, la innumerable caballería, la tosquedad de las armas de fuego y otros factores hacían muy inusual la utilización de los principales obstáculos del terreno. La defensa metódica de las áreas de montaña, al menos con tropas regulares, era prácticamente imposible. Hasta que no empezó a utilizarse un orden de batalla más amplio y hasta que la infantería, y con ella las armas de fuego, se convirtió en el componente dominante de un ejército, nadie cayó en la cuenta del buen uso que se podía hacer de las elevaciones del terreno y de los valles. Incluso entonces fueron necesarios otros cien años, aproximadamente hasta mediados del siglo XVIII, para que se desarrollara todo su potencial.

El segundo aspecto, la gran resistencia que un pequeño puesto puede ofrecer en un punto casi inaccesible, reforzó la creencia en la gran eficacia de la defensa en las montañas. Parecía como si todo lo que había que hacer fuera aumentar el número de dichas posiciones con el fin de transformar un batallón en un ejército y una montaña en una cordillera.

Es innegable que en una zona montañosa un pequeño puesto situado en una posición favorable adquiere una fuerza excepcional. Una unidad que en campo abierto podría ser dispersada por un par de escuadrones de caballería y que se consideraría afortunada si lograra evitar la captura o aniquilación mediante una rápida retirada, en las montañas puede hacer frente a un ejército. Se podría decir que, con un cierto descaro táctico, podría exigir a todo un ejército el tributo militar de un ataque a gran escala, un envolvimiento, etc. La forma en que aumenta su poder de resistencia mediante obstáculos, apoyo de los flancos y nuevas posiciones tomadas a medida que se retira es una cuestión de táctica; aquí simplemente lo aceptamos como un hecho.

Era muy natural suponer que una serie de posiciones fuertes de este tipo darían como resultado un frente fuerte y prácticamente impenetrable. Simplemente había que evitar ser flanqueado por el enemigo, extendiendo la posición a derecha e izquierda hasta que alcanzasen puntos adecuados de apoyo o hasta que se considerase que la propia extensión era suficiente como para evitar el envolvimiento de la posición. En ese sentido, un área de montaña es muy tentadora; ofrece tal riqueza de posiciones defensivas, cada una de ellas mejor que la anterior, que es difícil saber dónde parar. Se acababa por ocupar y defender cada punto de acceso en un área dada y se creía que si se ocupaba un espacio de ochenta kilómetros o más con diez o quince puestos se estaría a salvo del horror del envolvimiento. Como estas posiciones parecían estar firmemente unidas entre sí por terreno inaccesible (las columnas no podían marchar por terreno quebrado) parecía que se hacía frente al enemigo con una muralla de bronce. Para mayor seguridad se conservaban un par de batallones de infantería, algo de artillería montada y una docena de escuadrones de caballería en reserva por si el enemigo lograba romper el frente por casualidad.

Nadie negará que el cuadro histórico descrito es bastante exacto y no puede afirmarse que ese error se haya dejado atrás por completo.

El propio desarrollo táctico desde la Edad Media, con el aumento del tamaño de los ejércitos, contribuyó también a fortalecer la aparente significación defensiva del terreno montañoso para las acciones militares.

La característica principal de la guerra defensiva en montaña es su carácter definitivamente pasivo. Por tanto, es natural que

se recurriera a ella antes de que los ejércitos alcanzasen su estado actual de movilidad. El número de tropas se había incrementado de forma progresiva y para utilizar su potencia de fuego cada vez se desplegaban más en líneas largas y estrechas, unidas de forma muy elaborada, y que hacían las maniobras difíciles si no imposibles. El despliegue de una intrincada maquinaria de este tipo podía llevar medio día; constituía la mitad de la batalla e incluía prácticamente todo lo que se puede encontrar en un plan de batalla moderno. Una vez logrado todo ello, resultaba difícil hacer cambios si las circunstancias variaban. En consecuencia, cuando un atacante se retrasaba a la hora de situar su línea de batalla, podía hacerlo sobre la base de la posición del defensor y este último no podía responder. El ataque adquiría así una superioridad total y todo lo que la defensa podía hacer era protegerse a sí misma por medio de obstáculos naturales. Nada servía a ese propósito general más eficazmente que las montañas. Por tanto, se pretendía, por así decirlo, la unión del ejército con un terreno adecuado; unidos hacían causa común, el batallón defendía la montaña y la montaña defendía al batallón. De este modo, un área montañosa confería un alto grado de fuerza a la defensa pasiva y no constituía en sí misma una desventaja, si exceptuamos la pérdida adicional de movilidad resultante, una movilidad que, en cualquier caso, nadie hubiera sabido usar con maestría.

En un choque entre dos sistemas opuestos, el bando expuesto, es decir, el más débil, siempre atrae el ataque del enemigo. Si los puestos de un defensor son fuertes e impenetrables, paralizados, por decirlo así, e inmóviles, el atacante se verá animado a envolverlos puesto que no tiene que preocuparse de sus propios flancos. De hecho, eso fue lo que sucedió y pronto estuvo al orden del día. Como respuesta, las posiciones se hicieron cada vez más extensas y su frente se volvió proporcionalmente más débil. Entonces el atacante cambió de método: ya no trataba de sobrepasar el flanco del enemigo extendiendo aún más sus propias líneas, sino que concentraba su fuerza sobre un sólo punto y rompía la línea. Ése era, en términos generales, el estadio alcanzado por la guerra defensiva en montaña al término de las guerras recientes.

De este modo, el atacante había vuelto a obtener completa superioridad gracias a su cada vez mayor movilidad. Sólo la movilidad podía fortalecer la defensa pero el terreno montaño-

so la imposibilita. Como consecuencia, la guerra defensiva en montaña ha sufrido una derrota (si es que podemos utilizar esta expresión); al igual que sucedió con frecuencia con los ejércitos que intentaron ese tipo de defensa durante las guerras de la Revolución.

Para no pecar de un exceso de celo y para que la presión de las obviedades no nos lleve a realizar afirmaciones que la experiencia puede desmentir en la práctica mil veces, debemos distinguir los efectos de la defensa en montaña de acuerdo con la naturaleza de cada caso.

La cuestión central que hay que dilucidar y la que arroja mayor luz sobre todo el asunto es si en la guerra defensiva en montaña la resistencia se concibe como relativa o absoluta, en otras palabras, ¿está pensada para durar sólo durante cierto tiempo o para acabar en una victoria definitiva? Las montañas son un lugar sumamente adecuado para la defensa del primer tipo debido al aumento del factor de fuerza. Por el contrario, para el segundo tipo no son, salvo contadas excepciones, en absoluto adecuadas.

En las montañas, cualquier movimiento es más lento y más difícil; lleva más tiempo y se realiza a tiro del enemigo, cuesta también más vidas. La resistencia que el atacante encuentra se mide en tiempo y vidas. Por tanto, el defensor tiene una clara ventaja en la medida en que es sólo el atacante el que se mueve; ventaja que desaparece tan pronto como el defensor tiene que moverse también. Un aspecto fundamental y necesario desde un punto de vista táctico es que la resistencia limitada permite una mayor pasividad que si se tuviera por objetivo la victoria total. Además, la pasividad puede continuar de forma indefinida hasta la misma conclusión del enfrentamiento, lo que resultaría imposible en el caso de la resistencia absoluta. La dificultad característica del terreno montañoso, una especie de elemento viscoso que atasca y anula la iniciativa, constituye por tanto el escenario ideal para este propósito.

Ya hemos señalado que un pequeño puesto puede adquirir una fuerza extraordinaria en terreno montañoso. Aunque su resultado táctico haya sido suficientemente demostrado, es necesaria una explicación: hay que distinguir si el tamaño de una unidad es pequeño en términos absolutos o relativos. Si una fuerza de un tamaño dado decide situar una sola unidad en un punto aislado, dicha unidad podrá ser atacada por el conjunto

de las fuerzas enemigas, en otras palabras, por unas fuerzas superiores en número, en comparación con las cuales resultará bastante pequeña. En ese caso, como regla general, como mucho puede esperar oponer una resistencia relativa pero no absoluta. Cuanto más pequeña es la unidad en relación con el grueso de las fuerzas de su propio ejército y con las fuerzas del enemigo, más válida será esta afirmación.

Pero incluso un puesto pequeño, en sentido absoluto, que se enfrente a un enemigo no mayor que él y que pueda esperar ofrecer una resistencia absoluta con el objetivo de lograr la victoria, estará mucho más cómodo en las montañas de lo que lo estaría un gran ejército. Hará un mucho mejor uso del terreno, como explicaremos con más detenimiento más adelante.

Por tanto, la conclusión que se desprende de lo anterior es que un puesto pequeño puede ser muy fuerte en terreno montañoso. Es evidente que esto puede tener un valor decisivo siempre que se necesite una resistencia *limitada*; pero ¿tendrá el mismo valor *decisivo* para la resistencia absoluta de un ejército? Esa es la cuestión que debemos investigar a continuación.

En primer lugar debemos formularnos otra pregunta: ¿sería un frente compuesto por varios puestos tan fuerte, en proporción, como cada uno de ellos, como se ha pensado hasta ahora? Sin duda no: esa suposición es el resultado de uno o dos posibles errores.

Por una parte, a menudo se confunde un área infranqueable con un área inaccesible. Aunque no se puede *marchar* en columna o con artillería o caballería, en la mayoría de los casos sí se puede avanzar con infantería o utilizar en cierta medida la artillería: los esfuerzos breves que suponen los movimientos durante una batalla no pueden medirse con los criterios de una marcha. La creencia de que los puestos disfrutaban de comunicaciones seguras entre sí se basa totalmente en un espejismo que pone en peligro sus flancos.

El otro error consiste en pensar que los pequeños puestos de una línea que son muy fuertes en el frente lo son también en sus flancos, ya que un barranco, un precipicio u otro obstáculo semejante constituyen buenos puntos de apoyo para un puesto pequeño. Pero ¿por qué? No porque hagan imposible el envolvimiento de un puesto, sino porque hacen que un movimiento envolvente tenga un coste en tiempo y esfuerzo que deberá ser calibrado en virtud de la significación del puesto. El enemigo

que, debido a la imposibilidad de un ataque frontal y a pesar de las dificultades del terreno, quiere y debe envolver un puesto de esas características puede necesitar perfectamente medio día para realizar esta maniobra y, aún así, puede que no sea capaz de lograrlo sin víctimas. Si un puesto de estas características depende de los apoyos o está pensado para resistir sólo durante un tiempo limitado o, por último, si su fuerza es igual a la del enemigo, los puntos de apoyo de los flancos habrán cumplido con su cometido y se podría afirmar, con razón, que el puesto era fuerte, no sólo en el frente, sino también en sus flancos. Sin embargo, no sucede lo mismo en el caso de una cadena de puestos que formen parte de una posición extensa en las montañas. En este caso no se cumplen ninguna de las tres condiciones. El enemigo ataca un único punto en superioridad; el apoyo desde la retaguardia es insignificante y, aún así, la situación exige una defensa absoluta. En esas condiciones, los puntos de apoyo del puesto no tienen ningún valor.

Ésta es la debilidad contra la que el ataque dirigirá sus golpes. Un ataque realizado por fuerzas concentradas y por tanto muy superiores, sobre un único punto del frente se encontrará con una feroz resistencia *si se mide por la resistencia de ese punto*; pero *si se mide en términos del conjunto, la resistencia es insignificante*. Una vez superada, se atraviesa la línea y se logra el objetivo.

De ello se desprende que la resistencia *limitada* es más eficaz en las montañas que en el llano; que es más eficaz, en términos relativos, en el caso de puestos pequeños; y que no aumenta proporcionalmente a las fuerzas que intervienen en ella.

Pasemos ahora al verdadero objetivo de cualquier gran combate: la victoria *positiva*. Éste debe de ser el objetivo de la guerra defensiva en montaña siempre que intervenga la totalidad o el grueso de las fuerzas. En ese caso, *la guerra defensiva en montaña se convierte automáticamente en una batalla defensiva en las montañas*. Su forma es ahora la de una batalla: la totalidad de las fuerzas están comprometidas con el propósito de aniquilar al enemigo y la victoria es el objetivo del combate. La guerra defensiva en montaña, en este caso, sólo es secundaria; ya no es el fin sino el medio. Si eso es así, ¿cuál es la relación entre el área de montaña y el fin?

De acuerdo con sus características, una batalla defensiva exige una reacción pasiva en el frente y una reacción cada vez

más activa en la retaguardia, pero el terreno montañoso tiende a producir parálisis. Dos factores entran en juego. En primer lugar no existen carreteras que permitan marchar rápidamente desde la retaguardia al frente, incluso un asalto táctico se ve dificultado por la naturaleza desigual del terreno. En segundo lugar, resulta imposible una observación continua de la zona y de los movimientos del enemigo. De este modo, el atacante obtiene las mismas ventajas del terreno que las que le han correspondido a nuestro frente, mientras que la mayor parte de la defensa está completamente paralizada. Un tercer factor entra entonces en juego: el riesgo de verse cortado. No importa lo mucho que el terreno montañoso favorezca una retirada ante la presión en el frente, no importa el tiempo que el enemigo pierda en intentar un movimiento envolvente. Estas ventajas sólo tienen importancia en el caso de una resistencia *relativa*, no tienen ningún peso en una batalla decisiva en la que la resistencia deba mantenerse hasta el final. Es cierto que las columnas de los flancos del enemigo tardarán un poco más en ocupar las posiciones que amenazan e incluso cortan nuestra retirada; pero una vez que llegue allí no habrá ayuda posible. Ninguna ofensiva desde la retaguardia podrá desalojarlo de los puntos que amenazan nuestra retirada; ningún asalto desesperado protagonizado por todas nuestras fuerzas podrá derrotarlo allí donde bloquea el camino. Aunque esto pueda parecer una contradicción, y alguien pueda pensar que las ventajas que las montañas ofrecen al atacante también deben estar al servicio de la fuerza que intenta cortar su retirada, no debería olvidarse lo distintas que son las circunstancias. La gran unidad que intenta bloquear una vía de acceso no pretende realizar una defensa *absoluta*; unas pocas horas de resistencia pueden ser suficientes. Su situación es, por tanto, la de un puesto pequeño. Además, su oponente ya no cuenta con todos sus medios; ha perdido su orden, la munición escasea, etc. En cualquier caso, las posibilidades de éxito son pocas; es este peligro el que hace que el defensor tema esta situación más que ninguna otra. Este temor está presente en todas y cada una de las fases de la batalla y debilita hasta el último músculo del contendiente. Sus flancos se vuelven excesivamente sensibles; de hecho, cada nuevo puñado de soldados que el atacante despliega, dentro del campo visual, en una ladera boscosa en la retaguardia contribuye a su victoria.

Estas desventajas desaparecerían en gran medida, mientras que todas las ventajas permanecerían, si la defensa de las montañas pudiese ser llevada a cabo por un ejército concentrado en una extensa altiplanicie. En ese caso sería posible contar con un frente fuerte, con flancos de difícil acceso y a la vez con una completa libertad de movimientos en el interior de la posición y en la retaguardia. Una posición así estaría entre las más fuertes posibles. Sin embargo, esto es poco más que una ilusión: aunque la mayoría de las cordilleras son en cierto sentido de más fácil acceso desde la retaguardia que subiendo por sus laderas, la mayor parte de las altiplanicies son, o demasiado pequeñas para tal fin o el término altiplanicie no ha sido bien aplicado ya que puede referirse a circunstancias geológicas antes que topográficas.

Como ya se ha señalado, las desventajas de una posición defensiva en las montañas tiende a disminuir en el caso de unidades pequeñas. La razón es que las fuerzas más pequeñas necesitan menos espacio, menos líneas de retirada, etc. Una montaña no es una cordillera ni tiene sus desventajas. Cuanto más pequeña sea la unidad, su posición se limitará más a montañas y sierras aisladas y menos obligada se verá a verse metida en ese denso laberinto boscoso de estrechas y profundas gargantas que es la fuente de todos esos problemas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LA GUERRA DEFENSIVA EN LA MONTAÑA
(CONTINUACIÓN)

Pasemos ahora a las consideraciones estratégicas que se derivan de las conclusiones tácticas desarrolladas en el capítulo anterior. Es preciso distinguir los siguientes aspectos:

1. La zona montañosa como campo de batalla.
2. El efecto que su posesión tiene sobre otras áreas.
3. Su eficacia como barrera estratégica.
4. Los problemas de aprovisionamiento que origina.

En el primero y más importante de estos aspectos debemos distinguir a su vez entre una batalla importante y combates secundarios.

En el capítulo anterior hemos señalado que en una *batalla decisiva*, el terreno montañoso no ayuda al defensor; al contrario, favorece al atacante. Esto contradice claramente la opinión generalizada; pero, como suele suceder, la opinión generalizada está en estado de confusión y no es capaz de distinguir entre los diversos

aspectos de una cuestión. La gente está tan impresionada por la poderosa resistencia de una pequeña unidad que dan por supuesto que todas las posiciones defensivas de montaña poseen esa fuerza extraordinaria. Se sorprenden cuando la existencia de dicha fuerza en el corazón de toda resistencia, la batalla defensiva, es puesta en entredicho. Por otra parte, siempre están dispuestos a culpar de la derrota en cualquier batalla defensiva en las montañas al increíble error de la guerra de posiciones o de cordón, ignorando por completo la fuerza de las circunstancias que la rodean. No nos preocupa el hecho de disentir totalmente de dichas opiniones. Por otra parte, nos complace haber encontrado apoyo en los escritos de un autor que, por diversas razones, merece respeto en la materia: el archiduque Carlos en sus crónicas de las campañas de 1796 y 1797. Carlos era un historiador solvente, un crítico perspicaz y, lo que es más importante, un buen general.

El defensor, aunque superado en número, ha reunido sus fuerzas deliberadamente y con gran esfuerzo con el fin de impresionar al atacante en el momento de la batalla decisiva, con su patriotismo, entusiasmo y aguda inteligencia. Es blanco de todas las miradas. Por tanto, no podemos sino considerar lamentable el hecho de que elija ocupar una posición en la zona nebulosa de una montaña muy boscosa, donde el implacable terreno estorbará sus movimientos y donde estará expuesto a innumerables formas de ataque por ese enemigo que le supera en número. La posibilidad de utilizar su inteligencia se limita a una única área: el pleno uso de los obstáculos naturales. Sin embargo, ese mecanismo hace que se aproxime peligrosamente a la guerra de posiciones o de cordón, que puede resultar ruinoso y debería evitarse a toda costa. Por tanto, en caso de una batalla decisiva, lejos de considerar el terreno montañoso como un refugio para el defensor, aconsejaríamos al general evitarlo siempre que sea posible.

Sin embargo, hay que admitir que no siempre es posible. El carácter de la batalla será entonces muy distinto del que habría sido en el llano. Sus posiciones serán mucho más amplias, normalmente con una longitud dos o tres veces mayor. La resistencia será mucho más pasiva y los contraataques menos violentos. Ésas son las condiciones inevitables del terreno montañoso; aún así, en una batalla semejante, la defensa no debería recurrir a la guerra defensiva en montaña. Al contrario, su principal característica en las montañas debería ser la de una disposición con-

centrada de sus fuerzas, librando una batalla *unificada* bajo un *único mando*, con las reservas suficientes para hacer que el resultado vaya más allá de un mero rechazo o acción de protección. Ésta es una condición indispensable pero muy difícil de cumplir; y, por el contrario, es tan fácil dejarse arrastrar a la guerra defensiva en montaña que no es sorprendente que suceda tan a menudo. Sin embargo, es tan peligroso, que las advertencias del teórico nunca resultarán exageradas.

Hasta aquí lo que se refiere a una batalla decisiva en la que interviene el grueso de las fuerzas.

Por el contrario, en el caso de combates de menor importancia y significación, las montañas pueden ofrecer infinitas ventajas, ya que no es necesaria la resistencia absoluta y no se producirán resultados decisivos. Clarifiquemos la cuestión enumerando los objetivos de dicha resistencia:

- a. Simplemente ganar tiempo. Es un objetivo muy común, siempre estará presente si una posición se constituye para reunir información y también en el caso en que se esperen refuerzos.
- b. El rechazo de una mera demostración o acción sin trascendencia del enemigo. Cuando una provincia está protegida por una cordillera, no importa lo poco defendida que esté, la defensa siempre será suficiente para prevenir incursiones enemigas y otras expediciones de saqueo. Sin la presencia de una cordillera, una cadena tan débil resultaría absurda.
- c. Para una demostración propia. Tendrá que pasar mucho tiempo para que reconozca como correcta la opinión que se alcance sobre un país montañoso. Hasta entonces podrán encontrarse enemigos a los que ese terreno les asuste o les inmovilice. En casos como éste, incluso el grueso de las fuerzas podría utilizarse para defender una cordillera. Esta es una situación común en una guerra en la que se combate con gran energía o haya mucho movimiento; pero la condición que debe permanecer constante es que no exista la intención de aceptar una batalla importante en esta posición o de vernos forzados a ella.
- d. En términos generales, las montañas son adecuadas para cualquier disposición en la que no se pretenda aceptar un combate importante, porque en las montañas cada unidad es más fuerte individualmente; sólo su fuerza global será menor. Además, allí es más fácil evitar ser cogido por sorpresa y verse obligado a afrontar un combate decisivo.

e. Por último, la insurrección nacional encuentra un buen aliado en las montañas, pero necesita siempre el apoyo de pequeñas unidades regulares. Por otra parte, la proximidad del grueso de las fuerzas parece constituir una desventaja. Por tanto, una insurrección rara vez justifica llevar un ejército hasta las montañas.

Hasta aquí el tema de las montañas desde el punto de vista de las posiciones del campo de batalla.

2. *El efecto que la posesión de las montañas tiene sobre otras áreas.* Ya hemos señalado la facilidad con que se puede asegurar un sector sustancial en las montañas mediante pequeños puestos. Puestos que difícilmente podrían defenderse a sí mismos y que estarían, por tanto, en constante peligro si fueran más accesibles. Cuando el enemigo domina las montañas, cada avance lleva mucho más tiempo que en el llano y por tanto no puede esperarse que se mantenga el mismo ritmo. Por ello, en las montañas la posesión es un aspecto mucho más importante que en ninguna otra área de las mismas dimensiones. El campo abierto puede cambiar de manos de un día para otro, basta con enviar algunos destacamentos fuertes para que el enemigo renuncie al área deseada. No ocurre lo mismo en las montañas, donde fuerzas mucho más pequeñas pueden oponer una seria resistencia: si se desea ocupar un sector montañoso será necesaria una operación especial que exigirá que se gaste mucho tiempo y esfuerzo antes de que se pueda ocupar el área. Aunque una cordillera no sea el escenario de la acción principal no debe ser considerada como totalmente dependiente de dicha acción, como sucedería con una región más accesible. Su toma y ocupación no debe considerarse como una consecuencia automática del avance.

El terreno montañoso tiene mucha más independencia. Su posesión es más absoluta y está más sujeta al cambio. Además, las laderas exteriores de una cordillera ofrecen normalmente una buena visión del terreno circundante, mientras que su propio interior está oculto, por así decirlo, en la profundidad de la noche. Por tanto, es fácil entender que para cualquiera que se encuentre con montañas que no controla, una cordillera representa una fuente constante de influencia desfavorable y una fragua secreta para la fuerza del enemigo. Esa impresión es aún más viva si el enemigo no sólo controla las montañas, sino que es su legítimo dueño. En este caso, pequeños grupos de valientes

partisanos pueden encontrar refugio en su huida para reaparecer, sin haber sufrido daño alguno, en un punto diferente. Fuerzas columnas puede atravesarlas sin ser observadas y las fuerzas del atacante deben mantener una distancia considerable para evitar ser arrastradas a su área de influencia donde podrían verse envueltas en un combate desigual a base de golpes y asaltos imprevistos que no podrían devolver.

Esta es la forma en la que cualquier cordillera ejerce, en un cierto radio, un efecto continuo sobre el terreno bajo que la circunda. Dependerá de las condiciones locales que este efecto sea directo, por ejemplo en el resultado de una batalla (como en Malsch, en el Rin, en 1796), o que sólo afecte a las líneas de comunicación después de cierto tiempo. Que pueda o no ser superada o eliminada por desenlaces que se produzcan en el valle o en el llano dependerá de las fuerzas involucradas.

En 1805 y 1809 Bonaparte marchó sobre Viena sin preocuparse demasiado por el Tirol; pero Moreau tuvo que abandonar Suabia en 1796 principalmente porque no controlaba el terreno montañoso y porque tenía que dedicar una parte demasiado grande de su fuerza a su observación. En una campaña que oscila de un lado a otro con fuerzas parejas, no es deseable verse expuesto a la constante desventaja que representan las montañas que permanecen en manos del enemigo. Por tanto, se intentará tomar y mantener la parte necesaria para las líneas principales de la ofensiva. Esa es la razón por la que, en casos así, las montañas suelen ser el principal escenario de acciones menores entre los dos ejércitos. Sin embargo, hay que tener cuidado de no sobreestimar su papel, tratando siempre a las montañas como la clave de toda la situación y a su posesión como la principal preocupación. Cuando la victoria está en juego, nuestra principal preocupación debe ser la victoria; una vez que se ha obtenido, el resto de la situación puede manejarse según lo requieren las circunstancias.

3. *La eficacia de las montañas como barrera estratégica.* Es preciso distinguir dos factores. El primero es, una vez más, una batalla decisiva. Las montañas pueden recibir el mismo tratamiento que un río: un obstáculo con algunos puntos de acceso. Proporciona la oportunidad de una batalla victoriosa al dividir el avance enemigo y al confinarle a ciertas carreteras, lo que nos permite atacar una parte de sus fuerzas con la totalidad de las nuestras, concentradas previamente al otro lado de las monta-

ñas. Incluso si el atacante ignora el resto de los factores, hay una razón decisiva por la que no podrá marchar a través de las montañas en una única columna: estaría expuesto al riesgo fatídico de tener que librar una batalla decisiva con una única línea de retirada. Por tanto, este método de defensa se basa sin duda en argumentos sólidos. Sin embargo, como los términos «montañas» y «acceso montañoso» son muy vagos, todo depende del propio terreno. Por tanto, el método puede considerarse simplemente como una posibilidad que tiene dos desventajas. La primera es que un enemigo que ha sufrido una derrota encontrará fácilmente refugio en las montañas; y la segunda, que él será el que controle el terreno más elevado. Puede que éste no sea el factor más decisivo pero constituye una desventaja para el defensor.

No conocemos ninguna batalla que se desarrollara en esas condiciones, a no ser que consideremos como tal la de Alvinczy, librada en 1796. Pero el paso de Bonaparte por los Alpes en 1800 demuestra que es posible: Metas podía y debía haber caído sobre él con todas sus fuerzas antes de que reuniera a sus columnas.

El segundo factor, es la influencia de una barrera montañosa sobre las líneas de comunicación del enemigo en el lugar que las cruza. Sin necesidad de fortificaciones que bloqueen los pasos o de los efectos de una insurrección general, el mal estado de las carreteras de montaña puede, con la ayuda del mal tiempo, llevar a un ejército a la desesperación. En más de una ocasión han obligado a un ejército a retirarse, tras haberlo desgastado por completo. Además, si se producen incursiones constantes por parte de los partisanos o incluso una insurrección general, el enemigo tendrá que enviar grandes expediciones y ocupar finalmente puntos fuertes en las montañas. Se verá entonces envuelto en la peor de las situaciones posibles en una guerra ofensiva.

4. *Problemas de aprovisionamiento que las montañas pueden provocar.* Se trata de una cuestión muy sencilla. La principal ventaja que el defensor puede sacar en este sentido surge cuando el atacante tiene o bien que permanecer en las montañas o, al menos, dejarlas en su retaguardia.

Estas reflexiones sobre la guerra defensiva en montaña son también aplicables en términos generales a la guerra de montaña en general, en la medida en que también sirven para arrojar luz sobre el concepto de guerra ofensiva. Sin duda no serán consi-

deradas erróneas o poco prácticas por el mero hecho de que las montañas no puedan convertirse en llanos, o viceversa, o porque la elección de un teatro de operaciones esté regida por tantos otros factores que parezca que hay poco lugar para argumentos de este tipo. Sin embargo, sí hay lugar suficiente cuando se aplica a operaciones de gran envergadura. Cuando el problema es cómo desplegar el grueso de las fuerzas de la mejor manera posible, especialmente con ocasión de una batalla decisiva, son suficientes unas pocas marchas más, hacia el frente o hacia la retaguardia, para llevar al ejército desde las montañas al llano: cuando todas las fuerzas estén sólidamente concentradas allí, las montañas circundantes habrán quedado neutralizadas.

Tras arrojar algo de luz sobre la cuestión en términos generales, nos centraremos una vez más en los detalles.

Mantenemos la opinión, que esperamos haber justificado, de que las montañas no resultan, en general, adecuadas para la guerra defensiva, tanto desde el punto de vista de la táctica como desde el de la estrategia. En este sentido, la defensa tiene un carácter decisivo porque determina la cuestión de la posesión del terreno. Las montañas reducen nuestro control y dificultan el movimiento en todas las direcciones; imponen la pasividad y, al exigir el bloqueó de todos los puntos de acceso, casi siempre conducen a cierto grado de guerra de posiciones o de cordón. Por tanto, siempre que sea posible, se debería mantener el grueso de las fuerzas fuera de las montañas, dejándolas a uno de los lados o tomando posición delante o detrás de ellas.

Por otra parte, creemos que, en el caso de operaciones u objetivos menores, el terreno montañoso contribuye a aumentar la fuerza. Teniendo en cuenta todo lo dicho anteriormente, no sería inconsecuente considerarlo un verdadero refugio para los débiles, para los que ya no pueden pretender un resultado positivo absoluto. Esa misma idoneidad para operaciones menores constituye otra razón para excluir a las fuerzas grandes.

Sin embargo, todas estas consideraciones apenas servirán de contrapeso para el impacto psicológico. En la imaginación no sólo del novato sino también de quienes han sido entrenados con métodos erróneos pesarán ante todo las dificultades impuestas por el terreno montañoso, que cual elemento denso y hostil dificulta todos los movimientos del atacante. Por tanto, a esas personas les resultará difícil no considerar nuestra opinión una extraña paradoja. Si miramos las cosas con más perspecti-

va, la historia del siglo XVIII, con su peculiar forma de hacer la guerra, sustituye a esas impresiones. Por ejemplo, habrá a quien no se podrá convencer nunca de que para Austria hubiera resultado más sencillo defenderse en el Rin que en Italia. Los franceses, por otra parte, tras haber hecho la guerra durante más de veinte años bajo un liderazgo vigoroso e implacable y con los éxitos de este método grabados en sus mentes, aplicarán durante mucho tiempo un instinto basado en opiniones expertas a ésta y a otras situaciones.

Podría parecer, por tanto, que un Estado encontraría mayor protección en el campo abierto que en las montañas; España sería más fuerte sin los Pirineos, Lombardía menos accesible sin los Alpes y un territorio llano como el norte de Alemania más difícil de conquistar que uno montañoso como Hungría. Estas deducciones son falsas y nos llevan a nuestras observaciones finales.

No afirmamos que España sería más fuerte sin los Pirineos, pero sí que un ejército español que se sintiera con fuerzas suficientes para arriesgarse a librar una batalla decisiva actuaría con mayor sabiduría si se concentrase detrás del Ebro, que si se dividiese para cubrir los quince pasos que hay en los Pirineos. Con esto no pretendemos obviar el efecto de los Pirineos en la guerra. Pensamos que lo mismo sería válido para un ejército italiano. Diseminado en los picos alpinos, no sería rival para un enemigo resuelto y no podría optar entre la victoria y la derrota; sin embargo en las llanuras de Turín tendría tantas posibilidades como cualquier otro ejército. No obstante, nadie creería que a un atacante le gusta atravesar un macizo montañoso como los Alpes y dejarlo en su retaguardia. Además, el hecho de aceptar una batalla importante en el llano no implica necesariamente que no pueda haber ninguna acción defensiva preliminar por parte de pequeñas unidades en las montañas. En cordilleras como los Alpes y los Pirineos esta clase de acción sería aconsejable. Por último, nada más lejos de nuestra intención que afirmar que un país llano sería más fácil de conquistar que uno montañoso, a no ser que una única victoria fuera suficiente para desarmar completamente al enemigo. Tras una victoria así, el conquistador asume una postura defensiva. La incomodidad que suponen las montañas será para él igual o mayor de lo que era para el defensor. Si la guerra continúa, llega ayuda exterior para el defensor o el pueblo se levanta en armas, las montañas reforzarán cada una de estas acciones.

Se trata de un fenómeno semejante al que se produce con la dióptrica: la imagen se hace más luminosa cuando se mueve en cierta dirección, pero sólo hasta que alcanza el foco. Una vez alcanzado ese punto el efecto es el contrario. El hecho de que la defensa sea débil en las montañas puede animar al atacante a elegir una ruta montañosa para su avance. Sin embargo, esto no sucederá con frecuencia: los problemas de suministros y carreteras, la incertidumbre sobre si el enemigo aceptará la batalla en las montañas y desplegará allí el grueso de sus fuerzas son suficientes para eclipsar las posibles ventajas.

CAPÍTULO DIECISIETE

LA GUERRA DEFENSIVA EN MONTAÑA (CONCLUSIÓN)

En el capítulo quince nos ocupamos de la naturaleza del combate en las montañas y en el capítulo dieciséis de los usos estratégicos que puede tener. Mientras tratábamos estos temas aparecía continuamente el propio concepto de guerra defensiva en montaña, pero no nos detuvimos a explicar qué significaba en términos de forma y organización. A continuación examinaremos esta cuestión con más detenimiento.

Las cordilleras se extienden a lo largo de la superficie de la tierra como bandas o cinturones que establecen divisiones entre grandes cuencas. Sus formas fundamentales aparecen también en sus partes menores, con sierras y valles que nacen de la cordillera principal formando también pequeñas cuencas. De ahí que resultase natural que la guerra defensiva en montaña fuera concebida en términos de la cordillera principal, un obstáculo con más longitud que anchura que actuaba como una extensa barrera. Puede que los geólogos todavía no se hayan puesto de acuerdo sobre los orígenes de las montañas o las leyes que rigen

su desarrollo; en cualquier caso, el patrón de las corrientes de agua constituye la guía más directa y fiable para conocer la estructura del sistema sin importar si éste tomó forma por el efecto de las mismas, a través de la erosión o si el curso del agua es el resultado de la estructura. Por tanto, resultaba natural utilizar los cursos de agua como guía a la hora de planificar la guerra defensiva en montaña. No sólo proporciona una serie de niveles naturales que permiten marcar la altura de la montaña y trazar su perfil con exactitud, sino que además los valles que forman constituirán siempre el medio más rápido y seguro de acceder a las alturas. En cualquier caso, hay algo que sí sabemos sobre la erosión: tiende siempre a desgastar las laderas desiguales hasta convertirlas en una única curva regular. La teoría de la guerra defensiva en montaña resultante trataba la cordillera que discurría, en términos generales, de forma paralela al frente como un gran obstáculo para la aproximación, una especie de muralla cuyos puntos de acceso eran los valles. La verdadera defensa tendría lugar en la cresta más alta (es decir, en el filo de la altiplanicie más elevada de la cordillera) y su línea atravesaría los valles principales. Si la cordillera fuera perpendicular al frente defensivo, la defensa se llevaría a cabo en uno de sus principales espolones; tendría una disposición paralela a un valle importante y discurriría hasta la cuenca principal, que se consideraría su punto final.

Nos hemos ocupado aquí de este formalismo que basa la guerra defensiva en montaña en la estructura geológica porque durante cierto tiempo fue una idea contemplada por los teóricos; de hecho, en la llamada teoría del terreno se han aplicado las leyes de la erosión a la conducción de la guerra.

Sin embargo, todo esto está tan lleno de suposiciones falsas y analogías poco fundadas que apenas queda nada sobre lo que basar un sistema práctico más o menos serio.

En realidad, las principales crestas de las montañas están demasiado desnudas y resultan demasiado inaccesibles como para mantener un número importante de tropas. Con frecuencia los espolones no constituyen un lugar mejor, o son demasiado cortos o su forma es demasiado irregular. No en todas las cordilleras existen altiplanicies y cuando las hay son normalmente demasiado estrechas e inhóspitas. De hecho, si se examina la cuestión de cerca, resulta muy extraño encontrar una cordillera en la que haya una cresta única y continua con lados que des-

ciendan formando laderas más o menos regulares o una serie de terrazas. La cresta principal serpentea y se bifurca en imponentes espolones que se extienden hacia el llano y acaban a menudo en picos que alcanzan mayores alturas que la propia cresta principal. Las estribaciones forman grandes valles que no encajan en el sistema; añádase a ello además, que en los puntos en los que se encuentran diversas cordilleras, o a partir de los cuales éstas se originan, debe abandonarse totalmente la noción de una banda o cinturón estrecho y sustituirse por la de un grupo de cuencas y cordilleras en forma de estrella.

En consecuencia, y cualquiera que haya estudiado las montañas desde este punto de vista estará de acuerdo con nosotros, debe rechazarse la idea de un despliegue sistemático de las tropas, por ser demasiado poco realista para servir de base para un plan general. Sin embargo, debemos considerar otro punto importante en lo que respecta a la aplicación práctica.

Si examinamos con más detenimiento los aspectos tácticos de la guerra de montaña, aparecen dos problemas principales: la defensa de montañas escarpadas y la defensa de valles estrechos. Esta última, que frecuentemente y de hecho normalmente, proporciona una mayor eficacia a la defensa, no se combina fácilmente con posiciones en la cresta principal: con frecuencia debe ocuparse el propio valle. Normalmente en un punto en el que ya tenga cierta anchura y no más arriba, donde se origina y donde las laderas son muy pendientes. Además, la defensa de los valles proporciona un método para defender el terreno montañoso incluso cuando está totalmente descartado el estacionamiento de tropas en la cresta principal. Por tanto, el papel que juega aumenta en importancia con la altura e inaccesibilidad del macizo.

Todos estos factores hacen que deba abandonarse completamente la idea de una línea defensiva más o menos regular que coincida con una característica geológica básica. Debe considerarse a las montañas simplemente como una superficie llana salpicada con irregularidades y obstáculos de todo tipo de los cuales se intenta sacar la máxima ventaja posible. En resumen, aunque el conocimiento de la estructura geológica del terreno es esencial para un conocimiento completo de la forma del macizo montañoso, rara vez se plasmará en la organización de la defensa.

No se encontrará ninguna disposición que se extienda a lo largo de toda una cordillera y en la que la defensa siga sus ca-

racterísticas básicas, ni en la guerra de Sucesión Austríaca, ni en la Guerra de los Siete Años, ni en las guerras de la Revolución. Los ejércitos no se encontraban nunca en la cresta principal sino en las laderas: más arriba o más abajo, mirando a uno u otro lado, paralelos, perpendiculares u oblicuos, siguiendo el curso de agua o atravesándolo; en las cordilleras más altas, como los Alpes, extendiéndose a menudo a lo largo del valle; y, como mayor anomalía, en cordilleras menores como los Sudetes, a mitad de la ladera, enfrente del defensor, de forma que la cresta principal se encontraba frente a ellos. Esta fue la posición con la que Federico el Grande cubrió el asedio de Schweidnitz en 1762, con las alturas de Hohe Eule frente a su campamento.

Las famosas posiciones de Schmottseifen y Landeshut en la Guerra de los Siete Años se encontraban en su mayor parte en el fondo del valle. Lo mismo podría decirse de la posición de Feldkirch en Vorarlberg. En las campañas de 1799 y 1800 tanto los franceses como los austríacos establecieron sus puestos principales en el propio valle. No de un lado a otro para formar barreras sino a todo lo largo, mientras que las crestas quedaban desocupadas o albergaban tan sólo unos cuantos puestos aislados.

Las crestas de los altos Alpes son de hecho los suficientemente inaccesibles e inhóspitas como para descartar el destacamento de fuerzas significativas. Si se insiste en estacionar tropas en áreas montañosas para controlarlas, no puede evitarse estacionarlas en los valles. A primera vista podría parecer absurdo porque la teoría aceptada es que las crestas dominan los valles, pero en la práctica la situación no es tan mala. A las crestas sólo se puede acceder mediante unos pocos caminos y senderos y normalmente sólo a pie. Todas las carreteras están en los valles. En consecuencia, la infantería del enemigo sólo puede hacer acto de aparición en puntos aislados; pero las distancias en cordilleras así son tan grandes que las armas de fuego ligeras no son eficaces. De este modo, las posiciones en los valles son menos peligrosas de lo que podría parecer. Es cierto, sin embargo, que la defensa en los valles está expuesta a otro grave peligro, el de verse cortada. Es cierto que el enemigo sólo puede hacer que la infantería descienda a los valles por ciertos puntos y que incluso así sólo puede hacerlo lentamente y con gran esfuerzo. Por tanto, no hay posibilidad de sorpresa; pero si no hay puestos que defiendan los puntos en los que estos senderos llegan al valle, el enemigo acabará logrando descender con superioridad

numérica y desplegarse. Podrá entonces atravesar la frágil línea que ahora es muy débil, con el lecho pedregoso de un arroyo de montaña poco profundo como su única protección. Una retirada que tenga que realizarse a lo largo del fondo del valle y a saltos hasta encontrar una salida de las montañas, se convierte en imposible para muchas partes de la línea. Eso explica por qué en Suiza los austríacos casi siempre vieron como entre un tercio y la mitad de sus hombres caían prisioneros.

Dedicaremos ahora unas pocas palabras a la cuestión de hasta qué punto están divididas normalmente las fuerzas en una misión defensiva de ese tipo.

Todas esas disposiciones se basan en la posición ocupada por el grueso de las fuerzas en la línea principal de aproximación; más o menos cerca del punto medio de la línea general. Se enviarán unidades tanto a la derecha como a la izquierda de ese punto para ocupar los puntos más importantes de acceso y el conjunto formará, por tanto, una posición de tres, cuatro, cinco, seis o incluso más puestos situados más o menos en línea. Hasta dónde es necesario o prudente extender la posición dependerá de las exigencias de cada caso. Una longitud de unas pocas marchas, es decir, cincuenta o sesenta kilómetros es una extensión razonable y hay constancia histórica de casos en los que la posición alcanzaba los 150 o 250 kilómetros.

Entre los puestos aislados que se encuentran a unas pocas horas de distancia entre sí, resultará fácil encontrar rutas de acceso menos importantes que constituyan posiciones favorables para unos pocos batallones que puedan servir de enlace entre las posiciones principales, por lo que serán ocupados según convenga. Resulta fácil imaginar que las fuerzas podrían dividirse aún más hasta compañías o escuadrones aislados, lo que de hecho ha ocurrido con frecuencia. En realidad, no existe ningún límite general al proceso de subdivisión. Por otra parte, la fuerza de los puestos aislados depende de la fuerza del conjunto; lo que hace que resulte imposible calibrar el grado probable o natural de fuerza de las posiciones principales. Como orientación ofreceremos simplemente unas proposiciones derivadas de la experiencia y de la naturaleza del caso.

1. Cuanto más altas y menos accesibles sean las montañas más podrán dividirse las fuerzas: de hecho más *deberán dividirse* porque, cuanto más pequeña sea el área que hay que cubrir me-

diante combinaciones basadas en el movimiento, más habrá que ocuparse de su seguridad mediante una cobertura directa. La defensa en los Alpes exige una subdivisión mucho mayor y se aproxima mucho más a la guerra de posiciones o de cordón que la defensa en los Vosgos o en el Riesengebirge.

2. Hasta el momento, en la guerra defensiva en montaña las fuerzas se dividen normalmente de forma que se asigna una única línea de infantería a los puestos principales, apoyados por unos pocos escuadrones de caballería. Tan sólo el grueso de las fuerzas, que está estacionado en el punto medio, puede contar con unos pocos batallones en la segunda línea de batalla.

3. Ha habido muy pocos casos en los que se haya mantenido una reserva estratégica en la retaguardia para reforzar los puntos atacados: en general se creía que un frente tan extenso era demasiado débil en todos sus puntos. Por tanto, el apoyo a los puestos atacados provenía en general de otros puestos de la línea que no habían sido atacados.

4. Incluso cuando las fuerzas no se habían subdividido de forma importante y los puestos aislados eran, por tanto, bastante fuertes, la resistencia principal que ofrecían adquiría siempre la forma de defensa local. Una vez que el enemigo había tomado posesión completa de un puesto, no se consideraba que fuera posible recuperarlo mediante el envío de refuerzos.

El teórico debe dejar a la discreción del general cuestiones como qué cabe esperar de la guerra defensiva en montaña, cuándo debería utilizarse, hasta qué punto se pueden extender y subdividir las fuerzas. El teórico debe contentarse con describir los medios y el papel que juegan en las operaciones militares.

Un general que permita una derrota decisiva en una amplia posición de montaña merece ser sometido a un consejo de guerra.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LA DEFENSA DE RÍOS

Desde el punto de vista de la defensa, los ríos y las corrientes de agua importantes pertenecen, como las montañas, a la categoría de barreras estratégicas, pero se diferencian de las montañas en dos aspectos; uno tiene que ver con la defensa relativa y otro con la absoluta.

Como las montañas, sirven para reforzar una defensa limitada; pero su característica peculiar es que se comportan como una herramienta fabricada con un material duro y quebradizo: tan pronto aguantan el más duro golpe sin sufrir mella como se hace añicos su capacidad defensiva desapareciendo completamente. Si el río es muy ancho y las demás condiciones son favorables, atravesarlo puede resultar completamente imposible, pero una vez que se ha abierto brecha en un punto de la defensa, el tipo de resistencia en profundidad que se produciría en las montañas no tiene lugar. El asunto se resuelve en una sola acción a no ser que se dé la coincidencia de que el río atravesase un terreno montañoso.

El otro atributo de los ríos en relación con el combate es que, en general, permiten posibilidades tácticas más favorables, y en

algunos casos incluso excelentes, para librar una batalla decisiva; posibilidades normalmente mejores que las que ofrecen las montañas.

Lo que tienen en común ríos y montañas es que constituyen objetos peligrosos y tentadores que a menudo han llevado a decisiones erróneas y a situaciones peligrosas. Cuando tratemos de forma más detenida la defensa de los ríos llamaremos la atención sobre estas implicaciones.

Son bastantes escasos los ejemplos históricos de defensas de ríos que hayan acabado con éxito, lo que justificaría la idea de que no son barreras tan formidables como se solía creer en los días en que los sistemas de defensa absoluta utilizaban todos los medios de refuerzo que ofrecía el terreno. Sin embargo, un río constituye, sin duda, una ventaja tanto en un combate como en la defensa del país en general.

Con el fin de proporcionar algo de cohesión y perspectiva, enumeraremos los diversos puntos de vista desde los que trataremos este asunto.

En primer lugar, y desde un punto de vista general, debe distinguirse el valor estratégico que proporciona la defensa de ríos de la influencia que ejercen sobre la defensa del país, sin que ellos mismos tengan por qué estar defendidos.

La significación de la defensa propiamente dicha puede ser de tres tipos:

1. Resistencia absoluta por parte del grueso de las fuerzas.
2. Una mera muestra de resistencia.
3. Resistencia limitada llevada a cabo por elementos auxiliares como avanzadillas, líneas de cobertura, destacamentos, etc.

Finalmente, debemos distinguir tres tipos o grados principales que la forma de la defensa puede adoptar:

1. La defensa directa que tiene por objeto impedir que se cruce el río.
2. Una forma más indirecta en la que el río y su valle sirven simplemente como componentes para un desarrollo táctico más favorable.
3. Una defensa directa y absoluta que consiste en mantener una posición inexpugnable en la orilla del río del enemigo.

Estos tres grados conformarán el marco para nuestra exposición; y una vez que hayamos examinado cada uno de ellos a la luz de la primera y más importante consideración, pasaremos a examinar las otras dos consideraciones. Por tanto, en primer lugar, examinaremos la defensa directa que pretende impedir que el ejército enemigo cruce el río.

Esta forma de defensa sólo es aplicable en el caso de ríos importantes. Es decir, en el caso de grandes extensiones de agua.

La combinación de espacio, tiempo y fuerza que es preciso considerar como elementos básicos de esta teoría de defensa hace que constituya un asunto bastante complicado. En consecuencia, no resulta fácil encontrar un punto fijo de partida. Tras un examen cuidadoso, llegaríamos a la siguiente conclusión.

Los intervalos a los que deberían situarse las unidades que defienden el río están determinados por el tiempo necesario para construir un puente. Hay que dividir la longitud total de la línea defensiva por el número de estos intervalos con el fin de obtener el número de unidades; a continuación, hay que dividir dicho número por la fuerza total disponible para obtener así la fuerza de cada unidad individual. Si comparamos esa cifra con el número de tropas con las que el enemigo puede cruzar el río mediante distintos medios mientras se construye el puente, podremos estimar las posibilidades de que la defensa tenga éxito. A menos que el defensor esté en condiciones de atacar a las unidades del enemigo que consigan cruzar el río antes de que el puente esté acabado, cualquiera que sea su número, y con una superioridad de fuerzas de, digamos, dos a uno, sería peligroso suponer que el enemigo no puede cruzar el río por la fuerza.

Supongamos, por ejemplo, que el enemigo necesite veinticuatro horas para construir su puente. Si no puede conseguir que más de 20.000 hombres crucen en ese tiempo el río por otros medios y si el defensor puede concentrar ese número en cualquier punto en unas doce horas, no se podrá cruzar el río; el defensor habrá hecho llegar 20.000 hombres cuando el enemigo haya transportado a la otra orilla tan sólo la mitad de esa cifra. Si dejamos un margen de tiempo para que lleguen los mensajes, se podrían recorrer unos treinta kilómetros en doce horas; por tanto, se necesitarían 20.000 hombres cada sesenta kilómetros o 60.000 hombres para la defensa de ciento ochenta kilómetros de frente a lo largo del río. De esa forma, se podrían enviar 20.000 hombres a cualquier punto, incluso si el enemigo inten-

tase cruzar simultáneamente en dos puntos y con el doble de ese número si intentara el cruce en un único punto.

Los tres factores que rigen la cuestión son los siguientes: 1) la anchura del río; 2) los medios para cruzarlo (puesto que ambos determinan el tiempo necesario para construir un puente y el número de hombres que pueden atravesar el río mientras éste se construye); 3) la fortaleza de la fuerza defensora. La fortaleza del atacante no es relevante en este momento. Esta teoría nos llevaría a la idea de que hay un punto en el que deja de ser posible cruzar el río, por grande que sea la superioridad de fuerzas que se consiga.

Esta es la teoría fundamental de la defensa directa de un río. Es decir, una defensa que pretende impedir que el enemigo acabe su puente y que cruce el río por otros medios. No tiene en cuenta el efecto de las demostraciones que el enemigo pueda realizar. Examinaremos ahora las circunstancias particulares de este tipo de defensa y las medidas que exige.

Si por el momento dejamos de lado todos los detalles geográficos, bastará con afirmar que, según esta visión, las unidades necesarias deberán situarse directamente en la orilla del río, cada una de ellas en formación concentrada. Deben estar en la orilla del río porque cualquier posición más hacia el interior aumenta sin necesidad las distancias que deben recorrer. Como la anchura del río cubre la posición contra cualquier actividad seria por parte del enemigo, no es necesario mantener la distancia, como ocurre con el caso de una fuerza de reserva en una línea defensiva ordinaria. Además, las carreteras que discurren paralelas a un río son, en general, más transitables que las que conducen hacia el interior. Por último, no hay duda de que este tipo de posición proporcionará una observación del río mejor que la que ofrecería una simple cadena de puestos, principalmente porque todos los oficiales de rango superior andarán cerca. Cada unidad debe mantenerse concentrada, en caso contrario deberemos modificar nuestros cálculos. Cualquiera que sepa el tiempo que hace falta para reunir una unidad, reconocerá que el hecho de tener las unidades ya concentradas garantiza una mayor eficacia de la defensa. A primera vista resultaría tentador establecer una línea de puestos para impedir que el enemigo cruce en embarcaciones; pero, salvo en ciertos puntos especialmente adecuados para atravesar el río en barco, dicha disposición no sería sensata. Aparte del peligro de que el enemi-

go reduzca dicho puesto desde la otra orilla mediante una potencia de fuego superior, es probable que sea un desperdicio absoluto de fuerzas: todo lo que se consigue mediante un puesto así es que el enemigo elija un punto diferente para atravesar el río. A no ser, claro está, que el defensor sea lo suficientemente fuerte como para tratar de defender el río como si se tratase de un foso alrededor de una fortaleza, en cuyo caso no sería necesario ningún consejo, esta defensa de la orilla del río sería necesariamente improductiva.

Además de estos principios generales sobre la disposición de las tropas, debemos tener en cuenta, en primer lugar, las características particulares del río; en segundo lugar, la eliminación de todos los medios disponibles para cruzarlo; y en tercer lugar, el efecto de las fortificaciones sobre el río.

Si consideramos el río como una línea defensiva, debe tener puntos de apoyo en cada extremo, como el océano o un territorio neutral, u otros factores que impidan que el enemigo cruce aguas arriba o aguas abajo del sector defendido. Dichos puntos de apoyo u otras condiciones sólo serán posibles si la línea es extremadamente larga y resulta evidente que la defensa de los ríos debe extenderse a lo largo de distancias considerables. Por tanto, la defensa de un río mediante la concentración de una gran fuerza en un tramo del mismo relativamente corto no es una proposición práctica (y no nos preocuparemos de ninguna que no lo sea). Por *un tramo del río relativamente corto* entendemos una distancia no mucho mayor de la extensión normal de una posición si el río no existiese. Creemos que no existen casos así; cualquier defensa directa de un río debe alargarse hasta hacerla equivalente a una especie de sistema de posiciones o de cordón. Por tanto, sería imprudente responder a una maniobra envolvente del enemigo mediante métodos que resultarían naturales en un despliegue concentrado. Por tanto, cuando el envolvimiento es posible, la defensa directa de un río, por muy prometedoras que sean las demás circunstancias, constituye un asunto muy arriesgado.

Por lo que respecta al tramo de río entre estos límites, resulta evidente que no todos los puntos son igualmente adecuados para cruzarlo. Podemos discutir esta cuestión de forma general, pero no podemos clasificar las posibilidades en categorías puesto que la más ligera variación local tiene con frecuencia más peso que los más sólidos argumentos que podemos encontrar

en los libros. En cualquier caso, dicha clasificación resultaría totalmente inútil; un vistazo al río, combinado con la debida información de los habitantes locales servirá de orientación y no habrá necesidad de recurrir a los libros.

En un sentido general, podríamos decir que las características que más favorecen la posibilidad de cruzar un río son las carreteras que bajan hasta él, los afluentes, las grandes poblaciones situadas en sus orillas y, sobre todo, sus islas. Por otra parte, las características que la literatura suele destacar más, como la mayor elevación de una de las orillas del río o un recodo en su curso en el punto elegido para cruzarlo, rara vez han demostrado ser de gran significación. La razón es que la influencia que ejercen estos factores se limita al concepto restringido de una defensa absoluta de las orillas, una cuestión que rara vez surge en el caso de grandes ríos, si es que lo hace alguna vez.

Cualquier cosa que haga más fácil cruzar el río en un punto que en otro, tendrá un efecto sobre la posición y estará llamada a modificar la regla matemática general en algunos aspectos; pero no sería prudente apartarse demasiado de esta regla y confiar en demasía en las dificultades presentes en ciertos puntos. El enemigo elegirá los puntos menos favorecidos por la naturaleza si puede estar seguro de que será menos probable que nos encuentre allí.

En cualquier caso, una medida que sí es posible recomendar es la ocupación de las islas del río con la mayor fuerza posible. Un ataque serio sobre ellas constituye el indicio más fiable sobre el punto en el que se pretende cruzar.

Se supone que las unidades situadas en la orilla del río se moverán aguas arriba o aguas abajo según lo requiera la situación. Si no existe ninguna carretera que discurra paralela al río, la mejora del camino paralelo más cercano o, en su caso, la construcción de tramos cortos de nuevas carreteras constituyen uno de los preparativos más importantes que la defensa puede hacer.

El segundo punto a tratar es la eliminación de los medios para cruzar el río. No es algo fácil de hacer en el propio río puesto que lleva mucho tiempo. En los afluentes, especialmente en los que están en el lado del enemigo, resulta prácticamente imposible porque normalmente ya están en manos de enemigo. Por tanto, resulta de suma importancia bloquear la desembocadura de todos los afluentes mediante fortificaciones.

Los medios para cruzar que el enemigo trae consigo, es decir los pontones, rara vez son suficientes en el caso de ríos grandes. En consecuencia tendrán mucha importancia los materiales para construir barcos y balsas que pueda encontrar en el propio río o en sus afluentes, en las grandes poblaciones a lo largo de sus orillas y por último en los bosques circundantes. Ha habido casos en que todas estas circunstancias se aliaron contra el atacante hasta el punto de hacer que resultara prácticamente imposible cruzar el río.

Por último, están las fortificaciones situadas en ambas orillas del río o únicamente en la del enemigo. No sólo sirven como una protección que impide que se cruce el río en sus proximidades, ya sea aguas arriba o aguas abajo, sino también como medio de bloquear los afluentes y de almacenar material que podría utilizarse para cruzar.

La defensa directa de los ríos presupone la existencia de una gran extensión de agua. Es cierto que si ésta va acompañada de una garganta profunda y estrecha o de orillas pantanosas, las dificultades a la hora de cruzar el río y la eficacia de la defensa se verán aumentadas; pero ni zonas pantanosas ni gargantas pueden sustituir a una gran extensión de agua, puesto que no constituyen una ruptura importante del terreno, *primer requisito para la defensa directa*.

Surge entonces la cuestión del papel que juega la defensa directa de un río en el plano estratégico de una campaña. Es preciso admitir que nunca puede llevar a una victoria decisiva: en parte porque su intención no es impedir que el enemigo lo cruce, sino destruir la primera fuerza importante que desembarque; en parte porque el propio río nos impide explotar mediante un contraataque vigoroso las ventajas logradas.

Por otra parte, este tipo de defensa de ríos con frecuencia puede hacer que se gane mucho tiempo y el tiempo es, después de todo, lo que con más probabilidad necesitará el defensor. Reunir los medios para cruzar el río requiere cierto tiempo. Si fracasan varios intentos de cruzarlo se habrá ganado incluso más tiempo. Si el enemigo cambia de dirección por causa del río, la defensa obtendrá, sin duda, otros beneficios. Por último, en todos los casos en que el enemigo no esté decidido a avanzar, el río hará que sus movimientos se detengan y servirá como barrera protectora permanente para el país.

Cuando hay dos fuerzas importantes presentes, el río es ancho y las condiciones son favorables, cabe considerar la defensa

directa de un río como un recurso excelente que puede dar resultados y que en épocas recientes han recibido demasiada poca atención debido a los fracasos provocados por medios insuficientes. Después de todo, ríos como el Rin o el Danubio cumplen fácilmente los requisitos arriba mencionados. Si con 60.000 hombres podemos mantener una defensa eficaz frente a fuerzas sensiblemente superiores a lo largo de 180 kilómetros de frente fluvial, estaremos ante un logro notable.

Volvamos una vez más a la expresión «*fuerzas sensiblemente superiores*». En la teoría que hemos esbozado todo depende de los medios disponibles para cruzar el río y nada de la fuerza que intenta cruzarlo, siempre que no sea inferior a la fuerza que lo defiende. Por extraño que pueda parecer, es verdad. Pero no debemos olvidar que la mayor parte de las defensas de los ríos o, prácticamente, todas ellas no tienen puntos absolutos de apoyo. Todas pueden ser envueltas; y una gran superioridad numérica facilitará en gran medida la maniobra envolvente.

Debemos recordar también que tal defensa directa no puede ser comparada con una batalla perdida ni siquiera si es aplastada por el enemigo. Aún menos puede llevar a una derrota completa: sólo habrá participado una parte de nuestras tropas y el enemigo, retrasado por el lento paso a través del puente, no podrá sacar partido de su victoria inmediatamente. Por todas estas razones, no deberíamos subestimar este método de defensa. Lo importante en todas las cuestiones prácticas es encontrar el punto de vista válido.

De este modo, en la defensa de un río resulta de gran importancia el hecho de si tenemos o no una impresión correcta de toda la posición: algunos elementos aparentemente triviales pueden alterar de manera significativa la situación. Lo que en un caso podría haber sido una medida sensata y eficaz, en otro puede resultar un error desastroso. La dificultad de valorar todos los elementos correctamente y de abstenerse de suponer que un río es como cualquier otro es quizá mayor aquí que en ningún otro lugar. Ésa es la razón por la que debemos estar constantemente en guardia frente al peligro de aplicar métodos equivocados o de interpretar erróneamente los hechos. Sin embargo, debemos añadir de forma inequívoca que consideramos indigno de nosotros hacer caso del clamor de quienes se ven impelidos por sus vagas emociones y aún más vagas mentes a esperar todo del ataque y el movimiento, y cuya idea de la

guerra se resume en la imagen de un húsar al galope blandiendo su espada.

Incluso cuando están plenamente justificadas, esas sensaciones e ideas no son siempre suficientes (baste citar el ejemplo del que fuera famoso «dictador» Wedel en Züllichau en 1759)³; pero lo que es peor, la mayor parte de las veces resultan inaplicables. Dejan al comandante en la estacada en el preciso momento en el que se ve acosado por un gran número de problemas extraordinariamente complejos.

Por tanto, en nuestra opinión, siempre que no aspiremos a otra cosa que no sea un resultado modesto de carácter negativo, la defensa directa de un río con un gran número de tropas y en las circunstancias adecuadas puede tener buenos resultados. Pero esto mismo no es aplicable a pequeñas unidades. Mientras que 60.000 hombres a lo largo de un tramo dado de frente fluvial pueden impedir que lo crucen 100.000, 10.000 hombres a lo largo del mismo tramo no podrán detener a un cuerpo de ejército de 10.000, probablemente ni siquiera a la mitad de ese número, si estos últimos están dispuestos a correr el riesgo de estar en la misma orilla del río con un defensor tan superior en número. Está claro a lo que nos referimos puesto que los medios para cruzar el río son los mismos en ambos casos.

Hasta el momento hemos dicho muy poco sobre los ataques simulados, pues rara vez juegan un papel en la defensa directa de un río. La razón estriba, en parte, en que tal método de defensa no requiere la concentración de un ejército en un sólo punto, sino que cada unidad tiene un sector que defender y, en parte, en que, en las condiciones expuestas, simular que se cruza el río es un asunto extremadamente difícil. Cuando los medios para cruzar son ya de por sí escasos (menos de los que el atacante cree que necesita para garantizar el éxito de su operación) difícilmente deseará, o podrá permitirse, asignar una parte considerable para un ataque simulado. En cualquier caso, disminu-

³ En 1759 Federico substituyó al comandante del cuerpo prusiano que luchaba contra los rusos por Karl Heinrich von Wedel. Como Wedel tenía menos antigüedad que otros generales del cuerpo, Federico escribió una carta que confirmaba su autoridad suprema: «Él, el teniente general Wedel, representa en el ejército lo que un dictador representaba en época de los romanos.» La posición de Wedel en Züllichau impidió que los rusos cruzaran el Oder en ese punto, pero éstos amenazaron con cruzar más al norte y cuando Wedel, superado en número en una proporción de dos a uno, los atacó en Kay el 23 de julio, sufrió una severa derrota. [N. de los eds.]

rá en ese mismo número las fuerzas que puedan cruzar el río en el punto verdaderamente elegido para ello. Por tanto, el otro bando gana en tiempo lo que puede haber perdido como consecuencia de la incertidumbre.

Por regla general, la defensa directa de un río sólo es adecuada en los ríos más grandes de Europa y únicamente en la mitad inferior de su curso.

La segunda forma de defensa es adecuada para valles profundos y ríos menos importantes, con frecuencia incluso para los que son insignificantes. Consiste en tomar posición más en la retaguardia. La distancia debería ser tal que hiciera posible bien capturar al enemigo en unidades aisladas si cruzara en diversos puntos como, o bien, si cruzase en un sólo punto, capturarlo cerca del río, donde esté limitado a un sólo puente o carretera. Un ejército cuya retaguardia tenga detrás de sí un río o esté constreñida por un profundo valle y que tenga una única línea de retirada, se encuentra en una posición muy desfavorable para la batalla. La defensa de todos los valles profundos y ríos de tamaño moderado consiste en explotar estas circunstancias.

El despliegue de un ejército en grandes unidades cercanas a un río (en nuestra opinión lo más adecuado para una defensa directa) presupone que el enemigo no puede cruzarlo por sorpresa y con el grueso de sus fuerzas; de lo contrario, el riesgo de que nuestras tropas quedasen divididas y fuesen derrotadas por separado sería demasiado grande. Por tanto, si las condiciones no son lo suficientemente favorables para la defensa del río, si el enemigo puede cruzarlo en demasiados puntos, si el río tiene demasiadas islas o incluso vados, si no es lo suficientemente ancho o si nuestras fuerzas son demasiado débiles, no deberemos considerar este método de defensa. Para que las tropas puedan permanecer en estrecho contacto entre sí, debemos retirarlas a cierta distancia del río. Sólo queda converger lo más rápidamente posible sobre el punto en el que el enemigo lo cruce y atacarlo antes de que tenga en su poder una porción de orilla lo suficientemente grande como para permitirle cruzar en otros puntos. En este caso, el río debe vigilarse y defenderse de forma ligera mediante una cadena de puestos avanzados, mientras que el ejército dividido en varios cuerpos de ejército toma posición en puntos adecuados a cierta distancia del río, normalmente a unas pocas horas de marcha.

Aquí la característica más importante es el paso a través del valle angosto del río. Lo que importa no es sólo la extensión de agua como tal, sino el paso en su conjunto. Por regla general, una garganta profunda y rocosa es más significativa que un río de considerable anchura. Las dificultades que para un contingente importante de tropas representa marchar a través de un paso estrecho son, de hecho, mucho mayores de lo que parece a primera vista. Lleva un tiempo considerable y el riesgo de que, mientras tanto, el enemigo se haga con el control de las alturas circundantes es de lo más inquietante. Si las unidades que van en cabeza se adelantan demasiado se encontrarán con el enemigo demasiado pronto y correrán peligro de ser aplastadas por una fuerza superior; si se quedan demasiado cerca del punto en el que ha cruzado el río, estarán en la peor posición posible para el combate. Cruzar una divisoria así con la idea de enfrenarse al enemigo en la otra orilla es, por tanto, extremadamente osado y presupone una gran superioridad numérica y una gran auto-confianza por parte del mando.

Por supuesto, esta clase de línea defensiva no puede extenderse tanto como en el caso de la defensa directa de un río importante: lo que se quiere es combatir con el total de las fuerzas unidas, y por muy difíciles que resulten los puntos por los que se cruza el río, no pueden compararse con los de un río importante. Por tanto, el enemigo está en una posición mucho mejor para envolver nuestra línea. Por otra parte, si lo hace, se desviaría de su dirección (suponiendo, por supuesto, que ésta discurra de forma más o menos perpendicular a la divisoria) y la desventaja que supone una línea de retirada estrecha no puede superarse de golpe, sino sólo gradualmente. Por tanto, el defensor todavía conserva unas cuantas ventajas sobre el atacante, incluso si no lo alcanza en el momento crítico sino sólo después de que su envolvimiento le haya proporcionado un margen algo mayor.

Cuando hablamos de ríos no nos referimos únicamente a la extensión de agua, sino también, y quizás lo que es más importante, a las profundas depresiones que forman sus valles. Por tanto, debemos aclarar ante todo que no nos referimos a los valles montañosos normales, puesto que en ese caso sería aplicable todo lo dicho sobre la guerra en montaña, sino a que, con frecuencia, en el campo abierto, incluso los arroyos más pequeños discurren entre orillas altas y escarpadas. Además, también per-

tenecen a esta categoría las orillas pantanosas y otros obstáculos que dificultan la aproximación al cauce.

Por tanto, en estas condiciones, la posición de un ejército defensor situado detrás de un valle profundo o de un río de tamaño medio es muy ventajosa; este tipo de defensa de un río debe situarse entre los mejores mecanismos estratégicos.

Su debilidad, el punto en el que el defensor puede equivocarse con más facilidad, reside en la posibilidad de que sus fuerzas se dispersen demasiado. En esa situación resulta natural escalonar las propias fuerzas desde un punto de cruce hasta el siguiente ya que no se conoce dónde detenerle. Pero, si no se puede luchar con el ejército todo unido, el intento habrá fracasado. La derrota en un combate, la retirada inevitable, la confusión y las bajas de toda clase pueden llevar al ejército al borde del desastre total, incluso si no lucha hasta el final.

Baste decir que no se deberían dispersar demasiado las propias fuerzas y que, en cualquier caso, deberían poder reunirse al final del día en el que el enemigo ha cruzado. Con este principio nos ahorraremos más discusiones sobre tiempo, fuerza y espacio, que dependen siempre de factores locales diversos.

La batalla resultante de dichas condiciones tendrá con toda seguridad una característica peculiar: el defensor debe mostrar el mayor ímpetu. Los ataques simulados con los que el enemigo pueda haberle estado distraendo durante cierto tiempo, generalmente harán que sólo pueda llegar al lugar adecuado en el último minuto. Las ventajas especiales de esta situación residen en la difícil posición de las tropas del enemigo que están justamente enfrente de él. Si otras tropas cruzan en otros puntos y le envuelven, no podrá hacerlas frente de la forma habitual, mediante contraataques desde la retaguardia. Si lo hiciera, estaría sacrificando las ventajas de su posición. Debe alcanzar una solución favorable antes de que estas nuevas tropas empiecen a presionarlo. Debe cargar contra las fuerzas que se encuentren delante de él, cualquiera que éstas sean, con la mayor rapidez y vigor y lograr, mediante su derrota, que el combate llegue a un resultado favorable.

Debemos recordar que el objetivo de este tipo de defensa de río no puede ser nunca resistir a una fuerza enormemente superior, como sí sería quizá posible en el caso de la defensa directa de un río importante. Normalmente habrá que tratar con la parte más numerosa de las fuerzas del enemigo y resulta fácil

comprender que la disparidad de fuerzas debe ser tenida en cuenta si las circunstancias son favorables.

Lo mismo puede decirse en el caso de la defensa de valles profundos y ríos de tamaño mediano en la que están presentes fuerzas importantes; fuerzas que buscan una victoria decisiva y para las que la resistencia efectiva que pueden ofrecerse en los márgenes del valle no es comparable con las desventajas que supone una posición dispersa. Sin embargo, si todo lo que se necesita es el refuerzo de una línea secundaria de defensa, concebida para resistir durante un tiempo y que dependa de la llegada de refuerzos, la defensa directa de las laderas, e incluso de la orilla del río, resultaría apropiada. Aunque no cabe esperar las ventajas de una posición de montaña, la resistencia puede mantenerse en este tipo de terreno más tiempo que en campo abierto. La única situación en la que puede resultar realmente arriesgado, o incluso imposible, es cuando el río serpentea en curvas muy cerradas, que es lo que suelen hacer los ríos en los valles profundos (piénsese en el curso del Mosela en Alemania). En ese caso, las unidades que estuvieran en los salientes formados por las curvas se perderían con casi total seguridad en el caso de una retirada.

Obviamente, cuando está presente el grueso de un ejército, un río importante ofrece las mismas posibilidades de defensa que hemos atribuido a los ríos de tamaño intermedio y lo hace en condiciones mucho más favorables. Una defensa así se utilizará invariablemente cuando el objetivo del defensor sea la victoria total. Aspern es un ejemplo que viene al caso.

Un caso completamente diferente surge cuando un ejército ocupa un río, una corriente de agua o un valle profundo inmediatamente adyacente a su frente con el fin de lograr un obstáculo táctico que dificulte la aproximación, es decir, *un fortalecimiento táctico de su frente*. Un estudio más detenido de la cuestión entraría en el campo de la táctica pero, en términos de su eficacia, lo único que podemos decir es que es una mera ilusión. Si la divisorio es lo suficientemente grande, haría inexpugnables los frentes de la posición, pero como no es más difícil de rodear que cualquier otra, el efecto es prácticamente el mismo que si el defensor eludiera al atacante, lo que difícilmente sería el propósito cuando se ocupó la posición. Por tanto, este tipo de posición sólo es útil cuando las condiciones locales hacen que las líneas de comunicación del atacante sean tan desfavorables

que cualquier desviación con respecto a la ruta más directa supondría consecuencias inaceptables.

En esta segunda forma de defensa, los ataques simulados constituyen una amenaza mucho mayor. Para el atacante resultará mucho más fácil llevarlos a cabo, mientras que el defensor seguirá teniendo que concentrar toda su fuerza en el punto en el que realmente se cruza el río. Sin embargo, el defensor no se verá tan apremiado, puesto que la ventaja seguirá jugando a su favor hasta que el atacante haya reunido totalmente su fuerza y haya ocupado varios puntos de cruce, mientras que los ataques simulados del enemigo nunca serán tan eficaces como lo serían en una defensa de posiciones o de cordón, en la que en ningún caso se puede ceder terreno. Por tanto, por lo que respecta a la utilización de la reserva, los problemas son muy diferentes. En un caso se trata simplemente de saber dónde se encuentra el grueso de las fuerzas; en el segundo, tendremos el problema más difícil de adivinar cuál será el primer punto atacado.

Añadiremos un comentario general sobre el tema de la defensa de los ríos, sean éstos importantes o no: si se ha adoptado con las prisas y la confusión propias de la retirada, sin preparación, sin retirar los medios para cruzar el río y sin familiarizarse con el terreno, no cabe duda que no podrán obtenerse los resultados descritos más arriba. Normalmente no podrá esperarse nada parecido, por lo que sería un gran error dispersar una fuerza demasiado escasa a lo largo de una posición extensa.

En cualquier caso, como todo puede ir mal en la guerra, a menos que se haga con toda la atención, firmeza y con gran tesón, lo mismo podría decirse del hecho de defender un río enfrentándose al enemigo en campo abierto y con la esperanza de que la anchura del río o la profundidad del valle lo detendrá. Decisiones así muestran una falta de confianza en la situación; a menudo traen horribles presagios tanto al general como al ejército, presagios que normalmente se hacen realidad con demasiada prontitud. Después de todo, una batalla en campo abierto no es igual que un duelo, que presupone una igualdad de condiciones para ambos contendientes: el defensor, que no puede lograr una ventaja mediante la explotación de la naturaleza especial de la defensa o mediante la utilización de marchas rápidas o mediante el conocimiento del terreno y la libertad de movimientos, poco puede esperar y aún menos puede buscar su salvación en un río o en su valle.

La tercera forma de defensa consiste en el mantenimiento de una posición fuerte en la orilla del río del enemigo. Su eficacia se basa en el riesgo que corre el enemigo una vez que cruza el río, ya que éste atraviesa sus líneas de comunicación y hace que quede limitado a uno o dos puentes. Obviamente, esto sólo ocurre con ríos importantes, anchos y profundos; no sería aplicable a un río con un valle estrecho, que normalmente puede cruzarse en muchos puntos.

La posición debe estar muy fortificada, de hecho debe ser prácticamente inexpugnable. De lo contrario, caería en manos del enemigo y nuestra ventaja desaparecería. Sin embargo, si es lo suficientemente fuerte como para disuadir al enemigo de atacarla, el efecto puede ser obligarlo a permanecer en la orilla. Si cruzase, exponería sus líneas de comunicación, aunque, por supuesto, también amenazaría las del defensor. Aquí, como en todos los casos en que dos ejércitos se rebasan mutuamente, la cuestión fundamental es qué líneas de comunicación son más seguras en número, posición y en otros aspectos. Además, depende de qué bando tenga más que perder y por tanto se puede ver más fácilmente superado por la respuesta del otro; y por último, qué ejército tenga una mayor determinación a la que poder recurrir en último extremo. El río aquí no importa, salvo en la medida en que aumenta el peligro que supone para ambas partes un movimiento así, porque ambos bandos están confinados a los puentes. En la medida en que normalmente se puede suponer que los puntos de cruce del defensor y sus diversos depósitos estén mejor fortificados que los de su oponente, ésta es una forma perfectamente factible de defensa que sería suficiente cuando otras circunstancias no favorecen una defensa directa. Es cierto que no significa que el ejército esté protegido por el río o que el río lo esté por el ejército; sino que el territorio está defendido por la combinación de ambos, que es lo que realmente importa.

Sin embargo, debemos admitir que esta forma de defensa, en la que no hay un golpe decisivo, es como la tensión que se produce en la atmósfera entre corrientes eléctricas positivas y negativas: sólo podrá detener un golpe de pequeñas proporciones. Podrá ser suficiente frente a un general cauteloso y dubitativo que no se siente obligado a avanzar ni siquiera cuando tiene una fuerza muy superior; también en el caso de que dos ejércitos estén ya en una situación de equilibrio en la que ninguno de los

dos pretenda conseguir más que pequeñas ventajas. Pero, como medio de enfrentarse a fuerzas superiores en número y a un general con arrojo, constituye una línea de acción peligrosa que puede conducir al desastre.

Este método de defensa requiere tal osadía y parece tan científico que casi podríamos llamarlo elegante; pero como la elegancia fácilmente se aproxima a la presunción, que es menos excusable en la guerra que en sociedad, existen pocos ejemplos de este elegante método. Sin embargo, puede desarrollarse como un medio especial de apoyo para los dos primeros métodos: manteniendo un puente y una cabeza de puente, el defensor siempre puede amenazar con cruzar el río él mismo.

Aparte del objetivo de la defensa absoluta con el grueso de las fuerzas, cada una de estas tres formas de defensa de un río puede tener un objetivo adicional: el de una *defensa simulada*.

Por supuesto, una demostración de resistencia hueca puede utilizarse junto con otra serie de medidas y básicamente con cualquier posición que no sea simplemente un campamento de una noche. Pero la defensa simulada de un gran río constituye un verdadero engaño si comprende cierto número de medidas más o menos complicadas. El efecto es normalmente de mayor entidad y dura más que en otros casos. La acción de cruzar un río ante un enemigo constituye siempre una decisión seria para el atacante. Puede considerarla durante mucho tiempo o posponerla hasta un momento más favorable.

Una defensa simulada requiere que el grueso de las fuerzas se despliegue a lo largo del río aproximadamente de la misma manera en que lo haría en el caso de una defensa real. Sin embargo, la propia intención de realizar una defensa simulada demuestra que las circunstancias no son lo suficientemente favorables como para una defensa real. En consecuencia, las posiciones que se tomen, que inevitablemente estarán más o menos dispersas, pueden dar lugar a importantes pérdidas si las unidades participan de hecho en la resistencia, aunque ésta sea a muy pequeña escala. Constituiría, por tanto, una medida poco eficaz. Por tanto, en una defensa simulada todo debe estar calculado en términos de una concentración real del ejército en un punto considerablemente más en retaguardia, con frecuencia incluso a varios días de marcha. Sólo se puede ofrecer la resistencia que responda a ese plan.

Para explicar exactamente lo que queremos decir y al mismo tiempo mostrar la significación que puede tener tal demostración de resistencia recordaremos la fase final de la campaña de 1813. Bonaparte había regresado a través del Rin con 40.000 o 50.000 hombres. Con una fuerza tan pequeña habría resultado imposible defender el tramo de río comprendido entre Mannheim y Nijmegen, el tramo en el que, a partir de la dirección general de sus fuerzas, resultaba más probable que el ejército aliado cruzase. Lo único que Bonaparte podía hacer era planear su primera resistencia real en la parte francesa del Mosa, donde su ejército podía esperar refuerzos. Si se hubiese retirado a esa línea inmediatamente, los aliados habrían seguido pisándole los talones; lo mismo habría ocurrido, a no mucho tardar, si hubiese enviado sus tropas a campamentos de descanso en su lado del Rin. No importa lo cautelosos y pusilánimes que fuesen los aliados, hubiesen enviado enjambres de cosacos y otras tropas ligeras para que cruzaran el río y en caso de tener éxito otras unidades les habrían seguido. En consecuencia, los franceses no tenían más opción que prepararse para defender el Rin con determinación. Como cabía esperar que tan pronto como los aliados comenzasen a cruzar nada se podría lograr con esta defensa, toda la maniobra debía considerarse como una mera demostración de resistencia en la que los franceses en realidad no arriesgaban nada, puesto que su punto de reunión estaba situado en el alto Mosela. Sólo Macdonald, apostado en Nijmegen con 20.000 hombres, cometió el error de esperar a que le desalojasen. Debido al retraso de la llegada del cuerpo de ejército de Winzingerode, esto no sucedió hasta mediados de enero, lo que impidió que Macdonald se reuniese con Bonaparte antes de la batalla de Brienne. Por tanto, la defensa simulada del Rin fue suficiente para que los aliados se detuvieran y para que decidiesen posponer el cruce hasta la llegada de refuerzos, un período de seis semanas. Estas seis semanas debieron ser de incalculable valor para Bonaparte. Sin la demostración de resistencia en el Rin, la batalla de Leipzig habría llevado a los aliados directamente a París; una batalla en cualquier lugar al Este de París habría estado, en ese momento, por encima de las posibilidades de los franceses.

También puede hacerse una demostración con la segunda forma de defensa de río, la que se refiere a un río de tamaño intermedio. Pero normalmente, será mucho menos eficaz porque

los intentos de cruzarlo son mucho más fáciles y, por tanto, el juego se descubre mucho antes.

En la tercera forma de defensa de río, la demostración sería probablemente todavía menos eficaz. Sería apenas más útil que cualquier otra posición temporal.

Por último, las dos primeras formas de defensa son adecuadas para conferir una mayor fuerza y seguridad a una cadena de puestos avanzados o a otra línea defensiva establecida para algún fin secundario (un cordón), o incluso a una pequeña unidad de observación, de la que dispondrían sin el río. En todos estos casos, hablamos únicamente de resistencia relativa que será mucho más eficaz siempre que exista una ruptura en el terreno; pero no debemos perder de vista no sólo todo el tiempo logrado mediante la resistencia durante el combate, sino las numerosas dudas que acompañan el planeamiento del ataque, que en el noventa y nueve por ciento de los casos harán que se anule, a menos que existan razones urgentes para llevarlo a cabo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LA DEFENSA DE RÍOS (CONTINUACIÓN)

Nos gustaría añadir algunas observaciones relativas al efecto que tienen los ríos y corrientes de agua sobre la defensa de un país, incluso si dichos ríos y corrientes de agua no están defendidos.

Cualquier valle fluvial importante, junto a sus afluentes, constituye un importante obstáculo natural y como tal generalmente es una ventaja para la defensa; pero podemos definir con más detenimiento las características más destacadas del papel que desempeñan.

Para empezar, debemos establecer si el río discurre de forma paralela, oblicua o perpendicular con respecto a la frontera, es decir, con respecto al principal frente estratégico. Si corre paralelo a la frontera debemos distinguir si lo hace por detrás del ejército del defensor o por detrás del ejército del atacante; y, en ambos casos, es importante a qué distancia del río se encuentre el ejército.

Un ejército defensor con un río importante cerca de su retaguardia (pero no a menos de un día normal de marcha), río en

el que ha asegurado un número suficiente de puntos para poder cruzarlo, está sin duda en una posición mucho más fuerte de lo que lo estaría sin el río. Aunque la preocupación por los puntos por donde cruzarlo puede privarle de cierta libertad de movimientos, ganará mucho más gracias a la seguridad de su retaguardia estratégica, especialmente de sus líneas de comunicación. Hay que recordar que estamos hablando de la defensa en nuestro propio territorio; en territorio enemigo, incluso cuando el ejército enemigo esté a nuestro frente, debemos suponerlo en nuestra retaguardia tanto como si hubiera cruzado el río. El río sería, por tanto, más una desventaja que una ventaja puesto que limita nuestras comunicaciones. A cuanta mayor distancia esté el río, menor será su utilidad y a cierta distancia su valor desaparece por completo.

Si un ejército que avanza tiene que dejar un río en su retaguardia, éste dificultará sus movimientos porque las líneas de comunicación estarán limitadas a unos pocos puntos habilitados para cruzarlo. En 1760, cuando el príncipe Enrique marchó contra los rusos a lo largo de la orilla derecha del Oder cerca de Breslau, el río, que estaba a tan sólo un día de marcha de su retaguardia, le ofreció claramente un punto de apoyo. Sin embargo, más tarde, cuando los rusos dirigidos por Chernichev cruzaron el Oder, se encontraron con una posición muy incómoda debido al riesgo de perder su línea de retirada, que dependía de un único puente.

Cuando un río atraviesa un teatro de operaciones de forma más o menos perpendicular, la ventaja vuelve a situarse del lado del defensor. Para empezar, normalmente podrá elegir buenas posiciones, utilizando el río como apoyo y los valles de sus afluentes como refuerzos de su frente (como hicieron los prusianos con el Elba en la Guerra de los Siete Años); en segundo lugar, el atacante debe o bien renunciar a una de las orillas del río o dividir sus fuerzas. En este último caso, el defensor se verá sin duda favorecido por el hecho de tener un mayor número de puntos seguros por donde cruzar que el atacante. Una mirada a la Guerra de los Siete Años es suficiente para demostrar que el Oder y el Elba resultaron de gran ayuda para Federico a la hora de defender su teatro de operaciones, es decir Silesia, Sajonia y la Marca, a la vez que constituyeron un importante obstáculo para la conquista de estas provincias por parte de los austríacos y los rusos. Sin embargo, durante el transcurso de la

guerra realmente no se defendió ninguno de los dos ríos. Además, en su mayor parte ambos discurren de forma oblicua o perpendicular con respecto al frente del enemigo, más que de forma paralela.

En general, el papel de un río como medio de transporte es, por lo que respecta al atacante, el aspecto más favorable, siempre y cuando discurra perpendicularmente al frente: sus líneas de transporte son más largas y por tanto tiene más problemas a la hora de hacer llegar los suministros. En consecuencia, el transporte fluvial constituirá un alivio y una ventaja. Es verdad que también en este caso el defensor tiene la ventaja de poder cerrar el río al tráfico mediante fortificaciones en la frontera; pero eso no va en perjuicio de los beneficios de los que hasta ese punto disfrutaba el atacante. Sin embargo, es preciso llamar la atención sobre varios factores. Un río puede ser lo suficientemente ancho como para tener una significación desde el punto de vista militar, sin que tenga por ello que ser navegable; puede que no sea navegable durante todo el año; el tráfico fluvial contra corriente es extremadamente lento y a menudo difícil; las curvas frecuentes pueden hacer que la distancia a recorrer se duplique; hoy en día las carreteras actúan como las principales arterias entre dos países; y por último, actualmente el grueso de las necesidades de un ejército se obtiene gracias a las requisas locales más que a través de suministros comerciales desde lugares distantes. Todas estas consideraciones demuestran que el transporte fluvial desempeña un papel mucho menor en el suministro de los ejércitos de lo que los manuales nos podrían hacer creer. Su efecto sobre el curso de los acontecimientos es, por tanto, bastante remoto y difícil de medir.

CAPÍTULO VEINTIUNO

LA DEFENSA DE BOSQUES

En primer lugar, debemos distinguir entre bosques densos, impenetrables y cubiertos de vegetación y bosques cultivados de manera extensiva en los que puede haber numerosos claros y pueden estar atravesados por gran número de caminos.

Este último tipo de bosque, siempre que se planifique una línea defensiva, debe quedar en la retaguardia o evitarse por todos los medios. Al defensor le interesa aún más que al atacante disponer de una visión sin estorbos. En parte, porque normalmente es el más débil de los dos y en parte porque las ventajas naturales de su posición hacen que desarrolle sus planes más tarde que el atacante. Si tuviera que luchar con un bosque delante de él, sería como un ciego luchando contra un vidente. Si tomara posición en el medio del bosque, ambos estarían igualmente ciegos; pero esta igualdad sería contraria a sus intereses.

Por tanto, un bosque de ese tipo no puede tener ninguna utilidad para la defensa a menos que quede en su retaguardia. En este último caso podría utilizarse como pantalla para preparar cualquier movimiento y para cubrir y facilitar su posible retirada.

Por supuesto, estos comentarios sólo son válidos para los bosques en terreno llano. Cuando el terreno sea montañoso, será esta característica la que prevalezca en los preparativos tácticos y estratégicos. Ya hemos tratado esta cuestión anteriormente.

Por otra parte, los bosques impenetrables o, para ser más exactos, los bosques en los que debemos limitarnos a las carreteras que los atraviesan, proporcionan oportunidades para la defensa indirecta similares a las ofrecidas por las montañas: es posible iniciar una batalla cuando las condiciones son favorables. El ejército en una posición más o menos concentrada puede esperar detrás del bosque a que el enemigo aparezca y atacarle cuando asome por la estrecha carretera. Por lo que respecta a sus efectos, un bosque de este tipo se parece más a las montañas que a un río: atravesarlo resulta muy lento y difícil pero, por lo que respecta a la retirada, constituye más una ventaja que un peligro.

No importa lo impenetrable que sea un bosque. Su defensa directa seguirá siendo una cuestión arriesgada, incluso para la más ligera cadena de puestos avanzados. Las talas son sólo barreras psicológicas y ningún bosque es tan impenetrable como para que pequeñas unidades no puedan infiltrarse en él en cientos de lugares. En una cadena defensiva, éstas serían como las primeras gotas de agua filtrándose a través de una presa: irían seguidas, sin duda, de una ruptura general.

La influencia de los grandes bosques de todas clases se hace infinitamente más importante en el caso de una insurrección nacional, para la que sin duda constituyen el entorno adecuado. Si se puede concebir un plan estratégico de defensa que haga que las líneas de comunicación del enemigo atraviesen bosques profundos, se habrá añadido una poderosa palanca a la maquinaria de la defensa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL CORDÓN

Por cordón entendemos cualquier sistema de defensa en el que se disponen una serie de puestos enlazados con el fin de ofrecer protección directa a un área. Subrayamos la palabra directa puesto que varios cuerpos de ejército de un gran ejército dispuestos en línea podrían proteger un área considerable de las incursiones del enemigo sin constituir un cordón. En ese caso, la protección no sería directa sino el resultado de maniobras y movimientos conjuntos.

Evidentemente, una línea defensiva lo suficientemente larga como para cubrir un área extensa de forma directa sólo podrá proporcionar una resistencia mínima. Esta afirmación sigue siendo válida aun cuando se despliegan grandes efectivos, si se enfrentan a fuerzas igualmente numerosas. Por tanto, la finalidad de un cordón es resistir un ataque ligero. Ligero ya sea porque el atacante se desanima con facilidad o porque su fuerza es pequeña.

Ésa era la función de la Gran Muralla china: una protección contra las incursiones de los tártaros. Ésa es también la finalidad de todas las líneas y defensas fronterizas de los Estados euro-

peos lindantes con Asia y Turquía. En este sentido, los cordones ni son absurdos ni son inadecuados a su fin. Es cierto que no podrán impedir todas las incursiones; pero las harán más difíciles y por tanto se producirán con menos frecuencia, lo que tiene una gran importancia dadas las relaciones existentes con los pueblos asiáticos, en las que el estado de guerra es prácticamente permanente.

En ese sentido, también las líneas erigidas en las guerras recientes entre Estados europeos, por ejemplo las líneas francesas en el Rin y en los Países Bajos, se asemejan bastante a los cordones. Su finalidad, básicamente, es proteger el territorio de las incursiones realizadas simplemente para recaudar contribuciones o para vivir del enemigo. Como están pensadas para enfrentarse sólo con incursiones de poca importancia, sólo estarán dotadas con pequeñas fuerzas. Por supuesto, cuando el grueso de las fuerzas del enemigo se dirija contra estas líneas, tendrán que ser defendidas por el grueso de las fuerzas del defensor, lo que dista mucho de ser la mejor forma de organizar una defensa. Debido a esta desventaja y al hecho de que la protección contra las incursiones tiene una importancia extremadamente limitada en una guerra en la que la existencia de dichas líneas pueda suponer un sobregasto de fuerzas, hoy en día se considera que líneas así constituyen una disposición desfavorable. Cuanto mayor sea la furia con que se libra la guerra, más peligrosas e inútiles resultan.

Por último, una línea extensa de puestos avanzados diseñada para cubrir el área de acantonamiento de un ejército y para ofrecer cierto grado de resistencia, también debería ser considerada como un verdadero cordón.

La principal finalidad de una resistencia de ese tipo es hacer frente a incursiones y a otras operaciones de menor alcance destinadas a hacer que los acantonamientos sean inseguros y si el terreno es el adecuado puede servir sin dificultad para este propósito. Por el contrario, frente al grueso de las fuerzas del enemigo, la resistencia sólo puede ser relativa. En otras palabras, dirigida a ganar tiempo: pero normalmente el tiempo ganado no será significativo. Por tanto, rara vez será considerada como la finalidad de un cordón. El enemigo nunca puede reunirse y avanzar de forma tan secreta que la primera noticia que el defensor tenga de dicho avance provenga de sus puestos avanzados. Si algo así sucediera sólo cabría sentir compasión por él.

Por tanto, incluso en este caso, la única finalidad del cordón es hacer frente a un ataque ligero; como en los dos casos anteriores, no hay ninguna contradicción en ello.

Pero que el grueso de las fuerzas destinadas a defender el país se dispusiera de forma escalonada en una larga serie de puestos defensivos contra el grueso del ejército enemigo, formando de hecho un cordón, resultaría tan absurdo que habría que investigar las circunstancias inmediatas que rodeasen y explicasen tal ocurrencia.

En las montañas, cualquier posición, incluso la que se ocupa con la intención de librar una batalla con la mayor fuerza posible, tiende necesariamente a ser más extensa de lo que lo sería en el llano. Ello es posible porque el terreno aumenta enormemente el potencial defensivo; y es necesario porque se necesita una base más amplia para la retirada, como vimos en el capítulo dedicado a la guerra defensiva en montaña. Sin embargo, si la batalla no es inminente, es probable que el enemigo permanezca frente a nosotros durante un tiempo considerable, sin hacer ningún movimiento a no ser que surja una ocasión favorable, lo que en la mayoría de las guerras ha sido la situación normal. En una situación así no sería deseable verse limitado a la ocupación de un área mínima: el defensor no puede sino desear controlar el mayor terreno posible hacia todos los lados en la medida en que lo permita la seguridad de su ejército. Surgen así una serie de beneficios de los que nos ocuparemos con más detenimiento más adelante. En un terreno abierto, sin obstáculos, resulta más fácil que en las montañas gracias a la *movilidad*; en consecuencia, será menos necesaria la extensión y fragmentación de las fuerzas para conseguir este propósito. Sería también mucho más peligroso porque cada una de las unidades tendrían una capacidad de resistencia reducida.

Sin embargo, en las montañas la posesión del terreno favorece más la defensa local: es más difícil llegar hasta un punto amenazado; y si el enemigo llega allí antes, no resulta fácil desalojarlo, ni siquiera empleando una fuerza algo superior. Condiciones así tenderán a favorecer disposiciones que consistirán en una serie de puestos defensivos y que, aunque no sean exactamente un cordón, se le parecerán mucho. Entre una disposición así, que consiste en diversos puestos separados, y un cordón media todavía mucha distancia; pero con frecuencia un general la recorre sin darse cuenta, atraído paso a paso. El ob-

jeto de una dispersión así es, en primer lugar, la seguridad y posesión del territorio; y a continuación la seguridad de las propias tropas. Cada comandante sopesará las ventajas de ocupar diversos puntos de acceso a cada lado de su posición y de esa forma el conjunto de las fuerzas se desliza gradualmente y de forma imperceptible de un grado de dispersión al siguiente.

En consecuencia, una guerra de cordón en la que participe el grueso de las fuerzas no debería verse como una elección deliberada diseñada para detener todos los ataques del enemigo, sino como una situación a la que se llega mientras se persigue un objetivo completamente diferente: la protección y seguridad del país frente a un enemigo que no pretende realizar una acción de envergadura. Esto siempre es un error y los argumentos por los que un general se deja llevar para formar un pequeño puesto después de otro, resultan siempre triviales en comparación con la importancia de mantener intacto el grueso de sus fuerzas. Sin embargo, la existencia de dichos argumentos sirve al menos para demostrar la posibilidad de que se produzca dicha confusión. El hecho de que se trate realmente de un error, un juicio erróneo sobre el enemigo y sobre la propia posición, tiende a pasar *inadvertido*; las culpas recaen en lo erróneo del *método*. Pero dicho método ha contado con una aprobación tácita siempre que se ha utilizado con buenos resultados o, al menos, sin provocar daños. Todo el mundo alaba las campañas *impecables* del príncipe Enrique en la Guerra de los Siete Años porque así es como las calificó el rey; de hecho, en estas campañas encontramos los ejemplos más extremos e incomprensibles de cadenas extensas de puestos que merecen, como la que más, el nombre de cordón. Es posible justificar plenamente estas posiciones diciendo que el príncipe conocía a sus enemigos y que estaba seguro de que no se podía esperar ninguna acción decisiva; además, el objeto de su disposición fue siempre controlar la mayor área posible y por tanto fue hasta donde las circunstancias se lo permitían. Sin embargo, si el príncipe se hubiese visto atrapado en esa tela de araña y hubiera sufrido fuertes pérdidas, deberíamos concluir, no que había empleado un sistema erróneo de hacer la guerra sino más bien que había utilizado la medida equivocada, aplicándola a una situación para la que no resulta adecuada.

Hasta aquí nuestro intento de explicar cómo el llamado sistema de cordón puede aparecer con el grueso de las fuerzas de

un teatro de operaciones de una forma sensata y lo suficientemente útil para no parecer absurdo. Debemos añadir que parece que ha habido ocasiones en las que los comandantes supremos y sus Estados Mayores han pasado por alto la verdadera significación de un sistema de cordón, tratando su valor relativo como si fuera absoluto y creyéndolo capaz de resistir todos los ataques de enemigo, cualesquiera que éstos fueran. No se trata en este caso de aplicaciones inadecuadas de un método sino de la total incapacidad de comprender su naturaleza. Debemos admitir que este absurdo, entre otros, parece haber desempeñado un papel en la defensa de los Vosgos por los ejércitos prusiano y austríaco en 1793 y 1794.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LA LLAVE DEL PAÍS

No hay ningún concepto teórico en el arte de la guerra al que los críticos tengan más aprecio que el que trataremos a continuación. Ha sido el trofeo máspreciado de innumerables relatos de batallas y campañas, el tema favorito de todas las discusiones, uno de esos términos pseudocientíficos con los que los críticos intentan demostrar su erudición. Sin embargo, el concepto subyacente no ha sido establecido, ni siquiera ha sido definido claramente.

Intentaremos exponer claramente el concepto y examinar el valor práctico que pueda tener.

Nos ocupamos de él en este punto porque está estrechamente relacionado con la defensa de montañas y ríos, así como con el concepto de posiciones fortificadas y atrincheradas que acabamos de tratar.

Tras la vieja metáfora marcial de «llave del país» se oculta una idea vaga y confusa que a veces se refiere a la región más abierta de un territorio y a veces a la región mejor defendida.

Si existe un área *sin cuya posesión no es posible arriesgarse a avanzar en territorio enemigo* podríamos referirnos a ella como

la llave del país. Pero los teóricos no se han conformado con este concepto simple y francamente de no mucho valor; lo han elevado a una posición superior y lo han utilizado para referirse a puntos que nos darían la posesión de *todo el país*.

Cuando los rusos emprendieron la invasión de la península de Crimea tuvieron que empezar por conquistar el Istmo de Perekop y sus líneas defensivas, no porque no hubiese otra forma de entrar (de hecho Lacy había envuelto las líneas en 1737 y de nuevo en 1738) sino para estar razonablemente seguros una vez que se estableciesen en Crimea. Esto resulta bastante evidente, aunque el concepto de punto clave poco aporta a nuestra comprensión. Sin embargo, si alguien dijese que quien ocupe el área en torno a Langres posee o domina toda Francia hasta París, en otras palabras, que una vez que se ocupa Langres depende sólo del ocupante el tomar o no posesión del país, estaríamos ante una afirmación muy diferente y de mucho mayor calado. En el primer caso, la posesión de un país se considera imposible sin el punto señalado como clave. Resulta lógico.

Sin embargo, en el segundo caso la posesión del país es la consecuencia inevitable de la posesión del punto señalado como clave. Obviamente, eso ya es algo misterioso, situado más allá de los límites del entendimiento convencional y que requiere el poder mágico de las ciencias ocultas. De hecho, este sortilegio empezó a aparecer impreso hace alrededor de cincuenta años y alcanzó su cenit a finales del siglo XVIII. A pesar de la enorme fuerza, seguridad y lógica con la que el liderazgo de Bonaparte barrió las concepciones militares previas, esa fórmula mágica consiguió a duras penas mantenerse aferrada a la vida y continuó tejiendo su frágil hilo en la literatura.

Ignoremos *nuestra* definición de punto clave: es obvio que en cada país hay algunos puntos de importancia *excepcional* en los que cierto número de carreteras converge, es fácil acumular suministros, es posible moverse en diversas direcciones; en resumen, cuya posesión satisface cierto número de necesidades y ofrece una serie de ventajas. Si los generales que desean describir la importancia de un punto así mediante una única palabra desean llamarlo llave del país, sería pedante por nuestra parte hacer objeciones; al contrario, la expresión es acertada y oportuna. Pero si esta licencia del lenguaje se infla para convertirse en el centro de todo un sistema, ramificándose en varias direcciones

como un árbol, el propio sentido común llamaría a la moderación y a mantener el valor adecuado del término.

Las memorias de guerras y campañas escritas por generales, utilizan el concepto de llave del país en un sentido práctico pero, a la vez, muy impreciso. Para desarrollarlo hasta convertirlo en un sistema es preciso transformarlo en un término más específico y en consecuencia más limitado. De todos los aspectos disponibles se eligió el de tierras altas.

Cuando una carretera atraviesa una estribación montañosa, el viajero suspira con alivio una vez que ha alcanzado la cima y comienza a descender. Si esto es cierto de un individuo, lo es aún más de un ejército. Parece como si todas las dificultades se hubiesen disuelto y a menudo es verdad. Nos parece que el descenso será fácil y que podremos vencer cualquier obstáculo en nuestro camino. El país se extiende ante nosotros y parece estar a nuestros pies, tanto física como metafóricamente. Por tanto, el punto más alto de una carretera que atraviesa las montañas se ha considerado a menudo como un punto decisivo. En la mayoría de los casos realmente lo es, pero de ningún modo en todos ellos. Estos son los puntos a los que a menudo se refieren los generales en sus memorias como puntos clave, normalmente, sin duda, en un sentido ligeramente diferente y en general con una aplicación limitada. Este es el concepto que con frecuencia se ha utilizado como punto de partida para la teoría errónea (de la que Lloyd puede haber sido el fundador); esa es la razón por la que puntos elevados desde los que diversas carreteras descenden hacia el país a conquistar han sido considerados como llaves de ese país. De hecho, como puntos que *dominan* el país. No es de extrañar, por tanto, que este concepto se mezclara con otro estrechamente relacionado, el de *la defensa sistemática del terreno montañoso*; el resultado fue llevar la cuestión aún más hacia el reino de la fantasía. Se incorporaron un gran número de elementos tácticos relacionados con la guerra de montaña y, como consecuencia, el concepto de que el *punto más alto sobre una carretera* constituía la llave del país fue sustituido por el punto más alto de la cordillera. En otras palabras, la línea divisoria de las aguas.

Sin embargo, en ese mismo momento, a finales del siglo XVIII empezaron a difundirse nuevas teorías relativas a la formación de la superficie de la tierra mediante el proceso de la erosión. Las ciencias naturales, bajo la forma de sistema geológico, se

convirtieron en aliadas de la historia militar. Con ello se desbordó esa presa que formaba el sentido común; la discusión sensata se vio arrastrada en una riada de ilusiones basada en una analogía geológica. Por tanto, a finales del siglo XVIII no se oía hablar de otra cosa, o para ser más exactos no se leía otra cosa, que no fueran las fuentes del Danubio y del Rin. Es cierto que este sin sentido abundó principalmente en la literatura y que sólo una fracción de lo contenido en los libros logra llegar de alguna forma a la vida real; y cuanto más estúpida es la teoría menos es lo que llega. Sin embargo, esta teoría en particular tuvo algún efecto práctico a costa de Alemania. Para demostrar que no estamos arremetiendo contra molinos de viento citaremos dos ejemplos reales: el primero, las importantes, pero muy doctrinarias, campañas del ejército prusiano en los Vosgos en 1793 y 1794 (sobre las que los trabajos de Massenbach y Grawert proporcionan la clave teórica); y el segundo, la campaña de 1814 en la que, conforme a lo que dicta la teoría, se obligó a un ejército de 200.000 hombres a realizar una marcha sin sentido a través de Suiza para llegar a Langres.

El punto más alto de una zona, la línea divisoria de las aguas, normalmente no es más que eso. Todo lo que se escribió a finales de siglo sobre su influencia sobre los asuntos militares era una exageración y una aplicación errónea de ideas básicamente razonables y era completamente disparatado. Si el Rin, el Danubio y los seis ríos de Alemania se pusiesen de acuerdo para conceder a una *única* montaña el honor de ser su punto común de origen no aumentaría por ello su valor militar, salvo posiblemente como lugar para un hito trigonométrico. Tendría poco valor para una torre de señales, aún menos para un puesto de observación y ningún valor para todo un ejército.

La búsqueda de una posición llave en una llamada *área llave* o en otras palabras, en el punto nodal de varias cordilleras en las que se encuentran las fuentes más altas de los ríos, no es sino una aplicación poco práctica de un libro de texto. La propia naturaleza repudia la idea: nunca hace a las estribaciones y valles tan accesibles desde arriba como se postula en lo que hasta ahora se conocía como la teoría del terreno, sino que distribuye los picos y gargantas al azar y coloca a menudo los lagos más bajos entre los macizos más elevados. Si consultamos la historia militar descubrimos que las características geológicas más sobresalientes de un área difícilmente afectan a su utilización mi-

litar de manera regular; el poco peso que puedan tener es siempre inferior al de otras necesidades y factores locales. Las líneas militares con frecuencia pasarán muy cerca de una característica así sin que particularmente tengan otro atractivo.

Dejemos ahora esta idea errónea, de la que nos hemos ocupado con tanta extensión solamente porque a partir de ella se ha desarrollado todo un refinado sistema. Volvamos a nuestro propio punto de vista.

Como ya hemos dicho, sostenemos que, si se quiere clasificar el término «posición llave» como un concepto estratégico autónomo, a todo lo que puede referirse es a un área que es preciso dominar antes de arriesgarse a avanzar en territorio enemigo. Sin embargo, si la idea se intenta estirar para cubrir cualquier punto de acceso fácil a un país o cualquier punto central conveniente para ello, el término empezará a perder su verdadero significado y su valor se reducirá en la misma medida. Denotaría simplemente algo que puede encontrarse más o menos en cualquier parte y no será más que una figura del lenguaje que resulta fácil de utilizar.

Es cierto que las posiciones que tenemos en mente son difíciles de encontrar. Normalmente la verdadera llave del país o punto clave del enemigo es su ejército y para que el terreno prime sobre las fuerzas armadas, debe prometer condiciones excepcionalmente ventajosas. Si éstas existen, normalmente es posible reconocerlas por dos características sobresalientes: primera, que el poder de resistencia de la fuerza desplegada en ese lugar particular se vea aumentado notablemente gracias al apoyo del terreno; y segunda, que la posición amenace de manera efectiva las líneas de comunicación del enemigo antes de que éste amenace nuestras líneas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LAS OPERACIONES EN UN FLANCO

Ni que decir tiene que el objeto de esta exposición es el flanco estratégico; en otras palabras, el lateral de un teatro de operaciones. No tiene ninguna relación con el ataque de flanco que se puede producir en una batalla, lo cual constituye un asunto táctico; e incluso si un ataque estratégico de flanco coincidiese en su última fase con un ataque de flanco táctico podrían seguir distinguiéndose, porque uno nunca se desarrollará automáticamente a partir del otro.

Estas operaciones de flanco y las posiciones de flanco que las acompañan se encuentran también entre esos trofeos de los teóricos que rara vez se dan en la guerra real, no porque sean mecanismos ineficaces o ilusorios, sino porque normalmente ambos bandos toman precauciones contra ellos; son raros los casos en que no es posible tomar dichas precauciones. Por supuesto, en esos pocos casos, la medida ha resultado con frecuencia de lo más eficaz; por esta razón y por la constante *vigilancia* que provoca en tiempo de guerra, el teórico debe definir la cuestión con la mayor claridad. Aunque una operación estratégica de flanco es posible

tanto en el ataque como en la defensa, se adecua más a esta última y por tanto debe situarse entre los métodos de la defensa.

Antes de adentrarnos en la cuestión, debemos establecer un sencillo principio que más adelante no deberemos pasar por alto: las fuerzas que se envían para operar contra la retaguardia y el flanco del enemigo dejan de estar disponibles para utilizarlas contra su frente. Por tanto, sería erróneo pensar, tanto en términos tácticos como estratégicos, que *caer sobre la retaguardia del enemigo* es un logro en sí mismo. Esta acción, tomada aisladamente, no tiene valor. Sólo será eficaz en conjunción con otros factores. Además, dependiendo de esos otros factores, su valor podrá ser positivo o negativo. A continuación examinaremos todo esto.

En primer lugar, debemos distinguir entre dos aspectos del efecto de una operación estratégica de flanco: el efecto sobre *las líneas de comunicación* del enemigo, y el efecto sobre su *línea de retirada*, que a su vez puede tener repercusiones sobre las comunicaciones.

Cuando en 1758 Daun envió partidas para apoderarse de los convoyes de suministros destinados al sitio de Olmütz, obviamente no estaba interesado en cortar la retirada del rey hacia Silesia: muy al contrario, esperaba provocarla y estaba dispuesto a hacerla más fácil.

En la campaña de 1812 el único propósito de las partidas enviadas por el principal ejército ruso en septiembre y octubre no era cortar la retirada francesa sino interrumpir las comunicaciones. Pero ésta sí era la intención del ejército de Moldau, que avanzaba hacia Beresina bajo el mando de Chichagov; y era también el propósito del ataque sobre el ejército francés en el Dvina que se ordenó al general Wittgenstein.

Incluimos estos ejemplos simplemente para aclarar la cuestión.

La presión sobre las líneas de comunicación se dirige a los convoyes del enemigo, a los pequeños destacamentos que quedan a la espalda del enemigo, a correos, viajeros, pequeños depósitos, etc. De hecho, a cualquier cosa que el enemigo pueda necesitar para mantener a su ejército sano y vigoroso. Por tanto, la presión tiene como objeto debilitar el estado de las fuerzas enemigas y provocar así su retirada.

La presión sobre las líneas de retirada pretende cortar la retirada del enemigo; pero sólo puede hacerlo si éste verdade-

ramente tiene intención de retirarse. Sin embargo, la mera amenaza puede provocar la retirada y así, como demostración, puede tener el mismo efecto que la presión sobre las líneas de comunicación. Sin embargo, como ya hemos señalado, no cabe esperar ninguno de estos efectos del mero acto de envolver la posición del enemigo o de la mera forma geométrica de la disposición; aquéllos sólo pueden lograrse en las condiciones adecuadas.

Para que estas condiciones sean más fáciles de comprender trataremos por separado las dos clases de operaciones de flanco y empezaremos por examinar las que se dirigen a las líneas de comunicación.

Empezaremos por postular dos condiciones principales, al menos una de las cuales deberá estar presente.

La primera es que una acción efectiva contra el flanco del enemigo puede ser llevada a cabo por pequeños destacamentos de tropas que son tan insignificantes en número que difícilmente se las echará en falta en el frente.

La segunda es que la ofensiva del enemigo habrá seguido su curso y que, por tanto, no podrá explotar una nueva victoria sobre nuestras fuerzas o perseguirnos si tuviéramos que retirarnos.

El último caso no es tan infrecuente como puede parecer; pero por el momento lo dejaremos a un lado y nos ocuparemos de las condiciones adicionales del primero.

La primera de estas precondiciones es que las líneas de comunicación del enemigo sean lo suficientemente largas, demasiado largas como para estar cubiertas por un pequeño número de puestos; y la segunda, que su localización las exponga a nuestra acción.

A su vez, son dos los factores que hacen posible dicha exposición: su dirección, cuando ésta no es perpendicular al frente del enemigo; y el hecho de que las líneas de comunicación atraviesen territorio enemigo. Si están presentes ambos factores las líneas estarán mucho más expuestas. Cada uno de esos factores merece un estudio más detallado.

Cuando hay que cubrir cuatrocientos o quinientos kilómetros de comunicaciones, puede parecernos baladí que el ejército, al final de la línea, esté o no desplegado de forma perpendicular, ya que la extensión total de su posición no es más que un punto en comparación con la longitud de la línea, pero de hecho importa mucho. Si un ejército se dispone perpendicularmente con

respecto a sus líneas de comunicación, resultaría difícil, incluso para un enemigo, numéricamente muy superior, romper la línea mediante el envío de partidas. Si sólo consideramos el problema de dar protección total a un área determinada resultaría difícil creerlo; sin embargo, parecería normal que un ejército tienda a proteger su retaguardia (es decir, el área situada detrás de él) de todas las partidas que un enemigo más fuerte pueda enviar. Sería cierto si la guerra fuese tan predecible en la práctica como sobre el papel. En el caso de que cada bando que tenga que cubrir sus líneas de comunicación esté en un estado constante de incertidumbre sobre dónde esperar la aparición de las partidas, estaría prácticamente ciego en comparación con quienes las organizan. Pero hay que tener en cuenta la naturaleza poco fiable y parcial de toda la información en tiempo de guerra. Hay que recordar que en todo momento ambos lados andan a tientas en la oscuridad. Es fácil darse cuenta que una partida enviada más allá del a la del enemigo para atacar su retaguardia es como un hombre en una habitación oscura con una banda de enemigos. Al final, lo cogerán. Un destino similar espera a los componentes de la partida. Una vez que han envuelto la posición perpendicular del enemigo, éste está muy cerca de ellos pero sus amigos están muy lejos. No sólo hay un riesgo considerable de pérdidas, sino que la propia maquinaria corre peligro de estropearse: tan pronto como una de las partidas tenga algún problema, el resto se desanimará. En lugar de un valiente ataque y de una atrevida provocación todo lo que veremos serán intentos constantes de escapar.

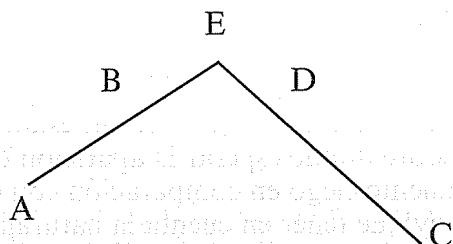
Esta es la manera en que la disposición perpendicular de un ejército consigue cubrir los puntos más cercanos a sus líneas de comunicación en una distancia de dos o tres días de marcha dependiendo del tamaño del ejército. Sin embargo, los puntos más cercanos son los que están en peligro más inmediato porque también son los más cercanos al enemigo.

Por otra parte, en el caso de una posición decididamente oblicua no se podrá cubrir de esa manera ningún tramo de las líneas de comunicación.

La menor presión, el más mínimo intento por parte del enemigo constituye una amenaza directa sobre algún punto vulnerable.

Si el ángulo recto que forma el frente con sus líneas de comunicación no es lo que determina el frente de una posición,

¿qué es lo que lo determina? Sin duda el frente del enemigo, aunque podría decirse que éste, a su vez, está condicionado por nuestro propio frente. Aquí entra en juego una interacción de la que debemos encontrar las causas.



Supongamos que la línea de comunicación del atacante (AB) está situada de modo que forma un ángulo obtuso con la del defensor (CD). Si el defensor quisiera tomar posición en E, en el punto en el que se encuentran las dos líneas, resulta evidente que el atacante podría desde la posición B, y tan sólo mediante la relación geométrica, hacer que el defensor se encontrase con su frente, exponiendo así sus líneas de comunicación.

Lo contrario sucedería si el defensor tomara posición a cierta distancia lejos del punto de cruce, es decir en D. En ese caso el frente del atacante tendrá que situarse mirando hacia él, siempre que la línea de operaciones del atacante, que depende principalmente de la topografía, no pueda alterarse a voluntad y hacer que discurra, por ejemplo, desde A a B. De ello se deduce que el juego de las interacciones beneficia al defensor puesto que sólo tiene que tomar posición en algún punto antes de llegar al punto de cruce. No concedemos demasiada importancia a este argumento geométrico y sólo lo hemos sacado a colación para que la cuestión quede lo más clara posible. De hecho, estamos convencidos de que la posición adoptada por el defensor estará muy influida por consideraciones locales y específicas. En consecuencia, no es posible establecer una regla general que demuestre o que muestre cuál de las dos líneas de comunicación es más probable que quede expuesta.

Si ambas líneas de comunicación discurren exactamente en la misma dirección, el bando que coloque su posición formando un ángulo con dicha línea forzará sin duda al enemigo a

hacer lo mismo, pero en ese caso no se produce una ventaja geométrica, las ventajas y desventajas serán las mismas para ambos bandos.

Por tanto, en adelante limitaremos nuestro análisis a las situaciones en las que sólo quedan expuestas las líneas de comunicación de uno de los dos bandos.

En el segundo tipo de vulnerabilidad de una línea de comunicación, cuando discurre a través de territorio enemigo y cuando la población está en armas, su gravedad es evidente: hay que tratar la situación como si las fuerzas enemigas estuviesen situadas a lo largo de toda la línea. Puede que sean reducidas en número, que no tengan profundidad y que carezcan de capacidad para dar continuidad a sus acciones; pero piénsese que su presencia puede significar constantes interferencias con la línea en multitud de puntos a lo largo de la misma. No son necesarias más explicaciones, pero incluso si la población enemiga *no* está en armas y no hay milicias ni ninguna otra forma de apoyo militar en la zona (de hecho, incluso si la población no tiene valor para hacer la guerra), su mera lealtad hacia el enemigo constituye una desventaja palpable para las líneas de comunicación del otro bando. La asistencia disponible para una partida que hable la lengua local, conozca el país y a sus gentes, sea capaz de recibir mensajes, disfrute del apoyo de las autoridades locales, puede ser muy importante y fácil de obtener para un pequeño destacamento. Además, habrá necesariamente fortificaciones, ríos, montañas y otros puntos de refugio a una distancia razonable que estén todavía en manos del enemigo a no ser que se haya tomado posesión formal y se hayan establecido guarniciones allí.

En tal caso y especialmente si las demás circunstancias están a nuestro favor, será posible actuar contra las líneas de comunicación del enemigo, incluso si forman un ángulo recto con su frente; nuestras partidas no tienen que recurrir constantemente a sus propias fuerzas, sino que pueden encontrar suficiente abrigo simplemente desvaneciéndose en el campo.

Con ello tenemos:

1. una longitud considerable,
2. una dirección oblicua y
3. un territorio hostil,

como las principales condiciones que exponen las líneas de comunicación de un enemigo a la posibilidad de verse cortadas por fuerzas relativamente pequeñas. Para que este corte sea eficaz es necesaria una cuarta condición: un cierto tiempo. Sobre esa cuestión remitimos al lector a los comentarios realizados en el capítulo quince del libro V.

Pero estas cuatro condiciones constituyen únicamente los factores más destacados que afectan a esta cuestión: relacionados con ellos figuran las numerosas circunstancias locales y de cada caso, a menudo más significativas y con mayores implicaciones que las cuatro condiciones que hemos citado. Para mencionar sólo las más importantes citemos el estado de las carreteras, la naturaleza del territorio que atraviesan, la cobertura que proporcionan los ríos, las montañas y las zonas pantanosas, la estación y el clima, la importancia de algunos convoyes en particular (como los trenes de sitio), el número de tropas ligeras, etc.

Por tanto, todos estos factores determinarán el éxito con el que un general podrá actuar frente a las líneas de comunicación de su enemigo. Tomando la suma de todas estas partes en ambos bandos y sopesándolas es posible establecer un saldo entre los dos sistemas de comunicaciones. Este saldo determinará qué general puede superar al otro en ese respecto.

Aunque nuestra exposición de la cuestión puede parecer algo larga, en la práctica con frecuencia se puede tomar una decisión a primera vista. Para ello es necesario un juicio experto; la reflexión sobre todos los casos que hemos revisado aquí proporcionará la respuesta a los argumentos normalmente absurdos que plantean los críticos que creen que pueden resolver la cuestión sin examinarla con más detenimiento solamente mencionando las expresiones «envolver el flanco» y «operaciones de flanco».

Debemos ocuparnos ahora de la *segunda condición importante* de las operaciones estratégicas de flanco.

Si el enemigo no puede seguir avanzando por alguna razón ajena a nuestra defensa (no importa cuál sea esa razón) ya no tendremos por qué seguir preocupándonos por el debilitamiento que para nuestras fuerzas supone enviar importantes destacamentos. Incluso si el enemigo espera liquidarnos mediante el lanzamiento de un ataque, podemos simplemente ceder terreno y rehuir el combate. Eso fue lo que el ejército ruso hizo delante de Moscú. Pero las enormes dimensiones y circunstancias pre-

sentes en esa campaña no son esenciales. Durante las primeras guerras de Silesia, Federico el Grande se encontró constantemente en esta situación en las fronteras de Bohemia y Moravia. Se podrían alegar una gran variedad de razones, en especial de carácter político, derivadas de las complicadas relaciones de los generales y sus ejércitos, que hicieron que resultase imposible seguir avanzando.

En ese caso, se pueden utilizar fuerzas mayores para operaciones de flanco y por tanto no es necesario que las otras circunstancias sean tan favorables. Ni siquiera tiene que estar a nuestro favor la relación entre el sistema de comunicaciones del enemigo y el nuestro: el enemigo no puede sacar mucho partido de nuestra retirada ni tampoco puede tomar represalias. Estará más preocupado de cubrir directamente su propia retirada.

Por tanto, este tipo de situación es adecuado para producir un efecto sin librar una batalla que podría considerarse demasiado arriesgada: utiliza medios que son menos brillantes y trascendentes pero, al mismo tiempo, menos arriesgados que una victoria rotunda.

En un caso así no resulta tan arriesgado tomar una posición en uno de los flancos, incluso si con ello exponemos nuestras propias líneas de comunicación. Siempre provocará que el enemigo forme el frente de forma oblicua respecto a sus propias líneas de comunicación, por lo que esta circunstancia *particular* se cumplirá casi siempre. La probabilidad de éxito aumentará en proporción con la influencia ejercida por otros factores, junto con otras circunstancias favorables; hasta el punto de que, si no las hay, todo dependerá de una habilidad superior en el planeamiento y de una ejecución rápida y correcta.

Este es el marco adecuado para maniobras estratégicas como las que a menudo se vieron en Silesia y Sajonia durante la Guerra de los Siete Años en 1760 y 1762. El hecho de que estas maniobras fuesen tan comunes en muchas guerras en las que se luchó con una intensidad sólo moderada, no debería considerarse siempre como una prueba de que un general se ha quedado sin recursos. Puede significar también una falta de decisión, valor y espíritu emprendedor y que la falta de disposición a asumir responsabilidades ha sustituido a los impedimentos reales. Baste citar el caso del mariscal de campo Daun.

En resumen, diríamos que las operaciones de flanco son más útiles:

1. en la defensa,
2. hacia el final de una campaña,
3. especialmente durante una retirada hacia el interior del país y
4. cuando van acompañadas de una insurrección armada.

Por lo que respecta a la ejecución de estas operaciones contra las líneas de comunicación, serán suficientes unas pocas palabras.

Deben ser llevadas a cabo por tropas expertas que deben moverse con audacia en pequeños destacamentos y atacar con valentía, asaltando guarniciones débiles y convoyes y pequeñas unidades del enemigo que estén en movimiento. Deben alentar a las milicias locales y en ocasiones realizar operaciones junto a ellas. Es más importante el número de estas unidades que su fuerza individual y deberían organizarse de forma que pudieran reunirse para una operación importante sin que la vanidad y el capricho de líderes individuales suponga un impedimento demasiado grande.

Por último, debemos examinar el efecto sobre la línea de retirada del enemigo.

A este respecto deberíamos tener particularmente en cuenta el principio enunciado al comienzo. Es decir, que las tropas utilizadas contra la retaguardia del enemigo no pueden utilizarse contra su frente; eso quiere decir que el efecto de una acción sobre la retaguardia o los flancos no multiplicará por sí sola nuestras fuerzas sino más bien aumentará su potencial al máximo; máximo en el sentido de posible éxito pero máximo también en lo que respecta a un posible peligro.

Toda resistencia armada que no sea la más directa y sencilla tiende a aumentar no sólo el premio a obtener sino también el riesgo. Esta regla es aplicable a las operaciones de flanco ya sean llevadas a cabo por la totalidad de la fuerza o mediante fuerzas fraccionadas que atacan y envuelven en varios sitios.

Para cortar la retirada del enemigo, si lo que se pretende es una acción seria y no una mera demostración, la mejor solución es una batalla decisiva o al menos sus condiciones previas. En esta solución se unen los dos elementos de un premio mayor y de un mayor riesgo. Por tanto, sólo unas condiciones favorables pueden justificar que el comandante adopte este método.

En este método debemos distinguir las dos formas que hemos mencionado. La primera se produce cuando un general

decide utilizar todas sus fuerzas para atacar al enemigo en la retaguardia, ya sea desde una posición de flanco pensada con ese propósito o por medio de un movimiento envolvente a gran escala. La segunda se produce si divide sus fuerzas, adopta una posición envolvente y amenaza la retaguardia del enemigo con una parte y su frente con la otra.

El efecto tiene la misma intensidad en ambos casos: puede cortarse la retirada de forma total, en cuyo caso una gran parte de la fuerza de enemigo será hecha prisionera o quedará dispersada; o el enemigo, para evitar el peligro, iniciará una apresurada y prolongada retirada.

Sin embargo, el riesgo es diferente en cada caso.

Si se utilizan todas las fuerzas para envolver al enemigo se corre el riesgo de dejar expuesta la propia retaguardia. De nuevo, todo depende de la relación entre las dos líneas de retirada. Al igual que en el caso del efecto sobre las líneas de comunicación, el factor decisivo será la relación entre las líneas propias y las del enemigo.

Un defensor que luche en su país estará, por supuesto, mucho menos limitado que el atacante en términos de líneas de comunicación y de retirada y en ese sentido está mejor colocado para un mejor movimiento envolvente estratégico. Pero esta relación general no es una base lo suficientemente sólida como para construir sobre ella un sistema eficaz. De nuevo, cuando nos encontremos ante un caso concreto sólo podremos tomar una decisión a la luz de todas las circunstancias.

Añadiremos sólo lo siguiente. Naturalmente es más fácil encontrar condiciones favorables en grandes áreas que en áreas restringidas; también aparecen con más frecuencia en Estados verdaderamente independientes que en Estados débiles que dependen de la ayuda exterior y cuyos ejércitos, por tanto, deben asegurar ante todo el punto de unión con sus aliados. Por último, las condiciones favorecen más al defensor hacia el final de una campaña, cuando el ataque ha agotado su fuerza; de nuevo, lo mismo que sucedía en el caso de las líneas de comunicación.

Una posición de flanco como la que los rusos mantuvieron con tanto éxito en la carretera Moscú-Kaluga en 1812, cuando el asalto de Bonaparte estaba remitiendo, hubiera constituido un grave error en el campo de Drissa al comienzo de la campaña si los rusos no hubieran tenido la astucia de cambiar a tiempo su plan.

La otra forma de envolver y cortar la línea de retirada supone una división de fuerzas. En este caso, el peligro radica en la propia división, pues el enemigo cuenta con la ventaja de la concentración de sus líneas interiores y puede lograr así una superioridad numérica frente a cualquier fracción en particular de las fuerzas de su oponente. Este riesgo no puede eliminarse y sólo tres causas principales justifican que nos exponamos a él:

1. Una división previa de las fuerzas que hace obligatoria este tipo de operación si deseamos evitar una mayor pérdida de tiempo.
2. Una gran superioridad física y moral que justificará la adopción de medidas drásticas.
3. Una pérdida de ímpetu por parte del enemigo una vez que el asalto ha seguido su curso.

Federico el Grande no intentó combinar su ataque frontal con otro sobre la retaguardia estratégica del enemigo cuando invadió Bohemia mediante itinerarios convergentes en 1757; al menos, ésa no era su principal preocupación (como demostraremos con más detalle en otro lugar). En cualquier caso, es evidente que no podía concentrar sus fuerzas en Silesia o Sajonia antes de iniciar la invasión, puesto que ello le habría hecho perder la ventaja de la sorpresa.

Cuando los aliados estaban planificando su campaña de otoño de 1813, su gran superioridad material les permitió hacer planes para utilizar el grueso de sus fuerzas en un ataque sobre el flanco derecho de Bonaparte, que se apoyaba en el río Elba, con el fin de que el teatro de operaciones pasara del Oder al Elba. La causa de su fracaso en Dresde no fue este plan general sino las medidas estratégicas y tácticas que se tomaron. Después de todo, las fuerzas con las que se enfrentaron a Bonaparte en Dresde fueron de 220.000 hombres frente a 130.000, una proporción que en principio parecía prometedora. En cualquier caso, la proporción no era mucho más favorable en Leipzig: 285.000 frente a 157.000. Es cierto que el ejército de Bonaparte estaba desplegado de una forma demasiado regular para operar con eficacia a lo largo de una única línea defensiva, pues contaba con 70.000 hombres frente a 90.000 en Silesia y 70.000 frente a 110.000 en la Marca de Brandenburgo; pero, en cualquier

caso, le hubiera resultado difícil (a no ser que hubiese abandonado Silesia por completo) reunir un ejército en el Elba que hubiese podido asestar un golpe decisivo sobre el grueso de las fuerzas de los aliados. De la misma forma, los aliados podían fácilmente haber enviado el ejército de Wrede al río Main con ordenes de intentar cortar el itinerario de Bonaparte hacia Mainz.

En 1812 los rusos pudieron dirigir el ejército de Moldau hacia Volhynia y Lituania para utilizarlo después en la retaguardia del grueso del ejército francés; puesto que no era en absoluto arriesgado suponer que Moscú era el punto culminante de la ofensiva francesa. En esa campaña no había ningún peligro para Rusia más allá de Moscú y los rusos, por tanto, no tenían que preocuparse porque su fuerza principal fuera demasiado débil para esa operación.

El plan de defensa original elaborado por el general Phull se había basado en la misma disposición de fuerzas: el ejército de Barclay ocuparía el campo de Drissa mientras que Bagration avanzaría contra la retaguardia del grueso de las fuerzas del enemigo. ¡Pero qué grande era la diferencia entre estos dos casos! En el primero, los franceses eran tres veces más fuertes que los rusos; en el segundo, los rusos eran claramente más fuertes que los franceses. En el primero, el ejército de Bonaparte tenía un ímpetu que le llevó hasta Moscú, 600 kilómetros más allá de Drissa; en el segundo, no podía hacer ni un solo día más de marcha desde Moscú. En el primero, la línea de retirada de Niemen no sería de más de 250 kilómetros; en el segundo era de 800. Por tanto, las mismas operaciones que al final resultarían tan eficaces contra la retirada francesa habrían sido una verdadera locura al comienzo.

La acción contra la línea de retirada del enemigo (si pretende ser más que una mera demostración) constituye un verdadero ataque sobre su retirada. Se podría decir mucho más sobre este tema pero el libro sobre el ataque es un lugar mucho más adecuado para ello. Por tanto, dejaremos por ahora la cuestión y nos contentaremos con haber mostrado las condiciones bajo las que se pueda realizar una acción de este tipo.

Cuando se habla de este tema, en general se hace más en términos de demostración que de verdadero ataque, siendo la intención provocar la retirada del enemigo. Si para ser eficaz cada demostración tuviera que significar que un verdadero ata-

que era perfectamente factible, lo que a primera vista parece obvio, ataque y demostración serían realmente lo mismo. Pero ése no es el caso: remitimos al lector al capítulo sobre demostraciones que pondrá de manifiesto cómo las situaciones son distintas⁴.

CAPÍTULO VEINTICINCO

LA RETIRADA HACIA EL INTERIOR DEL PAÍS

Consideramos una retirada voluntaria hacia el interior del país como una forma especial de resistencia indirecta. Forma que destruye al enemigo no tanto por la espada sino por sus propios esfuerzos. O bien no se planea librar una batalla importante, o bien se supone que tendrá lugar tan tarde que la fuerza del enemigo se habrá visto ya considerablemente minada.

Todos los atacantes ven cómo su fuerza disminuye a medida que avanzan; trataremos este punto con más detenimiento en el libro VII. Aquí anticiparemos sólo esa conclusión; lo que nos podemos permitir hacer porque la historia militar ha demostrado su veracidad en cada campaña militar en la que se han cubierto grandes distancias.

El debilitamiento del atacante en su avance aumenta cuando el defensor no es derrotado y retrocede voluntariamente con sus fuerzas armadas intactas y en alerta, al tiempo que, por medio de una resistencia continuada y calculada, hace que el atacante pague con sangre cada metro que avanza. El avance, por tanto,

⁴ En el libro no aparece ese capítulo. [N. de los eds.]

se convierte más en un continuo empuje hacia delante que en una mera persecución.

Por contra, las pérdidas sufridas por el defensor que retrocede serán mucho más graves si son consecuencia de una derrota que si lo son de una retirada voluntaria. Incluso suponiendo que pudiera resistir al invasor día tras día, como sucedería en el caso de una retirada voluntaria, sus pérdidas serían *al menos igual de cuantiosas* y a ellas habría que añadir las pérdidas que se producirían en la batalla. Pero dicha suposición se desvanece a la vista de su improbabilidad. Incluso, el mejor ejército del mundo sufriría *pérdidas desproporcionadas* si se viese obligado a retirarse hacia el interior del país después de una derrota en combate; y si el enemigo es considerablemente más fuerte (como es fácil suponer que así lo sea en los casos que aquí estamos estudiando), si presiona con vigor como lo ha hecho habitualmente en las guerras recientes, el resultado más probable será la derrota completa y el colapso del ejército defensor.

Una resistencia *calculada* día a día es aquélla que se mantiene solamente mientras se mantiene la incertidumbre del resultado. Intenta evitar la derrota cediendo al mismo tiempo el terreno en disputa. Ese tipo de lucha le costará al atacante al menos tantas vidas como al defensor: las pérdidas inevitables de este último en términos de hombres hechos prisioneros se verán compensadas por las pérdidas del atacante en combate, puesto que siempre tiene que luchar contra las ventajas del terreno con que cuenta el defensor. Es cierto que el ejército que se retira pierde por completo sus heridos graves pero lo mismo le sucede al atacante, puesto que normalmente tienen que permanecer en el hospital durante varios meses.

Se puede suponer que este desgaste continuo afectará a ambos bandos de forma más o menos igual.

Esta situación es completamente diferente cuando el ejército derrotado es perseguido. La resistencia se hace difícil y de hecho algunas veces imposible, como consecuencia de las bajas en la batalla, la pérdida de orden y de valor, y la ansiedad que provoca la retirada. El perseguidor, que en el caso anterior tenía que moverse con prudencia, avanzando casi a tientas como si de un ciego se tratase, puede ahora avanzar con la seguridad del vencedor, la arrogancia del afortunado y la confianza del semidiós. Cuanto mayor sea su ritmo mayor será la velocidad con la que los acontecimientos seguirán su curso predeterminado: ésta es

el área principal en la que las fuerzas psicológicas aumentarán y se multiplicarán sin estar sometidas rigidamente a los pesos y medidas del mundo material.

Con ello debería quedar claro cómo diferirá la relación de los dos ejércitos en función de la manera en la que hayan alcanzado el punto que pueda ser considerado como final de la ofensiva.

Hemos estudiado el resultado de la destrucción mutua; pero debemos añadir el debilitamiento sufrido por el atacante de otras formas, que como ya hemos dicho, trataremos en el libro VII. Por otra parte, el defensor casi siempre aumentará su fuerza mediante refuerzos, ya provengan de fuerzas exteriores o de sus propios y persistentes esfuerzos.

Por último, hay una desproporción considerable en lo que respecta a los suministros. Con frecuencia el ejército que se retira tendrá más que suficiente, mientras que el atacante vivirá una situación de extrema necesidad.

El ejército que se retira cuenta con los medios para aprovisionarse en puntos predeterminados; el ejército que lo persigue depende de que le hagan llegar los suministros, una tarea difícil cuando se está en movimiento aunque las líneas de comunicación sean muy cortas. Está llamado a padecer escasez desde el principio.

El ejército que se retira ha recurrido en primer lugar a los recursos locales hasta agotarlos. Todo lo que quedan son ciudades y pueblos devastados, campos ya cosechados y pisoteados, pozos secos y ríos enfangados. Por tanto, no es infrecuente que desde el primer momento el invasor se enfrente con una grave escasez. No puede contar con encontrar suministros del enemigo: de hecho, si en algún momento pudiese apoderarse de algunos, sería cuestión de puro azar o de grave negligencia por parte del defensor.

De este modo, no cabe duda de que cuando las distancias son largas y las fuerzas de los beligerantes no son excesivamente desiguales, se establecerá una relación de fuerzas relativa que ofrece al defensor muchas mayores posibilidades de éxito que una batalla decisiva en la frontera. Pero no son únicamente las posibilidades de victoria las que aumentan con el cambio en las fuerzas relativas; la nueva situación alterará también el impacto de la victoria. ¡Hay una enorme diferencia entre perder una batalla en nuestra frontera y perderla en el corazón del territorio

enemigo! De hecho, la situación del invasor al final de su marcha es con frecuencia tal que incluso una *victoria* puede obligarlo a retirarse; puede no tener reservas suficientes como para continuar después de su éxito y sacarle el máximo partido y no puede confiar en reemplazar sus pérdidas.

Por tanto, hay una enorme diferencia entre que la decisión se produzca al principio o al final de la ofensiva.

Las grandes ventajas de este método de defensa tienen como contrapeso dos inconvenientes. El primero consiste en las pérdidas que el país sufre como consecuencia de la invasión enemiga; el segundo, es el impacto moral.

El objeto de la defensa no puede ser evitarle pérdidas al país; el objeto debe ser una paz favorable. Éste es el fin por el que se lucha y por el que ningún sacrificio temporal será excesivo. Además, aunque la pérdida de terreno puede no ser decisiva, debe figurar en el platillo de la balanza porque afecta a nuestros intereses.

Una retirada fortalecerá directamente a las fuerzas armadas, puesto que las pérdidas que supone la retirada no perjudicarán al ejército directamente, sino más bien de forma indirecta. Es difícil sopesar las ventajas con las desventajas; son de naturaleza distinta y sus efectos no son comparables. Todo lo que se puede decir es que la pérdida es mayor si debe abandonarse una zona fértil, densamente poblada y con grandes ciudades comerciales, pero lo es aún más si incluye la pérdida de material bélico, ya esté acabado o en proceso de fabricación.

La segunda desventaja es psicológica. Hay momentos en que un general debe sobreponerse a ella, mantener la calma, atenerse a sus planes o enfrentarse a las críticas que a corto plazo formularán los más pusilánimes. Sin embargo, esta impresión no es un mero espectro fácil de ahuyentar; no es como una fuerza que afecta a un único punto, sino que se extiende de manera instantánea a través de cada tendón y paraliza toda la actividad militar y civil. Puede haber momentos en los que el ejército y la nación entiendan plenamente las razones de una retirada hacia el interior y en los que, como resultado, la confianza y la esperanza puedan incluso verse fortalecidas; pero son muy infrecuentes. Por regla general, el pueblo y el ejército no son capaces de distinguir la diferencia entre una retirada planificada y un paso atrás mal dado; y aún menos pueden distinguir si un plan es inteligente y está basado en la esperanza de posibles ventajas

o si es simplemente consecuencia del miedo al enemigo. El pueblo sentirá preocupación y resentimiento ante el destino de las zonas abandonadas; posiblemente, el ejército perderá confianza no sólo en sus líderes sino en sí mismo y las continuas acciones en la retaguardia contribuirán a confirmar estos temores. No deberían subestimarse *estas consecuencias* de la retirada. Además, en resumen, resulta desde luego más natural, simple, noble y más en armonía con el carácter moral de la nación enfrentarse con la amenaza directamente y asegurarse de que un enemigo que viola una frontera pague su ofensa con sangre.

Esos son los pros y los contras de este método de defensa. Dediquemos ahora algunas palabras a las condiciones y circunstancias que lo favorecen.

La necesidad principal y más básica es la de contar con un amplio espacio, al menos con una larga línea de retirada; obviamente unos pocos días de avance no debilitarán al enemigo de forma perceptible. En 1812 el núcleo del ejército de Bonaparte contaba con 250.000 hombres en Vitebsk; en Smolensko era de 182.000 y ya en Borodino se había reducido a 120.000 hombres. Es decir, había quedado igualado con el núcleo del ejército ruso. Borodino dista 720 kilómetros de la frontera, pero los rusos no contaron con una superioridad decisiva hasta Moscú. Sin embargo, una vez establecida, el cambio era tan inevitable que ni siquiera el éxito francés en Maloyaroslavetz tuvo ningún efecto sustancial.

Ningún otro Estado europeo tiene las dimensiones de Rusia y en muy pocos es concebible una línea de retirada de 800 kilómetros. Por otra parte, es poco probable que vuelvan a producirse las condiciones que dieron lugar a un ejército como el francés en 1812, por no decir nada de la desproporción existente al principio entre los dos antagonistas cuando los franceses contaban con más del doble de hombres, que gozaban además de un inmenso prestigio. Por tanto, lo que aquí se logró en 800 kilómetros en otros casos podría lograrse en 400 o incluso 250 kilómetros.

Entre las circunstancias favorables caben citar:

1. Un área escasamente cultivada.
2. Un pueblo leal y belicoso.
3. Unas condiciones climáticas rigurosas.

Todas ellas hacen difícil mantener un ejército sobre el terreno. Suponen convoyes masivos, numerosos destacamentos y una profunda fatiga. Provocan enfermedades y hacen que las operaciones de flanco sean más fáciles para el defensor.

El último factor que influye sobre este método de defensa son los efectivos reales de las fuerzas armadas que participan.

Resulta natural que, aparte de la fuerza relativa de dos ejércitos, una fuerza más pequeña quede exhausta antes que una mayor; no puede hacer un recorrido tan grande y por tanto el radio de su teatro de operaciones estará más limitado. De hecho, existe una proporción más o menos constante entre el tamaño de una fuerza y el área que puede ocupar. Esta proporción no puede expresarse numéricamente; además puede cambiar debido a otras circunstancias. Baste decir que la relación entre el tamaño de la fuerza y la extensión que puede ocupar es permanente y fundamental. Es posible marchar sobre Moscú con 500.000 hombres pero nunca con 50.000, incluso si la fuerza relativa del invasor con respecto al defensor fuese mayor en el segundo caso que en el primero.

Supongamos por tanto que el tamaño absoluto de la fuerza en relación con el área es constante en dos casos diferentes: no cabe duda de que el efecto de nuestra retirada aumentará el debilitamiento del enemigo en proporción al número de tropas involucradas.

1. Al invasor le resultará más difícil aprovisionar y dar cobijo a sus tropas. Incluso si las áreas cubiertas aumentan en proporción a los ejércitos nunca pueden constituir la única fuente de suministros y todo lo que se envíe desde la base sufrirá una mayor proporción de pérdidas. Además, sólo una pequeña parte del área y nunca la totalidad, podrá ser utilizada para acantonar tropas; y el área utilizada no aumentará en proporción al número de las tropas.

2. El progreso será más lento a medida que las tropas aumentan en número. Por tanto, el avance necesitará más tiempo y el total de pérdidas diarias será mucho mayor.

Normalmente tres mil hombres que siguen muy de cerca a otros dos mil no les permitirán retirarse en marchas fáciles de diez, quince o veinte kilómetros y detenerse periódicamente después de unos cuantos días de marcha. Sólo son necesarias unas pocas horas para alcanzar, atacar y dispersar al enemigo. Pero si multiplicamos estas cifras por cien tenemos un problema to-

talmente distinto. Ya no es cuestión de unas pocas horas sino de un día o de dos. Ninguno de los dos bandos pueden permanecer agrupado en un único lugar; todos los planes y movimientos se hacen complejos y en consecuencia todo requiere más tiempo. El atacante se encuentra con la desventaja adicional de que el problema de los suministros hace que deba dispersarse mucho más que el defensor y por consiguiente siempre corre el peligro de verse arrollado por una fuerza superior en algún punto, que es lo que los rusos intentaron en Vitebsk.

3. Cuanto mayores sean las fuerzas involucradas mayor será el esfuerzo necesario para los requisitos diarios de la estrategia y la táctica. Imaginemos 100.000 hombres que día tras día deben ir y volver al punto de reunión, detenerse y ponerse en marcha, coger sus armas, preparar las comidas y distribuir las raciones y que deben permanecer en el terreno hasta que se reciban los informes necesarios. Para realizar todos estos pequeños esfuerzos, que sólo son accesorios a la propia marcha, esos 100.000 hombres necesitarán por regla general el doble de tiempo del que necesitarían si fueran sólo 50.000, pero un día sólo tiene veinticuatro horas. Por lo que respecta a la propia marcha, ya hemos señalado en el capítulo diez del libro anterior, cómo el tiempo y la energía consumidos variarán en función del número de tropas involucradas.

Por supuesto, todos estos problemas también afectan al ejército que se retira pero son más graves para el invasor porque:

1. tiene más hombres (partimos de la superioridad inicial del atacante);

2. al ceder terreno el defensor asume el privilegio de orientar las operaciones y de obligar al otro bando a adaptarse a sus acciones, puede planificar por anticipado y normalmente atenerse a sus planes. Sin embargo, el invasor sólo puede hacer sus preparativos una vez que el enemigo ha tomado sus posiciones tras haber sido el primero en reconocer el terreno.

Debemos recordar que de lo que nos ocupamos aquí es de la retirada de un ejército que no ha sufrido una derrota, que ni siquiera ha perdido una batalla; no estamos contradiciendo lo dicho en el capítulo doce del libro IV.

La ventaja de obligar al atacante a adaptarse a nuestros movimientos es significativa en términos de ahorro de tiempo y esfuerzos y en lo relativo a otras muchas cuestiones menores. A largo plazo esto puede tener una gran importancia;

3. el ejército que retrocede se esfuerza por hacer su retirada más fácil: se reparan carreteras y puentes, se eligen los lugares más adecuados para los campamentos, etc. Por otra parte, se esfuerza también por intentar hacer más difícil la persecución por parte del enemigo destruyendo puentes, haciendo que las carreteras, malas de por sí, empeoren por el uso, privando al enemigo al ocuparlos él mismo de los mejores lugares para acampar, de los abrevaderos, etc.

Por último, debemos señalar que una insurrección popular es un factor extraordinariamente favorable. Como nos ocuparemos de ello en un capítulo específico, no entraremos en detalles.

Hasta ahora hemos analizado las ventajas de este tipo de retirada, los sacrificios que supone y las condiciones que requiere. Examinaremos ahora la forma en la que se lleva a cabo.

La primera cuestión que hay que examinar es la dirección elegida para la retirada.

Debería conducir al interior del país. De hecho, a ser posible, hacia el punto en el que el enemigo estaría rodeado por nuestro territorio por todos los lados y completamente expuesto a los efectos que se derivarían de esta situación. En ese caso, el defensor no corre el riesgo de *verse desviado del corazón de su territorio* como ocurriría si eligiese una línea de retirada demasiado cercana a la frontera. Esto les podría haber pasado fácilmente a los rusos en 1812 si hubiesen decidido retirarse hacia el sur en vez de hacia el este.

Esta condición viene dada por la propia finalidad de una retirada así. Qué punto en el interior del país es el adecuado, en qué medida es consistente con la intención de cubrir directamente la capital u otro punto vital de alejar al enemigo de él, son cuestiones que dependen de las circunstancias.

Si en 1812 los rusos hubiesen planeado su retirada por adelantado y la hubiesen llevado a cabo conforme a sus planes, podrían haber ido desde Smolensko hacia Kaluga en vez de tomar esa dirección sólo después de haber abandonado Moscú. Es posible que, en esas circunstancias, Moscú se hubiese salvado totalmente.

En Borodino los franceses contaban con 130.000 hombres; no hay razones para suponer que hubiesen contado con más fuerzas si los rusos hubiesen aceptado la batalla a medio camino de Kaluga. Pero en ese caso ¿de cuántos hombres podrían haber

prescindido los franceses para marchar hacia Moscú? Obviamente de muy pocos. Pero Moscú está a 400 kilómetros de Smolensko, pero no es posible enviar una pequeña fuerza para cubrir tal distancia y tomar un lugar como Moscú.

La batalla de Smolensko dejó a Bonaparte con unos 160.000 hombres. Supongamos que hubiese pensado que podía arriesgarse a destacar una fuerza para tomar Moscú antes de librar otra batalla importante y hubiese enviado 40.000 hombres. En ese caso hubiese contado con 120.000 hombres para hacer frente al grueso del ejército ruso, pero sólo habrían podido participar 90.000, 40.000 menos de los que lucharon en Borodino. De esta forma los rusos habrían contado con una superioridad de 30.000 hombres. Si el desarrollo de la batalla de Borodino nos puede servir de guía, ése es el margen con el que los rusos podrían haberse alzado con la victoria. De cualquier modo, según estos cálculos, sus posibilidades hubieran sido mucho mayores que en Borodino. Pero la retirada rusa no fue el resultado de un plan elaborado por anticipado. Retrocedieron todo lo que lo hicieron porque cada vez que tenían oportunidad de aceptar el combate no se sentían lo suficientemente fuertes para hacerlo. Todos sus suministros y refuerzos se dirigían a la carretera que va desde Moscú a Smolensko y a nadie en Smolensko se le habría ocurrido la posibilidad de abandonar la ciudad. Además, a ojos de los rusos una victoria en algún lugar entre Smolensko y Kaluga no habría justificado la deshonra de dejar Moscú desprotegida y expuesta a una posible conquista.

En 1814, Bonaparte pudo, con toda seguridad, haber salvado París de ser atacada si se hubiera situado de manera oblicua, por ejemplo detrás del canal de Borgoña, dejando sólo a unos pocos miles de hombres y la gran guardia nacional para conservar la capital. Los aliados nunca se hubieran atrevido a enviar 50.000 o 60.000 hombres a París, sabiendo que Bonaparte estaba en Auxerre con 100.000 hombres. Por el contrario, si los aliados hubiesen estado en la situación de Napoleón, sin duda nadie se hubiera atrevido a sugerir que dejaran sin cubrir la carretera a su capital cuando Bonaparte estaba en ofensiva. Con toda esa superioridad no habría dudado ni un momento y hubiera marchado sobre la capital. Esta comparación simplemente demuestra la diferencia que los factores morales y psicológicos pueden suponer, incluso cuando las demás circunstancias son iguales.

Añadiremos solamente que en el caso de una maniobra así, la capital o cualquier otro punto que se intente salvar deberá contar con la suficiente capacidad de resistencia como para protegerse de la ocupación o de la conquista o del saqueo por parte de cualquier partida que pueda presentarse. Dejaremos este tema que retomaremos cuando nos ocupemos de los planes de guerra.

En relación con una línea de retirada de ese tipo hay otro punto que merece nuestra atención. El de un rápido *cambio de dirección*. Los rusos mantuvieron la misma dirección hasta Moscú, que más allá de la capital les habría llevado a Vladimir. Pero tras abandonar la ciudad se dirigieron primero a Riazan para después desviarse hacia Kaluga. Si se hubieran visto obligados a continuar su retirada, en esta nueva dirección lo podrían haber hecho con facilidad pues les habría llevado a Kiev, volviendo de este modo a una posición más cercana a la frontera del enemigo. Incluso si en este punto los franceses hubieran seguido siendo superiores, obviamente sus líneas de comunicación no hubieran seguido esta enorme curva que atravesaba Moscú. Habrían tenido que abandonar no sólo Moscú, sino probablemente también Smolensko. En otras palabras, habrían tenido que abandonar el territorio que habían ocupado con tanto esfuerzo y contentarse con el teatro de operaciones al Oeste de Beresina.

Es cierto que el ejército ruso habría corrido ese mismo riesgo si se hubiera dirigido primero a Kiev. Nos referimos al peligro de verse cortado del corazón del país, pero esta desventaja prácticamente había desaparecido: los franceses habrían llegado a Kiev en una situación muy diferente si su camino no hubiese pasado por Moscú.

Es claro que pueden obtenerse ventajas decisivas mediante un cambio así en la dirección de la línea de retirada, lo que resulta bastante factible si las distancias son lo suficientemente grandes:

1. El cambio de dirección hace que para el enemigo resulte imposible mantener sus líneas de comunicación ya existentes. Establecer otras nuevas resulta siempre difícil; y lo que es más grave, la dirección sólo cambia gradualmente y por tanto habrá que establecer nuevas líneas de comunicación repetidas veces.

2. El resultado es que ambos ejércitos volverán a estar más cerca de la frontera. El invasor ya no podrá utilizar su posición para cubrir el territorio que ha conquistado y con toda probabilidad se verá obligado a abandonarlo. En un país tan extenso como Rusia dos ejércitos podrían fácilmente jugar al marro.

En condiciones favorables, es posible realizar un cambio de dirección así incluso si las distancias son más pequeñas, pero cada caso deberá ser valorado individualmente y teniendo en cuenta todas las circunstancias.

Una vez que se ha decidido en qué dirección debe ser llevado el enemigo hacia el interior del país, el grueso de las fuerzas defensoras deberá moverse en esa dirección. De lo contrario el enemigo no las seguiría y si lo hiciera el defensor no podría imponer todas las restricciones que hemos señalado más arriba.

La única cuestión es si tomar esa ruta con una fuerza que permanezca unida o moverse hacia los lados con porciones sustanciales de la misma, retirándose así a lo largo de líneas divergentes.

La respuesta es que la segunda posibilidad debería evitarse por las siguientes razones:

1. Constituye una dispersión mayor de las fuerzas, cuando su concentración en una única área supone un importante obstáculo para el invasor.

2. El enemigo disfruta así de las ventajas de las líneas interiores. Estará por tanto mejor concentrado que el defensor y tendrá mayor superioridad en todos los puntos. Es cierto que esta superioridad debería preocuparnos menos si en nuestros planes está desde el principio la idea de evitar la batalla, pero ello depende de que el enemigo continúe respetando nuestra fuerza y no se sienta libre de presionar en todas partes, lo que podría llegar a ocurrir. Este tipo de retirada implica además que tarde o temprano el grueso de nuestras fuerzas será superior a las del enemigo de forma que se pueda lanzar un golpe decisivo. Pero no es posible contar con esta posibilidad cuando la fuerza se divide.

3. Las operaciones concéntricas son simplemente inadecuadas para el bando más débil.

4. Una retirada divergente destruye parte de la debilidad del enemigo.

Los principales puntos débiles de un ataque que penetra en profundidad son por supuesto las largas líneas de comunicación y la exposición de los flancos estratégicos. Una retirada que adopta una forma divergente obliga al atacante a presentar un frente en el flanco con una parte de su fuerza; y aunque dicha parte sólo tiene como finalidad contener las fuerzas situadas frente al flanco, puede además servir a un propósito adicional, el de cubrir parte de las líneas de comunicación.

En resumen, por lo que respecta al valor puramente estratégico de la retirada, la forma divergente no es ventajosa. Si su función es preparar el camino para una futura acción contra la línea de retirada del enemigo, debemos remitirnos al contenido del capítulo anterior.

El *único* propósito que justifica una retirada a lo largo de líneas divergentes es el de servir de protección a provincias que, de otra forma, serían ocupadas por el enemigo.

Normalmente es posible predecir las áreas que el invasor ocupará a ambos lados de su línea de avance a partir de la concentración y dirección de sus fuerzas y de la localización de su territorio, fortificaciones, etc. en relación con las nuestras. Situar nuestras fuerzas en áreas que probablemente no serían tocadas supondría un peligroso derroche de fuerzas. Resulta mucho más difícil predecir *si podríamos prevenir o no una ocupación mediante el estacionamiento de tropas* en áreas con probabilidad de ser ocupadas. Es básicamente una cuestión de opiniones.

Cuando los rusos se retiraron en 1812 dejaron 30.000 hombres, al mando de Tormasov, para defender Volhynia de una invasión por parte de los austríacos. Considerando el tamaño de esa provincia, el número de obstáculos naturales que presenta y lo reducido de las fuerzas que se suponía que la invadirían, los rusos tenían razones para pensar que podían mantener la superioridad a todo lo largo de su frontera o, al menos, mantenerse cerca de ella. En caso de mantener su posición podrían obtener importantes ventajas de las que no nos ocuparemos aquí. En cualquier caso, habría resultado prácticamente imposible para estas fuerzas volver a unirse al grueso del ejército a tiempo, incluso si esa hubiese sido su intención. Todos estos factores justifican ampliamente que los rusos dejaran esta fuerza para que librara una guerra independiente en Volhynia. Por otra parte, según el plan presentado por el general Phull, sólo la fuerza de Barclay de unos 80.000 hombres, se retiraría hacia

Drissa. Bragation operaría con 40.000 hombres en el flanco derecho con la intención de caer más tarde sobre la retaguardia francesa. Es fácil darse cuenta de que esta fuerza no tenía la menor opción de mantenerse en el sur de Lituania. Es decir, conservando territorio *adicional y más cerca* de la retaguardia de los franceses. Se habría visto arrasada por la enorme superioridad numérica de éstos.

Por supuesto, al defensor le interesa ceder el menor terreno posible al invasor pero éste es siempre un objetivo secundario. Resulta obvio también que un ataque es más difícil cuanto más limitado sea el teatro de operaciones en el que puede actuar el invasor. Sin embargo, todas estas consideraciones suponen la probabilidad del éxito y no debilitarán demasiado al grueso de las fuerzas porque es con esta fuerza con la que se debe buscar el resultado final. Es muy posible que las dificultades con las que se encuentre el grueso de las fuerzas del enemigo le hagan retirarse y aumente en mayor grado la pérdida de fuerzas físicas y morales sufridas en la retirada.

Por tanto, como regla general, una retirada hacia el interior del país debería ser llevada a cabo por una fuerza no derrotada y sin fraccionar. Debería retirarse inmediatamente por delante del grueso de las fuerzas del enemigo y con tanta lentitud como fuera posible. Mantener una resistencia continua debería obligar al enemigo a estar en un estado constante de alerta y a extremar las precauciones tácticas y estratégicas.

Una vez que de esta manera ambas partes han llegado al final de la ofensiva del agresor, el enemigo debería, si ello fuera posible, tomar posición formando un ángulo con la dirección de esa línea y ejercer presión sobre la retaguardia del enemigo con todos los medios a su disposición.

La campaña rusa de 1812 nos sirve como lente de aumento para observar todas estas características y sus efectos. Aunque no se trató realmente de una retirada voluntaria puede considerarse como tal, puesto que no hay duda de que si los rusos, sabiendo lo que saben ahora, tuvieran que repetirla en las mismas condiciones, harían sistemáticamente lo que hicieron de forma no intencionada en 1812. Sin embargo, nos equivocáramos si pensáramos que nunca se ha producido el mismo efecto y que éste no sería posible si no fuera por las dimensiones vacías de Rusia.

Los principales efectos y condiciones de este tipo de resistencia, independientemente de que hayan ido acompañados de

otras circunstancias adicionales, han estado presentes siempre que un ataque estratégico ha fracasado no como consecuencia de una batalla decisiva sino por evidentes problemas de supervivencia; y son estos efectos y condiciones principales los que han obligado al invasor a emprender una retirada que en mayor o menor medida ha resultado ser desastrosa. Las campañas de Federico el Grande en 1742 en Moravia y en 1744 en Bohemia, las campañas francesas de 1743 en Austria y en Bohemia, las del duque de Brunswick en 1792 en Francia y la campaña de Masséna en el invierno de 1810-1811 en Portugal son ejemplos que ilustran casos similares, aunque con una escala y unas circunstancias mucho más limitadas. Además, hay innumerables situaciones en las que el principio que hemos establecido aquí fue el responsable del resultado, si no totalmente sí al menos en parte. No las citamos porque ello supondría detenernos innecesariamente.

En Rusia, y en todos los otros casos que hemos mencionado, la suerte cambió sin que una batalla victoriosa proporcionase un resultado decisivo en el punto culminante. Incluso cuando no cabe esperar un efecto así, sigue siendo importante provocar, mediante este tipo de resistencia, un cambio en la relación de fuerzas entre ambos bandos que haga posible una victoria. Una vez obtenida, debemos asegurarnos que provoca una serie de calamidades que, en virtud de la ley de caída de los cuerpos, irán adquiriendo velocidad.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL PUEBLO EN ARMAS

En las partes civilizadas de Europa, la guerra por medio de levantamientos populares es un fenómeno del siglo XIX. Cuenta con partidarios y detractores. Estos últimos se oponen por razones políticas, al considerarla un medio para la revolución, un estado de anarquía legalizada que supone una amenaza no sólo para el enemigo sino también para el orden social; o por razones militares, porque consideran que los resultados no se corresponden con las energías consumidas.

La primera objeción no nos incumbe: aquí nos ocuparemos de la insurrección popular simplemente como otro medio de la guerra; lo consideramos, por tanto, en la medida en que afecta al enemigo. Con relación a la segunda objeción diremos que, en general, un levantamiento popular debería considerarse como una manifestación de cómo la violencia elemental de la guerra ha traspasado las barreras convencionales en nuestros días. Se trata, de hecho, de una ampliación e intensificación del proceso de fermentación llamado guerra. El sistema de requisas, el enorme crecimiento de los ejércitos resultante de ese sistema y del

servicio militar obligatorio, y el empleo de la milicia van en la misma dirección cuando se contemplan desde el punto de vista del antiguo y limitado sistema militar que lleva también a recurrir a las milicias locales y a entregar armas al pueblo.

Las primeras innovaciones mencionadas fueron la consecuencia natural e inevitable de la ruptura de las barreras. Aumentaron tanto la fuerza del bando que primero las utilizó que el enemigo se vio arrastrado a seguir su ejemplo. Lo mismo se puede decir de la guerra popular. Cualquier nación que la utilice de manera inteligente obtendrá, por regla general, cierta superioridad sobre quienes la desdennan. Si ello es así, la única cuestión que queda por dilucidar es si la humanidad en general ganará con esta nueva expansión del elemento de la guerra; una cuestión cuya respuesta debería ser la misma que la respuesta de la cuestión de la propia guerra. Dejaremos ambas para los filósofos. Pero podría argumentarse que los recursos consumidos en una insurrección podrían tener un mejor uso en otras formas de guerra. Sin embargo, no es necesaria una extensa investigación para descubrir que, en su mayoría, estos recursos no estarían disponibles de otra manera y que no pueden utilizarse a voluntad. De hecho, una parte significativa de ellos, el elemento psicológico, sólo aparece con este tipo de uso.

Cuando toda una nación ofrece resistencia armada la cuestión ya no es «de qué le sirve al pueblo» sino «cuál es su valor potencial, qué condiciones necesita y cómo debe ser utilizada».

Por su propia naturaleza, una resistencia dispersa como ésta no dará lugar a grandes acciones muy concentradas en el tiempo y en el espacio. Su efecto es similar al del proceso de la evaporación: dependerá de la superficie expuesta. Cuanto mayor sea la superficie y el área de contacto entre ésta y las fuerzas enemigas, cuanto más tengan que extenderse estas últimas, mayor será el efecto de un levantamiento general. Como si de rescoldos se tratara, hace que los cimientos básicos de las fuerzas enemigas se consuman lentamente. Como para ser eficaz necesitará cierto tiempo, mientras los dos elementos interactúan se desarrollará un estado de tensión. Esta tensión, o bien se relajará progresivamente si la insurrección es reprimida en algunos lugares y se consume por sí misma en otros, o desembocará en una crisis: una conflagración general que rodea al enemigo obligándolo a salir del país antes de enfrentarse a su total destrucción. Para que un levantamiento por sí solo produzca una crisis

así, es necesaria una área ocupada de una dimensión tal que en Europa no existe fuera de Rusia, o una desproporción entre el ejército invasor y el tamaño del país que en la práctica nunca se producirá. Por tanto, para ser realistas, habrá que pensar en un levantamiento general en el marco de una guerra llevada a cabo por un ejército regular y coordinada mediante un plan global.

Las siguientes son las únicas condiciones en las que un levantamiento general puede resultar eficaz:

1. La guerra debe librarse en el interior del país.
2. No debe decidirse mediante un único golpe.
3. El teatro de operaciones debe ser lo suficientemente grande.
4. El carácter nacional debe ser adecuado para ese tipo de guerra.
5. El territorio debe ser quebrado e inaccesible, ya sea por la presencia de montañas o bosques, de zonas pantanosas o por los métodos de cultivo locales.

La densidad relativa de población no juega un papel decisivo; rara vez no habrá gente suficiente para ese fin. Tampoco importa demasiado si la población es rica o pobre, al menos no debería ser una consideración importante, aunque debamos recordar que los que son pobres están habituados al trabajo duro y agotador y a las privaciones y generalmente son más vigorosos y más belicosos.

Una característica del terreno que aumenta de forma importante la eficacia de una insurrección es la distribución diseminada de casas y granjas que se puede encontrar, por ejemplo, en muchas partes de Alemania. En esas circunstancias, el territorio estará más fragmentado y será más boscoso, las carreteras peores aunque más numerosas; el acantonamiento de las tropas resultará infinitamente más difícil y, lo que es más importante, la característica principal de un levantamiento general se repetirá constantemente en miniatura: el elemento de la resistencia estará presente en todas partes y en ninguna. Cuando la población está concentrada en pueblos se pueden establecer guarniciones en las comunidades más irredentas o incluso saquearlas y quemarlas como castigo; pero difícilmente podría hacerse algo así por ejemplo en un área rural de Westfalia.

Las milicias y las bandas de civiles armados no pueden ni deben emplearse contra el grueso de la fuerza del enemigo ni contra una fuerza enemiga de cierta entidad. Se supone que no deben pulverizar el núcleo, sino mordisquear la cáscara y los extremos. Se supone que deben operar en áreas que quedan fuera del teatro de la guerra, en las que el invasor no se presentará con grandes efectivos, con el fin de impedirle por completo el control de estas áreas. Nubes de tormenta de este tipo deberían aparecer alrededor del invasor a medida que avanza. Quienes no han sido todavía conquistados por el enemigo serán los más dispuestos a armarse contra él; servirán de ejemplo y poco a poco serán imitados por sus vecinos. El fuego se extenderá como en el monte bajo hasta alcanzar el área en la que se encuentran las bases del enemigo, amenazando sus líneas de comunicación y su propia existencia. No se debe tener una fe exagerada en el poder de una insurrección general, ni considerarla como una fuerza inagotable e inconquistable que un ejército no puede esperar detener, como un hombre no puede imponer su voluntad al viento o a la lluvia. En resumen, no deberíamos dejarnos llevar por soflamas patrióticas y decir que los campesinos en armas no permitirán ser barridos como lo pueda ser un pelotón de soldados. Estos permanecerán juntos como un rebaño y se dejarán llevar por su instinto; los campesinos, por el contrario, se dispersarán y desaparecerán en todas direcciones sin necesidad de un plan especial. Esto explica el carácter extremadamente peligroso que una marcha a través de las montañas, los bosques u otro tipo de dificultad del terreno puede tener para un pequeño destacamento: en cualquier momento la marcha puede convertirse en lucha. En un área se puede haber acabado hace mucho con la presencia de tropas enemigas, pero una banda de campesinos expulsada de la zona tiempo atrás por la cabeza de una columna, puede reaparecer en cualquier momento a su espalda. Por lo que se refiere a la inutilización de carreteras y al bloqueo de pasos estrechos, los medios a disposición de las vanguardias y de los destacamentos por un lado y los medios con que cuentan los campesinos insurgentes por otro, tienen tanto en común como los movimientos de un autómatas con los de un hombre. La única respuesta del enemigo a las acciones de la milicia es enviar frecuentes escoltas para proteger sus convoyes y para defender los lugares donde se detienen, los puentes, desfiladeros, etc. Las primeras tentativas de las milicias serán bas-

tante débiles y lo mismo ocurrirá con estos primeros destacamentos debido a los peligros de la dispersión. Pero estos pequeños destacamentos atizarán las llamas de la insurrección que a veces se verán superados simplemente por la fuerza numérica; el valor y las ganas de luchar aumentarán, como lo hará también la tensión hasta alcanzar el clímax que decidirá el resultado.

Como vemos, una insurrección general será nebulosa y esquiva; su resistencia no se materializará nunca en un bloque compacto, pues de lo contrario el enemigo puede dirigir la fuerza suficiente contra su núcleo, destruirlo y hacer muchos prisioneros. Si eso sucede, la gente se desanimará, creerá que el resultado ya está decidido y que no tendría sentido seguir esforzándose, por lo que abandonará las armas. Por el contrario, debe haber cierta concentración en algunos puntos: la niebla debe espesarse y formar una nube oscura y amenazadora desde la que un rayo pueda golpear en cualquier momento. Como hemos dicho, estos puntos de concentración estarán principalmente en los flancos del teatro de operaciones del enemigo. Allí es donde los insurgentes deberían formar unidades más grandes, mejor organizadas y con unidades de regulares que les harían parecer un ejército de verdad y les permitirían emprender acciones de más envergadura. Desde estas áreas, la fuerza de la insurrección debe aumentar a medida que nos acercamos a la retaguardia del enemigo, donde es vulnerable a los golpes más fuertes. La finalidad de los grupos más grandes es hostigar a las unidades más numerosas que el enemigo envíe hacia la retaguardia; provocarán también inquietud y temor y aumentarán el efecto psicológico de la insurrección en su conjunto. Sin ellas la impresión no sería lo suficientemente grande y la situación general no sería motivo de alarma para el enemigo.

Un comandante puede dar forma y dirigir con más facilidad la insurrección popular apoyando a los insurgentes con pequeñas unidades del ejército regular. Sin la presencia de estas tropas regulares como estímulo, los habitantes locales normalmente carecerán de la confianza y de la iniciativa necesarias para tomar las armas. Cuanto más fuertes sean las unidades destacadas para la tarea, mayor será su poder de atracción y mayor la avalancha final. Pero hay factores limitadores. Por una parte, sería fatal que un ejército desperdiciase sus fuerzas en objetivos secundarios como éste (disolviéndose, por así decirlo, en la insu-

rección) formando tan sólo una larga y tenue línea de defensa que es la forma más segura de destruir tanto a los insurgentes como al propio ejército. Por otra parte, la experiencia suele demostrar que la presencia de demasiados regulares en un área puede diezmar el rigor y la efectividad de una insurrección popular al atraer a demasiadas tropas enemigas; además, los habitantes se confiarán demasiado en la presencia de los soldados regulares; y por último, la presencia de un número considerable de tropas supone una carga para los recursos locales como acantonamientos, transportes, requisas, etc.

Otro de los medios de evitar una reacción eficaz del enemigo frente a una insurrección popular es, al mismo tiempo, uno de los principios básicos de la insurrección: se trata del principio de no permitir nunca, o casi nunca, que este importante medio de defensa estratégico se convierta en una defensa táctica. *Las acciones insurgentes* son similares en carácter a las llevadas a cabo por otras tropas de segunda categoría: empiezan con mucho vigor y entusiasmo, pero a largo plazo hay poca sensatez y tenacidad. Además, no es mucho lo que se pierde si una unidad de insurgentes es derrotada y dispersada, para eso está. Pero no debería permitirse que se hiciera pedazos como consecuencia de que demasiados hombres pudiesen, resultasen heridos o fuesen tomados prisioneros: derrotas así enfriarían pronto su ardor. Estas dos características son completamente ajenas a la naturaleza de la defensa táctica. Una acción defensiva debería ser un asunto lento, persistente y calculado que suponga un riesgo definido; intentos que pueden verse interrumpidos en cualquier momento no pueden constituir una buena defensa. Por tanto, si la defensa de un sector se confía a la milicia local, debe evitarse que se vea envuelta en una batalla defensiva importante o, de lo contrario, perecerá por muy favorables que sean las circunstancias. Pueden y deben defender mientras sea posible los puntos de acceso a un área montañosa o los diques que atraviesan una zona pantanosa o los puntos en los que se puede cruzar un río; pero tan pronto como el enemigo abra una brecha es mejor que se dispersen y continúen su resistencia por medio de ataques por sorpresa en vez de amontonarse en un reducido reducto, encerrados en una posición defensiva regular de la que no hay escape posible. No importa lo valiente que sea un pueblo, lo belicosas que sean sus tradiciones, lo grande que sea su odio por el enemigo o lo favorable que resulte el terreno en el que lucha: un

levantamiento nacional no puede mantenerse mientras haya demasiado peligro en la atmósfera. Por tanto, si queremos atizar el fuego para convertirlo en una conflagración importante debe hacerse a cierta distancia, donde haya suficiente aire y la insurrección no pueda ser sofocada con un solo golpe.

Lo anterior no ha sido tanto un análisis objetivo como una búsqueda ciega de la verdad. La razón es que este tipo de guerra no ha sido, hasta ahora, muy común; los que han tenido la oportunidad de observarla durante cierto tiempo no han informado suficientemente sobre ella. Deseamos añadir tan sólo que los planes estratégicos de defensa pueden incluir una insurrección general de una de las dos maneras siguientes: como último recurso tras una derrota o como ayuda antes de una batalla decisiva. Esta última presupone una retirada hacia el interior y la forma de defensa indirecta descrita en los capítulos ocho y veinticuatro de este libro. Por tanto, sólo añadiremos unas pocas palabras sobre el recurso a la milicia local una vez que se ha perdido una batalla.

Un Gobierno nunca debe suponer que el destino de su país, su propia existencia, depende del resultado de una única batalla por muy decisiva que ésta sea. Incluso después de una derrota siempre existe la posibilidad de provocar un giro en los acontecimientos desarrollando nuevas fuentes de fuerza interna o por el desgaste que todas las ofensivas sufren a largo plazo o por medio de ayuda exterior. Siempre habrá tiempo para morir; de la misma manera que un hombre que se está ahogando se agarraría instintivamente a un clavo ardiendo, es ley natural del mundo moral que una nación que se encuentra al borde del abismo intente salvarse por todos los medios.

No importa lo pequeño y débil que un Estado pueda ser en comparación con su enemigo. No debe renunciar a estos últimos esfuerzos o habría que llegar a la conclusión de que su alma está muerta. No debería descartarse la posibilidad de evitar la ruina total pagando un alto precio por la paz. Pero ni siquiera esta intención eliminaría la utilidad de las nuevas medidas de defensa. Estas no harían la paz más difícil y costosa, sino más fácil y mejor. Son incluso más deseables cuando puede esperarse ayuda de otros Estados que tienen algún interés por nuestra supervivencia. A un Gobierno al que después de perder una batalla sólo le interesa dejar que su gente se vaya a dormir en paz tan pronto como sea posible y que, abrumado por los sentimientos de

fracaso y decepción, carece de la voluntad y del coraje necesarios para hacer un esfuerzo final constituirá, en cualquier caso y por su propia debilidad, una incongruencia. Demostrará que no merecía ganar y que posiblemente por esa razón no lo hizo.

Con la retirada del ejército hacia el interior (no importa lo completa que sea la derrota de un Estado) deberá evocarse el potencial de fortificaciones e insurrecciones generales. En este sentido sería una ventaja que los flancos del teatro principal de operaciones estuviesen bordeados por montañas u otros obstáculos del terreno que emergerían entonces como bastiones que dominarían al enemigo con su enfilada estratégica.

Una vez que el enemigo victorioso está ocupado con asedios, una vez que ha dejado importantes guarniciones a lo largo de todo el camino para formar sus líneas de comunicación o ha enviado destacamentos para asegurar su libertad de movimientos y evitar que las provincias adyacentes le causen problemas; una vez que se ha visto debilitado por diversidad de pérdidas de hombres y de material, habrá llegado el momento para que el ejército defensor vuelva al terreno. Entonces un golpe bien dado al atacante será suficiente, en su difícil situación, para hacerle tambalearse.

LIBRO VII

EL ATAQUE

CAPÍTULO UNO

EL ATAQUE EN RELACIÓN CON LA DEFENSA

Cuando dos ideas forman una auténtica antítesis lógica y cada una de ellas es complementaria a la otra, cada una está, en lo esencial, implícita en la otra. Aunque las limitaciones de nuestra mente no nos permitan abarcarlas de manera simultánea y descubrir por antítesis la totalidad de la una en la otra, cada una arrojará suficiente luz sobre la otra como para clarificar muchos de sus detalles. En consecuencia, creemos que los capítulos anteriores sobre la defensa habrán iluminado suficientemente los aspectos del ataque con los que estaban relacionados. Pero no siempre es así. Ningún sistema analítico puede explorarse de manera exhaustiva. Por tanto, es natural que cuando la antítesis no se encuentra tan cerca de la raíz del concepto como en los capítulos anteriores, lo que digamos sobre el ataque no derivará directamente de lo dicho sobre la defensa. Un cambio de nuestro punto de vista nos acercará a la cuestión, de forma que podremos examinar más de cerca lo que anteriormente contemplábamos desde la distancia. Com-

plementaremos así nuestro análisis previo; y lo que ahora digamos sobre el ataque también arrojará con frecuencia más luz sobre la defensa.

Al ocuparnos del ataque, en gran medida tendremos que tratar temas que ya hemos examinado. Pero no creemos que debamos actuar como hacen tantos libros de texto de ingeniería, burlando o destruyendo todos los valores positivos identificados en la defensa y demostrando que cada método de defensa se corresponde con un método infalible de ataque. La defensa tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Aunque puede que los primeros no sean insuperables, el coste de superarlos puede ser desproporcionado. Esto debe ser cierto lo miremos desde donde lo miremos; de otra forma, nos estaremos contradiciendo a nosotros mismos. No pretendemos analizar de manera exhaustiva esta interacción. Cada método de defensa conduce a un método de ataque, pero a menudo esto es tan obvio que no es necesario que examinemos ambos para darnos cuenta de ello: uno se deduce automáticamente del otro. Pretendemos indicar en cada caso las características especiales del ataque que no son consecuencia directa de la defensa. Por tanto, habrá varios capítulos que no tengan un equivalente en el libro anterior.

CAPÍTULO SEIS

LA DESTRUCCIÓN DE LAS FUERZAS DEL ENEMIGO

La destrucción de las fuerzas del enemigo es el medio para el fin. ¿Qué significa esto y qué precio hay que pagar por ello? Son posibles diversos puntos de vista:

1. Destruir sólo lo necesario para alcanzar el objetivo del ataque.
2. Destruir todo lo posible.
3. Tener como principal preocupación la preservación de nuestras fuerzas armadas.
4. Esta última puede ir tan lejos que el atacante intente una acción destructiva sólo en las condiciones más favorables, lo que puede aplicarse también al logro del objetivo, como ya se mencionó en el capítulo tres.

El combate es la única forma de destruir las fuerzas del enemigo, pero se puede actuar de dos maneras diferentes, directa o indirectamente, mediante una combinación de combates. De

este modo, aunque una batalla es el medio principal, no es el único. La toma de una plaza fuerte o de una franja de territorio también supone destruir fuerzas enemigas. Puede dar lugar a una destrucción posterior y convertirse, por tanto, en un medio indirecto.

De este modo, la ocupación de una franja de territorio no defendida puede, además del valor directo que supone lograr un objetivo, tener también valor en términos de destrucción de fuerzas del enemigo. El hecho de maniobrar para hacer que un enemigo abandone un área que ha ocupado, no es algo muy diferente y debería recibir la misma consideración, más que ser vista como un verdadero éxito de las armas. Con frecuencia se sobrevaloran estos medios; con ellos rara vez se logra tanto como con una batalla y suponen correr el riesgo de posibles inconvenientes que pueden haberse pasado por alto. Son tentadores por lo poco que cuestan.

Se las debería considerar siempre inversiones pequeñas que sólo pueden ofrecer dividendos pequeños, adecuados para circunstancias limitadas y motivos débiles. Pero sin duda son preferibles a batallas sin sentido, con victorias que no pueden explotarse totalmente.

CAPÍTULO SIETE

LA BATALLA OFENSIVA

Lo que hemos dicho acerca de la batalla defensiva habrá arrojado ya mucha luz sobre la batalla ofensiva.

Pensábamos en el tipo de batalla en el que la defensa es más preeminente con el fin de aclarar la naturaleza de la defensa. Pero son muy pocas las batallas de ese tipo; la mayoría de ellas son, en parte, encuentros (*demirencontres*) en los que el elemento defensivo tiende a perderse. No ocurre lo mismo con la batalla ofensiva que conserva su carácter en todas las circunstancias y puede hacerlo valer aún más, puesto que el defensor no está en su propio elemento. Por tanto, sigue existiendo cierta diferencia en el carácter de la batalla, la manera en que es conducida por un bando u otro, entre esas batallas que no son realmente defensivas y aquéllas que son verdaderos encuentros (*rencontres*). La principal característica de una batalla ofensiva es la de rebasar o rodear al defensor. Es decir, tomar la iniciativa.

Obviamente, las acciones envolventes suponen grandes ventajas; no obstante, son una cuestión de táctica. El atacante no debería renunciar a estas ventajas solamente porque el defensor tenga

un medio de contrarrestarlas; un medio que el atacante no puede utilizar porque está demasiado ligado a los otros medios de la situación del defensor. Para poder rebasar a un enemigo que a su vez esté intentando rebasarlo, el defensor debe estar operando desde una posición bien elegida y bien preparada. Aún es más importante el hecho de que el defensor no pueda utilizar realmente todo el potencial que ofrece la situación. En la mayoría de los casos, la defensa es un negocio lastimoso e improvisado; normalmente, el defensor está en un lugar estrecho y peligroso en el que, como espera lo peor, está dispuesto a hacer concesiones al atacante. En consecuencia, las batallas que utilizan líneas envolventes o frentes invertidos (que deberían ser el resultado de líneas de comunicación ventajosas) tienden en realidad a ser el resultado de una superioridad moral y física. Sirvan como ejemplo Marengo, Austerlitz y Jena. En la batalla que abre una campaña, la línea de base del atacante, incluso si no es superior a la del defensor, será normalmente más ancha, porque la frontera está muy cerca y puede permitirse, por tanto, asumir riesgos. Dicho sea de paso, un ataque de flanco, es decir, una batalla en la que el frente se ha desplazado, es más eficaz que uno envolvente. Es un error pensar que debe ir acompañado desde el principio de un avance estratégico envolvente, como sucedió en Praga. Casi nunca tienen nada en común y el segundo es una acción muy precaria de la que diremos algo más cuando nos ocupemos del ataque en un teatro de operaciones. De la misma forma que el objetivo de un comandante en una batalla defensiva es posponer el resultado todo lo posible con el fin de ganar tiempo (ya que una batalla defensiva que al anochecer está pendiente de resolver puede considerarse normalmente una batalla ganada), el objetivo de un comandante en una batalla ofensiva es acelerar la resolución. Por otra parte, una prisa excesiva supone arriesgarnos a desperdiciar nuestras fuerzas. Una peculiaridad que se presenta en la mayor parte de las batallas ofensivas es la duda sobre la posición del enemigo; éstas se caracterizan porque se avanza a tientas en la oscuridad, como fue el caso, por ejemplo, en Austerlitz, Wagram, Hohenlinden, Jena y Katzbach. Cuanto mayor es la incertidumbre, mayor es la necesidad de concentrar nuestras fuerzas y de flanquear al enemigo en vez de envolverlo. En el capítulo doce del libro IV demostramos que los verdaderos frutos de la victoria sólo se obtienen en la persecución. Por su propia naturaleza, la persecución suele ser una parte más integral de la acción en una batalla ofensiva que en una defensiva.

CAPÍTULO TRECE

LA MANIOBRA

1. Ya hemos tratado el tema de la maniobra en el capítulo treinta del libro VI. Aunque este mecanismo es común tanto al ataque como a la defensa, su naturaleza está más estrechamente relacionada con el primero que con la segunda y, por tanto, lo definiremos aquí de manera más precisa.

2. La maniobra debe distinguirse no sólo de la conducción agresiva del ataque por medio de combates importantes, sino de cualquier operación que surja como consecuencia directa de esos ataques; ya sea una diversión, una presión sobre las líneas de comunicación del enemigo o sobre su retirada, etc.

3. En su acepción más común, el término maniobra conlleva la idea de un efecto creado, por así decirlo, a partir de la nada (es decir, a partir de un *estado de equilibrio*) utilizando los errores que hayamos hecho cometer al enemigo. Puede compararse a los gambitos de apertura en una partida de ajedrez. Se trata, de hecho, de un juego de fuerzas equilibradas cuyo objetivo consiste en producir las condiciones favorables para el éxito y utilizarlas después para obtener una ventaja sobre el enemigo.

4. Las siguientes son consideraciones que deben tenerse en cuenta, en parte, como objetivos y en parte como marco de referencia de nuestras acciones:

- a. Los suministros de víveres del enemigo, que deseamos cortar o reducir.
- b. Una combinación con otras unidades.
- c. Una amenaza a otras comunicaciones con el interior del país o con otros ejércitos o destacamentos.
- d. Una amenaza a la retirada.
- e. Un ataque a determinados puntos con fuerzas superiores.

Estos cinco factores pueden encontrarse hasta en el más mínimo detalle de una situación particular, que durante un tiempo se convierte en el objeto alrededor del cual todo gira. Puede tratarse de un puente, una carretera o una trinchera; pero, en cualquier caso, resultaría fácil demostrar que su importancia deriva totalmente de su relación con algunos de los factores arriba mencionados.

f. Para el atacante, o más bien para la parte activa (que podría ser también el defensor), el resultado de una maniobra saldada con éxito consistirá en una franja de terreno, un depósito de suministros o algo así.

g. Una maniobra estratégica consta de dos parejas de contrarios que aparecen diferenciados y que pueden haberse utilizado para formular normas y máximas erróneas. De hecho, sus cuatro elementos son básicamente partes fundamentales de un todo y como tales deben ser considerados. El primer par de contrarios consiste en flanquear al enemigo u operar mediante líneas interiores; el segundo, en concentrar las fuerzas o en desparramarlas en numerosos puestos.

h. Con relación al primer par de contrarios, no podemos decir que uno de los dos elementos sea, en general, superior al otro. La razón estriba, en parte, en que un intento de utilizar uno de ellos invitará a responder utilizando el otro, que constituye su antídoto apropiado; y, en parte, en que el envolvimiento se asocia con el ataque, mientras que la utilización de líneas interiores se asocia con la defensa: por tanto, en general el primero se adapta mejor al ataque y el segundo a la defensa. La forma superior será aquella que mejor se ejecute.

i. Tampoco es posible dar prioridad a uno u otro de los elementos del otro par de contrarios. La fuerza más numerosa se puede permitir extenderse. De este modo establecerá una postura estratégica conveniente en muchos sentidos y evitará a las tropas un esfuerzo innecesario. El bando más débil debe permanecer más concentrado y compensar con la movilidad las desventajas resultantes. Una mayor movilidad supone un mayor grado de capacidad durante una marcha. Por tanto, el bando más débil debe esforzarse más tanto física como moralmente. Ésa es la conclusión inevitable si, claro está, nuestra argumentación ha sido coherente; de hecho, podría considerarse como la mejor prueba de su coherencia. Siempre se han considerado las campañas de Federico el Grande contra Daun en 1759 y 1760 y Laudon en 1761 y las de Montecuccoli contra Turenna en 1673 y 1675 como los ejemplos más brillantes de esta modalidad y en ellas están basadas en gran parte nuestras opiniones.

j. De la misma manera que deberíamos evitar hacer un mal uso de los cuatro factores de los dos contrarios postulados que nos haga formular normas y máximas erróneas, también deberíamos estar alerta ante la posibilidad de atribuir una importancia mayor y una influencia más decisiva de la que realmente poseen a otras circunstancias generales como la línea de base, el terreno etc. Cuanto menor sea la importancia de lo que está en juego, mayor será la importancia de los detalles de la situación del momento; los factores más amplios y generales se difuminan en el fondo al ser, en cierto modo, de una escala demasiado grande en relación con el asunto que estamos estudiando. ¿Podría haber, en términos generales, una situación más favorable que la de Turenna en 1675? Se encontraba con el Rin a sus espaldas, con sus tropas desplegadas a lo largo de veinticinco kilómetros y con el puente para su retirada en el extremo de su a la derecha. Aún así, sus órdenes fueron eficaces y se ha dicho acertadamente que demuestran un alto grado de habilidad y de capacidad de juicio, pero este alto grado de éxito y de capacidad sólo puede entenderse plenamente si se presta atención a los detalles, considerándolos de acuerdo con su valor en cada caso en particular.

Por tanto, estamos seguros de que no hay ninguna regla de ningún tipo acerca de la maniobra y de que ningún método o principio general puede determinar el valor de la acción; sino

que una mejor ejecución, una mayor precisión, orden o disciplina y un menor temor encontrarán los medios para obtener una ventaja palpable en las circunstancias más singulares e insignificantes. De estas cualidades es de las que depende la victoria en este tipo de contienda.

CAPÍTULO QUINCE

EL ATAQUE A UN TEATRO DE OPERACIONES: EN BUSCA DE UN RESULTADO

Ya nos hemos ocupado de la mayor parte de los aspectos de esta cuestión en el libro VI «Sobre la defensa», que habrá arrojado suficiente luz sobre el tema del ataque.

En cualquier caso, el concepto de un teatro de operaciones independiente está más estrechamente relacionado con la defensa que con el ataque. Ya tratamos en el libro VI diversos puntos destacados como *el propósito del ataque y la esfera de eficacia de la victoria* y las características verdaderamente básicas y fundamentales del ataque sólo se pueden exponer en relación con el tema de los planes de guerra. Sin embargo, aún hay cosas que debemos explicar aquí y empezaremos de nuevo por una campaña en la que se intenta lograr un resultado importante.

1. El propósito inmediato de un ataque es la victoria. Sólo por medio de su fuerza superior puede el atacante compensar todas las ventajas que le corresponden al defensor en virtud de su posición y, posiblemente, de la modesta ventaja que su ejér-

cito obtiene del conocimiento que tiene del atacante. Normalmente, este último factor se sobreestima: es efímero y no resistirá la prueba de un problema grave. Naturalmente, suponemos que el defensor actuará con la misma sensatez y corrección que el atacante. Decimos esto para excluir ciertas nociones vagas sobre asaltos imprevistos y ataques por sorpresa que normalmente se consideran fuentes pródigas de victoria. Sólo lo serán en circunstancias excepcionales. Ya nos hemos ocupado en otro lugar de la naturaleza de una verdadera sorpresa estratégica.

Si un ataque carece de superioridad material debe tener superioridad moral para compensar su debilidad intrínseca. Cuando carece incluso de superioridad moral no tendría sentido atacar pues no podría esperarse tener éxito.

2. La prudencia es el verdadero espíritu de la defensa; el valor y la confianza el verdadero espíritu del ataque. Las dos formas necesitan de tales cualidades pero cada una tiene una afinidad mayor con una de ellas. Después de todo, estas cualidades sólo son necesarias porque la acción no es una estructura matemática sino que tiene que actuar en la oscuridad o, en el mejor de los casos, en la penumbra. Debemos confiar en el guía cuya capacidad se adapte mejor a nuestros propósitos. Cuanto más baja sea la moral del defensor más atrevido debería de ser el atacante.

3. La victoria presupone un choque entre los dos gruesos de las fuerzas. Esto supone menos incertidumbre para el atacante. Su papel es enfrentarse al defensor, cuyas posiciones normalmente ya se conocen. Por otra parte, cuando nos ocupamos de la defensa, argumentamos que si el defensor ha elegido una mala posición, el atacante no debería ir a su encuentro porque, de ese modo, sería el defensor el que tendría que ir al encuentro del atacante, por lo que este último tendría la ventaja de coger al defensor desprevenido. En ese caso, todo dependería de la carretera más importante y de su dirección general. En el libro anterior no nos ocupamos de este punto, sino que lo aplazamos hasta este capítulo y, por tanto, debemos examinarlo ahora.

4. Ya nos hemos ocupado de los posibles objetivos de un ataque y, en consecuencia, de las *metas* de una victoria. Si éstas se encuentran en el teatro de operaciones que pretendemos atacar y en la esfera de victoria probable, la dirección natural del golpe estará determinada por las carreteras que conducen a ellos. Pero no debemos olvidar que normalmente el propósito

del ataque sólo gana significación con la victoria; ésta siempre debe concebirse con relación a él. Por tanto, el atacante no sólo está interesado en alcanzar el objetivo: debe llegar allí como vencedor. En consecuencia, su golpe debe ir dirigido no al objetivo sino a la carretera que el enemigo tendrá que seguir para alcanzarlo. La carretera se convierte entonces en el primer objetivo. La victoria puede ser más completa si nos enfrentamos al enemigo antes de que éste haya alcanzado ese objetivo, cortando su camino y llegando allí antes que él. Por ejemplo, si el principal objetivo del ataque es la capital del enemigo y el defensor no ha tomado posición entre ésta y el atacante, éste estaría cometiendo un error si avanzase directamente sobre la ciudad. Haría mejor en asestar un golpe a las comunicaciones entre el ejército enemigo y su capital, intentando lograr así la victoria que le llevaría a la ciudad.

Si no hay ningún objetivo importante en el área afectada por la victoria, el punto de mayor importancia es la línea que comunica al enemigo con el objetivo significativo más cercano. Por tanto, el atacante debe preguntarse siempre cómo explotará la victoria después de la batalla. El siguiente objetivo a alcanzar indicará siempre la dirección natural de su golpe. Si el defensor ha tomado nueva posición en esa área, habrá hecho la elección correcta y el atacante tendrá que acudir allí a su encuentro. Si la posición es demasiado fuerte, el atacante deberá intentar rodearla, haciendo de la necesidad virtud. Pero si el defensor no está donde debería estar, el atacante sí deberá moverse en esa dirección. Tan pronto como se encuentre a la altura del defensor (suponiendo que mientras tanto este último no haya hecho ningún movimiento lateral) debería girar hacia las líneas de comunicación del enemigo con el objetivo de ir allí a su encuentro. Si este último no se ha movido en absoluto, el atacante deberá girar y dirigirse a su retaguardia.

Entre las carreteras que el atacante puede elegir, las grandes rutas comerciales resultan las más obvias y adecuadas pero, cuando suponen dar un rodeo demasiado largo, se debería tomar una carretera más directa aunque sea más estrecha. Una línea de retirada que se desvíe considerablemente de una línea recta siempre supone un grave riesgo.

5. Un atacante decidido a obtener un resultado importante no tiene ninguna razón para dividir sus fuerzas. Si de hecho lo hace, normalmente ello debe atribuirse a un estado de confu-

sión. Sus columnas deberían avanzar en un frente no más extenso del que le permitiría hacer que entrasen en acción simultáneamente. Si la fuerza del enemigo está dividida, tanto mejor; en ese caso no estarían de más maniobras de diversión de menor entidad, maniobras estratégicas simuladas realizadas con el objetivo de mantener nuestra ventaja. Si el atacante decidiese dividir sus fuerzas con ese fin, su decisión estaría justificada.

La división del ejército en diversas columnas, que en cualquier caso es indispensable, debe ser la base para el envolvimiento en un ataque táctico; pues el envolvimiento es la forma más natural de ataque y no debería prescindirse de él sin razón justificada. Pero el envolvimiento debe ser táctico; un envolvimiento estratégico coincidente con un golpe importante es un verdadero desperdicio de fuerzas, sólo puede estar justificado si el atacante es lo suficientemente fuerte como para no tener ninguna duda sobre el resultado.

6. Pero el ataque también requiere prudencia: el atacante también tiene una retaguardia y unas comunicaciones que proteger. A ser posible, esta protección debería acomodarse a la dirección del avance. Es decir, debería ser ofrecida automáticamente por el propio ejército. Si hay que destacar fuerzas para este propósito, provocando así una diversión de fuerzas, lo único que se consigue es reducir el impacto del golpe. Un gran ejército siempre avanza con un frente de una anchura de al menos un día de marcha; por tanto, si las líneas de comunicación y de retirada no se desvían demasiado de la perpendicular, el propio frente proporciona normalmente la cobertura necesaria.

Los peligros de esta clase a los que el atacante está expuesto se pueden calibrar principalmente por el carácter y la situación del enemigo. Si todo está subordinado a la búsqueda de un resultado importante e inminente, el defensor tendrá poco margen para operaciones secundarias y por tanto el atacante normalmente no correrá un gran peligro. Pero una vez que el avance ha concluido y el atacante pasa progresivamente a la defensiva, la protección de la retaguardia adquiere una mayor urgencia e importancia. La retaguardia del atacante es intrínsecamente más vulnerable que la del defensor; por lo que este último puede haber iniciado operaciones contra las líneas de comunicación del atacante mucho antes de pasar a la ofensiva e incluso mientras está todavía en retirada.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL ATAQUE A UN TEATRO DE OPERACIONES: CUANDO NO SE BUSCA UN RESULTADO

1. Incluso cuando la determinación y la fuerza no son suficientes para que se produzca un resultado decisivo, todavía es posible que se desee lanzar un ataque estratégico contra un objetivo de menor importancia. Si el ataque tiene éxito y se logra el objetivo, la situación vuelve aun estado de reposo y equilibrio. Si se encuentran dificultades de cierta envergadura, el avance se detiene en una fase anterior. Entonces será sustituido ya sea por ofensivas lanzadas cuando se presente la oportunidad o por una simple maniobra estratégica. Esa es la naturaleza de la mayoría de las campañas.

2. Los objetivos de una ofensiva así pueden ser:

a. Una extensión de territorio. Puede proporcionar víveres, posibles contribuciones, la protección de nuestro territorio, una baza con la que negociar en las conversaciones de paz. En ocasiones, el concepto de gloria militar puede también jugar un

papel, como ocurrió constantemente en las campañas dirigidas por los mariscales franceses a las órdenes de Luis XIV. La distinción esencial estriba en si se puede o no mantener el territorio. Por regla general, sólo es posible si es fronterizo con nuestro propio teatro de operaciones y constituye una extensión natural del mismo. Éste es el único tipo que puede constituir una baza en la mesa de negociaciones; el resto, normalmente, sólo se mantiene temporalmente durante el período que dura la campaña para abandonarse después en invierno.

b. *Un depósito importante.* Si no fuese importante difícilmente sería considerado un objetivo para una ofensiva que duran toda una campaña. Por sí solo puede constituir una pérdida para el defensor y un beneficio para el atacante; pero la principal ventaja para este último radica en el hecho de que obligará al defensor a retirarse y abandonar el territorio que de otra forma habría conservado. Por tanto, la toma del depósito es, de hecho, más un medio que un fin y si la mencionamos aquí es porque constituye el objetivo más inmediato de la acción.

c. *La toma de una plaza fuerte.* Remitimos al lector al capítulo dedicado a la toma de plazas fuertes. En él se argumenta con claridad por qué las plazas fuertes siempre han sido los objetivos preferidos y más deseados en ofensivas o campañas que no podían tener como objetivo ni la derrota total del enemigo ni la conquista de una parte importante de su territorio. Por tanto, es fácil explicarse por qué en un país como los Países Bajos, que está lleno de plazas fuertes, el objetivo de las operaciones ha sido siempre la captura de una u otra plaza fuerte mientras que la toma de todo el área *rara vez ha sido el objetivo de la campaña*. Cada plaza fuerte se consideraba una unidad separada y con un valor en sí misma. Aparentemente se prestaba más atención a la conveniencia y facilidad de la empresa que al verdadero valor del lugar.

Sin embargo, el sitio de una plaza fuerte, independientemente de cuál sea su tamaño, es siempre una operación importante porque resulta muy costosa; consideración importante en guerras en las que no se lucha por asuntos importantes. Ésa es la razón por la que un sitio así debe incluirse entre los elementos significativos de un ataque estratégico. Cuanto menos importante sea el lugar, menos decidido el asedio, menos sean los preparativos realizados y mayor la probabilidad de un ambiente de improvisación, más se reducirá la significación del objetivo es-

tratégico y más débiles serán las fuerzas y las intenciones para las que resulta adecuado. Normalmente los casos así acaban en una especie de combate simulado cuyo único objetivo es terminar la campaña honrosamente: ¡después de todo, como atacante se está obligado a hacer algo!

d. *Un combate, encuentro o incluso una batalla que tengan éxito* ya sea para obtener trofeos o simplemente por honor y, en ocasiones, tan sólo para satisfacer la ambición de un general. Quien ponga en duda que esto ocurre realmente no conoce la historia militar. La mayor parte de las batallas ofensivas en las campañas francesas durante el reinado de Luis XIV fueron de este tipo. Sin embargo, es más importante señalar que estas consideraciones no dejan de tener importancia, ni son meros rasgos de vanidad: tienen una importancia muy clara en la paz y por tanto conducen de manera bastante directa al objetivo. El honor militar y el renombre de un ejército y de sus generales son factores que actúan de manera invisible pero impregnan constantemente toda la actividad militar.

Por supuesto, tales combates se basan en las suposiciones de que: (a) la probabilidad de victoria es alta; y (b), si acaban en derrota, no es mucho lo que se pierde. Hay que tener cuidado de no confundir este tipo de batalla que se libra en condiciones restringidas y con objetivos limitados, con las victorias que no tienen una continuación por falta de moral.

3. Salvo la última de estas categorías, todo lo demás se puede lograr sin combates importantes. Los medios que la ofensiva puede utilizar para este fin se derivan de los intereses que el defensor tiene que proteger en su teatro de operaciones. Por tanto, consistirán en amenazar sus líneas de comunicación, con sus depósitos, provincias ricas, ciudades importantes o puntos clave como puentes, pasos, etc.; o en la ocupación de posiciones fuertes cuya ubicación sea incómoda para el defensor¹; o en la ocupación de ciudades importantes, zonas agrícolas fértiles o regiones irredentas a las que se las pueda inducir a la sublevación; o en amenazar a sus aliados más débiles, etc. Si el atacante logra interrumpir las comunicaciones en los puntos en los que el enemigo no pueda restablecerlas sin una pérdida importante,

¹ La primera edición resulta tan confusa que, en este caso, hemos seguido el texto de la segunda. [N. de los eds.]

si se pone en marcha para apoderarse de estos puntos, forzará al defensor a ocupar otra posición en la retaguardia o en el flanco para cubrirlas, incluso si ello significa abandonar otros puntos menos importantes. De esta forma, un área queda desprotegida, o un depósito o una plaza fuerte expuestos. La primera queda libre para la conquista, los últimos para el asedio. Como consecuencia, pueden producirse combates más o menos importantes, pero no se intentará que se produzcan ni serán tratados como objetivos en sí mismos, sino más bien como males necesarios. No pueden superar cierto nivel de magnitud e importancia.

4. Una operación por parte del defensor contra las líneas de comunicación del atacante es un tipo de reacción que en una guerra en la que se pretendan alcanzar resultados importantes, sólo puede producirse si esas líneas son muy largas. Pero en guerras en las que no se pretende alcanzar grandes resultados, este tipo de reacción es más apropiada. Es cierto que las líneas del enemigo rara vez serán muy extensas, pero aquí la cuestión no es infringir un daño grave. Con frecuencia, será suficiente con hostigar al enemigo y hacerle padecer escasez de suministros; y lo que a las líneas les falte en longitud podrá verse compensado, hasta cierto punto, por todo el tiempo que se puede dedicar a este tipo de lucha. Esta es la razón por la que la cobertura de sus flancos estratégicos tiene gran importancia para el atacante. Si surge este tipo de disputa o rivalidad entre el atacante y el defensor, el primero tendrá que compensar sus desventajas naturales con su superioridad numérica. Si su fuerza y determinación siguen siendo suficientes para arriesgarse a asestar un golpe decisivo a una unidad del enemigo o incluso al grueso de sus fuerzas, esta amenaza que pesa sobre el defensor será su mejor forma de protegerse.

5. En conclusión, debemos mencionar otra ventaja importante de que disfruta el atacante en este tipo de guerra: está mejor situado para calibrar las intenciones y recursos del enemigo de lo que el defensor lo está para calibrar las suyas. Es mucho más difícil predecir el grado de vigor y osadía con el que el atacante actuará que predecir si el defensor está pensando o no en asestar un golpe importante. En la práctica, la mera elección de la forma defensiva de la guerra, generalmente asegura la ausencia de intenciones positivas. Además, la diferencia que existe entre los preparativos para un contragolpe importante y

los medios ordinarios de defensa es mucho más marcada que la que existe entre los preparativos para un ataque importante y para otro de menor identidad. Finalmente, el defensor está obligado a hacer sus preparativos antes, con lo que proporciona al atacante la ventaja de poder responder a ellos.

CAPÍTULO DIECISIETE

EL ATAQUE A PLAZAS FUERTES

Naturalmente, no discutiremos esta cuestión desde el punto de vista técnico. Sino que consideraremos, en primer lugar, su propósito estratégico; en segundo lugar, la decisión en torno a qué plazas fuertes atacar; y en tercer lugar, la manera en que se debe proteger el asedio.

La pérdida de una plaza fuerte debilita la defensa del enemigo, especialmente cuando constituye una parte vital de la misma. Su ocupación proporciona diversos beneficios para el atacante: puede utilizarla como almacén y depósito, para cubrir el terreno y sus acantonamientos, etc. Si el ataque acaba convirtiéndose en defensa, esas plazas fuertes constituirán su apoyo más importante. Todas estas relaciones entre plazas fuertes y teatros de operaciones durante el transcurso de las hostilidades, ya han sido tratadas suficientemente cuando nos ocupamos de las plazas fuertes en el libro sobre la defensa; la reflexión sobre lo que entonces se dijo arrojará sobre ellas la luz necesaria en el contexto del ataque.

Los ataques a plazas fuertes son otro caso en los que las campañas dirigidas a obtener un resultado importante difieren de ma-

nera sustancial de las de otro tipo. En el primer caso, la toma de una plaza fuerte debe ser considerada siempre como un mal necesario. Cuando el resultado está todavía en juego sólo se iniciará un asedio cuando no pueda evitarse. Una vez que se ha resuelto la situación, que la crisis pertenece al pasado, la tensión se ha relajado de momento y ha comenzado un estado de reposo, la ocupación de plazas fuertes servirá para consolidar la conquista. En ese momento, normalmente se podrán tomar sin riesgo, aunque no sin cierto esfuerzo y gasto de fuerza. Durante la propia crisis, el asedio de una plaza fuerte aumenta los problemas del atacante. No hay ninguna otra cosa que pueda disminuir tanto su fuerza ni que pueda, por tanto, privarlo con tanta probabilidad de su superioridad. Sin embargo, hay ocasiones en las que un asedio es inevitable si el atacante quiere hacer algún progreso. En esos casos, un asedio debería considerarse como una intensificación del ataque. Cuantos menos resultados se hayan logrado ya, más profunda será la crisis. Para una discusión más detallada de este tema esperaremos al libro sobre planes de guerra.

Cuando el objetivo de una campaña es limitado, la plaza fuerte normalmente no es el medio sino el fin. Será considerada una pequeña conquista independiente y, como tal, tendrá las siguientes ventajas:

1. Una plaza fuerte es una conquista de menor entidad con límites bien definidos. Tomarla no requiere un gran esfuerzo y por tanto no es necesario preocuparse por un posible revés.
2. Es una baza útil en la mesa de negociaciones.
3. Un asedio es, o al menos parece ser, una intensificación del ataque. Con frecuencia, no supone la disminución de fuerza que sí producen otras formas de avance ofensivo.
4. Un asedio es una operación que no puede acabar en desastre.

Todos estos factores se combinan para hacer que la toma de una o varias plazas fuertes sea un objetivo frecuente para el tipo de ataque estratégico que no pretende un objetivo mayor.

Si hay alguna duda sobre qué plazas fuertes sitiar, la elección debería basarse en los siguientes principios:

- a. La plaza fuerte debería ser fácil de conservar y, por tanto, constituir una baza importante en la mesa de negociaciones.

b. Si los medios para la conquista son limitados, sólo podrán conquistarse plazas fuertes menores; es preferible la ocupación de una plaza fuerte de pequeña entidad que un ataque sobre una más importante pero que acabe en fracaso.

c. Evidentemente, el grado de fortificación a menudo no guarda relación con la importancia del lugar. No habría nada más necio que derrochar esfuerzos en un lugar que es muy fuerte, pero relativamente insignificante, cuando se podría estar atacando otro más débil.

d. La importancia de su armamento, incluida, por supuesto, la guarnición. Si una plaza fuerte está ligeramente armada y guarnecida, será evidentemente más fácil de tomar, pero debemos señalar que el armamento y la guarnición de que disponga necesariamente son factores a la hora de valorar la importancia de una plaza fuerte: constituyen componentes directos de la fuerza armada del enemigo. No ocurre lo mismo con las posiciones muy fuertemente fortificadas; por tanto, el sacrificio que conlleva la toma de una plaza fuerte con mucha guarnición probablemente valdrá más la pena que el que supone la toma de una que esté muy fortificada.

e. La facilidad de crear y mantener un tren de asedio. La mayor parte de los asedios fracasan por falta de equipo. Los ejemplos mejor conocidos son el asedio del príncipe Eugenio en Landrecies, en 1712, y el sitio de Federico sobre Olmütz, en 1758.

f. Finalmente, hay que tener en cuenta la facilidad a la hora de proteger el asedio.

Existen fundamentalmente dos formas distintas de proteger un asedio: la primera consiste en atrincherar a la fuerza sitiadora; es decir, en construir una línea de circunvalación. La segunda en utilizar una línea denominada de observación. La primera ha pasado completamente de moda a pesar de contar con un punto importante en su favor: permite al atacante evitar verse debilitado por una dispersión de su fuerza que en general supone para él una clara desventaja. Sin embargo, su fuerza se verá sensiblemente disminuida de otras maneras:

1. Por regla general, una posición que rodea la plaza fuerte requiere una extensión demasiado grande en relación con la potencia del ejército.

2. Normalmente, la guarnición junto con las fuerzas de relevo del enemigo, no serían más que la fuerza enemiga original a la que nos enfrentamos; pero *ahora* debemos contemplarla como una unidad del enemigo dentro de nuestro propio campamento, que, situada tras la protección de sus defensas, es *invulnerable*, o al menos, no puede ser rebasada; lo que aumenta en gran medida su potencial.

3. La defensa de una línea de circunvalación sólo permitirá la utilización de la forma absoluta. Una posición circular mirando hacia fuera, constituye el orden de batalla más débil e inadecuado que se pueda imaginar y hace que una salida ventajosa sea prácticamente imposible. No hay más opción que defenderse hasta el final en el interior de la línea atrincherada. Es fácil suponer que una situación así puede llevar a una reducción de la fuerza defensiva mucho mayor que la tercera parte que cabría esperar si se destacaran puestos de observación. Si tenemos también en cuenta que desde los días de Federico el Grande ha habido una preferencia general por las denominadas ofensivas (aunque en la práctica no siempre lo son), por la movilidad y por la maniobra, y una aversión general a los atrincheramientos, no puede sorprender que la línea de circunvalación ya no esté en boga. Sin embargo, el debilitamiento que supone para la defensa táctica no es ni mucho menos su único inconveniente; el matiz que introduce simplemente se ha enumerado con cada una de sus desventajas, puesto que están estrechamente relacionados. En general, una línea de circunvalación sólo cubre la zona del teatro de operaciones que encierra: el resto queda más o menos abandonado al enemigo salvo cuando se despliegan destacamentos especiales para cubrirlo. Pero eso significaría una división de fuerzas que es precisamente lo que se intenta evitar. El sitiador estará constantemente preocupado y alarmado por sus suministros. En cualquier caso, la utilización de una línea de circunvalación para proteger las líneas de suministros propias, cuando el ejército y los suministros que necesita son importantes y el enemigo está sobre el terreno en número considerable, sólo es posible en condiciones parecidas a las que se dan en los Países Bajos. Allí, todo un sistema de plazas fuertes, cercanas las unas a las otras y conectadas por una red de atrincheramientos, protege el resto del teatro de operaciones y acorta en gran medida las líneas de suministro. Antes de la época de Luis XIV los movimientos de un ejército todavía no se relacionaban con

el concepto de teatro de operaciones. Los ejércitos, particularmente en la Guerra de los Treinta Años, se movían de forma esporádica, enfrentándose a las plazas fuertes cuando ninguna fuerza hostil estaba cerca y asediándolas mientras duraban sus suministros o hasta que un ejército enemigo llegaba a socorrerlas. Era normal utilizar líneas de circunvalación.

En el futuro, probablemente no se utilizarán con frecuencia, salvo en situaciones como las descritas anteriormente: cuando el ejército enemigo sobre el terreno es más bien débil y el concepto de teatro de operaciones tiene menos importancia que el de asedio. En ese caso, resultará natural concentrar las fuerzas en el propio asedio, con lo que, sin duda, éste ganará en energía.

En tiempos de Luis XIV las líneas de circunvalación en Cambrai y Valenciennes resultaron de poca utilidad: Turenna tomó por la fuerza la primera, que estaba defendida por Condé, mientras que Condé hizo lo propio con la segunda, que estaba defendida por Turenna. Sin embargo, no deberíamos olvidar las innumerables ocasiones en las que han sido tratadas con respeto, incluso en casos en los que la demanda de socorro era muy urgente y el comandante que dirigía la defensa era un hombre muy emprendedor. En Lille en 1708 Villars no se atrevió a atacar a los aliados en sus líneas. En Olmütz en 1758 y en Dresde en 1760, Federico el Grande, aunque no utilizó una verdadera línea de circunvalación, empleó un sistema que era básicamente idéntico: utilizó el mismo ejército para llevar a cabo el asedio y para cubrirlo. Se vio obligado a hacerlo por la distancia a la que el ejército austríaco se encontraba de Olmütz, pero tuvo motivos para lamentarlo cuando perdió sus convoyes en Domstadt. Las razones por las que adoptó el sistema en Dresde en 1760 hay que buscarlas en la pobre opinión que tenía del ejército imperial y en su afán por tomar la ciudad.

Una última desventaja de este tipo de líneas es que resulta más difícil salvar el tren de asedio si las cosas van mal. Cuando la resolución de la situación se produce a una distancia de un día o dos de marcha, puede levantarse el sitio antes de que el enemigo llegue y el transporte principal puede incluso obtener un día de marcha, de ventaja sobre el enemigo.

Por lo que respecta al despliegue de un ejército de observación, el principal problema estriba en saber a qué distancia del asedio debería situarse. Normalmente, la cuestión se resuelve en

función del terreno o de la posición de otros ejércitos o unidades con los que el ejército sitiador desea mantenerse en contacto. En general, resulta bastante obvio que, cuando la distancia es mayor, el asedio está cubierto de forma más segura; por otra parte, una distancia más pequeña, de no más de unos pocos kilómetros, permitirá que ambos ejércitos puedan acudir uno en la ayuda del otro.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL ATAQUE A CONVOYES

El ataque y la defensa de un convoy es una cuestión táctica y no tendríamos ahora que decir nada sobre la cuestión si, en cierto sentido, no fuera necesario demostrar que son posibles; demostración que sólo se puede realizar haciendo referencia a las necesidades y circunstancias estratégicas. Podíamos haber nos referido antes a este tema, en relación con la defensa; pero es más importante desde un punto de vista ofensivo y lo poco que se puede decir sobre la cuestión puede resumirse aquí tanto para el ataque como para la defensa.

Un convoy medio de trescientos o cuatrocientos carros, independientemente de cuál sea su contenido, tendrá una longitud de tres kilómetros; un convoy importante será considerablemente más largo. ¿Cómo puede esperarse cubrir esta longitud con el puñado de hombres que normalmente se asignan como escolta? A esta dificultad se añade la pesadez del conjunto, que avanza muy lentamente y que siempre corre el peligro de acabar en desorden. Además, todas sus partes requieren el mismo grado de cobertura; de otro modo, si cualquier parte fuese atacada, todo

el tren se pararía y acabaría en el más completo desorden. Cabría preguntarse cómo es posible la protección y defensa de un convoy así. En otras palabras, ¿por qué no se toma todo convoy una vez que es atacado y por qué no se ataca todo convoy que merezca llevar una escolta, siempre, claro está que esté al alcance del enemigo? Se han propuesto varias soluciones tácticas como la nada práctica idea de Tempelhoff de acortar los convoyes, parando constantemente para reagruparse y ponerse en marcha de nuevo; y la idea mucho más razonable de Scharnhorst de dividirlos en varias columnas. Pero se trata tan sólo de modestos paliativos para un problema profundamente arraigado.

La explicación radica en el hecho de que la mayor parte de los convoyes están mejor protegidos por su situación estratégica general que cualquier otra parte del ejército que el enemigo pueda atacar y, por tanto, sus limitados medios de defensa son decididamente más eficaces. La razón estriba en que los convoyes, por regla general, se mueven en la retaguardia de su propio ejército o al menos a una distancia considerable del enemigo. En consecuencia, para atacarlos sólo se pueden destacar fuerzas de pequeña entidad que deben protegerse con importantes reservas para cubrir su propio flanco o retaguardia frente a cualquier otra fuerza enemiga que pueda aparecer de repente. A esto hay que añadir el difícil manejo de los carros, que hace que resulte difícil poder llevárselos: normalmente, el atacante debe darse por satisfecho con cortar las correas, llevarse los caballos, hacer explotar los carros de municiones, etc. De este modo se detendrá al convoy y se le hará caer en el desorden pero no se perderá definitivamente. Con esto resulta aún más evidente que la seguridad del convoy radica más en la situación general que en la capacidad de su escolta para defenderlo. Pero si la escolta realiza su tarea con determinación, no intentando proteger las carretas sino desbaratando el sistema de ataque del enemigo, resulta que, al final, un ataque sobre convoyes lejos de ser fácil y fiable es más bien difícil e incierto.

Todavía resta un punto por tratar: el peligro de que el ejército enemigo o una parte de él pueda vengarse del atacante infligiéndole posteriormente una derrota como castigo por la operación. Aunque nunca se admita, esta posibilidad es la que muchas veces impide que se realicen incursiones. Atribuimos a la escolta la seguridad del convoy y nos sorprende que un mecanismo tan exiguo merezca tanto respeto. Para comprender

esta realidad deberíamos recordar la famosa retirada que Federico el Grande realizó a través de Bohemia en 1758, después del sitio de Olmütz: la mitad de su ejército se dividió en secciones para proteger un convoy de cuatro mil carros. ¿Qué impidió que Daun atacase esta monstruosidad? El temor de que Federico cayera sobre él con el resto de su ejército y le arrastrase a una batalla que deseaba evitar. ¿Y qué impidió que Laudon, que estuvo en el flanco del convoy todo el tiempo, lo atacase con mayor prontitud y determinación de lo que lo hizo en Zischowitz? El temor a recibir una reprimenda. Estaba a ochenta kilómetros del grueso de las fuerzas y separado de ellas por el ejército prusiano. Pensó, por tanto, que estaba en peligro de una grave derrota si el rey, que no estaba comprometido con Daun, se volvía contra él con el grueso de sus fuerzas.

Los convoyes sólo estarán en verdadero peligro si un ejército se ve obligado por su situación estratégica a dar el paso poco natural de hacer llegar sus suministros desde el flanco e incluso desde el frente. En ese caso, los transportes se convierten en un blanco adecuado para el ataque, suponiendo que el enemigo pueda disponer de las fuerzas necesarias. Cabe señalar el rotundo éxito de esta clase de operación en la campaña de 1758: la captura del convoy de Domstadt. La carretera a Neisse discurría a la izquierda de las posiciones prusianas; las fuerzas de Federico estaban neutralizadas por el asedio y por haber desplegado un cuerpo de ejército frente a Daun; las tropas que realizaron la incursión no tuvieron que preocuparse por su propia seguridad y pudieron atacar el convoy a placer.

Cuando el príncipe Eugenio estaba asediando Landrecies en 1712, obtenía sus suministros de Bouchain, vía Denain; es decir, desde el frente de su posición estratégica. Todo el mundo conoce las medidas que adoptó para proporcionar cobertura en estas difíciles condiciones y las dificultades en las que se vio envuelto; el resultado fue una transformación completa de la situación.

Por tanto, podemos concluir que, aunque desde un punto de vista táctico pueda parecer fácil, desde un punto de vista estratégico el ataque a un convoy no es muy ventajoso. Sólo promete resultados que compensen en el caso poco frecuente de que las líneas de comunicación estén seriamente expuestas.

CAPÍTULO VEINTE

LAS MANIOBRAS DE DIVERSIÓN

En su uso ordinario, el término «diversión» significa ataque en territorio enemigo que hace que las fuerzas del enemigo se desvíen de su objetivo principal. Sólo cuando ésta, y no la captura del punto atacado, constituye la intención principal, es la diversión una operación diferenciada. De otra forma, no deja de ser un ataque ordinario.

Por supuesto, en una diversión así debe haber un objetivo que atacar. Sólo el valor de este objetivo puede hacer que el enemigo envíe tropas para protegerlo. Además, si la operación fracasa como diversión, el objetivo servirá como compensación por el esfuerzo realizado para capturarlo.

Estos objetivos pueden ser plazas fuertes, depósitos importantes, ciudades grandes y ricas, especialmente las capitales, contribuciones de todo tipo y por último, la cooperación con súbditos desafectos del enemigo.

Evidentemente, las diversiones pueden ser útiles, pero esto no es, ni mucho menos, siempre así. De hecho, algunas veces pueden resultar perjudiciales. El requisito principal es que el

enemigo retire más hombres de la escena principal de operaciones de los que se utilicen para la diversión. Si el número de tropas es el mismo, la eficacia de la diversión como tal deja de existir y la operación se convierte en un simple ataque secundario. Incluso cuando un ataque secundario se realiza porque se puede alcanzar un objetivo importante mediante un gasto muy pequeño de fuerzas (por ejemplo, la fácil captura de una plaza fuerte importante), no debería considerarse una diversión. Hay otra clase de acción a la que normalmente se la llama diversión: cuando un Estado que se está defendiendo de otro es atacado por un tercero; pero la única diferencia entre ese ataque y uno ordinario es su dirección. No hay ninguna razón para darle un nombre especial: en la discusión teórica, los términos particulares deberían reservarse para cualidades particulares.

Si pequeñas unidades van a hacer que se desvíen otras mayores, evidentemente debe haber circunstancias especiales detrás de este fenómeno. Para que una diversión sea eficaz no es suficiente enviar tropas de manera arbitraria a un lugar previamente desocupado.

Supongamos que el atacante decide realizar una incursión en una región enemiga situada fuera del teatro de operaciones con una pequeña fuerza, digamos unos mil hombres (para imponer contribuciones, etc.). Sin duda, el enemigo no puede esperar pararla enviando a otros mil hombres. Sin duda hará falta algo más para mantener el área libre de invasores. Pero cabría preguntarse si el invasor no podría, en vez de proteger su propio territorio, restablecer el equilibrio enviando una fuerza de las mismas dimensiones para hacer una incursión en un área equivalente del territorio del enemigo. De hecho, si el atacante desea lograr una ventaja debe empezar por asegurarse de que en el área del defensor hay más que llevarse o que amenazar que en el área propia. Cuando eso es así, incluso una diversión relativamente débil no puede sino mantener ocupada a una fuerza del enemigo mucho más grande. Por otra parte, la ventaja obtenida de este modo disminuirá a medida que aumenten las cifras: 50.000 hombres pueden defender un área más bien grande no sólo frente a un número igual sino incluso frente a uno ligeramente superior. Por tanto, el valor de una diversión a gran escala es muy dudoso; y cuanto más grande sea, más deberá verse favorecido por el resto de las circunstancias para tener éxito.

Los siguientes factores pueden ser favorables:

- a. Las fuerzas de las que el atacante puede disponer para la diversión sin desvirtuar su ofensiva principal.
- b. Los objetivos vulnerables de gran importancia para el enemigo.
- c. Los súbditos desafectos del enemigo.
- d. Un área lo suficientemente rica como para proporcionar abundante material de guerra.

Si las diversiones se intentan sólo si auguran éxitos después de haber pasado todas estas pruebas, nos encontraremos con que no surgen muy a menudo oportunidades favorables.

Todavía falta por considerar un punto importante. Las diversiones siempre llevan la guerra a un área que, de otra forma, no se habría visto afectada. En consecuencia, se hace que, en cierto sentido, cobren vida fuerzas enemigas que de otra forma permanecerían inactivas. Este fenómeno será más acusado si los planes de guerra del enemigo incluyen una milicia local y si dispone de armas para distribuir las a la población.

Resulta bastante natural, y la experiencia lo ha ilustrado con frecuencia, que cuando un área se ve amenazada repentinamente y no se han hecho preparativos para defenderla, los oficiales capaces que pueda haber en el lugar movilizarán todos los medios extraordinarios disponibles para enfrentarse al peligro. Se crean nuevos medios de resistencia, medios que rayan en la guerrilla y que pueden producirse con facilidad.

Este punto debería ser tenido muy en cuenta a la hora de considerar una diversión; de otra forma, podríamos estar cavando nuestra propia tumba.

Tomemos por ejemplo los desembarcos en el norte de Holanda en 1799 y en Walcheren en 1809. Como diversiones sólo pueden justificarse por el hecho de que las tropas británicas no podían utilizarse de otra forma; sin embargo, es innegable que consiguieron que las defensas francesas fueran más fuertes de lo que eran antes. El mismo efecto que habría tenido un desembarco en la propia Francia. Sin duda, había mucho que ganar amenazando la costa de Francia, pues la sola amenaza neutralizaría una fuerza importante que tendría que destacarse para la defensa; pero un desembarco en gran número sólo puede justificarse si es posible contar con el apoyo de la zona contra su Gobierno.

Cuanto más lejana sea la probabilidad de que se produzca una solución definitiva favorable en una guerra, más legítimo será realizar diversiones, pero, por supuesto, más pequeñas serán las ventajas que se pueden esperar obtener. Esas diversiones son simplemente un medio de agitar la situación.

Ejecución

1. Una diversión puede incluir un ataque real. En ese caso, su ejecución no requiere características especiales aparte la velocidad y la osadía.

2. Sin embargo, puede estar diseñada para parecer más importante de lo que realmente es, con lo que constituiría al mismo tiempo un ataque simulado. Sólo una mente aguda, con un exacto conocimiento de las circunstancias y las fuerzas involucradas, puede determinar los medios exactos que deberían utilizarse para ello. Supondrá inevitablemente una dispersión considerable de fuerzas.

3. Si las fuerzas que participan no son insignificantes y la retirada está limitada a ciertos puntos, resulta esencial mantener una reserva sobre la que poder replegarse.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL PUNTO CULMINANTE DE LA VICTORIA

No en todas las guerras resulta posible que el vencedor derrote a su enemigo totalmente. Con frecuencia cada victoria tiene un punto culminante. La experiencia lo ha demostrado ampliamente. Como el asunto es particularmente importante en la teoría militar y constituye la clave de la mayoría de los planes de campaña, y debido a que su superficie aparece deformada por contradicciones aparentes como por el efecto deslumbrante de colores brillantes, lo examinaremos más de cerca e intentaremos descubrir su lógica interna.

Normalmente la victoria es el resultado de la superioridad de un bando; de una mayor suma total de fuerza física y psicológica. Esta superioridad se ve aumentada por la victoria. De otra forma no sería tan codiciada ni se pagaría un precio tan alto por ella. Esa es una consecuencia automática de la victoria *en sí misma*. Sus efectos ejercen una influencia similar, pero sólo hasta cierto punto. Ese punto puede alcanzarse rápidamente; en ocasiones tan rápidamente que las consecuencias totales de una batalla victoriosa pueden limitarse únicamente a un incremento

de la superioridad psicológica. A continuación nos proponemos examinar cómo se produce esto.

A medida que una guerra se desarrolla, los ejércitos se enfrentan constantemente con algunos factores que aumentan su fuerza y con otros que la reducen. Se trata, por tanto, de una cuestión de superioridad. Toda reducción de fuerza en un bando puede considerarse como un incremento en el otro. De ello se desprende que este proceso de dos direcciones puede encontrarse tanto en el ataque como en la defensa.

Lo que tenemos que hacer es examinar la causa principal de este cambio en uno de los dos y así, al mismo tiempo, determinar el otro. A modo de anticipo, las causas principales de la fuerza adicional son:

1. Las pérdidas sufridas por las fuerzas defensoras son normalmente mayores que las del atacante.
2. El atacante no experimenta la pérdida de bienes fijos tales como almacenes, depósitos, puentes, etc. que sufre el defensor.
3. La pérdida de territorio y, por tanto, de recursos del defensor desde el momento en que entramos en su territorio.
4. El atacante se beneficia de la utilización de algunos de estos recursos; en otras palabras, puede vivir a costa del enemigo.
5. El enemigo pierde su cohesión interna y el funcionamiento uniforme de todos los componentes de su fuerza.
6. El defensor pierde algunos aliados; otros se pasan al lado del invasor.
7. Finalmente, el defensor se desanima y por tanto queda, hasta cierto punto, desarmado.

Las causas de la pérdida de fuerza de un ejército invasor son:

1. El invasor tiene que sitiar, atacar o vigilar las plazas fuertes del enemigo; mientras que el defensor, si previamente ha estado haciendo eso mismo, añadirá ahora las unidades así empleadas al grueso de sus fuerzas.
2. En el mismo momento en el que un invasor entra en territorio enemigo, la naturaleza del teatro de operaciones cambia, se hace hostil, debe ser guarnecido pues el invasor sólo puede controlarlo en la medida que lo haga; pero esto crea

dificultades para toda la maquinaria con lo que inevitablemente se debilitará su eficacia.

3. El invasor se aleja de sus fuentes de suministro, mientras que el defensor se acerca a las suyas. Esto produce retrasos en el envío de repuestos a sus fuerzas.

4. El peligro que amenaza al defensor hará que haya aliados que acudan en su ayuda.

5. Finalmente, el defensor, al estar en verdadero peligro, hace un mayor esfuerzo, mientras que los esfuerzos del vencedor disminuyen.

Todas estas ventajas y desventajas pueden coexistir; pueden, por así decirlo, encontrarse y seguir su camino en direcciones opuestas. Sólo las últimas se enfrentan como verdaderos contrarios: no pueden evitarse las unas a las otras y, por tanto, son mutuamente excluyentes. Sólo eso es suficiente para demostrar la infinita variedad de efectos que una victoria puede tener, en función de si dejan aturdido al perdedor o, por el contrario, lo animan a realizar mayores esfuerzos.

Intentaremos caracterizar cada uno de los puntos anteriores con unos breves comentarios.

1. Las pérdidas del enemigo pueden alcanzar su máximo inmediatamente después de la derrota, para disminuir a continuación diariamente hasta alcanzar el punto en el que su fuerza iguale a la nuestra. Por otra parte, sus pérdidas pueden aumentar progresivamente día a día. Todo depende de las diferencias en la situación global y de las circunstancias. En general, podemos afirmar que lo primero es más probable que ocurra con un buen ejército y lo segundo con uno malo. El factor más importante, aparte del espíritu de las tropas, es el espíritu del Gobierno. En la guerra es vital distinguir entre los dos, de lo contrario corremos el riesgo de detenernos en el mismo punto en el que deberíamos empezar y viceversa.

2. La pérdida de bienes fijos del enemigo puede aumentar o disminuir de la misma manera, en función de la ubicación y de la naturaleza de los depósitos de suministro. Hoy en día, por cierto, este punto ya no es tan importante como los demás.

3. La tercera ventaja no puede dejar de aumentar con el progreso del avance. De hecho, podemos decir que sólo empieza a contar una vez que el ataque ha penetrado profundamente en

territorio enemigo, cuando ya se ha tomado una tercera, o al menos una cuarta parte del mismo. Un factor adicional es el valor intrínseco de un área en relación con el esfuerzo bélico.

4. La cuarta ventaja también aumentará a medida que progresa el avance.

En relación con estos dos últimos puntos, cabe señalar que rara vez tienen un efecto inmediato sobre las tropas en el transcurso del combate. Su efecto es lento e indirecto. Por tanto, no deberían ser motivo para hacer un esfuerzo demasiado grande que nos pusiese en una situación demasiado peligrosa.

5. La quinta ventaja también empieza a contar solamente una vez que el ejército ha cubierto cierta distancia y cuando la configuración del territorio enemigo proporciona una oportunidad para aislar ciertas áreas del resto. Estas tenderán a marchitarse como ramas que crecen demasiado juntas.

6 y 7. Es probable, en todos los casos, que la sexta y séptima ventajas aumenten con el avance. Más adelante volveremos a ocuparnos de ellas.

Volvamos ahora a las causas para la pérdida de fuerza:

1. En la mayor parte de los casos, a medida que el avance progresa habrá más asedios, ataques y cercos de plazas fuertes. Por sí solo este hecho debilita tanto a *las fuerzas armadas disponibles* que puede anular fácilmente todas las ventajas. Es cierto que en épocas recientes se ha empezado a asaltar plazas fuertes con muy pocas tropas y a observarlas con destacamentos aún menos numerosos y, por supuesto, el enemigo tiene que encontrar guarniciones para ellas. No obstante, las plazas fuertes siguen siendo un elemento importante de la seguridad. Normalmente la mitad de las guarniciones pueden estar formadas por hombres que hasta entonces no han tomado parte en la guerra; sin embargo, aún hay que dejar una fuerza que las doble en número delante de las plazas fuertes situadas en nuestras líneas de comunicación; y aunque sólo haya que poner sitio o rendir por hambre un único lugar importante, se necesitará un pequeño ejército.

2. La segunda causa de debilitamiento, el establecimiento de un teatro de operaciones en territorio enemigo, aumenta sin duda con el avance. Puede que no reduzca inmediatamente la

fuerza del atacante, pero a largo plazo será incluso más eficaz que el primer factor.

Las únicas partes del territorio enemigo que podemos tratar como si estuvieran dentro de nuestro teatro de operaciones son las que hemos ocupado realmente, ya sea dejando pequeñas unidades en el terreno, mediante guarniciones estacionadas de manera intermitente en las principales ciudades o por medio de unidades establecidas en los puestos de enlace, etc. Por pequeñas que sean estas guarniciones no dejan de reducir la fuerza de combate del ejército, pero ésa es la parte menos importante.

Todo ejército tiene flancos estratégicos, es decir, áreas a lo largo de ambos lados de sus líneas de comunicación; pero, como quiera que el ejército enemigo también los tiene, rara vez se consideran una fuente de debilidad. Sin embargo, eso sólo es verdad en nuestro propio territorio. Una vez en suelo enemigo, la debilidad se hace palpable. Si una línea de comunicación tiene una cobertura débil o inexistente, la menor operación contra ella ofrecerá una perspectiva de éxito; y en territorio enemigo las partidas pueden aparecer por cualquier parte.

Cuanto más se avanza más largos se hacen los flancos y el riesgo que representan aumenta progresivamente. No sólo son difíciles de cubrir sino que la propia longitud de las líneas de comunicación desprotegidas suele poner a prueba el espíritu emprendedor del enemigo; y las consecuencias que su pérdida puede tener en el caso de una retirada son realmente graves.

Todo esto contribuye a colocar una nueva carga sobre el ejército que avanza con cada paso que da; por tanto, a menos que parta con una superioridad excepcional, verá disminuir su libertad de acción y su poder ofensivo se reducirá progresivamente. Al final se sentirá inseguro y preocupado por su situación.

3. El tercer factor, la distancia desde las fuentes que deben enviar repuestos continuos para este ejército cada vez más débil, aumentará proporcionalmente con el avance. En este sentido, un ejército invasor es como la luz de una lámpara; a medida que el aceite que la alimenta disminuye y se aleja del foco, la luz decrece hasta que al final se extingue del todo.

Es verdad que la riqueza de las zonas conquistadas puede mitigar este problema, pero nunca lo podrá eliminar totalmente.

Siempre hay cosas que debemos traer desde nuestro propio territorio, especialmente los hombres. *En general*, los suministros obtenidos de fuentes del enemigo no son ni tan inmediatos ni tan fiables como los obtenidos de nuestras propias fuentes. En una emergencia, la ayuda tarda más en llegar, mientras que los malentendidos y errores de todo tipo no pueden descubrirse y rectificarse con celeridad.

Si un monarca no dirige sus tropas personalmente, como se ha hecho habitual en guerras recientes, si ya no es fácilmente accesible, una nueva y muy grave desventaja surge de la pérdida de tiempo que supone la transmisión de mensajes. Ni siquiera los más amplios poderes conferidos a un comandante serán suficientes para hacer frente a cualquier contingencia que pueda surgir en su esfera de acción.

4. El cambio de alineamientos políticos. Si estos cambian como consecuencia de las victorias, irán probablemente en perjuicio del vencedor, probablemente de forma directamente proporcional a su avance y lo mismo que sucede en el caso de que redunden en su beneficio. Todo depende de las relaciones políticas, intereses, tradiciones y orientaciones políticas existentes y de las personalidades de los príncipes, ministros, favoritos, amantes, etc. El único comentario general que podemos hacer es que, tras la derrota de una gran potencia y de sus aliados de menor categoría, estos últimos abandonarán rápidamente a su líder. En este sentido, el vencedor aumentará su fuerza con cada golpe. Si, por el contrario, el Estado derrotado es más pequeño, los protectores aparecerán mucho antes si su misma existencia se ve amenazada. Otros que podrían haber ayudado a ponerla en peligro se desvincularán si creen que el éxito se está haciendo demasiado grande.

5. La mayor resistencia que se despierta en el enemigo. A veces, desconcertado y presa del pánico, el enemigo puede deponer las armas, en otras ocasiones le puede embargar un arrebatado de entusiasmo: se produce una fiebre general por coger las armas y la resistencia es mucho más fuerte después de la primera derrota que antes de que ésta se produzca. La información a partir de la cual se puede intentar predecir la reacción probable incluye el carácter de la población y del Gobierno, la naturaleza del país y sus relaciones políticas.

Los últimos dos puntos por sí solos pueden suponer una diferencia infinita respecto a los planes que uno puede y debe hacer en la guerra teniendo en cuenta todas las posibilidades. Mientras un hombre puede perder su mejor oportunidad por timidez y por seguir los procedimientos llamados ortodoxos, otro puede lanzarse de cabeza y acabar pareciendo tan aturdido y sorprendido como si le hubiesen acabado de sacar del agua colgado de un anzuelo.

Además, se debería ser consciente de la relajación de esfuerzos que no pocas veces se produce en el bando vencedor una vez que se ha superado el peligro y también cuando, por el contrario, se piden nuevos refuerzos para dar continuidad a la victoria. Si contemplamos estos principios discordantes y encontrados en conjunto, concluiremos, sin duda, que la utilización de la victoria, un avance continuado en una campaña ofensiva, consumirá normalmente la superioridad con la que se comenzó o que se obtuvo mediante la victoria.

En este punto debemos preguntarnos lo siguiente: si todo esto es verdad, ¿por qué el ganador persiste en proseguir su curso victorioso, en continuar su ofensiva? ¿Podemos realmente seguir llamándolo «utilización de la victoria»? ¿No haría mejor en detenerse antes de empezar a perder su superioridad?

La respuesta obvia es que una fuerza superior no es el fin sino el medio. El fin es poner al enemigo de rodillas o al menos privarlo de una parte de su territorio. En ese caso, la cuestión *no es mejorar la situación militar actual* sino mejorar nuestras perspectivas generales en la guerra y en las negociaciones de paz. Incluso si intentamos destruir al enemigo totalmente, debemos aceptar el hecho de que cada paso dado con éxito puede debilitar nuestra superioridad, aunque esto no quiere decir necesariamente que deba situarse por debajo de cero antes de la capitulación del enemigo. Ésta puede producirse en algún momento anterior y, si puede lograrse con el último gramo de superioridad, sería un error no utilizarlo.

Por tanto, la superioridad que se tiene o que se ha obtenido en la guerra es sólo el medio y no el fin; debe arriesgarse para lograr el fin. Pero hay que saber hasta qué punto puede ser llevada para que no exista una desproporción con el objetivo; de lo contrario, en lugar de obtener nuevas ventajas, lo que conseguiremos será deshonorarnos.

No es necesario citar ejemplos históricos para probar que así es como la pérdida de superioridad afecta a un ataque estraté-

gico. De hecho, los casos así son tan frecuentes que hemos sentido la necesidad de investigar sus causas subyacentes. Sólo con la ascensión de Bonaparte ha habido campañas entre Estados civilizados en las que la superioridad ha llevado de manera coherente al colapso del enemigo. En épocas anteriores cada campaña acababa con el intento del bando ganador de alcanzar un estado de equilibrio en el que pudiese mantenerse. En ese punto, el progreso de la victoria se detenía e incluso se podía pedir una retirada. Este punto culminante de la victoria volverá a producirse en cada guerra futura en la que la destrucción del enemigo no pueda ser el objetivo militar y probablemente éste es el caso en la mayoría de las guerras. Por tanto, el objetivo natural de todos los planes de campaña está en el punto decisivo en el que el ataque se convierte en defensa.

Si se fuera más allá de ese punto, no se trataría tan sólo de un esfuerzo *inútil* que no podría añadir nada al éxito conseguido. De hecho, sería *perjudicial* y provocaría una reacción; y la experiencia demuestra que esas reacciones normalmente tienen efectos totalmente desproporcionados. Ésta es una experiencia tan universal y parece tan natural y tan fácil de entender, que no es necesario investigar laboriosamente sus causas. Las causas principales son siempre la falta de organización en el territorio recientemente ocupado y el efecto psicológico del contraste radical entre las graves pérdidas sufridas y los éxitos esperados. Existe una interacción inusualmente activa entre los extremos de la moral. Por un lado el coraje, que con frecuencia raya en la baladronada, y por el otro la depresión. En consecuencia, las pérdidas serán mayores durante una retirada y se puede dar las gracias si sólo hay que sacrificar territorio conquistado y no nuestro propio suelo.

Llegados a este punto debemos eliminar una incongruencia aparente.

Se trata de la suposición de que mientras un ataque progresa, el bando que lo realiza debe contar con cierta superioridad; y de que, como la defensa (la forma más eficaz de guerra) debe comenzar cuando el avance concluya, no se debe estar en grave peligro de convertirse de manera imperceptible en el bando débil. Sin embargo, esto es lo que sucede; la historia nos obliga a admitir que el riesgo de un contratiempo no alcanza el punto más alto hasta el momento en el que el ataque ha perdido su ímpetu y se ha convertido en defensa. Debemos buscar la razón.

La superioridad que he atribuido a la forma defensiva de la guerra se basa en lo siguiente:

1. La utilización del terreno.
2. La posesión de un teatro de operaciones organizado.
3. El apoyo de la población.
4. La ventaja de ser el bando que espera.

Es obvio que no en todas partes todos estos factores tendrán la misma fuerza ni la misma eficacia. Por tanto, cada defensa no es exactamente igual que las demás, ni disfrutará siempre del mismo grado de superioridad sobre el ataque. En particular, éste será el caso de una defensa que sea consecuencia directa del agotamiento de una ofensiva; una defensa cuyo teatro de operaciones esté situado en el vértice de una cuña ofensiva que haya penetrado profundamente en territorio hostil. En una defensa así sólo el primero de los cuatro factores enumerados más arriba, la utilización del terreno, permanecerá invariable; el segundo normalmente desaparece, el tercero actúa en sentido contrario y la fuerza del cuarto se reduce considerablemente. Será útil dedicar una o dos palabras a explicar este último punto.

En un equilibrio imaginario, campañas enteras pueden acabar con frecuencia sin resultado porque el bando que debería llevar la iniciativa carece de determinación. En nuestra opinión, esa es precisamente la razón por la que esperar al enemigo constituye una ventaja. Pero si un acto ofensivo altera este equilibrio, daña los intereses del enemigo y le incita a entrar en acción, es mucho menos probable que permanezca inactivo e indeciso. Una defensa tiene un carácter mucho más provocativo cuando se realiza en territorio ocupado que cuando se lleva a cabo en territorio propio; está, por así decirlo, infectada por el virus del ataque, lo que debilita su carácter básico. En Silesia y Sajonia, Daun concedió a Federico un período de calma que nunca le habría permitido en Bohemia.

Por tanto, es evidente que una defensa llevada a cabo en el marco de una ofensiva está debilitada en todos sus elementos fundamentales. Por tanto, ya no poseerá la superioridad que básicamente le pertenece.

De la misma manera que ninguna campaña defensiva se compone simplemente de elementos defensivos, ninguna campaña ofensiva se compone solamente de elementos ofensivos.

Aparte de los breves intervalos que se producen en cada campaña durante los cuales ambos bandos están a la defensiva, cada ataque que no lleve a la paz debe acabar necesariamente en defensa.

Así es como la propia defensa debilita al ataque. Lejos de ser un sofisma inútil, consideramos que la mayor desventaja del ataque es que al final acaba convertido en una posición defensiva incómoda.

Esto explicará por qué se reduce gradualmente la diferencia existente originalmente entre la eficacia del ataque y la defensa como formas de guerra. A continuación nos proponemos mostrar cómo esta diferencia puede desvanecerse totalmente durante algún tiempo para restablecerse después por completo.

Podemos ser más sucintos si utilizamos una analogía tomada de la naturaleza. Toda fuerza física requiere tiempo para ser eficaz. Una fuerza que si se aplica pausada y gradualmente sería suficiente para parar un cuerpo en movimiento, será superada si no hay tiempo suficiente para que opere. Esta ley de la física proporciona una imagen adecuada de muchas características de nuestra propia psicología. Una vez que nuestro pensamiento va dirigido en cierta dirección, muchas razones que de otra forma serían válidas para desviarlo o detenerlo, no podrán hacerlo. Se necesita tiempo, reposo y un impacto sostenido sobre la conciencia. Lo mismo ocurre en la guerra. Una vez que la mente sigue cierto curso hacia su objetivo, o una vez que ha regresado a un refugio, puede fácilmente suceder que argumentos que habrían obligado a un hombre a pararse y habrían hecho que otro se sintiese justificado para actuar, no serán plenamente apreciados con facilidad. Mientras tanto, la acción continúa y, sin saberlo, con el propio movimiento se cruza el umbral del equilibrio, la línea culminante. Incluso es posible que al atacante, reforzado por las fuerzas psicológicas propias del ataque, le cueste menos, a pesar de su agotamiento, avanzar que detenerse, como le sucede a un caballo que arrastra una carga colina arriba. Creemos que con esto se demuestra de manera coherente cómo un atacante puede superar el punto en el que, si se parase y adoptase la defensa, tendría todavía una posibilidad de éxito, es decir, de equilibrio. Por tanto, es importante calcular este punto correctamente a la hora de planificar la campaña. De lo contrario, un atacante puede asumir más de lo que puede asimilar y, por así decirlo, endeudarse; un defensor debe ser capaz

de reconocer este error en el caso de que el enemigo lo corneta y de explotarlo hasta sus últimas consecuencias.

Al revisar la serie interminable de factores que un general debe sopesar antes de tomar su decisión, debemos recordar que sólo puede calibrar la dirección y el valor de los más importantes considerando otras muchas posibilidades, algunas inmediatas, otras remotas. Debe, por así decirlo, *adivinar*: adivinar si la primera impresión producida por la batalla fortalecerá la determinación del enemigo y endurecerá su resistencia o si, como un frasco de cristal de Bolonia, se hará añicos tan pronto como se arañe su superficie; adivinar el grado de debilitamiento y parálisis que el agotamiento de ciertas fuentes particulares de suministro y la interrupción de ciertas líneas de comunicación provocarán en el enemigo; adivinar si el dolor ardiente que produce la herida sufrida hará que el enemigo caiga agotado o si se enrabietará como un animal herido; adivinar si las otras potencias tendrán miedo o se indignarán y si se disolverán o formarán alianzas políticas y, si es así, cuáles serán estas alianzas. Al darnos cuenta que debe acertar con todo esto mucho más mediante su juicio prudente como un tirador acierta con su blanco, debemos admitir que ese logro de la mente humana no es un éxito pequeño. Miles de giros equivocados en todas direcciones nublan su percepción; y si la diversidad, confusión y complejidad de los temas no son suficientes para superarlo, pueden hacerlo los peligros y las responsabilidades.

Ésta es la razón por la que la gran mayoría de los generales preferirán detenerse antes de llegar a su objetivo que arriesgarse a aproximarse demasiado y por la que los que tienen un gran valor y espíritu emprendedor con frecuencia se pasarán de largo y, por tanto, no lograrán su propósito. Sólo el hombre que pueda alcanzar grandes resultados con medios limitados habrá dado en el blanco.

LIBRO VIII

PLANES DE GUERRA

CAPÍTULO UNO

INTRODUCCIÓN

En el capítulo dedicado a la naturaleza y propósito de la guerra esbozamos de forma aproximada el concepto general de guerra y aludimos a las conexiones entre la guerra y otros fenómenos físicos y sociales con el fin de dar a nuestro estudio un sólido punto de partida teórico. Señalamos cómo diversos obstáculos intelectuales rodean la cuestión y dejamos para más adelante su estudio detallado; y concluimos que el objetivo principal de toda acción militar es derrotar al enemigo, o lo que es lo mismo, destruir sus fuerzas armadas. Por tanto, en el capítulo siguiente pudimos demostrar que la batalla es realmente el único medio que la guerra puede emplear. Con ello esperábamos haber establecido una sólida hipótesis de trabajo.

A continuación examinamos, uno por uno, los modelos y situaciones más destacados (aparte de la propia batalla) que se producen en la guerra, intentando calibrar el valor de cada uno de ellos con la mayor precisión, tanto a partir de sus características intrínsecas como a la luz de la experiencia militar. Pretendimos también desmontar las nociones vagas y ambiguas que nor-

malmente los acompañan e intentamos que quedase claro que lo que realmente importa siempre es la destrucción del enemigo.

Volvemos ahora al tema de la guerra como un todo, a la cuestión del planeamiento de una guerra y de una campaña, con lo que retomamos las ideas avanzadas en el libro I.

Los capítulos siguientes versarán sobre el problema de la guerra como un todo. Cubren su aspecto dominante y más importante: la estrategia en sentido puro. Entramos en esta área crucial, el punto central en el que convergen todos los hilos, no sin cierta desconfianza. De hecho, esta desconfianza está ampliamente justificada.

Por una parte, las operaciones militares parecen extremadamente simples. Los grandes generales hablan de ellas con un lenguaje sencillo y directo; y al oírles hablar de cómo controlan y manejan ese enorme y complejo aparato se podría pensar que lo único importante era el orador y que esa enorme monstruosidad llamada guerra se reducía, de hecho, a una competición entre individuos, a una especie de duelo. Unos cuantos pensamientos sencillos parecen estar detrás de sus decisiones (o bien eso, o bien la explicación radica en sus diversos Estados emocionales); y nos queda la impresión de que los grandes comandantes manejan las cuestiones con facilidad, confianza y hasta se podría pensar que con improvisación. Al mismo tiempo, podemos comprobar que hay y que deben ser sopesados un gran número de factores; así como la enorme, casi infinita, distancia que puede haber entre una causa y su efecto y las innumerables maneras en las que estos elementos pueden combinarse. La función de la teoría consiste en ordenar todo esto de manera sistemática, con claridad y amplitud y buscar el origen de cada acción en una causa adecuada y convincente. Cuando contemplamos todo esto nos invade el temor de vernos arrastrados a un estado de aburrida pedantería y de dar vueltas en el submundo de conceptos demasiado elaborados en el que nunca se ha visto a ningún gran comandante con su fácil *coup d'oeil*. Si ése fuese el mejor resultado que los estudios teóricos pueden dar, habría sido mejor no haberlos iniciado. Los hombres de verdadero talento los despreciarían y caerían rápidamente en el olvido. Una vez dicho y hecho todo esto, es realmente el *coup d'oeil* del comandante, su capacidad de ver las cosas de manera sencilla, de identificar todo el asunto de la guerra por sí mismo lo que constituye la esencia de un buen general. Sólo si la mente trabaja de

esta manera global puede lograr la libertad necesaria para dominar los acontecimientos y que éstos no la dominen.

Por tanto, reanudamos nuestra tarea con cierta desconfianza; y fracasaremos a menos que sigamos la senda que nos hemos trazado al principio. La teoría deberá iluminar de manera uniforme todos los fenómenos, de modo que podamos reconocerlos con más facilidad y eliminar las malas hierbas que siempre nacen de la ignorancia; deberá mostrar cómo una cosa se relaciona con otra y mantener separado lo importante de lo que no lo es. Si los conceptos se combinan de manera natural para formar ese núcleo de verdad que llamamos principio, si componen espontáneamente un patrón que se convierte en norma, la tarea del teórico consistirá en hacerlo evidente.

Las ideas adquiridas y acumuladas por la mente en su vagar entre conceptos básicos son beneficios que la teoría puede proporcionar. La teoría no puede equipar a la mente con fórmulas para resolver problemas ni puede indicar el estrecho sendero que se supone nos lleva a la solución única, plantando un seto de principios a cada uno de sus lados. Pero puede hacer que la mente penetre en la gran masa de fenómenos y de sus relaciones para, a continuación, dejarla libre para que ascienda a las esferas más elevadas de la acción. Allí la mente puede utilizar plenamente sus talentos innatos, combinándolos para comprender lo que es *correcto* y *verdadero* como si se tratase de una sola idea formada por la presión que ejercen conjuntamente, como si fuese una respuesta al desafío inmediato más que un producto del pensamiento.

CAPÍTULO DOS

GUERRA ABSOLUTA Y GUERRA REAL

Los planes de guerra cubren cada uno de los aspectos de una guerra y los entrelazan para formar una única operación que debe tener un único objetivo final en el que todos los fines particulares se concilien. Nadie empieza una guerra (para ser más exactos, nadie en su sano juicio debería hacerlo) sin tener antes claro lo que pretende lograr con esa guerra y cómo la pretende conducir. La primera cuestión constituye su objetivo político; la segunda, su objetivo operativo. Éste es el principio rector que fijará el rumbo, determinará la magnitud de los medios y del esfuerzo requeridos y dejará sentir su influencia hasta en el menor detalle operativo.

En el capítulo inicial dijimos que el objetivo natural de una operación militar es la derrota del enemigo y que, en el análisis final, si nos atenemos estrictamente a la lógica del concepto, no puede admitirse ningún otro. Como ambos beligerantes deben compartir esa visión, la consecuencia sería que las operaciones militares no podrían suspenderse, que las hostilidades no podrían acabar hasta que uno u otro bando fuese finalmente derrotado.

En el capítulo sobre la suspensión de la actividad militar¹ explicamos cómo los factores inherentes a la maquinaria de la guerra pueden modificar el principio de enemistad tal y como lo encarna su agente, el hombre, y todo lo que conforma la guerra. Sin embargo, ese proceso de modificación no es ni mucho menos adecuado para salvar la distancia entre el concepto puro de guerra y la forma concreta que, como regla general, la guerra adopta. La mayor parte de las guerras son como un estallido de furia en el que cada una de las partes toma las armas para defenderse, para intimidar a su oponente y, en ocasiones, para descargar sobre él un verdadero golpe. En general, no se trata de un caso en el que choquen dos elementos mutuamente destructivos sino uno en el que existe tensión entre dos elementos, de momento separados, que descargan energía en choques pequeños y discontinuos.

Pero ¿cuál es exactamente este medio no conductor, esta barrera que impide una descarga total? ¿Por qué el concepto teórico no se cumple en la práctica? La barrera en cuestión consiste en la variedad de factores, fuerzas y situaciones de los asuntos nacionales que se ven afectados por la guerra. Ninguna secuencia lógica podría avanzar a través de sus innumerables quiebros y vueltas como si se tratase de un simple hilo que une dos deducciones. La lógica se detiene en este laberinto; y esos hombres que normalmente actúan, tanto en los asuntos importantes como en los secundarios, a partir de impresiones o sentimientos particularmente dominantes y no de conformidad con una lógica estricta, rara vez son conscientes de la confusa, incoherente y ambigua situación en la que se encuentran.

El hombre que ejerce el mando supremo puede, de hecho, haber examinado todas estas cuestiones sin perder de vista su objetivo ni un solo instante; pero no todos los interesados habrán alcanzado la misma pericia. Debido a ello, surge una oposición y, en consecuencia, hace falta algo para vencer la enorme inercia de la masa. Pero normalmente no se dispone de la energía suficiente para ello.

Esta inconsistencia puede aparecer en uno u otro beligerante o en ambos y es la razón por la que la guerra se convierte en algo bastante diferente de lo que debería de ser según la teoría. Se convierte en algo incoherente e incompleto.

¹ Libro III, capítulo dieciséis. [N. de los eds.].

Esta es su apariencia habitual y cabría preguntarse si hay algo de verdad en nuestro concepto del carácter absoluto de la guerra si no fuera por el hecho de que hemos visto con nuestros propios ojos cómo la guerra alcanzaba este estado de perfección absoluta. Tras el breve preludio de la Revolución Francesa, Bonaparte la llevó rápida e implacablemente hasta ese punto. La guerra en sus manos se hacía sin tregua hasta que el enemigo sucumbía y los contragolpes se lanzaban casi con la misma energía. Seguramente es natural e inevitable que este fenómeno nos haga volver al concepto puro de guerra con todas sus rigurosas implicaciones.

¿Tenemos, por tanto, que tomarlo como modelo y juzgar todas las guerras con relación a él por muy distintas que sean? ¿Deberíamos deducir toda nuestra teoría a partir de él? La cuestión es si ésa debe ser la única forma de guerra o si puede haber otras fórmulas también válidas. Para poder decir algo inteligente sobre los planes de guerra antes tenemos que preparar nuestras mentes.

Si la primera visión es correcta nuestra teoría se aproximará en todas partes al requisito lógico y tenderá a ser clara e inequívoca. Pero, en ese caso, ¿qué diremos sobre las guerras que se han librado desde los días de Alejandro, salvo ciertas campañas romanas, hasta Bonaparte? Tendríamos que condenarlas completamente, pero nos horrorizaríamos ante nuestra presunción si así lo hiciéramos. Aún peor sería que nos viéramos obligados a decir que, a pesar de nuestra teoría, puede haber otras guerras de esta clase en los próximos diez años y que nuestra teoría, aun siendo totalmente lógica, no sería aplicable a la realidad. Por tanto, debemos estar preparados para desarrollar nuestro concepto de guerra tal y como ésta debería hacerse, no sobre la base de su estricta definición sino dejando espacio para toda clase de cuestiones ajenas a ella. Debemos dar cabida a la inercia natural, a toda fricción entre sus partes, a la incoherencia, imprecisión y timidez del hombre; y, por último, debemos enfrentarnos al hecho de que la guerra y sus formas son el resultado de ideas, emociones y situaciones dominantes, en cada momento y, para ser sinceros, debemos admitir que la guerra siguió siendo así incluso cuando adoptó bajo Bonaparte su estado absoluto.

Si esto es así, si debemos admitir que el origen y la forma adoptada por la guerra no son el resultado de una resolución final del enorme número de circunstancias que entran en juego,

sino sólo de aquellas características que resultan ser dominantes, se desprende de ello que la guerra depende de la interacción de posibilidades y probabilidades, de la buena y mala suerte, es decir, de situaciones en las que el razonamiento puramente lógico a menudo no desempeña ningún papel y siempre puede ser una herramienta intelectual que resulte de lo más inadecuada e inapropiada. De ello se desprende también que la guerra puede ser una cuestión de grado.

La teoría debe admitir todo esto; pero tiene el deber de dar prioridad a la forma absoluta de la guerra y hacer de esa forma un punto de referencia para el general, de modo que si desea aprender de la teoría se acostumbre a tener ese punto siempre a la vista para utilizarlo para medir todas sus esperanzas y temores y para aproximarse a *él cuando pueda o cuando deba*.

Un principio que está detrás de nuestros pensamientos y acciones, sin duda les dará cierto tono y carácter, aunque las causas inmediatas de nuestra acción puedan tener orígenes diferentes, de la misma manera que el tono que un pintor da a su lienzo está determinado por el color de la base.

Si hoy en día la teoría puede realmente hacer esto es debido a nuestras guerras recientes. Sin los ejemplos aleccionadores sobre el poder destructivo que la guerra desencadena, la teoría predicaría en el desierto, nadie habría creído posible lo que hoy todos hemos experimentado.

¿Se habría atrevido Prusia a invadir Francia en 1792² con 70.000 hombres si hubiese sospechado que las repercusiones en caso de fracaso habrían sido suficientemente importantes como para destruir el viejo equilibrio de poder europeo? ¿Se habría arriesgado en 1806 a ir a la guerra contra Francia con 100.000 hombres si se hubiese imaginado que el primer disparo haría estallar una mina que la haría salir despedida hacia el cielo?

² El texto alemán dice «1798», lo que evidentemente es una errata. [N. de los eds.].

CAPÍTULO TRES

A. LA INTERDEPENDENCIA DE LOS ELEMENTOS DE LA GUERRA

B. GRADUACIÓN DEL OBJETIVO MILITAR Y DEL ESFUERZO A REALIZAR

A. LA INTERDEPENDENCIA DE LOS ELEMENTOS DE LA GUERRA

Como la guerra puede concebirse de dos maneras distintas, en su forma absoluta o en una de las variantes que normalmente adopta, surgen dos conceptos de éxito.

En la forma absoluta de guerra, en la que todo es resultado de las causas necesarias y cada acción afecta rápidamente a otra, no interviene, por así decirlo, ningún vacío neutral. Como la guerra contiene una multitud de interacciones³, como toda la serie de combates están, hablando con propiedad, relacionados entre sí⁴, como en cada victoria hay un punto culminante

³ Véase capítulo uno, libro I. [N. de Clausewitz.]

⁴ Véase capítulo dos, libro I. [N. de Clausewitz.]

más allá del cual se encuentra el campo de las pérdidas y de las derrotas⁵, a la vista, en suma, de todas estas características inherentes a la guerra, afirmamos que sólo hay un resultado que importe: la victoria final. Hasta entonces nada está decidido. Nada se ha ganado y nada se ha perdido. En esta forma de guerra siempre debemos tener presente que es el final el que corona la tarea. Por tanto, en el marco del concepto de guerra absoluta, la guerra es indivisible y las partes que la componen (las victorias individuales) sólo tienen valor en relación con el conjunto. A Bonaparte, la conquista de Moscú y de la mitad de Rusia en 1812 no le servía de nada si no le proporcionaba la paz que tenía en mente. Pero estos éxitos sólo eran una parte de su plan de campaña: lo que faltaba era la destrucción del ejército ruso. Si ese logro se hubiese añadido al resto, la paz habría sido tan segura como pueden serlo ese tipo de cosas, pero era demasiado tarde para llevar a buen puerto la segunda parte de su plan; había pasado su oportunidad. De este modo, la fase victoriosa no sólo fue desperdiciada sino que llevó al desastre.

En contraste con esta visión extrema de la relación entre los éxitos en la guerra, existe otra visión no menos extrema; mantiene que la guerra consiste en una serie de éxitos aislados, cada uno sin relación con el siguiente, como un partido que constara de varios juegos. Los juegos anteriores no tienen ningún efecto sobre el siguiente, lo único que importa es la puntuación total y cada una de estas partes hace su contribución al total.

La primera de estas dos visiones de la guerra fundamenta su validez en la naturaleza del tema; la segunda, en su historia real. Se han dado innumerables casos en los que se ha podido obtener una pequeña ventaja sin que ésta fuera acompañada de una condición onerosa. Cuanto más moderado sea el elemento de violencia más comunes serán estos casos; pero de la misma manera que la guerra absoluta nunca se ha logrado, nunca encontraremos una guerra en la que el segundo concepto sea tan dominante que se pueda prescindir totalmente del primero. Si postulamos el primero de los dos conceptos, desde el principio la consecuencia necesaria es que hay que concebir cada guerra como un todo único y que, al hacer su primer movimiento, el general debe tener ya una idea clara del objetivo sobre el que todas las líneas van a converger.

⁵ Véase capítulo uno, libro I. [N. de Clausewitz.]

Si postulamos el segundo concepto, nos parecerá legítimo intentar conseguir pequeñas ventajas por lo que éstas suponen, sin preocuparnos del futuro.

Como quiera que estos dos conceptos producen resultados, la teoría no puede prescindir de ninguno de ellos. La teoría hace la siguiente distinción en la aplicación de los dos conceptos: toda acción debe estar basada en el primero ya que es el concepto fundamental; el segundo, solamente puede utilizarse como una modificación justificada por las circunstancias.

En 1742, 1744, 1757 y 1758, cuando Federico lanzó nuevas puntas de lanza desde Silesia y Sajonia hacia Austria, era muy consciente de que no podían llevar a otra adquisición permanente como la de Silesia y Sajonia. Su objetivo no era derrotar al imperio austríaco sino otro de carácter secundario, a saber, ganar tiempo y fuerza, y podía perseguir este objetivo secundario sin temor a poner en riesgo su propia existencia⁶.

Sin embargo, cuando Prusia en 1806 y Austria en 1805 y 1809 adoptaron un objetivo aún más modesto (empujar a los franceses al otro lado del Rin) habría sido una locura si no hubiesen empezado por examinar cuidadosamente toda la cadena de acontecimientos a los que ese éxito o fracaso podían dar lugar como consecuencia del paso inicial y que podían conducir a la paz. Ese examen era indispensable para decidir hasta qué punto podían explotar con seguridad su éxito, y cómo y dónde podían detenerse los éxitos del enemigo.

Un estudio cuidadoso de la historia nos indica dónde reside la diferencia entre estos casos. En el siglo XVIII, en la época de las campañas de Silesia, la guerra era todavía un asunto que sólo concernía a los Gobiernos y el papel del pueblo era simplemente

⁶ Si Federico hubiese ganado la batalla de Kolin y, en consecuencia, hubiese capturado en Praga al ejército austríaco y a sus dos comandantes principales, habría sido un golpe tan contundente que podría haber pensado en avanzar hacia Viena, haciendo tambalear los cimientos de la monarquía e imponiendo la paz. En aquellos días ése hubiera sido un éxito sin parangón, tan grande como los triunfos de las guerras napoleónicas, pero aún más maravilloso y brillante por la disparidad de tamaños entre el David prusiano y el Goliath austríaco. Casi con toda seguridad la victoria en Kolin habría hecho posible este éxito, pero ello no invalida la aseveración hecha más arriba, que sólo se refiere al propósito original de la ofensiva del rey. Por otra parte, rodear y capturar el ejército principal del enemigo era algo totalmente imprevisto y en lo que el rey nunca había pensado, al menos hasta que lo provocaron los austríacos con la inadecuada posición que adoptaron en Praga. [N. de Clausewitz.]

el de un instrumento. A comienzos del siglo XIX los propios pueblos estaban a uno u otro lado de la balanza. Los generales que se enfrentaban a Federico el Grande seguían instrucciones, lo que implicaba que la prudencia era una de sus características distintivas. Pero ahora, el contrincante de los austríacos y los prusianos era, digámoslo francamente, el mismo dios de la guerra.

Una transformación así de la guerra pudo haber llevado a nuevas maneras de concebirla. En 1805, 1806 y 1809 los hombres podían haberse dado cuenta que la ruina total era una posibilidad (de hecho, saltaba a la vista). Pudo haberlos animado a hacer esfuerzos diferentes dirigidos a objetivos más importantes que un par de plazas fuertes y una provincia de tamaño medio.

Sin embargo, no cambiaron suficientemente su actitud, aunque el grado de rearme de austríacos y prusianos demuestra que las nubes de tormenta que se concentraban en el mundo político habían sido observadas. Fracasaron porque la historia todavía no había revelado suficientemente las transformaciones de la guerra. De hecho, las propias campañas de 1805, 1806 y 1809 y las que siguieron son las que nos ayudan comprender el concepto de guerra absoluta moderna con todo su poder devastador.

Por tanto, la teoría exige que al inicio de una guerra se determine su carácter y alcance sobre la base de las probabilidades políticas. Cuanto estas probabilidades políticas más acerquen a la guerra hacia lo absoluto, más involucrados estarán los Estados beligerantes y más se verán atraídos por su vórtice, más claras aparecerán las conexiones entre sus distintas acciones y más imperativa será la necesidad de no dar el primer paso sin tener en cuenta el último.

B. GRADUACIÓN DEL OBJETIVO MILITAR Y DEL ESFUERZO A REALIZAR

El grado de fuerza que se debe de utilizar contra el enemigo depende de la graduación de las exigencias políticas que haya en cada bando. Estas demandas, en la medida en que sean conocidas, indicarán qué esfuerzos debe hacer cada uno; pero rara vez son totalmente conocidas, lo que puede ser una razón de que el grado de esfuerzo no sea el mismo en cada bando.

Tampoco son iguales la situación y las circunstancias de los beligerantes. Este puede ser un segundo factor.

Igual de distintos son el carácter, la voluntad y la capacidad de los Gobiernos.

Estas tres consideraciones introducen incertidumbres que hacen difícil calibrar la cantidad de resistencia a la que nos enfrentaremos y, en consecuencia, los medios necesarios y los objetivos a establecer.

Como en la guerra un esfuerzo demasiado pequeño puede tener como resultado no sólo un fracaso, sino un daño real, cada bando se ve empujado a superar al otro, lo que provoca una interacción.

Una interacción así podría conducir a un esfuerzo máximo si este máximo pudiese definirse, pero, en ese caso, se perdería toda proporción entre la acción y las exigencias políticas: los medios dejarían de ser proporcionales a los fines y, en la mayoría de los casos, la política de esfuerzo máximo fracasaría como consecuencia de los problemas domésticos a los que daría lugar.

De esta forma, el beligerante se ve abocado a optar por un término medio. Actuaría sobre la base del principio de no utilizar más fuerza ni establecer objetivos militares más importantes de lo que sería necesario para lograr su objetivo político. Para aplicar este principio en la práctica, deber renunciar a la necesidad de un éxito absoluto en cada caso y debe descartar las posibilidades remotas a la hora de hacer sus cálculos.

Por tanto, en este punto, la actividad intelectual abandona el terreno de las ciencias exactas, de la lógica y las matemáticas. Se convierte en un arte en el más amplio sentido del término; la facultad de utilizar nuestro juicio para discernir los elementos más importantes y decisivos entre una enorme variedad de hechos y situaciones. Sin duda, esta capacidad de juicio consiste, en mayor o menor medida, en la comparación intuitiva de todos los factores y circunstancias presentes; lo lejano y secundario es descartado de inmediato, mientras que los puntos más urgentes e importantes se definen con mayor rapidez de lo que sería posible mediante una deducción puramente lógica.

Para saber cuántos recursos nuestros debemos movilizar para la guerra, debemos examinar primero tanto nuestro objetivo político como el del enemigo, calibrar la fuerza y situación del Estado al que nos enfrentamos, valorar el carácter y la capacidad de su Gobierno y de su pueblo, y hacer lo mismo con respecto a los nuestros. Por último, debemos evaluar las simpatías políticas de otros Estados y el efecto que la guerra puede

tener sobre ellos. La valoración de estas cosas, con todas sus ramificaciones y diversidad, constituye evidentemente una tarea colosal. Su apreciación rápida y correcta exige obviamente la intuición de un genio; dominar toda esta masa compleja mediante un examen puramente metódico evidentemente resulta imposible. Bonaparte tenía razón cuando dijo que hasta el propio Newton se acobardaría ante los problemas algebraicos que podía plantear.

La dimensión y variedad de los factores a sopesar y la incertidumbre sobre qué graduación utilizar, harán que resulte mucho más difícil llegar a la conclusión correcta. Deberíamos tener en cuenta también que la enorme y singular importancia de la guerra, aunque no aumenta la complejidad y dificultad del problema, sí aumenta el valor de la solución correcta. La responsabilidad y el peligro no suelen despejar o estimular la mente de la persona media, más bien al contrario; pero cuando despejan la capacidad de juicio y la confianza de un individuo, podemos estar seguros de que estamos ante una capacidad excepcional.

Por tanto, debemos admitir desde el principio que una guerra inminente, sus posibles objetivos y los recursos que requerirá, son cuestiones que sólo pueden ser valoradas una vez que todas las circunstancias han sido examinadas en el contexto del conjunto que, por supuesto, incluye también los factores más efímeros. Debemos admitir igualmente que la conclusión alcanzada no puede ser más objetiva que cualquier otra a la que se llegue en la guerra, pero la habrán dado forma las cualidades mentales y el carácter de los hombres que han tomado la decisión, es decir, los gobernantes, estadistas y comandantes, independientemente de que estos papeles correspondan o no a un único individuo.

Un tratamiento más general y teórico del tema sería posible si consideramos la naturaleza de los Estados y las sociedades tal y como están determinadas por su época y por las circunstancias imperantes. Echemos un breve vistazo a la historia.

Los tártaros semibárbaros, las repúblicas de la Antigüedad, los señores feudales y las ciudades comerciales de la Edad Media, los reyes del siglo XVIII y los gobernantes y pueblos del siglo XIX condujeron la guerra cada uno de un modo peculiar, utilizando métodos diferentes y persiguiendo objetivos diferentes.

Las hordas tártaras buscaban nuevos territorios. Puestas en marcha como una nación, con mujeres y niños, superaban a

cualquier otro ejército. Su objetivo era someter a sus enemigos o expulsarlos. Si esos métodos se hubiesen podido combinar con un alto grado de civilización, lo habrían arrollado todo.

Las repúblicas de la Antigüedad, a excepción de Roma, eran pequeñas y sus ejércitos lo eran aún más, ya que la *plebe*, la masa del pueblo, estaba excluida. Siendo tantas y estando tan juntas, esas repúblicas descubrieron que el equilibrio, que alguna ley de la naturaleza establecía siempre entre unidades pequeñas e inconexas, constituía un obstáculo para empresas importantes. Por tanto, limitaban sus guerras a saquear el territorio y a ocupar unas cuantas ciudades con el fin de lograr cierto grado de influencia sobre ellas.

Roma, y sólo en sus últimos días, constituyó la única excepción a esta regla. Durante siglos había llevado a cabo, con pequeños grupos de hombres, la lucha habitual con sus vecinos para conseguir un botín o una alianza. Si creció no fue tanto mediante conquistas sino gracias a las alianzas que estableció, pues los pueblos vecinos se unieron gradualmente a ella y fueron asimilados en una Roma mayor. Sólo cuando este proceso hubo extendido el dominio de Roma a través de Italia meridional, comenzó a expandirse mediante verdadera conquista. Cartago cayó; España y la Galia fueron conquistadas; Grecia subyugada; y el dominio de Roma se extendió hasta Asia y Egipto. Durante ese período, la fuerza militar de Roma era inmensa, sin que sus esfuerzos fueran igual de grandes. Su riqueza mantenía sus ejércitos. Roma ya no era como las repúblicas griegas, ni siquiera era fiel a su propio pasado. Su caso es único.

También las guerras de Alejandro eran, en cierto modo, singulares. Con su ejército pequeño pero perfectamente entrenado y organizado, Alejandro destruyó los frágiles Estados de Asia. Implacable, sin pausa, avanzó a través de la vasta extensión de Asia hasta que llegó a la India. Eso fue algo que ninguna república había logrado; sólo un rey que, en cierto sentido, era su propio *condottieri* podía lograrlo con tanta rapidez.

Los monarcas medievales, grandes y pequeños, hacían la guerra mediante levas feudales que limitaban las operaciones. Si algo no podía finalizarse rápidamente, resultaba imposible. El mismo ejército feudal era una reunión de vasallos y de sus sirvientes, que se mantenían juntos, en parte por obligación legal y en parte por alianzas voluntarias, lo que en conjunto equivalía a una verdadera confederación. Las armas y las tácticas estaban

basadas en el combate individual y por tanto eran inadecuadas para la acción organizada en grandes números. De hecho, nunca la cohesión del Estado fue más débil o el individuo más independiente. Fue la combinación de estos factores la que dio a las guerras medievales su carácter especial. Se libraban con relativa rapidez; no se perdía demasiado tiempo en el terreno; pero su objetivo era normalmente castigar al enemigo y no someterlo. Una vez que se había espantado a su ganado y quemado sus castillos, se podía regresar a casa.

Las grandes ciudades comerciales y las pequeñas repúblicas crearon *condottieri*. Eran una fuerza militar cara y por tanto pequeña. Aún menor era su valor de combate: los derroches de energía o esfuerzos brillaban por su ausencia y normalmente la lucha era un simulacro. En suma, por tanto, el odio y la amistad ya no hacían que el Estado se ocupase de estos asuntos con sus propias manos; se convirtieron en un elemento de la negociación. La guerra perdió muchos de sus riesgos; su carácter cambió totalmente y ya no era aplicable ninguna deducción hecha a partir de su verdadera naturaleza.

Gradualmente el sistema feudal cristalizó en una soberanía territorial claramente delimitada. Los Estados se hicieron menos laxos; el trabajo personal fue sustituido por tributos en especie, en su mayor parte en forma de dinero, y las levas feudales fueron sustituidas por los mercenarios. La transición se llenó con los *condottieri*. Durante un tiempo fueron también el instrumento de los Estados más grandes pero pronto el soldado contratado por períodos breves evolucionó hasta convertirse en el *mercenario permanente* y la fuerza armada del Estado se convirtió en un ejército permanente sufragado por la Hacienda pública.

Naturalmente, la lenta evolución hacia este objetivo trajo consigo numerosas superposiciones de estos tres tipos de instituciones militares. Bajo Enrique IV de Francia, las levas feudales, los *condottieri* y un ejército permanente se utilizaron conjuntamente. Los *condottieri* sobrevivieron hasta la Guerra de los Treinta Años y, de hecho, su débil rastro puede seguirse hasta el siglo XVIII.

De la misma manera que el carácter de las instituciones militares de los Estados europeos fue distinto en cada período, lo mismo sucedió con otras circunstancias. Europa, básicamente, se había dividido en una masa de pequeños Estados. Algunos eran repúblicas turbulentas; otros, pequeñas monarquías preca-

rias con un poder central muy limitado. No puede decirse que un Estado de ese tipo estuviese verdaderamente unificado; era más bien una aglomeración de fuerzas débilmente asociadas. Por tanto, no debemos pensar en un Estado así en términos de una inteligencia personificada que actúa de acuerdo con normas simples y lógicas.

Este es el punto de vista desde el que hay que examinar las políticas y guerras de la Edad Media. Basta pensar en los emperadores alemanes y sus constantes incursiones en Italia a lo largo de un período de quinientos años. Estas expediciones nunca acabaron en una conquista completa del territorio; ni nunca lo pretendieron. Sería fácil considerarlas como un error crónico, una ilusión nacida del espíritu de la época; pero tendría más sentido atribuirles a la multitud de causas importantes, que es posible que podamos asimilar mediante un ejercicio intelectual, pero cuya dinámica nunca comprenderemos con tanta claridad como lo hicieron los hombres que realmente se vieron obligados a enfrentarse con ellas. Por tanto, como las grandes potencias que finalmente surgirían de este caos necesitaban tiempo para consolidarse y organizarse, la mayor parte de su fuerza y de sus energías se consagraron a ese proceso. Las guerras exteriores fueron pocas y las que se produjeron dejaban ver las señales de una cohesión política todavía inmadura.

Las guerras de los ingleses contra los franceses son las primeras en sobresalir. Pero Francia todavía no podía ser considerada como una verdadera monarquía, era más bien un conglomerado de ducados y condados; mientras que Inglaterra, aunque mostraba una mayor unidad, todavía luchaba con levas feudales en medio de numerosas disputas domésticas.

Bajo Luis XI, Francia dio el paso más importante hacia la unidad interna. Se convirtió en una potencia victoriosa en Italia bajo Carlos VIII y su Estado y su ejército alcanzaron su punto más álgido bajo Luis XIV.

La unidad de España empezó a cobrar fuerza con Fernando de Aragón. Bajo Carlos V, como resultado de matrimonios favorables, surgió de repente una poderosa monarquía española compuesta por España y Borgoña, Alemania e Italia. Este coloso suplía con su riqueza la cohesión y la estabilidad domésticas de las que carecía. Su ejército permanente se enfrentó en primer lugar al de Francia. Tras la abdicación de Carlos V, el coloso se dividió en dos partes, España y Austria. Esta última,

reforzada por Hungría y Bohemia, surgió como una potencia importante arrastrando detrás de sí a la confederación alemana como si de un bote se tratara.

El final del siglo XVII, la época de Luis XIV, puede considerarse como el punto en la historia en el que el ejército permanente, en la forma en que sería familiar en el siglo XVIII, alcanzó su madurez. Esta organización militar estaba basada en el dinero y en el reclutamiento. Los Estados de Europa habían alcanzado una perfecta unidad interna. Con el trabajo de sus súbditos convertido en pagos en dinero, ahora la fuerza de sus Gobiernos descansaba totalmente en sus haciendas. Gracias a los cambios culturales y a una Administración cada vez más compleja, su poder pasó a ser muy grande en comparación con épocas anteriores. Francia puso sobre el terreno a varios cientos de miles de tropas regulares y otros Estados pudieron hacer lo mismo de forma proporcional a su población.

Las relaciones internacionales habían cambiado también de otras maneras. Europa estaba dividida en una docena de monarquías y un puñado de repúblicas. Era concebible que dos Estados pudiesen librar una guerra importante sin tener que involucrar, como sucedía anteriormente, a otros veinte Estados. Los alineamientos políticos posibles eran todavía muchos y diversos; pero podían ser contemplados y su probabilidad en un momento dado podía ser evaluada.

Desde el punto de vista de la política interior, prácticamente cada Estado se había reducido a una monarquía absoluta; los privilegios y la influencia de los grandes propietarios habían desaparecido gradualmente, el ejército se había unificado completamente y representaba al Estado en las relaciones internacionales. Las instituciones políticas y militares se había convertido en un instrumento eficaz, con los que una voluntad independiente en el centro podría hacer ahora la guerra de una forma que encajaba en el concepto teórico.

Además, durante este período aparecieron tres nuevos Alejandro: Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande. Con fuerzas relativamente limitadas pero muy eficaces, cada uno de ellos intentó convertir su pequeño Estado en una gran monarquía y aplastar toda oposición. Si hubiesen tenido que tratar sólo con los imperios asiáticos podrían haberse parecido más a Alejandro, pero en términos de los riesgos que corrieron, sin duda presagiaron la llegada de Bonaparte.

Pero si la guerra ganó en poder y eficacia perdió en otros aspectos.

Los ejércitos se sufragaban con el erario público, que los gobernantes trataban casi como su monedero particular o al menos como si fuese propiedad del Gobierno y no del pueblo. Salvo por lo que respecta a unas cuantas cuestiones comerciales, las relaciones con otros Estados no concernían al pueblo, sino sólo al erario o al Gobierno. Ésa al menos era la actitud general. Un Gobierno se comportaba como si poseyese o dirigiese una gran propiedad que se esforzaba constantemente en ampliar, un esfuerzo en el que no se esperaba que los habitantes mostrasen un particular interés. Con los tártaros, el pueblo y el ejército habían sido sólo uno; en las repúblicas de la Antigüedad y durante la Edad Media, el pueblo (si limitamos el concepto a quienes tenían los derechos de ciudadanos) todavía jugaba un papel importante; pero, en las circunstancias del siglo XVIII, el papel del pueblo había desaparecido. La única influencia que el pueblo seguía ejerciendo en la guerra era de carácter indirecto a través de sus virtudes o defectos generales.

De este modo la guerra se convirtió en una preocupación exclusiva del Gobierno, hasta el punto de que los Gobiernos se alejaron de sus pueblos y se comportaron como si solo ellos fuesen el Estado. Sus medios para hacer la guerra pasaron a ser el dinero de sus arcas y los perezosos vagabundos que pudiesen caer en sus manos, ya fuera en el propio país o en el extranjero. En consecuencia, los medios disponibles estaban bastante bien definidos y cada cual podía calibrar el potencial del otro bando, tanto en términos numéricos como de tiempo. Por tanto, se privó a la guerra de su característica más peligrosa, su tendencia al extremo, y de toda la cadena de posibilidades desconocidas de las que podía ir seguida.

Los recursos monetarios del enemigo, su tesoro y su crédito, eran más o menos conocidos; al igual que el tamaño de sus fuerzas militares. No era posible una gran expansión al estallar la guerra. Al conocer los límites de la fuerza del enemigo, los hombres sabían que estaban razonablemente a salvo de la ruina total; y siendo conscientes de sus propias limitaciones, se veían obligados, a su vez, a limitar sus propios objetivos. A salvo de la amenaza de los extremos, ya no era necesario llegar a extremos. La necesidad ya no era un incentivo para hacerlo y el único impulso podía venir del valor y de la ambición. Éstos, por

otra parte, estaban severamente limitados por las circunstancias imperantes en el Estado. Incluso un rey-comandante tenía que utilizar su ejército con el menor riesgo posible. Si el ejército quedaba pulverizado no podía levantar otro y, detrás del ejército, no había nada. Se impuso así la mayor prudencia en todas las operaciones. Sólo si parecía posible obtener una ventaja decisiva podía utilizarse el preciado instrumento, y hacer que las cosas llegaran a ese punto era una hazaña propia del más capaz de los generales, pero mientras no se lograba, las operaciones vagaban en una especie de vacío; no había ninguna razón para actuar y toda fuerza capaz de motivar parecía inerte. El motivo original del agresor se desvanecía en la prudencia y la duda.

La conducción de la guerra se convirtió así en un verdadero juego en el que el tiempo y el azar repartían las cartas. En la práctica era una forma en cierto sentido más fuerte de diplomacia, un método más enérgico de negociación en el que las batallas y los asedios eran las principales notas que se intercambiaban. Incluso el gobernante más ambicioso no tenía otro objetivo que obtener una serie de ventajas que pudiese explotar en la conferencia de paz.

Esta forma limitada y constreñida de guerra se debía, como ya hemos dicho, a la estrecha base sobre la que descansaba. Pero la explicación al hecho de que comandantes y monarcas con talento como Gustavo Adolfo, Carlos XII o Federico el Grande, con ejércitos de excepcional calidad, sobresaliesen tan poco del nivel común de la época y de que incluso ellos tuviesen que contentarse con un éxito moderado, cabe buscarla en el equilibrio de poder en Europa. En épocas anteriores, en las que existían una multitud de pequeños Estados, factores tan inmediatos y concretos como su proximidad y contigüidad, sus vínculos familiares y la amistad personal impedían que ninguno de ellos pudiese expandirse con rapidez. Pero ahora que los Estados eran mayores y sus centros estaban más lejanos los unos de los otros, la gran variedad de intereses que habían configurado se convirtió en el factor que limitaba su crecimiento. Las relaciones políticas, con sus afinidades y antipatías, se habían convertido en un nexo tan sensible que en Europa no se podía disparar un cañón sin que cada Gobierno sintiera afectados sus intereses. Por tanto, un nuevo Alejandro necesitaba algo más que su afilada espada: necesitaba también una buena pluma. Aun así, sus conquistas rara vez fueron significativas.

Incluso Luis XIV, a pesar de estar decidido a destruir el equilibrio de poder en Europa y de estar poco preocupado por la hostilidad general con que se encontraba a finales del siglo XVII, continuó haciendo la guerra de modo tradicional. Aunque su instrumento militar era el del más grande y rico de todos los monarcas, su carácter no era diferente al de sus oponentes.

El saqueo y la devastación del territorio enemigo, que habían desempeñado un papel tan importante en la Antigüedad, en época de los tártaros y en tiempos medievales, habían dejado de estar en armonía con el espíritu de la época. Se creía, acertadamente, que era innecesariamente bárbaro, una invitación a represalias y una práctica dañina para los súbditos de su enemigo en vez de para su Gobierno. Un método que, por tanto, era ineficaz y que sólo había servido para impedir el avance general de la civilización. Por tanto, la guerra quedó cada vez más limitada a la propia fuerza militar, no sólo en los medios sino también en los fines. Los ejércitos, con sus plazas fuertes y posiciones preparadas, pasaron a formar un Estado dentro del Estado, en el que la violencia se desvaneció poco a poco.

Toda Europa se alegró de esta evolución. Fue vista como un resultado lógico de la ilustración. Esto fue una equivocación. La ilustración nunca puede llevar a la incongruencia: como habíamos dicho anteriormente y como tendremos que volver a decir, nunca puede hacer que dos y dos sumen cinco. Sin embargo, esta evolución benefició a los pueblos de Europa, aunque no puede negarse que convirtió la guerra en un asunto exclusivo de los Gobiernos y la alejó aún más de los intereses del pueblo. En esa época el plan de guerra habitual de un invasor era ocupar una o dos provincias enemigas. El plan del defensor consistía simplemente en impedir que lo hiciera. El plan para una campaña dada era tomar una plaza fuerte enemiga o impedir la captura de una propia. Nunca se buscaba ni libraba una batalla a no ser que fuera indispensable para ese fin. Cualquiera que librara una batalla que no fuese estrictamente necesaria, simplemente por el innato deseo de victoria, era considerado un imprudente. Una campaña normalmente no daba para más de un asedio o, como mucho, para dos. Se suponía que los cuarteles de invierno eran necesarios para todo el mundo. La difícil situación de un bando no constituía una ventaja para el otro y el contacto entre ambos casi dejó de existir. Los cuarteles de invierno establecieron límites fijos para las operaciones de una campaña.

Si las fuerzas estaban demasiado equilibradas, o si el bando más emprendedor era también claramente el más débil de los dos, no se libraba ninguna batalla ni se sitiaba ninguna ciudad. Toda la campaña consistía en la conservación de ciertas posiciones y depósitos y en la explotación sistemática de ciertas áreas.

Mientras éste fue el estilo general de hacer la guerra, con su violencia limitada de forma tan estricta y obvia, nadie vio en ello ninguna incongruencia. Al contrario, todo parecía totalmente correcto; y cuando los críticos del siglo XVIII comenzaron a analizar el arte de la guerra se ocuparon de los detalles sin preocuparse demasiado por los fundamentos. La grandeza, de hecho la perfección, se percibía de muchas maneras e incluso el mariscal de campo austríaco Daun (a quien se debió principalmente que Federico el Grande alcanzase completamente su objetivo y María Teresa fracasara completamente con el suyo) podía ser considerado un gran comandante. Sólo de vez en cuando alguien con un juicio penetrante, con verdadero sentido común, podía sugerir que con fuerzas superiores deberían lograrse resultados positivos; de otra forma, la guerra, con toda su maestría, se estaría llevando mal.

Este era el estado de las cosas al inicio de la Revolución Francesa. Austria y Prusia intentaron hacerla frente con el tipo de guerra diplomática que hemos descrito. Pronto descubrieron lo inadecuada que resultaba. Al contemplar la situación de esta manera convencional, austríacos y prusianos confiaban al principio en tener que enfrentarse sólo con un ejército francés debilitado, pero en 1793 apareció una fuerza que superó todo lo imaginable. De repente la guerra se convirtió en un asunto del pueblo, un pueblo formado por treinta millones de personas que se consideraban a sí mismas ciudadanos. No es necesario que estudiemos con detalle las circunstancias que acompañaron a este tremendo acontecimiento; sólo señalaremos los efectos relevantes para nuestra argumentación. El pueblo se convirtió en un participante activo en la guerra; lo que se puso en la balanza no fueron los Gobiernos y los ejércitos, como había sucedido hasta entonces, sino todo el peso de la nación. Los recursos y esfuerzos que ahora estaban disponibles superaban todos los límites convencionales; ya nada impedía hacer la guerra con todo el vigor posible y, en consecuencia, los enemigos de Francia se enfrentaron al mayor de los peligros.

Los efectos de esta innovación no se hicieron evidentes ni se dejaron sentir plenamente hasta el final de las guerras de la Revolución. Las disputas revolucionarias no llegaron todavía a la conclusión definitiva e inevitable: la destrucción de las monarquías europeas. Aquí y allá los ejércitos alemanes todavía podían ofrecerles resistencia y frenar la marea de victoria, pero todo esto se debía a las imperfecciones técnicas que dificultaban la tarea a los franceses, que se hicieron evidentes primero en la tropa, después en sus generales y ya, bajo el Directorio, en el propio Gobierno.

Una de estas imperfecciones fue corregida por Bonaparte, ese gigante de la guerra que basándose en la fuerza de todo el pueblo, comenzó su marcha demoledora a través de Europa. Se movió con tanta confianza y seguridad que cada vez que se enfrentaban a él ejércitos de tipo tradicional, no podía dudarse ni un momento cuál sería el resultado. La reacción se produjo justo a tiempo. En España, la Guerra de la Independencia se convirtió espontáneamente en la preocupación del pueblo. En 1809 el Gobierno austríaco hizo un esfuerzo sin precedentes con reservas y milicia; tuvo el éxito a la vista y superó con mucho todo lo que anteriormente Austria había considerado posible. En 1812 Rusia tomó a España y a Austria como modelos: sus inmensos espacios permitieron que sus medidas, por muy tardías que fuesen, tuviesen efecto e incluso aumentaron su eficacia. El resultado fue brillante. En Alemania, Prusia fue la primera en alzarse. Hizo de la guerra una preocupación del pueblo y con menos de la mitad de la población de la que tenía antes, sin dinero ni crédito, movilizó una fuerza dos veces mayor de la que tenía en 1806. Poco a poco el resto de Alemania siguió su ejemplo y Austria, aunque su esfuerzo no fue igual al de 1809, dio muestras también de un grado excepcional de energía. El resultado fue que en 1813 y 1814 Alemania y Rusia pusieron sobre el terreno a medio millón de hombres para enfrentarse a Francia; si contamos todos los que lucharon y cayeron en las dos campañas.

En estas circunstancias, la guerra se libró con un grado muy diferente de vigor. Aunque no siempre igualó la intensidad de los franceses y a veces estuvo incluso marcada por la timidez, las campañas se condujeron, en lo general, de la nueva manera y no como se había hecho en el pasado. En el espacio de sólo ocho meses el teatro de operaciones pasó del Oder al Sena, la

orgullosa París tuvo que inclinar la cabeza por primera vez y el terrible Bonaparte fue apresado y encadenado.

Por tanto, desde Bonaparte, la guerra, primero entre los franceses y después entre sus enemigos, pasó a ser de nuevo un asunto del pueblo en su conjunto, adquirió un carácter totalmente distinto, o para ser más exactos, se aproximó a su verdadero carácter, a su perfección absoluta. Los recursos movilizados parecían no tener fin; todos los límites desaparecían en el vigor y entusiasmo demostrado por los Gobiernos y sus súbditos. Diversos factores aumentaron de manera importante ese vigor: la enorme disponibilidad de recursos, el amplio abanico de oportunidades y la profundidad de un sentimiento que surgía en todas partes. El único objetivo de la guerra era derrotar al enemigo, hasta que éste no se postrase no se consideraba posible parar e intentar reconciliar los intereses opuestos.

La guerra, sin trabas de cualquier convencionalismo restrictivo, desató toda su furia elemental. Esto se debió a la participación que ahora tenían los pueblos en los grandes asuntos del Estado; y, a su vez, su participación fue consecuencia, en parte, del impacto que la Revolución tuvo en la situación interna de cada Estado y, en parte, del peligro que Francia representaba para todos.

¿Será siempre así en el futuro? ¿Se luchará en cada guerra que se produzca a partir de ahora en Europa con todos los recursos del Estado y por tanto deberá lucharse sólo por los asuntos importantes que afectan al pueblo? ¿O volveremos a ver cómo se produce una separación gradual entre el Gobierno y el pueblo? Resulta difícil responder a esas preguntas y no seremos nosotros quienes lo intentemos. Pero el lector estará de acuerdo con nosotros cuando afirmamos que, una vez que las barreras (que en cierto sentido consisten sólo en la ignorancia por parte del hombre de lo que realmente es posible) se derriban, no es fácil levantarlas de nuevo. Al menos cuando estén en juego intereses importantes, la hostilidad mutua se expresará de la misma manera en que lo ha hecho en nuestra época.

En este punto podemos acabar nuestro repaso histórico. Nuestro propósito no era asignar de pasada a cada período un puñado de principios de la guerra, sino que queríamos mostrar cómo cada época tiene su propia clase de guerra, sus propias condiciones que la limitan y sus propias ideas preconcebidas y peculiares. Por tanto, cada período se habrá mantenido fiel a su

propia teoría de la guerra, incluso si en todo tiempo y lugar ha existido el impulso de resolver las cosas sobre la base de principios científicos. En consecuencia, los acontecimientos de cada época deben ser juzgados a la luz de sus propias peculiaridades. Por tanto, no es posible comprender a los comandantes del pasado, ni apreciarlos, sin ponerse en la situación de su época, no tanto mediante un estudio concienzudo de todos sus detalles sino a través de una apreciación correcta de sus características determinantes más importantes.

Pero la guerra, aunque esté condicionada por características particulares de los Estados y de sus fuerzas armadas, debe contener algún elemento más general, de hecho universal, que debería constituir para todo teórico su principal preocupación.

La época en el que este postulado, este elemento con validez universal, alcanzó más fuerza fue la de los tiempos más recientes, cuando la guerra alcanzó un grado absoluto de violencia. Pero existe la misma probabilidad de que la guerra tenga siempre un carácter tan monumental como que el amplio alcance que ha llegado a disfrutar se vea de nuevo severamente restringido. Por tanto, una teoría que se ocupe exclusivamente de la guerra absoluta tendrá que, o bien ignorar todos los casos en los que la naturaleza de la guerra se ha visto deformada por la influencia exterior, o bien desecharlos como interpretaciones erróneas. Pero la teoría no está para eso. Su objetivo es demostrar qué es la guerra en la práctica, no cuál debería de ser su naturaleza ideal. Por tanto, el teórico debe escudriñar todos los datos con una mirada curiosa, perspicaz y capaz de establecer clasificaciones. Debe tener siempre en cuenta la amplia variedad de situaciones que pueden llevar a la guerra. Si lo hace, esbozará sus características más destacadas de forma que pueda dar cabida tanto a los dictados de la época como a los de la situación inmediata.

Por tanto, sólo podemos afirmar que las metas que adopta un beligerante y los recursos que emplea deben estar regidos por las características peculiares de su propia posición, pero deberán ajustarse también al espíritu de la época y a su carácter general. Por último, han de estar siempre regidos por las conclusiones generales extraídas de la propia naturaleza de la guerra.

CAPÍTULO CUATRO

UNA DEFINICIÓN MÁS PRECISA DEL OBJETIVO MILITAR: LA DERROTA DEL ENEMIGO

El objetivo de la guerra debería ser lo que su propio concepto implica: la derrota del enemigo. Tomamos esta proposición básica como punto de partida.

Pero ¿qué significa exactamente «derrota»? La conquista de todo el territorio enemigo no siempre es necesaria. Si París hubiese sido tomada en 1792 la guerra contra la Revolución habría acabado con casi total seguridad, al menos por el momento. Ni siquiera habría sido necesario derrotar primero a los ejércitos franceses, puesto que en aquella época no eran especialmente poderosos. En 1814, por el contrario, ni siquiera la captura de París habría puesto fin a la cuestión si Bonaparte hubiera seguido teniendo un nutrido ejército detrás de él. Pero como de hecho su ejército había sido eliminado en su mayor parte, la toma de París lo zanjó todo en 1814 y de nuevo en 1815. Del mismo modo, si en 1812 Bonaparte hubiese conseguido, antes o después de tomar Moscú, destruir en la carretera de Kaluga a los

120.000 hombres del ejército ruso, de la misma manera que aplastó a los austríacos en 1805 y a los prusianos al año siguiente, el hecho de ocupar la capital habría significado probablemente que podía firmar la paz a pesar del enorme área que todavía quedaba por ocupar. En 1805 la batalla de Austerlitz fue decisiva. La ocupación de Viena y de dos tercios del territorio austríaco no había sido suficiente para traer la paz. Por otra parte, después de Austerlitz el hecho de que Hungría permaneciera intacta no impidió que se alcanzase la paz. El golpe final que se necesitaba era la derrota del ejército ruso; el zar no tenía a mano ningún otro y esta victoria sin duda habría llevado a la paz. Si el ejército ruso hubiese estado con los austríacos en el Danubio en 1805 y compartido su derrota, prácticamente no habría sido necesario tomar Viena; se podría haber impuesto la paz en Linz. De la misma forma, la ocupación total de un país puede no ser suficiente. Prusia en 1807 constituye un caso a propósito. Cuando el golpe contra los aliados rusos en la incierta victoria de Eylau resultó no ser lo suficientemente decisivo, tuvo que lograrse la decisiva victoria de Friedland para alcanzar lo que Austerlitz había logrado el año anterior.

Estos acontecimientos prueban que el éxito no se debe simplemente a causas generales. Los factores particulares pueden con frecuencia resultar decisivos y son detalles que sólo conocen los que estuvieron allí. También puede haber factores morales que nunca salen a la luz; mientras que hay asuntos que pueden decidirse por la suerte o por incidentes tan insignificantes que figuran en los libros de historia simplemente como anécdotas.

Lo que el teórico debe decir es esto: se deben tener en cuenta las características dominantes de ambos beligerantes. A partir de estas características se desarrolla cierto centro de gravedad, el eje de todo poder y movimiento, del que todo depende. Ése es el punto contra el que deberían dirigirse todas nuestras energías.

Las cosas pequeñas siempre dependen de las grandes, las que no son importantes de las que sí lo son, las secundarias de las fundamentales. Esta idea guía nuestro modo de enfocar la cuestión.

Para Alejandro, Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande el centro de gravedad era su ejército. Si el ejército hubiese sido destruido, habrían pasado a la historia como fracasados. En países sujetos a disputas internas, el centro de gravedad es normalmente la capital. En países pequeños, que en cierto modo

dependen de otros más grandes, normalmente es el ejército del país. En las alianzas el centro de gravedad se encuentra en la comunidad de intereses y en los levantamientos populares en la personalidad de los líderes y en la opinión pública. Contra esto es contra lo que deberíamos dirigir nuestras energías. Si conseguimos desequilibrar al enemigo no debemos darle tiempo para que se recupere. Hay que dirigir golpe tras golpe en la misma dirección: en otras palabras, el defensor debe golpear con todas sus fuerzas y no sólo contra una fracción de las del enemigo. Sólo se derrotará realmente al enemigo, no haciendo lo más fácil, utilizar una fuerza superior para hurtar una provincia, prefiriendo la seguridad de esta pequeña conquista a un gran éxito, sino buscando constantemente el centro de su poder, arriesgándolo todo para ganarlo todo.

No obstante, no importa cuál sea la característica central del poder del enemigo, el punto sobre el que todos los esfuerzos deben converger; la derrota y destrucción de sus fuerzas militares sigue siendo la mejor forma de empezar y en cualquier caso será una característica muy significativa de la campaña.

Basando nuestros comentarios en la experiencia general, las acciones que consideramos más importantes para la derrota del enemigo son los siguientes:

1. La destrucción de su ejército, por poco significativo que sea.
2. La toma de su capital si no es únicamente el centro administrativo sino también de la actividad social, profesional y política.
3. Un golpe eficaz contra su principal aliado si éste es más poderoso que él.

Hasta ahora hemos dado por supuesto, pues normalmente es lícito hacerlo, que el enemigo es una sola potencia. Pero tras haber señalado que la derrota de un enemigo consiste en vencer la resistencia concentrada en su centro de gravedad, debemos dejar de lado esta suposición y examinar el caso en el que hay que derrotar a más de un enemigo.

Si dos o más Estados se unen contra otro, el resultado sigue siendo, hablando en términos políticos, una *única* guerra. Pero esta unidad política es una cuestión de grado. La cuestión es saber si un Estado persigue un interés independiente y cuenta

con sus propios medios para hacerlo o si los intereses y las fuerzas de la mayoría de los aliados están subordinados a los del líder. De ser así, resultará más fácil contemplar a todos nuestros oponentes como una única entidad y, por tanto, más fácil concentrar nuestra acción principal en un gran golpe. Si esto es posible será, con mucho, el medio más eficaz para alcanzar la victoria.

Por tanto, me atrevería a afirmar como principio que si se puede derrotar a todos los enemigos derrotando a uno de ellos, esa derrota debe constituir el objetivo principal en la guerra. Golpeando a este enemigo golpeamos en el centro de gravedad de todo el conflicto.

Hay muy pocos casos en los que no se pueda aplicar esta idea: en aquellas ocasiones en que no sería realista reducir varios centros de gravedad a uno solo. En ese caso, ciertamente no hay más alternativa que actuar como si hubiese dos guerras o incluso más, cada una con su propio propósito. Esto presupone la existencia de diversos contrincantes independientes y en consecuencia una gran superioridad de su parte. Cuando esto es así, la derrota del enemigo está totalmente descartada.

A continuación debemos hacernos la pregunta de forma más concreta: ¿Cuándo este objetivo es a la vez factible y sensato?

Para empezar, nuestras fuerzas deben ser adecuadas para:

1. Obtener una victoria decisiva sobre el enemigo.
2. Realizar el esfuerzo necesario hasta llevar nuestra victoria hasta el punto en que ya no es posible restablecer el equilibrio.

A continuación, debemos estar seguros de que nuestra posición política es lo suficientemente segura para que este éxito no nos cree nuevos enemigos que puedan obligarnos a abandonar inmediatamente nuestros esfuerzos contra nuestro primer oponente.

Francia pudo aniquilar a Prusia en 1806 incluso a pesar de que esto arrojase sobre ella todo el peso de Rusia, puesto que pudo defenderse de los rusos en suelo prusiano. En 1808 pudo hacer lo mismo en España frente a Inglaterra; pero en el caso de Austria no pudo hacerlo. En 1809 Francia había tenido que reducir sus fuerzas en España de una manera considerable y habría tenido que renunciar totalmente a España si no hubiese

disfrutado ya de una gran ventaja moral y material sobre los austríacos.

Estos tres ejemplos invitan a un estudio minucioso de la cuestión. En un pleito es posible obtener una primera resolución favorable, pero también es posible perder la apelación y acabar teniendo que pagar también las costas.

A la hora de calcular la fuerza y capacidad de las fuerzas armadas es posible tratar el tiempo como un factor de la fuerza total por analogía con la dinámica. En consecuencia, se supone que con la mitad de esfuerzo o la mitad de fuerzas totales se podría lograr en dos años lo mismo que se podría conseguir en uno con la totalidad. Esta suposición que se encuentra, a veces de forma explícita y otras de forma implícita, en la base de la planificación militar, es totalmente falsa.

Como todo en la vida, una operación militar requiere tiempo. Evidentemente nadie puede marchar de Vilna a Moscú en una semana; pero aquí no hay ni rastro de la relación recíproca que existe entre tiempo y energía en la dinámica.

Ambos beligerantes necesitan tiempo; la cuestión es tan sólo cuál de los dos puede esperar, a la luz de su propia situación, obtener ventajas especiales de este hecho. Si se examina cuidadosamente la posición de cada uno de los bandos, la respuesta será obvia: el más débil, pero más gracias a las leyes de la psicología que a las de la dinámica. La envidia, los celos, la ansiedad y a veces quizás incluso la generosidad, son los aliados naturales del fracasado. Le proporcionarán nuevos amigos a la vez que debilitarán y dividirán a sus enemigos. Por tanto, es menos probable que el tiempo favorezca al vencedor que al vencido. Hay otro punto que debe ser tenido en cuenta. Como ya hemos demostrado en otro lugar, la explotación de una victoria inicial requiere un esfuerzo importante. Este esfuerzo no sólo debe realizarse sino que debe mantenerse, igual que se mantiene una gran casa. Sin duda, las provincias conquistadas al enemigo aportan una riqueza adicional pero puede que no siempre sea suficiente para cubrir el desembolso adicional. En ese caso, el esfuerzo a realizar será cada vez mayor y al final los recursos pueden agotarse. Por tanto, el tiempo puede por sí solo producir un cambio.

¿Fueron suficientes el dinero y los recursos que Bonaparte obtuvo en Rusia y Polonia en 1812 para equipar a los alrededor de 100.000 hombres que necesitaba en Moscú para mantener allí la posición?

Pero si las zonas conquistadas son lo suficientemente importantes y hay en ellas lugares vitales para las zonas todavía en poder del enemigo, la podredumbre se extenderá por sí misma como un cáncer; y si eso es lo único que sucede, el conquistador puede disfrutar de una ventaja neta. En ese caso, el tiempo completará por sí solo la labor, siempre y cuando no llegue ayuda del exterior, y la zona que queda por conquistar puede caer sin más. De este modo, el tiempo puede convenirse también en un factor de la fuerza del conquistador; siempre y cuando ya no sea posible contraatacarle ni sea concebible un cambio radical de la situación (es decir, cuando, de hecho, este factor ya no tenga ningún valor, puesto que su principal objetivo ya se ha alcanzado). El punto culminante de crisis ya ha pasado y, en resumen, el enemigo está fuera de combate.

Esta línea de argumentación pretendía demostrar que ninguna conquista puede lograrse con demasiada rapidez y que *alargarla* más del mínimo necesario *no la hace menos, sino más difícil*. Si esa aseveración es correcta, de ella debe desprenderse que si nuestra fuerza es en términos generales lo suficientemente grande como para que una conquista sea segura, debemos tener también la fuerza suficiente para hacerlo en una sola operación y no por etapas. Naturalmente, cuando decimos «etapas» no pretendemos excluir las pequeñas paradas que son necesarias para reagrupar a nuestras fuerzas o por razones administrativas.

Esperamos haber dejado claro que, en nuestra opinión, una guerra ofensiva requiere ante todo una solución favorable rápida e irresistible. Si es así, le habremos tomado la delantera a la idea *alternativa* de que una ocupación lenta y supuestamente sistemática es más segura y sensata que una conquista realizada mediante un avance continuo. No obstante, incluso aquéllos que nos han seguido hasta aquí podrán pensar muy probablemente que nuestras opiniones tienen un aire de paradoja, de contradecir las primeras impresiones y de contradecir las opiniones que están tan profundamente arraigadas como prejuicios antiguos y que constantemente aparecen publicadas. Por tanto, es deseable examinar las supuestas objeciones con cierto detenimiento.

Sin duda es más fácil alcanzar un objeto cercano que uno más lejano, pero si el primero no es útil para nuestros propósitos, una pausa, una suspensión de la actividad no necesariamente hará más fácil completar la segunda parte del viaje. Un salto corto es sin duda más fácil que uno largo: pero nadie que

desea atravesar una zanja ancha empezará saltando sólo hasta la mitad.

Si examinamos las ideas que se encuentran detrás del concepto de las llamadas operaciones ofensivas metódicas, normalmente encontraremos las siguientes:

1. Tomar las plazas fuertes del enemigo que se encuentren en el camino.
2. Acumular las provisiones necesarias.
3. Fortificar puntos importantes como *depósitos, puentes, posiciones*, etc.
4. Hacer que las tropas descansen en cuarteles de invierno y campamentos de descanso.
5. Esperar a los refuerzos del año siguiente.

Si se para totalmente una ofensiva y se detiene el movimiento de avance para asegurarse de todo lo anterior, se supone que se adquiere una nueva base y que, en teoría, se recobran las fuerzas como si todo el país estuviese justo en la retaguardia y como si el vigor del ejército se renovase con cada campaña.

Todos estos son objetivos admirables y, sin duda, podrían hacer más fácil una guerra ofensiva; pero no pueden hacer más seguro su resultado. Normalmente camuflan recelos por parte del general o una vacilación por parte del Gobierno. A continuación, intentaremos arrollados desde el flanco izquierdo.

1. Esperar la llegada de refuerzos tiene la misma utilidad, si no más, para el otro bando. Además, naturalmente un país puede reclutar en un año casi el mismo número de tropas que en dos, puesto que el incremento neto en el segundo año será muy pequeño en relación con el total.

2. Mientras hacemos que nuestras tropas descansen, las del enemigo descansarán también.

3. La fortificación de ciudades y posiciones no es un asunto que competa al ejército y, por tanto, no es una excusa para suspender las operaciones.

4. Dada la forma en que los ejércitos se abastecen hoy en día, necesitan más los depósitos cuando están parados que cuando están en movimiento, puesto que mientras el avance progresa adecuadamente caerán en nuestras manos suministros del enemigo que compensarán cualquier escasez en regiones estériles.

5. La toma de una plaza fuerte enemiga no significa que haya que detener la ofensiva. Es un medio de fortalecer el avance y, aunque provoca una aparente interrupción, no es el tipo de situación que tenemos en mente: no supone la suspensión o reducción del esfuerzo. Sólo las circunstancias harán que el procedimiento adecuado sea un asedio normal, un simple cerco o mantener tan sólo alguna plaza fuerte en observación. Pero podemos hacer el comentario general de que la respuesta a esta pregunta conecta con la respuesta a otra; a saber, si sería demasiado arriesgado continuar el avance y dejar detrás nuestro tan sólo una fuerza de sitio. Si no lo es y todavía hay espacio para desplegar las fuerzas, el curso correcto será retrasar el asedio normal hasta que todo el movimiento ofensivo haya sido realizado. Por tanto, es importante no dar paso a la idea de defender rápidamente todo lo que se ha tomado para no acabar perdiendo algo más importante.

Es cierto que esta continuación del avance no parece poner en peligro lo que ya se ha conseguido.

Nuestra opinión es que cualquier clase de interrupción, pausa o suspensión de la actividad no es coherente con la naturaleza de la guerra ofensiva. Cuando son inevitables, hay que considerarlas como males necesarios que no hacen que el éxito sea más seguro, sino todo lo contrario. De hecho, si queremos mantenernos fieles a la verdad, cuando la debilidad nos obliga a detenernos normalmente resulta imposible volver a lanzarse a por el objetivo; y, si resulta ser posible, se estará demostrando que no había ninguna necesidad de detenerse. Cuando un objetivo está por encima de nuestras posibilidades, seguirá estándolo.

Creemos que esto es lo que sucede normalmente. Al atraer la atención sobre este punto sólo queremos desterrar la idea de que el tiempo, por sí solo, puede favorecer al atacante. Pero la situación política puede cambiar de un año para otro y sólo por esta razón a menudo habrá casos en los que esta generalización no pueda aplicarse.

Puede parecer que hemos olvidado nuestra tesis inicial y que sólo tenemos en cuenta la guerra ofensiva; pero no es así. Sin duda, un hombre que pueda permitirse aspirar a la derrota total del enemigo rara vez recurrirá a la defensiva, cuyo objetivo inmediato es la conservación de lo que ya se tiene. Pero debemos insistir en que la defensa sin un propósito activo lleva implícita

una contradicción, tanto en la estrategia como en la táctica, y en consecuencia debemos insistir en que, en función de su fuerza, un defensor debe siempre intentar pasar al ataque tan pronto como haya logrado el beneficio de la defensa. Por tanto, entre los objetivos de un ataque así, que debe considerarse el objetivo real de la defensa, por significativo o insignificante que sea, puede incluirse la derrota del enemigo. Hay situaciones en las que el general, a pesar de tener ese gran objetivo muy presente, prefirió comenzar a la defensiva. Que esto no es mera abstracción lo demuestra la campaña de 1812. Cuando el emperador Alejandro tomó las armas no podía soñar con que alguna vez podría derrotar a su enemigo como al final hizo. Pero ¿habría sido absurda esa idea? Y en cualquier caso, ¿no habría sido natural para los rusos adoptar la defensiva al principio de la guerra?

CAPÍTULO CINCO

UNA DEFINICIÓN MÁS PRECISA DEL OBJETIVO MILITAR (CONTINUACIÓN): *OBJETIVOS LIMITADOS*

En el capítulo anterior afirmamos que la derrota del enemigo, suponiendo que sea posible, constituye el fin verdadero y esencial de la actividad militar. Ahora nos proponemos examinar qué puede hacerse cuando las circunstancias excluyen esa posibilidad.

Las condiciones para derrotar a un enemigo presuponen una gran superioridad física o moral, o si no un espíritu muy emprendedor y una inclinación por los grandes riesgos. Cuando ni lo uno ni lo otro está presente, el propósito de la actividad militar sólo puede ser de dos clases: ocupar una porción más o menos grande del territorio enemigo o conservar el propio hasta que las cosas tomen un rumbo mejor. Éste es normalmente el objetivo de la guerra defensiva.

A la hora de valorar qué proceder es el correcto, conviene recordar la frase utilizada sobre este último, *esperar hasta que las cosas tomen un rumbo mejor*, que supone que hay razones

para pensar que esto puede suceder. Esa perspectiva siempre está en la base de una guerra «de esperar, es decir, de una guerra defensiva. La ofensiva, es decir, el sacar partido de las ventajas del momento, siempre es aconsejable cuando el futuro ofrece mejores perspectivas para el enemigo que para nosotros. Una tercera posibilidad, quizás la más habitual, surge cuando parece que el futuro no ofrece nada concreto a ninguno de los dos bandos y, por tanto, no proporciona ninguna razón para tomar ninguna decisión. Evidentemente, en ese caso la ofensiva debería corresponder al bando que tiene la iniciativa política, es decir, al bando que tiene un propósito activo, el motivo por el que ir a la guerra. Si se pierde tiempo sin una buena razón, las pérdidas las sufre el que haya iniciado todo.

Las razones que acabamos de definir para elegir entre una guerra ofensiva y una guerra defensiva no tienen nada que ver con la fuerza relativa de los dos bandos, aunque alguien pueda suponer que ése es el factor más importante a tener en cuenta. Pero creemos que, si así fuera, se tomaría la decisión equivocada. Nadie puede decir que la lógica de nuestro sencillo argumento sea frágil; pero ¿lleva en la práctica a conclusiones absurdas? Suponiendo que un Estado pequeño esté en conflicto con uno mucho más poderoso y crea que su posición se va a debilitar año tras año si la guerra es inevitable, ¿no debería sacar el máximo partido a sus oportunidades antes de que su situación empeore? En resumen, debería atacar, pero no porque un ataque en sí mismo sea ventajoso (por el contrario aumentará la disparidad de fuerzas), sino porque a la parte más pequeña le interesa solucionar la disputa antes de que la situación empeore o adquirir al menos algunas ventajas que le permitan continuar su esfuerzo. Nadie podría considerar que éste es un argumento ridículo. Pero si el Estado pequeño está seguro de que su enemigo atacará, puede y debe mantenerse a la defensiva para obtener la primera ventaja. El actuar de este modo no hará que el paso del tiempo le suponga ninguna desventaja.

Supongamos de nuevo que una potencia pequeña está en guerra con una más grande y que del futuro no cabe esperar nada que pueda influir en las decisiones de ninguno de los bandos. Si la potencia más pequeña es la que tiene la iniciativa política, debería pasar a la ofensiva militar. Una vez que ha demostrado que tiene el valor necesario para asumir un papel activo contra un adversario más fuerte, debe hacer algo concre-

to. En otras palabras, atacar al enemigo a no ser que el enemigo nos evite esta responsabilidad atacando primero. Esperar sería absurdo, a no ser que el Estado más pequeño haya cambiado su decisión política en el momento de aplicarla. Eso es lo que sucede con frecuencia y explica en parte por qué el carácter indefinido de algunas guerras deja totalmente perplejo al estudiante.

Nuestro examen del objetivo limitado sugiere que son posibles dos clases de guerra limitada: una guerra ofensiva con un objetivo limitado y una guerra defensiva. Nos proponemos dedicar un capítulo a cada una de ellas, pero antes debemos examinar otro punto.

Hasta ahora hemos considerado que la posibilidad de que un objetivo militar pueda ser modificado se deriva sólo de argumentos domésticos y lo único que hemos examinado de la naturaleza del objetivo político es si tiene o no un contenido activo. Desde el punto de vista de la guerra en sí no hay ningún otro componente político que sea relevante. Sin embargo, como explicamos en el capítulo dos del libro I (fines y medios en la guerra), la naturaleza del objetivo político, la magnitud de las demandas de cada bando y el conjunto de la situación política de nuestro bando son factores que en la práctica deben influir de forma decisiva en la conducción de la guerra. Por tanto, pretendemos prestarles una atención especial en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SEIS

- A. EL EFECTO DEL FIN POLÍTICO SOBRE EL OBJETIVO MILITAR
- B. LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA

- A. EL EFECTO DEL FIN POLÍTICO SOBRE EL OBJETIVO MILITAR

Un país puede apoyar la causa de otro, pero nunca se la tomará tan en serio como si fuera la propia. Se enviará en su ayuda una fuerza moderada; pero si las cosas van mal, la operación habrá prácticamente fracasado y se intentará una retirada con el menor coste posible.

En la política europea resulta tradicional que los Estados acuerden pactos ofensivos y defensivos para proporcionarse ayuda mutua, aunque no hasta el punto de asumir plenamente los intereses y las disputas de otro. Independientemente del propósito de la guerra o del nivel de los esfuerzos del enemigo, se comprometen por adelantado a contribuir con una fuerza determinada y normalmente modesta. Un país que realice una alianza de este tipo no se considera por ello en guerra con nadie, porque

para eso sería necesaria una declaración formal y sería preciso un tratado de paz para ponerla fin. Pero ni siquiera eso se ha fijado nunca con claridad y la práctica en esta cuestión varía.

Todo sería más claro y ya no estaríamos ante un problema teórico si el contingente prometido (10, 20 o 30.000 mil hombres) se pusiese totalmente a disposición del aliado y éste tuviese la libertad de utilizarlo como quisiera. Se trataría entonces de hecho de una fuerza alquilada, pero eso dista mucho de ser lo que realmente sucede. La fuerza auxiliar normalmente opera bajo el mando de su propio comandante; éste depende sólo de su propio Gobierno y el objetivo que este último imponga será tan ambiguo como sus fines.

Pero incluso cuando ambos Estados hablan seriamente de hacer la guerra contra un tercero, no siempre dicen «debemos tratar a este país como nuestro enemigo común y destruirlo o seremos nosotros los destruidos». Nada más lejos de la realidad: con frecuencia el asunto se parece más a un trato comercial. A la luz de los riesgos esperados y del dividendo que confía obtener, cada uno invertirá 30.000 o 40.000 hombres y se comportará como si eso fuera todo lo que puede perder.

Pero esa actitud no sólo se da en el caso en el que un Estado presta ayuda a otro en una cuestión que para él no tiene gran importancia. Incluso cuando ambos comparten un interés importante, la acción se ve atascada por las reservas diplomáticas y por regla general los negociadores sólo prometen un contingente pequeño y limitado, de forma que el resto pueda estar disponible para cualquier fin especial que pueda surgir como consecuencia de un cambio de política.

Ésta solía ser la forma universal en la que una alianza funcionaba. Sólo recientemente el extremo peligro que suponía Bonaparte, o su impulso ilimitado, obligó a que se actuase de una manera natural. El antiguo modo de hacer las cosas se quedaba a medio camino; constituía una anomalía puesto que en esencia la guerra y la paz no admiten gradaciones. Sin embargo, no se trataba tan sólo de un arcaísmo diplomático que la razón pudiera ignorar, sino de una práctica que hundía profundamente sus raíces en las flaquezas y defectos de la raza humana.

Finalmente, algunas guerras se libran sin aliados; y las consideraciones políticas también influirán poderosamente sobre su conducción.

Supongamos que simplemente se desea obtener una pequeña concesión del enemigo. Sólo se luchará hasta que se haya con-

seguido algún modesto *quid pro quo* y, para eso, un esfuerzo moderado debería ser suficiente. El razonamiento del enemigo será más o menos el mismo. Pero supongamos que una u otra parte descubre que sus cálculos son erróneos, que no es, como había pensado, ligeramente más fuerte que el enemigo, sino más débil. Normalmente el dinero y otros recursos escasean y su impulso moral no es suficiente para realizar un gran esfuerzo. En un caso así hace lo mejor que puede; confía en que el panorama mejore aunque no haya ninguna razón que avale esas esperanzas. Mientras tanto, la guerra continúa avanzando lentamente, como un hombre desfallecido y hambriento.

De ese modo, la interacción, el esfuerzo para superar al enemigo, la violenta y compulsiva marcha de la guerra, se detienen por falta de una verdadera iniciativa. Ninguno de los dos bandos hace otra cosa que no sean los movimientos mínimos necesarios y ninguno se siente verdaderamente amenazado.

Una vez que se admite, como así debe ser, esta influencia del objetivo político sobre la guerra, no hay forma de pararlo; en consecuencia, debemos también estar dispuestos a librar esas guerras mínimas que consisten *simplemente en amenazar al enemigo mientras se mantiene la baza de las negociaciones*.

Evidentemente, esto supone un problema para cualquier teoría de la guerra que pretenda ser totalmente científica. Todos los imperativos inherentes al concepto de guerra parecen disolverse y sus cimientos están amenazados, pero pronto aparece la solución natural. A medida que el principio modificador llega a dominar las operaciones militares o, más bien, a medida que el estímulo se desvanece, poco a poco el elemento activo se hace pasivo, cada vez suceden menos cosas y no serán necesarios principios rectores. El arte de la guerra se consumirá hasta convertirse en prudencia y su principal preocupación pasará a ser asegurarse de que el delicado equilibrio no se vea de repente alterado en favor del enemigo y que esa guerra poco entusiasta no se convierta, después de todo, en una verdadera guerra.

B. LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA

Hasta ahora hemos examinado la incompatibilidad que existe entre la guerra y cualquier otro interés humano, individual o

social. Una diferencia que se deriva de la naturaleza humana y que, por tanto, ninguna filosofía puede resolver. Hemos estudiado esta incompatibilidad desde diversos ángulos para no perder de vista ninguno de sus elementos contrapuestos. Ahora debemos ocuparnos de la unidad en la que estos elementos contradictorios se combinan en la vida real, lo que en parte hacen neutralizándose los unos a los otros. Podíamos haber empezado postulando esa unidad si no hubiese sido necesario poner de manifiesto las contradicciones con toda la claridad posible y examinar los diversos elementos de forma separada. Esta unidad se fundamenta en *el concepto de que la guerra es sólo una rama de la actividad política; que en ningún sentido es autónoma.*

Por supuesto, es bien sabido que la única fuente de la guerra es la política, las relaciones entre Gobiernos y pueblos; pero es posible suponer que la guerra pone en suspenso esa relación y la sustituye por una situación regida sólo por sus propias leyes.

Por el contrario, mantenemos que la guerra es simplemente una continuación de las relaciones políticas con el añadido de otros medios. Utilizamos deliberadamente la expresión «con el añadido de otros medios» porque también queremos dejar claro que la guerra por sí misma no interrumpe las relaciones políticas o las convierte en algo totalmente diferente. Fundamentalmente esas relaciones continúan, con independencia de los medios que empleen. Las líneas principales a lo largo de las que progresan los acontecimientos naturales y a las que están limitados, son líneas políticas que continúan a través de la guerra hasta la paz. ¿Cómo podía ser de otra forma? ¿Acaso las relaciones políticas entre pueblos y entre sus Gobiernos acaban cuando dejan de intercambiarse notas diplomáticas? ¿No es la guerra simplemente otra forma de expresar sus pensamientos, otra forma de hablar o escribir? Su gramática, de hecho, puede ser propia, pero su lógica no.

Si eso es así, la guerra no puede separarse de la vida política; y siempre que esto ocurre en nuestro análisis de la guerra, se destruyen los numerosos vínculos que conectan los dos elementos y sólo nos queda algo inútil y carente de sentido.

Esta concepción sería inevitable incluso si la guerra fuese una guerra total, el elemento de enemistad en estado puro desatado. ¿No son todos los factores que sirven para conformar la guerra y para determinar sus características principales (la fuerza y los aliados de cada antagonista, el carácter de los pueblos

y de sus Gobiernos, etc., todos los elementos enumerados en el capítulo uno del libro I) de carácter político, tan estrechamente relacionados con la actividad política que es imposible establecer una separación? Pero aún es más importante tener todo esto en cuenta a la hora de estudiar lo que realmente sucede en la práctica. Entonces descubriremos que la guerra no avanza inexorablemente hacia lo absoluto, como exigiría la teoría. Al ser incompleta y contradictoria, no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser tratada como una parte de otro todo, que recibe el nombre de política.

Cuando hace uso de la guerra, la política evita todas las rigurosas conclusiones que proceden de la naturaleza de la guerra. Se preocupa poco por sus posibilidades más remotas y sólo se ocupa de las probabilidades inmediatas. Aunque esto introduce un alto grado de incertidumbre en todo el asunto convirtiéndolo en una especie de juego, cada Gobierno confía en que puede superar a su oponente en habilidad y perspicacia.

De este modo, la política convierte el elemento abrumadoramente destructivo de la guerra en un mero instrumento. Transforma la terrible espada, para cuyo manejo un hombre necesita ambas manos y toda su fuerza, y que hace blanco una sola vez, en un estoque ligero y fácil de manejar, en ocasiones un simple florete para el intercambio de pases, fintas y paradas.

De ese modo se resuelven las contradicciones en las que la guerra envuelve a esa criatura tímida por naturaleza que es el hombre, si ésta es la solución que elegimos aceptar.

Si la guerra es parte de la política, la política determinará su carácter. Cuando la política se hace más ambiciosa y enérgica lo mismo sucede con la guerra y se puede llegar al punto en el que la guerra alcanza su forma absoluta. Si contemplamos la guerra bajo este prisma no es necesario que perdamos de vista este absoluto: al contrario, debemos tenerlo constantemente en mente.

Sólo si contemplamos la guerra de este modo recobra su unidad; sólo así podemos ver que todas las guerras son cosas de la *misma* naturaleza; y sólo esto proporcionará los criterios adecuados para concebir y valorar grandes proyectos.

La política, por supuesto, no extenderá su influencia a los detalles operativos. Las consideraciones políticas no determinan la forma en que se apuestan centinelas o se emplean patrullas pero tienen una gran influencia a la hora de planificar la guerra, la campaña e incluso con frecuencia la batalla.

Esa es la razón por la que no sentimos el impulso de introducir este punto de vista al comienzo. En la fase de estudio minucioso no habría sido de mucha ayuda y podía haber distraído la atención. Pero cuando lo que se estudian son los planes de guerra o de campaña, este punto de vista es indispensable.

No hay nada más importante en la vida que encontrar el punto de vista correcto para ver y valorar los acontecimientos y ya no abandonarlo. Es un punto y *sólo uno* el que ofrece una visión integrada de todos los fenómenos; y sólo manteniendo ese punto de vista es posible evitar caer en la incongruencia.

Si la planificación de una guerra imposibilita adoptar un punto de vista dual o múltiple, es decir, primero mirarlo con ojos militares, después administrativos, después políticos, etc., surge la cuestión de si debe darse preferencia a la *política* sobre todo lo demás.

Estaremos de acuerdo en que el objetivo de la política es unificar y reconciliar todos los aspectos de la administración interna, así como de los valores espirituales y de todo lo que el filósofo moral pueda querer añadir. Por supuesto, la política no es nada en sí misma; es simplemente el depositario de todos estos intereses frente a otros Estados. El hecho de que pueda ser errónea, favorecer las ambiciones, los intereses privados y la vanidad de los que están en el poder, no tiene nada que ver. El arte de la guerra no puede verse en ningún caso como el preceptor de la política y aquí sólo podemos considerar a la política como la representación de todos los intereses de la comunidad.

Por tanto, la única cuestión es saber si, cuando se está planificando la guerra, el punto de vista político debería ceder el paso al puramente militar (si es que es posible concebir un punto de vista puramente militar): es decir, ¿debería desaparecer completamente o subordinarse a él, o debería seguir siendo dominante el punto de vista político y que fuese el militar el que se subordinase a él?

Diffícilmente puede concebirse que, al declararse la guerra, el punto de vista político deje por completo de contar, a menos que el odio en estado puro hiciese de todas las guerras una lucha a vida o muerte. De hecho, como ya hemos dicho, éstas no son sino expresiones de la propia política. Subordinar el punto de vista político al militar sería absurdo porque es la política la que ha creado la guerra. La política es la inteligencia que dirige y la guerra sólo el instrumento y no al contrario. Por tanto, no exis-

te otra posibilidad que subordinar el punto de vista militar al político.

Si pensamos en la naturaleza de la verdadera guerra, si recordamos el argumento que dábamos en el capítulo tres anterior, que *el carácter probable y la forma general de cualquier guerra debería valorarse principalmente a la luz de factores y condiciones políticos*, y que con frecuencia (de hecho hoy en día deberíamos decir *normalmente*) la guerra debería considerarse como un todo orgánico cuyas partes no pueden separarse, de forma que cada acto individual contribuye al conjunto y el mismo tiene su origen en el concepto central, quedará perfectamente claro que el punto de vista supremo para la conducción de la guerra, el punto de vista que determina sus principales líneas de acción, sólo puede ser el de la política.

Por tanto, es a partir de este punto de vista desde el que los planes se hacen, por así decirlo, a partir de un molde. La valoración y la comprensión resultan más fáciles y más naturales; las convicciones ganan fuerza, los motivos ganan en convicción y la historia cobra mayor sentido.

Del mismo modo, desde este punto de vista ya no tiene por qué surgir ningún conflicto entre los intereses políticos y militares, no por la naturaleza del caso de todas formas, y en el supuesto de que surgieran sólo demostrarían una falta de entendimiento. Podría pensarse que la política podría exigir de la guerra lo que ésta no puede ofrecer; pero esa hipótesis desafiaría la suposición natural e inevitable de que la política conoce el instrumento que pretende utilizar. Si la política lee correctamente el curso de los acontecimientos militares, tendrá todo el derecho a decidir en exclusiva qué acontecimientos y tendencias son los mejores para los objetivos de la guerra.

En resumen, en su nivel más alto el arte de la guerra se convierte en política, pero una política que se conduce librando batallas en vez de enviando notas diplomáticas.

Ahora podemos ver que la afirmación de que un despliegue militar importante o el plan para llevarlo a cabo deberían ser un asunto *puramente militar*, es inaceptable y puede resultar perjudicial. Tampoco es sensato llamar a soldados, como muchos Gobiernos hacen cuando están planeando una guerra, y pedirles *consejo puramente militar*. Pero aún tiene menos sentido que los teóricos afirmen que todos los medios militares disponibles deberían ser puestos a disposición del comandante de forma que,

sobre esa base, pudiese preparar planes puramente militares para una guerra o una campaña. En cualquier caso, la experiencia nos dice que, a pesar de la gran variedad y desarrollo de la guerra moderna, sus líneas principales siguen siendo establecidas por los Gobiernos; en otras palabras, empleando un lenguaje técnico, por un organismo puramente político y no militar.

Así debe ser. No se puede elaborar ningún proyecto importante que sea necesario para la guerra ignorando los factores políticos; y cuando se habla, como sucede a menudo, de que la política ejerce una influencia perjudicial en la conducción de la guerra, realmente no se está diciendo lo que se quiere decir. Quienes así piensan deberían ir contra la propia política, no contra su influencia. Si la política es acertada, es decir, tiene éxito, cualquier efecto deliberado que tenga sobre la conducción de la guerra sólo puede ser para bien. Si el efecto es el contrario, la propia política es equivocada.

Sólo si los estadistas recurren a ciertos movimientos y acciones militares para producir efectos que son ajenos a su naturaleza, las decisiones políticas influirán negativamente en las operaciones. De la misma manera que un hombre que no domina plenamente una lengua extranjera no logra a veces expresarse correctamente, los estadistas con frecuencia dictan órdenes que frustran el propósito al que se supone deben servir. Esto ha sucedido repetidas veces, lo que demuestra que un cierto conocimiento de los asuntos militares es vital para quienes están a cargo de la política general.

Antes de continuar debemos advertir contra una posible mala interpretación. No creemos, ni mucho menos, que un ministro de la guerra sumergido en sus archivos, un ingeniero erudito o ni siquiera un soldado experimentado resultase, simplemente por razón de su experiencia particular, el mejor director de la política, suponiendo que el propio príncipe no ostente el mando. Lo que el puesto requiere es una inteligencia notable y fortaleza de carácter. Siempre es posible obtener la información militar necesaria de un modo u otro. Los asuntos militares y políticos de Francia nunca estuvieron en peores manos que cuando los hermanos Belle-Isle y el duque de Choiseul eran los responsables, a pesar de que eran buenos soldados.

Si queremos que la guerra se adapte plenamente a los objetivos políticos y que la política sea adecuada a los medios disponibles para la guerra, a menos que el estadista y el soldado se

combinen en una sola persona, el único recurso sensato es hacer que el comandante en jefe sea miembro del consejo de ministros, de forma que el consejo pueda compartir los aspectos más importantes de sus actividades⁷. Pero a su vez, eso sólo es posible si el consejo, es decir, el Gobierno, está cerca del teatro de operaciones, de forma que se puedan tomar las decisiones sin una grave pérdida de tiempo. Eso fue lo que el emperador austriaco hizo en 1809 y los soberanos aliados en 1813-1815. Se demostró lo justificado de esta práctica.

Lo que es muy peligroso es permitir que cualquier soldado que no sea comandante en jefe ejerza una influencia sobre el consejo de ministros. Rara vez lleva a una acción sólida y enérgica. El ejemplo de Francia entre 1793 y 1795, cuando Carnot dirigió la guerra desde París, es totalmente inaplicable pues sólo un Gobierno revolucionario puede utilizar el terror como arma.

Concluamos con algunas observaciones históricas.

En el último decenio del siglo XVIII, cuando se produjo ese extraordinario cambio en el arte de la guerra, cuando los mejores ejércitos vieron que parte de su doctrina dejaba de ser eficaz y las victorias militares se producían a una escala que hasta entonces había sido inconcebible, parecía que todos los errores habían sido errores militares. Se hizo evidente que el arte de la guerra, acostumbrado desde hacía mucho a un estrecho marco de posibilidades, se había visto sorprendido por opciones que se situaban más allá de ese marco, pero que sin duda no iban en contra de la naturaleza de la guerra.

⁷ En la primera edición dice: «so bleibt... nur ein gutes Mittel übrig, nämlich den obersten Feldherrn zum Mitglied des Kabinetts zu machen, damit dasselbe Theil an den Hauptmomenten seines Handelns nehme». En la segunda edición, que apareció en 1853, la última parte de la frase se cambió por: «damit er in den wichtigsten Momenten an dessen Beratungen und Beschlüssen teilnehme». En su traducción de 1943, basada en la segunda edición o en una posterior, O. J. M. Jolles interpretó correctamente esta alteración como: «que pueda tomar parte en los consejos y en las decisiones en ocasiones importantes». Obviamente esta interpretación modifica el sentido original de Clausewitz. Al escribir que el comandante en jefe debe convertirse en miembro del consejo de ministros para que el consejo pueda compartir los aspectos más importantes de sus actividades, Clausewitz pone el énfasis en la participación del consejo en las decisiones militares y no en la participación del soldado en las decisiones políticas.

De los cientos de modificaciones del texto que se introdujeron en la segunda edición de *De la guerra* y que se convirtieron en generalmente aceptadas, éste es probablemente el cambio más significativo. [N. de los eds.]

Los observadores, que adoptaron una perspectiva más amplia, atribuyeron la situación a la influencia general que la política había ejercido durante siglos sobre el arte de la guerra, perjudicándolo gravemente, convirtiéndolo en un asunto que se queda a medio camino y con frecuencia en una absoluta ficción. Los hechos eran, es cierto, como ellos los veían; pero se equivocaban al contemplarlos como un cambio casual que podría haberse evitado. Otros pensaron que la clave de todo era la influencia de las políticas que Austria, Prusia, Inglaterra y el resto de las potencias practicaban en ese momento.

¿Pero es cierto que la verdadera conmoción fue más militar que política? O, para expresarlo en términos conformes a nuestra argumentación, ¿el desastre se debió al efecto de la política sobre la guerra o fue la propia política la que tuvo la culpa?

Evidentemente, los tremendos efectos que la Revolución Francesa tuvo en el exterior fueron causados no tanto por unos métodos y conceptos militares sino por cambios radicales en las diversas políticas y en la Administración, por el nuevo carácter del Gobierno, la distinta situación del pueblo francés, etc. El hecho de que los otros Gobiernos no comprendiesen estos cambios y su deseo de oponerse a fuerzas nuevas y arrolladoras con métodos tradicionales constituyeron errores políticos. ¿Habría una visión puramente militar de la guerra permitido a alguien detectar estos defectos y solucionarlos? La respuesta es no. Incluso si hubiese existido un estratega atento capaz de deducir todo el abanico de consecuencias a partir solamente de la naturaleza de los elementos hostiles y sobre la base de su fuerza profetizar sus efectos fundamentales, habría resultado prácticamente imposible actuar sobre la base de sus especulaciones.

Hasta que los estadistas no percibieron por fin la naturaleza de las fuerzas que habían surgido en Francia y comprendieron las nuevas situaciones políticas a las que se había llegado en Europa, no pudieron predecir el amplio efecto que todo esto tendría sobre la guerra; y sólo así pudieron comprender la graduación de los medios que habría que utilizar y cuál era la mejor manera de aplicarlos.

En resumen, podemos afirmar que los veinte años de triunfos revolucionarios se debieron principalmente a las políticas equivocadas de los enemigos de Francia.

Es verdad, que estos errores sólo se hicieron evidentes en el curso de las guerras, que defraudaron totalmente todas las ex-

pectativas políticas que se habían puesto en ellas. Pero el problema no fue que los estadistas hubieran ignorado la opinión de los soldados. El arte militar en el que los políticos confiaron era parte de un mundo que pensaban era real, una rama del arte de gobernar de su época, una herramienta familiar que había sido utilizada durante muchos años. Pero naturalmente, esa forma de la guerra compartía los errores de la política y, por tanto, no podía proporcionar una solución. Es verdad que la propia guerra había sufrido cambios significativos, tanto en carácter como en métodos, cambios que la habían acercado a su forma absoluta. Pero estos cambios no se produjeron porque el Gobierno francés se liberase, por así decirlo, del arnés de la política; fueron el resultado de las nuevas circunstancias políticas que la Revolución Francesa creó tanto en Francia como en Europa en su conjunto. Circunstancias que pusieron en movimiento nuevos medios y nuevas fuerzas y que, de este modo, hicieron posible un grado de energía en la guerra que de otra forma habría resultado inconcebible.

En consecuencia, la transformación del arte de la guerra fue el resultado de la transformación de la política. Por tanto, lejos de sugerir que una y otra podían separarse, estos cambios suponen una sólida prueba de su conexión indisoluble.

Digámoslo de nuevo: la guerra es un instrumento de la política. Debe tener necesariamente un carácter político y medirse con criterios políticos. Por tanto, la conducción de la guerra es, en sus grandes líneas, la política misma, que empuña la espada en lugar de la pluma, pero no por ello deja de pensar de acuerdo con sus propias leyes.

CAPÍTULO NUEVE

EL PLAN DE UNA GUERRA DISEÑADA PARA DERROTAR TOTALMENTE AL ENEMIGO

Tras haber examinado de manera más detallada los diversos objetivos que puede tener una guerra, nos ocuparemos ahora de la forma en que la guerra en su conjunto debería planificarse, examinando las tres fases que pueden corresponder a cada objetivo particular. Después de todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre el tema, podemos identificar dos principios fundamentales que subyacen a toda la planificación estratégica y que sirven para guiar las demás consideraciones.

El primer principio es que se debe averiguar dónde reside la esencia última de la fuerza del enemigo, reduciéndola al menor número de fuentes posibles e, idealmente, a una sola. El ataque sobre esas fuentes debe comprimirse en el menor número posible de acciones y, de nuevo, idealmente en una sola. Por último, todas las acciones menores deben subordinarse lo más posible. En resumen, el primer principio es: actuar con la máxima concentración.

El segundo principio es: actuar con la máxima velocidad. No debe permitirse ningún alto o desviación sin una buena razón.

La tarea de reducir las fuentes de la fuerza del enemigo a un único centro de gravedad dependerá de:

1. La distribución del poder político del enemigo. Si radica en las fuerzas armadas de un único Gobierno, normalmente no habrá problema. Si es compartido entre ejércitos aliados, uno de los cuales actúa simplemente como un aliado sin un interés especial propio, la tarea no es mucho más importante. Pero si es compartido por aliados unidos por un interés común, el problema pasa a ser la sinceridad de la alianza. Ya nos hemos ocupado antes de esta cuestión.

2. La situación en el teatro de la guerra en el que varios ejércitos están actuando. Si todas las fuerzas enemigas están concentradas en un único ejército en un teatro de la guerra, constituyen de hecho una unidad y no es necesario continuar con el examen de la cuestión. Pero si el enemigo en un único teatro consiste en ejércitos aliados separados, su unidad ya no es absoluta; sin embargo, estarán todavía lo suficientemente integrados como para que un ataque decidido sobre *uno* de ellos involucre al resto. Si los ejércitos actúan en teatros vecinos que no estén separados por grandes barreras naturales, uno de ellos puede tener todavía una influencia decisiva sobre los demás; pero con teatros alejados, con un teatro neutral o con cordilleras entre medias, la influencia en cuestión será dudosa y de hecho improbable y si los teatros se encuentran en los extremos opuestos del país atacado y las operaciones dirigidas contra ellos tienen, por tanto, que adoptar líneas divergentes, prácticamente dejarán de estar relacionados.

Si Prusia fuese atacada por Francia y Rusia simultáneamente, el efecto sobre la conducción de las operaciones sería como si hubiese dos guerras distintas. Sólo en las negociaciones de paz podría hacerse evidente su indispensable unidad.

Por el contrario, en la Guerra de los Siete Años las fuerzas austríacas y sajonas estaban prácticamente fusionadas: compartían la misma suerte, en parte porque desde el punto de vista de Federico sus teatros se encontraban en la misma dirección y en parte por la falta total de independencia política de Sajonia.

Aunque en 1813 Bonaparte tuvo que enfrentarse a numerosos enemigos, todos ellos le hicieron frente más o menos desde

la misma dirección. Sus distintas zonas de operaciones estaban estrechamente relacionadas y existía una gran interacción entre ellas. Si hubiese podido concentrar sus fuerzas en un punto y destruir a su enemigo principal, el destino del resto se habría decidido también. Si hubiese derrotado al ejército principal aliado en Bohemia y avanzado hacia Viena a través de Praga, Blücher, por muy buena voluntad que tuviese, no habría podido permanecer en Sajonia, habría sido llamado para ayudar en Bohemia y, sin duda, al príncipe heredero de Suecia le habría faltado voluntad para permanecer en la Marca de Brandenburgo.

Por otra parte, si Austria luchase contra Francia tanto en Italia como en el Rin, siempre le resultaría difícil producir un resultado positivo en ambos teatros asestando con éxito un golpe en uno de ellos. En primer lugar, porque los Alpes son una barrera demasiado grande y además porque las carreteras que van desde Austria al Rin y a Italia son divergentes. Francia tendría una tarea algo más fácil. En ambos casos, sus líneas de ataque convergerían en Viena y en el núcleo de la monarquía austríaca, y una victoria decisiva en un teatro sería decisiva también para el otro. Deberíamos añadir que si Francia asestase un golpe decisivo en Italia, tendría más efecto en el teatro renano de lo que sucedería si fuese al revés. Una ofensiva lanzada desde Italia amenazaría el centro de poder austríaco, mientras que las operaciones desde el Rin sólo amenazarían una de sus alas.

De esto se desprende que el concepto de poder enemigo separado y concentrado está presente en operaciones de cualquier nivel. Por tanto, el efecto que los acontecimientos en un teatro dado pueden tener en otro lugar sólo puede juzgarse caso por caso. Sólo así puede comprobarse hasta qué punto los diversos centros de gravedad del enemigo pueden reducirse a uno solo.

El principio de dirigir todo al centro de gravedad del enemigo sólo admite una excepción, a saber, cuando las operaciones secundarias parecen *excepcionalmente provechosas*. Pero debemos repetir que sólo una superioridad decisiva puede justificar la división de fuerzas sin que ello suponga un riesgo demasiado grande en el teatro principal.

Cuando el general Bülow entró en Holanda en 1814 lo hizo sobre la base de la suposición de que sus 30.000 hombres no sólo neutralizarían a un número igual de franceses, sino que permitirían también que los holandeses y los ingleses situasen fuerzas sobre el terreno que, de otra forma, no habían tenido ningún peso.

Por tanto, la primera tarea a la hora de planificar una guerra consiste en identificar los centros de gravedad del enemigo y, si es posible, reducirlos a uno solo.

La segunda tarea consiste en asegurarse de que las fuerzas que van a utilizarse contra ese punto están concentradas para una ofensiva principal.

En esta situación podemos encontrarnos con las siguientes razones para dividir nuestras fuerzas:

1. La disposición original de las fuerzas y, por tanto, la situación geográfica de los Estados atacantes.

Si la concentración supone desvíos y pérdida de tiempo y si los riesgos de avanzar por separado no son demasiado grandes, ese modo de actuar estaría justificado. Si se llevase a cabo una laboriosa unión sin necesidad y con un gran coste en tiempo, y el primer ataque no se realizase, por tanto, con el máximo impulso y velocidad, se estaría violando nuestro segundo principio general. Cuando hay una posibilidad de sorprender al enemigo, esta cuestión merece un examen particular.

El argumento tiene aún más peso si el ataque es llevado a cabo por aliados que no se encuentran uno detrás de otro, sino que se enfrentan al enemigo uno al lado del otro. Si Prusia y Austria luchasen contra Francia, hacer que ambos ejércitos empezasen desde el mismo lugar supondría una gran pérdida de tiempo y de fuerza. Para Prusia, la ruta natural hacia el corazón de Francia es desde el bajo Rin mientras que para Austria lo es desde el alto Rin. En consecuencia, no podría producirse ninguna unión sin cierto sacrificio y, por tanto, en cualquier caso que se presentase, la cuestión sería si ese sacrificio es necesario.

2. De un ataque mediante líneas independientes se pueden esperar mejores resultados.

Como lo que ahora examinamos es un ataque por separado contra un *único* centro, esto implica un ataque *concéntrico*. Un ataque por separado mediante líneas paralelas o divergentes podría considerarse como una *operación secundaria*, de lo cual ya hemos hablado.

Tanto en la estrategia como en la táctica un ataque convergente siempre puede ofrecer *mejores* resultados, pues, si tiene éxito, el enemigo no sólo es derrotado, sino que queda prácticamente cortado. Por tanto, el ataque convergente ofrece siempre

mejores perspectivas; pero como las fuerzas están divididas y el teatro se agranda, supone también un mayor riesgo. Como en el caso del ataque y la defensa, la forma más débil es la que puede ofrecer el mayor éxito.

Por tanto, todo depende de si el atacante se siente lo suficientemente fuerte como para ir tras un premio así.

En 1757, cuando Federico decidió invadir Bohemia, dividió sus fuerzas entre Sajonia y Silesia. Tenía dos razones principales. La primera, que ésa era la forma en que sus fuerzas se habían desplegado para pasar el invierno y una concentración de fuerzas habría privado al ataque de la sorpresa. La segunda era que su avance convergente amenazaba los dos teatros austríacos, tanto en el flanco como en la retirada. El riesgo que corría era que uno de sus ejércitos pudiese ser derrotado por una fuerza superior. Si los austríacos *no se daban cuenta* de esta posibilidad, tendrían que aceptar el combate en el centro o dejarse arrastrar fuera de su línea de comunicación en uno u otro flanco hasta llegar al desastre. Ése era el mayor éxito que el rey podía esperar de este avance. De hecho, los austríacos optaron por una batalla en el centro; pero tomaron posiciones en Praga, que estaba demasiado expuesta al ataque envolvente, y su inactividad proporcionó al ataque el tiempo que necesitaba para producir su máximo efecto. El resultado fue que su derrota se convirtió en una verdadera catástrofe, como prueba el hecho de que el general al mando se quedó encerrado en Praga con dos tercios del ejército.

Este brillante éxito al comienzo de la campaña se debió a que el rey se mostró dispuesto a correr el riesgo de un ataque convergente. ¿Quién podría criticar a Federico por creer que la precisión de sus movimientos, el vigor de sus generales y la alta moral de su ejército, en contraste con la torpeza de los austríacos, serían suficientes para garantizar el éxito? Sería erróneo dejar de lado estos factores morales e imaginar que la forma geométrica del ataque era lo único que importaba. Sólo hay que compararlo con la no menos brillante campaña de Bonaparte de 1796, cuando los austríacos sufrieron un notable castigo por su avance convergente hacia Italia. Dejando de lado el factor moral, los recursos con los que el general francés contaba en esa ocasión no eran mayores de lo que los austríacos tenían a su disposición en 1757. De hecho eran menores, puesto que el comandante austríaco, a diferencia de Bonaparte, no contaba con

inferioridad numérica con respecto a su enemigo. Por tanto, si hay razones para temer que un ataque dividido y convergente dará al enemigo la posibilidad de igualar su fuerza utilizando sus líneas interiores, es mejor no emplearlo. Si el despliegue de las fuerzas hace que resulte imprescindible, debe considerarse como un mal necesario.

Contemplado desde ese punto de vista, no es posible aprobar la forma en que Francia fue invadida en 1814. Los ejércitos ruso, austríaco y prusiano estaban concentrados en Frankfurt, en la ruta obvia y más directa hacia el centro de gravedad de Francia. Entonces fueron divididos de forma que un ejército invadiría desde Mainz y el otro pasaría primero por Suiza. La fuerza militar de Francia en ese momento era tan pequeña que no podía defender sus fronteras: por tanto, la única razón de una invasión convergente era que, si todo iba bien, un ejército tomaría Alsacia y Lorena mientras que el Franco Condado caería ante el otro. ¿Compensaba esta mínima ventaja el esfuerzo de atravesar Suiza? Somos perfectamente conscientes de que hubo otras razones igualmente equivocadas por las que se ordenó esa marcha, pero mencionamos la más relevante para el tema que nos ocupa.

Por otra parte, Bonaparte había demostrado con su magistral campaña de 1796 que sabía perfectamente cómo enfrentarse a una amenaza convergente y, aunque podía estar en clara inferioridad numérica, todo el mundo estaba dispuesto a admitir que desde un punto de vista moral era muy superior. Más tarde, al unirse a su ejército en Chalons y al subestimar en general a sus oponentes, casi logró atacar a los dos ejércitos por separado antes de que se reuniesen. Y, sin embargo, ¿qué débiles eran cuando se encontró con ellos en Briennel! Blücher sólo contaba con 27.000 de sus 65.000 hombres y de los 200.000 hombres del ejército principal sólo 100.000 estaban disponibles. No podían habérselo puesto más fácil a los franceses. Además, desde el mismo momento en que comenzó el avance, los ejércitos aliados no querían otra cosa que volver a tomar contacto.

Después de todas estas consideraciones creemos que, mientras que un ataque de líneas convergentes constituye en sí mismo un medio para el éxito, en general solamente debería ser el resultado del despliegue original de fuerzas y rara vez justifica desviarse de la línea de avance más corta y más sencilla.

3. La extensión de un teatro de operaciones puede constituir una razón para avanzar con fuerzas divididas.

Cuando un ejército comienza su ataque desde un punto dado y logra avanzar profundamente en territorio enemigo, el área que domina no se limita estrictamente a las carreteras que utiliza sino que se extiende cierta distancia a ambos lados. Pero su anchura dependerá mucho (utilizando una metáfora) de la solidez y cohesión del Estado oponente. Si el país enemigo está poco cohesionado, si su pueblo es poco aguerrido y ha olvidado cómo es la guerra, un invasor victorioso no tendrá grandes problemas para dejar una amplia franja de territorio en su retaguardia; pero si se enfrenta a una población valiente y leal, el área de seguridad recordará a un pequeño triángulo.

Para evitar ese riesgo debe arreglárselas para avanzar en un frente más amplio. Y si la fuerza del enemigo se concentra en un punto, el invasor sólo puede mantener esta anchura hasta entrar en contacto con él. Al aproximarse a la posición del enemigo debe reducirse. Eso es evidente.

Pero si la posición del enemigo tiene también cierta amplitud, sería sensato extender el frente propio en la misma medida. Tenemos en mente un único teatro de operaciones o varios teatros contiguos y por tanto nuestros comentarios evidentemente serán también aplicables a casos en que la ofensiva principal resuelva automáticamente todas las cuestiones de menor importancia.

¿Pero se puede confiar *siempre* en que eso ocurrirá? ¿Nos podemos permitir los riesgos que supondría que la influencia del objetivo principal sobre los objetivos secundarios no fuese suficiente? Quizás deberíamos examinar con más detenimiento este requisito, que un teatro de operaciones debiera tener cierta anchura.

Como de costumbre, es prácticamente imposible cubrir todos los casos que podrían darse; pero mantenemos que, con pocas excepciones, el resultado favorable sobre el objetivo principal llevará implícita también el de los objetivos secundarios. Ése es el principio en el que debería basarse siempre la acción a menos que haya razones evidentes que indiquen lo contrario.

Bonaparte invadió Rusia con la creencia lógica de que si destruía al ejército ruso principal, el éxito barrería también a las fuerzas rusas en el alto Dvina. En un primer momento, todo lo

que dejó para ocuparse de ellas fue el cuerpo de ejército de Oudinot; pero Wittgenstein atacó y Bonaparte tuvo que enviar también allí al VI Cuerpo de ejército.

Por otra parte, algunas de sus fuerzas habían sido destacadas inicialmente para hacer frente a Bagration; pero la retirada del centro ruso arrastró a Bagration y permitió a Bonaparte hacer volver a la fuerza que había destacado. Si Wittgenstein no se hubiera visto obligado a proteger la segunda capital⁸ habría seguido también la retirada del ejército principal al mando de Barclay.

Las victorias de Bonaparte en Ulm y Regensburg en 1805 y 1809 decidieron el destino de Italia y del Tirol, aunque Italia era un teatro autónomo bastante distante. Jena y Auerstádt en 1806 pusieron fin a cualquier amenaza que pudiera haber surgido en Westfalia, en Hesse o en la carretera de Fráncfort.

Entre los muchos factores que pueden influir en la resistencia en puntos secundarios, dos son particularmente significativos.

El primero es que en un país tan vasto y relativamente poderoso como Rusia, el golpe decisivo en el punto vital puede retrasarse bastante y no es necesaria una rápida concentración de todas las fuerzas.

El segundo factor surge cuando numerosas plazas fuertes confieren una autonomía poco habitual en un área secundaria, como por ejemplo en Silesia en 1806. No obstante, Bonaparte le concedió muy poca importancia y aunque tuvo que rodear Silesia en su avance hacia Varsovia, para ello destacó sólo a su hermano Jerónimo y a 20.000 hombres.

Si en un caso dado parece probable que el ataque sobre el objetivo principal no va a afectar a los menos importantes o si ya se ha comprobado que no les afecta, si el enemigo ya ha asignado fuerzas a esos puntos, será necesario destacar otra fuerza más adecuada para ocuparse de ellos, puesto que las líneas de comunicación no pueden quedar totalmente desprotegidas.

Se podría ser aún más prudente. Se podría pedir que el avance contra el objetivo principal llevase estrictamente el mismo paso que los avances contra los objetivos secundarios, de forma que, siempre que el enemigo no ceda en otros puntos, el avance principal se detenga.

Sin duda este enfoque no contradirá de manera directa nuestro principio de máxima concentración contra el objetivo prin-

⁸ San Petersburgo. [N. de los eds.]

cipal; pero su espíritu subyacente es totalmente contrario. Impondrá tal lentitud en el movimiento, tal parálisis en el ataque, creará tales oportunidades para el azar y perderá tanto tiempo que será, de hecho, totalmente incompatible con una ofensiva que tenga como objetivo la derrota del enemigo.

La dificultad se hace aún mayor si el enemigo puede retirar sus fuerzas de estos puntos secundarios a lo largo de líneas divergentes. ¿Qué será entonces de la unidad de nuestro ataque?

En consecuencia, nos debemos oponer terminantemente al principio que convierte al ataque en dependiente de operaciones secundarias y en su lugar afirmamos que una ofensiva que pretenda el desplome del enemigo fracasará si no se atreve a dirigirse como una flecha al corazón del Estado enemigo.

4. Una cuarta y última razón para avanzar con fuerzas divididas puede ser reducir los problemas de suministro.

Sin duda es mucho más agradable llevar a una pequeña fuerza a través de un área próspera que a un ejército poderoso a través de una pobre; pero esto último no es imposible si se hacen los preparativos adecuados y si el ejército está acostumbrado a las privaciones. Por tanto, la primera opción no debería tener tanta influencia en los planes como para justificar correr mayores riesgos.

Nos hemos ocupado de las razones que justifican dividir la fuerza y descomponer una operación en varias. Si esa división se realizase por una de estas razones, con una idea clara de su finalidad y tras sopesar cuidadosamente los pros y los contras, no nos atreveríamos a criticarla.

Pero cuando sucede lo más habitual y un Estado Mayor «entrenado» elabora un plan así de manera rutinaria y cuando hay que ocupar todos los teatros operativos como casillas de un tablero de ajedrez, cada uno con las unidades adecuadas antes de que empiece el verdadero movimiento; cuando los propios movimientos se realizan supuestamente con pericia para alcanzar su objetivo mediante intrincados itinerarios y combinaciones; cuando los ejércitos modernos tienen que dividirse exhibiendo un «arte consumado» para reunirse dos semanas después con el máximo riesgo, sólo podemos decir que abominamos de esta desviación del enfoque más directo, simple y sencillo para sumergirse deliberadamente en la confusión. Esa estupidez es más

probable cuando la guerra no está dirigida por el propio comandante en jefe de la manera indicada en nuestro capítulo inicial: es decir, como la actividad única de un individuo revestido de enormes poderes; o, en otras palabras, cuando un Estado Mayor poco realista cocina todo el plan a partir de recetas de media docena de aficionados.

Todavía debemos examinar la tercera parte de nuestro primer principio: a saber, mantener cada operación secundaria todo lo subordinada que sea posible.

Si queremos concentrar toda la acción militar en un único objetivo y si, en la medida de lo posible, una *única* operación masiva se concibe como el medio de alcanzarlo, los demás puntos en los que los oponentes estén en contacto deben perder parte de su independencia y convertirse en operaciones subordinadas. Si absolutamente todo pudiese concentrarse en una acción, esos otros puntos de contacto estarían totalmente neutralizados. Pero esto rara vez es posible; por tanto, el problema es mantenerlos rigurosamente dentro de unos límites y asegurarse que no hacen que se desvíe demasiada fuerza de la operación principal.

Además, mantenemos que el plan de operaciones debería respetar esta tendencia incluso cuando toda la resistencia del enemigo no pueda ser reducida a un único centro de gravedad y cuando, como ya dijimos en su momento, haya que librar simultáneamente dos guerras prácticamente distintas. Aun así, deberá tratarse a una de ellas como la operación *principal*, que absorberá el grueso de los recursos y de las actividades.

En este sentido, es aconsejable actuar *de manera ofensiva* sólo en este teatro y permanecer a la defensiva fuera de él, donde un ataque sólo estaría justificado si circunstancias excepcionales invitasen a ello. Además, en los puntos secundarios, la defensa debería mantenerse con el mínimo de fuerza y debería sacarse provecho de todas las ventajas que esa forma de resistencia ofrece.

Esta visión será aplicable aún más a cualquier teatro de operaciones en el que varios ejércitos aliados enemigos estén relacionados de tal forma que todos ellos se vean afectados cuando el centro de gravedad común es golpeado.

Por tanto, frente a un enemigo que constituya el objetivo de la ofensiva principal, no puede haber nada parecido a una defensa en teatros de operaciones secundarios. Esa ofensiva consiste en el ataque principal y en los ataques secundarios que

exijan las circunstancias. De esta forma, desaparece toda necesidad de defender cualquier punto que la ofensiva no cubra directamente. Lo que importa es el resultado favorable principal. Compensará cualquier pérdida. Si las fuerzas son suficientes para que sea razonable pretender alcanzar un resultado importante, la *posibilidad de fracaso* ya no podrá ser una excusa para intentar protegerse en otros lugares, porque esto haría que la derrota en la batalla decisiva fuese mucho más probable e introduciría, por tanto, en nuestras acciones un elemento de contradicción.

Pero aunque la operación principal debe gozar de prioridad sobre nuestras acciones secundarias, debe concederse la misma prioridad a todas sus partes. La decisión sobre qué fuerzas de cada teatro avanzarán hacia el centro de gravedad común se toma normalmente sobre la base de extrañas razones; por tanto, todo lo que decimos es que hay que hacer un *esfuerzo* para asegurarse de que la operación principal tiene *prioridad*. Cuanto más nos demos cuenta de esa prioridad, más fácil será todo y menos será lo que se deje al azar.

El segundo principio es la rápida utilización de nuestras fuerzas.

Cualquier pérdida innecesaria de tiempo, cualquier desviación innecesaria constituye un desperdicio de fuerza y por tanto es aborrecible desde el punto de vista del pensamiento estratégico. Aún resulta más importante recordar que prácticamente la única ventaja del ataque radica en su sorpresa inicial. La velocidad y el ímpetu son sus elementos más poderosos y normalmente son indispensables si queremos derrotar al enemigo.

De este modo, la teoría exige que se siga el camino más corto hacia el objetivo. Las discusiones sin fin sobre si moverse hacia la izquierda o hacia la derecha, hacer esto o aquello, resultan ociosas.

Si recordamos lo que dijimos en el capítulo⁹ sobre los objetivos del ataque estratégico y en la parte del capítulo cuatro dedicada a la influencia del tiempo, creemos que no serán necesarias más explicaciones para demostrar que a este principio debería dársele la prioridad que para él reclamamos.

Bonaparte nunca lo olvidó, siempre prefirió el camino más corto entre dos ejércitos o entre dos capitales.

Surge ahora la pregunta de qué constituye la operación principal, a la que hemos convertido en el centro de todo lo demás y para la que hemos demandado una ejecución tan rápida y directa.

En el capítulo cuatro explicamos qué entendemos por la derrota del enemigo y el alcance que ésta puede tener en general, y no es necesario volver a repetirlo. Cualquiera que resulte ser el final en una actuación dada, el inicio es invariablemente el mismo: la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo, lo que implica una victoria importante y su destrucción de hecho. Cuanto antes se pueda optar a esa victoria, es decir, cuanto más cerca de nuestras fronteras, *más fácil* resultará. Cuanto más tarde se libre la batalla, es decir, cuanto más en el interior del territorio enemigo, *más decisivo* resultará su efecto. Aquí como en todas partes, la facilidad del éxito y su magnitud están a cada lado de la balanza.

En consecuencia, a menos que seamos tan fuertes que la victoria sea segura, si es posible debemos ir al encuentro de la fuerza principal del enemigo. Decimos «si es posible» porque si supone desviaciones importantes, tomar la carretera equivocada y perder tiempo, podría fácilmente ser un error. Si la fuerza principal del enemigo no está en nuestra línea de avance y si otras razones hacen que sea imposible ir a su encuentro, nos encontraremos con él más tarde, puesto que al final no puede eludir enfrentarse con nosotros. En ese caso, como ya hemos explicado, la batalla se libra en circunstancias menos favorables, lo que constituye una desventaja que debemos aceptar. Sin embargo, si ganamos la batalla, nuestra victoria será aún más decisiva.

De lo anterior se desprende que si en este caso hipotético el ejército principal del enemigo se encuentra en nuestra línea de avance, sería erróneo rodearlo deliberadamente; al menos si nuestro motivo para hacerlo es que nuestra victoria resulte más fácil. Por el contrario, las premisas sugieren que podemos evitar al enemigo siempre que seamos considerablemente superiores, para hacer que nuestra victoria final sea más decisiva.

Hemos estado hablando de una victoria total. Es decir, no simplemente de una batalla ganada, sino de la derrota total del enemigo. Una victoria así exige un ataque envolvente o una batalla con frentes invertidos, pues de una u otra forma el resultado será siempre decisivo. Por tanto, resulta fundamental que cualquier plan de operaciones prevea esto, tanto por lo que se

⁹ Libro VII, capítulo tres. [N. de los eds.]

refiere a las fuerzas que requiere como a la dirección que hay que darles. Diremos algo más acerca de este tema en el capítulo dedicado a la planificación de una campaña¹⁰.

Por supuesto, no es imposible que una batalla acabe en victoria total, aunque se libere en frentes paralelos, y la historia militar puede ofrecernos ejemplos: pero casos así son escasos y lo son cada vez más a medida que los ejércitos se igualan los unos con los otros en entrenamiento y habilidad. Hoy en día ya no se capturan veintidós batallones en un solo pueblo como sucedió con Blenheim.

Una vez que se logra una victoria importante, no hay lugar para hablar de descanso, de un respiro, de reajustar la posición, consolidarla, etc. sino sólo para la persecución, volver a ir contra el enemigo si es necesario, conquistar su capital, atacar sus reservas y cualquier otra cosa que pueda ayudar o aliviar a su país.

Si la marea de la victoria nos lleva más allá de sus plazas fuertes la cuestión de sitiarlas o no dependerá de nuestra fuerza. Si nuestra superioridad es muy grande, perderemos menos tiempo tomándolas lo antes posible; pero si no estamos seguros de que nos esperen nuevos éxitos, debemos asediarlas con las menores fuerzas posibles, lo que impide pensar en un asedio en regla. Desde el momento en que el asedio de las plazas fuertes nos obliga a suspender el avance, la ofensiva *por norma general* habrá alcanzado su punto culminante. Por tanto, pedimos que la fuerza principal continúe avanzando rápidamente y mantenga la presión. Ya hemos descartado la idea de que un avance hacia el objetivo principal deba esperar al éxito en puntos secundarios. Por tanto, por norma general, la fuerza principal no dejará en su retaguardia más que una estrecha banda que puede considerar como propia y que forma su teatro de operaciones. Como ya hemos visto, esto puede detener el impulso en el frente y supone algunos riesgos para el atacante. Es un problema: ¿puede suceder que estas tendencias no alcancen el punto en el que el avance ha de detenerse? Es muy posible, pero de la misma manera que hemos dicho que sería un error intentar evitar desde el principio un teatro de operaciones estrecho y por tanto privar al ataque de su impulso, creemos que mientras el general no haya derrotado al enemigo, mientras se crea lo suficiente-

mente fuerte como para alcanzar sus objetivos, debe perseverar. Puede que lo haga con cada vez más peligro, pero su éxito será aún mayor. Si alcanzase un punto más allá del cual no se atreviera a ir, si creyese que debía extenderse a derecha e izquierda para proteger su retaguardia, que así sea: muy probablemente su ataque habrá alcanzado su punto culminante. Su impulso se ha agotado; y si el enemigo todavía sigue intacto, probablemente, en cualquier caso, no tiene mucho futuro.

Todo lo que el general puede hacer para continuar su ofensiva, tomando plazas fuertes, desfiladeros y provincias, significa todavía un progreso lento. Pero el progreso es relativo, ya no absoluto. La retirada precipitada del enemigo se ha detenido; puede estar preparándose para rehacer su resistencia y ahora es posible que incluso si el atacante está mejorando todavía su posición, el defensor, haciendo lo mismo, esté mejorando sus posibilidades día tras día. En resumen, repetimos que una vez que se ha hecho necesaria una pausa, como norma general, el avance ya no puede volver a iniciarse.

Todo lo que exige la teoría es que mientras el objetivo sea la derrota del enemigo, el ataque no debe interrumpirse. Si el general renuncia a este objetivo porque considera que el riesgo que le espera es demasiado grande, hará bien en parar y extender su frente. De acuerdo con la teoría sólo habrá algo que objetar si lo hace para facilitar la derrota del enemigo.

No somos tan necios como para sugerir que en la historia no hay ningún ejemplo de un Estado que haya sido llevado a una situación extrema de forma gradual. La tesis que proponemos no es una verdad absoluta que no admite ninguna excepción, sino que se basa simplemente en el curso normal y probable de los acontecimientos. Además, debemos establecer si el declive de un Estado fue resultado gradual de un proceso histórico o la consecuencia de una sola campaña. Aquí sólo nos preocupa el segundo caso, pues sólo en él las fuerzas están en tal tensión que o superan la carga que recae sobre ellas o están en peligro de sucumbir. Si durante el primer año la lucha proporciona una ligera ventaja y durante el segundo hace que ésta aumente de forma que nos aproximemos poco a poco al objetivo, el peligro no será muy grave en ningún sitio, pero precisamente por esa razón estará aún más extendido. Cada pausa entre un éxito y el siguiente proporciona al enemigo nuevas oportunidades. Un éxito tiene poca influencia sobre el siguiente y con frecuencia

¹⁰ Este capítulo nunca fue escrito. [N. de los eds.]

ninguna. La influencia puede ser también adversa, pues el enemigo puede recuperarse y cobrar ánimos para ofrecer una mayor resistencia o tener ayuda de alguna otra parte. Pero cuando un único impulso está presente desde el principio hasta el final, la victoria de ayer garantiza la de hoy y un fuego empieza otro. Por cada caso de un Estado reducido a la ruina por golpes sucesivos (lo que significa que el tiempo, el mecenas del defensor, se ha pasado al otro bando) ¡cuántos habrá en los que el tiempo haya arruinado los planes del atacante! Baste citar el resultado de la Guerra de los Siete Años, en la que los austriacos trataron de alcanzar su objetivo con tanta parsimonia, prudencia y cautela que no lo alcanzaron en absoluto.

A la luz de todo esto no podemos considerar que la preocupación por un teatro de operaciones seguro y sólidamente administrado, esté estrechamente relacionado con el impulso ofensivo y en cierto sentido lo compense. Por el contrario, consideramos que las desventajas ligadas a la ofensiva son males inevitables que no deberían merecer nuestra atención hasta que el avance ya no nos haga concebir nuevas esperanzas¹¹.

El caso de Bonaparte en 1812, lejos de socavar nuestro argumento, lo confirma.

Su campaña fracasó no porque avanzara demasiado rápido y demasiado lejos, como se suele creer, sino porque la única manera de alcanzar el éxito fracasó. Rusia no es un país que se pueda conquistar formalmente, es decir, ocupar, sin duda no con la fuerza actual de los Estados europeos y ni siquiera con el medio millón de hombres que Bonaparte movilizó para ese fin. Sólo la debilidad interna, sólo las consecuencias de la desunión pueden llevar a un país así a la ruina. Para golpear contra estas debilidades de su vida política es necesario avanzar hasta el corazón del Estado. Sólo si llegaba a Moscú con todo su poderío, podía Bonaparte hacer tambalear el valor del Gobierno y la lealtad y firmeza del pueblo. En Moscú esperaba encontrar la paz; ése era el único objetivo racional de guerra que se podía marcar.

Hizo avanzar a su fuerza principal contra la de los rusos. Estos fueron retrocediendo delante de él, pasaron el campamento de Drissa y no pararon hasta que llegaron a Smolensko. Obligó a Bagration a retirarse también, derrotó a los dos ejércitos

rusos y ocupó Moscú. Actuó como siempre lo había hecho. Así es como había logrado dominar Europa y ésta era la única manera en que lo podría haber hecho. Nadie, que en sus campañas anteriores admirase a Bonaparte como el más grande de los comandantes, debería sentirse superior a él en relación con esta última.

Es legítimo juzgar un acontecimiento por su resultado, pues éste es el criterio más sensato. Pero no puede pretenderse hacer pasar por una prueba de la sabiduría humana un juicio basado sólo en el resultado. Descubrir por qué una campaña fracasó no es lo mismo que criticarla; pero si seguimos adelante y demostramos que las causas podían y deberían haber sido vistas y contrarrestadas con medidas, asumimos el papel del crítico y nos situamos por encima del general.

Cualquiera que afirme que la campaña de 1812 fue absurda por su enorme fracaso, pero que la habría considerado una idea magnífica si hubiese funcionado, demuestra una falta total de criterio.

Supongamos que Bonaparte hubiese esperado en Lituania, como la mayor parte de sus críticos creen que debería haber hecho, para asegurar sus plazas fuertes (de las cuales, por cierto, Riga, situada hacia un lado, era realmente la única que merecía ese nombre; Bobruisk es un lugar insignificante) habría tenido que realizar operaciones defensivas sin ningún interés durante el invierno. Los críticos habían sido los primeros en exclamar «¡Este Bonaparte ya no es el que era! El hombre que solía sellar sus conquistas de Estados enemigos mediante victorias en sus últimas empalizadas, como en Austerlitz y Friedland, ni siquiera ha forzado su primera gran batalla. Moscú, la capital del enemigo, está indefensa, lista para la rendición. ¿Por qué no la ha tomado, dejándola como un punto de reunión para nuevas resistencias? ¡Tuvo la increíble suerte de sorprender a este lejano gigante con la misma facilidad con que hubiese tomado una ciudad cercana o con la que Federico arrolló a la pequeña y vecina Silesia, y no explota esta ventaja. Detiene su avance triunfal como si el demonio le siguiera los talones!». Ésas serían más o menos las palabras que habríamos oído, pues ésa es la forma en la que la mayor parte de los críticos elaboran sus juicios.

Mantenemos que la campaña de 1812 fracasó porque el Gobierno ruso mantuvo la calma y el pueblo se mantuvo leal y firme. La campaña no podía tener éxito. Puede que Bonaparte

¹¹ Aquí seguimos el texto de la segunda edición, puesto que el de la primera aparece irremediabilmente viciado. [N. de los eds.]

se equivocase en iniciarla; al menos, el resultado demuestra claramente que calculó mal; pero consideramos que si ése iba a ser su objetivo no había, en términos generales, otra forma de alcanzarlo.

Preocupado por no verse envuelto en el Este en una guerra defensiva interminable y costosa, además de la que ya estaba librando en el Oeste, Bonaparte intentó el único medio de que disponía, un ataque osado que obligaría a su desmoralizado oponente a firmar la paz. Debía aceptar el riesgo de perder su ejército en el proceso; ésa era la apuesta en juego, el precio de sus enormes esperanzas. Puede que fuese culpa suya si su ejército fue castigado más severamente de lo necesario. Pero la culpa no puede achacarse a la profundidad con la que penetró en Rusia; ése era su objeto y resultaba inevitable. La culpa la tuvieron su retraso en iniciar la campaña, las vidas que malgastó con sus tácticas, la forma en que desatendió las cuestiones de los suministros y de su línea de retirada. Por último, permaneció demasiado tiempo en Moscú.

No es un argumento importante en contra nuestra señalar que los rusos lograron obstruir el camino en el Beresina, con la esperanza de cortar su retirada. La batalla demostró precisamente lo difícil que resulta alcanzar un objetivo así. Las circunstancias eran las peores que se podían imaginar, pero, a pesar de todo, los franceses lograron abrirse camino. Todo este episodio dio mayor profundidad a la catástrofe, pero no la causó. En segundo lugar, fue la inusual naturaleza del país lo que permitió a los rusos conseguir todo lo que consiguieron, pues si la carretera principal no hubiese cruzado las marismas del Beresina con sus difíciles accesos arbolados, habría resultado aún menos factible cortar al ejército francés. En tercer lugar, la única manera de protegerse frente a ese riesgo habría sido avanzar con un frente de cierta anchura. Sobre esta cuestión ya advertimos que una vez que nos hemos comprometido con un avance en el centro, dejando a la vez ejércitos detrás nuestro como protecciones de flanco a izquierda y derecha, cualquier contratiempo de alguno de ellos nos haría retirar nuestro centro. En ese caso poco podría esperarse de la ofensiva.

Tampoco puede decirse que Bonaparte descuidase sus flancos. Una fuerza superior hizo frente a Wittgenstein. En Riga había una fuerza de asedio adecuada que, dicho sea de paso, resultó superflua; y Schwarzenberg en el sur tenía 50.000 hom-

bres con lo que superaba en número a Tormasov e incluso casi igualaba la fuerza de Chichagov. Además estaba también Victor con 30.000 hombres como reserva central. Incluso en el período más crítico, en noviembre, cuando la fuerza de los rusos había aumentado mientras que la de los franceses estaba ya muy mermada, los rusos todavía no eran sensiblemente superiores en la retaguardia del ejército de Moscú. Wittgenstein, Chichagov y Sacken disponían entre todos de 110.000 hombres, Schwarzenberg, Reynier, Victor, Oudinot y St. Cyr todavía sumaban 80.000. El más cauteloso de los generales en movimiento, difícilmente habría dado a sus flancos una protección mayor que ésa. De los 600.000 hombres que cruzaron el Niemen en 1812, Bonaparte podía haber hecho volver a un cuarto de millón en lugar de los 50.000 que lo volvieron a cruzar al mando de Schwarzenberg, Reynier y Macdonald, si no hubiese cometido los errores de los que le culpamos; pero la campaña habría seguido siendo un fracaso. Sin embargo, en teoría, no habría habido nada que criticar, pues en un caso así la pérdida de más de la mitad de un ejército no es infrecuente. Si nos llama la atención es sólo por la magnitud de la expedición.

Hasta aquí lo que se refiere a la operación principal. La forma que debe adoptar y los riesgos que le son propios. Por lo que respecta a las operaciones secundarias, subrayaremos que todas tienen un objetivo común. Pero este objetivo debe ser tal que no paralice las actividades de las diversas partes. Si alguien invadiese Francia desde el alto y medio Rin y desde Holanda con intención de unirse en París y se ordenase a cada ejército que no corriese riesgos, que se mantuviese intacto en la medida de lo posible hasta que alcanzase el punto de reunión, describiríamos ese plan como *calamitoso*. Sin duda se produciría una especie de equilibrio entre los tres y provocaría retrasos, apocamiento y dudas en cada uno de ellos. Sería mejor encomendar a cada ejército su propia misión e insistir únicamente en la unidad de acción en el punto en que sus diversas actividades coincidan de manera natural.

La división de fuerzas para volverlas a reunir unos días más tarde es una característica de prácticamente todas las guerras, pero básicamente no tiene sentido. Si una fuerza es destacada debería saber el porqué y el *propósito* tendría que ser conocido. Este objetivo no puede consistir simplemente en una reunión posterior como si se estuviese bailando una cuadrilla.

Por tanto, si los ejércitos atacan en teatros de operaciones diferentes, cada uno debería tener un objetivo distinto. Lo que *importa* es que en todas partes los ejércitos utilicen toda su energía, no que todos ellos obtengan beneficios proporcionales.

Si a un ejército su tarea le resulta demasiado difícil porque la disposición defensiva del enemigo no es la que esperaba, o si se ve perseguido por la mala suerte, las acciones de los otros no deben modificarse o un éxito general será poco probable desde el principio. Sólo si la mayoría de ellos son desafortunados o si las operaciones principales fracasan, es correcto y necesario que los otros se vean afectados. En ese caso, es el propio plan el que ha ido mal.

Esa regla debería aplicarse también a los ejércitos y destacamentos a los que originalmente se ha dado un papel defensivo pero a los que sus éxitos les permiten pasar a la ofensiva, a menos que se prefiera transferir estas unidades sobrantes al punto principal de la ofensiva. La cuestión girará principalmente en torno a la topografía del teatro de operaciones.

¿Pero qué pasa entonces con la forma geométrica y la unidad del ataque en su conjunto? ¿Qué sucede con los flancos y las retaguardias de las columnas contiguas a las unidades operativas? Es exactamente esa clase de actitud la que nos preocupa especialmente combatir. Hacer que una ofensiva importante se ajuste a un cuadrado geométrico es perderse en un falso sistema intelectual.

En el capítulo quince del libro III demostramos que el elemento geométrico es menos eficaz en la estrategia que en la táctica y aquí sólo es necesario que repitamos la conclusión: los éxitos concretos en determinados puntos, especialmente en la ofensiva, merecen mucha más atención que la forma geométrica que gradualmente puede aparecer como consecuencia la suerte cambiante del ataque en un punto u otro.

En cualquier caso, teniendo en cuenta las grandes áreas de las que se ocupa la estrategia, es adecuado dejar que el comandante en jefe se ocupe de los argumentos y decisiones que conforman el modelo geométrico de las partes y por tanto ningún comandante subordinado tiene derecho a preguntar qué está haciendo o dejando de hacer su vecino. Se le puede decir simplemente que cumpla sus órdenes. Si se produjera un serio trastorno, el comandante supremo lo podría arreglar. De esta manera, se puede retirar la objeción hecha a las operaciones

independientes, es decir, la confusión de realidades por una nube de temores y suposiciones que impregna el verdadero curso de los acontecimientos, de forma que cada contratiempo no sólo afecta a la parte que lo sufre sino que contagia a todo el resto y que da un amplio margen a las debilidades y antipatías personales de los comandantes subordinados. No creemos que este punto de vista pueda parecerles paradójico a quienes han dedicado mucho tiempo y esfuerzo al estudio de la historia militar, han aprendido a distinguir entre lo que es fundamental y lo que no lo es, y se han dado plenamente cuenta de la influencia de las debilidades humanas.

Como todos los soldados experimentados admitirán, incluso desde el punto de vista táctico, es difícil hacer que un ataque en varias columnas independientes sea un éxito mediante una buena coordinación de cada parte. ¡Y aún más difícil resultaría, por no decir imposible, hacer lo mismo en la estrategia, con sus enormes intervalos!. En ese caso, si una coordinación exenta así de problemas de todas las partes, es una precondition para el éxito, un ataque estratégico de esa clase debería simplemente evitarse. Pero por otra parte, nunca se es totalmente libre de rechazarlo pues puede ser impuesto por circunstancias que no podemos alterar; mientras que, por otro lado, esa buena coordinación de cada parte de la acción desde el principio hasta el final, no es necesaria ni siquiera en la táctica, cuando menos en la estrategia. Por tanto, desde el punto de vista de la estrategia aún hay más motivo para ignorarla; y es aún más importante insistir en que hay que asignar a cada parte una tarea independiente.

Debemos añadir un comentario importante relativo a la división adecuada del trabajo.

En 1793 y 1794 el principal ejército austríaco estaba en los Países Bajos, mientras que el ejército prusiano estaba en el alto Rin. Entonces las tropas austríacas marcharon desde Viena hacia Condé y Valenciennes, cruzando el itinerario de los prusianos que iba desde Berlín a Landau. Es cierto que los austríacos tenían que defender sus provincias belgas y que habrían recibido con agrado cualquier conquista realizada en Flandes francés, pero esa preocupación no era razón suficiente para esas disposiciones y tras la muerte del príncipe Kaunitz, el ministro austríaco Thugut decidió renunciar totalmente a los Países Bajos para lograr una mejor concentración de sus fuerzas. Austria está

de hecho a una distancia dos veces mayor de Flandes que de Alsacia y en una época en que las tropas estaban estrictamente limitadas y había que pagar por sus suministros en metálico, esa no era una cuestión baladí. Pero Thugut tenía otra cuestión en mente. Quería enfrentarse a Holanda, Inglaterra y Prusia, las potencias que tenían un interés mayor en la defensa de los Países Bajos y del bajo Rin, con la urgencia del peligro y la necesidad de hacer mayores esfuerzos. Sus cálculos resultaron erróneos porque en ese momento no había forma de hacer que el Gobierno prusiano cambiara su política; pero estos acontecimientos demuestran la influencia que las consideraciones políticas tienen en el desarrollo de la guerra.

Prusia no tenía nada que defender o que conquistar en Alsacia. Su marcha en 1792 a través de Lorena hacia Champaña se hizo por espíritu caballeresco, pero como según resultaron las cosas la operación no prometía mucho más, continuó la guerra sin entusiasmo. Si las tropas prusianas hubiesen estado en los Países Bajos habrían estado a las puertas de Holanda, que consideraban prácticamente como las suyas, habiéndolas ocupado en 1787; de ese modo habrían cubierto el bajo Rin y con él la parte de Prusia que estaba más cerca del teatro de operaciones. A través de sus subsidios, Prusia también tenía una alianza más estrecha con Inglaterra y de esa forma se habría visto envuelta con menos facilidad en las maquinaciones de las que en esa época fue culpable.

Por tanto, habría sido mucho más eficaz si los austríacos hubiesen situado su fuerza principal en el alto Rin y los prusianos la suya en los Países Bajos, donde Austria había dejado sólo un modesto cuerpo de ejército.

Si en 1814 al mando del ejército de Silesia hubiese estado el general Barclay en vez del emprendedor mariscal Blücher, y Blücher hubiese permanecido con el ejército principal al mando de Schwarzenberg, la campaña podía haberse venido completamente abajo. De la misma forma, si al emprendedor Laudon no se le hubiese asignado Silesia, la parte más fuerte de Prusia, como teatro de operaciones, si no se hubiese puesto bajo sus órdenes el ejército del Sacro Imperio Romano, toda la Guerra de los Siete Años podía haber acabado de forma diferente.

Para estudiar este tema con más detenimiento examinemos las características principales de los casos siguientes.

El primero es cuando la guerra se libra conjuntamente con otras potencias que no son sólo nuestros aliados sino que tienen intereses propios independientes.

El segundo es cuando un ejército aliado acude a nuestra ayuda.

El tercero es cuando lo único que importa son las personalidades de los comandantes.

En los dos primeros casos la cuestión es si es mejor que las diversas tropas aliadas se mezclen, de forma que los ejércitos tengan grandes unidades de diferentes nacionalidades como se hizo en 1813 y 1814 o que se mantengan separadas lo más posible, de forma que cada una juegue un papel independiente. Sin duda el primero constituye un mejor plan; pero requiere un raro grado de amistad e interés común. Con las fuerzas integradas de ese modo, a sus Gobiernos les resultaría mucho más difícil perseguir sus intereses particulares; y por lo que respecta al egoísmo de los comandantes, en esas circunstancias su dañina influencia sólo puede hacerse notar entre los comandantes subordinados, es decir, en el ámbito táctico, y aún así con menos libertad y con menos impunidad que si los contingentes nacionales estuviesen completamente separados. En el último caso se entrará en el ámbito de la estrategia y se verán afectadas cuestiones cruciales, pero como ya hemos dicho se requiere un raro grado de discreción por parte de los Gobiernos. En 1813 la necesidad empujó a todo el mundo en esa dirección. Aún así no se puede hablar demasiado favorablemente del zar de Rusia. Aunque dirigía el mayor ejército sobre el terreno y nuestro destino estuvo en su mayor parte en sus manos, colocó sus fuerzas al mando de generales prusianos y austríacos y no hizo el menor intento de dirigir una fuerza rusa independiente.

Si no es posible integrar las fuerzas de ese modo, es mejor mantenerlas completamente por separado en vez de parcialmente. La peor de las situaciones se produce siempre cuando dos generales autónomos de diferentes nacionalidades comparten un teatro, como sucedió con frecuencia con las fuerzas rusas, austríacas e imperiales en la Guerra de los Siete Años. Si las fuerzas están totalmente separadas es más fácil repartir las cargas; de esa forma cada ejército padecerá sólo la suya. Por tanto, las circunstancias estimularán a cada uno a realizar mayores esfuerzos. Pero si están en un estrecho contacto, o incluso en el mismo teatro de operaciones, eso no sucederá; lo

que es más, si una de ellas demuestra mala fe, las otras quedarán paralizadas.

Una separación total no hará ningún mal en el primero de los tres casos que he esbozado, pues normalmente los intereses de cada Estado decidirán cómo deberán ser utilizadas las fuerzas. Puede que no ocurra lo mismo en el segundo caso, por lo que entonces normalmente no queda más opción que colocar nuestras tropas totalmente a la disposición del ejército aliado, suponiendo que la dimensión de este último resulte adecuada. Los austriacos lo hicieron así al final de la campaña en 1815, como lo habían hecho los prusianos en 1807.

Por lo que respecta a las características personales de los comandantes, todo depende de cada individuo, pero debemos hacer un comentario general. Aunque a menudo se haga, los ejércitos secundarios no deberían ponerse al mando de los hombres más sensatos y prudentes. En este caso, los hombres adecuados son los más *emprendedores*, porque debemos insistir que en operaciones estratégicas separadas lo más importante es que cada parte lo haga lo mejor que pueda y desarrolle plenamente su potencial. Cualquier error cometido en un punto puede repercutir negativamente en los éxitos obtenidos en otros lugares. Pero sólo se puede garantizar que cada uno realice el máximo esfuerzo posible si todos los comandantes son hombres enérgicos, animosos y ambiciosos con una gran energía interna. La deliberación fría y objetiva sobre la necesidad de actuar rara vez es suficiente.

Por último, debemos decir que siempre que sea posible hay que asignar a las tropas y comandantes misiones y áreas adecuadas a sus cualidades especiales. Los ejércitos regulares, las mejores tropas, la caballería numerosa, los generales de mayor edad, sabios y prudentes deberían utilizarse en el campo abierto; la milicia, las levadas nacionales, la chusma movilizadas apresuradamente y los generales jóvenes y emprendedores en terreno boscoso, áreas montañosas y desfiladeros; y las fuerzas auxiliares en áreas prósperas donde puedan disfrutar.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre los planes de operaciones en general, particularmente en este capítulo, y sobre los planes dirigidos a alcanzar la derrota total del enemigo, pretendía hacer hincapié en su finalidad para sugerir a continuación principios que pudiesen guiar las disposiciones operativas. Deseábamos comprender claramente lo que queremos y debe-

ríamos hacer en una guerra así; hacer hincapié en lo fundamental y lo general; dejar un margen para lo individual y accidental; pero eliminar todo lo que sea *arbitrario, infundada, trivial, inverosímil o excesivamente sutil*. Si lo hemos conseguido habremos cumplido nuestra tarea.

Si a alguien le sorprende no encontrar aquí nada sobre cómo envolver un río, dominar un área montañosa desde sus alturas, rodear una posición fuerte o encontrar la llave de todo un país, no habrá comprendido cuál es nuestro propósito; además, nos tememos que todavía no comprende los elementos fundamentales de la guerra.

En libros anteriores nos hemos ocupado de estos detalles de manera general y hemos llegado a la conclusión de que pueden ser mucho menos importantes de lo que normalmente se piensa. El papel que pueden o deben jugar en una guerra en la que se pretenda derrotar al enemigo es aún menor. Sin duda no puede afectar al plan general.

La estructura en el mando supremo ocupará un capítulo especial al final del presente libro¹². Para concluir el presente capítulo ofreceremos un ejemplo.

Si Austria, Prusia, la Confederación Alemana, los Países Bajos e Inglaterra decidiesen hacer la guerra a Francia, permaneciendo Rusia neutral, un caso que el último siglo y medio ha visto a menudo, tendrían la suficiente capacidad como para librar una guerra ofensiva con el objeto de derrotar totalmente al enemigo. A pesar de lo grande y poderosa que es Francia, la mayor parte de su territorio podría verse invadido por ejércitos hostiles; París estaría en manos enemigas y los recursos de Francia quedarían reducidos a unos niveles inadecuados, sin que ningún otro Estado, aparte de Rusia, pudiese ofrecerle una ayuda verdaderamente eficaz. España está demasiado lejos y mal situada; los Estados italianos son demasiado débiles e inestables. Sin contar sus posesiones de ultramar, los países citados tienen 75 millones de habitantes a los que recurrir, mientras que Francia sólo cuenta con 30 millones. Haciendo un cálculo conservador, el ejército que podría situarse sobre el terreno para un ataque realmente serio contra Francia podría estar compuesto de la manera siguiente:

¹² Nunca se escribió este capítulo. [N. de los eds.]

Austria	250.000 hombres
Prusia	200.000
Resto de Alemania	150.000
Países Bajos	75.000
Inglaterra	50.000
Total	725.000

Si una fuerza así se pusiese de hecho sobre el terreno sería sin duda muy superior a cualquiera que Francia pudiese situar enfrente. Bajo Bonaparte, nunca contó con una fuerza tan numerosa. Descontando las tropas necesarias para guarnecer plazas fuertes y depósitos y para vigilarla costa, no hay duda que los aliados tendrían una superioridad significativa en el teatro principal; y esta superioridad sería la primera consideración en su plan para provocar el hundimiento de Francia.

El centro de gravedad de Francia está en las fuerzas armadas y en París. Por tanto, el objetivo aliado debe ser derrotar al ejército en una o varias batallas importantes, tomar París y empujar al resto de las tropas enemigas al otro lado del Loira. La zona más vulnerable de Francia es la que se encuentra entre París y Bruselas, donde la frontera está sólo a 250 kilómetros de la capital. Ése es el lugar natural de concentración para un grupo de aliados, Inglaterra, los Países Bajos, Prusia y los Estados del norte de Alemania, que tienen territorios cercanos, algunos de hecho adyacentes. Austria y el sur de Alemania sólo pueden operar adecuadamente desde el alto Rin y la dirección natural de su ataque es hacia Troyes y París, probablemente también hacia Orleáns. Ambas líneas de invasión, la que viene de los Países Bajos y la que viene del bajo Rin son perfectamente naturales, cortas, no forzadas y eficaces; y el centro de gravedad del poder de Francia es donde se encuentran las dos líneas. Por tanto, toda la fuerza ofensiva debería dividirse entre estos dos puntos.

Sólo dos consideraciones atenúan la sencillez de este plan.

Los austríacos nunca dejarían desprotegidas sus provincias italianas, siempre querrían controlar la situación allí y por tanto nunca dejarían que las cosas llegasen a un punto en el que Italia sólo estuviese cubierta de forma indirecta por fuerzas que participasen en el ataque al corazón de Francia. Dada la situación política de Italia, esta preocupación austríaca, aun que

secundaria, es real; pero sería un grave error relacionar con ello el viejo plan, que tantas veces se ha intentado poner en práctica, de atacar a Francia desde Italia. En ese caso, la fuerza de Austria en Italia se elevaría a un nivel mayor del que la mera seguridad requeriría si la campaña sufriese graves reveses. En Italia sólo debería quedar un número moderado de tropas y no se debería restar nada más a la ofensiva principal si queremos cumplir el más importante de los preceptos: *unidad de concepción, concentración de fuerza*. Sería más fácil coger un mosquito por la punta de la bayoneta que conquistar Francia a través del Ródano. Pero un ataque sobre el sur de Francia debería condenarse incluso si se tratase de una operación complementaria, pues lo único que conseguiría sería despertar nuevas fuentes de resistencia. Siempre que se ataca una provincia periférica se provocan intereses y actividades que de otro modo hubiesen permanecido en reposo. Un ataque desde Italia sobre el sur de Francia no estaría justificado a no ser que resultase evidente que las fuerzas que quedasen en Italia fuesen más de las que requeriría su seguridad y por tanto fuesen a permanecer de brazos cruzados.

Por tanto, insistimos en que la fuerza que permanezca en Italia debe ser lo más pequeña que permitan las circunstancias. Será lo suficientemente grande si evita que los austríacos pierdan toda la zona en una campaña. En nuestro ejemplo la ciframos en 50.000 hombres.

La otra consideración es la costa de Francia. Inglaterra domina el mar; Francia, por tanto, debe ser extremadamente sensible en lo que respecta a toda la costa atlántica y debe mantener allí algunas fuerzas para defenderla. Por muy débiles que sean, sus defensas costeras hacen que sus fronteras sean tres veces más largas y por tanto la obligan a retirar un número sustancial de tropas del teatro de operaciones. Si Inglaterra cuenta con una fuerza de desembarco de 20.000 o 30.000 hombres dispuesta para amenazar Francia, esa fuerza puede inmovilizar un número de franceses dos o tres veces superior; pero no se trataría sólo de hombres sino también de dinero, armas, etc. para la flota y las baterías costeras. Supongamos que para este fin los ingleses cuentan con 25.000 hombres.

Este sería, de forma simplificada, el plan de operaciones:

En primer lugar, reunir en los Países Bajos 200.000 hombres aportados por Prusia, 75.000 por los Países Bajos, 25.000 por

los ingleses y 50.000 por los Estados del norte de Alemania. En total 350.000 hombres.

De ellos, en torno a 50.000 se utilizarían para guarnecer las plazas fuertes fronterizas, lo que dejaría unos 300.000 para avanzar sobre París y librar una batalla importante contra los franceses.

En segundo lugar, 200.000 austríacos y 100.000 hombres procedentes del sur de Alemania se reunirían en Renania, avanzarían simultáneamente con los holandeses hacia el alto Sena y de allí hacia el Loira y su objetivo sería también librar una batalla importante. Ambos avances podrían converger en el Loira.

Estos son los puntos principales. Los comentarios que siguen pretenden principalmente evitar malentendidos y son los siguientes:

1. La principal preocupación de los comandantes en jefe debe ser intentar que se produzca la batalla importante necesaria y librarla con la superioridad numérica y en las condiciones que auguren una victoria decisiva. Debe sacrificarse todo con vistas a ese objetivo y debería desviarse la menor cantidad posible de hombres para sitios, asedios, guarniciones, etc. Si como hizo Schwarzenberg en 1814 se despliegan tan pronto como lleguen a suelo enemigo, todo estará perdido. En 1814 sólo la impotencia de Francia salvó a los aliados de un desastre total en las dos primeras semanas. El ataque debería ser como una sólida cuña, no como una pompa de jabón que se expande hasta estallar.

2. Debe dejarse que Suiza se las arregle sola. Si se mantiene neutral, constituye un buen punto de apoyo en el alto Rin. Si Francia la ataca, dejemos que se defienda por sí sola, lo que en muchos sentidos puede hacer muy bien. Nada sería más absurdo que pensar que Suiza, como terreno más alto de Europa, debe dominar el desarrollo geográfico de la guerra. Esa influencia sólo podría darse en ciertas circunstancias muy limitadas que no existen en el presente caso.

Mientras el corazón de Francia está siendo atacado, los franceses no pueden lanzar una poderosa ofensiva desde Suiza contra Italia o Suabia, y aún menos puede ser considerada la altitud de Suiza como un factor decisivo. En primer lugar, cualquier ventaja de este tipo de dominio estratégico corresponde principalmente a la defensa y cualquier importancia que tenga para el ataque sólo puede influir en la primera acometida. Si alguien

no lo comprende es porque todavía no lo ha meditado detenidamente. Si en una futura junta de guerra a algún docto miembro del Estado Mayor se le ocurre proponer solemnemente una idea así, de antemano afirmamos que sería un completo disparate y esperamos que algún aguerrido soldado, armado de sentido común, esté allí para hacerle callar.

3. No merece la pena dedicar demasiada atención al espacio entre las dos ofensivas. Con 600.000 hombres reunidos a sólo 250 o 300 kilómetros de París, listos para asestar un golpe en el mismo corazón de Francia, ¿es necesario realmente pensar en cubrir el alto Rin, lo que significa proteger Berlín, Dresde, Munich y Viena? No tendría sentido hacerlo. ¿Deberían cubrirse las comunicaciones laterales? Esta cuestión merece que se le dedique cierta atención; pero lógicamente nos llevaría a dar a esta cobertura la fuerza y significación de otra ofensiva. En ese caso, en vez de avanzar en dos líneas, lo que la situación de los Estados aliados hacía inevitable, nos encontraríamos avanzando en tres, lo que no es necesario.

Esas tres podrían entonces convertirse en cinco o incluso en siete y estaríamos de nuevo ante un deplorable espectáculo.

Cada uno de los dos ataques tendrá su propio objetivo y no hay duda que las fuerzas destacadas para alcanzarlos serán muy superiores a las del enemigo. Si cada uno de los ataques se realiza con determinación, no puede sino beneficiar al otro. Si uno de ellos se viese envuelto en problemas a causa de una división desigual de la fuerza del enemigo, sería posible confiar en el éxito del otro para reparar automáticamente el daño. Ésa es la verdadera conexión entre los dos ejércitos. Teniendo en cuenta lo alejados que están, una interdependencia que cubra los acontecimientos del día a día no sería posible. Tampoco es necesaria; por lo que vínculos estrechos, o más bien directos, entre los dos tendrían poco valor.

El enemigo atacado en el mismo núcleo de su ser no puede prescindir de ninguna fuerza significativa para dificultar la cooperación entre las dos ofensivas. Lo peor que puede pasar es que la población, apoyada por incursiones realizadas por partidas, intentase hacerlo, con lo que los franceses evitarían tener que destacar fuerzas regulares para este fin. Para hacerles frente sólo haría falta enviar una gran unidad de 10.000 a 15.000 hombres con una fuerte caballería desde Treves y en dirección a Reims. Pisotearía cualquier partida y podría alcanzar a la fuerza prin-

cial. No debería ni vigilar plazas fuertes ni asediarlas, sino rodearlas; no debería depender de ninguna base concreta y ante una fuerza superior debería retirarse en la dirección que creyese oportuna. No puede sufrir ningún daño importante, y si lo sufriera, no supondría un desastre para el conjunto. En estas circunstancias, una gran unidad así puede ser útil para servir como enlace entre las dos ofensivas.

4. Las dos operaciones secundarias, el ejército austríaco en Italia y la fuerza inglesa de desembarco, pueden perseguir sus objetivos como consideren oportuno. Siempre que no estén con los brazos cruzados, su existencia estará justificada y en ningún caso las ofensivas principales deberían depender de ella de forma alguna.

Estamos bastante convencidos de que de esta forma se podría conseguir que Francia se arrodillase y enseñarle una lección si en algún momento decide volver a adoptar ese comportamiento insolente que ha supuesto una carga para Europa durante ciento cincuenta años. Sólo al otro lado de París, sólo en el Loira, se puede obligar a Francia a aceptar las condiciones que la paz de Europa requiere. Ninguna otra cosa demostrará la relación natural que existe entre treinta y setenta y cinco millones. Pero sin duda no se hará si Francia es rodeada por ejércitos desde Dunkerque hasta Génova, como ha sucedido durante un siglo y medio, persiguiendo cincuenta pequeños objetivos diferentes, ninguno de ellos lo suficientemente importante como para superar la inercia, la fricción y los intereses exteriores que siempre surgen, especialmente en los ejércitos aliados, y que reaparecen una y otra vez de forma perpetua.

Es poco probable que el lector deje de comprender lo poco que un plan así se adapta a la organización provisional de los ejércitos federales alemanes. Ésta hace que la parte federal de Alemania forme el núcleo del poder alemán; Prusia y Austria se ven así debilitadas y pierden la preponderancia que deberían tener. Pero un Estado federal constituye una clase de núcleo no muy apropiada en tiempo de guerra, ya que carece de unidad y vigor y no tiene ninguna forma racional de elegir a su comandante, privado de autoridad y responsabilidad.

En el *Reich* alemán existen dos centros naturales de poder: Austria y Prusia. Suya es la verdadera fuerza de choque, suya es la espada poderosa. Ambas son monarquías con experiencia en la guerra. Sus intereses están claramente definidos; son poten-

cias independientes y con preeminencia sobre el resto. Estas líneas naturales, no la errónea idea de «unidad», son las que definen las líneas que la organización militar alemana debería seguir. De cualquier modo, en estas condiciones la unidad es imposible, y el hombre que sacrifica lo posible en búsqueda de lo imposible es un necio.

Títulos publicados
de la colección *Clásicos del Pensamiento*

- (01) 1229601-*El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*
ABRAHAM LINCOLN
Edición y traducción de Javier Alcoriza Vento y Antonio Lastra
Melià
ISBN: 978-84-309-4247-5
- (02) 1229602-*La Ley de la libertad*
GERARD WINSTANLEY
Estudio preliminar y traducción de Enrique Bocardo Crespo
ISBN: 978-84-309-4353-X
- (03) 1229603-*Obras*
EPICURO
Edición de M. Jufresa Muñoz
Traducción de Monserrat Jufresa Muñoz, Monserrat Camps
y Francesca Mestre
ISBN: 978-84-309-4258-0
- (04) 1229604-*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, 5.^a edición
JEAN-JACQUES ROUSSEAU
Estudio preliminar, traducción y notas de A. Pintor Ramos
ISBN: 978-84-309-4258-0
- (05) 1229605-*Del ciudadano y Leviatán*, 6.^a edición
THOMAS HOBBS
Estudio preliminar y antología de Enrique Tierno Galván
Traducción de Enrique Tierno Galván y Manuel Sánchez Sarto
ISBN: 978-84-309-4255-6
- (06) 1229606-*Tratado de la naturaleza humana*, 4.^a edición
DAVID HUME
Edición preparada por Félix Duque
ISBN: 978-84-309-4259-9
- (07) 1229662-*Carta sobre la Tolerancia*, 6.^a edición
JOHN LOCKE
Estudio preliminar y traducción de Pedro Bravo Gala

Estudio de contextualización de John Dunn
ISBN: 978-84-309-4713-3

- (08) 1229608-*Sobre la paz perpetua*, 7.^a edición
IMMANUEL KANT
Presentación de Antonio Truyol y Serra
Traducción de Joaquín Abellán García
ISBN: 978-84-309-4336-6
- (09) 1229609-*Poema de Gilgamesh*, 4.^a edición
Edición y traducción de Federico Lara Peinado
ISBN: 978-84-309-4339-0
- (10) 1229715-*El príncipe* (edición bilingüe)
NICOLÁS MAQUIAVELO
Estudio preliminar, traducción y notas de Helena Puigdomènech
Nota biográfica de Julio A. Pardos
Estudio de contextualización de John Pocock
ISBN: 978-84-309-5199-4
- (11) 1229611-*La Metafísica de las Costumbres*, 4.^a edición
IMMANUEL KANT
Estudio preliminar de Adela Cortina
Traducción y notas de Adela Cortina y Juan Conill Sancho
ISBN: 978-84-309-4342-0
- (12) 1229665-*Libro de los muertos*, 5.^a edición
Estudio preliminar, traducción y notas de Federico Lara Peinado
ISBN: 978-84-309-4804-8
- (13) 1229613-*Sobre la autonomía política de Cataluña*
MANUEL AZAÑA
Edición de Eduardo García de Enterría
ISBN: 978-84-309-4353-6
- (14) 1229614-*Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación en Francia*
ALEXIS DE TOCQUEVILLE y GUSTAVE DE BEAMONT
Edición y traducción de Juan Manuel Ros Cherta y Juan Sauquillo González
ISBN: 978-84-309-4352-8

- (15) 1229615-*Meditaciones cartesianas*, 3.^a edición
EDMUND HUSSERL
Edición y traducción de Mario A. Presas
ISBN: 978-84-309-4366-8
- (16) 1229616-*Los seis libros de la República*, 4.^a edición
JEAN BODIN
Edición y traducción de Pedro Bravo Gala
ISBN: 978-84-309-4367-6
- (17) 1229617-*Utopía*, 4.^a edición
TOMÁS MORO
Edición de Antonio Poch
Traducción de Emilio García Estébanez
ISBN: 978-84-309-4368-4
- (18) 1229618-*Diálogos*, 4.^a edición
LUCIO ANNEO SÉNECA
Edición y traducción de Carmen Codoñer
ISBN: 978-84-309-3910-5
- (19) 1229619-*Desobediencia civil y otros escritos*, 4.^a edición
HENRY D. THOREAU
Edición de Juan J. Coy Ferrer y traducción de M.^a Eugenia Díaz
ISBN: 978-84-309-4370-6
- (20) 1229620-*Discurso del método*, 6.^a edición
RENÉ DESCARTES
Edición y traducción de Eduardo Bello Reguera
ISBN: 978-84-309-4371-4
- (21) 1229621-*El banquete*, 2.^a edición
PLATÓN
Edición y traducción de Luis Gil
ISBN: 978-84-309-4372-2
- (22) 1229622-*Teoría y práctica*, 4.^a edición
IMMANUEL KANT
Edición de Roberto Rodríguez Aramayo
Traducción de Roberto Rodríguez Aramayo, Juan Miguel Palacios García y M. Francisco Pérez López
ISBN: 978-84-309-4387-6

- (23) 1229623-*Ensayos políticos*, 3.^a edición
DAVID HUME
Edición de Josep M. Colomer
Traducción de César Armando Gómez
ISBN: 978-84-309-4389-0
- (24) 1229624-*Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, 3.^a edición
IMMANUEL KANT
Edición de Roberto Rodríguez Aramayo
Traducción de Roberto Rodríguez Aramayo y Concha Roldán Panadero
ISBN: 978-84-309-4388-3
- (25) 1229625-*Filosofía del arte*, 2.^a edición
F. W. J. VON SCHELLING
Edición y traducción de Virginia López-Domínguez
ISBN: 978-84-309-4390-6
- (26) 1229626-*El Libro de las bestias*
EDICIÓN DE RAMÓN LLULL
Traducción de Laureano Robles Carcedo
ISBN: 978-84-309-4432-X
- (27) 1229627-*Ciencia nueva*
GIAMBATTISTA VICO
Presentación de León Pompa
Prólogo de José Manuel Romay Becaría
Traducción de Rocío de la Villa Ardura
ISBN: 978-84-309-4485-0
- (28) 1229714-*Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, 2.^a edición
JOHN LOCKE
Traducción, introducción y notas de Carlos Mellizo
Estudio preliminar de Peter Laslett
Estudio de contextualización de Víctor Méndez Baiges
ISBN: 978-84-309-5192-5
- (29) 1229629-*Himnos sumerios*, 2.^a edición
Edición de Federico Lara Peinado
ISBN: 978-84-309-4421-4
- (30) 1229630-*Código de Hammurabi*, 4.^a edición
Estudio preliminar, traducción y comentarios de Federico Lara Peinado
ISBN: 978-84-309-4418-7
- (31) 1229631-*Cartas sobre educación infantil*, 3.^a edición
JOHANN H. PESTALOZZI
Edición y traducción de José María Quintana Cabanas
ISBN: 978-84-309-4419-4
- (32) 1229632-*Sobre la ilustración*, 2.^a edición
MICHEL FOUCAULT
Edición de Javier de la Higuera
Traducción de Javier de la Higuera, Eduardo Bello y Antonio Campillo
ISBN: 978-84-309-4420-6
- (33) 1229633-*Escritos políticos breves*, 2.^a edición
NICOLÁS MAQUIAVELO
Edición y traducción de M.^a Teresa Navarro Salazar
ISBN: 978-84-309-4422-2
- (34) 1229634-*Las pasiones del alma*
RENÉ DESCARTES
Edición de José Antonio Martínez
Traducción de José Antonio Martínez y Pilar Andrade Boué
ISBN: 978-84-309-4423-0
- (36) 1229636-*Del gobierno representativo*, 4.^a edición
JOHN STUART MILL
Edición de Dalmacio Negro Pavón
Traducción de Marta C. C. de Iturbe
ISBN: 978-84-309-4424-8
- (37) 1229637-*Teoría de la naturaleza*, 2.^a edición
J. W. GOETHE
Edición de Diego Sánchez Meca
ISBN: 978-84-309-4497-2
- (38) 1229638-*El socorro de los pobres. La comunicación de bienes*, 2.^a edición

JUAN LUIS VIVES
Edición y traducción de Luis Fraile Delgado
ISBN: 978-84-309-4498-9

- (39) 1229639-*¿Qué es la ilustración?*, 5.^a edición
J. B. EDHARD y otros
Edición de Agapito Maestre Sánchez
Traducción de Agapito Maestre Sánchez y José Romagosa Fisa
ISBN: 978-84-309-4496-5
- (40) 1229640-*La ciudad del sol*
TOMMASO CAMPANELLA
Edición y traducción de Miguel Ángel Granada
ISBN: 978-84-309-4494-1
- (41) 1229641-*Educación del príncipe cristiano*, 2.^a edición
ERASMO DE ROTTERDAM
Edición de Pedro Jiménez Guijarro
Traducción de Pedro Jiménez Guijarro y Ana Martín
ISBN: 978-84-309-4514-6
- (42) 1229642-*Obra política y constitucional*
SIMÓN BOLÍVAR
Edición de Eduardo Roza Acuña
ISBN: 978-84-309-4517-7
- (43) 1229643-*La ley de la naturaleza*
JOHN LOCKE
Edición y traducción de Carlos Mellizo
ISBN: 978-84-309-4538-2
- (44) 1229644-*Sobre el poder civil. Sobre los indios. Sobre el derecho de la guerra*, 2.^a edición
FRANCISCO DE VITORIA
Edición y traducción de Luis Fraile Delgado
Estudio de contextualización de Leandro Martínez-Cardós
ISBN: 978-84-309-4519-1
- (45) 1229707-*Discurso de la servidumbre voluntaria* (edición bilingüe)
ÉTIENNE DE LA BOÉTIE

Versión española, Estudio preliminar y notas de José de la Colina
ISBN: 978-84-309-5068-3

- (46) 1229646-*Antropología práctica*, 2.^a edición
IMMANUEL KANT
Edición de Roberto Rodríguez-Aramayo
ISBN: 978-84-309-4534-4
- (47) 1229695-*Tratado teológico-político. Tratado político*, 5.^a edición
BARUCH SPINOZA
Introducción de M.^a José Villaverde Rico
Estudio preliminar, traducción y notas de Enrique Tierno Galván
ISBN: 978-84-309-4995-3
- (48) 1229648-*Tratado de la reforma del entendimiento y otros escritos*, 2.^a edición
BARUCH SPINOZA
Edición y traducción de Jean Paul Margot y Lelio Fernández
ISBN: 978-84-309-4576-4
- (49) 1229649-*El contrato social o principios de derecho político*, 5.^a edición
JEAN-JACQUES ROUSSEAU
Estudio preliminar y traducción de M.^a José Villaverde
ISBN: 978-84-309-4577-1
- (50) 1229650-*Sobre la clemencia* (edición bilingüe), 3.^a edición
LUCIO ANNEO SÉNECA
Estudio Preliminar y traducción de Carmen Codoñer Merino
ISBN: 978-84-309-4643-0
- (51) 1229651-*Del espíritu de las leyes*, 6.^a edición
MONTESQUIEU
Edición de Enrique Tierno Galván
Traducción de Mercedes Blázquez Polo y Pedro de Vega
ISBN: 978-84-309-4532-0
- (52) 1229652-*La monarquía*, 4.^a edición
SANTO TOMÁS DE AQUINO
Estudio preliminar de Eudaldo Forment

- Edición y traducción de Ángel Chueca y Laureano Robles Carcedo
ISBN: 978-84-309-4642-6
- (54) 1229654-*Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología. Vols. I y II*
LUDWIG WITTGENSTEIN
Estudios preliminares de Javier Sádaba y Luis Manuel Valdés
ISBN: 978-84-309-4574-0
- (55) 1229655-*Historia natural de la religión, 3.ª edición*
DAVID HUME
Edición de Carlos Mellizo
ISBN: 978-84-309-4644-0
- (56) 1229656-*Escritos en torno a la esencia del cristianismo, 2.ª edición*
LUDWIG FEUERBACH
Edición y traducción de Luis Miguel Arroyo Arrayás
ISBN: 978-84-309-4645-7
- (57) 1229657-*La polémica Schmitt/Kelsen sobre la justicia constitucional. El defensor de la Constitución versus ¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?*
CARL SCHMITT y HANS KELSEN
Estudio preliminar de Giorgio Lombardi
Traducción de Manuel Sánchez Sarto y Roberto J. Brie
ISBN: 978-84-309-4646-4
- (58) 1229658-*Escritos de crítica religiosa y política*
ERASMO DE ROTTERDAM
Estudio preliminar, traducción y notas de Miguel Ángel Granada
ISBN: 978-84-309-4674-7
- (59) 1229659-*La Mandrágora*
NICOLÁS MAQUIAVELO
Estudio Preliminar y traducción de Helena Puigdomènech
ISBN: 978-84-309-4691-4
- (60) 1229660-*De los delitos y las penas*
CESARE DE BECCARIA

- Estudio Preliminar de José Jiménez de Villarejo
Traducción de Juan Antonio de las Casas
ISBN: 978-84-309-4693-8
- (61) 1229661-*Vindiciae contra Tyrannos*
STEPHANUS JUNIUS BRUTUS
Estudio preliminar de Benigno Pendás
Estudio de contextualización de Harold Laski
Traducción de Piedad García-Escudero
ISBN: 978-84-309-4712-6
- (63) 1229663-*Sobre el gobierno tiránico del papa, 2.ª edición*
GUILLERMO DE OCKHAM
Estudio preliminar, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián
ISBN: 978-84-309-4716-4
- (64) 1229664-*Del arte de la guerra, 4.ª edición*
NICOLÁS MAQUIAVELO
Estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz
Estudio de contextualización de Felix Gilbert
ISBN: 978-84-309-4799-7
- (66) 1229666-*Del espíritu de conquista y de la usurpación*
BENJAMIN CONSTANT
Estudio preliminar y notas de María Luisa Sánchez-Mejía
Traducción de Ana Portuondo Pérez
ISBN: 978-84-309-4800-0
- (67) 1229667-*Ética a Nicómaco*
ARISTÓTELES
Estudio preliminar de Salvador Rus Rufino y Joaquín E. Meabe
Traducción de Salvador Rus
ISBN: 978-84-309-4815-4
- (68) 1229668-*Escritos políticos, 3.ª edición*
MARTÍN LUTERO
Estudio preliminar y traducción de Joaquín Abellán
ISBN: 978-84-309-4798-0
- (69) 1229669-*Filosofía de la Historia, 2.ª edición*
VOLTAIRE

- Estudio preliminar, traducción y notas de Martín Caparrós
ISBN: 978-84-309-4801-7
- (70) 1229670-*Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, 3.^a edición
BARTOLOMÉ DE LAS CASAS
Edición de Isacio Pérez Fernández
ISBN: 978-84-309-4802-4
- (71) 1229671-*Los designios del Destino*, 3.^a edición
ARTHUR SCHOPENHAUER
Estudio preliminar, traducción y notas de Roberto Rodríguez Aramayo
ISBN: 978-84-309-4803-1
- (72) 1229672-*Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*
CARL SCHMITT
Estudio preliminar y notas de Manuel Aragón
Traducción de Pedro Madrigal
Estudio de contextualización de Ellen Kennedy
ISBN: 978-84-309-4832-1
- (73) 1229673-*La vida y el espíritu del Señor Benedicto de Spinosa o Tratado de los tres impostores (Moisés, Jesucristo y Mahoma)*
ANÓNIMO CLANDESTINO (ss. XVII-XVIII)
Estudio preliminar, edición, notas y traducción de Pedro Lomba
Estudio de contextualización de Pierre-François Moreau
ISBN: 978-84-309-4833-8
- (74) 1229674-*Cartas persas*, 3.^a edición
MONTESQUIEU
Estudio preliminar de Josep M. Colomer
Traducción de José Marchena
ISBN: 978-84-309-4855-0
- (75) 1229675-*Los límites de la acción del Estado*, 2.^a edición
WILHELM VON HUMBOLDT
Estudio preliminar, traducción y notas de Joaquín Abellán
ISBN: 978-84-309-4856-7
- (76) 1229676-*El defensor de la paz*, 2.^a edición
MARSILIO DE PADUA
Estudio preliminar, traducción y notas de Luis Martínez Gómez
ISBN: 978-84-309-4857-4
- (77) 1229677-*Monarquía*, 2.^a edición
DANTE ALIGHIERI
Estudio preliminar, traducción y notas de Laureano Robles Carcedo y Luis Frayle Delgado
ISBN: 978-84-309-4858-1
- (78) 1229678-*Escritos polémicos*, 2.^a edición
JEAN-JACQUES ROUSSEAU
Estudio preliminar de José Rubio Carracedo
Traducción y notas de Quintín Calle Carabias
ISBN: 978-84-309-4859-8
- (79) 1229679-*La ley*, 2.^a edición
FRANCISCO DE VITORIA
Estudio preliminar y traducción de Luis Frayle Delgado
ISBN: 978-84-309-4860-4
- (80) 1229680-*El gobierno de los jueces*
EDOUARD LAMBERT
Estudio preliminar de Luis Pomed
Traducción y adaptación de Félix de la Fuente
ISBN: 978-84-309-4874-1
- (81) 1229681-*Escritos*
GEORGE WASHINGTON
Estudio preliminar y edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra
Traducción de Javier Alcoriza, José María Jiménez y Antonio Lastra
ISBN: 978-84-309-4890-1
- (82) 1229682-*De agri cultura*
MARCO PORCIO CATÓN
Estudio preliminar, traducción y notas de Amelia Castresana
ISBN: 978-84-309-4901-4

- (83) 1229683-*Sobre las revoluciones (de los orbes celestes)*, 2.ª edición
NICOLÁS COPÉRNICO
Estudio preliminar, traducción y notas de Carlos Mínguez Pérez
ISBN: 978-84-309-4942-7
- (84) 1229684-*Los primeros Códigos de la humanidad*, 2.ª edición
Estudio preliminar, traducción y notas de Federico Lara Peinado y Federico Lara González
ISBN: 978-84-309-4987-8
- (86) 1229686-*La autoafirmación de la universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista de Spiegel*, 3.ª edición
MARTIN HEIDEGGER
Traducción de Ramón Rodríguez García
ISBN: 978-84-309-4985-4
- (87) 1229687-*Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*, 2.ª edición
JEAN-JACQUES ROUSSEAU
Edición de Quintín Calle Carabias y José Rubio Carracedo
Traducción de Quintín Calle Carabias
ISBN: 978-84-309-4986-1
- (88) 1229688-*El Estado como integración*, 2.ª edición
HANS Kelsen
Edición de Juan Antonio García Amado
ISBN: 978-84-309-4988-5
- (90) 1229690-*De los prejuicios morales y otros ensayos*, 2.ª edición
DAVID HUME
Edición de Sofía García Martos y José Manuel Panea Márquez
Traducción de José Manuel Panea Márquez
ISBN: 978-84-309-4990-8
- (91) 1229691-*Compendio del ensayo sobre el entendimiento humano*, 2.ª edición
JOHN LOCKE
Edición de Juan José García Norro y Rogelio Rovira Madrid
ISBN: 978-84-309-4991-5
- (92) 1229692-*Pensamientos. Cartas. Testimonios*, 2.ª edición
MARCO AURELIO ANTONINO

- Estudio preliminar, traducción y notas de F. Javier Campos Daroca
ISBN: 978-84-309-4992-2
- (96) 1229696-*Historia de Florencia*
NICOLÁS MAQUIAVELO
Estudio preliminar, traducción y notas de Félix Fernández Murga
Estudio de contextualización de Felix Gilbert
ISBN: 978-84-309-5012-6
- (97) 1229697-*Tratado sobre la inmortalidad del alma*
PIETRO POMPOZZI
Estudio preliminar, traducción y notas de José Manuel García Valverde
ISBN: 978-84-309-5033-1
- (98) 1229698-*Introducción a la sabiduría. El Sabio*
JUAN LUIS VIVES
Estudio preliminar y versión de Luis Frayle Delgado
ISBN: 978-84-309-5031-7
- (99) 1229699-*Coleridge*
JOHN STUART MILL
Estudio preliminar, traducción y notas de Carlos Mellizo
ISBN: 978-84-309-5032-4
- (100) 1229700-*La Constitución de Alemania*
G. W. F. HEGEL
Estudio preliminar, traducción y notas de Dalmacio Negro Pavón
ISBN: 978-84-309-5030-0
- (102) 1229702-*Un fragmento sobre el Gobierno*, 2.ª edición
JEREMY BENTHAM
Estudio preliminar, traducción y notas de Enrique Bocado Crespo
ISBN: 978-84-309-5047-8
- (104) 1229704-*El arte de la política (Los hombres y la ley)*, 2.ª edición
HAN FEI ZI

Estudio preliminar de Pedro San Ginés Aguilar
Traducción de Yao Ning y Gabriel García-Noblejas
ISBN: 978-84-309-5048-5

(105) 1229705-*Escritos sobre América*, 2.^a edición

FRAY LUIS DE LEÓN

Estudio preliminar, traducción y notas de Andrés Moreno Mengibar y Juan Martos Fernández

ISBN: 978-84-309-5049-2

(112) 1229712-*La Constitución de Weimar. La Constitución alemana de 11 de agosto de 1919*

«Valoración de conjunto sobre la experiencia constitucional» por Costantino Mortati

«El proceso constituyente» por Walter Jellinek

«Comentario sistemático de sus preceptos» por Ottmar Bühler

ISBN: 978-84-309-5117-8

(113) 1229713-*De la guerra* (ed. abreviada)

CARL VON CLAUSEWITZ

Estudio preliminar y guía para la lectura de la obra de Bernard Brodie

Traducción de Celer Pawlowsky

ISBN: 978-84-309-5118-5

Títulos en preparación

Johannes Althusius y el nacimiento histórico del contractualismo

OTTO VON GIERKE

Estudio preliminar de Benigno Pendás

Estudio de contextualización Carl J. Friedrich

Traducción de Pedro Madrigal

Discursos sobre las décadas de Tito Livio

NICOLÁS MAQUIAVELO

Estudio preliminar y traducción de Juan Manuel Forte Monge y Marcelo Barbuto

Estudio de contextualización de Felix Gilbert

El Ciudadano contra los poderes

ALAIN (ÉMILE) CHARTIER

Estudio preliminar de Eloy García

Traducción de Joaquín González Ibañez

Residuos del contractualismo en la Teoría del Estado Federal

ANTONIO LA PERGOLA

Estudio de contextualización y traducción de Augusto Martín de la Vega

Estudio preliminar de Miguel Herrero de Miñón

El arte de la prudencia

BALTASAR GRACIÁN

Estudio preliminar de Elena Cantarino

Posiciones ante el Derecho

CARL SCHMITT

Estudio preliminar y traducción de Montserrat Herrero

Areopagítica (edición bilingüe)

JOHN MILTON

Estudio preliminar de Marc Carrillo

Traducción, edición y notas de Joan Curbet

Sobre los deberes (edición bilingüe)

MARCO TULIO CICERÓN

Edición de José Guillén Caballero

Traducción de José Guillén Caballero

Tres escritos esotéricos, 2.^a edición

AVICENA

Traducción de Miguel Cruz Hernández

Himnos sumerios

Edición de Federico Lara Peinado

Exposición de la «República» de Platón

I. R. AVERROES

Estudio preliminar y traducción de Miguel Cruz Hernández

Diálogo llamado Demócrates

JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA

Edición de Francisco Castilla Urbano

¿Hay derecho a mentir? La polémica entre Constant y Kant

Edición de Gabriel Albiac

Del ciudadano y Leviatán (Antología), 7.^a edición

THOMAS HOBBS

Estudio preliminar y antología de Enrique Tierno Galván

Traducción de André Catrysse y Manuel Sánchez Sarto

Estudio de contextualización de Richard Tuck

Estado de Derecho en mutación

ERNEST FORSTHOFF

Estudio preliminar de Lorenzo Martín-Retortillo

«De la Daseinsvorsorge a la Gewährleistungsstaat» por José Joaquim Gomes Canotilho

Escritos sobre Justicia Constitucional

HANS KELSEN

Estudio preliminar de Germán Fernández Farreres

Escritos sobre la Dictadura

CARL SCHMITT

Estudio preliminar de José María Baños León

Los orígenes intelectuales de la Revolución Americana

BERNARD BAILYN

Estudio preliminar de Víctor Méndez Baiges

Escritos de Gobierno

NICOLÁS MAQUIAVELO

Edición y traducción de María Teresa Navarro Salazar

DE CIVE

THOMAS HOBBS

Traducción de André Catrysse

La Constitución Ancestral y el ius feudorum, 2.^a edición (revisada)

JOHN GREVILLE AGARD POCOCK

Estudio de contextualización de Julio A. Pardos

Discursos del New Deal

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

Edición, traducción y Estudio preliminar de José María Rosales

Sobre la posibilidad de instaurar una Constitución republicana en un gran país (Fragmentos de una obra inacabada)

BENJAMÍN CONSTANT

Estudio preliminar y notas de María Luisa Sánchez-Mejía

Traducción de Ana Portuondo

Estudio de significación constitucional por Eloy García

Representación e identidad (Iniciativa legislativa popular y referéndum en la Constitución de Weimar)

CARL SCHMITT

Vida de Castruccio Castrac

NICOLÁS MAQUIAVELO

Traducción de Helena Puigdomènech